

UNIVERSITY OF ARIZONA



39001016775267

A detailed illustration of a Chilean soldier in a trench. The soldier is wearing a blue uniform with red cuffs and a red-topped cap. He has a tan sash and a tactical vest with pouches. He holds a long rifle vertically. The background shows a trench with a dirt wall and some green foliage in the distance.

**VIENEN
LOS
CHILENOS**

GUILLEMO
THORNDIKE

PROMOINVEST



THE

LIBRARY

**VIENEN
LOS CHILENOS**

PQ
8497
T48
V53

GUILLERMO THORNDIKE

VIENEN
LOS CHILENOS



PROMOINVEST
COMPAÑIA DE INVERSIONES S.A.

Primera edición, 1978
10,000 ejemplares

PORTADA, Fernando de la Jara

Mapas reproducidos de la
Historia Militar del Perú
de Carlos Dellepiane.

LA GUERRA DEL SALITRE

- I. 1879
- II. El viaje de Prado
- III. Vienen los chilenos

© GUILLERMO THORNDIKE, 1978
DERECHOS EXCLUSIVOS DE LA PRESENTE EDICION:
PROMOINVEST COMPAÑIA DE INVERSIONES S.A.
AVDA. GARCILAZO DE LA VEGA 955, TERCER PISO, LIMA 1, PERU

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS:

PROMOINVEST SERVICIOS S.A.
AVDA. GARCILAZO DE LA VEGA 955, TERCER PISO, LIMA 1, PERU
TELEFONOS: 31-7872 31-7901 32-6908
TELEX: 25824 PE PROMOINV
IMPRESO EN EL PERU POR EDITORIAL UNIVERSO S.A.

*A Leonidas Cevallos
y Fernando de la Jara.*



Digitized by the Internet Archive
in 2024

La segunda invasión

En la esquina de las calles Ayacucho y del Colegio, el coronel Alfonso Ugarte trepó a saltos cinco peldaños de madera y, entre distraído y sonriente, golpeó los cristales de la puerta principal. Su ayudante Barbachán permaneció respetuosamente inmóvil en la terraza sin muebles, sosteniendo una canasta llena de naranjas y chirimoyas.

Cornetas y campanarios anuncian las seis de la mañana. Cerca de allí disputan vecinas y aguateros junto al pozo del Telégrafo. Acabado de llegar a caballo de Tacna, el coronel Ugarte reconoció la cascada voz del gallo del Batallón *Iquique*. ¿Te das cuenta, Barbachán? Qué cosa, mi coronel. Pues que oyes cantar un gallo y sabes que es tuyo porque no hay otro en toda la ciudad. Ugarte y los oficiales del *Iquique* rechazaban toda clase de tentadoras transacciones con que otros sitiados pretenden adquirir y, por cierto, guisar al gallo mascota de su batallón. La plana mayor del monitor *Manco Cápac* ofrecía picadura de tabaco, café y ron a cambio del soñado *coq au vin* a quien fieros tarapaqueños custodian día y noche en su improvisado cuartel urbano, en la vieja casa de don Guillermo Mackehenie. El coronel Cáceres mejoró la propuesta del monitor, agregando dos mulas bolivianas y tres espadas chilenas. Hasta Lizardo Montero, ahora general de brigada en vez de contralmirante, se interesó por tan briosas pechugas. Pero el joven ajiseco recogido por Ugarte en la Hacienda Grande, siguió salvando de la olla. Sólo aves marinas sobrevuelan Arica para posarse en la isla del Alacrán, a salvo de trampas tendidas por la guarnición en la filuda orilla del Morro. Enseñan marineros chalacos a adobar fétidos guanayes y aceitosos pelícanos a falta de buenas presas de corral. No hay otra cosa que correoso charqui viejo y agrio arroz de Calcuta para repetir el mismo rancho de mierda dos veces al día. Patrullas montadas habían arrasado la campiña próxima al puerto en demanda

de víveres frescos. Al norte se amotinaban arruinados tacneños exigiendo que los batallones aliados cambiasen de campamento, alejándose de sus fincas y viñedos. Definitivamente agotados los almacenes de Arica, no se consigue media libra de azúcar por menos de diez soles y cada día de bloqueo aumenta el afortunado valor de la mascota del *Iquique*. Imagínate, Barbachán, una ciudad donde no cante ni siquiera un gallo. ¿Qué podría pensar el enemigo? Ahora se anunció con un campanillazo. Escuchó un ya voy, mi coronel. Era el teniente Pedro Ureta, ayudante del coronel Francisco Bolognesi. Descorrió el cerrojo, saludando militarmente a los recién llegados. La olorosa canasta de fruta absorbió su ávida mirada.

—¡Pero entre usted, Alfonso, qué barbaridad! —salía a medias uniformado el veterano jefe de la Tercera División, sorprendido de que su amigo no se moviera de la terraza.

—Le tengo una sorpresa, mi coronel —súbitamente Ugarte se apartó de la puerta.

—¡Enrique! —cambió de expresión el señor Bolognesi.

—Buenos días, mi coronel —un apuesto teniente de rizado cabe lo negro y negra reluciente mirada saludó al jefe con exacta tiesura de academia militar. Bolognesi prescindió del reglamento y lo abrazó besando sus mejillas. Padre e hijo eran de la misma estatura. Al viejo se le mojó la mirada. El teniente Enrique Bolognesi sirve en primera línea de combate en Tacna. A sólo dos horas de viaje en tren, sin embargo no se veían desde principios de año.

—Le conseguí café, mi coronel —sonrió Ugarte. Más que nunca tostado por el sol, una violenta pena pareció darle súbito alcance. Dolía ver a los Bolognesi acorralados en la misma trampa. Echó mano a la canasta de víveres y despidió con un guiño a su ayudante Barbachán.

—¿Qué sabes de Augusto, papá?

—Ya es subteniente.

—¿Y Federico?

—Todos bien, Enrique. ¿Y tú? Cuéntame de Tacna.

Ugarte arrastró consigo al teniente Ureta. Pasado el salón y vencido el pasillo con baldosas de flores rojas y amarillas, entregó los víveres a la Calderona, en realidad llamada Ña Pancha Calderón pero a quien la tropa había rebautizado durante los doce meses que servía como cantinera en el desierto. En Tarapacá le mataron un marido, sargento segundo de la Tercera División. Cargada de cacharos y municiones atravesó el Tamarugal, sobreviviendo

a la sedienta retirada por la cordillera. De nuevo acuartelados, el coronel Ugarte puso a la valerosa cantinera bajo la protección del cabo Colchado, ordenanza del señor Bolognesi. Ahora la Calderona gobernaba esta cocina y en ratos de bienhumorada intimidad llamaba mi tocayito al severo jefe de la División. No ha olvidado Ugarte que don Francisco es hijo de italiano. Una vez que salieron de la canasta chirimoyas moqueguas y naranjas azapeñas, la bolsa con media libra de café que obsequiara el General Montero, encontró la rabona un pequeño trozo de rancio queso de Parma y fideos amasados por una dueña genovesa afincada en Tacna. Como quien transporta una reliquia, la Calderona extrajo después tres auténticos huevos de gallina y contempló al coronel con esa expresión que Ugarte conocía bien, de quienes alguna vez lo creen capaz de obrar milagros.

Con meditados trancazos regresó al salón. De pronto tenía que acostumbrarse a la pobreza. A través de comerciantes genoveses de Tacna y Arica, también por medio de marinos británicos, su madre le hizo llegar fondos que Ugarte empleó en socorrer a los voluntarios a su mando. Cerca de doscientas libras de oro se le han evaporado en lo que va de 1880. Para avituallarse en Tacna, esta vez tuvo que recurrir a la generosidad de antiguos amigos. Ni siquiera deseaba café o golosinas para su propia mesa. Estrechada la amistad con Bolognesi, sentía lástima por sus evidentes penurias: ahorra el viejo hasta el último sol para auxiliar a Enrique, cuyo modesto e impago sueldo de teniente de artillería no le permite cambiar deplorables botines agujereados o adquirir otra muda de ropa interior. En Arica todos empiezan a vestir con decorosa variedad de atuendos civiles. Han acordado los jefes que vestirán uniformes de gran parada cuando llegue la hora de dar batalla. Mientras las cornetas no ordenen calar bayoneta y a degüello, no es extraño sorprender a Bolognesi cubierto con gorro de terciopelo azul o a caballo, protegida su blanca cabeza por un casco de corcho que Billingham obsequió a Ugarte antes de embarcarse a Lima y que el jefe de los tarapaqueños cedió al jefe de la Tercera División para sus largas excursiones por el Morro.

—¿Tuvo usted algo que ver con el permiso concedido a Enrique? —pregunta Bolognesi.

—No, mi coronel. Se lo ganó él solo.

Ureta sacaba a la terraza sillas de mimbre chileno.

—Han confirmado a Montero que se aproxima otra in-

vasión. Moquegua, posiblemente —explica Ugarte apoltronándose luego de sacudir sus ropas. Crecía el perfume a café fresco. Un rato se sintió adormecido por el rumor del oleaje restregando pedruscos contra el Morro—. No estaba de buen humor, no señor.

—¿Por qué?

—Hoy llega del Solar a asumir la Prefectura. Me encargó avisarle que el viernes vendrán a inspeccionar el trazo de las nuevas defensas.

—Don Pedro Alejandrino del Solar es todo un caballero —reflexionó el coronel.

—Hum. Sí, claro —convino Ugarte—. Pero es un político, un hombre nuevo en el frente.

—Dios no quiera que nos ataquen por la espalda —cambió de conversación el señor Bolognesi. Las baterías de Arica quedan indefensas por el lado de tierra—. ¿Qué espera el Segundo Ejército para avanzar?

Ni suculento pan de corona o empanadas o dulcísimos alfajores de penco a la vez rellenos de miel y manjarblanco, ni chinos de trenza barriendo calles para llevar el mismo polvo de ida y vuelta por la ciudad, ni vacas de ubres repletas lentamente pasando de sus establos a las casas donde serán ordeñadas al pie del desayuno, ni tempranas devociones, ni viejos al sol fumando una panquita con la mirada ociosa puesta en el mar tan azul, ni la primera trepidación de trenes en la lujosa estación ferrocarrilera, ni siquiera perros, pollinos mordisqueando briznas junto al río, ni mendigos o transeúntes: al comenzar la mañana del 25 de febrero de 1880, Pacocha y la inmediata población de Ilo estaban desiertas. La minúscula patrulla de peruanos contempla una casa deshabitada entre Punta Coles y el puerto intacto, locomotoras y vagones inmóviles en el patio de maniobras, casas cerradas como si sus dueños fuesen a volver dentro de un rato. Podría creerse que nada más dormían pero una delgada capa de arena empieza a borrar rieles y a crecer en los umbrales y aquí, allá, el viento sacude ventanas y su golpeteo suena como un chirriante graznido. El capitán Juan Garland se empinó sobre su caballo. ¡Nadie en Pacocha! ¿Es que se han vuelto locos? Sus hombres subían a las colinas detrás del pueblo, a acechar el océano que pertenece al enemigo. Toda la costa es ahora frontera, campo de batalla.

A kilómetro y medio de Pacocha, el subteniente Christian Henke examinó el muelle de Ilo, su bien engrasado

donkey a vapor, ilesos pescantes, rieles en su lugar: todo parece abandonado en la víspera, listo para funcionar nuevamente esta mañana. El sargento Rendón informa que hay once lanchas varadas en la playa, algunas agujereadas por balazos chilenos pero ninguna francamente inservible. Aduvire registra la maestranza del ferrocarril, cuenta treinta vagones, cuatro locomotoras, sesenta ruedas de repuesto, regresa resoplando al andén, encuentra a Henke en el embaldosado fresco salón de primera clase. ¿Qué te parece, Christian? No entiendo, mi teniente. El gordo Aduvire, tipógrafo de profesión y ahora militar enrolado por el coronel Ugarte, sacudió botas y uniforme de teniente como si el salón se hubiera llenado de elegantes pasajeros. Corrieron todos, gruñó, ni siquiera se tomaron la molestia de dinamitar la línea o el muelle. ¡Mi teniente, mire usted! Era Rendón que había abierto un grifo: salía un grueso chorro de agua fresca.

—La mesa servida —dijo el capitán Garland cuando la patrulla se reunió frente a la estación. Viajaron veintiséis leguas entre Tacna, Sama, Camiarita y Pacocha en tres jornadas. La absoluta falta de informes decidió al General Montero a despachar exploradores. Ahora está claro por qué no han llegado telegramas de Pacocha: no hay quien los envíe.

—Para usted, mi teniente —sonríe Rendón alargando dos botellas de tinto *margaux* moqueguano el señor Aduvire. Detrás de una puerta encontró a dos chinos temblorosos. A su vez los cantoneses abrieron otras puertas que guardan abarrotos, barricas de vino, fardos de mercancía abandonados. Las tropas que a fines de diciembre partieron a Moquegua a disputar el poder político, abandonando esta costa a los bloqueadores chilenos, no han vuelto dos meses después.

—Hay un portugués a cargo del estanque de agua, mi capitán —informa Henke. Se apellida Oliveira. Desde hace un año tiene a su cargo la bomba que succiona agua del río para depositarla en el estanque de fina mampostería, cubierto por un largo sombrajo de cañas, esteras y follaje. No importa que nadie viva al extremo de las cañerías de cobre que transportan agua fresca al puerto y hasta más lejos, a Pacocha, su misión es mantener funcionando la maquinaria y ni de aquí, ni de Chile, Oliveira cumplía silenciosa y tercamente con su deber. Henke sacudió la cabeza—. Le dije que inutilizaríamos la bomba

y preguntó si hemos perdido la cabeza, que por orden de quién, que él no lo permite.

—¡Cojones! —escupe Aduvire— ¿qué hacemos? ¿fusilarlo?

—¿Y el telégrafo, señor Henke? —el capitán Garland prefiere pedir órdenes a Tacna. No han traído dinamita pero seguramente habrá explosivos en el almacén de la aduana. Es para no creerlo. Ni se ha ordenado evacuar Ilo y Pacocha, ni se debe abandonar víveres, maquinaria, agua o combustible en beneficio del enemigo. ¿Dónde cuernos andará el coronel Chocano? Mientras pradistas, civilistas y pierolistas se peleaban en Moquegua, el 31 de diciembre desembarcaron nocturnamente setecientos chilenos, sorprendieron en pijama al capitán de puerto, embarcaron en un tren de itinerario y, a veces aclamados como si fuesen peruanos de refresco, llegaron a la capital del departamento en vagones de primera clase. Mientras los nacionales a órdenes de Chocano subían a parapetarse en la montaña de Los Angeles, los invasores entraron marchando con banda de músicos a la plaza de armas, impusieron un modesto cupo de treinta mil soles en plata, se hicieron servir un banquete de año nuevo, bebieron las más finas barricas de renombrado vino moqueguano y se embarcaron de regreso a Ilo en el mismo tren de primera clase a la mañana siguiente. Por el camino fusilaron a una docena de peones y chinos sospechosos de intentar un descarrilamiento y reconocieron la región por donde cruza el telégrafo y el camino de Arequipa a Tacna y Arica. Pero entonces Ilo y Pacocha estaban poblados por peruanos y no pocos extranjeros y aquí mandaban autoridades nacionales. Henke explicó que han ido a buscar al telegrafista a casa de un ingeniero francés que vive en las afueras.

—Hablando de ellos, señor...

El cabo Cornejo llegaba con tres personas.

—¡El telegrafista, mi capitán!

—¿Dónde estaba usted metido?

—Usted disculpe, pero, ¿dónde quiere que esté? —se sublevó el empleado. Se llamaba Ulises Mendoza. Agriamente presentó a sus acompañantes, el bodeguero Angelo Nugoli y el ingeniero Abel Crousillat.

—¿No hay más peruanos, señor Mendoza?

—No, capitán. Se han escondido en la quebrada o marchado a Moquegua.

—¿Puede transmitir de inmediato?

—Por supuesto, ¿cuál es el mensaje?

—¿Y ustedes? —se interesó Aduvire por los extranjeros.

—Nugoli, italiano —repitió el bodeguero como tocado por electricidad.

—¿Y la gente?

—Se fue. Unos un día, otros después... —Nugoli señaló vagamente las casas del puerto— ...quedan vecinos, por ahí.

La gente de Ilo andaba escondida entre higueras y olivos y paltos y chirimoyos en la quebrada. Quedaban doscientos, inclusive chinos. Crousillat explicó que no salían a saludar a nadie porque en estos días, usted comprenda señor teniente, ya no se sabe quien es amigo o enemigo.

Al llegar a lo alto de las colinas, el teniente Otoya parpadeó asombrado. Del otro lado de Punta Coles, todavía invisible desde el puerto, se presentaba una escuadra de diecisiete buques de guerra y transportes chilenos. Reconoció al *Blanco Encalada*, a los cruceros *Loa*, *Amazonas* y *Angamos* y comprendió que una nueva invasión estaba en marcha. El corneta ya anuncia enemigo a la vista. Calcula Otoya que su minúscula patrulla tiene los minutos contados para escapar de esos doce mil enemigos que pronto embestirán las suaves playas de Pacocha y ordena al corneta y a sus cuatro soldados que lo sigan cuesta abajo y hacia el puerto.

Más claro el nuevo día por aquí, al oeste, por donde aún no parece haber concluido de transitar la noche, que en la turbia atmósfera que rodea al volcán Tacora, hasta el viento parecía licuarse entre borrosas fachadas tacneñas o colgar chorreando de molles y vilcas y descomunales pinos c del apretado enredo de encendidas aunque hoscas buganvilias. Respiró el General Montero el vaho matinal a nardos y estiércol, a delgado jazmín y a hogaza tibia, a lechería y retama, en fin, a familia y paz, y montó su caballo de batalla. Vestía el mismo uniforme de siempre, con altas insignias navales, no importa que ahora mandara en tierra como jefe del Primer Ejército del Sur. Hasta hoy había sido suprema autoridad en el territorio amenazado. Primero recortó la Dictadura de Lima la amplitud de su mando, separando a las tropas en Tacna y Arica de los re-fuerzos acantonados en Arequipa y Moquegua, a los que organizó como Segundo Ejército del Sur. Después el Dictador envió un nuevo Prefecto de toda su confianza, el Dr. Pedro Alejandrino del Solar, director del diario pierolista "La Patria". A partir de hoy despojado del mando po-

lítico en el sur del Perú, Montero picó espuelas sin despedirse de la Prefectura a la que después de una breve ceremonia de transmisión del mando volverá sólo como visitante. Al trote por la Alameda, seguido por un corto séquito de ayudantes, saluda a don Guillermo MacLean, al cura Albarracín, a unos arrieros que llegan con llamas cargadas de charqui boliviano, se vuelve de pronto alarmado por los gritos de un capitán al galope. ¡General, espere mi General! ¡Urgente telegrama de Pacocha!

AL GENERAL MONTERO, TACNA
MUY URGENTE
DIECISIETE BUQUES ENEMIGOS
A LA VISTA EN PUNTA COLES
INMINENTE OCUPACION
ILO DESGUARNECIDO.
AGUARDO ORDENES.

GARLAND

La campana grande anunció las siete de la mañana en Arica. A doscientos seis metros debajo de los cañones Vavasseur emplazados al tope del Morro, el capitán Leoncio Prado escuchó nítidamente las campanadas. Entonces decidió escurrirse por una rendija en la roca viva.

—¡Leoncio, cuidado! ¡Leoncio! —el capitán Grocio Prado escuchó con una mueca el estruendo de una avalancha subterránea delante suyo.

—¡Atrás! —grita el capitán Daniel Nieto sofocado por la polvareda invisible. Un súbito ventarrón suprimió la luz de sus antorchas. Pareció que el Morro de Arica se desplomaba sobre sus cabezas.

—¡Leoncio, hermanito!

Lo oyeron reír. Es verdad: la Caverna del Inca no tiene fin. Lo que parece extremo de la travesía, trampa diminuta, se ensachaba el otro lado con resonante amplitud de iglesia. Una oscura cornisa se había derrumbado bajo sus botas. Quedó colgado de una soga sujeta a su cintura. ¿Estás bien? Sí, claro que sí. Pidió que lo subieran despacio. En esta dirección la gran caverna se acerca a la ciudad. Desde anoche exploraban las cuevas que ahuecan la aparente solidez del Morro. Bastó una hora para que los cuatro capitanes reconocieran los límites del hediondo laberinto conocido como El Infierno. Pero la gran caverna los atrapó con sus pulsaciones nocturnas, sus ecos sin principio ni fin, esta reverberación de lo aparente. Asegura

la tradición que por aquí se sube al Cusco sin nunca ver el sol. A los capitanes les interesa un prodigio menos espectacular: un escape de la ciudad bloqueada a Las Chimbas o a la ruta a Buenavista, también un pasaje secreto a la isla del Alacrán, donde Leoncio Prado comanda una precaria base de torpedos. Se izó el capitán con musculosos movimientos. Nieto lograba encender su linterna sorda. A la pequeña luz amarillenta vieron salir la cabeza de Leoncio. ¿Volvemos? El capitán del Castillo se había herido la rodilla derecha, vuelve a restañar sangre con un pañuelo inmundo. Toda la caverna huele a murciélago y moho. Suda por dentro el Morro, cubriéndose de una linfa aceitosa, oscura como tinta de calamar. A del Castillo le parece que se le adhiere la oscuridad, ensuciando aún más sus ropas. Hace buen rato que emprendieron el regreso pero Leoncio se desviaba en exploraciones laterales, al encuentro de sonidos como de afuera, cierto gorgor de corrientes subterráneas, osamentas humanas rezumando una baba de humedad. Mil cuatrocientas yardas habían penetrado esta vez en la gran caverna. Abre y cierra los brazos para mantenerse en calor el capitán Nieto. Larguémonos de aquí, pidió del Castillo y Grocio estuvo de acuerdo: también tenía hambre.

No importa lo que crean sus camaradas, Leoncio Prado seguirá buscando: el pasaje secreto existe. A medio kilómetro del Morro, el Alacrán sólo tiene una pequeña abrupta playa erizada de rocas. Un incesante oleaje barre la islita de apenas cinco hectáreas por toda la amplitud de barlovento. Sin embargo allí existe un formidable castillo español que alguna vez contó con una guarnición de doscientos a trescientos soldados y artilleros. En la gruta que Prado convirtió en polvorín y maestranza para sus torpedos, hay un pozo de seis metros de profundidad tapado por una piedra plana contra la que rebotan guijarros como palos de tambor. Sonaba a hueco pero no pudieron levantarla ni siquiera con ayuda de poleas y cadenas.

—Buenos días, señor —saludó desde la terraza el teniente coronel O'Donovan.

—¿Nos acompaña con una taza de café, señor O'Donovan?

—¿Café, señor? —el segundo jefe de la Séptima División olfateó la mañana mientras entraba a casa de Bolognesi.

—Obsequio del señor Ugarte —sonrió el viejo.

—Disculpe, don Francisco... obsequio del señor Mon-

tero —rectificó el jefe del *Iquique*.

—Tome asiento, Ricardo... ya conoce usted a mi hijo Enrique.

—¡Colchado! —llama el ayudante Ureta—. ¡Servicio para el comandante!

—¿Qué noticias esta mañana, señor O'Donovan? —Bolognesi aspira el perfume de una naranja que rebana con minuciosa lentitud.

—Verá usted, mi coronel, anoche casi matan al General Buendía.

—¿Qué dice usted?

—¿Quién se atrevió? —brillaron los ojos de Ugarte.

Recluido en el Hotel Colón con centinela a la vista mientras avanza el juicio militar por la derrota de San Francisco, el ex-jefe del Ejército del Sur empleaba su tiempo en escribir cartas que seguramente no llegarán a destino y en redactar sus memorias. El General se derrumbaba a solas. No ignora diatribas que le dedican los diarios de Lima. A Buendía le odia todo el Perú. Sí, pero... ¿matarlo? ¿Para qué? —Explíquese, señor O'Donovan.

—Lo atacó un alemán, mi coronel.

—¡Gulda! —adivinaron al mismo tiempo Bolognesi y Ugarte.

—Hermann Gulda —asintió O'Donovan con estupor.

Ahora Ugarte rompió a reír. Gulda era un hombrecito insignificante al que Buendía acusó de espiar para Chile cuando una patrulla peruana lo capturó en la cordillera. Que los alemanes afincados en la región prefieran a Chile, no es un misterio para muchos, pero considerar espía a cualquier alemán resultaba una exageración. Por capricho de Buendía, Hermann Gulda fue encadenado y conducido preso sin miramientos. Llegó a Arica semidesnudo y hambriento, después de caminar seiscientos kilómetros. Intervino el cónsul del Emperador de Alemania confirmándose que Gulda es un honrado comerciante y que sólo buscó refugio en las montañas cuando la guerra paralizó las salitreras. Secuestrado a punta de bayoneta por los peruanos, ni siquiera le ofrecieron una disculpa. Lo habían arruinado, y ahora no podía volver a sus negocios o salir de Arica.

—...resulta que entró al hotel con un garrote y sorprendió al General en su habitación...

—¿Cómo se encuentra?

—...yo creo que bien —aprieta labios O'Donovan—. Gulda lo consiguió golpear en la cabeza y en la espalda. Entre todos los mayordomos y vecinos no conseguían sujetarlo. ¡Horroroso!...

—¡Pobre General!

A los cincuenta años de edad, Pedro Alejandrino del Solar se siente en lo mejor de la vida, también en su hora más difícil. Doctor en Matemáticas y Ciencias Naturales, Abogado, Catedrático de Matemáticas Puras, Astronomía y Física Experimental en el antiguo Convictorio de San Carlos, ex-juez de la Corte Suprema, dos veces diputado y luego senador de la república, respiró a pleno pulmón el aire limpio de estos campamentos cercanos a Pocollay. Había disfrutado de ocho horas de buena cama, luego de cenar conejo frito y deliciosos choclos con queso de cabra. En tránsito de pulcro urbícola a guerrillero, el doctor del Solar prefirió un tronco de árbol a la silla ofrecida por el Mayor Vizcarra, oficial enviado a sus órdenes por el General Montero. Sus botas empujaron la hojarasca de sauces mientras releía satisfecho su proclama a los pueblos de Tacna. *La guerra tal cual la han pedido y la quieren las dos naciones aliadas, es ahora que comienza.* ¿Una taza de té, señor Prefecto? Gracias, mayor. Se aparta brevemente de la lectura, contempla una torcaza a su vez ávidamente observada por unos soldados que yerran el hondazo, sonríe con amargura adivinando del Solar que hay mucha hambre en estas comarcas. *No hemos menester por nuestra parte de sacrificios imposibles. Nos basta quererlo con firme y decidida voluntad y entonces ni se sobrepondrán las miserias del espíritu a las nobles y legítimas aspiraciones, ni serán excluidos de la patriótica labor que a todos incumbe sino la ineptitud y el crimen cualesquiera que sean las formas en que se presenten.* El flamante Prefecto añadió a lápiz: *Perseguir los vicios es hoy más que nunca uno de los primeros deberes del patriotismo, como lo es utilizar el mérito y la virtud, dondequiera que se encuentren, con la más estricta imparcialidad y la más incontrastable energía.* Un rato se perdió por el mundo que deseaba y que no es, que nunca ha sido: un lugar más bien justo, de parcos apetitos, templado y sobre todo veraz. Las siete y media, señoría. Bien, bien: hoy asumíamos el poder político en el teatro de la guerra. Nos esperan bolivianos en Pocollay y a tres kilómetros de Tacna el General Montero con su estado mayor, bandas de músicos y una nutrida comisión de personajes principales. Don Pedro infló su pecho con el perfumado aire de campiña, dispensó una sonrisa a niños harapientos, de cuyas narices colgaban mocos congelados, que observan cautamente a esta divinidad limeña cuya apariencia no es extraordinaria: crespas patillas ensanchan el rostro

más bien bonachón del doctor Solar, el tamaño de su vientre anuncia su afición por la buena mesa. Entró a la finca, ordenó que distribuyeran bizcocho a los chiquillos, volvió a estudiar el mapa del valle, cerró su equipaje y antes de vestir la levita borgoña lavó sus manos y rostro con agua de manantial. Escuchó un galope numeroso mientras a tientas buscaba su toalla.

—¡El General Montero, señor Prefecto! ¡El coronel Camacho, señoría!

Montero no aguardó a que lo invitaran a pasar. Sus botas de caballería resonaron por el piso de anchas tablas que se cimbraban bajo su corpulencia. Adelante, Eleodoro. Más respetuoso, el coronel Camacho permaneció cerca de la puerta. El propio Montero había arreglado esta pasana para la flamante autoridad. Conocía bien a Pedro del Solar. Pierolista pero decente. Combatió al almirante cuando lanzó su candidatura a la Presidencia de la República.

—Buenos días, caballeros —a del Solar le mortifica la excesiva familiaridad con que Montero se mueve cerca suyo—. No necesito ofrecerles asiento porque si quisieran lo habrían tomado de inmediato...

—No hay tiempo para ceremonias, Pedro. El ejército chileno está desembarcando en Pacocha —Montero ofreció la diestra—. ¿Qué tal viaje?

—¿Pacocha? ¿cuántos?

—Ocho mil rotos por lo menos. Te presento al coronel Eleodoro Camacho, jefe del ejército boliviano.

—Mucho gusto, coronel.

—Un honor, señor Prefecto.

—¿Qué se sabe del Segundo Ejército? —Montero hurgó en su uniforme hasta encontrar una botellita plateada. Bebió unos sorbos de coñac y se frotó mostachos y labios con el dorso de la diestra. Pues bien, el señor Prefecto sólo conoce que el Segundo Ejército del Sur anda sin cabeza, que seguramente el coronel Leiva será designado jefe de esas divisiones de refuerzo. Sí, claro, el General Montero está enterado. Tomó del brazo a del Solar mientras paseaba arriba abajo por la habitación—. Comprendes, Pedro, que todo depende de la puntualidad del Segundo Ejército, ¿eh? Tiene que atacar la retaguardia chilena a la vez que nosotros presentemos batalla...

—Así se hará.

—...si vuelve a ocurrir lo que en San Francisco por culpa de don Hilarión Daza, se jodió la Alianza, Pedro...

—Estoy seguro que no va a repetirse.

—...ojalá, ojalá. Bien, hoy entraremos a Tacna pero nadie tiene mucho tiempo para ceremonias. ¿Te importaría prestar juramento mañana?

—No, por supuesto que no.

El corpulento ingeniero Elmore abandonó sus instrumentos en la cima del Morro cuando aparecieron los jefes a caballo. Adivinó malas noticias en el semblante del coronel Bolognesi.

—Vienen por el norte, señor Elmore. Hoy desembarcaron en Pacocha.

—¿Confirmado? —el ingeniero paseó su mirada por el enorme bastión de roca viva que aún no ha concluido de fortificar.

—Sí, confirmado —pasa una pierna sobre la montura, resbala a tierra el coronel Ugarte. Cerca del precipicio observó un rato el pausado ir y venir de la escuadra bloqueadora, la orinienta vigilancia del monitor *Manco Cápac* frente a los castillos del norte, los más distantes quietos buques neutrales que estudian el desarrollo del conflicto. Oyó a los coroneles acordando minar el Morro. Lo único que sobra en Arica es dinamita. Respondió vagamente el saludo de los vigías y sosteniendo un extremo del amplio mapa dibujado por el ingeniero Elmore, comparó curvas de nivel con reales ondulaciones que bajan al encuentro del río Azapa y de nuevo trepan por las lomas de Condorillo. He ahí la desguarnecida espalda del Morro. También Bolognesi contempla silencioso tan vasto espacio indefenso. Sólo el fuerte *Ciudadela* protege el largo flanco oriental. Sus dos cañones Parrot de a 100 y el Voruz de a 70 rescatado del naufragio de la *Independencia*, no bastan para contener un gran asalto enemigo. El General Montero había diseñado las defensas de Arica contra cualquier ataque que viniera del océano. Y el asalto definitivo llegará por tierra. Acaricia su perilla cana, calcula distancias, tropieza la mirada de Bolognesi con el pensativo coronel Ugarte, se le acerca mientras abanica su cabeza con el casco de corcho. ¿Qué le parece, Alfonso? ¿Y qué quiere usted, mi coronel? Si tenemos que subirnos a pelear aquí ya estamos muertos señor. Tampoco a Bolognesi le agrada la posibilidad de acabar sitiados por el ejército chileno. La verdadera batalla ha de librarse en Tacna, a campo abierto y no en reductos hechos con sacos de arena. Si hubiese recursos y armamento adecuado, conoce Bolognesi cómo convertir Arica en altura inconquistable. Pero ya no será

posible. El tiempo se les termina. Se sorprendió a sí mismo mirando al sur, todo el océano, como si esperase la aparición de la nueva escuadra prometida. Ugarte siguió de espaldas a la junta, de pie al borde mismo del abismo. Este Morro a pico sobre el mar e insignificantes fortificaciones habían hecho de Arica un inexpugnable puerto español en los lejanos esplendorosos días de Potosí. Tres semanas tardaban en bajar los tesoros de la cordillera y aquí los sellaban y almacenaban a la espera de la Real Armada. En 1579 Francis Drake olfateó de cerca los inmensos caudales destinados a la Corona de España. Sólo pudo desvalijar tres buques abandonados en la bahía tan pronto apareció con su temida *Golden Hind*. Partió con quinientos kilos de plata sellada y doscientas botijas de buen vino de Chaca, sin sospechar la existencia de veinticinco toneladas de plata de Potosí en barras, depositadas en la Caja Real de Arica. En 1586 el filibustero Cavendish fue corrido a cañonazos. Treinta años después el corsario Spitzberg y sus setecientos holandeses no consiguieron pisar estas playas. Más astuto, Watling desembarcó al sur de La Lisera y entró por sorpresa con noventa y dos de sus piratas. Casi podía verlos, avanzando al amanecer por esos gramadales. Pero en diez minutos se organizó la defensa. Siete horas después habían muerto veinte filibusteros y diecinueve habían sido capturados. Watling escapó con los sobrevivientes mientras en la plaza de Arica ahorcaban a los prisioneros, por luteranos además de piratas. Ugarte suspiró, atendiendo vagamente a una discusión entre Bolognesi y el ingeniero Elmore. La verdad, no hay con qué reforzar las defensas. Nada llega de Lima desde que empezó el bloqueo. Necesita todo: dinero en metálico para pagar provisiones y uniformes, y armas nuevas, y frazadas, y largavistas, y caballerías, y munición de todos los calibres, y brújulas, y más artillería. Nunca estuvo Arica tan bien defendida y sin embargo no es suficiente. Montero había calculado bien cómo cruzar sus fuegos hacia el mar. Empiezan las defensas en el fortín *San José*, con dos cañones Parrot de a 150. Más acá del río Azapa se levanta la batería *Santa Rosa*, con un poderoso aunque corto Vavasseur de a 250. A casi medio kilómetro de la ciudad, completa la línea del norte la batería *Dos de Mayo*, con otro Vavasseur de a 250. Al amparo de estos fuertes fondeaba el monitor *Manco Cápac*, cuyos dos cañones de a 500 también pueden batir tierra. Desde el *San José* hasta el antiguo cementerio, que Bolognesi propone transformar en otro castillo y de

allí al cerro Chuño donde se alza el fuerte *Ciudadela*, nada hay sino desiertas colinas que patrullan cada hora, cada dos. Las playas de La Lisera y Quiane, al sur de Arica, quedan bajo los fuegos de dos Voruz de a 100 y otro de a 70, instalados en el fortín del *Este*. En lo alto del Morro concluían de emplazar cuatro de los cañones Voruz de a 70 de la perdida *Independencia*. Reforzaban la batería principal que está al mando del capitán de navío Juan Guillermo More, la más poderosa y a la vez más indefensa fortificación peruana: su Vavasseur de a 250, sus dos Parrot de a 100 y sus numerosos Voruz están descubiertos por el lado de tierra. Y toda esta artillería no basta para controlar un asedio moderno. De más largo alcance, la nueva artillería naval chilena podía ofender Arica manteniéndose a salvo de proyectiles peruanos. Y si un cuerpo expedicionario enemigo acomete estos fuertes por retaguardia, poco pueden hacer los defensores como no sea calar bayoneta y ofrecer combate cuerpo a cuerpo. Bolognesi carraspeó entonces, esperando respuesta. Ugarte se había distraído viendo salir de las entrañas del Morro a un puñado de oficiales peruanos.

—Perdone, mi coronel.

—...le preguntaba si es posible conseguir alambre eléctrico, señor Ugarte.

Mister Petrie llega al Callao

Quince minutos antes de que lo fusilaran puntualmente sobre la cubierta de la *Unión*, el muchacho devoró medio churrasco y compuso el cuerpo con un vaso de vino al que piadosamente, Atanasio Bayaroupoulos había añadido un violento chorro de aguardiente. Allí sólo se oía el canturrear del cura Gil, capellán de la Escuela Naval, y la acezante respiración del grumete que tragaba grandes trozos de carne frita como saciándose para toda la eternidad. Después el miedo endureció su vientre, inflándolo bajo la nueva camisa azul, y el condenado rechazó su última comida con súbita repugnancia. Hacía veinte años que el griego navegaba océanos en guerra y por primera vez iba a presenciar un fusilamiento a bordo. Tuvieron que carpintear

un patíbulo más alto que el puente de la corbeta, amontonar sacos de arena para no herir al público con balas perdidas, en fin, convocar tripulaciones y a la guarnición del Callao para el más solemne cumplimiento de la sentencia. Bayaroupoulos prefería ejecuciones rápidas y discretas: la horca inglesa al amanecer o el experto golpe de cimitarra abriéndose paso desde la nuca. Pero el muchacho había asesinado al contramaestre Francisco Jesús en toldilla, bajo una esponjosa y amarillenta luz de enero, acaso hartado de que lo volviera a castigar con treinta azotes por tercera vez en una semana. Su morena espalda de diecinueve años había soportado cerca de cuatro mil chicotazos desde 1873, cuando lo enviaron de Tumbes a la Escuela de Grumetes a ver si la Marina de Guerra podía transformarlo en un buen ciudadano. Ahora el padre Mendró sumó su voz a las graves entonaciones con que el reverendo Gil clamaba a la misericordia del Altísimo y el griego recogió los cacharros de latón con restos del almuerzo y sonrió tristemente al grumete, diciendo con esa mueca de dientes cariados que a todos nos tiene que suceder, no te vayas a acobardar. Las hediondas tufaradas de la poza parecieron delicioso aire limpio a Bayaroupoulos cuando al fin salió a cubierta. Temprano distribuyeron doble ración de aguardiente. Salvo unos cuantos grumetes, la tripulación apiñada en vergas y jarcias o en rebaños arrinconada en popa, parecía de acuerdo con la sentencia. Falúas con tripulantes de todas las deshechas naves de guerra peruanas aguardaban en derredor de la corbeta, delante de lanchas repletas de curiosos que pagaron hasta cinco soles cada uno para ver de cerca la ejecución. Del otro lado, una multitud se apretaba a codazos en el muelle de guerra, empinándose para no perder de vista el patíbulo que deforma la esbelta proa de la Unión.

Mister Petrie mascó su pipa de hueso sin comprender por qué no salían botes a su encuentro en el Callao. Llegaba como siempre a la hora exacta, pero nada se movió en la dársena o a bordo de los ciento treinta barcos que atiborran la bahía. Acostumbrados a maldecir a vociferantes italianos que venden fruta fresca o a cambistas que se pegan a su buque ofreciendo dudosos billetes a cambio de sólidos chelines o aún mejor cotizados cóndores chilenos, los planchados marinos del *Trujillo* cambiaron miradas de sorpresa. Ni reporteros en busca de noticias y periódicos de Valparaíso, ni vendedores de baratijas, ni hambrientos mozos de cuerda dispuestos a prestar cualquier servicio, ni

siquiera autoridades o avezados agentes de aduana se interesan hoy por la llegada del vapor del Sur. P. H. Petrie, quince años capitán al servicio de la Compañía Inglesa de Vapores, buscó con su anteojo la improbable aparición de la escuadra de Chile, acaso las ruinas de un reciente bombardeo. Por última vez vio al *Blanco Encalada* embarcando tropas en Pisagua mientras su transatlántico pasaba rumbo al norte, apenas deteniéndose frente al bloqueado Morro de Arica a recoger a un puñado de neutrales. Reconoció la insignia del almirante Sterling en el blindado *Shanon*, la más poderosa nave de la flota de Su Majestad Británica en el Océano Pacífico.

Dos corbetas imperiales se alineaban cerca de la almiranta y la proximidad de ingleses y sus enormes eficientes cañones fabricados en Elswick por Lord Armstrong tranquilizaron a mister Petrie. El sobrecargo recorrió cubierta de primera clase disculpando la inevitable demora que sufrirán los viajeros para ir a tierra. ¡Vaya uno a saber qué diablos sucede en el Perú! Hace poco hubo una violenta huelga de estibadores y lancheros, felizmente frustrada por las propias tripulaciones mercantes a iniciativa de dos capitanes franceses que no olvidan el peligro comunista y, durante un día o dos, rompeshuelgas de Génova y Marsella barquearon pasajeros y movieron carga entre frecuentes refriegas callejeras y favorables embestidas de la gendarmería montada. Al fin mister Petrie ordenó parar máquina. Ahora su anteojo descubrió que todo el Callao, también las tripulaciones extranjeras, miraban fijamente hacia la *Unión*, última nave de guerra que le queda al Perú.

Exactas y frías, las pupilas azules del comandante Villavicencio escudriñaron la posibilidad de una protesta entre silenciosos marineros de su buque. Detrás suyo aparecía la plana mayor de la corbeta. Satisfecho por el sometimiento de esos hombres a su inapelable autoridad de primer jefe, Villavicencio observó el patíbulo y consultó su reloj: las once en punto. ¿Por qué demora el condenado? Tensas órdenes viajaron a media voz hasta la capilla. ¡Andando! Para el grumete Gregorio Roca, todo, hasta la guerra, ha concluido. Diez horas atrás lo encerraron en ese sollado maloliente. Hubiese querido dormir hasta que ya el suplicio fuese inevitable. Se alzó más alto que sus piernas de trazo, sin prestar atención al teniente 1º Larrea que lo apuraba, vamos negro, acabemos de una vez, mejor para todos. Pudo replicar un váyase a la mierda mi teniente,

usted qué sabe como se siente este pellejo. Había hecho testamento, dejando a su madre sus haberes depositados en la Caja de Ahorros: ciento diecisiete soles papel y once centavos, nada más valía su hijo, señora. No le daban tiempo ni para acordarse de su niñez en busca de ratos felices. Descalzo y maniatado a la espalda, el joven asesino salió a cubierta a las once y dos minutos. Villavicencio sostuvo la mirada del grumete que lo odiaba por última vez. El primer jefe había presidido el tribunal que lo sentenció a morir. Pareció que el muchacho iba a insultar al comandante pero otra vez se elevaron las oportunas voces de los capellanes mientras lo empujaban rápidamente al banquillo en proa, hacia estribor, entre los pescantes de la amura. Bayaroupoulos se persignó, paga pues el riesgo de odiar matando al buen prójimo en vez de al enemigo, no es lo mismo acuchillar una superior garganta peruana que otra chilena, también a la vida le ponían uniforme y le aplicaban correctas muertes precoces, los de aquí fusilando solamente a los de allá, ni siquiera seres conocidos, sólo apariencias que se disuelven por las porosidades del horizonte. Golpeó el viento sacudiendo las cotonas de los marineros trepados a los palos. Acaso el grumete vio brillar la bahía azul, ese lento mar de fines de febrero. Quizá ya no veía sino hacia adentro, al acecho de la destrucción definitiva. Madre miedo apenas piel, peste contagiándose de Bayaroupoulos al cabo Vilela, golpeando sus nudillos contra el bien acompasado pecho de Villavicencio, como un sudor resbalando por el cuello del fiscal capitán de corbeta Emilio Benavides, mojando la empuñadura de la espada con que el teniente 1º Larrea ordena preparar armas, como un vaho nublando la puntería del pelotón. ¿Cuánta muerte cada disparo, cuántos azotes a cambio de vivir hasta la próxima batalla, cuál el precio de cada mañana si la luz no es nueva, si la misma vieja mañana nada más se ocultaba a sus espaldas. El teniente tragó saliva.

—¡Fuego!

Seis rémington traquetearon a la vez. Cuando el sargento 2º Hidalgo bajó su rifle, comprobó que el grumete no había muerto. Los disparos habían despedazado su boca, perforado sus tripas, chocado contra su esternón. Pero el muchacho seguía atado al banquillo, con desorbitados ojos vivos escrutando a sus verdugos, ya sin lengua o paladar para maldecir su torpeza o para exigir gracia en nombre de Dios. El oficial se volvió furioso sólo para descubrir que el pelotón se aturdía. ¡Ni siquiera lo fusilan

bien, hijos de puta! ¡Carguen de nuevo! Todo un minuto se encharcaron sonidos por la deshecha boca del grumete. Quería hablar y escupía sangre, trozos de lengua, pedazos de encía. Ahora el teniente 1º Larrea habló suavemente a los voluntarios verdugos, muy bien, no vuelvan a fallar, a la cabeza o al corazón. El tamaño de su miedo era justamente la medida de las cosas conocidas y del mediodía negro que se le avienta encima, que otra vez vuelve a comprimirse en la boca de los rifles, que desde allí lo mira de ojo a ojo. Noventa segundos después de la primera descarga, las balas trizaron su garganta. Un proyectil dio en su frente y otro le entró por la tetilla izquierda. Al teniente le temblaban las manos cuando se acercó al cuerpo deshecho. Después se irguió, mirando atontado en busca de Villavicencio. Sentencia cumplida, mi comandante.

Petrie contempló revivir el Callao. A todo vapor se acercaba la lancha de la Compañía. A las once y media de nuevo humearon grúas en el muelle dársena, silbaron trenes por el patio de maniobras del Trasandino. Mister Firth en persona abordó el vapor del Sur. El gerente de la Compañía en el Perú estrechó vigorosamente la diestra del capitán Petrie. Las autoridades habían ordenado que se interrumpiera toda actividad portuaria mientras fusilaban al grumete de la *Unión*.

—Tendrá usted un pasajero muy importante que viaja a Panamá —dijo Firth como explicando su presencia a bordo—. Mister Grace y familia. Marchan a establecerse en Estados Unidos —ahora Firth suspiró—. También ha reservado pasaje John Meiggs y familia. Y el buen Mathison nos abandona...

—¿Mathison? —se apenó Petrie. Había sido agente general de la Compañía en el Callao durante muchos años.

—...regresa a Liverpool. Hum. Oiga, Petrie, me voy quedando solo.

—Pues yo tengo otro asunto que confiarle —el capitán acarició sus patillas rojizas—. Traigo cincuenta mil libras esterlinas consignadas a Panamá.

—¿Cincuenta mil?

—Contantes y sonantes. Pertenecen al General Hilarión Daza. Entiendo que está escondido en Lima.

—En efecto, anda por Lima y pronto viajará al Norte en uno de nuestros buques. Oiga, Petrie, guárdese bien el secreto, no quisiera tener un problema internacional —se agitó mister Firth sudando bajo el blanco traje de hilo irlandés. En la cabina del capitán bebieron un whisky con

ginger ale. El gerente de la Compañía respiraba a plenitud esa buena atmósfera británica contenida en el transatlántico, echando una ojeada a los más recientes diarios de Valparaíso. Ya chirriaban poleas moviendo fardos fuera de las bodegas y los boteros transportaban pasajeros a tierra. Bien, bien... llegó la viruela a Chile. ¿Y cómo está Arica? El capitán estiró sus piernas velludas, de pantorrillas cubiertas por immaculados calcetines blancos. Por los neutrales que recogió y que acaso fuesen los últimos en salir de allí, se había enterado que el ejército aliado pasa hambre y que hay un desbarajuste de órdenes y contraórdenes. A mister Petrie no le divierten las penurias peruanas. Secretamente en contra de la agresión chilena, desde que comenzó la Guerra del Salitre servía como agente de Lima. Preguntó por los repatriados sobrevivientes del *Huáscar* y Firth replicó con un vago ademán de conmiseración. Al cirujano mayor Santiago Távara casi le tuvieron que amputar las piernas. El joven Gárezon, último jefe del monitor, se había convertido en una reliquia nacional. Pero fíjese usted que distinta la situación de don Melitón Carvajal —tose, acepta otro whisky mister Firth— ... los escolares del Colegio Guadalupe recolectaron novecientos soles papel y se los enviaron por conducto del Obispo Tordoya para aliviar sus aflicciones. ¿De veras? Ajá. Estaba quedándose ciego, una lástima. Tendrán que someterlo a una operación y este desdichado héroe de Angamos no tiene dinero para pagar cirujano y quirófano. Petrie encendió su pipa. ¿Es posible? ¿y qué espera el Gobierno para ayudar? Mister Firth apretó los labios. Pues el señor Carvajal era demasiado amigo del señor Grau y ambos se opusieron siempre al señor Piérola. El capitán se miró las uñas. Con gusto tomaría las cincuenta mil libras esterlinas de Hilarión Daza y las repartiría ahora mismo entre huérfanos y mutilados y gente arruinada por la guerra.

Después de almuerzo, tras haber cumplido con la visita de cortesía al *Shanon*, al que también traspordaban víveres y bolsas de correo y tabaco y legítimo ron de las Antillas, mister Petrie ordenó bajar a tierra un voluminoso equipaje. Firth volvía al Callao en la misma lancha y contó sorprendido cuatro baúles y tres canastones que el capitán custodiaba de reajo.

—Parece que fuera usted a abandonar el buque —en lo peor del verano, Firth se abanica con su sombrero.

—Encomiendas para la familia Grau. Las traigo de

Valparaíso a pedido del comandante Viel —bajó la voz mister Petrie. Casado con María Luisa Cabero, hermana de la viuda del Almirante Grau, el acaudalado capitán de navío chileno Oscar Viel y Toro comandaba la corbeta *Chacabuco* en el teatro de la guerra—. Entiendo que atraviesan una difícil situación económica.

—Lo puedo adivinar —ahora volaba la lancha a vapor a seis nudos por la bahía cubierta por incesantes desperdicios. Firth se encogió de hombros. Todo subía de precio sin pausa, el gas del alumbrado de siete a doce soles, el carbón de cuarenta a cincuenta soles, la nieve de tres a diez centavos, los fósforos de cera a real, un traje de mediocre elegancia de ochenta a ciento cincuenta soles, los cigarrillos de veinte a treinta centavos. El sol de papel que Quimper había dejado en quince peniques cuando cambió el gobierno en diciembre, se cotiza ahora a menos de ocho y la Compañía no los recibía sino al 45 por ciento de su valor nominal. Ha de ser difícil alimentar y vestir y educar a los ocho hijos del héroe del *Huáscar*. Ciertamente, los montepíos se aprueban ahora en libras esterlinas, desde que el Dictador ordenó que la moneda nacional del Perú fuese la inglesa. Pero libras de oro o soles de plata escaseaban siempre más y las transacciones oficiales se hacen con el mismo papel moneda de antes, cuyo valor no es de ocho peniques por sol, como lo establecía la proscrita aunque verídica ley de la demanda, sino de doce caprichosos peniques como manda un decreto de la Dictadura. Al transformarse en soles corrientes, las pensiones otorgadas a los huérfanos de la guerra disminuyen un tercio de su valor, mientras que los precios siguen disparándose aparentemente fuera de control.

Nadie se molestó en abrir los bultos en la aduana del Callao. De los cuatrocientos vapores llegados a puerto el año anterior, trescientos cincuenta fueron de la Compañía Inglesa. Aquí, como en las principales ciudades del litoral, los mejores muelles, grúas, lanchas y edificios pertenecen a los británicos. Mientras los agentes de Mathison depositan el equipaje en el próximo convoy del Trasandino, el capitán aceptó un refresco de piña en la ventilada terraza del Gran Salón Central.

—¡Señor Petrie, placer de verlo! —don Faustino Piaggio abandonó a un acalorado grupo de italianos para acercarse a los ingleses. Dueño de almacenes y minas, productor del mejor kerosene de Zorritos, importante accionista del Banco del Callao, Piaggio era furibundo partidario

del Perú y de Garibaldi. El capitán lo saludó afectuosamente. Atrás, el resto de italianos se mostraba los puños. Discutían sobre el breve matrimonio de Garibaldi con la joven marquesa de Raimondi. Ella había atravesado a caballo líneas enemigas para informar al General sobre las posiciones austriacas en Como. Después de la paz de Villafranca, Garibaldi la pidió en matrimonio. Al día siguiente de casarse, la abandonó. Muchos diarios de Europa afirmaron que la marquesa estaba encinta de un joven oficial italiano. Al otro extremo del planeta, Piaggio resoplaba—: ¡Insinuar que Garibaldi no es todo un hombre! ¡Qué vergüenza! ¡Y se dicen italianos!

Ocuparon mecedoras de mimbre, un rato a salvo del bochorno de las dos, las tres de la tarde. Los relojes públicos del Callao andaban fuera de hora. Hasta aquí llega el estridente rumor de la descarga en la dársena, el golpe de pistones a vapor empujando trenes por la línea del Trasandino. Piaggio secaba su rostro. Sus amigos se alejaron por la calle y este descendiente de una vieja aunque arruinada familia de armadores genoveses, recobró su habitual compostura. Por eso odiaba las guerras, porque sólo traen miseria a las gentes honradas y enriquecen a pícaros y asesinos. Los abuelos de sus abuelos lo habían perdido todo varias veces, por culpa de los turcos. A su padre y a sus tíos los arruinó el pirata William Walker, que pretendió adueñarse de Centroamérica con un ejército de pistoleros norteamericanos. La ruina lo acosaba ahora detrás de esta guerra adversa. Dieciocho años de trabajo y buenos negocios pueden desplomarse sobre don Faustino el día que la escuadra chilena clausure el Callao. Aceptó un refresco con nieve—. ¿Qué se sabe de la nueva *Esmeralda*?

—No se construye un buen acorazado en una semana —gruñó Firth. No tomaba bando en la contienda. Nada más quería que desembarazaran sus negocios. No le importa si Chile o Perú o Bolivia, pero alguien debe liquidar pronto al adversario y limpiar de obstáculos las costas sudamericanas.

—Eso quisieran ellos, tenerlo en una semana —Petrie se refirió a ellos, a los chilenos, con cólera excesiva. Se encogió de hombros, qué diablos, algún día Firth lo tiene que descubrir. Esquivó la sorprendida mirada del hombre de la Compañía, prestando toda su atención al señor Piaggio. Gracias al guano y al salitre recién conquistados, Chile se hacía construir en Inglaterra el más moderno blindado de la época. No un monstruo flotante como el

Duilio, la nueva *Esmeralda* sería liviana e impenetrable, construida de buen acero. Se habla que tendrá dos cañones giratorios de cuarenta toneladas cada uno y que andará a un máximo de diecisiete nudos—. Así es, señor Piaggio, la de Chile es hoy la octava escuadra más importante del mundo.

Habitualmente animoso, a Piaggio lo dominaba un melancólico humor. No era para menos, oiga usted. Nunca estuvieron peor las cosas. Se ha puesto de moda el pequeño soborno. Acabó la viruela y con el verano apareció la tifoidea. Pronto habrá que liquidar a tiros a los perros vagabundos. Dieron bocado a dos mil chuchos sin dueño sólo en el puerto y sin embargo persisten casos de rabia. Algo va royendo la apariencia de prosperidad que aun en época de crisis tranquilizaba a los peruanos. Tome usted por ejemplo el edificio del Arsenal, donde funciona la Mayoría de Ordenes de la Escuadra. Parte del techo se vino abajo de puro viejo y el estucado no soportó el último temblor de tierra. Los jefes de la Marina de Guerra despachaban ahora a cielo abierto. Los telegramas a Lima demoran hasta cuatro horas en llegar a su destino. Y telégrafo nacional sólo hay a Pisco en el Sur y a Huacho por el Norte. ¡Y los trenes! ¡Uf! Salen a destiempo, se malogran en plena vía. Ya el pasaje subió a nueve reales. Piaggio embarcó una mañana a las ocho y media en el Tren Inglés y quedó atascado hasta las doce en la curva del mercado. Ya verá usted, mister Petrie, la lamentable suciedad de la Plaza de Armas, convertida en lodazal por aguateros que acaparan los pilones públicos. Todo ha subido de precio y hacen trampa con las pesas y medidas. Piaggio abarcó el Callao con una mirada: hay pobreza y toda su secuela de delitos. No hace mucho robaron su diadema a una novia dos horas antes de la boda. Lo denunció en “La Patria” la escritora Carolina Freire de Jaimes, a quien también saquearon su domicilio.

A las cuatro llegó un mensajero. Apúrense mister Petrie, mister Firth, el convoy de las tres y diez partirá en cinco minutos. Dejaron a Piaggio con otros hablistas que habían ido cayendo por la mesa, ahora ocupados en comentar el naufragio de la *Edith Davies*, qué catástrofe, a pique en el Caribe con millón y medio de almanaques Bristol 1880, que la Casa Lanman y Kemp comunica será imposible re-partir este año en Sudamérica. Con camisa y calzones cortos y blancos, el capitán Petrie se acomodó en un vagón de primera clase y durante el lento viaje a Lima apenas

prestó atención a la animada cháchara de Firth, describiendo el formidable picnic organizado por la colonia británica el último domingo en la Pampa de Villegas. Los jóvenes oficiales de la escuadra disputaron un campeonato de cricket observado por quinientos súbditos de la Reina Victoria mientras la banda de músicos del *Shanon* tocaba antiguas y populares canciones inglesas. ¡Estupendo!

A la hora en que Petrie desembarcaba en el centro de Lima, en la todavía intacta casa de Lescano 22 el chino Francisco consultaba su ábaco por cuarta vez. Desde su bien bruñida cocina puede oír el llanto de Miguelito y la voz de Doloritas conjurando dulcemente penas prematuras. Sana, sana, manito de rana. Francisco llevaba el compás con la cabeza, sacudiendo la trenza. Pronto Miguelito cumplirá un año. Sus siete hermanos siguen enfermos de tristeza. No olvidan la cariñosa corpulencia del Almirante. A ratos los descubre merodeando posesiones paternas, el gran espejo dorado de la sala o la copa de cristal rojo con que el jefe del *Huáscar* peruano, verdadero único *Huáscar* posible en la cabeza del chino, brindó con Doloritas antes de partir por última vez. Los almirantes chilenos enviaron un cablegrama de condolencia después de Angamos. Los muertos del *Huáscar* fueron sepultados en conquistada tierra boliviana, donde el enemigo les dispuso un solemne funeral. Marina y ejército chilenos despidieron a Grau con honores militares. En el Perú se aprobaron monumentos, honras fúnebres sin precedentes. Pero el desconsolado cocinero cantonés sabe que Miguel Grau se evaporaba pronto de la memoria nacional. Doloritas y los ocho huérfanos no han podido aún mudarse a la casa que la Nación Peruana obsequió a sus deudos. El chino oía refunfuñar al bondadoso coronel Gómez, cuñado y vecino de Grau, que se ocupa de los asuntos de la familia. A la señora Deidama, viuda del teniente Ferré, recién le aprobaron esta semana el montepío con un goce mensual de 23 esterlinas, porque ahora todo se tramita en libras y peniques. Tres meses tuvo que vivir de prestado. También en casa de Grau la pasaban mal. El chino Francisco hacía la plaza sin informar a Doloritas que los billetes entregados por ella cada mañana no alcanzan para nueve bocas principales y dos estómagos de sirvientes. Pide ayuda al coronel Gómez si falta dinero. Y gastaba sus propios ahorros en pequeñas golosinas para esos niños que tiran de su trenza y a ratos lo enloquecen saqueando la fresquera. Con una varita volvió a manipular su ábaco.

Dos kilos de sancochado a sol treinta cada uno. Arroz, un kilo, cinco reales. Harina, un kilo, cinco reales. Huevos ... ¡a real cada uno! Y cuarenta centavos de pan, ocho reales de tocino, seis reales por una bolsita de azúcar, casi un sol los fideos. Debían cinco soles de leña y en el recado faltan velas, que cuestan casi cinco soles el paquete. En casa de los Grau, como en toda la ciudad, ahorran gas, moviéndose en la penumbra para gastar lo mismo que antes del alza. El ábaco informó por quinta vez a cuánto ascendían los gastos hechos esa mañana: trece soles veintiún centavos. Francisco se rascó la cabeza. Si hoy no basta la pensión impuntual, si los precios siguen subiendo... Resolvió ir a casa del coronel. Por el principal, donde jugaban los hijos del Almirante, apareció entonces mister Petrie. De un simón bajaban el abultado equipaje que llega desde Chile.

El capitán inglés reconoció de inmediato el aire familiar, las facciones de su viejo amigo y camarada Miguel Grau en esos niños que lo rodean curiosamente. Trece años atrás, el marino peruano había sido el único capitán extranjero en la Compañía Inglesa de Vapores. Durante la guerra, Petrie se cruzó con el *Huáscar* mandado por Grau dos o tres veces. Fue el Almirante quien primero le encomendó discretas averiguaciones de lo que hacía el enemigo y que Petrie comunicaba a Montero al tocar en Arica. Más tarde le encargó ciertas piezas para su blindado, pero no volvieron a verse: Grau murió en el puente de mando frente a Punta Angamos. ¿La familia Grau? Enrique se acercó gravemente. Era el mayor, el nuevo jefe. Petrie se explicó: traía una carta y algunos encargos para la señora Dolores. Mientras el joven iba en busca de su madre, Petrie ordenó a Francisco que ayudara a bajar los bultos. Aquella voz lo trataba como a un *coolie* y el cocinero se apuró en obedecer. A través del tejido de los canastones olfateaba un inconfundible aroma a buen jamón.

Doloritas esperó al marino en el salón, acompañada de su hijo mayor. Se amorataba la ciudad después de un largo atardecer. Contagiados de la falta de puntualidad que parece enfermar a la república en desastre, algunos campanarios remoloneaban llamando a devociones de otra hora. Con la gorra bajo el brazo, mister Petrie dedicó a Doloritas una respetuosa reverencia y aceptó la butaca que le señalaban. De inmediato entregó un grueso sobre lacrado a la viuda.

—Me fue confiado en Valparaíso por la familia del

comandante Viel, señora —se explicó Petrie—. Me comprometí a venir a esta casa tan pronto fundeara mi buque en el Callao y por eso me he permitido presentarme sin antes haber solicitado su consentimiento.

—Se lo agradezco, capitán —Doloritas no abrió el sobre depositado en su regazo de luto.

—Aprecié mucho a la persona de su digno esposo, señora, y aprovecho la oportunidad para expresar mi condolencia.

—Conozco que fue su amigo, capitán —Doloritas envejecía. Miró a Enrique sentado tiesamente a su lado y sonrió recordando al robusto capitán de corbeta que la desposó hace trece años.

—Señora, el comandante Viel me encarga pedirle que considere el contenido de esta correspondencia. Si usted desea, la agencia de la Compañía se encargará de entregarme su respuesta a mi regreso al Callao y personalmente yo la depositaré en manos de su cuñado.

—Muchas gracias, capitán —Doloritas torció un breve pañuelo entre sus manos maltratadas.

—Asimismo ruega a usted señora aceptar los bultos que le envía su hermana desde Valparaíso y que he hecho descargar en el principal.

—¿Vio usted a María Luisa? —era su hermana más querida.

—Sí, señora. Ella y su digna familia están muy bien... —Petrie prefería retirarse— ... ahora, con su permiso...

En la cocina, Francisco daba saltos luego de arrastrar los canastos a salvo de curiosos. Los abrió sin esperar órdenes de su patrona. Estaban repletos de buenos víveres europeos, frutas confitadas y excelente harina chilena. En otro fardo descubrió ropa y zapatos para muchas edades. Colgó jamones, ordenó quesos, alineó latas de salmón, llenó frascos con enormes guindones y buenas pasas sureñas. En el colmo de la felicidad, el cocinero desenterró del equipaje cuarentiocho botellas del mejor vino que embotellaba la familia de don Oscar Viel y Toro.

Doloritas aumentó la intensidad del gas para leer la correspondencia de su hermana. Al abrir el sobre resbaló hasta su regazo una letra contra el Banco de Londres por cien esterlinas. Leyó mientras se le atascaba el aliento. Imagino, Dolores, que estarás sufriendo privaciones a consecuencia de esta guerra tan inhumana. Olvida por favor que soy chilena desde el día en que me casé con Oscar y

acepta lo poco que te envió gracias a la gentileza del capitán P. H. Petrie. Antes que nada soy tu hermana y faltaría gravemente a mi amor por ti y por mis sobrinos si no me preocupara la suerte que pueden correr. Oscar y yo ponemos a tu disposición nuestra fortuna. Aquí, en Valparaíso, hay casa para ustedes y cuanto puedan necesitar. Tú conoces la admiración, la amistad, el cariño entrañable que Oscar profesaba a tu difunto esposo. Sería una verdadera felicidad y un gran honor que se vinieran a vivir con nosotros. Avísame si estás de acuerdo, para arreglar pasajes y salvoconductos a través de la Legación británica. Doloritas suspiró. Resbalaban lágrimas por su rostro acechado desde la puerta por Enrique. Lo vio reflejado en el espejo del salón. No puede ser, María Luisa. La viuda del Almirante Grau no puede aceptar hospitalidad en territorio enemigo. Su diestra hizo un rápido bollo con la letra de cien esterlinas y todavía con las mejillas mojadas avanzó en busca de los bultos enviados por su hermana. Cualquiera que fuese su contenido, se proponía ordenar que los llevaran a la Junta Central de Donativos. Encontró a sus hijos alborotados en la cocina, mientras reía Francisco distribuyendo confites. El llanto de Doloritas asustó a los niños. Ella comprendió entonces cuántas privaciones soportaba la familia. Simulaba no enterarse de la generosa obstinada ayuda del coronel Gómez y de las hermanas de Grau y hasta de las huchas que Francisco extraía de su escondite para hacer frente a la crisis. No tuvo fuerzas para decir que se llevaran de casa esa súbita abundancia que desborda la despensa. Desapareció entre sollozos hacia su alcoba.

Mister Petrie cambió ropas en una habitación del Hotel de Francia e Inglaterra. Antes de cenar visitó el mullido *Phoenix Club*. Allí los británicos y algunos peruanos educados en Inglaterra se movían y conversaban asordadamente. Pidió un whisky y fue a husmear la biblioteca. Más frescos los diarios llegados por el vapor del norte que aquellos traídos en su propio buque, eligió ejemplares del *Times* y del *Pall Mall Gazette*, también periódicos de Nueva York. ¡Pobre señora Grau! Sorbió su whisky mientras sus ojos viajaban al azar por las columnas del *Times*. ¡Por todos los diablos, casi desintegraron al Zar Nicolás! Un rato olvidó que estaba en el Perú. A las seis de la tarde, hora en que el Zar solía dar cuenta de los entremeses, cien libras de dinamita hicieron explosión en los sótanos del Palacio de Invierno, tres pisos debajo del comedor imperial.

El atentado deshizo el salón de la guardia, matando a diez soldados e hiriendo a otros sesenta, y abrió un agujero de diez varas por seis en el comedor al que, según el *Times* debido a un acto de la Divina Providencia, no había entrado aún la familia imperial. Con un atraso de quince minutos, el Zar se acercaba a la puerta con los príncipes de Hesse y de Bulgaria. La Zarina, recluida en su alcoba, ni siquiera se enteró del peligro corrido por su consorte. En cuanto al obrero que días antes quiso asesinar al General Melikoff en San Petersburgo, ya lo habían ahorcado. Petrie liquidó su whisky. La emperatriz de Austria cazaba zorros en Irlanda, bien a salvo de la hambruna y de los motines agrarios. Las pérdidas en la agricultura se calculan en Dublin en 300 millones de esterlinas. Llegan limosnas y víveres de todo el Imperio y la Duquesa de Marlborough explica que serán repartidos entre todos los menesterosos, aunque fuesen católicos. Otro despacho reconfortó el británico corazón de mister Petrie: los suyos pelean fieramente en Afganistán. El General Roberts tomó Cabul y el General Brighth se acerca con refuerzos mientras Abdul Rhamán concentra un gran ejército en Badakshán. En Estados Unidos el General Grant ya es candidato del Partido Republicano a la presidencia y tropas de la Unión perseguían a los sioux al sur de Kansas. Daban las ocho cuando Petrie regresó a su hotel. Ordenó para más tarde algo de fiambres y encurtidos, una botella de brandy y té. En vez de ir a su habitación, golpeó suavemente una puerta casi al final del pasillo. Un secretario de estrecha levita lo hizo pasar. El coronel Miguel Iglesias, hombre fuerte de la Dictadura, se alzó de una butaca y le aprisionó calurosamente la diestra. El excelentísimo señor Piérola no se había equivocado, el Perú puede contar con los amistosos y útiles servicios de mister Petrie.

—¿Qué hay en el Sur? —bajo el reciente uniforme de coronel se adivina un cuerpo robusto, con prontitud habituada al monte. Pero Iglesias se movía con maneras de ciudad, expertas en asientos corteses.

Había movilizado su ejército personal en Cajamarca para venir en auxilio de la república amenazada. Avezado montonero y fiel amigo y partidario de Piérola, sus impávidos cajamarquinos pesaron más que el titubeante ejército regular de Lima a fines de diciembre, cuando al fin los pierolistas desconocieron al Vicepresidente La Puerta en ausencia de Prado. Ahora Iglesias es Secretario de Guerra. Es él quien tiene que vencer a los chilenos en la

gran batalla decisiva. Como al General La Coterá, último Ministro de Guerra del régimen constitucional, a Iglesias lo desvelan su incomunicación con el frente y la falta de armamento moderno. Escuchó con preocupación los informes del inglés sobre pertrechos llegados a Valparaíso y que los chilenos ya no se molestan en ocultar. El enemigo aparentemente se embarca en Pisagua. Después de varios meses de quietud, se ponía en marcha otra invasión. ¿Arica? ¿de una vez Lima?

—Bien, mister Petrie, Su Excelencia encarga solicitarle el transporte de bultos muy importantes para el Perú desde Panamá.

El capitán asintió.

—¿Cuáles son sus instrucciones, coronel?

—Como de costumbre trabajará usted coordinadamente con mister Gust, gerente del Ferrocarril Transoceánico.

—¿Y dónde tomaré la carga?

—En Panamá, por supuesto.

Petrie arrugó la frente.

—Está lleno de espías chilenos. ¿Por qué no en Taboga?

Las pupilas de Iglesias vagaron un instante por el vacío. ¿Por qué no embarcar en otra parte que no fuese frente al atracadero en Panamá? Pero así lo habían arreglado previamente y Su Excelencia en persona dio su aprobación al plan.

—Porque sus pasajeros y tripulantes se darían cuenta.

—Es asunto mío —pareció molestarse el inglés—. En fin, no importa. Lo intentaremos. ¿Son rifles?

—Rifles y ametralladoras —Iglesias hizo una señal a su ayudante, que le alcanzó una pesada talega—. Dos mil pesos plata para los gastos.

—Es suficiente —sin pestañar Petrie recibió la pequeña fortuna.

Combate de Arica

No había un solo buque enemigo a la vista esa mañana del 27 de febrero, así que la tripulación usó tan inesperada tregua en limpiar a fondo el viejo monitor *Manco*

Cápac. Un súbito aire azul ventila el antiguo abombamiento del buque de fierro, establecido cerca de los tres fuertes al norte de Arica, en medio de lanchas que lo protegen de sorpresivos torpedos enemigos. Cada amanecer, gran parte de su dotación llegaba en chinchorros desde tierra. La verdad, vivir continuamente a bordo es imposible. Apagadas las calderas grandes al caer la noche, el *Manco Cápac* no tarda en adquirir la helada temperatura de estas profundas aguas australes. Con la misma ligereza se convertía en un horno de metal mohoso bajo el violento sol de mediodía. Cuerpos mojados de sudor chapotean entonces por el hediondo interior del blindado, al acecho de enemigos que no pueden ser heridos a gran distancia. Hartos de actuar como lentos espectadores siempre que la escuadra chilena desafía a los cañones del Morro, los más jóvenes oficiales del monitor rogaban al primer jefe que la próxima vez los dejara pegarse al adversario.

El capitán de fragata José Sánchez Lagomarsino sonreía detrás de sus espesos mostachos rojizos. Ya veremos. Para sus adentros desconfía de este buque. Ayer se entrevistó con el General Montero. También había pedido a su amigo Camilo N. Carrillo, comandante de las baterías de Arica, que intercediera ante el Jefe del Primer Ejército. Sánchez Lagomarsino quería pelear. Ha combinado un plan para atraer un blindado chileno al Alacrán, sirviendo de señuelo hasta que el capitán Leoncio Prado pudiese disparar su torpedo Lay. Pero Montero prefiere que el *Manco Cápac* sirva de batería flotante, antes que arriesgar su amenazadora maciza apariencia en un combate desigual. Pese a continuas reparaciones, el anciano monitor no consigue navegar a más de tres nudos.

La primera hornilla de proa está rajada y la caldera grande de estribor demanda urgente limpieza. Su comandante admitió que no tiene muchas probabilidades de salir a flote en un pleito con el *Cochrane* o el *Huáscar*. Quedaron en que si la jefatura de Arica calcula razonable la intervención del monitor, se enviarán órdenes desde tierra. Mientras tanto debían contentarse con disparar sus lentos cañones Dalgreen de a 500, más bien para asustar que para herir a los chilenos.

El teniente 2º Eulogio Saldías meditaba sobre su mala fortuna al beberse una taza de té jazmín en la fonda de Chifú. ¡Pelear una guerra a bordo de semejante vejestorio! Mordisqueó una galleta china apoyado en el grasiento mostrador de madera. De la mañana a la noche, brotaba

de la fonda un apetitoso olor de arroz frito. Chifú muestra dientes color marfil. Parece sonreír y no sonríe: su cara es así, con lo más grande de la dentadura al descubierto, los ojos sin edad no sólo rasgados sino además a medio cerrar. A ratos frotaba uno contra otro sus pies enfundados en suaves zapatos de tela con suelas de papel prensado. Su negocio prosperaba a pesar de la escasez. No se sabe de dónde se surte, pero a los guisos de Chifú no les falta cebollita china, ni salsas agridulces. Incógnitas carnes cuyo sabor es preferible no descifrar, eran servidas bajountuosas salsas de tausí. También vendía abarrotos. Manuel Chifú no necesita moverse de su taburete para trocar mercadería por billetes cuyo valor exacto ignora y que por lo mismo recibe siempre más baratos. Con largos dedos afilados, atiende a su clientela surtiéndola de cecina, arroz, manteca, galleta y gruesos caramelos orientales que parecen trozos de vidrio de colores. Saldías calculó que le quedaba media hora de permiso en tierra y abandonando la fonda subió por la calle 28 de Julio hacia el Club de la Unión.

El subprefecto Federico Sosa palmeó la espalda del marino casi en la puerta del Club. En el pequeño comedor que lo mismo permite mirar la plaza y la bahía, el coronel Ugarte fumaba con especial deleite un cigarrillo turco después de desayunar. El joven Saldías se detuvo al llegar a la planta alta, cohibido por la presencia del desdichado Juan Guillermo More. El jefe que naufragó con el blindado *Independencia*, viste todavía luctuosas ropas de paisano, rara vez sonríe. Nueve meses después del desastre, More aún asumía toda la responsabilidad de la derrota. Siéntese, Saldías. El coronel Ugarte ofrece una silla a su costado. Con desenvoltura de importante autoridad política, Sosa husmeaba por la cocina. Este es uno de los pocos lugares de Arica donde rara vez falta café o ciertas golosinas comerciadas por las tripulaciones neutrales cuando bajan a tierra. Aquí los poderosos solían juntarse antes de la guerra a jugar rocambor o a beber aperitivos mientras sus negocios desafiaban la obstinada ruina de Arica. Lo que necesitamos ahora es otro maremoto, sostenía Ugarte sacudiendo su cigarrillo. Eso era lo malo de los cataclismos: su falta de puntualidad. Toda la vida inoportunos. En cambio, ahora, un modesto maremoto podía arruinar la buena suerte chilena. Entre una cordillera volcánica y asombrosos abismos submarinos, Arica se mantenía en pie de milagro. No siempre se alzó la ciudad en este paraje, al norte del Morro. Y sólo por haberse mudado salvó de

la destrucción total en 1868. A las cuatro de la tarde de ese inolvidable 8 de agosto, la tierra tembló durante tres minutos. Ugarte no ha olvidado como su ciudad, Iquique, se derrumbó en derredor suyo. Mil kilómetros al norte, Arequipa también cayó con sus cimientos deshechos. En Arica se abrieron grietas de hasta treinta metros de ancho. Luego del terremoto desembarcaron tripulaciones a remover escombros y auxiliar a cientos de heridos. Casi a las ocho de la noche el océano embistió las ruinas. A la corbeta peruana *América*, gemela de la *Unión*, una ola la incrustó en el Alacrán. El *Wateree*, vapor de fondo plano, dos ruedas y doble timón a proa y popa, tuvo mejor fortuna: fue depositado al pie de los cerros, tierra adentro, a dos millas de su fondeadero, intacto. Treintisiete minutos después de haberse originado en Arica, la gran ola golpeó el reino de Hawai. El *Wateree*, ahora usado como blanco para ejercicios de artillería, se había detenido seis semanas en el sur esquivando una peste en el Callao. Nunca llegó a su destino en San Francisco. Como era imposible devolverlo al océano, lo subastaron al mejor postor. Convertido en hotel y luego en salón de bailes y después en hospital, estuvo sin embargo cerca de navegar en 1877, cuando el mar se salió al norte de Arica y absorbió al viejo vapor hasta dejarlo a 800 yardas de la playa. Reía Ugarte imaginando no al *Wateree* sino al *Blanco Encalada* convertido en hotel veraniego para diversión de sus paisanos. Ah, caray, si sólo los maremotos fuesen peruanos. Pero ni siquiera Ugarte tenía verdaderas ganas de alegrarse. Nadie desconoce en Arica que casi trece mil enemigos, entre los que se cuenta don Rafael Sotomayor, Ministro de Guerra de Chile, han desembarcado tranquilamente en Ilo y Paocha. Primero tomó tierra el Regimiento Artillería de Marina. Después usaron el intacto muelle de fierro de Ilo y ocuparon ciudades desiertas pero bien surtidas de agua. El mismo día del desembarco, los ingenieros chilenos echaban a andar la locomotora *Huaracani* y emprendían la urgente reparación de las tres máquinas restantes. Ahora el enemigo disfruta de huertas y sombras placenteras en vez de arrastrarse por una tierra quemada, a sobresaltos por lóbregos descampados del interior moqueguano. Iba a dar su más franca opinión el coronel Ugarte, tildando de traidores a la Patria a las autoridades que abandonaron intactos recursos al enemigo que se acerca, cuando un cañonazo en lo alto del Morro anunció que la escuadra chilena regresa a continuar el bloqueo. Tardarán sus buques media hora en ser

vistos desde la ciudad. De vuelta al trabajo, murmuró Ugarte. Se reorganizaban las divisiones aliadas. Prefería ir al probable campo de batalla en Tacna, pero ya Bolognesi ha anunciado que si se hace cargo de la plaza de Arica y de todas las fuerzas de reserva, deseaba retenerlo a su lado.

—Señor Saldías. . . —bruscamente More arroja su servilleta y se dispone a salir— . . . venga conmigo.

—Sí, mi comandante.

Nada parecía capaz de echar colores sobre el rostro siempre más despintado de Juan Guillermo More. Iba palideciendo dentro de sus negras ropas civiles, bajo un ancho sombrero de fieltro urbano, sin que el sol curtiera su pellejo marino. Después de Grau el más importante jefe de la escuadra de operaciones, el señor More se consideraba a sí mismo muerto en vida. Ha jurado no vestir su uniforme de capitán de navío hasta no merecerlo en el campo de batalla. Con enérgicas pisadas se trasladó a la aduana construida por monsieur Eiffel.

—¿El General Montero?

—Pase usted, señor.

Montero interrumpió una reunión con su Estado Mayor General para recibir al antiguo camarada de la Marina de Guerra. A diferencia de More, el almirante es un héroe nacional y como un héroe camina y habla, la voz tonante, los ademanes majestuosos, toda su persona revestida de espontánea grandiosidad. Parecía hecho para esta situación y estos días negros. Sin embargo, la guerra adversa agrisaba sus patillas y enflaquecía su rostro. Dejaron al joven Saldías en un saloncito con los ayudantes y se encerraron en el despacho hasta hace tres meses usado por el General Prado.

—¿Qué quieres, compadre?

—Dame la *Torata* Lizardo —casi suplicó More.

—Es una locura —entrecierra su mirada Montero. Sintió lástima de su amigo. ¿La *Torata*? ¿para qué? ¿No sabes que esa lancha carece de verdadero armamento? Para llevar a los chilenos hacia el Alacrán. Desde ahí Pradito podría torpedearlos—. Lizardo, por amor de Dios, óyeme, compadre, no podemos permanecer inactivos, es una cuestión de honor.

—¿Me hablas de honor? ¿a mí, carajo? —Montero enfurecía con un foganazo en los ojos. Procuró sosegarse—. Antes que nada debo pensar en todo el ejército a mi mando

—resopló de pie ante una ventana que da a la bahía, recordando la brillante foja de servicios de More al final de la vida arruinada por el naufragio de la *Independencia*. Entonces se volvió casi cerrando un párpado, escudriñando a fondo los ojos de su viejo amigo—. Juan... ¿de veras crees que se puede?

—Sí, por supuesto que sí.

A las ocho y media de esa mañana, el coronel Arnaldo Panizo observó al monitor *Huáscar* que entraba a todo vapor en la bahía. No llega el enemigo a patrullar pausadamente de sur a norte y de nuevo al sur, sino en son de combate y directamente sobre el Morro. Panizo supervisaba las obras de fortificación al norte de Arica, fosos y terraplenes con que se espera rodear la población y la espalda del peñón antes de que ataque por tierra el ejército chileno. Pidió su largavistas al ingeniero Teobaldo Eléspuru y estudió el regreso de los bloqueadores. Tras el *Huáscar* navega a toda máquina la cañonera *Magallanes*. Me huele que tendremos combate, habló el mayor Pedro Ugarteche. Hum, parece que sí. Comandante general de artillería de campaña, Panizo llamó a sus ayudantes. ¡Caballos! ¡Corneta, reunión! ¡Todos a sus puestos! ¡A los cañones del norte!

—¡Dos mil setecientas yardas, señor! —micrómetro en mano calcula distancias en lo alto del Morro el teniente 1º Pedro Portillo.

El jefe de las baterías chupó su toscano sin comprender por qué los chilenos le sirven el combate. El *Huáscar* venía al mando de Manuel Thompson. El capitán de navío Camilo N. Carrillo recuerda el excesivo atrevimiento de su más joven enemigo. Lo había tratado en Valparaíso, allá por el 66. Y luego en el Callao. Un tipo arrogante y simpático. Ahora ni siquiera se pegaba al Morro con las falcas abajo, listo para dar batalla. Nada más consumaba un desplante que aquí nadie quería tolerar.

—¡Dos mil quinientas ochenta yardas!

—¡Listo el uno! —se oyó al capitán artillero Cleto Martínez al pie de su Vavasseur de 250 libras.

—Muy bien —murmuró—. Carrillo. ¡Fuego!

—¡Fuego! —repitió Martínez.

Retumbó el más alto cañón del Morro de Arica. Un rastro a pólvora incandescente ensució la mañana hasta embestir al *Huáscar* que corcoveó cambiando el rumbo. Usando el anteojo supo Carrillo que fallaron el primer tiro por poco.

Ahora de proa al norte, pareció que el blindado rehuía combatir. Pero pudo más el viejo código de honor de los marinos. El capitán de navío Camilo N. Carrillo ha aceptado el desafío del señor Thompson. El *Huáscar* no se puede acobardar. Por primera vez desde que empezó el bloqueo, los chilenos cambiarán cañonazos con Arica sin escapar del alcance de la artillería peruana. Falcas abajo, la torre del monitor se movió a estribor en busca de los peruanos.

—¡Corneta, generala! —Carrillo sonreía satisfecho—
¡Todos los cañones listos! ¡Viva el Perú!

Escobilla el Vavasseur, sobre subalternas alpargatas retrocede a saltos el cabo Perleche. Mientras expertamente vierten pólvora Armstrong por la boca del cañón, Perleche y sus ayudantes empujan el proyectil de 120 kilos y ocho brazos lo izan al tiempo que veintidós manos se esfuerzan por mover engranajes. Elevación diez grados, rápido carajo, perdíamos minutos de ventaja al recargar y apuntar y nuevamente hacer fuego contra el *Huáscar* que evoluciona siempre más cerca del Morro, a menos de mil doscientos metros. Acaso el señor Thompson desea achicar el recuerdo de Grau en el mismo puente y aún más valeroso que Grau en Antofagasta va a batirse hoy contra los superiores fuertes de Arica.

Crecía por el Morro el furioso batir de los tambores de guerra. En la plazuela de acceso al fuerte, saltó de su caballo el coronel Ugarte. Tras él llegaba el subprefecto Sosa. Corrieron a unirse al comandante Carrillo. A doscientos metros sobre el mar y a dos mil del *Huáscar* que corta espumosamente la bahía azul turquí, parece imposible acertarle un disparo con estas lentas piezas de avancarga. Ha de navegar a nueve, diez nudos, sobresaliendo su casco apenas un metro de la superficie. Brotó entonces una humareda de la torre del monitor y algo pulió el aire en derredor del buque, adquiriendo la momentánea dureza de un cristal para de inmediato caer pulverizado por un estampido que se repitió a sí mismo como la reverberación de un trueno. Se derrumbó el aire y el aire siguió en pie, mientras a rastras de un grueso proyectil de acero enfriado, la espantosa ululación rasó por encima del Morro. Aquella granada picó hacia tierra más allá de Cerro Gordo. Con un chasquido rebotó sin hacer explosión. Ugarte la vio dar botes hasta perderse en una polvareda casi una milla tierra adentro.

—¡Viva el Perú! —gritaba la guarnición.

—¡Fuego el dos y el tres! —vocifera Carrillo.

La simultánea doble respuesta del Morro removió el océano cerca del *Huáscar*, que ahora descargó su segundo nuevo cañón Armstrong de 250 y sus ligeras piezas de largo alcance instaladas en toldilla. Al filo del abismo, el viento sacudía a Ugarte. La ilusión del movimiento lo llevaba el encuentro del enemigo, como si fuese posible que esta roca lo pasara al espolón. Después de los Parrot de tierra, descargaron nuevamente el Vavasseur y toda la batería Voruz. Una picante emanación se condensaba por el Morro a la hora en que el General Buendía y otros cincuenta voluntarios llegaron a ofrecer sus servicios.

Chifú no se movió de su fonda cuando se endureció el combate. Ni cerró puerta de calle, ni se interesó por echar una mirada a la bahía. Nunca imaginó que el señor Thompson, convencido de la inutilidad de sus cañones contra el Morro, pudiese ordenar el bombardeo de la ciudad. ¡Los muy cabrones! —masculló Carrillo descubriendo el cambio de objetivo. Se volvió en busca de Ugarte, vuele usted a sacar a la tropa de sus cuarteles, pronto, llévela a Las Chimbas. Desde las baterías del norte, también Montero supo que los chilenos van a cañonear las casas de Arica, ya no difíciles blancos militares. Chifú seguía plácidamente inmóvil, contemplando un rectángulo de calle desde su taburete. Un anciano yanqui de raídas ropas tragaba a lentos bocados una sopa wantán de sospechoso sabor a pájaro guanero. Nadie más acompañaba al cantonés cuando llegó la hora. Tocado por el sonido y todavía aquí, de este lado de los orígenes, carne hecha con partículas de sal marina al fondo de todos los sabores, Manuel Chifú se obstinó en su quietud. Acaso a otros pareció aquello un sonido único y no varias detonaciones, la primera y lejana del cañón en el mar y la siguiente cercana explosión en los depósitos portuarios y, en fin, el silbido afilado de fragmentos que navajean el espacio doméstico, conduciendo su oído a la última íntima explosión, al incompatible conocimiento de un trozo de acero que lo reventaba por dentro.

¡Viva el Perú!

Corrían los bomberos a sofocar el pequeño fuego que la granada chilena causó en los depósitos de carbón. *Huáscar* y *Magallanes* cañoneaban ahora furiosamente el puerto. El coronel Ugarte llegó al galope entre un diluvio de escombros. Ya Barbachán se había puesto a órdenes del coronel Mariano Bustamante y la recién rehecha Octava Di-

visión arrancaba hacia los gramadales. Desmontaba Ugarte en la importante calle del Telégrafo a indagar si hay órdenes del General en Jefe, cuando una granada explosiva abrió en dos una gruesa pared vecina y desde el interior pulverizó la finca de Mackehenie y Cía. Flotan vigas, adobes de pronto livianos, derretidas chapas de bronce, un vasto desmenuzo de ropas y enseres y cenizas, mientras se expandía un sonido que sacudió los dientes del coronel. Media casa de Federico Dauelsberg se desplomó arrasada por el cañoneo. Y los altos del Club de la Unión, donde hace una hora desayunaba el señor Ugarte. Humo e incendios crecían por lo principal de la ciudad.

—¡Salgan de aquí! —vocifera el coronel Justo Arias y Aragüez abriéndose paso sobre un caballo encabritado—. ¡Fuera, fuera todos de la población!

—¿Y el Estado Mayor? —gritó Ugarte sujetando a su propia bestia del cabestro.

—¡En los fuertes del norte! —las explosiones atrás, adelante, casi debajo suyo sofocaban a Arias y Aragüez—. ¡Ordenan salir a Las Chimbas!

—¿Y toda esta gente? —protestó Ugarte señalando a confusos espantados paisanos.

—¡Que se las arreglen como puedan!

Un proyectil de 40 despedazó al niño Adrián Roseto en la calle de Bidaubique. Otra explosión en la céntrica calle de la Matriz derribó a la señora Contreras y a sus dos hijos. Alcanzados por un cañonazo mientras salían a los gramadales, los soldados del Batallón *Cazadores de Prado* cayeron muertos. El guardia civil Mariano Santos alzaba por sobre su cabeza el prisionero estandarte del 2º de Línea enemiga. Detrás suyo un disparo de la *Magallanes* deshizo la apretada columna de las tropas de Bolognesi.

El General Montero pateó el suelo en el fuerte *Santa Rosa*. Parecía azuzar a la tierra a acercarse al adversario. Desde que viraron al norte a castigar la ciudad, *Huáscar* y *Magallanes* eludían la artillería del Morro sin ofrecerse como blanco a los cañones de los fuertes. ¡Cuatro mil quinientas yardas! ¡Acérquense malditos!

El mayor Pedro Ugarteche pasó la lengua por sus labios resecos. Había asumido el mando de la batería cinco minutos atrás. Sus ojos abarcan artilleros como estatuas, Montero empinándose más alto que los parapetos, el *Manco Cápac* caldeando y, a su izquierda, lejos todavía, ya casi a tiro, los humeantes enemigos que disparan todas sus piezas.

—¡Acérquense malditos! —apreta dientes el General Montero. ¡Cuatro mil cien yardas! Hace veinte minutos recorrió a caballo los fuertes, arengando a la guarnición. Hace diez que escogió esta batería para dirigir el combate. Si al menos fuese posible despedazar al *Huáscar*. Entonces gritó: —¡Venganza a Grau!

¡Venganza!

Ugarteche mantenía su mirada exactamente en un lugar vacío del océano. Tan pronto el monitor tropiece con sus ojos, proferirá la orden. La última vez que combatió bajo insignia peruana, otro Ugarteche se encontraba a bordo, al mando de la guarnición de rifleros. En derredor del *Vavasseur* de 250, la tercera compañía de la brigada de campaña tensaba sus músculos. Sólo esperaban su voz.

—¡Muy bien, mister Culphoum! ¡quiero toda la presión que puedan levantar estas calderas! —tronó el comandante Sánchez Lagomarsino.

—Tardaremos dos horas en movernos —desesperó el segundo maquinista Anibal Alayza.

—¡Fuego! —gritó Ugarteche.

—¡Fuego! —repitió el mayor Nicanor García Goitisolc.

Treinta onzas de pólvora deflagaron en el sólido completo encierro del cañón *Vavasseur*. Comprimiéndose contra espesas paredes de fierro, la formidable explosión empujó arriba y afuera esa bala de doscientas cincuenta libras de peso. Pareció que el cañón saltaría de sus rieles y que su trepidación derrumbaría parapetos y santabárbara. Un grueso humazo negro cubrió de sombra a los servidores de la pieza. Sólo después de la explosión, el mayor Ugarteche cerró la boca. Como una borrachera enturbió sus sentidos.

—¡Blanco! —gritó Montero.

—Nos ganaron, mi capitán —se quejó el cabo Perleche en lo alto del Morro.

—Muy bien, Chunga —felicitó Ugarteche a su cabo de cañón.

El afortunado proyectil del norte había abollado el blindaje del *Huáscar* cerca de la línea de flotación. Rebotó varias veces por el océano dejando una espumosa huella antes de hundirse. Tal golpazo pareció desviar al monitor del rumbo que llevaba. Descargó sus piezas contra los fuertes que a su vez respondieron con una andanada. También el *Manco Cápac* probó fortuna. Después el *Huáscar* ordenó retirada a la *Magallanes*.

Acampaban dos mil soldados de infantería, improvisando refugios en húmedos gramadales infestados de zancudos. El coronel Ugarte deploró que el ataque hubiese echado de su cómodo cuartel al Batallón *Iquique*. Prometió volver con más frazadas y, si es posible, con esteras y tablas y con leña para cocinar el rancho. Los buques chilenos se habían retirado a cinco kilómetros de los fuertes y en la ciudad registraban escombros y apagaban incendios cuando el coronel encontró al subprefecto Sosa.

—Ocho muertos y veintidós heridos —resumió la autoridad. Y ni un difunto a bordo del *Huáscar*, ¿qué le parece? Hasta ahora íbamos perdiendo—. ¿Se acuerda de Chifú?

—Hum —Ugarte no ha olvidado sus crujientes raciones de wantán frito con roja salsa de tamarindo—. ¿Le dieron?

—Murió.

—Tan lejos de China —se compadeció el coronel—. Oiga Federico, nos van a comer los zancudos si no salimos de Las Chimbas. ¿Por qué no se escoge otro campamento?

—Hable con Montero —sugirió Sosa encogiéndose de hombros

Un pito distante anunció que se acerca tren de Tacna.

—¡Perleche!...

—¿Sí, mi capitán?

—...la próxima vez te quiero a mi lado, ¿entendido, cholo?...

—Sí, mi capitán.

—...que Cobeñas te reemplace con el escobillón —el capitán Cleto Martínez tenía listo su gran Vavasseur.

—¿Usted cree que vuelvan, mi capitán?

—No lo sé, Perleche. Pero si otra vez se ponen a tiro, hay que abrirles un agujero.

—Pierda usted cuidado, mi capitán —Perleche se escupió las manos, atento a una botija con vino de Pintatani que don Cleto hacía circular entre sus artilleros. Al fin bebió el paitaño—. ¡Cosa fina, don Cleto!

Domingo Manzanares, gobernador de Arica, distribuyó agua fresca y galleta a los servidores de las baterías. El mayor José María Prado, jefe de la Maestranza, conducía a sus subalternos al rescate de heridos en la ciudad bombardeada. El subprefecto Sosa vio pasar a la ensangrentada señora Contreras tumbada en un carretón, en el que también gemían sus hijos. Luego descubrió el aniquilado

Club de la Unión y se abrazó a sí mismo, cerciorándose de no haber muerto.

Otra vez se oyó al tren de Tacna. Desde su puesto de mando comprueba el General Montero que el *Huáscar* izaba inteligencias para que ataque la *Magallanes*.

Cañonearán el tren, dijo el jefe del Primer Ejército a su jefe de estado mayor y el coronel Manuel de la Torre despachó jinetes a auxiliar al maquinista. Llegaba el convoy atiborrado de pasajeros a quienes el bronco rumor del combate arrancó de la paz tacneña. En su mayoría son oficiales de la Alianza que quieren ofrecerse de voluntarios. Si un proyectil acierta en la vía férrea, habrá una carnicería. Al mayor Ugarteche lo tensaban premoniciones. Para bombardear el ferrocarril, el pequeño buque enemigo tendrá que ponerse a tiro de estos fuertes.

La corbeta enemiga al mando del odiado Condell embistió la costa tan pronto el tren se acercó a Las Carpas. Rápidos puntuales proyectiles de 70 y 115 libras sacudieron rieles, aflojando durmientes y dispersando balasto. Prendió el maquinista forzar el paso a Arica pero el bombardeo destrozó un pedazo de línea y, en peligro de descarrilar o atascarse, se detuvo el tren y de sus cuatro vagones saltaron a tierra más de trescientos pasajeros.

—¡Fuego a discreción! —ordenó Montero.

También arrancaba el *Huáscar* en socorro de la corbeta.

—Muy bien, Chunga, es tu oportunidad —animó el señor Ugarteche a su cabo de cañón.

—Esperemos, mi mayor —Chunga acechaba directamente al blindado enemigo, sin prestar atención a la *Magallanes*.

Mientras los fuertes *San José* y *Dos de Mayo* replican todos los disparos chilenos, el *Santa Rosa* parecía abandonado. Montero se volvió a mirar el inactivo Vavasseau. En derredor de la pieza, cuarenta sirvientes contenían la respiración, como si fuesen a saltar al abordaje del enemigo.

—¡Ahora? —titubeó Ugarteche.

Todavía demoró el sargento Chunga. Describía el *Huáscar* una apretada maniobra, ofreciendo rápidamente el flanco de babor a tierra.

—¡Ahora! —se estiró el cabo de cañón.

Quince minutos después de las once de la mañana, el disparo del Vavasseau penetró la obra muerta del *Huáscar*, arrasó uno de los ventiladores de la máquina, trizó la

batayola y el cubichete de la cámara de oficiales e hizo explosión frente a uno de los nuevos cañones Armstrong de 40 derribando a veinte tripulantes.

Ugarteche estrechó la callosa mano del sargento Chunga. Un estentóreo viva el Perú se elevaba de los fuertes y del Morro. Escorado a babor, el *Huáscar* abandonaba rápidamente el combate. A 3,600 yardas de la ribera, la *Maggallanes* sostuvo el fuego por otros diez minutos. Después se retiró en auxilio del monitor.

En el *Santa Rosa* ignoran que aquel afortunado cañonazo dejó un rastro de siete cadáveres, que otros dos enemigos agonizan y que hay a bordo doce heridos que exigen atención. Por el largavistas intuye Montero una grave confusión a bordo del antiguo monitor peruano. Muy bien, la hora había llegado. Se volvió en busca de More y del teniente 2º Saldías. Tomen un chinchorro y vayan al *Manco Cápac*. De mi parte digan al señor Sánchez Lagomarsino que salga al ataque. ¿Al ataque? Sí, Juan Guillermo, vayan a provocar combate. Buena suerte.

A More le parece que este es uno de esos días en que todo sale bien. Mientras en la bahía se ponen al habla los buques enemigos, saltó a una falúa con seis remeros y se dirigió al *Manco Cápac* fondeado a doscientos metros de la playa. Se levantaba la brisa, rizando el mar tan azul. La salada humedad, el graznido de los cormoranes alegraron a este hombre que había pasado su vida en alta mar sólo para perder su buque en la hora decisiva. Ah, si pudiera verse la roja mirada a punto de estallar, el oscuro amargo paladar bocadoando ese perfume a mariscos, nada puede reflotar el navío perdido o devolver la sonrisa a los camaradas que partieron. Diseminadas olas, blancos diminutos copos de espuma, aquí vuelve el comandante. Expertamente saltó de la falúa al monitor tan chato y curvo que parece un catodonte a punto de zambullirse bajo un vapor de agua. Sánchez Lagomarsino lo esperaba en cubierta. ¡Bienvenido a bordo, mi comandante! Ordena el señor Montero que ataque usted, comandante Sánchez. Debemos provocar nuevamente el combate. ¡Corneta, zafarrancho! *Full speed ahead mister Culphoum!* ¡Señor Smith, señor Pizarro, a los cañones! ¡Saldías, a la ametralladora!

No importa su lentitud, el monitor peruano salió reueltamente a buscar chilenos. Lo saludaban con hurras desde playas y fuertes. Parecía imposible verlo navegar. Con sus parchadas entrañas al rojo vivo, el *Manco Cápac*

demoró quince minutos en alejarse mil metros de su fondeadero habitual. Ahora amparado por los cañones del Morro, se deslizaba entre el *Huáscar* y la isla del Alacrán. Cuarenta rifles ocupan cubierta. Desde el puente, Sánchez Lagomarsino descubrió con su antejo a los torpedistas alistándose en la isla. Las baterías del Morro rompieron fuego. Sólo Dios sabe qué misterioso instinto protegía a Thompson de caer en la trampa. Se obstinó en no colocarse entre el Alacrán y su lento enemigo. El *Manco Cápac* debió avanzar otros mil metros para que el *Huáscar* aceptara el desafío. A toda fuerza, la corbeta chilena se acerca y dispara y se aleja al suroeste. Ahora el *Huáscar* decide acometer al viejo monitor. Sus más livianos proyectiles rebotan contra la coraza del *Manco Cápac*. A doscientos metros fracasaron los cañones de su torre y Thompson decidió cortarlo con su espolón. Acribillado por superiores ametralladoras chilenas, el monitor peruano no se movió ofreciendo flanco al afilado ariete chileno. Sánchez Lagomarsino ordenó a su tripulación encerrarse en el interior. Si falla esta maniobra, los echarán a pique dentro de tres, dos minutos. Asomado por un cubichete, vio al *Huáscar* echándosele encima a por lo menos ocho millas por hora. A medio cable de distancia, paró sus máquinas. Ahora pudo ver a los oficiales chilenos en toldilla, junto al telégrafo de máquinas. A veinte brazas del enemigo, se movió la hélice del *Manco Cápac* y, aunque con desesperante lentitud, viró hasta ofrecer su proa a la proa del *Huáscar*. Los chilenos pasarán raspando babor y en esa dirección apuntan los cañones. Ya las guarniciones se fusilaban a quemarropa.

—¡Fuego el uno! —gritó Sánchez Lagomarsino y su voz se confundió con la poderosa descarga. La bala esférica de 500 libras de peso destrozó un bote, rebanó el palo mesana, molió el compás magistral y desintegró al comandante Thompson en el puente.

—¡Fuego el dos!

Pero el segundo cañón siguió silencioso mientras los chilenos comprobaban que sólo cabeza y brazo derecho de su comandante han quedado intactos después del disparo peruano.

—¡Fuego el dos! —rabió el jefe nacional.

—¡Se atascó, mi comandante!

—¿Se atascó?

El propio teniente Smith se metía de cabeza dentro del

cañón.

—¿Pero qué mierda ocurre? —desesperaba Sánchez Lagomarsino.

—¡Se quedó la primera sección de la lanada, mi comandante, y se rompió el atacador! ¡Hay que sacarlo, señor!

Primera prueba de los cañones peruanos

Si bloquean el Callao, por aquí habrá que abastecer acorraladas divisiones. Hay doscientas casas en Ancón, también iglesia y capitanía, pensiones activas en temporada, como ahora, en febrero. El joven capitán Delhorme esperaba el amanecer trepado a distantes rocas en Playa Hermosa. A ratos el mar descarga rachas de cuatro o cinco grandes olas y la penumbra sopla una lluvia salobre hasta el rostro del oficial. Nada es posible por ahora: no el amor como Delhorme quisiera, para toda la vida, ni el sueño auténtico o siquiera una razonable ilusión de la victoria. A solas sobre la sudorosa roca fría, ya veterano militar a la edad de veintitrés, Delhorme sabe que cuando llegue la hora, habrá que presentar batalla a muerte. Acaso sólo la rabiosa desesperación de un pueblo que no se rinde, hiciera titubear al poderoso enemigo. Así que cada mañana el capitán se prepara para morir. Hoy, el último día. Miente si se imagina viejo o si soñando construye un rancho y una huerta y una familia. Dentro de un rato, nadie sabe, puede aparecer el enemigo y aquí sólo hay dos pequeños cañones para oponerse. Ayer mismo, después de probar la artillería nacional, se llevaron en tren seis piezas White y el primer Grieve salido de la Factoría de Bellavista. Había presidido las maniobras Su Excelencia, a quien Ancón recibió con vítores mientras los músicos del Regimiento Artillería de Montaña tocaban la marcha 21 de Diciembre compuesta por el maestro Rebagliati en homenaje a Piérola. Al atardecer del domingo, los mismos trenes partieron con el Dictador, sus secretarios y estado mayor general, amigos y edecanes. Hasta medianoche demoraron los capitanes Del-

horme y Selaya en devolver cañones y pertrechos a Lima. En el Gran Hotel los yanquis se emborrachaban festejando la eficacia de sus piezas fabricadas con ejes de ferrocarril. Delhorme aceptó después unas raciones de *Old Kentucky Bourbon* que invitaba mister White y se escabulló hacia las playas. Ha jurado no retroceder. ¡Qué mierda! El verdadero final está dentro de uno, aovillado, al calor del tiempo sin fondo, el pequeño rato eterno de este amanecer y de cada idea asomando a sus ojos, ventana que se veía a sí misma. Al fin la imperceptible rápida luz condensó formas que hace una hora recorrió a tientas: una playa desierta, rocas como ruinas. Delhorme supo que lo miraban por la espalda y adivinó a su ordenanza.

—¿Demetrio?

—A la orden, mi capitán.

—¿Qué haces ahí escondido? —Delhorme no conseguía aislar la sombra del cabo.

—Mirando, mi capitán.

—¿Mirando qué?

—Lo mismo que usted, mi capitán.

Conocía a Demetrio desde la Escuela Militar. Volvió a encontrarlo en Iquique al principio de la guerra. Regresaron juntos a Lima tan pronto nombraron a Delhorme instructor de tiro. El cholo bruñía sus botas, lustraba su espada, dormía en la puerta, cargaba su equipaje. A veces tanta fidelidad importunaba al oficial. Roto el encanto de esta soledad frente a botes que vuelven con la pescada nocturna, el oficial saltó dos metros hundiéndose hasta los tobillos en gruesa arena parda que él veía azul, lo mismo que el océano y que el cielo y que su propio cuerpo enfundado en gastado uniforme artillero. Dedicó un palmazo al ordenanza y echó a andar, silbando. Recuerda a su amigo, el capitán del Castillo, ahora al mando de una batería en el Morro de Arica. Estuvieron juntos en Tarapacá el año pasado. Muchos de sus camaradas de la Escuela Militar están acorralados con el Primer Ejército en el Sur. No hay verdaderamente cañones, fuerza que pueda oponerse a los formidables Krupp de campaña enemigos que no cesan de acumularse en Valparaíso. Entre rancherías de torta y carrizo los embistieron perros. Demetrio se defendió a pedradas. Gracias, cholo. Muchos no se habían atrevido a veranear en Chorrillos por temor al enemigo suelto en el océano. A hora y media en tren de Lima, no a diez sino a cincuenta kilómetros de distancia, Ancón tampoco es una fiesta de bañistas y vivaces muchachas casaderas sino pe-

queña guarnición atenta al horizonte.

El comedor del Gran Hotel estaba iluminado con lamparines de kerosene. Vio sillas patas arriba, en montón sobre las mesas mientras esparcían aserrín y barrían baldosas. Un remoto perfume a café empujó a Delhorme hacia la puerta.

—Ni entres, compañero, no hay desayuno hasta las seis —informó malhumorado el teniente artillero David León—. Acaban de acostar al gringo White. ¡Vaya juer-ga!

Delhorme despachó a su ordenanza a preparar el equipaje y se sentó en un peldaño de madera.

—Oye, chotano, ¿qué te pareció el ejercicio? —el capitán no había tenido tiempo de comparar impresiones con otros oficiales.

—El Grieve no sirve, cumpa, con ocho onzas de pólvora se puede desarmar.

—Pierde gases por la culata pero tiene compostura.

—Entonces que lo arreglen pronto —al chotano lo avinagra la lentitud con que aprovisionan al regimiento. Ayer perdieron la mañana probando vetustos rifles minié reformados por el herrero Ramos. Muy bien, los adaptaron al calibre y mecanismo del rémington español. Pero sus balazos no pasan de mil yardas mientras que comblain y grass enemigos, el superior peabody-martini elegido por el General La Cotera a fines del 79, tienen certero alcance hasta de tres kilómetros. Decidió cambiar de tema—. ¿Viste a la hija de Spigno?

—Antes que tú —silbó bajito el capitán.

—Una lindura.

—Me aburro —se incorporó Delhorme—. Voy a despedirme del comandante Ruiz.

—Te acompaño —León guiñaba un ojo.

Clareaba de prisa. Spigno vivía detrás de esa segunda fila de ranchos propiedad del gobernador de Ancón, el gordo Ramírez. Pobres, provincianos de medio pelo y potentados eran vecinos en Ancón, aunque separados por calles. Adelante, los ricos: el espléndido rancho de Dionisio Der-teano, que rara vez abandona el más aristocrático verano en Chorrillos, también el palacete blanco del señor Larraña-ga, aquella terraza con fanales marinos del señor Tenaud. Atrás, quienes nunca se mueven de Ancón, propietarios y autoridades: Ramírez, don Mariano Quispe que alquila seis ranchitos, la vieja Mimbela. Y al fondo, pescadores: Raz-zetti, Pasalaqua, Spigno, más que menos confundidos con

lancheros venidos de Chancay y con gente que vive de cuidar casas ajenas durante los nueve desolados meses en que no hay temporada de baños. Las botas de los oficiales crujían sobre el ripio rumbo a ese rancho donde Pedro Ruiz Gallo y sus ayudantes manipulan dinamita y piezas de relojería, obsesionados por hundir a los acorazados chilenos tan pronto asomen en el Callao. Esta parte del balneario quedó desierta cuando desembarcaron explosivos para Ruiz. El capitán se detuvo ante una puerta descascarada, calculando que si toda esa dinamita se inflama por accidente, es probable que hasta el Gran Hotel sea arrancado de sus cimientos.

El inventor chupaba una barra de chocolate contemplando montones de aparente chatarra que él convertía en demolidores ingenios. Subió el sol por fin más alto que los arenosos cerros anconeros y el súbito resplandor hirió sus pupilas de miniaturista. Sin escuchar los golpes a su puerta, contempló al alférez Cárdenas de bruces sobre una mesa, al argentino Mendoza que roncaba con la cabeza puesta en un saco de pólvora Armstrong. Constructor de delicados dioramas y carrillones, Ruiz pasó inventario a sus instrumentos de destrucción, poleas de las que cuelga lo improbable, pedazos de torpedo sin acabar. No quería trampas abandonadas a la casualidad sino un verdadero rápido proyectil submarino, el arma que diese un vuelco a la guerra y salvara al Perú. Y nada resulta desde hace muchos meses. ¿Hace cuánto que no se mueve de Ancón? Salen del taller a probar torpedos, no a contemplar la bahía celeste. Por la cabeza de Ruiz se anuncian explosiones siempre más terribles, aire despedazado a golpes de nitroglicerina, ya no relojes ornamenta es ni cajas de música con adornos de biscuit. ¡Ruiz, señor Ruiz! Oyó a Delhorme que se malhumoraba, carajo, dónde se han metido. Chirrió una ventana. Al chotano lo sorprendió la hirsuta apariencia del inventor.

—Hola, Enrique... enseguida les abro.

Delhorme es de casa. Aunque oficialmente no interviene en el proyecto de torpedos peruanos, Ruiz le había consultado tres novedosos detonadores de relojería.

—Regreso a Lima con el primer tren —sonríe, estrecha la diestra, entra el capitán—. ¿Qué hay de nuevo? ¿quieres algo de la ciudad?

—Uf —Ruiz no se había afeitado ni para recibir ayer a Su Excelencia. Falta todo y la ayuda del Gobierno queda en promesas que no se cumplen. Ha tenido que procurar-

se recursos exhibiendo en teatros sus inventos musicales. La verdad, Ruiz es extraordinario relojero. Le han pedido que por ahora abandone sus torpedos automóviles y se concentre en minas subacuáticas. Llevó a los oficiales a su destartado gabinete y mostró algo parecido a una trampa para cazar ratones—. Para atrapar chilenos.

—Creo que lo lograste —sonrió Delhorme.

—Vean bien, ¿ah? —se excitaba el inventor—. Esto hará estallar la dinamita tan pronto disminuya el peso colocado encima del resorte. ¿Qué les parece?

—Muy sencillo —Delhorme mira con preocupación cajas de cartuchos Nóbel y un tubo de fierro, sin pintar, casi despanzurrado, Era la versión anconera del torpedo Lay que su amigo no conseguía mover bajo el agua. Se pregunta el capitán si no será preferible pagar patente y adquirir una docena de *Whitehead-Luppis*, el formidable torpedo perfeccionado en Inglaterra y que ahora también fabrican rusos y austriacos. Ruiz no acepta la superioridad de tal máquina capaz de avanzar cuatro kilómetros a ras del océano a la increíble velocidad de veinticuatro nudos. Con limitados recursos, los mecánicos de Ancón no pueden reemplazar su motor *Brotherhood* de tres cilindros movido por aire comprimido a una presión de sesenta atmósferas.

—Imposible, imposible —repitió—. Necesito llaves, gatos, planchas de acero, conductores, pistones.

—Tomenos café —propuso el chotano.

Ruiz aceptó. Dejaron la puerta entreabierta y a sus ayudantes dormidos en los talleres. Una vez afuera, el inventor encendió un arrugado cigarrillo "Huáscar".

—¿Qué tal los cañones?

—Mejor que nada, es la pura verdad —Delhorme quisiera creer en la posibilidad de un milagro militar. Mister White ha copiado un antiguo liviano Vavasseur de campaña, rayado y de retrocarga. Dieciséis aceptables cañones han salido de su fundición en Piedra Liza. Grieve imitaba un modelo más grueso de Blakeley y pedía un Krupp 1878 del ejército boliviano para copiarlo en la Factoría de Bellavista—. Con siete onzas de pólvora, el White alcanza tres mil yardas. Con ocho onzas, el Grieve no llegó a dos mil. Claro, si tuviésemos toda la vida por delante...

Eran los primeros en ocupar el comedor ahora dispuesto con manteles blancos y brillantes cubiertos de Sheffield. Se oía gargajear al tonante mister White en un baño próximo al vestíbulo.

—Café y pan francés —pidió el chotano.

—Y huevos fritos —se entusiasmó Delhorme. Pero esos Krupp 1878 son cosa vieja en Europa. El modelo 1880 trae nuevo mecanismo de retrocarga. Gracias a un poderoso cerrojo y a la nueva pólvora sin humo, en Essen prueban cañones cuyo alcance supera los veinticinco kilómetros. ¿Se dan cuenta? ¡El enemigo destruído por piezas que no puede ver!

También a Ruiz se le perdió la mirada a través de los cristales. Pasaban pescadores con canastas repletas de corvinas, un perro blanquinegro, niños descalzos. Después la calle quedó desierta. Meneó la cabeza murmurando—: Creo que estamos jodidos, capitán.

Defensa de la ciudad

Municipalidad de Lima:

Habiendo encargado el Supremo Gobierno a la Municipalidad la fortificación de esta ciudad y debiendo procederse al establecimiento en sus alrededores de zanjas, baluartes y las demás obras que convengan, ha llegado el momento de apelar al patriotismo de sus habitantes.

Como el estado deficiente de los fondos del Municipio no permite que se distraiga lo que esta obra requiere, es necesario hacerla con las erogaciones voluntarias de los buenos patriotas, las cuales se pueden entregar en el Banco de Crédito Hipotecario al señor D. Gerardo Garland, que ha sido nombrado tesorero para la recaudación de estos fondos.

No obstante que el señor Alcalde ha ofrecido proporcionar los recursos de su propio peculio hasta donde le sea posible, la magnitud de la obra exige que no se prive, por sólo este bondadoso ofrecimiento, a todos los demás ciudadanos de contribuir a este patriótico fin en el límite de sus posibilidades.

Se recibirá por consiguiente en la casa consistorial todos los objetos que sirvan para llevar a cabo el trabajo, es decir, lampas, picos, carretillas, sacos, etc. etc.

Además se invita al pueblo para que ocurra a la Municipalidad a inscribirse en las listas de trabajadores hasta el domingo próximo, de 12 m. a 6 p.m.

Regresan los exploradores

—Parece que se me estuvieran sublevando —sonrió el General Montero por primera vez en la mañana. Ahora prefería despachar en una amplia tienda de campaña instalada a la sombra de un sauzal y cerca de la afamada huerta de doña Melchora, cuyos opíparos duraznos recibía cada mañana en una canastita adornada con patrióticas cintas rojiblancas. Escucha, Pradito, debo mantener organizado un ejército de dos repúblicas y tú vienes a proponerme una novedosa montonera. El capitán Leoncio Prado ni siquiera parpadeó. Afuera relinchaban caballos, se oía borbollar el adelgazado caudal de las acequias tacneñas. Se agotan aguas de avenida, como si el verano ya no bastara para derretir perpetuas nieves andinas. Montero eligió un durazno con colores de doncella. Antes de morder sus dulcísimas entrañas invitó al oficial a servirse. El capitán Prado continuó inmóvil—. ¿Qué ocurre, Pradito? ¿no te gusta la fruta?

—Sí me gusta, mi General. Es que antes quisiera que atendiera mi petición.

—Yo decido que se hace antes o después —gruñó el General llenándose la boca de durazno. Sus ojos parecían decir: no sabes lo que te pierdes, Pradito. Temprano ese día, a Montero se le presentó el coronel Ugarte exigiendo sitio en la primera línea de batalla. No cree que su división sea indispensable en Arica y, además, los tarapaqueños se habían ganado el honor de cruzar armas con Chile antes que otros batallones. Como algunos jefes bolivianos, Ugarte se permitió aconsejar el valle de Sama como próximo campo de batalla en vez del Alto de Tacna, sitio que se supone preferido por Montero. Pero a Tacna lo amarraban secretas órdenes del gobierno de Lima, cuyo cumplimiento vigila el sagaz prefecto del Solar. La Dictadura tiene una visión estática de la guerra. Diríase que el señor Piérola vincula la importancia de las batallas al prestigio de ciertas ciudades, Tacna y Arica en los actuales confines de la Alianza, después Arequipa, en fin Lima. Entre esas ciudades dividía las fuerzas acumuladas por la república, ordenando abrir lentísimas trincheras en vez de juntar batallones y rápidamente acorralar al invasor. Acordándose de su entrevista con Ugarte, el General volvió a bufar. ¿Qué saben verdaderamente de las intrigas políticas que anudan la guerra estos coronelitos ascendidos de paisanos a jefes de di-

visión? Discutieron en privado. Después se vio a Ugarte abandonar la tienda con esa lividez de la cólera apenas bajo control. Y ahora Pradito exigía el más atrevido lugar en los combates que se aproximan. Pide cincuenta hombres, nada más. Han de ser voluntarios, ligeros, si es posible veteranos. Hasta proponía nombre para la nueva unidad: guerrilleros de vanguardia. Además quiere los mejores fusiles y abundante dinamita. No será una fuerza de caballería, como la que comanda el montonero Albarracín, sino liviana infantería capaz de golpear por sorpresa detrás de las líneas enemigas. Bien, bien. Montero contempló afectuosamente a Pradito. La familia del General Prado elegía los puestos más peligrosos. Manuel Antonio sigue al frente del Batallón *Ayacucho*, una de cuyas compañías está ahora al mando de Grocio. Ya se le concedió traslado a Tacna a José María Prado. Sólo faltaba Pradito. No ignora Montero que por segunda vez en seis meses proponía formar el cuerpo de guerrilleros, ni que el joven capitán es famoso veterano de la guerra por la independencia de Cuba—. Voy a pensarlo, Pradito. Mientras tanto, no te muevas de mi campamento.

El otro capitán Prado ignora que su hermano se encuentra en Tacna. Sus botas se hundían blandamente en las rojizas arenas del Alto. Por ahora ignora cómo se dará batalla a los chilenos que siguen desembarcando al norte. Ordenes llegadas de Lima fusionan unidades, trasladan jefes, cambian de nombre a los batallones, hasta modifican el lenguaje de las cornetas. Se rumorea que la jefatura de los aliados será pronto asumida por el General Narciso Campero, en su calidad de Presidente de Bolivia. Y no hay noticias de los esperados refuerzos procedentes de Arequipa.

—¡Mi capitán, mire usted! —el subteniente Delpino señalaba una minúscula polvareda por el camino de Sama Grande.

Demasiado pronto para que los jinetes de Albarracín estuvieran de regreso. Y demasiado pocos para que fuesen chilenos. Adivinó el capitán a una patrulla nacional que volvía forrajeando y picó espuelas a su encuentro.

—¡Sigán trabajando! —se malhumoró Pedro Sánchez, maestro mayor de obreros. Bajo un sol plenario cuadrillas de lamperos apisonaban futuros emplazamientos para la artillería aliada.

Pronto la patrulla del *Ayacucho* se achicó por el arenal. El teniente Bolognesi miró un deslumbrante vacío en derredor suyo: vasto desierto sin otros caminos que el de

Sama y el más angosto que lleva a Buenavista, sin más trincheras que esas primeras excavaciones todavía sin dirección, sin más vigías que la minúscula patrulla al mando del capitán Prado. ¿Por aquí han de moverse algún día dos ejércitos, veinte o treinta mil hombres acometiéndose a muerte? Si no fuera porque el telégrafo confirma a diario la invasión chilena en Moquegua y porque el joven Bolognesi ha visto al enemigo bloqueando Arica y oído el distante trueno de sus duelos de artillería con los fuertes y el Morro, podría dudar que estábamos en guerra.

—¿Qué piensa de este lugar, mi capitán?

—He aprendido a no pensar hasta la víspera de una batalla —contestó con agotada voz el capitán del Castillo. Si las órdenes se revocan cada semana, si nada parece definitivo, si carecíamos de tenaz iniciativa, ¿a qué preocuparse? Desde el alba dibujaban curvas de nivel y medían la lomada para que más antiguos oficiales de artillerías discutieran el posible emplazamiento de sus piezas, apenas diez peruanas y ocho aliadas que no alcanzan para pulverizar tan ancho horizonte. Se volvió sonriente con la diestra en alto aplacando las protestas del joven Bolognesi. Ya lo sé, Enrique, nuestro deber es prepararnos, sólo que yo pregunto si es una decisión que de veras nos concierne. Porque aquí —y lo decía abarcando la amplitud de la república— aquí mandan todos. Echó una mirada al sol calculando casi las once de la mañana. Pronto descansarán los peones en un sombrero hasta que aplaque el calor. Por las deshechas suelas de sus botas sentían la quemazón de la pampa. El aire quieto sancochaba sus narices y gargantas. Vamos, Bolognesi, enrolla tus mapas y regresemos al campamento. Hoy tampoco ganaremos la guerra.

A medio kilómetro de distancia, Grocio Prado identificó a los molidos exploradores del capitán Garland. Habían merodeado los movimientos enemigos en Moquegua hasta que Albarracín los reemplazó con jinetes de refresco.

—¿Y el ejército? —Garland no entendía: mientras al norte los chilenos acumulan pertrechos y centenares de carretas, en Sama sólo encontró distraídas patrullas y el Alto de Tacna parece abandonado.

—En Pocollay, como de costumbre —el capitán Prado ofreció su cantimplora al gordo Aduvire—. ¿Qué novedades?

—Un hormiguero de chilenos —resumió hoscamente el tipógrafo-teniente antes de abrevarse.

—Perdimos Pacocha sin disparar un tiro —Garland

aceptó otra cantina con agua dulce pero tibia.

—Todo cayó intacto en poder de los rotos —el subteniente Henke contempla la pampa poblada de apariencias vagamente muertas, batallones todavía no llegados al sitio y a la hora y sin embargo ya condenados al suplicio que ha de ocurrir aquí, dentro de poco. Después Henke parpadeó y gelatinosas gotas de sudor se desprendieron de sus pestañas rubias y de su frente abrasada por la reverberación de los desiertos. También la pampa pareció secarse y ser nada más que pampa.

—¿Todo?

—Todo, mi capitán. Almacenes, agua potable, ferrocarril, maestranza.

Las livianas cabalgaduras de la patrulla titubearon lentamente al paso, como a punto de reventar. Después olfatearon la humedad del Caplina en el aire caliente y de nuevo relincharon, forzando riendas hacia el valle a ocho kilómetros de distancia. El capitán Prado entregó el mando de su propia patrulla al teniente Tafur y espoleó su mula acompañando a los doce exhaustos exploradores. La inacabable cabalgata escaldaba al teniente-tipógrafo. Gruñe adolorido, se estira sobre los estribos, lo zarandea el trote, rehusa quejarse el teniente Aduvire. Del otro lado de Intiorco apareció una patrulla del Batallón *Zepita*. Cambiaron saludos agitando sus quepís. Hacía el final de la jornada explica el capitán Garland que los chilenos se mueven pachorrudamente, como si no tuviesen prisa por emprender una ofensiva. Con la experiencia de quien acaba de recorrer las pampas entre Moquegua y Tacna, asegura que no será fácil movilizar a doce mil soldados y toda su enorme impedimenta a pie o en carretas tiradas por bueyes a través de sedientos arenales. Temerosos de que el Segundo Ejército del Sur descienda desde Arequipa a sus espaldas, primero preocupa al enemigo liquidar el frente moqueguano. Sobra tiempo a los aliados para fortificarse en el favorable valle de Sama, a la vez estrechando distancias con los refuerzos arequipeños y tomando la iniciativa de las operaciones.

¡Vuelve la patrulla!

En la fresquería de La Chuncha encontraron a Leoncio. Nada nuevo, Pradito, traían las mismas malas noticias de costumbre. Pues apúrense en saludar a Montero, aconsejó el capitán, temprano parecía de buen humor.

—¡Rendón, los caballos! —despernado, casi a traspiés, Garland entró a la fresquería, despachó una limonada

y siguió a pie hacia el vecino campamento del general peruano.

Aduvire rehusó sentarse, no capitán, muchas gracias, iba a estar de pie o boca abajo los próximos días, se lo juro. La Chuncha invitaba cacharros de gratuita agua fresca a oficiales y tropa. Ahora el teniente-tipógrafo obsequiaba a los parroquianos un relato de la invasión. Cuatro veces perseguidos por la caballería enemiga, sin embargo consiguieron acercarse lo suficiente para contar más de treinta modernos cañones enemigos y para reconocer a todos los regimientos chilenos de línea. Grocio y Leoncio se apartaban a conversar bajo una enramada. ¿Qué has sabido del General? Leoncio se refería al único hombre a quien conoce como el General a secas: su padre. Grocio ofreció uvas de locumba, creo que Montero acaba de recibir carta. ¿De Nueva York? No, de Europa. Ya los edecanes de Prado están de regreso en el Callao. Y en Lima siguen echando la culpa de la derrota sobre el ausente, abiertamente los pierolistas lo acusan de desertar la presidencia para adueñarse de la colecta nacional. ¡Malditos pierolistas! Hervía la voz de Leoncio cuando su hermano le oprimió bruscamente el brazo. Ya habrá tiempo de demostrar quién es quién en esta guerra. Ahora, cálmate. Entraba el prefecto del Solar a enterarse en la fresquería de las últimas noticias. Grocio lanzó un tintineante sol de plata sobre el mostrador y sonrió a La Chuncha. Más bien desconcertado por el súbito silencio que provocó su aparición, el prefecto de Tacna casi tropezó con los hijos del hombre a quien había ayudado a derrocar. Los capitanes Prado salían sin despedirse.

Puerto en llamas

Convertido Islay en ciudad fantasma tan pronto el Gobierno ordenó que el ferrocarril a Arequipa y Puno empezara en el tormentoso puerto de Mollendo, sólo una docena de mugrientos guardias nacionales custodiaba su muelle abandonado. Lentamente se oxidan la enorme cabría a vapor y los rieles con cremallera que suben al Alto. La población estable de Islay se eleva ahora a siete habitantes, de los cuales dos son súbditos italianos, y su guarnición en

estado de guerra suma dieciocho voluntarios armados con catorce chassepots, dos carabinas Henry y dos revólveres. Tres de esos soldados sirven esta madrugada de somnolientos vigías. ¿Quién podría interesarse por tan destartada población de madera y adobe? El sargento segundo Ventocilla persiguió un piojo por su nuca, después se entretuvo rebuscando sus ropas como si no supiera que se le ha terminado el tabaco. Nada más tenían que mantener los ojos abiertos y telegrafiar noticias a Mollendo, donde el propietario y coronel de guardias nacionales Mariano Bedoya tiene a sus órdenes ciento cincuenta hombres, algunos bien armados. Por la rocosa escarpadura desde donde a ratos observan el océano, Ventocilla estiró sus piernas entumecidas. Nunca le había gustado mucho la milicia. Ahora sirve por obligación, porque no hay otros que quieran trabajar de centinelas en tan inhóspita inmensidad. De buena gana volvería a casa, en la campiña de Arequipa, a calentar su estómago con dos comidas diarias. Mejor la pasaban los guardias nacionales de Mollendo que la escasa guarnición de Islay, adonde tardan en llegar víveres y no abundan entretenimientos. Al guardia Bazán le pareció escuchar pisadas. ¿Quién vive? De la oscuridad contestaron vagamente: —¡Soldados del cuerpo! Oye, Ventocilla, si somos dieciocho centinelas que nos conocemos de toda la vida... aquí nadie respondía jamás de esa manera. Ventocilla se encogió de hombros. ¿Y qué quieres que haga? ¿telegrafiar al coronel Bedoya? Bazán cerró los labios, agriándose por la destemplada respuesta de su inmediato superior. Volvió a oír que caminaban. Una voz desconocida pregunta ahora a los centinelas quién vive. ¡Perú! —replicó Ventocilla. No terminaba de decirlo cuando una bayoneta enemiga le abrió la garganta.

¡Chilenos!

¡Vienen los chilenos!

Tres o cuatro rifles rompieron fuego contra el soldado Bazán. Echó a correr pisando riscos de memoria. Sabía acuchillados a sus compañeros. A su espalda lo seguían baleando.

El telégrafo no funciona. La pequeña guarnición tiroteó a los chilenos que desembarcan en bien pertrechadas lanchas al norte de Islay, hasta que una cerrada descarga enemiga los forzó a retroceder. Doscientos fusileros navales del *Blanco Encalada* avanzan al trote sobre el pueblo sin habitantes. Antes de escapar a los cerros, Bazán contó cinco buques enemigos frente a la costa. Enviaban a tie-

rra una poderosa fuerza expedicionaria.

El importante cercano puerto de Mollendo está desarmado. Trasladaron su artillería a defender Arequipa. La verdad, de poco servían pequeños fuertes mollendinos si se trata de combatir contra blindados del sur. Resulta preferible atrincherarse en las alturas de Cahuintala, cerrando el paso al interior, y usar el ferrocarril para bajar tropas del recién organizado Segundo Ejército. Cuando anunciaron en el puerto que se había interrumpido el telégrafo con Islay, el coronel Bedoya despachó a cuatro exploradores que nunca más volvieron.

¡Chilenos! A toda garganta Bazán anuncia el peligro. ¡Vienen los chilenos! Tras Bazán llegaba la minúscula harapienta guarnición de Islay. ¡Chilenos, chilenos! Abandona su oficina próxima a la aduana, se encasqueta el quepís de coronel, atusa sus bigotes el señor Bedoya. ¿Chilenos? ¿cuántos? Había cinco buques desembarcando enemigos en la oscuridad, señor. Las autoridades cambiaron alarmados cuchicheos. Ni siquiera la *O'Higgins* mantenía el bloqueo este martes 9 de marzo frente a Mollendo. Ha debido seguir al norte, a apoyar la invasión. Bedoya conferenció con el coronel San Román. Sus efectivos reunidos no pasan de doscientos hombres, cincuenta de ellos equipados con modernos comblain. No disponen de un solo cañón. Acordaron enviar treinta hombres de avanzada a vigilar la ruta de Islay y retirarse con los demás hacia el Sur, a Mejía. Mister Speedie, empresario de la navegación en el Titicaca, despachaba locomotoras y mercadería hacia la estación de Tambo, adonde presume que pronto llegarán batallones de Arequipa. De la Maestranza salieron tres vagones repletos de piezas de repuesto y herramientas rumbo al interior. Después se oyó un breve tiroteo. El coronel Bedoya montó su caballo, arreando soldados hacia las lomas y, más allá, a la no tan encrespada playa de Mejía. También los gringos del ferrocarril se marchaban. Antes del mediodía, Mollendo estaba en manos del cuerpo consular extranjero.

Estrellita Dorich subió al mirador a contemplar la entrada de la escuadra enemiga. Aunque inscrita al nacer en el consulado español de Arequipa, Estrellita se consideraba peruana y no neutral ante la aparición de chilenos, no importa que su padre fuese auténtico chapetón de la península y que a su próspero y bien reputado almacén llegasen ahora baúles encomendados a su protección por amigos mollendinos. Prudentemente encerrados en sus casas,

los extranjeros se sintieron más tranquilos cuando una lancha con bandera de parlamento se desprendió del *Blanco Encalada*. Un teniente primero de la Marina de Chile saltó al muelle, averiguó que no hay autoridades peruanas con quienes conversar y se hizo conducir a casa de mister Jefferson, representante del Imperio del Brasil y decano del cuerpo consular. Más viejas mujeres prohibieron entonces a la confiada Estrellita que siguiera mostrándose en ventanas y mirador y la joven no pudo ver a los mil doscientos chilenos que entraron a Mollendo precedidos por una banda de músicos.

A órdenes del coronel Orozimbo Barbosa, ocupaba la ciudad el 3º de *Línea*, el *Batallón Naval*, 450 *Zapadores* y una sección de los *Cazadores* a caballo. La tropa se acuarteló en varios edificios del gobierno, entre la aduana y en la vacía casa de mister Speedie. El mayor Baldomero Dublé Almeida, jefe de estado mayor de la división invasora, eligió el elegante Hotel Champin para alojar a los oficiales. Mister Robillard, cónsul británico, y *herr* Adaph Gygax, representante del Imperio Germánico, intentaron visitarlo. Vuelvan a las cinco, se destempló un ayudante. Con explicable buen apetito, los jefes chilenos almorzaban achispados por excelentes vinos europeos que encontraron en la Aduana.

Izaban los extranjeros sus respectivos pabellones nacionales. Van y vienen patrullas husmeando el rastro de empleados del ferrocarril. A don Esteban Dorich lo preocupó el organizado desvalijamiento de los almacenes fiscales, porque allí están depositadas mercaderías que en verdad pertenecen a comerciantes neutrales afincados en Arequipa. Esa misma tarde los enemigos del Perú empezaban a embarcar su botín en la escuadra ahora reforzada por los cruceros *Amazonas* y *Angamos*, el transporte *Lamar*, la corbeta *O'Higgins* y la veterana *Covadonga*. Cargan herramientas, material ferroviario, conservas europeas en tránsito a almacenes arequipeños, barricas de burdeos y borgoña, fardos de tela, cajas de champaña de Reims. Ingenieros de la escuadra desarman cabría a vapor y pescantes y cortan a soplete barandas de bronce y arrancan rieles. Don Antonio Gago, administrador de la Aduana, asistía con silenciosa impotencia a la tenaz rapiña de las dependencias a su mando.

Al anochecer de asueto, los batallones enemigos merodeaban la ciudad en busca de su propio botín. Mientras saqueaban la aduana, se habían envalentonado con vino y

ginebra. Ahora forzaban puertas traseras para seguirse enchichando. La vieja Mendiola, refugiada en casa de los Dorich, vio desde la planta alta cómo en un parpadear arrasaban una fonda de chinos. Luego pecorearon la casa del colombiano Hoyos y, al rato, la clausurada finca del señor Madueño.

Acompañado del cónsul alemán, que era su vecino, don Esteban Dorich volvió a visitar el estado mayor chileno a las siete de la noche. Denuncia el acaudalado español el robo y destrucción de siete casas próximas a la suya. Caray, caray. El mayor Dublé simuló preocupación. Había establecido su despacho en la abandonada residencia del Superintendente del Ferrocarril. Escuchó con amable atención la queja de los neutrales y, luego de censurar todo exceso y de atribuir la violencia a los propios peruanos, envió a uno de sus capitanes a comprobar la exactitud de la denuncia y a castigar de inmediato a los culpables. Salían del estado mayor, al pasar enterándose que el 3º de Línea ha dispersado a la guarnición mollendina antes de ocupar Mejía, cuando Julián Dorich se acercó acezante a su padre: de nuevo trizan la casa de Madueño. No tuvo más remedio que seguirlos el oficial chileno. Sorprendió a doce *zapedores* robando la finca. Tan ebrios estaban que le faltaron el respeto así que llamó a un destacamento de *Navales* y a pencazos envió a esos insurrectos a dormir la borrachera en el *Bianco Encalada*. Después se despidió galantemente de Dorich en la puerta de su casa, no sin antes dedicar una sonrisa a Estrellita y sus primas.

Primero risotadas, botellazos. Después disparos a cualquier parte. No dormían los chilenos que quedaron sueltos en Mollendo. Preocupaba a don Esteban que los más importantes jefes enemigos, sus cuatro capellanes, hasta el cirujano Ramón Allende y el personal de la Ambulancia Santiago hayan embarcado al caer la noche. A partir de las nueve no hay a quien quejarse. Convertidos en salteadores, vinosos veteranos del *Batallón Naval* empiezan a derribar puertas a culatazos. Al italiano Campodónico lo tomaron preso para registrar tranquilamente su propiedad. Los gritos de Manuela Pastor y de su madre crisparon esa primera noche interminable. Voltearon arriba abajo su tienda, pegándoles para que entregaran sus joyas y ahorros. A golpes de hacha desfondaron barricadas de aguardiente en tiendas portuarias. A medianoche, la soldadesca aniquilaba metódicamente los barrios pobres. Amaneció Mollendo sin agua ni telégrafo. Los chilenos

también han destruido cañerías que bajan de Tambo e incendiado estaciones ferrocarrileras, derribando postes y dinamitando puentes. En la ciudad continúa la parranda. Acusan los chilenos a un puñado de menesterosos de haber robado domicilios durante la noche anterior: el cojo Casimiro, el chapetón Francisco, el labrador colombiano Próspero Vallarino, el loco Fritz, todo un harapiento cortejo de seres que vivían de la caridad pública o de paupérrimos trabajos, desfiló encadenado a sufrir prisión y azotes en el acorazado insignia de Chile.

Dos días demoró el Prefecto de Arequipa, Alfonso González Orbegoso, en reunir fuerzas para recuperar Mollendo. Pero esos batallones del nuevo Segundo Ejército del Sur parecen enfermos de lentitud. Inflamado el patriotismo del vecindario, gastaron veinticuatro horas en pronunciar proclamas y celebrar misas de campañas y otras veinticuatro en ponerse en marcha. El veterano coronel Marcelino Gutiérrez, devuelto al servicio activo cuando el Perú empezó a perder la guerra, comandaba la *Legión Peruana*, el más antiguo batallón de la república. Tras él partieron en tren los batallones *Apurímac* y *Piérola*, dos columnas de la Guardia Civil, la de Artesanos, la de Honor y la Gendarmería montada. Ni siquiera el aguerrido coronel Gutiérrez se sentía satisfecho de la preparación de sus tropas. Los peruanos no pasaban de mil, en su mayoría armados con rifles chassepot. Siete horas en tren llevaron a los soldados nacionales a la estación de Cochendo, donde asumió el mando de la minúscula división el coronel Goizueta. Despachada la *Legión Peruana* a vigilar retaguardia y marchando el batallón *Apurímac* a las alturas de Islay, el resto de peruanos siguió a pie a la estación de Tambo, a reunirse con la guarnición de Mollendo. Al mediodía la caballería arequipeña encontró por el Boquerón a 30 cazadores chilenos a los que persiguió hasta la estación de Ensenada. Allí se atrincheraban 500 rifleros del *3º de Línea*. Viéndose al atardecer amenazados por batallones de incógnita fortaleza, los chilenos prendieron fuego a la estación y a quince carros de plataforma y retrocedieron en creciente desorden hacia el puerto y la protección de su escuadra. Abandonaron once rifles comblain y once cajas de munición.

¡Regresan los peruanos! Con un murmullo se desparrramó la noticia en Mollendo cuando el *3º de Línea* entró a la ciudad. El resto de ese regimiento seguía apostado en Mejía. Tranquilizó a los vecinos constatar que abultados

equipajes abandonan el Hotel Champin, señal de que los intrusos se irán pronto. A las seis de la tarde formó borrachosamente el Batallón *Zapadores* para salir en dirección de Islay. Como a la mañana siguiente constataron los neutrales, fue sólo una maniobra. Pero esa noche, con los pulgares en el chaleco, un partagás entre los dientes, Dorich se balanceó de los talones a la punta de los zapatos, comentando que ya veréis, bribones, lo que os va a pasar cuando reaparezca la autoridad. La última compañía de *Zapadores* desfilaba a traspies. Al fondo de la quebrada, se detuvieron a meter candela al barrio más pobre de Mollendo.

—¡Hijos de puta! —mascullaba Dorich contemplando el rojizo resplandor iluminando la noche—. ¡Robáis a la gente proletaria, malditos!

—¡Incendio, don Esteban!

Ardía por sus cuatro costados la casa de Tomás Pino.

Dorich oyó balazos y gritos jubilosos. Eran los mismos *Zapadores* que volvían sobre Mollendo. Decidió visitar nuevamente el estado mayor, a exigir garantías. Por el camino mister Robillard le aconsejó que se escondiera. Había visto violar en la vía pública a una hija de mister Struch. Arrastraban a otras mujeres a las lomas luego de sajar a los hombres a golpes de corvo. Al fondo de la quebrada un grupo de viejas atacaban con piedras a los violadores.

De vuelta a su casa, Dorich la encontró repleta de refugiados. Envió un mensaje solicitando auxilio al cónsul Gygax y pidió a otros españoles que custodiaran el indefenso patio trasero de su residencia y almacén. En su caja fuerte no entraban más caudales, joyas, valores y documentos puestos bajo su protección de neutral. Trepó después al mirador. La ciudad ardía por barlovento.

A la rojiza luz de esas llamaradas, se desplomó la clausurada puerta de la iglesia. Roban y siguen quemando para borrar huellas. Un fondo de temor a Dios hizo que los salteadores sacaran el sacramento y las imágenes de los santos a la plaza. Después disputaron candelabros, jarrones, toda la plata ornamental que recubría el templo, alcancías y milagros y repujados vasos coloniales y hasta la ropa del cura.

—Estamos en propiedad de neutrales, caballeros, os ruego retiraros —cortesmente el señor Unzueta cerraba el paso a chilenos aparentemente atraídos sólo por la cu-

riosidad. Husmeaban siempre más numerosos la tienda de Dorich. Por la calle de atrás podían saltar fácilmente una pared que no pasa de ochenta centímetros de altura.

Sesenta barriles de pólvora estallaron en el patio del ferrocarril.

—Hemos exigido nuevamente protección al mayor Dublé— cuchicheó Julián Dorich en la oreja de Unzueta.

El hijo mayor de Unzueta se acercó entonces a la muralla, a pedir amablemente a un grupo de chilenos que se retirara de allí. ¿Y no podemos mirar? Aquellas voces estrepitosas se sublevan peligrosamente. Crecía el incendio iluminando rostros beodos y sin afeitado. Uno de los soldados fingió caer sobre el joven español que vio fulgurar un corvo en la diestra del chileno. Retrocedió de un salto, a la vez cogiendo una raja de leña. El otro perdía equilibrio y el muchacho le descargó un leñazo en el pescuezo. Otros soldados saltaron la pared, persiguiendo al español hacia el interior de la casa. El viejo Unzueta se acercó al derribado, alzando su cabeza para reanimarlo. El roto había perdido su puñal pero no el revólver. ¡Me quiso asesinar! —aulló incorporándose. Unzueta se vio encañonado. Pero si él no fue, si tampoco quisieron causarle daño, si nada más se defendían. Gritó que no dispere, que aguarde usted. Cogió el cañón del revólver en el instante que le descerrajaban un balazo. Atónito de no tener el cuerpo agujereado, doblado por una insoportable quemazón en las manos, Unzueta corrió también al interior de la casa. Por el patio acometieron los saqueadores.

Estrellita Dorich chilló cuando cuatro soldados se metieron a la finca por la planta alta. Un puño se estrelló contra su pómulo izquierdo. Otro asaltante derribó de un culatazo a la vieja Mendiola y de un puntapié a doña Eufrasia, tía de don Anselmo Unzueta. Rasgaban el vestido de Estrellita, forzando sus blanquísimos muslos. Atontada por los golpes, clavó sus uñas en agrios rostros sudorosos. Escaleras abajo, su padre se defendía con una silla de estocadas de corvo con que querían apartarlo del camino a las alcobas. Otras mujeres, ahora armadas de tijeras y gruesas agujas de tejer, acometieron a los asaltantes en la planta alta. Rescataban a Estrellita por cuyas piernas se encharca sangre de apenas diecisiete años. Cuando el señor Dorich vio aparecer a las mujeres, derribó la mesa del comedor y corrió a escoltarlas a la puerta principal. Tumultuosamente entraba la soldadesca a repartirse la fortuna

del español. Furiosas lágrimas mojaron su rostro injuriado cuando al fin salió a la calle, sosteniendo el estropeado cuerpo de su hija rumbo a la casa de Gygax.

A la mañana siguiente intervino la escuadra. Con proyectiles inflamables, cohetes, minas y camisetas de incendio provocó la destrucción de la Maestranza. Dinamitaban la estación del ferrocarril. Después los chilenos quemaron todos los edificios del gobierno, la casa del coronel Mariano Bedoya, el Hotel Champin, las tiendas de Castilla. Ardió el barrio comercial, el mercado y hasta el cementerio. Al caer la noche se hizo visible un vasto incendio que empezaba en Mejía y concluía en Islay.

—Ataque usted, mi coronel —casi implora a Goizueta el coronel Marcelino Gutiérrez. No era ya el mismo impávido jefe del ejército con cuyos hermanos derribó al Presidente Balta. Había sido el único entre los coroneles Gutiérrez que se opuso a fusilar a su antiguo jefe y camarada y tal vez por eso pudo escapar de la furia del pueblo. Muertos y colgados de la catedral y quemados sus cadáveres, profanados Tomás y Silvestre y Marceliano Gutiérrez, el cuarto de los coroneles se escondió tres meses en un convento y pudo al fin escapar en barco por el Callao. Se estableció en una finquita cerca de Torata, más allá de Moquegua, sin nunca cruzar palabra con los forasteros. A fines del 79 había vuelto a filas, reconociéndosele su antiguo trágico rango de coronel efectivo. Pero Goizueta no quería arriesgar sus fuerzas, únicas que pueden detener a los chilenos en la ruta de Arequipa, empeñándolas en un combate tan cerca de los adversos cañones de esa escuadra sanguinaria.

Lentamente el jueves se aproximaron a Mollendo. Pronto descubiertos por vigías chilenos, el mayor Baldomero Dublé reunió a los cónsules. Media ciudad ha sido convertida en cenizas. Falta sin embargo demoler el muelle y embarcar los restos de un botín de guerra calculado en cinco millones de pesos. Salvo las casas que sucumbieron al incendio, importantes propiedades de neutrales han sido respetadas. Dublé advirtió que si los peruanos molestaban sus tareas de destrucción, la Escuadra bombardeará cuanto queda de Mollendo con todos sus habitantes.

Mister Robillard salió a caballo a parlamentar con la avanzada nacional en las alturas de Mejía. Junto al mar, sistemáticos dinamitazos derribaban la aduana y los pilotes del muelle.

Crisis en las finanzas

Sordo a los gritos del bachiche que ha entablado juicio por despojo al Club Regatas, el Presidente de la Sociedad de Agricultores Juan P. Gallagher se zambulló desde lo alto del muelle de Chorrillos. Arruinaban a Giuseppe Orengo sólo con bloquear la entrada a su restaurant. Unos dicen que el Club quiere adueñarse de los salones contiguos a su propio local. Otros creen que la clientela de Orengo empieza a desafinar con la categoría del balneario. La verdad, sus parroquianos se empapaban con fresca cerveza Kieffer de barril y se iban dando traspiés al atardecer para escándalo de niños y señoritas que contemplan el horizonte desde los Baños. Orengo rehúsa partir de Chorrillos. Escribía macarrónicas cartas a los diarios o ensartaba maldiciones en genovés desde la orilla, cada vez que aparecía un socio del Club. A falta de festejos o excursiones en burro a la Chira o a la salvaje playa de La Herradura, las protestas del italiano devolvieron algo de buen humor a la temporada de 1880. Dos o tres veces Orengo acabó en el calabozo por faltar el respeto a los señores. Pero el comisario *ad-honorem* Irigoyen no lo podía encerrar todo un verano a pan y agua simplemente porque persigue a Gallagher por las calles, llamándolo mi distinguido amigo y exigiendo justicia a toda voz. Esta mañana de marzo, el exasperado comerciante calló cuando Dionisio Derteano se detuvo en la terraza a contemplar el océano y a los bañistas. Parecía mirar cuanto era suyo, su hacienda y su familia, toda su descendencia. No han llegado completos a comenzar este año aciago. Podía nombrar a los ausentes entre esas familias que se divierten por la playa pedregosa. Mientras los caballeros nadan con brazadas de costado rumbo a las balsas y allí conversan de la guerra y los negocios, sus consortes e hijas se mojan de a pocos y, ya con el agua a la cintura, sostenidas por forzudas y respetuosas manos de cholos bañadores, se sientan o saltan gritando cuando embiste el oleaje. Otros sirvientes cargan baldes de agua dulce para enjuagar pies o protegen con sombrillas la encantadora palidez de las muchachas. La adusta expresión de Derteano nada tiene que ver con el deficiente servicio de los Baños de Chorrillos, ni con la destemplada loca canturía de Orengo. Cubierto con una bata de felpa, con las mismas zapatillas de lona que compró en Trouville hace dos años, Derteano se mueve como quien ha recuperado la ple-

nitud de su poder y está nuevamente cerca de perderlo. Prefirió enfermar a raíz del escándalo de la emisión fraudulenta de billetes y la consiguiente clausura del Banco Nacional del Perú, del que era presidente. Pero cubierta la defraudación, gerentes y directores abandonaron la cárcel pública de Guadalupe y el Banco reabrió sus puertas en enero, pagando además un satisfactorio dividendo del diez por ciento. De nuevo influyente y honrado, el banquero y agricultor reapareció al comenzar temporada en Chorrillos.

—Pobre loco —don Pedro Correa y Santiago tampoco sonríe bajo el fino sombrero de Catacaos. Arriba abajo observa al italiano—. Es muy afectuoso con Gallagher.

Derteano emitió un gruñido.

—Se hace tarde —dijo tomando a Correa de un brazo. Emprendía lentamente el regreso, ya tonificado por un remojón en el mar. A ratos mira los gruesos acantilados curvándose hasta desaparecer frente a las islas. Rasguña y escarba el oleaje, suena como un río de avenida que arrastrara millones de pedruscos. Sobre manchas verdes y moho de filtraciones subterráneas se alzan otros balnearios, sitios que él considera inferiores, sombreados por fresnos y ficus y pinos araucaria. Casi suspiró: ¡su hacienda, su país en peligro! Aguarda noticias importantes de Lima y el telégrafo permanece en silencio, hasta los trenes se detienen, no vuelven los emisarios. Vagamente presta atención a Correa que camina a su lado, diciendo que los limeños aún no conocen la miseria, que el año pasado comieron veinte mil vacas, once mil chanchos, veintiséis mil toneladas de trigo, once mil de arroz y mil seiscientas de la mejor manteca norteamericana. Por el malecón tropezaron con José Vicente Oyague, malhumorado porque el público se resiste a pagar sus nuevas tarifas del alumbrado a gas. Uno de estos días habrá que dejar la ciudad a oscuras. Sí, por supuesto, también es hora de fortificar la bahía, hace una semana pescadores de Chorrillos avistaron buques enemigos cerca de las islas Palomino, tres veces ha pasado el *Huáscar* frente al Callao. Oyague presidía el Club Regatas. Contra lo que su amigo Derteano sospecha, no quiere creer que puedan despojar a los bancos de todo su metálico, ya lo sabríamos, tengan confianza, al menos nosotros no somos enemigos de Piérola. Se despidieron con animosas sonrisas. Derteano y Correa suben despacio hasta el blanco malecón. Si no fuera por el insoportable bochorno de Lima, hubiesen preferido acercarse a la sede del poder, vigilar sus decisiones. El desastre de esta gue-

rra trituraba todo encanto chorrillano. Si bien el Hotel Therry esta lleno de extranjeros, el luto y una insoportable pobreza despoblaban el balneario. Mientras se acerca a casa, Derteano aprueba su sólida propiedad veraniega. Seguían llamando rancho a este palacete de veinte habitaciones, con estatuas de mármol dispersas por el jardín y el patio repleto de helechos y trepadoras. Ahí nunca ha sido necesario el ahorro. Iluminaban brillantemente la mansión tan pronto anochecía. Los faroles del breve malecón que hizo construir el Presidente Castilla, permanecen apagados hasta las siete y media, las ocho y, si hay luna llena, hasta las diez. Después arden a medias, porque la Municipalidad parece desfondada y también en Chorrillos el gas subió de precio. En otros ranchos escatiman luz, prefiriendo velas o novedosas lámparas norteamericanas alimentadas con más barato kerosene Piaggio. Personalmente a Derteano le fastidia la penumbrosa apariencia de Lima. Es como si el país se apagara, un mal agüero. Al modo de quien infunde confianza, ordenó que sus casas resplandecieran tan pronto se ocultase el sol. Hasta más tarde, Pedro. Se despedía de su amigo a la entrada del rancho cuando un criado se precipitó a su encuentro con varios telegramas. Urgente, ya lo hicieron, señor Derteano y asociados: los bancos deben entregar en moneda de plata el equivalente de sus emisiones de billetes, desde hoy el Gobierno cobrará a los exportadores la diferencia entre la cotización del billete en plaza y el tipo oficial de doce peniques por sol, viene a Chorrillos el señor Graña con información completa sobre los nuevos decretos, por segunda vez en seis meses el público exige la devolución de sus depósitos en el Banco Nacional del Perú, también pasan apuros el Banco de la Providencia y el enorme Banco del Perú, cierran por hoy las casas de cambio, la gendarmería a caballo patrulla la ciudad. Derteano trastabilló bajo un sol vertical.

Waldo Graña saltó primero del tren al llegar a Chorrillos. Ni los banqueros ni sus asesores han almorzado a las dos de la tarde. Ya vestido con livianas ropas de ciudad, Gallagher los esperaba con varios coches de alquiler. Bienvenido doctor Ribeyro, cómo estás Narciso, sígame señor Figari, nos espera Derteano en su rancho Waldo, esto es terrible. Por calcinadas desiertas calles chorrillanas escucha graves noticias el presidente de la Sociedad de Agricultura. Dice el Gobierno que el actual billete de circulación forzosa fue en su origen obligación a la vista de los bancos particulares, que los mismos bancos

contra todo derecho y justicia fueron exonerados de la obligación de pagar en metálico el valor que representaban los billetes, que al declararse la inconvertibilidad su valor era equivalente a la moneda nacional de plata, o sea 39 peniques por sol, y que al asumir el Estado la responsabilidad de los billetes se habían depreciado a 23 peniques. En fin, dice el Gobierno que no ha desaparecido la obligación de los bancos de recoger sus billetes devolviendo los valores efectivos que recibieron por ellos y que tal indemnización no puede hacerse individualmente a quienes hoy tienen los billetes sino a través del Estado. En consecuencia, los bancos han de entregar al Tesoro Público, en plata cantante y sonante, el monto de sus billetes en circulación el 1.º de agosto de 1875, fecha en que fueron declarados inconvertibles, y el de todos los billetes emitidos hasta el 27 de agosto de 1877, en que fueron tomados por cuenta del Estado. En cuanto al empréstito hecho por los bancos al Gobierno, les será cancelado también en plata, pero al cambio de 23 peniques. Nada más principiaban las malas noticias, tose, aclara su voz el doctor Ribeyro. Acusa la Dictadura a los exportadores de dar a sus letras contra Londres y Nueva York un precio cada vez mayor, causando la depreciación inmotivada del billete circulante y obteniendo provecho sin justificación posible. Así que desde la fecha pagarán, fuera de los derechos de aduana establecidos, la diferencia entre la cotización que den a sus letras y el cambio oficial.

—¡Nos toman por estúpidos! —se oyó vociferar a Gallagher a la entrada del rancho.

—Sube la esterlina porque baja el sol, es muy simple —comenta Narciso Bryce—. ¿O vamos a discutir lo del huevo y la gallina?

—Calma, caballeros... bienvenidos a mi casa —se esfuerza por sonreír, reparte apretones de diestra el señor Derteano.

—Nos acusan de devaluar la moneda nacional, es muy grave —enfurecía el azucarero Tenaud—. Han soltado veinte millones de soles en papel en menos de tres meses. Por eso nadie quiere billetes.

—No pueden obligarme a vender mis esterlinas a mitad de precio —ahora Gallagher parecía discutir con el propio Derteano.

Ginebra, nieve, limón, hojas de menta, sifón. Los poderosos se acomodan. Figari contemplaba a sus compañeros: un pedazo de papel con el sello oficial de la República podía desintegrarlos.

—El Gobierno no puede fijar el valor de la moneda por decreto —se escucha a Modesto Basadre—. La moneda sólo tiene un valor real, lo demás son palabras.

Figari pareció de acuerdo. Primero la Dictadura implantó el patrón oro con su pintoresco decreto haciendo de la esterlina nuestra moneda nacional. Como no había ni oro que acuñar ni libras inglesas en circulación, ordenó que los viejos soles de papel sirvieran de moneda transitoria, al cambio oficial de doce peniques. Después soltó a chorros cuanto quedaba de la emisión de billetes autorizada por el Congreso en 1879. Ahora circula una montaña de papel moneda fiscal: ¡sesenta millones! ¡El doble que en diciembre pasado! Hasta la víspera, las acciones del Banco del Perú se cotizaban a un extraordinario 105%. Las del Nacional habían subido a 85%. Se invertía papel moneda en bonos, en propiedades, en letras contra Europa o Estados Unidos, en cualquier cosa que no se devaluara todos los días. A través de firmas inglesas, inversionistas de Valparaíso adquieren certificados peruanos del Salitre a un elevado 103%. No se consigue acciones de la Empresa de Agua Potable de Lima ni siquiera a 112%, del Dique del Callao a 106%, de la Compañía de Seguros Lima a 180% o de la Sudamericana de Seguros a 250%. El negociado Dreyfus se mantiene a la par. El correcto señor Figari, que se niega a especular con sus grandes almacenes de harina de trigo y artículos de primera necesidad, sabe bien que esta mañana las letras contra Londres se cotizaban a siete y medio peniques por sol y que la esterlina se cambia a treintidós, treintitrés soles, no a veinte como quiere el Gobierno.

—Habla tú, Pedro —abrió por fin la reunión el señor Derteano.

—Voy a permitirme un breve análisis del pasado —carraspea, camina por la habitación don Pedro Correa y Santiago—. Bajo pretexto de caute'lar los intereses públicos y para que los billetes fueran admitidos en las oficinas fiscales, entre otras medidas que lo fueron de inspección y vigilancia administrativas, repito, administrativas, el Gobierno ordenó, primero, que los bancos tuviesen en sus cajas, por lo menos, el treinta por ciento de su emisión en metálico, y, segundo, que entregaran al propio Gobierno el setenta por ciento de la emisión a cambio de bonos de la Tesorería que fueron creados al efecto... —un murmullo de disgusto recuerda la crisis de 1875— ...lo que equivale, y no creo exagerar, a un empréstito forzoso cuyo valor fue de setenta por ciento de nuestra emisión total de billetes...

—¡Una exacción! —tronó Gallagher.

—...Pues bien, señorías, aquí nadie ha olvidado la velocidad con que esos bonos del Gobierno se fueron depreciando sin que pudiésemos impedirlo. Los bancos sufrimos el golpe por delante, caballeros —Correa y Santiago bebe un sorbo de ginebra, vuelve a pasear—. Los billetes emitidos por el Gobierno, billetes que pasaron de las cajas de los bancos a las cajas del fisco, circularon con condiciones que el Gobierno debió cumplir y no cumplió. Y como no dio los valores para convertirlos, era natural, era fatalmente lógico que acabasen depreciados. Si a esto se agrega la emisión de Meiggs al descubierto, la orden de suspender la incineración de billetes, las sucesivas y descontroladas emisiones del Supremo Gobierno, la emigración de capitales, las derrotas en la guerra, la fusión de cuantos billetes existían en la república en una sola emisión fiscal, la confusa situación de nuestra deuda externa, la pérdida temporal de nuestro salitre, en ese conjunto se encontrará las causas de la depreciación del billete. Yo creo que es muy claro, señorías. No entiendo cómo pueden echarnos la culpa.

—Hemos pagado obligaciones al público por más de seiscientos mil soles esta mañana —se preocupó Modesto Basadre. Representaba, con Graña y Narciso Bryce, al Banco del Perú—. Pienso que no se trata de tener la razón.

—Explíquese usted, por favor —se interesó Derteano.

—El Gobierno necesita plata, entiendo que no hay fondos para pagar sueldos.

—Pero debemos defendernos en nombre del Derecho —volvió a tronar Gallagher—. ¿Estamos en un país civilizado o en una región de salvajes?

—Estamos en el Congo, Pedro —sonrió su amigo Tenaud.

—Ni siquiera creo que sea necesario demostrar que no somos culpables de la devaluación —convino Derteano.

—Señorías, por un decreto-ley se denuncia a bancos y exportadores de ser responsables únicos de la depreciación del sol en papel —habla con voz firme el asesor Ribeyro. Lo escuchaban con respetuoso silencio—. No importa las acciones que se resuelva emprender esta tarde, hay que rectificar a la Dictadura. Para mí, personalmente, es una obligación.

—También es verdad —volvió a convenir Derteano.

—A lo dicho por el señor Correa y Santiago, quisiera

agregar lo siguiente —estira dedos, reúne sus manos el señor Ribeyro—. Cuando se remplazó el respaldo en metálico por bonos del Tesoro, la garantía efectiva disminuyó en la misma forma en que bajaron los valores del Estado. . .

—Es el Estado quien debe indemnizar a los peruanos que tienen billetes —vuelve a enfurecer Gallagher.

— . . . de otro lado, a Su Excelencia no le puede ser desconocido que los billetes de banco no siempre se emiten al cambio de moneda metálica. En el curso de sus operaciones, los bancos descuentan efectos de comercio o hacen préstamos directos y, al ejecutarlos, entregando el valor de esos descuentos o préstamos, no reciben por cierto una suma en moneda sonante sino una promesa, una promesa que si bien puede cumplirse en esa clase de valor o moneda, también se cumple del mismo modo con los billetes del propio banco o con otros semejantes.

Circuló un mayordomo ofreciendo delgados canapés de jamón dulce, encurtidos, blanquísimos tallos de apio. Un remoto ajetreo de sirvientes de'ató que se avecina la merienda. La astuta mirada de Derteano sorprendió un cuchicheo entre los hombres del Banco de la Providencia.

—Con tu perdón, Bartolomé, nos interesa que se pronuncien —y Derteano dejó resbalar sus palabras con intensa preocupación—. A ustedes casi no los afecta el decreto sobre devolución del metálico.

—Así es —sonríe Figari—. Hemos calculado que el Gobierno nos tendrá que devolver quince mil esterlinas.

—Sin embargo estamos en contra del decreto —intervino su socio Gavino de Menchaca—. Y convenimos con el doctor Ribeyro en la obligación de responder a la Dictadura con el estricto lenguaje del Derecho.

—Muy bien, muy bien —musitó Derteano.

—Veamos. . . —interviene el abogado Arancibia, asesor del Banco de La Providencia—. . . primero, la moneda metálica era exportada del país por las necesidades del comercio y pese a los esfuerzos de los bancos por evitarlo. Es decir, comprábamos en el extranjero y ese dinero no volvía a cambio de nuestras exportaciones y ya sabemos por qué. Segundo, el Gobierno se limitó a poner un impuesto a la moneda metálica que salía del país, pero no aumentó el circulante como era su deber. Tercero, los bancos por someterse al Gobierno, perdieron sus cajas metálicas y depreciaron sus billetes. Cuarto, la inconvertibilidad del billete no es culpa de los bancos ni éstos se hallaban en quiebra, como vulgarmente se ha dicho, sino que fue consecuencia

del decreto de 1873, puesto que el Gobierno declaró que los bancos tenían valores bastantes para satisfacer todas sus obligaciones y que, si no podían pagarlas al contado, era por la falta de numerario que sufría el comercio, falta que el Gobierno se proponía reparar trayendo numerario de Europa. Pues bien, ¿qué hizo verdaderamente el Gobierno? Pidió prestados a los bancos doce y medio millones de soles, aunque pronto pidió dieciocho, autorizando a elevar la emisión de billetes a sólo quince millones. Esto significa que el Gobierno acaparó el crédito bancario con serio perjuicio para los empresarios privados. Recordemos que ese empréstito tuvo por fin aliviar la crisis fiscal y restablecer el curso metálico. Por ello se comprometió el Gobierno a entregar a los bancos tres y medio millones de los primeros fondos obtenidos por el nuevo contrato del guano y faltó a ese compromiso. También prometió cuatro y medio millones de la Negociación del Salitre, que fracasó, debiendo asumirla directamente los bancos y además prestar un millón para la expropiación y frecuentes adelantos que aliviaron las penurias del Tesoro. En fin, el Gobierno dio como garantía la Deuda Interna Consolidada, aunque con obligación de nuestra parte de no vender los títulos a menos del 75%. ¿Cumplió esa promesa? No, señorías. Poco después el propio Gobierno vendió bonos a tipo menor, hundiendo la cotización de la prenda. Si alguien debe ser acusado de faltar a sus responsabilidades es el Gobierno del Perú que anuló todas las garantías, condenando así al billete a su depreciación. En 1877 quitó a los bancos el negocio del salitre y la venta del guano a Mauricio. A cambio de arrebatarnos las últimas garantías, tomó a su cuenta la emisión de billetes. Lo cierto es que la mayor parte de los billetes circulantes en la actualidad, fueron emitidos en 1875, cuando eran inconvertibles, y en beneficio exclusivo del Gobierno. No se los puede mezclar con las primeras emisiones y obligarnos a pagar billetes inconvertibles en metálico con un valor retroactivo. Esa es mi opinión, señorías. El Banco de la Providencia no será alcanzado por los negativos efectos del decreto de hoy, pues sólo ha emitido un millón de soles en billetes y ha prestado dos millones al Tesoro del Perú, pero nos oponemos a la medida.

—La razón está de nuestra parte —sonrió Gavino de Menchaca.

—Y no es suficiente —menea la cabeza, respira hondo Basadre—. ¿O ustedes, señorías, creen que los asesores de la Dictadura desconocen estos argumentos?

Callaron. Al otro lado del patio, los sirvientes abrían el comedor.

—Hay que hablar con Su Excelencia, con toda franqueza y con espíritu de ayudarlo —propuso Graña.

Llega un mayordomo, cuchichea que el almuerzo está servido. Casi las tres. Derteano sonrió disculpándose por lo avanzado de la tarde.

—Pasemos a comer un bocado —se incorpora, conduce por delante al doctor Ribeyro, por aquí, sí, muy buen tiempo, seguiremos la conversación durante la sobremesa. Gallagher no está de humor para admirar helechos azules o la espumosa crepitación de los surtidores de mármol, o, en fin, la espléndida mesa dispuesta entre el patio y cuatro ventanas abiertas sobre la bahía azul. Asiento, caballeros. Los exportadores de azúcar se agruparon junto a Derteano. Contempla sin entusiasmo porcelanas de Chantilly, frescos persistentes ramos de gardenias o rosas recostadas sobre hojas de espárrago, la cristalería de Baccarat, aprueba Gallagher el frío riesling alsaciano. Banqueros y exportadores acuerdan designar comisiones que se entrevisten con Su Excelencia. ¿Pedir qué? Todo lo que quería el Gobierno era dinero. Cada jornada de guerra cuesta una fortuna. Acaso pudieran alcanzar un acuerdo. Y, sobre todo, debía ganar tiempo. Con la boca llena de pulpa de cangrejo, el presidente de la Sociedad de Agricultura contempla el papelito que le alcanza su amigo Tenaud: por un quintal de azúcar, cuyo precio en plaza es de 34 soles papel, desde mañana tendrán que pagar un recargo de ocho soles cincuenta. Abandona los cubiertos, seca sus labios Juan P. Gallagher, es inútil, ha perdido el apetito. Derteano le sonrió, escucha, los azucareros tendremos junta general para aprobar nuestro apoyo a la política económica del Gobierno, ¿qué te parece?

—¿Apoyo? —casi se atoró Gallagher.

—Venderemos directamente letras contra Londres al cambio de doce peniques por sol, siempre y cuando se deje ese decreto en suspenso...

—¿Están locos! —murmuró Tenaud.

—...sólo la mitad de nuestras letras, Julio —vuelve a sonreír Derteano—. Una transacción razonable.

Después de los postres cayeron visitas: el alcalde Jorge Elster, el comisario Irigoyen, el señor Oyague, don Eulogio Casós recién nombrado gobernador de Chorrillos. Ahora puntua'es telegramas informan que se está devolviendo seis millones de soles en depósitos y cuentas corrientes a la

clientela de los bancos. Aplomado por el pimentoso convite, casi somnoliento, don Bartolomé Figari creyó oportuno volver a Lima en el tren de las cinco. La mitad de los comensales imitó su decisión.

—¿Sabe usted la última? —muestra sus dientes Casós—. Una señora y su hija encuentran a una amiga en Mercaderes y, bien, la señora dice: lo que es yo, antes del decreto de los pequines pensaba ir a Chorrillos. Y la hija, avergonzada, la corrige: No se dice pequines, mamá se dice piquines.

Abandonaron el rancho entre risotadas. Los coches de alquiler no se habían movido de esa calle desde las dos de la tarde.

—Mañana en la tarde tendremos junta general extraordinaria —dice Gallagher—. No olviden mantenernos informados de sus propias gestiones.

—¡Mi muy distinguido amigo! —sonó el vozarrón de Orengo escondido tras los coches de alquiler.

—¡Loco de mierda!

—Ricardo, esto es intolerable! —explotó Derteano—. ¡Por favor, Ricardo!

El comisario Irigoyen contempló la mezcla de furia y estupor de los poderosos a quienes el italiano imprecaba justicia. Llamó a un gendarme.

—¡Usted! ¡métele preso! ¡No quiero volverlo a escuchar! ¡Fuera! ¡largo de aquí!

Banquete en Arica

—¡Ahora! —gritó con intolerable falta de prudencia el sargento Rendón. Ya el artillero Perleche había tirado de la soguilla. Atrapado por una sólida caja de madera, chillaba ferozmente un negro felino techero.

—Casi lo perdemos por tu culpa —se amargó Perleche a destiempo. No quedan muchos gatos en Arica, en su mayoría salvajes habitantes de azoteas o de la Aduana donde abundan las ratas. A este micho que al fin se aquieta en la trampa, lo habían acechado durante dos semanas. Entre los sargentos flotó un silencioso regocijo, como si hubiesen acertado un definitivo torpedo en el *Blanco Encalada*. A Miguel Perleche, al virtuoso e incomparable cazador de

gatos se le había evaporado once veces. Ahora se sentó sobre la trampa como quien se hace retratar sobre un difícil tigre de Bengala y aceptó la botija con vino de Pitantani que ofrecía el sargento Quincho. Después pidió el saco de yute. Tendrían que alzar suavemente la trampa, insinuando una posibilidad de escape al angustiado cautivo. Pasaría del cajón al costal. Rendón empuñó su rifle dispuesto a rajarlo de un culatazo si insistía en escapar, no importa que Perleche advierta que el pellejo de su víctima no debe sufrir daño. Esta era la parte más difícil de la cacería del gato. Sabe Perleche que un descuido puede poner su rostro y, en especial, sus ojos al alcance de afiladas zarpas vengativas. Se encargó personalmente de abrir el costal mientras susurraba instrucciones a Quincho—: Despacio, levántalo, suavcito, así, eso es...

El gato se disparó de la trampa al costal que el artillero anudó con pericia de marinero.

A la misma hora, en los escarpados fillos australes del Morro, el sargento Lanchipa capturaba su segundo pelicano.

La guarnición de Arica sigue acampada en Las Chimbas. Mejor con terciana que muertos por sorprendivos bombardeos chilenos, así lo decidió el estado mayor general. Por la ciudad pululan extranjeros y vagabundos que el teniente Ureta miraba con hosca desconfianza. Como si fuesen desperdicios, el océano arrojó a un centenar de desconocidos a este puerto desde que empezó la guerra y cualquiera de ellos puede ser espía chileno. Varias veces el ingeniero Elmore y el propio coronel Bolognesi se han sentido observados por esa canalla a la que no pueden deportar por falta de buques ni meter en prisión porque protestarían los cónsules extranjeros. Resulta imposible acusarlos de vagancia porque aquí, ahora, quien no es militar en verdad es un desocupado. Pero aparte de antiguos y conocidos vecinos de Arica, muchos de ellos extranjeros, no sólo vagabundos se mueven por la ciudad bloqueada. Van y vienen artilleros del Morro, ordenanzas y sargentos en aparente comisión que nadie se preocupa por verificar. Intermediarios en el mando, soldados profesionales o capataces y lancheros habituados a ordenar y a ser obedecidos en la milicia o en cualquier parte, disfrutaban de mínimos privilegios a la vez que de la amistad de sus oficiales. Cuando a las cinco y media de la mañana Ureta se cruzó con los sargentos Lanchipa y Ticona que cargaban de las patas dos enormes y atontados pelicanos, el ayudante de Bolognesi contestó el saludo pero no se detuvo a interrogarlos. Escasean pro-

visiones, ni siquiera hay dinero para comprar víveres en comarcas del interior, la inmediata campiña de Azapa ya fue arrasada por la Intendencia. La sola idea de comer pelícano, pues resulta obvio que Lanchipa va a darse uná panzada de ave guanera, calosfrió al teniente. Cierta incontrolable repugnancia contraía su estómago a la simple vista de miserables delicias en estos días degustadas en Arica. Ni siquiera soporta la grisácea aunque bienoliente apariencia del sudado de pulgas de mar que expertos navales saborean entre meditados aspavientos. Como una ingravidez matinal alivia la caminata de Pedro Ureta hacia la casa de Bolognesi. Dentro de unas horas cabalgarán hasta el *Wateree* para abordar el tren de Tacna, donde Montero espera al coronel para revisar proyectadas defensas orientales del Morro. Espera el teniente conseguir frutas de estación, duraznos y abridores y brevas, aparte, quizá, de unas libras de café. Como de costumbre Ureta eligió la puerta lateral por la calle del Colegio. Perleche, Rendón y el cabo Colchado callaron al verlo. Se agitó el costal de yute sostenido por el artillero y un hondo desesperado maullido brotó de su interior.

—¿Qué tienen ahí, Colchado? —rió el oficial casi conmovido por tal petición de auxilio.

—¿Adónde, mi teniente? —Perleche miró en derredor, distraído.

—¿Adónde! ¡en tu mano, carajo!

—Un gato techero —intervinó cortésmente Rendón—. La Calderona nos pidió que lo atrapáramos, ¿verdad, Colchado?

—Así es, mi teniente. Bajaba a robarse nuestra comida —asintió el ordenanza.

Como si el gato no les importara, Perleche lo arrojó a un rincón de la cocina.

Entre las ruinas de la casa Mackehenie, Lanchipa y Ticona desplumaron a sus pelícanos luego de pasarlos por agua caliente. De su larga excursión a Moquegua, Rendón había vuelto con un costalillo de cebollas arequipeñas, ajos de la región, granos de pimienta y achote. Por Tacna consiguió buen aceite de oliva y dos botijas de excelente vinagre. En Arica lo recibieron como a un héroe y ávidos sargentos planearon su banquete privado. A las nueve de la mañana, ya limpios y abiertos, descabezados y sin sus grandes patas de palmípedo, los pelícanos se maceraban en un violento caldo corrosivo que lentamente coloreaba de rojo su carne grasienta y gris.

Sólo cuando el coronel Bolognesi y su ayudante partieron a Tacna, accedió la Calderona a colaborar en la liquidación del gatazo. Explica Perleche que una mujer robusta ha de sentarse sobre la víctima hasta asfixiarla. De ningún modo este trabajo debía ser cumplido por un varón. Mejor aún que Calderona habría sido una señora encinta, pero no existiendo una en toda la comarca, la cantinera tendría que aplastar pacientemente al micho. Invitado al festejo, el ordenanza y marido de la rabona auxiliaba a los sargentos. Puesto el gato sobre un cajón, protegida Calderona por una frazada interpuesta entre su pellejo y el costal, convino finalmente en depositar su maciza humanidad encima del felino. Se le oyó crujir y quedó inmóvil.

—¡Lo aplasté a la primera! —sonrió la rabona.

—¡Guá! —protestó Perleche— ¿Serás bruta? ¿acaso no sabías que tiene siete vidas? ¡Siete!

Al atardecer, un violento olor a orines de gato anunció el esperado deceso. La chola zarandeó al ordenanza, sinvergüenzas, ahora su ropa y esa frazada llevarán a perpetuidad la hedionda marca del micho. Con infinitas precauciones Perleche tanteó el cuerpo inerte. ¡Listo! ¡a la maestranza! Ya Rendón tenía apa!abrados a dos capataces a cambio de sendas raciones de banquete. Perleche extrajo a su presa por el rabo, contemplándola como si fuera la más exquisita y apreciada pieza de cacería. Hizo una pequeña incisión en una de las patas. Por ahí metieron la manguera de la bomba neumática cuya palanca Rendón accionó acompasadamente. Se infló como un globo mientras se despegaban pellejo y carne. Los sargentos volaron a las ruinas de la casa Mackhenie, donde antes se acuartelaba el Batallón *Iquique*. Tras inspeccionar el adobo de pelicanos, el artillero desolló, abrió y limpió al gato, sin olvidar arrancarle el espinazo que, según explicó al novato Quincho, transmitía un misterioso mal reumático. Sin cabeza ni rabo, la verdad que parecía conejo. Lo puso a orear toda la noche.

Al día siguiente el coronel Ugarte detectó la sospechosa actividad culinaria de sus sargentos. Barbachán se queja de que no cumplen con el servicio. El subprefecto Sosa ha advertido una electrizada pero silenciosa, casi culpable excitación en el campamento. ¿Qué hace el ordenanza de Bolognesi metido en las ruinas de la casa Mackhenie? ¿Y ya no dos, sino cuatro capataces de la maestranza? Sosa propuso echar una mirada, Ugarte adivinaba. El propio Rendón fue a preguntar dulzonamente si no le sobran unas

botellitas de vino de Chaca. Ya Cleto Martínez les ha obsequiado dos garrafas con vino de Pitantani y el alcalde Pescetto tres litros de aguardiente de uva. Al otro amanecer Ugarte sorprendió a sus sargentos mariscando en vano entre las rocas del Morro. Había escuchado rumores de una comilona con pelícano y gato. Sabe Ugarte que para guisar aves guaneras, antes hay que someterlas a rigurosa maceración y sucesivos lavados, como si se tratara de fuertes carnes de caza mayor. Demorarán dos o tres días en cocinar el menú. El misterioso banquete de sus subalternos por lo menos animaba a los oficiales de Arica. Bo'ognesi no ha terminado su conferencia con Montero, los trabajos de fortificación están paralizados, los buques enemigos se limitan a patrullar el horizonte manteniendo un bloqueo que el Perú, sin buques, no puede desafiar. Después que el último bombardeo deshizo el Club de la Unión, la tertulia se trasladó al Hotel Colón. Arias de Aragüez, Camilo Carrillo, Sáenz Peña y a veces Sosa, a veces Ugarte se sientan a jugar a la baraja. El galante y al fin encanecido General Buendía emprendió viaje a Lima donde se le seguirá juicio militar. Los más conocidos jefes del ejército de línea se han trasladado a Tacna. Ni en verdadero peligro ni tampoco a la ofensiva, la guarnición de Arica se aburría. Después de liquidar la última botella de jerez que queda en el hotel, Ugarte calculó que sí, ha llegado el momento de acercarse a las ruinas. Subprefecto y coronel reconocieron a cien metros un suculento perfume de escabeche. En la casa Mackhenie montan guardia varios sargentos y artilleros. Ugarte sonrió al comité de recepción, qué hay muchachos, qué tal su comida. ¿Te das cuenta, Federico? ¡Qué tales conchudos! Ponían cara de ignorar el banquete que sirven ruinas adentro como si toda la calle no oliera a cebolla y culantro.

Quincho protestó por la raquílica porción que le habían servido.

—¿Y qué más quieres? —enfureció el sargento Lanchipa—. De un pelícano comen doce, ¿no? ¿Y cuántos somos? A ver cuéntanos...

—Es que yo soy uno de los organizadores —Quincho soportó una silbatina. ¡Nada de privilegios, cholo! Con desconsolada voz Perleche cuenta cuarenticuatro comensales, incluyendo a quienes cuidan la entrada y espantan a hambrientos curiosos y vagabundos del puerto. Tocarán dos bocados de gato a cada uno. Quincho buscaba aliados—. Y, Rendón, ¿qué dices? Se comen nuestras cebollas.

—Son mis pelícanos —se oscureció Lanchipa.

—¿Y de qué sirve pelícano sin cebol'a, sin vinagre, sin ajo, sin aceite? —por fin reaccionaba Rendón.

—Coman rápido y tranquilos —Colchado llega de la entrada. Acaban de pasar Ugarte y el subprefecto, también Barbachán y el capitán Garland, hasta el ceremonioso Arias y Aráguéz y Sáenz Peña. Y todos se interesan por estos olores.

—Mmmm. Mejor que pavo —se relamió el sargento Ticona con la boca llena.

Velozmente distribuían cacharros con minúsculas porciones de escabeche. Ni correoso o grasiento, ni siquiera duro de mascar, tres días macerado y cocinado, el pelícano mereció unánimes elogios. Lanchipa ofreció a Perleche doble ración de este modo asegurándose una buena presa de gato. Después se hundió en sí mismo, a recordar los buenos tiempos. Saboreaban mínimos bocados, tragando memoriosamente. A dieta de arroz, charqui y cancha desde que comenzó 1880, sargentos y artilleros prolongan bien sazonadas masticaciones como si con ello volvieran a casa. No hay posible puerta de escape de este lugar, razona Perleche para sus adentros, forzoso es admitirlo: los han abandonado a su suerte. El Primer Ejército del Sur ni siquiera tiene dinero para cancelar varios meses de soldada.

—Pobre gente. . . están peor que nosotros que ya estamos mal —coronel y subprefecto llegaban al muelle desierto a las nueve de la noche. A lo lejos se mueve el monitor *Huáscar* manteniendo el bloque. ¿Es que de veras nos han olvidado? ¿ya no se comprará buques de guerra? ¿Nos damos por vencidos? ¿Qué pronto consumado el desastre, qué corta memoria la del Perú! Daba ganas de llorar así, casi a solas, caminando sobre las aguas, acercándose un poco más al silencioso enemigo. Pelícano y gato, fiesta de tropas abandonadas en el inhóspito peñón de Arica. La mitad de los soldados con terciaria, Federico. Cuatro meses sin sueldo, noventa días sin recibir carta o noticias de Lima. Alfonso Ugarte hundió sus manos en los bolsillos, deseó un buen tabaco, una poltrona. A esta hora se encharcaban recuerdos felices en todas las miradas y un pensativo silencio se espesa por campamentos en ve'a, mientras alguien parece repetir a la oreja de los soldados: no hay regreso, no hay salvación, no hay otra vez. Todo, todo terminó. Hemos fracasado. Poseído por una ilusión de libertad, el subprefecto se apoyó en la mohosa baranda al final del muelle. Después sollozó, golpeando su frente con un puño. Blo-

queo de mierda, murmuró, era peor que una prisión.

—Le falta culantro —critica Rendón chupando un huesito de gato.

—¡Juna gran puta! —rabia Perleche—. Si no te gusta, ¿por qué comes?

—Sí me gusta —Rendón destapa una garrafa de aguardiente, muestra los dientes—. Pero le falta culantro.

—Tienes razón, zambo —interviene Lanchipa—. Falta mucho culantro.

—¡No había pues carajo! ¿Dónde creen que estamos? ¿En Lima?

—Ojalá —suspira Quincho.

—¿Un traguito? —resopla Rendón ya calentado por el aguardiente.

—¿No hay más conejo? —se interesa el mecánico Johnson. Contestó una carcajada. Pero el yanqui insistió: Tres bocados y se acaba, caramba.

—¿Tú gustar mucho, gringo? —zumba Perleche—. Entonces tú cazar más conejo y yo cocinarte.

Rendón volvió a beber de la garrafa. ¡Suéltala, zambo! Todavía. Lentamente se aovillaba en un rincón de las ruinas, pasando revista a su vida apenas vida, sus veintiocho años de lanchero y miliciano, su prematuro agotamiento. Si no has sido feliz hasta ahora, ya no habrá oportunidad de serlo. Se incorporó a medias buscando el mar con la mirada. ¡Malditos chilenos, vengan de una vez! Hubiese querido herirlos con sus gritos pero un súbito cansancio lo acabó de desmoronar. Lanchipa le arrebató la garrafa. Rendón sonrió entrecerrando la mirada. Sin querer se quedó dormido.

La fortificación de Lima

Hay siete proyectos para fortificar Lima y todavía no han abierto un metro de trinchera. Ancón está desguarnecido. Más allá de Villa ni siquiera han colocado vigías. Se conoce el paso de buques enemigos por noticias recogidas de los mercantes o gracias a los pescadores chorrillanos. Hace un año que se discute como transformar Lima en un lugar inexpugnable. De espaldas a la cordillera, abastecida por trenes que suben hasta Chicla, la ciudad no tiene por qué

sufrir una humillante ocupación extranjera en el peor de los casos. Podían convertir tapias en fortines, acequias en barbacanas, huacas en puestos de observación, campanarios en nidos de ametralladora, fincas de verano en auténticos reductos. Y minar caminos, hacer de la campiña del Rímac una sola formidable emboscada. Los tres oficiales que ese domingo desayunan en el Café de Trucco, saben que se agotan los minutos. Parecían de acuerdo en empezar la urgente fortificación de la Capital. Sólo el capitán insistió en explicar que la guerra debe ganarse en el Sur. Allá hay doce mil soldados veteranos, las mejores tropas de Bolivia y Perú. Echa azúcar al café, muerde un pan con chicharrón el lampiño subteniente Díaz, gravemente escucha al capitán quejándose de que el Segundo Ejército del Sur no se haya movido de Ica en todo el verano. Tan escandalosa inactividad cuando pelagra la república, obligó a la Dictadura a amonestar a su jefe, el General Beingolea. Piden cambiarlo por el puntilloso coronel Leiva, que en enero de 1880 había renunciado a la jefatura del Estado Mayor General de los Ejércitos por razones de salud. Los oficiales no ignoran la vieja rivalidad entre el Dictador Piérola y el contralmirante Lizardo Montero, jefe militar de los peruanos en Tacna y Arica. A consecuencia de esa antipatía, se debilitaba el Perú en el frente de guerra. Primero quitaron a Montero el mando político en el sur. Después organizan un nuevo ejército en vez de enviar refuerzos y armas directamente a los aliados. En fin, empieza a darse por perdidos a los más robustos batallones de la Patria, irremplazables tropas de línea cuyos jefes son oficiales de carrera. Hasta donde el subteniente Castorino Díaz conoce, sus compañeros del sur visten harapos y pasan hambre. Contempló las baldosas moteadas de aserrín cambiando de color con la luz del nuevo día. Se sintió desamparado, sin estatura para corregir el curso de la guerra. Aquí nada parece amenazado por una catástrofe nacional, las mismas gentes ingurgitan excesivos desayunos mientras una trepidación de trenes y el escándalo de cocheros y mozos de cuerda anuncian que se activa el Ferrocarril Trasandino. Aunque más pobres que nunca, los limeños calcaban antiguas y felices costumbres, repitiendo la vida de memoria, como si tan ficticios quehaceres pudiesen conjurar la guerra que se acerca. Castorino recordó a una tía más que menos loca, que parloteaba con su esposo como si nunca lo hubiera llevado a enterrar. A fuerza de inventar un complaciente fantasma, la vieja había encontrado excelente remedio a su

viudez. Lima se inventaba cantidades de tiempo, años con el horizonte sin acorazados bloqueadores ni disparos de cañón. La guerra era un inconveniente, todavía no la guerra. El artillero Enrique Delhorme encendió un tabaco calculando que disponen aún de cinco minutos.

—¡Sonríe, hombre! —palmoteó al subteniente. Había quedado inmóvil, con una expresión de creciente tristeza en su rostro de diecinueve años.

—Sí, mi capitán —se reanimó Castorino.

—Yo me pregunto qué cuernos vamos a fortificar —se agrió el teniente León—. ¿O es que ya se pusieron de acuerdo?

—Veremos —Delhorme se encogió de hombros. Empeoraba el malhumor del chotano. En la Escuela Militar habían trabajado cuatro meses en un buen plan de defensa. Si no se encastillaban, siempre podrían elegir el campo de batalla, preparándolo a su favor. Aunque los jefes peruanos preferían la manera francesa de combatir, atrincherándose a la espera del enemigo, poderosos argumentos sustentan un plan distinto. Por cierto los asaltos prusianos habían fracasado contra las trincheras francesas en 1870, pero entonces los rifles Grass superaban por un kilómetro al alcance de los fusiles imperiales alemanes. Y Francia puso en armas a un millón de hombres mientras que los defensores de Lima acaso no lleguen a veinte mil. Así que la Escuela Militar proponía un modelo de batalla más bien prusiano y la fortificación de la ciudad misma, que debían evacuar mujeres, niños y extranjeros, para resistir en ella sólo en caso de una derrota en la campiña y hasta que batal'ones frescos pudiesen sorprender al enemigo por retaguardía. Ese plan pareció archivado. Arriba discutían si los chilenos llegarán por Ancón o si atacarán por Chorrillos y si acaso serán tan atrevidos de forzar la entrada por el Callao. Es terrible, murmuró De'horme, nos han puesto de lado. Ni siquiera lo podía decir en alta voz, no fuese a marcarlo la policía secreta como traidor o inconforme sublevado. Porque Delhorme hablaba de los oficiales de carrera, ahora convertidos en simples instructores, mientras el Gobierno distribuía coronelatos y comandancias entre partidarios y hacendados que sufragaban su propio batallón de reclutas. De esos nuevos oficiales no desconfiaban los soplones de la Intendencia, sino de quienes puedan sentirse desplazados luego de una vida en la milicia. No todos los antiguos han pasado por la Escuela Militar, recordó el chotano. Los otros asintieron. Desde que se reorganizó la

instrucción de oficiales en tiempos del Presidente Manuel Pardo, quienes vestían uniforme andaban divididos. Unos han estudiado la ciencia de la guerra y otros alzaron alguna vez montonera ganándose un grado y una pensión vitalicia. La elevación a rangos superiores por favor político o influencia económica resentía a los que sólo pueden adquirir un galón por méritos profesionales. Nadie más que los oficiales del *Huáscar* y algunos vencedores de Tarapacá obtuvieron ascenso en 1879. Pero en los últimos tres meses la Dictadura aprobó cien nuevos batallones, casi todos de papel y desde luego sin armamento, y Delhorme y sus camaradas de la Escuela Militar se mueven por una Lima de pronto desbordante de uniformes superiores, vestidos por recién llegados a la guerra a quienes deben enseñar desde el lenguaje de los cornetas para comunicar órdenes en el combate. Pese a que habían propuesto un plan de defensa de Lima, los instructores de la Escuela no fueron llamados a intervenir sino en la víspera de empezar los trabajos. Nadie parecía necesitarlos para proteger Lima de una posible invasión. Ni siquiera el nuevo ejército, cuyo jefe supremo es el propio Piérola, quedó encargado de las obras. Habían convertido la fortificación de la ciudad en un asunto municipal, con la intervención voluntaria y dominical del vecindario. Delhorme recogió su quepís y sus guantes—. Vamos —sonrió— ...no vayan a acusarnos de ser impuntuales.

A un cuarto para las seis de la mañana, el Alcalde Melitón Porras avivaba el paso por la grisácea calle de Gallos, seguido por una numerosa comisión de concejales. Aunque Luis Roca y Boloña, Modesto Basadre y hasta el alemán Gildemeister obtuvieron más votos que Porras al ser elegidos concejales propietarios, el hombre que había ofrecido casi todos sus bienes para la defensa del Perú fue después proclamado Alcalde de Lima. A Basadre lo eligieron síndico. Roca y Boloña los acompaña ahora por Lescano y Espaderos, respirando a pulmón lleno el aire todavía húmedo, cargado de esencias vegetales. En cuanto a Gildemeister, más atento a sus negocios salitreros ahora en territorio ocupado por las armas de Chile, se había apresurado a presentar renuncia irrevocable.

Rumbo a la Plaza de Armas, don Melitón Porras procura no expresar un sincero disgusto por los antiguos militares. Salvo los cuatro años de Manuel Pardo, ellos habían mandado en el Perú. Y éste era el resultado: un babilónico caos mientras el enemigo ya está en casa. Guarda

discreto desprecio por la incultura de muchos generales a quienes conoce y no cesa de culparlos por el desastre militar del que alguna vez fuera el país más poderoso de Sudamérica. Ah, su patria tan amada. Porque Porras es un fanático peruano. Para el señor Alcalde, más a to que el Perú sólo está Dios. Al Perú acaba de entregarle su fortuna, las joyas familiares, hasta sus cubiertos de plata y su reloj. Y al Perú entregará la vida de todos sus hijos y su propia gastada existencia. Como si la emoción de esta jornada lo hubiese desdoblado, le parece verse llegar a la plaza seguido por batallones de enardecidos obreros y encontrar allí un inabarcable gentío y no apenas a dos mil vecinos con picos y palas al hombro dispuestos a empujar cerros para sepultar al enemigo. Viva don Melitón Porras viva. Viva Piérola. Con botines, polainas, chaqueta de hilo irlandés, casco de corcho, cantimplora inglesa y largavistas, al burgomaestre se le infló la respiración. Muy bien, nomás que vengan los chilenos. Los iban a despedazar si es preciso con las manos desnudas, o a correrlos de vuelta al sur a sombreroazos, como prometía el concejal Juan de Aliaga. Parece entera la mañana aunque el sol no haya salido aún por encima de la cordillera entre rosa y azulada. Repicaron las campanas de la Catedral llamando mucho más que a Misa y legañosos atrasados voluntarios corrieron de sus casas a ocupar su puesto frente al atrio. Asoman sorprendidos extranjeros por las ventanas del Hotel de Francia e Inglaterra, estrecha la diestra de sus concejales el doctor Porras, forman bomberos de la Salvadora y la Cosmopolita frente al presbiterio de la Iglesia Metropolitana, se inquietan caballerías que aguardan en la calle Pescadería, preguntan los periodistas qué fortificaciones quedarán concluidas este domingo. Los ingenieros Barreto y Paz Soldán sonrieron. Imposible acabar nada en un solo día. Dos bandas de músicos militares arrancaron a tocar la marcha 21 de Diciembre y al frente de dieciocho brigadas de cien voluntarios cada una, rodeado por el cuerpo edilicio en pleno, seguido por ingenieros y contratistas de obras públicas que por hoy trabajarán gratis, el señor Alcalde de Lima cruzó la Plaza rumbo a la Catedral.

Después dijeron que el Dictador había aparecido en una ventana del palacio, con elegante uniforme de azul superior y exclusivas insignias de jefe absoluto, aprobando tan espléndida movilización cívica. Sin embargo el capitán Delhorme no vio otra actividad en la sede del Gobierno que la de varios oficiales de la guardia salidos a la puerta a inter-

cambiar sonrisas con esos voluntarios que desfilan por compañías y a la prusiana. Tampoco el coronel Pedro La Fuente conoce por dónde empezarán las obras de defensa. Desde hace una semana la Honorable Municipalidad mantiene sus planes en secreto, como si en vez de abrir trincheras tuviesen que emboscar hoy mismo a los regimientos enemigos. Aunque el coronel La Fuente disfruta de la confianza del Dictador, su voz no influye tanto como la del coronel Ezequiel de Piérola, jefe del Escuadrón de Artillería Volante que ahora se acomoda junto a Porras, a oír misa celebrada por Monseñor Tovar. Opinan que es más probable un ataque chileno por el norte que una ofensiva desde Lurín o más lejos por el sur. Descartado el Callao, bien protegido por castillos y baterías que demostraron su fuerza en 1866, Ancón y no la abierta tumultuosa playa de Conchán parece el punto más propicio para un masivo desembarco de tropas enemigas. ¿Y usted qué cree, mi coronel? La Fuente escudriñó la limpia mirada del joven capitán. Sabes, Delhorme, yo pienso que atacarán por donde haya menos resistencia. Si fortificamos el norte, es posible que se presenten por el sur. Delhorme agachó la cabeza. Trabajando día y noche, el gran Morro de Arica era un bastión incompleto cuando salió de allí hace unos meses. Iba a decir que todo esto es un circo, mi coronel, pero mordió sus palabras. Si hay que fortificar, cinco o seis mil voluntarios debían trabajar diariamente hasta cambiar la topografía del valle, obligando así al invasor a forzar el paso por donde conviniera a los peruanos. Hurgó en su uniforme hasta encontrar un estropeado cigarrillo de *La Meridiana*. Murmuró que mejor inspeccionaba los caballos, dejando que su coronel se sumara a los fieles. En la esquina de Pescadería volvió a encontrar al teniente León.

—¿Averiguaste algo?

—Oye, chotano, estamos aquí por si nos necesitan. No jodas. ¿Comprendido?

—Sí, mi capitán.

—No estoy hablándote como capitán, chotano. Tampoco estoy de acuerdo con que la Municipalidad se encargue de las trincheras.

—Está bien, cumpa. No te molestes —sonrió por fin el teniente. Iremos de mirones, Delhorme, pero no te olvides que después, después carajo tú y yo vamos a estar en la primera línea de fuego, segurito mi capitán, y al chotano le parecía tan estúpido perder la guerra como morir soltero a los veintidós años de edad.

Delhorme contempló distraídamente las ensilladas mulas para los oficiales artilleros. Para sí maldecía la imprevisión nacional. Hay varios regimientos de caballería pero faltan cabalgaduras. No hay servicio de remonta ni otros caballos que frágiles bestias de paso, buenas sólo para pasear haciendas y ciudades en paz. Habitados a comprar en el extranjero cuanto se necesita, durante veinte años el ejército importó caballos de Chile. Ahora no hay donde conseguir potros de buena alzada, capaces de soportar el rigor de marchas y combates, así que gran parte de los regimientos montados se han convertido en fuerza de infantería. Estuvo tentado de explicar al chotano que nos hemos vuelto locos, aprisionados todos por una monumental incoherencia. Pero el teniente David León había regresado a la plaza, acaso a orar confundido entre los voluntarios.

Dionisio Derteano no participará en la jornada porque la última crisis bancaria ha vuelto a quebrantar su salud. Representado por su primogénito, además envió a una docena de sirvientes bien provistos de herramientas inglesas. Modesto Basadre comanda una columna de artesanos. Al Concejal Martín Dulanto se le ve con ropas de faena, apoyadas las manos en un azadón. Los hermanos Roca y Boloña, también el doctor Ribeyro acudieron dispuestos a roer trincheras y a acumular sacos de arena y piedras en la posible ruta del enemigo. El canónigo Tovar contempla a estos hombres con ropas de hacendado o de harapiento aunque urbano diablofuerte, humedece sus labios mientras una elocuente emoción trepa por su garganta. Hijos todos, Dios Padre destinó el domingo al descanso universal. Pero Él también dictó su ley a Moisés y en el Sinaí ordenó no matar, no robar, no abusar de los seres indefensos, de los inocentes, y amar al prójimo como a nosotros mismos y, cumpliendo con sus mandamientos, amarlo a Él por sobre todas las cosas. Y he aquí que vienen a matarnos y a robarnos, violando toda ley divina y todo principio moral con una guerra salvaje que no hemos propiciado ni declarado —la voz del ornamentado orador subió de tono—. No es pecado trabajar el domingo si se trata de defender la armonía universal dispuesta por el Todopoderoso. Una elemental piedad cristiana nos autoriza a proteger a niños y mujeres de la impía barbarie y de la codicia de nuestro enemigo. ¿Deseamos la guerra? No. ¿Hemos invadido territorio ajeno, supuestamente fraterno hasta hace un año? Tampoco. Ni hemos arrojado la primera piedra, ni hemos dado muerte aleposa a nuestros hermanos en Cristo dando

comienzo a esta guerra insensata. Hoy empuñamos el pico y la pala y mañana tomaremos el fusil y la espada en ejercicio de la legítima defensa a que tiene derecho todo pueblo agredido. Resulta a todas luces evidente que el Divino Creador está de nuestro lado y que no ampara la causa de Chile que ha violado sus mandamientos. Trabaje nuestro pueblo y nuestra sociedad todos los domingos en procura de la defensa de esta Patria que siempre honró al Señor. Yo os aseguro que Él otorga su bendición y su infinita benevolencia a esta multitudinaria tarea dominical, que por lo demás constituye un sacrificio que ofrecemos a Cristo y no lucrativa actividad que sirva al Becerro de Oro. Delhorme aplastó su cigarrillo sobre el empedrado. Director del periódico "La Sociedad", el cura Tovar era de ideas por lo común intransigentes. No le simpatizaba. Echó un vistazo al reloj de la Municipalidad: las seis y media.

Demoraron otros treinta minutos en impartir la comunión. Estoicamente la multitud se arrodillaba en la calzada entre barroza y puntiaguda, que más temprano habían encharcado aguateros y cocheros. Porras cuchicheó al concejal Garland que es preciso corregir la incultura de esos traficantes de agua, enviándolos a usar cañerías públicas en barrios. A las siete y diez por fin Tovar dio su bendición. Con pausados movimientos, el Alcalde Porras se hizo entonces cargo de la multitud.

—¡Conciudadanos! ¡No dudo, jamás he dudado de la inevitable victoria que merecen las armas del Perú! ¡Sí, caballeros... venceremos a Chile!...

La aguda voz del doctor Porras galvanizó a los voluntarios.

—¡Viva el Perú!

—¡Muera Chile!

—... ¡Venceremos a Chile no importa su pasajera superioridad material! ¡Y lo afirmo convencido de que más poderosos que sus blindados es el espíritu patriota y viril de nuestro pueblo!...

—¡Viva el doctor Porras!

—¡Viva Piérola!

Se le mojó la mirada. Más alto que el gentío, desde las gradas de la Catedral descubría a sus hijos con lampas al hombro, impacientes por comenzar.

—... Pero la prudencia aconseja tomar importantes previsiones ante nuestro artero enemigo. Por ello os hemos convocado a esta jornada cívica, para demostrar nuestro inmenso amor al Perú fortificando la ciudad que, por su vo-

cación de paz, por su proverbial espíritu hospitalario, no está condicionada para la guerra. ¡Ciudadanos! ¡Trabajaréis hasta ponerse el sol hoy y cada domingo venidero repetiremos esta extraordinaria jornada patriótica!

—¡Viva el Perú! —gritó Basadre.

Con voz de tenor, el maestro Rebagliati cantó entonces el Himno Nacional.

Delhorme echó otra mirada al reloj: habían gastado hora y media en prepararse para marchar. Mientras se desordenan columnas de voluntarios al acabar el Himno, escuchó órdenes del señor Alcalde: primero a Barbones.

Con sus sesenta años auestas, el gringo Mac Leod cargó animosamente una mohosa barreta mientras ingenieros a caballo picaban espuelas adelantándose a los vecinos que marchaban a pie. También concejales y ricos, quienes tienen cabalgadura se ahorran la caminata. A Mac Leod no le importa andar dos o tres kilómetros. Escocés sin mucha buena suerte, había encontrado en el Perú exactamente lo que buscaba cuando llegó a Sudamérica hace veinticinco años: un vivir decente, tres habitaciones soleadas en Siete Jeringas, doscientas libras en ahorros depositadas en un banco británico, el aprecio de la colonia y el respeto de peruanos que lo consideran excelente soldador no importa su ya avanzada edad. Solterón acaso porque no hubo limeña que le prestara atención, Mac Leod es lo que se llama un hombre decente, un pobre-rico a diferencia de tahúres de Manchester o suerteros de Liverpool, esa rubia canalla de pobres-pobres que a menudo causa explicable bochorno al honorable Ministro de Su Majestad Victoria, interviniendo en reyertas de borrachos o merodeando hoteles céntricos a la caza de una limosna. Mac Leod ha trabajado toda su vida. Se sentía a la vez súbdito de su reina y ciudadano del Perú. Participó en el combate del 2 de Mayo de 1866. Y ahora se proponía servir de cualquier forma a los intereses peruanos. Después de casi medio siglo en Sudamérica ha perdido el acento extranjero. Miró torvamente al zambo Tachuela, ebanista de la Buena Muerte a quien se debe parte del labrado mobiliario de las oficinas de Meiggs y que ahora se burla del gringo, váyase de aquí abuelo, no es su pleito, dice don Nicolás que hay que darle por el culo a los ingleses que ayudan a Chile. Los canallas carcajaban. Antes de que Mac Leod pudiera pronunciar el discurso que se agolpaba en su cabeza de rosado pellejo y blanquísimo cabello, retumbaron las bandas de músicos militares y se mezclaron arengas y vítores. A trabajar por

fin. Adelante el señor Alcalde, ayudantes, constructores, matemáticos, los coroneles Piérola y La Fuente. Después los músicos, la charanga de los Lanceros de Torata, bomberos con carromatos cargados de combas y explosivos. Más atrás los voluntarios a caballo que van y vienen impartiendo instrucciones a los dos mil vecinos de infantería. La columna a cargo del síndico Basadre tropezó con la agrupación que dirigía el concejal Garland y los picapedreros de Bernardo Roca y Boloña se adelantaron forzudamente a tipógrafos y zapateros encomendados al concejal Aliaga. Un rato discutieron las ambulancias de don Waldo Graña si han de ceder el paso a carros con barriles de agua. Cuando el grueso de patriotas dominicales entró por la calle Arzobispo, niños de procaces andrajos pugnaron por ganar la calzada a tres coches con señoras de la Cruz Blanca y a zambas, cholas en burros de cuyos capachos escapa un apetitoso tufo a viandas.

—Una visión magnífica —comentó desde su potro trujillano el teniente alcalde Rufino Torrico.

—No podrán vencernos —repitió como un conjuro Melitón Porras. A las ocho de la mañana asomaban familias por Inquisición y Caridad, gente más bien modesta que vitoreaba a Piérola, al Perú, también al burgomaestre que no sonríe bajo el casco de corcho y agradece flores sorpresivamente arrojadas desde balcones de entreabiertas celosías.

—El coronel Echenique espera en Barbones, señor Alcalde —informó un subalterno del municipio.

—Bien, bien —Porras ignora una voz a sus espaldas quejándose de la lentitud con que avanzan los de a pie. A este paso llegarán a Barbones a las nueve. Tras un breve descanso para recuperar el resuello, los músicos volvieron a soplar sus instrumentos. Repetían la marcha 21 de Diciembre y el coronel Piérola mostró una sonrisa, vamos señor Alcalde, no parecía usted contento, permítame felicitarlo, esto es un verdadero triunfo, lo que se llama la moral en alto. Y lo había conseguido usted, doctor Porras, desde luego con apoyo de la Dictadura. Entonces comprendió el Alcalde que había sido ganado por un inexplicable taciturno humor y de pronto parándose sobre los estribos se volvió a gritar a la multitud un estentóreo viva el Perú, muera Chile.

Los cuatro tritones de la plazuela de Santa Ana destilan hilachas de agua y nudosos ancianos se instalan en bancos de madera a ver pasar el día, al amparo de cucardas y apaciguantes floripondios. Retumbó la música militar

seguramente alarmando a invisibles monjas descalzas de La Concepción, por suerte a salvo de las crueldades de la guerra en su mundo amurallado por la clausura eclesiástica a perpetuidad. Como si estuviesen muertas, dijo Delhorme. Los tres oficiales habían dado un rodeo para llegar antes a la Puerta de Barbones. El vecindario marchaba rápido, al vivo compás marcado por los músicos. De oído calculó el capitán que si se desvían a la izquierda, irán a tropezar con el Alcalde y su séquito. Pueden tomarlo a mal, se acauteló el chotano. En ese momento se agitó el campanario de la iglesia del Carmen, esparciendo un sonido de bronces pequeños. Pronto, misa de nueve. Esa pobre animosa gente tendrá que trabajar bajo el sol más violento de marzo. Delhorme hundió espuelas a su mula baya, comandándola a rodear San Bartolomé. Por orinadas maltrechas callejuelas llegaba otra multitud de curiosos, a ver pasar a los voluntarios. Como si avanzaran a contramano, los artilleros se abrieron camino por el laberinto de los Barrios Altos, aquí oloroso a cloral y a mortuorio. De reojo observa el subteniente Castorino Diaz grandes paredes centenarias que desde hace treinta años alojan al Hospital Militar. Si no te acompaña la buena fortuna, si te tritura una explosión, aquí acabarás Castorino Diaz y llegado ese momento, tal vez te recuerdes como ahora, hombre de piernas y brazos completos que respira a plenitud una mañana tibia, sin por ello sentirse de veras feliz. Después se alejaron la música y el vocerío, hasta se asordaron los numerosos campanarios del distrito. Seguía la multitud por el Carmen Bajo mientras los oficiales se apuran por otro camino que también coincide en Cinco Esquinas. No hay desagües o pozos asépticos por aquí, solamente acequias a las que se adhiere una hedionda nata de inmundicias arrojadas desde callejones ahora sin bulla, como deshabitados. Sabe Delhorme que esos pasajes se bifurcan muchas veces y que a espaldas de la vía pública existen verdaderas ciudades de alquiler nunca visitadas por las gentes del centro. Menos poblado que el cercano barrio de Maravillas, con su olor a lenta putrefacción emanando del Hospicio de Incurables, este también es refugio de negros y zambos mulatos que sostienen antigua rivalidad con sus temidos vecinos de la ranchería de Cocharcas. La ciudad termina en Barbones, a cien metros de Cinco Esquinas. Bajo un sombrero se refrescaba el coronel Juan Echenique, amigo íntimo del Dictador y Prefecto de Lima. Delhorme desmontó mientras calculaba que ahora los voluntarios y el Alcalde se en-

cuentran casi a medio kilómetro de distancia. Reconoció al coronel Castañón junto al señor Prefecto. Había sido su jefe en Iquique y juntos cañearon a la *Esmeralda* desde tierra, antes de que el *Huáscar* la hundiera con su espolón. A Castañón lo culpaban por la pérdida de la artillería aliada después de San Francisco, pero había luchado con bravura frente al 2º de Línea enemigo en la batalla de Tarapacá y a la vez perdedor y vencedor, lo transfirieron a Lima a principio de año, devolviéndole la amplitud de su autoridad como coronel. Modernizador de rifles chassepot que ahora llevan su nombre, este hombre corpulento sabe de cañones más que nadie en el Perú. Se alegró al ver a Delhorme.

—Acérquese, capitán —parecía hallarse de amena excursión—. El coronel Echenique...

Los presentaba. Delhorme saludó con la diestra en el quepís y el Prefecto contestó con un cortés y poco marcial movimiento de cabeza.

—...el comisario Ambrosio Negrón...

Delhorme repitió un seco saludo militar.

—...oiga, capitán, ¿qué pasa con esos voluntarios? ¿Vienen marchando o en procesión?

—Apuesto a que hubo discursos —sonrió Echenique.

También el capitán mostró sus dientes. Menos mal que se entendían. Se atrevió a averiguar donde empezarán las obras.

—Allá —señaló el Prefecto—. En el cerro El Pino. Después fortificaremos el San Cristóbal.

—Vengan de donde vengan, ahí está nuestra retaguardia —aprobó Castañón—. Hay que mantener libre la ruta a la sierra.

—Con su permiso, mi coronel, quisiera reconocer inmediatamente el terreno.

—Vaya usted, Delhorme —autorizó Echenique antes de que Castañón despegara los labios.

Huertas y chacras languidecían polvorientemente al borde de pedregosas ondulaciones. Un rebaño de gendarmes refugiados a la sombra exigua de sauces pelados por el viento de la pampa, saludó a los oficiales. Después desembocaron en un vasto territorio marrón, casi plano. A medio kilómetro de Barbones el mundo se empinaba. En el cerro El Pino empieza la cordillera. Si miraban al sur, sólo el distante Morro Solar y los altos farallones que protegen Chorrillos interrumpen el horizonte. Manchas de verdura anuncian las jugosas huertas de la Hacienda Monterrico.

Volvió a desconfiar Delhorme. Cruzada una pierna sobre la montura, se volvió a mirar el San Cristóbal. ¿Qué te parece? Van a subir cañones a los cerros. El chotano no comprendió. ¿Ahí? Sí, ahí mismo. ¿Y para qué? Delhorme guardó silencio. No hay tantas piezas de grueso calibre como para artillar esa sierra y aquellas livianas que puedan fabricar White o Grieve siempre quedarán cortas, no importa cuán alto las emplacen.

Durante dos horas el gringo Mac Leod se siguió a sí mismo. Lo peor consistía en poner al frente una parte de su cuerpo. Debía empujar arriba y adelante siempre con la pierna derecha y luego romper el equilibrio, a la vez sosteniéndose con el mismo exhausto pie para así avanzar otro medio metro en vez de desplomarse. Cuando pasaron Barbones y sin haberse detenido a descansar los guiaron a través del pedregal, rehusó ayuda del herrero Asanedo, por cuyo rostro chorreaba un sudor grueso, un repentino infinito cansancio. Hasta las once vagaron al pie de los cerros. Dos mil voluntarios empiezan a entender que nadie conoce verdaderamente cómo van a fortificar Lima. No hay planos topográficos, ni se ha dibujado los reductos y castillos, ni las columnas de vecinos tienen tarea señalada. También los músicos se caían de cansancio así que a las once todos se tumbaron a aflojar las piernas. Carretas de agua, vivanderas, hasta las ambulancias acamparon en Barbones. En las faldas de El Pino discutían ingenieros y concejales porque antes de traer cañones o de construir fortines es preciso abrir una carretera por la pampa y hasta la cumbre. No hay alternativa. Lentamente los vecinos se aproximan a las autoridades que al mediodía no se han puesto de acuerdo. Bobadilla y Mondragón, albañiles, siguieron a Tachuela a lo más alto de El Pino. Recuperando el aliento disfrutaron del panorama.

—Nos fregaron el domingo, cumpa —sonrió el ebanista. Sí, claro, de haber buenos cañones y piezas de tiro rápido, por abajo no pasaba ni el propio Emperador de Alemania. Pero los jefes nada más imaginaban fuertes que es imposible construir de domingo en domingo y para los cuales carecíamos de armamento. Como el San Cristóbal, este cerro es una sola roca. No hay otra manera de subir artillería que arrastrándola sobre ruedas y por pedazos. Se necesita polvorín, túneles, trincheras, cisterna, cuadras. Miró a Mondragón—. ¿Qué te parece?

—Tal vez si usamos dinamita puedan llegar carretas dentro de un mes.

Bobadilla meneó la cabeza. Un albañil ha de ser paciente, no sólo para construir sino para esperar a quienes pagan su trabajo. Está habituado al tedio de patios traseros, en los que se sienta a escuchar la parlancia de servidumbres numerosas mientras sus patrones de siempre, para quienes levanta conventillos o cobertizos de hacienda, demoran en sabe Dios qué urgentes quehaceres domésticos. Para atender a Bobadilla nadie interrumpe una visita o una siesta. Sin embargo ahora se supo furioso, qué tal desconsideración, hemos venido para nada. Un oficial de artillería y el ingeniero Wagner que trabaja en la Fundición de Piedra Liza se acercaban. Bobadilla siguió escuchando su protesta, qué se han creído, también a los proletarios nos gusta descansar una vez por semana, si uno sacrifica el domingo debe ser para algo, se habían levantado a las cinco de la mañana para venir a verlos discutir y ni siquiera se les ocurre repartir unos sorbos de agua fresca.

—¿Usted cree que yo organicé este paseo? —se contrarió Delhorme.

—Son las doce —adivinó Tachuela mirando el firmamento.

—Pueden irse a sus casas si prefieren —Delhorme se sienta en lo escarpado, con el anteojo de Wagner observa al gentío en desorden. Algunos regresaban a la ciudad, a comer y refrescarse, ha de haber otras maneras de servir al Perú. Después estudió a las autoridades que conferencian asediadas por varios centenares de curiosos. Aparecían vivanderas azotando abrumados piajenos. No tuvo ganas de moverse cuando sonaron las cornetas. De nuevo enfocó al Alcalde. Al fin se mueven los consejales anunciando órdenes urgentes. Desde la cumbre contemplaron a un centenar de voluntarios escarbando un camino por las faldas del Pino. Desparrramados por ese paraje repleto de alacranes, los vecinos de Lima disputan el fiambre. Ignorante de que cobran hasta dos soles por un tamal y la fortuna de tres reales por un tazón de agua, el ebanista emprendió el regreso, a trechos resbalando por la costra dejada por siglos de salitrosa intemperie. Pronto los albañiles lo imitaron. Wagner y Delhorme disfrutaron del siesteante silencio de la cumbre.

—Trabajo inútil —razonó al fin el ingeniero—. Si los chilenos llegan hasta aquí, ya habrán ganado la batalla, ¿no crees?

—No sé qué pensar —el capitán aceptó un frasquito

con whisky. De pronto reanimado, recuperó su estatura. Tras examinar sus botas maltratadas por filos de roca, guiñó un ojo a Wagner. Habían pasado juntos varias semanas en Piedra Liza, mientras los yanquis copiaban el mecanismo de retrocarga Vavasseur para la versión White—. Nadie nos ha pedido una opinión... ¿qué tal si volvemos?

Ni siquiera se despidió del coronel La Fuente. El chotano se había marchado a su cuartel. Encontró a Castorino hambriento, cuidando de mulas también malhumoradas. Aquí y allá estallaban reyertas entre aguateros y sedientos patriotas. Como si estuvieran de retreta, los músicos alegraban la pampa con aires de zarzuela. Los oficiales y mister Wagner partieron sin mirar atrás. De Barbones se han ido Prefecto, gendarmes y ambulancias. Un olor a fritura callejera se coagulaba por Cinco Esquinas. Regresaron en silencio por la ciudad que despierta de la siesta y recobra cierto festivo movimiento: ahora pasean chaperonas y muchachas por la plazuela de Santa Ana, aparecen nuevos elegantes uniformes, futres de botines abri-llantados, capa y chistera. Daban las cinco cuando desmontaron frente al Salón de la Bolsa. Invita mister Wagner. Sacudieron el polvo de sus ropas antes de entrar. Después bebieron la primera cerveza sin respirar. Delhorme llamó al lustrabotas, estudió el menú, echó una mirada a quienes juegan billar o dados en el salón contiguo. Como despertar, Castorino, igual que si vieras tu país por primera vez. Arenques, jamón, cebolla encurtida, salame con ajo, rebanadas de pan: Wagner comía con grandes bocados. Y además rosbif y fruta y quesos.

—Para mí es suficiente —traga el jamón, se sabe lleno de cerveza y todavía con sed Castorino Diaz. Adivinaba el tedio de esas horas que faltan para tumbarse a dormir—. ¿Qué piensa, mi capitán?

Delhorme se encogió de hombros. Pero cambió su expresión. Un rato se había sentido como si le acabasen de anunciar la muerte de sus padres. Achispado por varias botellas de *löwenbrau*, Wagner sonreía socarronamente.

—No te rías, carajo, y pásame el salame —se estiró el capitán.

—Ustedes padecen delirio de grandeza, *bloody fools!* —el ingeniero pinchó un trozo de embutido y lo depositó en el plato del oficial—. ¡Quieren construir la Bastilla sobre un cerro!...

Delhorme soportó la risotada.

—...Nunca he visto tanta incompetencia.

—El jefe comanche Victoria ha corrido a cuatro mil yanquis hasta las montañas negras —se agrió el capitán mascando un migajón.

—Pero los comanches se mantienen lejos de Washington —otra vez rió mister Wagner—. Yo soy tu amigo, ¿no?...

—Hum.

—...déjame dar una opinión de hombre viejo...

—Te escucho.

—...si eso es fortificar Lima, no vale la pena pelear, ¿ah? No te hagas matar, no vale la pena...

—Debo cumplir con mi deber.

—...morir joven, lleno de salud, no es inteligente.

—Daremos la batalla en otra parte, gringo. Tú lo sabes.

—Sí, tal vez. Pero no vayas a subirte a esos cerros, ¿ah? Hay que concentrar la artillería, no dispersarla. Más bien la infantería combate ahora en guerrillas. Cualquiera lo sabe en mi país. Fíjate tú los prusianos...

Oscurecía sin anochecer del todo. Regresan los músicos cargando exhaustos instrumentos. A la Plaza de Armas volvieron menos de mil voluntarios. Muy bien, la Patria os da las gracias, hasta el próximo domingo. Desde la confitería de Broggi o del Hotel Cardinal miraban sin mucha admiración a despernados rebaños de vecinos que regresan a casa. Habían limpiado doscientos metros de pedregal, aplanado una angosta carretera en busca del Pino. De pronto enfurecidos a la vista de petrimetros y ociosos que asoman, rompieron a cantar el Himno. Sólo entonces se enteró Delhorme que tan inútil jornada había concluido. Estuvo a punto de sentir vergüenza de su propia saciedad cuando salió a la calle.

—*Mac Leod, what the hell!*...

También Castorino y el capitán corrieron a sostener al anciano soldador. Un gruñido brotó de sus labios agrietados. De algún profundo escondite volvió a sacar fuerzas y se recompusieron sus huesos, rechazó el robusto abrazo de Wagner.

—Estoy bien —repetía tratando de convencerse—. Estoy muy bien.

Desconcierto en Tacna

Cinco días consecutivos bombardearon Arica sin conseguir incendiarla. Ni siquiera se coloca la escuadra enemiga a tiro de los fuertes. Cañoneaban la ciudad y el puerto a seis kilómetros de distancia. Afortunadamente las construcciones de adobe no ofrecen resistencia a granadas incendiarias y proyectiles rellenos de pólvora que atraviesan casas y siguen viaje dando botes por la campiña. El bombardeo acabó por aburrir a los defensores y el teniente 2º Saldías reanudó sus estudios de un brillante cometa visible todas las tardes entre quince y veinte grados al Suroeste. También Montero se interesó por el fenómeno celeste, preguntándose si acaso anuncia buenas nuevas. Año bisiesto, en 1880 febrero tuvo cinco domingos, calendario que no volverá a repetirse hasta dentro de un siglo. Pero no había mucho tiempo para perseguir o descifrar augurios. Al furioso cañoneo con que el almirante Galvarino Riveros, jefe de la escuadra enemiga, quería vengar tardíamente la muerte de Thompson, siguieron graves noticias del norte. Avanzadas chilenas merodean Moquegua desde la costa tan estúpidamente abandonada por el coronel Andrés Gamarra, y los buques enemigos descargan feroces represalias por todo el litoral peruano. No sólo habían saqueado y quemado Mollendo, causando pérdidas por un valor cercano al medio millón de esterlinas, sino que también arrasaban islas guaneras, hundían lanchas e incendiaban muelles entre Chíncha y Lambayeque. Aún más preocupa al General Montero la tremenda dureza con que los conquistadores tratan a los peruanos cautivos en Tarapacá, matriculando a todos los mayores de catorce años y registrando continuamente sus domicilios.

Un urgente telegrama cifrado arrancó a Montero de los fuertes de Arica. Ha de traer graves noticias porque de inmediato hizo ensillar caballos, entregó el mando del Morro al jefe de Estado Mayor del Primer Ejército del Sur y salió al trote hacia las Carpas, donde lo esperaba un nocturno tren expreso a Tacna. Con las piernas descansando sobre el asiento de enfrente, el General pareció disfrutar de la soledad del desierto sobre el que latía un cielo pesadamente lleno de estrellas, redondo como un vientre de mujer. Acababa de reorganizar el ejército a sus órdenes y ya la Dictadura pretendía cambiárselo todo. El resultado de las disputas internas podía verse en la ocupación de Mo-

quegua. Defendido ese departamento por lo que había sido la décima división a órdenes de Montero, el decreto de Piérola del 31 de enero pasado la convirtió en primera división del Segundo Ejército del Sur, poniéndola a órdenes del coronel Gamarra. Los batallones *Canas* y *Canchis* de paso por Tambo a reforzar Tacna, cambiaron de ruta por disposición del nuevo jefe. En Moquegua el coronel Manuel Velarde se negó de plano a entregar el mando militar del departamento y lo que quedaba de fuerza a sus órdenes: el batallón *Grau*, los *Granaderos del Cusco*. La verdad, ni Velarde ni su jefe inmediato, que era Montero, conocían entonces las órdenes de la Dictadura. Tuvieron que consultar primero con Arequipa, donde tampoco sabían qué responder, y por fin con Lima, de donde ratificaron la creación del Segundo Ejército del Sur, cuyas responsabilidades incluían la defensa de Moquegua y de los caminos entre Arequipa y Tacna. El mismo día que el ejército enemigo desembarcaba en Pacocha e Ilo, el coronel Gamarra asumía el mando de la primera división, cuyos efectivos apenas llegan a mil trescientos hombres, todos acampados en el interior. Mientras los peruanos discutían, el enemigo seguía adueñándose de su territorio.

Graves discrepancias en torno al plan de operaciones conjuntas de bolivianos y peruanos habían enfriado la cordialidad entre Montero y el coronel Camacho, cuyo telegrama lo había hecho salir precipitadamente de Arica. Prefieren los aliados presentar batalla en Sama y no en el valle de Tacna. En caso de un revés, los bolivianos querían ampararse en la cordillera para seguir luchando desde las montañas. Con otra visión más bien naval, Montero prefería agarrarse a Tacna con las uñas y, si derrotado allí, retroceder a Arica dispuesto a un gran sacrificio nacional. Más realista, el coronel Camacho ennumeraba una y otra vez las ventajas de su plan: acorta cuarenta kilómetros el camino que deben seguir los refuerzos de Arequipa y obliga a los chilenos a establecer campamento en el insalubre valle de Locumba, cuyas violentas tercianas pronto harán estragos en la tropa invasora. Como Montero se mostrara poco dispuesto a modificar su proyectada defensa de Tacna, Camacho escribió al General Campero, ahora Presidente de Bolivia, exigiéndole que bajase a Tacna a asumir, de acuerdo con el Tratado entre ambas repúblicas, la Dirección de la Guerra en el Sur. Automáticamente por encima de Montero, Su Excelencia podría adoptar el proyecto de ataque boliviano. También la Dictadura urgía

desde Lima al Presidente boliviano a desplazar al General Montero, a quien se miraba como un peligro político por sus ambiciones personales y su arraigo civilista. Y ahora, cuando la famosa Quinta División del altiplano se ponía al fin en marcha para reforzar a la Alianza y servir como cuerpo personal de Campero, un cuartelazo volvía a modificar el gobierno en la Paz. Tal era la noticia que precisamente transmitía el telegrama: ¡golpe de estado en La Paz! Nada más explica Camacho. Una hora y cuarenta minutos después de haber abordado el expreso en Las Carpas, el General Montero saltó en la estación de Tacna. Sólo Camacho y el Prefecto del Solar lo esperaban en el andén.

—¿Quién? —preguntó Montero de inmediato.

—Uladislaio Silva —informó del Solar con un murmullo.

—¿No era jefe de estado mayor de la quinta división y amigo de toda confianza del señor Campero?

Camacho asintió con la cabeza, moviendo sus manos con un crítico e indefinido ademán.

Camino de la Prefectura explicó que el coronel Silva acusa a Campero de política estrecha y de inercia, de destruir al nuevo ejército cuyas necesidades siguen insatisfechas, de hacer política interna en lugar de guerrear con Chile, de tener desnuda a la Quinta División, de ser un cobarde y un inepto. Se había proclamado Dictador de Bolivia con el apoyo de los batallones *Murillo*, *Oruro* y *Potosí* en La Paz.

—¿Qué se sabe del señor Campero? —en el despacho del Prefecto hay un leve frío serrano. El jefe del Primer Ejército del Sur aceptó una copita de aguardiente de uva.

—Entiendo que se prepara para viajar a esta ciudad. . .

—Camacho estudió la reacción de Montero— . . .por la Alianza y sus sagrados intereses, mi General.

—Por la Alianza, que somos nosotros —replicó el General—. Salud.

Bebieron de un trago, echando la cabeza hacia atrás.

—Y usted, coronel, ¿con quién se encuentra?

—El General Campero es el único Presidente de Bolivia, mi General —no se alteró Camacho.

—Celebro su decisión. También yo le prefiero a cualquier otro coronel boliviano —ahora Montero sonrió suavemente y fue a sentarse en una butaca—. Imagino que no se irá usted a Tacna a combatir esa sublevación.

—Todo puede esperar hasta después de la batalla —Camacho se mordía los labios—. Hasta el coronel Silva.

—Los jefes bolivianos piensan que es otro camaronazo

—comentó del Solar. Había costado trabajo y mucha diplomacia que aceptaran la inocultable protección dispensada por el Gobierno del Perú a don Hilarión Daza, el mismo que los había traicionado. Hace treinta días el ex-jefe supremo de Bolivia llegó a refugiarse en Lima. No ignora del Solar que don Hilarión viaja con sesenta mil esterlinas como tesoro particular. Una vez arreglados sus negocios en el Perú, el exjefe supremo de Bolivia continuó viaje tranquilamente a Panamá, Nueva York y El Havre. Aquí, en Tacna, sus compatriotas ansiaban fusilarlo.

—Sí, eso piensan —convino Camacho—. Ha detenido el envío de cuatro batallones que nos hacen mucha falta. Escuche usted... —del uniforme sacó un pliego que desdobló lentamente hasta leer— ...*Doy cuenta a usted ligeramente en comunicación privada, reservándome hacerlo más tarde oficialmente, y no espere usted por de pronto refuerzo alguno porque no hay un solo cuerpo equipado como para la campaña, ni siquiera organizado convenientemente: esta es la verdad.* ¿Qué le parece, mi General?

—Muy desalentador.

—Escrito por Silva mientras los chilenos quemaban Mollendo. Sólo tiene un nombre: ¡traición!

—Espero que no modifique los proyectos del General.

—Nuestro ejército ha decidido oponerse a este golpe de estado y no reconocer a otro Presidente que no sea Campero.

—Coronel y amigo mío, comprendo su angustia —Montero sonrió con viejo afecto—. Usted y yo no estamos de acuerdo en el plan de batalla pero, Eleodoro y créame usted, se lo digo muy sinceramente, yo soy aliado.

—Gracias, mi General.

—Puede usted contar conmigo para lo que sea necesario. Estoy a las órdenes del pueblo y del ejército de Bolivia.

—Me reconforta escucharlo, mi General.

—Si Uladislao Silva aparece por aquí, yo mismo lo pondré preso y a disposición de los batallones aliados, coronel. Ahora pongamos las cartas sobre la mesa. ¿Dónde se encuentra Campero?

—En Sicasica.

—Los cuatro batallones vendrán por el lago y de Puno en tren hasta Arequipa... ¿y Su Excelencia?

—Directamente a caballo.

—...Temo mucho que antes de una semana quede interrumpida la vía de Moquegua. Claro, no es la única ruta, pero... —Montero desplegaba un mapa de la región sobre el escritorio de del Solar—. ¿Cómo le va con la reorganiza-

ción de la gendarmería, doctor?

—Faltan pertrechos y caballos.

—Conozco la historia —el General tiró de sus mostachos con un gesto de irritación—. Toda la suerte de Perú y Bolivia dependen ahora del Segundo Ejército del Sur, cuyos movimientos desconocemos gracias al Gobierno de Lima. . .

Del Solar carraspeó desaprobando las palabras de Montero.

— . . . Lejos de servirnos de enlace con el resto del país, hasta ahora sólo ha logrado aislarnos. Yo opino que el viaje de Arequipa, por la ruta más difícil, puede hacerse en veinte días a pie.

—Es posible —admitió Camacho.

—Digamos que en un mes —intervino el Prefecto.

—Muy bien, un mes. Los chilenos están explorando Moquegua, no la ruta de Tacna. Eso quiere decir que tardarán en presentarnos batalla si es que permanecemos quietos en nuestras actuales posiciones. Ya sé, coronel, que usted quiere pelear en Sama. No le estoy imponiendo mi criterio. . .

—Siga usted, mi General.

— . . . con este razonamiento sólo quiero asegurarme de que el Segundo Ejército del Sur dispone de tiempo para llegar en nuestro auxilio.

Se miraron los rostros.

—Sí, hay tiempo —respira profundamente del Solar.

—¿Por lo menos dos divisiones? —indaga Montero.

—Por lo menos —admitió el Prefecto.

—¿Cinco mil hombres?

—Sí, Lizardo, y acaso más.

—¿Nueva artillería? ¿ametralladoras? ¿Rifles peabody-martini?

El Prefecto asentía.

—Una fuerza respetable —habló Camacho.

—Hasta ahora los chilenos han desembarcado trece mil soldados. Nosotros podríamos reunir veinte mil para cuando sea necesario, y, además, tomarlos por el frente y retaguardia. Señor Camacho, seguirá usted bajo mis órdenes. Transmita usted mi saludo y buenos augurios al señor Campero. Deseo que se incorpore con su Quinta División cuanto antes a nuestro Ejército. ¿Qué hará respecto del coronel Silva?

—Nuestro Ejército lo declara traidor a la Patria. Espero que sea suficiente para que abandone el poder que ha usurpado.

Exodo en Moquegua

Orina difícilmente a gotas el coronel Andrés Gamarra y sus gruñidos en el cuarto de baño presagian un inminente vendaval de órdenes contradictorias y castigos. Cada vez que sus ayudantes lo escuchan pujar a través de la puerta, se condensa un temeroso silencio en la Prefectura de Moquegua. El coronel Gamarra instalaba su autoridad a imagen y semejanza de la Dictadura en Lima. Nadie puede discutir sus decisiones, tampoco acepta consejos. La arrogancia de su antiguo rango no disminuyó cuando desfachadas patrullas chilenas depredaron viñedos y haciendas bajo las narices de los peruanos. Mientras el enemigo presiona cuesta arriba, aquí se agita el vecindario. Por segunda vez abandonan la ciudad a merced del invasor. El coronel prefería presentar batalla en las alturas. En el mismo sitio donde el revolucionario Piérola fue dos veces derrotado, ahora amontonan piedras improvisando reductos. No se sabe bien cuando adquirió renombre de inexpugnabilidad la montaña de Los Angelés. Si sólo se parapetan en ella, los peruanos pueden acabar fusilados arriba abajo desde las superiores cimas de Estuquiña y Quilinquilin. Para defender todos los pasos y gargantas que llevan a Los Angeles se necesita mucho más que esos mil doscientos soldados trajinados y harapientos de la guarnición moqueguana. Paisanos expertos en levantar montonera opinan que lo mejor sería combatir entre la estación del Conde y la de Hospicio. Pero ayer llegó el Batallón *Grau* en retirada y temprano retrocedieron los *Granaderos del Cusco* a acuartelarse en el colegio de La Libertad, dejando sólo a una compañía para defender el paso de Omo y a un puñado de gendarmes a caballo protegiendo el telégrafo en el Conde. Volvió al fin a su despacho el coronel sofocado por el esfuerzo de orinar hasta la última gota, entre regurgitaciones de una picante cacharrada. De todos los suntuosos alimentos moqueguanos prefería don Andrés las criadillas. Algo del nudoso vigor que sostiene sus setenta años de edad en campaña se debía, según afirman en el estado mayor, a jóvenes testículos de toro que almuerza puntualmente cada mañana a las once.

Un irritado vocerío, desordenadas cornetas por la calle, pisadas que se desorganizan por el patio desencajaron al coronel. ¿No saben guardar la debida compostura en la

casa del Gobierno? Gamarra no es Prefecto sino nuevo jefe militar en jefe, agente pierolista de toda confianza de la Dictadura, cuyo Segundo Ejército del Sur debe librar doble guerra contra el invasor y pradistas y civilistas presumiblemente descontentos con las órdenes de don Nicolás. El Prefecto Tomás Laiseca está aún por debajo del coronel-ex-prefecto Julio César Chocano y ambos dependen militarmente del jefe de la Segunda División. Apoyado por el montonero Huacullani, el señor Chocano se apoderó de la Prefectura y del territorio de Moquegua en diciembre de 1879. En su aventura política usó a la guarnición de Ilo y Pacocha. Aprovechó el enemigo tan notoria ausencia de peruanos para desembarcar de inmediato y hacerse servir el banquete de Año Nuevo en esta ciudad que Chocano dejó abierta a los chilenos. Hasta hoy mortifica a los poderosos el recuerdo del cupo de veinte mil soles plata que debieron cancelar en solo veinticuatro horas.

—Una comisión presidida por don Lorenzo de la Flor desea hablar con usted, mi coronel —tembló un ayudante.

—¡Abran paso! —llegaba el Prefecto Laiseca seguido por el coronel Chocano.

—¡Qué vuelvan más tarde! —bramó el coronel Gamarra.

—¡Interrumpido el telégrafo con el Conde! —suda, carece de suficiente autoridad, se desmorona Laiseca.

—De Samegua avisan que tomaron prisioneros a cinco chilenos —sacude sus ropas, enciende un tabaco Julio César Chocano.

—Le ruego no fumar en mi presencia —gruñó el jefe.

—Disculpe, mi coronel.

—El enemigo está en el Conde —insistió Laiseca.

—¿Se puede saber cuándo seremos escuchados? —grita de la Flor casi dentro del despacho.

—¡Cierre usted carajo esa puerta! —hasta el zumbido de una mosca exasperaba al viejo.

—¿Ordeno enviar refuerzos, mi coronel?

—Oiga, Laiseca, no puedo pensar así, con todo el mundo saltándome encima. ¿Quiere callarse un momentito?

—Como usted diga, mi coronel.

—¿Tenemos prisioneros en Samegua? Vaya, vaya. Qué bien. ¿Los han interrogado?

—Mandan preguntar si los envían al cuartel general, mi coronel.

—Por supuesto, Julio César, por supuesto. Deben decirnos cuántos rotitos vienen a pisarnos la baba —mejoró

el humor del anciano coronel—. Ahora veamos, Laiseca, con toda calma... ¿qué diablos sucede en el Conde?

—Avisaron por telégrafo que llegaba una patrulla enemiga, veinte soldados de caballería más o menos.

—¿Los rechazaron?

—Lo ignoro, mi coronel. El telégrafo se interrumpió.

—¿Y el paso de Omo?

—Sin noticias, mi coronel.

Masculló que así resalta imposible defender a la Patria. El suertudo del coronel Velarde partió ayer hacia Tacna. Si se hubiera demorado hasta hoy, posiblemente lo habrían capturado. Maldito pradista, eso era. Porque las órdenes supremas sólo fueron comunicadas a Gamarra, hasta la víspera en Moquegua existieron dos comandantes generales de la región. Pero Manuel Velarde tuvo que someter finalmente sus batallones al viejo y partir en busca de Montero. Gamarra consolidó su autoridad absoluta destituyendo al coronel Luna, que había armado y entrenado a los batallones cusqueños.

La comisión de principales acabó por retirarse. A viva voz corren adversas noticias por la ciudad, apresurando un temeroso éxodo hacia Torata y, por lo más alto de la cordillera, en busca de Arequipa. Una comisión de extranjeros encabezada por Minuto y Cavagnaro ni siquiera pudo entrar a la Prefectura. El ambiente de desastre tensaba a bodegueros italianos. Poderosas familias entierran cubiertos y vajilla de plata, cofres de alhajas y monedas, documentos y valores. Por la activa calle del Medio gesticulan bachiches a quienes el Prefecto no presta atención. Malatesta tiene toda su fortuna invertida en barricadas de vino que no puede poner a salvo por la escarpada ruta del interior. La sed de los conquistadores seguramente arruinará a Queirolo y Solari. En vez de quejarse ante moqueguanos que nada pueden hacer para impedir la retirada nacional, otros extranjeros suplican a Eduardo Henry, elegido alcalde cuando los chilenos llegaron en Año Nuevo, que salga a parlamentar con el enemigo en las afueras de la villa. Pero ahora Henry se negó rotundamente a intervenir.

Quince días atrás se quiso organizar una columna de cívicos. Ochocientos vecinos respondieron al llamamiento. Pelillosos, francamente levantiscos, a los moqueguanos les quemaba la sangre por combatir. Entonces Laiseca descubrió que no hay armas, que ni siquiera el Batallón *Grau* tenía sus rifles completos. Telegrafieron pidiendo pertrechos a Arequipa y también a Tacna. El prefecto González

Orbegoso respondió lacónicamente que no los podía ayudar. El General Montero remitió ciento cuarenta chassepots y munición para completar el armamento del *Grau*. Tercamente los cívicos se acuartelaron una semana. Con las manos vacías volvieron a sus casas. No sobra un fusil para estos voluntarios en toda la república. A las cuatro de la tarde se arremolinaron en la Plaza de Armas. Llegaban desbandados gendarmes del Conde. ¡Vienen los chilenos! Mientras Lorenzo de la Flor exige que entreguen las armas de la gendarmería al pueblo, Laiseca destituyó al jefe del escuadrón por incompetente. Todavía el enemigo anda lejos de la Villa. Sesenta montados regresaron a vigilar el ferrocarril al anochecer, esta vez al mando del temido Huacullani.

Al amanecer del sábado empezaba a despoblarse Moquegua. Se escuchan breves distantes tiroteos. Son las avanzadas nacionales dispersando a las chilenas. A las ocho entró un pelotón de gendarmes trayendo a un chileno capturado en la hacienda La Viña. Laiseca lo interrogaba en la Prefectura cuando el coronel Gamarra irrumpió en demanda de información. El prisionero se llamaba José Urbina y no quería hablar.

—¡Coronel Chocano!

—A la orden, mi coronel.

—Que forme un pelotón en la Plaza de Armas...

—¿Para qué, mi coronel?

—...voy a fusilar a este maldito cabrón...

—¿Por espía, mi coronel?

—No, carajo. Por chileno.

Gamarra salía de la habitación cuando escuchó llorar al prisionero.

—¡Espere, mi coronel! ¡no quiero morir!

Gamarra se volvió rauseando ante sus subalternos.

—Muy bien, hijo. Cuéntame todo lo que sabes y es posible que cambie de opinión —se sienta en una silla de Viena, sonríe paternalmente el viejo. Laiseca se mojaba los labios con la lengua. El chileno prefirió no correr más riesgos con el nudoso coronel. Atacará Moquegua una poderosa división al mando del General Manuel Baquedano, jefe de la caballería del sur, Integra la fuerza expedicionaria el Regimiento 2º de Línea, el Regimiento *Santiago*, el veterano Batallón *Atacama*, el nuevo Batallón *Bulnes*, cuatrocientos *Cazadores* y cuatrocientos *Granaderos* bien montados, una compañía aligerada del *Buín*, dos baterías Krupp y una batería francesa con dieciocho cañones. Mien-

tras habla el prisionero para salvar su vida, Gamarra estudia la sinceridad de esas pupilas. Personalmente el coronel se acercó a Pacocha tan pronto se produjo el desembarco y contó veinte buques en el océano. Completamente solo ahora en el extranjero país que ha invadido, al chileno le tiemblan los labios. Explica que hay cuatro divisiones en la costa, con trece mil soldados. Y más tropas continuarán llegando de Antofagasta. Atacarán Moquegua dentro de una semana.

—Está bien —se volvió sombrío el coronel.

—¿Lo encierro? —propuso Laiseca.

—Póngale guardias y mándelo a Arequipa —ordenó el jefe de la división.

—Me parece que está exagerando —quiso sonreír el coronel Chocano.

—Yo creo que dice la verdad —se oscureció el viejo. Respiró profundamente. Ahora estaba convencido: Moquegua no tenía salvación.

La Unión en Arica

No ha pegado los ojos en dos días, siente hambre desde ayer pero Atanasio Bayaroupolous sigue en proa, esforzándose por descubrir tierra. La Unión tanteaba la ruta del bloqueado puerto de Arica. Se movía a oscuras y en silencio, lista para escapar de estas aguas que son suyas y que ahora pululan veinte buques de guerra enemigos. Han prometido doble paga a quien descubra primero el Morro o aviste bloqueadores. No tanto por la recompensa como por conservar intacto su veterano pellejo, el griego esfuerza la mirada hasta que la noche aparentemente impenetrable comienza a diluirse y a combarse, reventando en diminutos puntos de luz. Entonces debe clausurar sus párpados y de nuevo sumergirse en la auténtica tiniebla de las dos y media de la mañana. Cerca suyo, armado con una pica de abordaje, tosía el negro Samontes. Oyó carajear bajito al teniente 1º Larrea. ¡Silencio todos! ¡Quieren que nos descubran? Por esa oscuridad, vaya uno a saber dónde, se desplaza la escuadra bloqueadora, blindados que de una andanada pueden hundir a este viejo buque de madera. ¡A estribor, quince grados! ¡Tierra! ¡El Morro a la vista!

El vigía Araico lo había descubierto. Eran las 2 y 44 de la mañana del 17 de marzo.

Villavicencio ni siquiera sonrió en el puente. Navegó su voz recordando órdenes que nadie debe desafiar: ni un ruido, ni una luz, ni un movimiento a bordo. Sus cálculos se cumplían con notable exactitud. Casi en frente suyo se alza el peñón de Arica más negro que la noche. Por ahí han de estar los buques chilenos, probablemente el *Huáscar* y la *Magallanes*, tal vez el temido acorazado *Cochrane*. Temprano vieron relampaguear reflectores eléctricos en alta mar. Por segunda noche consecutiva la *Unión* buscaba una brecha para burlar el bloqueo.

—¡Avante, un tercio!

Más que menos ciego, a Bayaroupolous le sudan las manos como si el rémington que sostiene empezara a detenerse. Llegaban a Arica desde el suroeste, en doble peligro de ser cañoneados por bloqueadores y bloqueados que ignoran su misión. Ni han remplazado la vieja artillería de la corbeta, ni tienen otra ventaja que calderas recién reparadas. A toda fuerza al sur de Quilca, saben sus tripulantes que la *Unión* puede desarrollar doce nudos continuos. Nada más confiaban en su velocidad para entrar sorpresivamente al puerto de Arica, descargar bultos y, si es posible, esquivar al enemigo y volar al Callao.

La misión se cumplía a tropezones. No llegó a su cita frente a costa arequipeña el vapor *Talismán* y la *Unión* continuó al sur con sus oficiales preocupados por la devastación de Mollendo y la invasión de Moquegua. Exequiel Fernandini, contador de la corbeta, invitó al segundo jefe Aljovín unos sorbos de coñac. No entendía bien el objetivo de la *Unión* en lo que puede ser su última travesía. Mientras el *Talismán* conduce al General Beingolea y a nuevos batallones para el Segundo Ejército del Sur, dos mil rifles peabody, cinco modernos cañones krupp, seis amtralladoras y abundante munición, a bordo de la corbeta llevan zapatos, frazadas, bayeta y sólo dos ametralladoras a los sitiados. Y, bueno, la lancha torpedera *Alianza*, sistema Herreschoff, aunque provista de apenas dos torpedos. Parece a Fernandini que hubiera sido mejor trocar cargamentos a los buques y así ahorrar a los nuevos batallones una caminata de treinta días desde Arequipa a Tacna.

—¿No le parece raro, señor? —en lo alto del Morro el sargento Lanchipa se frotaba friolentemente las manos. No importa que a fines de verano, aquí las noches siempre son frías. Vagamente señaló la oscuridad. Algo, allá le

jos, parece moverse a escondidas de los chilenos.

—No veo nada, zambo —admitió el capitán Nieto despegándose del largavistas. Lanchipa meneó la cabeza, como admitiendo la posibilidad de un error. Nieto continuó su ronda por las baterías. Junto al Vavasseur de 250 encontró al artillero Perleche envuelto en una frazada, los ojos clavados en el horizonte—. ¿Alguna novedad?

—Otro buque, mi capitán. Se está pegando al Alacrán.

Algo tocó a Nieto. Fue como si trescientos ojos llamaran su atención desde el océano.

—¡Vaya a despertar al comandante Carrillo!

—Paren máquinas —ordena suavemente Villavicencio. La *Unión* quedaba frente a Arica, alineada con dos buques enemigos.

—Es el *Huáscar*, señor —confirmó Aljovín.

—¿Y el otro?

—El *Matías Cousiño*, mi comandante.

Empezaba a formarse un banco de niebla. Reconoce Villavicencio el salitroso olor a tierra, tufaradas de grama-dal y pantano que brotan de Las Chimbas, la vecindad amoniacal del Alacrán, el vaho a molusco exhalado por la Caverna del Inca. No podía arrancar así nomás, hacia el muelle de Arica, sin ser recibido a cañonazos desde tierra. Casi han burlado el bloqueo y sin embargo deber aguantarse a la máquina, mientras despachan emisarios.

—Señor Rodríguez...

El alférez esperaba la orden.

—...comuníquese con el *Manco Cápac* —Villavicencio echó una mirada a su reloj—. Entraremos en quince minutos.

El primer calafate Juan Apóstol deseó buena suerte a su amigo Bayaroupoulos. La falúa con ocho marineros tocó suavemente el mar. Si se escapa un tiro, si brotan chispas de la chimenea, si un vigía chileno descubre que otro buque se ha agregado a los bloqueadores, acaso nadie regrese con vida al Callao. A ver si nos matan en nuestro propio camal, sonreía con una mueca el marinero Severino Azabache. Remaban a todo músculo mientras se espesa la neblina y comienza a clarear sobre la cordillera.

El teniente 1º Eulogio Saldías apuntó a la noche con la ametralladora del *Manco Cápac*. Su oído experto detectaba acompasados rápidos remeros. ¿Chilenos al abordaje? Los centinelas del monitor alzaban sus rifles. Entonces se oyó decir con cauta voz: ¡oficial de la *Unión*, oficial de la *Unión*!

—Es un vapor que intenta acercarse a tierra —ahora Nieto por fin veía el penacho de humo que despide la corbeta.

Enfundado en su grueso capote naval, el capitán de navío Camilo N. Carrillo abandonaba sus habitaciones en la fortaleza del Morro. Por el camino fue bebiendo a sorbos una taza de café. Grupos de artilleros acechan desde lo alto del precipicio. El jefe de las baterías enfocó su antejo. Ahora el buque arrancaba a media máquina acercándose a tierra. ¿Chilenos? Yo creo que peruanos. ¿Un nuevo buque, mi comandante? Es la *Unión*, señor Nieto. El comandante sonreía alegremente. No habrá hecho tan largo viaje desde el Callao como no sea para traer urgentes y buenas noticias. Centinelas y vigías la vieron vencer el Alacrán y virar a babor, en busca del muelle. Entonces parpadeó señales con un farol rojo. ¡Es la *Unión*! ¡vean su insignia!

Demasiado lejos para escuchar gritos de júbilo y hurras con que celebran en el Morro la aparición de un buque peruano, el coronel de la Torre asintió con la cabeza cuando el oficial de guardia en la comandancia informó que ha transcurrido la noche sin novedad, mi coronel. El grueso jefe de Estado Mayor General del Primer Ejército del Sur se movió protegido por una gruesa camiseta de lana y luego cubierto con camisa de franela y en fin envuelto con una larga bufanda de alpaca. Había aprendido a desconfiar del húmedo clima de Arica. Hace dos días viajó el General Montero a Tacna, con la salud deshecha por insalubres emanaciones de Las Chimbas. Hasta ahora felizmente inmune a tercianas y a una racha de pulmonías que hizo estragos en la guarnición del puerto, el coronel se movía por caldeadas habitaciones de la Aduana evitando ventanas abiertas y corrientes de aire. Sin prisa cambió ropas de dormir por abrigado atuendo de faena. Llegaba el día como de costumbre neblinoso. Sorbió su mate de coca mientras observaba la bahía desde una ventana. A las cinco de la mañana ateridos centinelas regresan por la plazuela, suenan clarines, bañan a los caballos, trotan aguateros hacia el mercado. Vivía de memoria el coronel con la mirada distraídamente de paso por formas que emergen de la niebla como empezando a existir. El todavía disuelto perfil de la *Unión* sobresaltó a de la Torre. En la plazuela chisporrotearon los herrajes de una cabalgadura y el capitán Trinidad Olarte desmontó de un salto.

—¡Coronel, mi coronel! —el oficial lo reconoció des-

de la calle—. ¡Llegó la *Unión*, señor!

A las cinco y diez de la mañana la *Unión* alcanzaba su destino imposible.

A bordo del *Manco Cápac*, Sánchez Lagomarsino trata de descifrar cuál es la verdadera misión de la corbeta. Acaso venía de señuelo mientras la nueva escuadra peruana organiza el ataque definitivo. Al primer jefe del monitor no le parecía tan difícil burlar la entrada a Arica como salir de aquí. Ya prisionera en estas aguas, la última nave de guerra del Perú no podrá escapar de la poderosa escuadra enemiga. Si se ha metido en la trampa sólo para traer pertrechos, en Lima podían darle por perdida. Tan pronto de la *Unión* pasaron una espía a la boya, Sánchez Lagomarsino ordenó botar su *gig* y con dos oficiales y cuatro marineros se fue a saludar a su camarada Villavicencio.

En la corbeta, Bedsford, primer maquinista, exigía inmediato y buen carbón inglés. Como si los viniesen persiguiendo, sus tripulantes arriaban la torpedera *Alianza*, izaban o empujaban bultos por la cubierta, corrían a cumplir maniobras o a preparar su buque para el combate. ¡Bienvenido a bordo, mi comandante! Recibe el saludo del teniente 1º Larrea, a su vez saluda la insignia de la corbeta, abraza Sánchez Lagomarsino al comandante Villavicencio. Muy bien, viejo, qué alegría verte. Ahora tomaremos la esperada ofensiva. El primer jefe del viejo monitor contenía un poderoso deseo de reír y bailar. ¿Y los buques? Los ojos azules de Villavicencio se endurecieron. Parecían preguntar de qué hablas, si sólo nos queda la *Unión*. ¿No llegó el nuevo blindado? La mirada azul explicó que la escuadra de operaciones había dejado de existir. Una banda de músicos llegaba al muelle seguida por batallones en desorden. La idea de vivir retumbaba por Arica. Una vibrante diana saludó a los recién llegados. Después se escuchó el Himno Nacional y, más fuertes que pífanos y tambores, cuatro mil voces lo cantaron con religiosa unción.

—Alarguen la espía y pónganse a popa del monitor —instruye Sánchez Lagomarsino. Más tarde, si hay tiempo, hablarán del desarrollo de la guerra. La *Unión* traía correspondencia de Lima para los sitiados. Villavicencio informa a su camarada que por casa todos bien. Apenas se permitió explicar que no han comprado buques en Europa o Estados Unidos, que todavía no se resuelve la crisis financiera, que un tercer y numeroso ejército se organiza en Lima, que debe entrevistarse urgentemente con el General

Montero o con el jefe militar de la plaza, que necesita mucho carbón de Cardiff ahora mismo, que en unas horas zarpará de regreso al Callao así se presente toda la escuadra chilena a impedirselo. Al primer jefe del monitor se le desmoronaba la ilusión de una contraofensiva nacional. Al anochecer estarán nuevamente solos en Arica, con la *Unión* a pique o a salvo por el océano. Villavicencio callaba pormenores del cambio de gobierno en Lima y del eclipse político de la Marina de Guerra.

Llegaban lanchas de tierra.

—¡El señor Raygada, mi comandante!

Y después:

—¡El comandante More, mi comandante!

Lo lograste, compadre. Al capitán de puerto le reluce la mirada. Menos efusivo, More pregunta directamente quién se acerca al mando del blindado.

—Hemos venido solos —ninguna emoción extraordinaria agita al jefe de la *Unión*—. ¿Y el señor Montero?

A un cuarto para las seis desayunaba el General en casa del alcalde tacneño Guillermo MacLean. Despertó de avinagrado humor, todavía con tos. Después de pasear huertas húmedas respirando a plenitud un limpio aire de campiña, Montero saludó con un apretón de manos al burgomaestre. Se sentía mejor, tonificado por el buen clima de Tacna. Le reservaban la cabecera de la mesa cubierta de bizcochos y panecillos, jaleas y compotas, tajadas de embutido y quesos de Pachía. Este comedor de sólidos muebles y minuciosos bodegones que empiezan a esfumarse bajo una anciana capa de espalto, impregnado de sustanciosos olores, más bien oscuro y tibio, estimulaba pacíficos recuerdos limeños y piuranos en el general-almirante y ahora, rodeado por la familia MacLean, deseó por un instante haber vivido otra vida, ser tranquilo burgués y no jefe de un ejército desesperado y sin rumbo. Servían el café con leche de cabra cuando golpearon a la puerta no llamando de visita sino apurando la respuesta.

—¡Telegrama urgente para el General Montero!

—Cargará usted todo el carbón que necesite... ahora mismo —convino a bordo de la corbeta el coronel de la Torre. Se dirigió a Raygada—: Ponga todas las lanchas a órdenes de la *Unión*. Y usted, comandante... —Sánchez Lagomarsino maldisimulaba una desencantada expresión... salga a milla y media de su fondeadero, siempre bajo la protección del Morro.

—¿Quiénes aquí han sido lancheros? —tronó el co-

ronel Ugarte frente a su división.

—¡Yo, señor! —Rendón alzó un brazo. También Quincho y Ticona se adelantaron un paso.

—¡Pues háganse cargo de esas lanchas! ¡quiero todos los bultos de la *Unión* puestos en la playa antes de almuerzo! ¡Vivo, vivo!

Al mando del sanguinario Condell, el monitor *Huáscar* despertaba burlado ante la socarrona mirada de buques neutrales fondeados al norte de Arica. Villavicencio reconoció al acorazado inglés *Shanon* entre la cañonera alemana *Freya* y la corbeta francesa *Hussard*. Un rato los buques chilenos se pusieron al habla. A las ocho arrancó el *Matías Cousiño* a toda fuerza hacia el norte. Iba a llamar a su escuadra anclada en Ilo.

—¡Buques a la vista! —gritó el cabo Perleche desde el Morro. Crecían dos humos por el sur. Acaso llega la nueva escuadra nacional. ¡Venganza a Grau! Se oyeron hurras y por los fuertes retumbaron tambores de guerra. Mientras la banda de músicos anima desde el muelle la frenética actividad de los lancheros, nerviosamente el enemigo prepara al monitor para librar combate. No tardó el *Huáscar* en dirigirse al sur, a reconocer los buques que se acercan.

—El *Cochrane* y el *Amazonas* —se desanima el comandante Carrillo bajando su antejo.

Van a la *Unión* y vuelven los jefes de Arica. Saludan a Villavicencio, piden información. ¿Qué se ha hecho desde fines de 1879 para ganar la guerra? ¿cuándo llegan refuerzos, blindados, armas modernas? Cuatro lanchas cargan combustible para rellenar exhaustas carboneras de la *Unión*. En cubierta, el contador Fernandini controla la descarga. Por delante soltaron al agua la torpedera *Alianza*, de inmediato abordada por su jefe, el teniente 1º Manuel Dávila, y una tripulación que viajó desde el Callao. La remolcaron a que caldeara cerca del muelle. En menos de una hora concluyeron de trasbordar su carga a las lanchas enviadas por el capitán de puerto Raygada: siete gruesas de zapatos, seis fardos de bayeta para uniformes, doscientas frazadas, un cajón con medicinas, doce cajas de cartuchos y dos ametralladoras Gatling.

—¡Vuelve el *Huáscar*, mi comandante!

—¡Zafarrancho! —ordena Villavicencio—. ¡Y no interrumpen las maniobras de carga!

—¿Nada más para tierra? —se asombra, quiere discutir el sargento Rendón.

—¡Ayude con el carbón! —grita el teniente 1º Larrea.

—¿Y mi lancha? ¿regresa vacía? —insiste el sargento. Detrás suyo se amotinaban los lancheros. ¿Sólo bayeta, frazadas y zapatos, señor teniente?

El coronel Ugarte terminó de inspeccionar los fardos traídos por la *Unión* y se volvió hacia Barbachán que hacía el inventario.

—¿Es todo?

—Sí, mi coronel —Rendón, luego Quincho se le acercaron exhaustos.

—¿Ni un rifle?

Rendón sacudió la cabeza.

—¿Y munición?

—Sólo para las Gatling.

—¿Y por quién nos han tomado? —relampagueó la mirada del coronel Bolognesi—. ¡Hacen escarnio de nosotros!

—¡Telegrama para el coronel de la Torre!

Buscaban al jefe del Estado Mayor General en tierra.

—Entregue usted este pliego con órdenes supremas al señor Montero —instruía Villavicencio en la cámara de oficiales al coronel de la Torre.

—¡Zapatos! —hierve la voz del General Montero que enseña, arruga el último telegrama llegado de Arica. En la Prefectura disimula su confusión Pedro Alejandrino del Solar. Montero volvió a dar un puñetazo en el escritorio—. ¡Zapatos!

—No quisiera decirlo pero me siento traicionado... esa es la palabra: traición —eleva su voz el comandante More mientras suben a las baterías del Morro.

—Tampoco hay que exagerar —concilió Bolognesi.

—Han mandado cañones, ametralladoras, dos mil rifles peabody y dos nuevos batallones a Quilca, señor Bolognesi...

—¿Qué dice usted?

—...pude averiguarlo a bordo.

El grupo de oficiales detuvo sus cabalgaduras.

—¿A Quilca?

—Sí. A Quilca y en el *Talismán*, con Beingolea a bordo.

El *Huáscar* descargó su artillería contra la corbeta sin exponerse al fuego de las baterías de tierra. Seiscientos voluntarios continuaron acarreando sacos de carbón por el muelle. Tampoco se movieron los músicos que tocaban el "Ataque de Uchumayo". Arrasó aire el primer proyectil

enemigo sacudiendo la arboladura de la corbeta. Sus tripulantes replicaron con un viva el Perú, muera Chile. ¿Verdaderamente a qué vinieron a Arica? Pasaron una espía de popa al muelle para mover la *Unión*. ¿A traer zapatos y bayeta? Quedaron con babor frente a tierra y Villavicencio ordenó preparar la batería de estribor. ¿O acaso traen terminantes secretas instrucciones para Montero a fin de que no se mueva de Tacna y allí, sólo allí presente batalla a los chilenos? Humeaba la *Alianza* aparentemente lista para entrar en combate. ¿Cuál es el elevado objetivo de esta misión cuyo precio puede ser la pérdida de la última nave de guerra peruana? Cañonearon desde el Morro, esforzadamente el *Manco Cápac* navegó hacia el Alacrán. El monitor chileno repetía sus disparos a cortos intervalos. Pronto burbujeó la bahía en derredor de la corbeta y de las lanchas carboneras. Media tripulación se ocupa en combatir y el resto en recibir combustible por el portalón de babor.

Como una distante tormenta de verano se escucha el combate en Tacna. Montero asoma a la ventana, contiene su respiración, reconoce el estruendo familiar de los fuertes mezclado al bombardeo chileno. Dijo que pobre gente, los van a despedazar. Al empinarse la tarde estarán llegando a Arica todos los buques enemigos. ¡Para nada el sacrificio de la *Unión*! Con violenta voz exige al telegrafista que encuentren al coronel de la Torre.

No habían llenado ni media carbonera de babor a las doce del día. Junto a la corbeta se apiñan lanchas atiborradas de voluntarios y combustible. A fuerza de brazos izan sacos de cien libras cada uno, los avientan al portalón. El tercer jefe Benavides repite su letanía: ¡rápido, más rápido! No sólo vigilan al monitor que dispara, al *Cochrane* y *Amazonas* todavía apartados del combate, sino también el noroeste, por donde pronto irrumpirá la fuerza naval chilena hasta hoy fondeada en Ilo.

A las doce y treinta el *Cochrane* embistió la bahía.

—Inútil, mi General, no encuentran al coronel de la Torre. Debe haber subido a la corbeta.

¡El *Cochrane* a cuatro mil yardas!

Bayoroupolous contempla brevemente el cielo sin nubes. Crujidos y rechinamientos, durezas como hechas de sonido cruzan por encima de tan atareada cubierta de madera. Quince, veinte granadas Palliser chilenas caldean el aire, enrojeciéndolo a ras de la arboladura. Por ahora yerran, rebotan sobre el mar, dan saltos entre lentas lan-

chas nacionales, van a hundirse casi en la playa o cerca del muelle. ¡Tres mil setecientas yardas! Un solo impacto de esos grandes proyectiles puede triturar a la *Unión*. Y no es posible interrumpir el abastecimiento de carbón ni ordenar avante a toda fuerza porque en seis horas se apagarían sus calderas. Han de continuar así, de flanco a la misma poderosa artillería que demolió al *Huáscar* peruano en Angamos. Marineros y voluntarios llegados de tierra titubeaban: ¡el *Cochrane* a tres mil quinientas yardas y sigue avanzando! Villavicencio saltó a cubierta, espada en mano se creció por la batería de estribor, si hay que morir de una vez se revienta, todos firmes en sus puestos, nuestro mar y nuestra tierra y nuestro cielo rotos, a golpes de guerra deshecho nuestro límite. ¿Quién quiere vivir así hasta mañana? ¡Tres mil yardas! Tan fácilmente muertos y todavía. Samontes y Bayaroupoulos se encogieron cuando detrás suyo cañonearon las fuertes del norte. Ahora se entrecruzan ululaciones, los marineros preguntan que sucederá si enormes granadas chocan en el aire sobre sus cabezas. Las andanadas de tierra contuvieron la embestida del acorazado. Desde tres mil trescientas yardas, el *Cochrane* siguió coñoneándolos.

—¡Fuego! —dijo al fin Villavicencio.

¡Fuego! Tronó la batería de estribor. Dos de sus proyectiles de setenta libras rebotaron contra el blindaje chileno. Ahora el *Huáscar* acometía por el noroeste. Severino Azabache se dobla a babor en actitud de alzar un proyectil en esa delgada cubierta por la que baja carbón y suben municiones y van y vienen tripulantes y oficiales escurriéndose unos de otros, a veces apretados pero rápidos, como si sus cuerpos estuviesen cubiertos de aceite. A tres pasos de distancia, el marinero Cornejo deja caer el maxilar todavía suyo, por entre bien gobernadas muelas absorbe una bocanada de aire al rojo. Algo deformó después las planchas de la chimenea, bombeando y en fin desgarrando cuanto hay de sólido entre el marinero Anderson y los cañones de toldilla. No tan veloz su mirada, aún más perplejo su organismo no alcanzó a esquivar la chirriante aparición del proyectil enemigo que trepana caja de humos y tumba ventiladores hasta estallar como un pequeño sol anaranjado a siete pies de estatura, aventando tripulantes contra cubierta y hasta el océano. Un violento chorro de vapor de agua sancó a los marineros atontados. Rueda Anderson, intenta Cornejo reponer la mandíbula en su lugar pero su diestra no encuentra acostumbrados huesos

sino adhesiva pulpa roja, el rostro abierto hasta el paladar por una esquirla. ¡Mantengan presión! ¿entendido, Bedford? ¡Aye aye, sir! El coronel de la Torre cuenta cuatro heridos que el cirujano Rodamonete asiste rumbo a la cámara. Iba a decir que mejor los evacuaran al hospital de Arica pero dos, tres granadas sucedieron la arboladura a ras de su cabeza. Un guardiamarina gimió en la cofa del trinquete sin soltar su ametralladora: otro proyectil había rebanado el palo a dos pulgadas de su cráneo. De nuevo los perforaban y sin embargo siguen a flote, con lo esencial intacto, las calderas conservando el máximo de presión. ¡Tres rumbos de cubierta deshechos, mi comandante! ¡Incendio, incendio! Ardía el *fair-room* de la corbeta. Los cirujanos trasladan heridos hacia la sala de máquinas mientras hombres de babor bombean agua de mar y el comandante Aljovín se encarga de apagar el fuego. Nada parecía capaz de distraer a Villavicencio de su propósito: llenar carboneras y escapar del bloqueo. Una esquirla atravesó el cuello del vigía Araico. El sargento Luis Hidalgo corrió a sostenerlo. Un casco de bomba chocó en su pecho y el riflero voló ocho, diez pasos atrás, hasta golpear contra un ventilador. El teniente 2º Sánchez Carrión intentó alzar al sargento por cuya garganta afloran chorros de sangre. ¡Se muere, pronto, ayúdenme! ¡Costillas, esternón, pulmones, todo deshecho! El comandante Benavides apartó bruscamente al joven oficial del cuerpo que acaba de morir. ¡Viva el Perú! ¡Todos a sus puestos! El continuo ventarrón de explosiones cubre de hollín y polvillo de carbón a los tripulantes. Bayaroupoulos se mueve a tientas, sopla el pegajoso tizne que se espesa por su rostro, a ratos mira a estribor como si fuese posible descubrir y esquivar granadas enemigas. Llegados por cuarta vez a la corbeta, a Quincho y Rendón los desfiguró la misma mueca de horror. A rastras del griego ni siquiera se queja el artillero Lorenzo Palacios con los glúteos y testículos deshechos por una explosión. Nuevamente los disparos del *Huáscar* cayeron sobre los peruanos. Ileso en medio de una cegadora expansión de esquirlas, Rendón contempla desplomarse ventiladores, volar el cañón N° 10 hasta incrustarse en la cámara del comandante. Bayaroupoulos y Samontes desaparecieron como absorbidos por un remolino de chispas y pestilente humo negro. ¡Rendón! Por su cabeza todavía se repite el eco del cañonazo chileno. ¡Auxilio, Rendón! Lentamente descubrió a Quincho con un brazo en alto, mostrándolo con espanto. Un casco le había

amputado la mano izquierda.

A las cuatro y media de la tarde, los chilenos se pusieron al habla al norte de la bahía. Han de estar pasando rancho y curando a sus heridos, si los tienen. Seguramente creían inutilizada a la *Unión* por el bombardeo. Un muerto y veintiún heridos a bordo, mi comandante. Villavicencio pidió a de la Torre que se quedara con los heridos graves. Después despidió tranquilamente a los jefes de Arica. No volverá a presentarse una oportunidad parecida para escapar de los chilenos. ¡Leven anclas! ¡*Mister Bedford, full speed ahead!*

Desde la lancha que los lleva al muelle con los heridos, los jefes de Arica observaron a la *Unión* encabritarse y arrancar a toda hélice con rumbo suroeste. Tomados por sorpresa, los buques enemigos tardaron en perseguirla.

Tan pronto salió mar afuera, ganando la proa al *Cochrane*, un hurra estentóreo despidió a los marinos peruanos. Camilo N. Carrillo consultó su reloj: las 5 y 15 de la tarde.

Regresa la "Unión"

A esta hora los músicos del Cuerpo de Artillería acompañan al Señor del Triunfo que vuelve en procesión a su iglesia del Baratillo y penumbrosos zaguanes terminan de apagarse, Lima se echa a dormir. El comisario Negrón descubría a un chino putrefacto en odiadas madrigueras de la calle Capón, sin que su violento hedor de cuatro días insepultos incomodara a otros asiáticos, a los que sorprendió fumando opio. Cerca de medianoche, los bomberos de La Salvadora empujaban su carromato *Merry Weather* para liquidar un pequeño pero céntrico incendio. El breve escándalo de los matafuegos no interrumpió apuestas en corridos garitos del Callejón de Petateros, consentidos por el mismo comisario Negrón que, cubierta la nariz con un pañuelo, abandona la morgue y decide volver al Barrio Chino en busca de prostitutas clandestinas.

Los centinelas de La Punta no descubrieron el buque sin luces que asomaba a media máquina por el cabezo de San Lorenzo. Como un gran cerro pelado recién salido del océano, la isla estaba pero no era visible. Tan negra como

la noche, ni siquiera la patrullan vigías. Soporta un viento casi siempre del sur, olas que azotan su espalda desconocida para casi todos los limeños. Su mole abrigaba a la pequeña guarnición de la batería de a mil en la Punta. Una anticuada lancha a vapor cumplía su ronda por la dársena. No lejos del Real Felipe, del que había fugado quince días atrás para degollar a dos mujeres, el temido Baldomero Riega arrojó su puñal y alzó los brazos, entregándose prisionero al jadeante guardia civil Carrasco que lo encañonaba con un rifle. Luego sonó un silbato y otros policías corrieron por las calles del puerto, apenas iluminadas por faroles a kerosene, a encadenar y encerrar al asesino.

No hay enemigo a la vista.

—¡Avante! —ordenó Villavicencio en el puente de mando de la *Unión*.

Ahora la corbeta encendió sus fanales. Tumbado sobre una camilla en cubierta, Atanasio Bayaroupoulos sólo podía ver proa, el sitio donde hace un mes fusilaron al grumete, y, a ratos, al cirujano Rodamonte interesándose por los heridos que mandarán a tierra tan pronto fondearan en casa. A Bayaroupoulos no le importa este dolor de huesos golpeados pero enteros que se le expande bajo las dos insuficientes frazadas que lo abrigan. Prefiere seguir a bordo, con otros heridos leves y contusos, a la incierta fortuna de camaradas que evacuaron en Arica. Su amigo, el primer calafate Juan Apóstol, quedó allá, en el hospital del Morro. Y Lorenzo Palacios, con sus nalgas vueltas una llaga y sus testículos reventados. Ocho en total perdieron el viaje de regreso. Por fin a salvo, el griego entrecerró los párpados. Aguas tranquilas recibían a la corbeta cuya chimenea no han podido parchar, de modo que sus llamadas causaron dos o tres incendios en plena travesía y cuyo hollín ahumaba a pilotos y oficiales absortos en la contemplación del Callao. Crece el puerto como un milagro. Nadie espera el regreso de la corbeta. Había zarpado en secreto y volvía del frente más veloz que telegramas a diario interrumpidos por chilenos que desembarcan a derribar postes y alambres.

A bordo de la lancha de patrulla, el teniente 2º José Gálvez miró con asombro el agujereado casco de la *Unión*. Después reconoció al teniente 1º Larrea asomando sobre las astillas de estribor.

—¡Ahoy!

—¡Bienvenidos al Callao... viva el Perú —gritó Gálvez por la bocina.

Ni sirenas o bengalas, ni música o guirnaldas de flores por ahora. Ordena Villavicencio ir al fondeadero de costumbre y avisar que cumplieron su misión al capitán de puerto y a Su Excelencia.

—Trece heridos a bordo —informa Larrea a la lancha de ronda. Los graves quedaron en Arica. En total hubo veintiún bajas. Francamente no hay apuro. Hasta los fuertes del Callao parecían dormir. Sólo cuando largaron el ancla, los marinos escucharon vítores que saludaban a la corbeta desde las baterías y la dársena.

Al rayar el nuevo día desembarcaron a Bayaroupolous y a los heridos. Una festiva vibración corrió entonces por el Callao. ¡La *Unión* ha vuelto! Campanearon los templos porteños como si fuese domingo en vez de sábado, se movieron botes repletos de curiosos a saludar a los héroes que habían burlado el bloqueo de Arica para entregar armas y pertrechos al Primer Ejército del Sur. La deshecha chimenea, el casco desgarrado por proyectiles de trescientas libras, los agujeros abiertos por la metralla anunciaban una segura carnicería en la corbeta. Sin embargo su tripulación cumplía faenas sin prisa, mientras van y vienen autoridades y jerarquías navales a felicitar al comandante que con el mismo sigilo con que entró a Arica había regresado a su fondeadero.

Cuando la comisión de chorrillanos abordó el Tren Inglés en la estación de La Micheo, una enorme multitud pugnaba por viajar al puerto. Sólo la reconocida influencia de caballeros como Derteano y José Oyague, concejales del balneario, hizo que se abrieran las puertas del coche pullman. Más jóvenes viajeros cedieron sus asientos. Como si nada más hubiera esperado a los personajes de Chorrillos, sonó un silbato y el tren de las once chirrió arrancando a las doce y diez. ¡Así que la *Unión* había ido a meterse en Arica, en las propias barbas de los bloqueadores chilenos! Dicen que las baterías del Morro causaron destrozos a los blindados enemigos, que la corbeta escapó pasando a dos cables de los rotos, que ni siquiera Grau se hubiese atrevido a tanto, que el *Huáscar* chileno tuvo miedo de Villavicencio, que su comandante Condell estuvo a punto de encallar en el Alacrán, que los observadores británicos prorrumpieron en aplausos, que no se ha visto nada igual en toda esta maldita guerra, que han infligido una gran derrota moral al adversario. En medio de tan animado parloteo, sonreía Derteano como rumbo a un festejo familiar. Villavicencio era de los suyos, empedernido veraneante chorrillano, vecino

y propietario y correcto personaje hasta ayer de segunda importancia, un hombre de orden, respetuoso y gentil. La víspera de embarcar sigilosamente a romper el bloqueo, Derteano encontró al marino en el establecimiento de baños. Cambiaron saludos, charlando un rato sobre asuntos de estado. El banquero suspendió su descanso esta mañana para sumarse al grupo de notabilidades chorrillanas que encabeza el alcalde Elster. Se propone ofrecer un banquete más bien íntimo en honor del nuevo héroe. Lo hará a tutiplén, en su propio rancho. Acaso acepte concurrir Nicolás de Piérola. En el peor de los casos, no ha de faltar el anciano Villar, Secretario de Marina. Derteano reconstruía cuidadosamente su estropeada reputación. Interrumpiendo el exclusivo sabatino baño de mar para viajar en pleno bochorno al distante muelle de guerra, a la vez rendía homenaje al marino y lo elevaba socialmente a su propia estatura. Y sabe Derteano que el reciente héroe estará discretamente agradecido por semejante atención. De memoria pasó revista a las últimas adquisiciones hechas al gran almacén limeño de la Casa Kant: privilegiadas cosechas de borgoñas y burdeos, fiambres y conservas al mejor precio, todo pagado en auténticas esterlinas y no con inútiles billetes nacionales. Como si se aproximara un inacabable asedio, Derteano colmaba sus despensas. Podía permanecer un año sin moverse de su rancho de verano o de su palacio limeño, ni siquiera para conseguir un costalillo de azúcar o una libra de manteca. Pasando por Bellavista, al banquero se le ocurrió un postre inolvidable: ordenará al convento de San Andrés una corbeta de mazapán navegando sobre un océano de frutas confitadas.

La verdadera *Unión* se mecía suavemente en inmundas aguas portuarias y tiesamente Villavicencio recibía saludo y elogio de centenares de visitantes. A todos repetía un muchas gracias, sólo cumplimos nuestro deber. Menos parcos, sus oficiales se permitían difundir a media voz pormenores de la hazaña. Quienes carecen de rango para ser admitidos a bordo, se contentan con alquilar, a cinco soles la hora, lanchas que se embisten y disputan sitio cercano a la corbeta. Las señoras de la Cruz Blanca enviaron un hermoso ramo de rosas al jefe de la *Unión*. Cronistas de diarios limeños auxilian a sus corresponsales del Callao a inventariar acontecimientos y mantienen copado el telégrafo con despachos impostergables. Apareció don Eugenio Courret con su aparato fotográfico y dos ayudantes que cargan trípode y maletas llenas de placas. Una banda de mú-

sicos ofrecía retreta en Chucuito. Más bien agobiado por homenajes que ya paralizan las faenas de su buque, Villavicencio pareció alegrarse cuando los chorrillanos subieron a bordo. Por delante Elster y el gobernador Casós, escucha sus felicitaciones, abraza efusivamente a Derteano, a Oyague, al comisario Irigoyen, al síndico mister Baily, al regidor Corral que además administra la opulenta hacienda Villa y ahuyenta con sus capataces armados a bandoleros que merodean los pantanos. Después formaron un grupo, apiñándose con gran solemnidad según instrucciones de *monsieur* Courret. Los capitanes de corbeta Aljovín y Benavides se unieron a los concejales. Demoró el retrato para que también se acomodaran tenientes y cirujanos. Antes de que Courret diera principio a la exposición de la primera placa, Villavicencio invitó a jóvenes guardiamarinas a sentarse en primera fila. Derteano ofrecía su rostro más jovial, entre Villavicencio y Elster, cuando Courret destapó el lente de su cámara. Durante medio minuto, los retratados personajes contuvieron la respiración.

Entonces cañonearon los fuertes anunciando a Su Excelencia el Jefe Supremo de la República. Llegaba en un expreso del Ferrocarril Trasandino, con escolta de elegantes soldados del Regimiento Torata, edecanes, secretarios de estado, periodistas y amigos. La muchedumbre se movió del filo de los muelles hacia la estación vivando estruendosamente al Dictador. Su figura pequeña y nerviosa, la barba siempre más gris, los ojos centelleantes que quisieran salirse de sus órbitas para adherirse a la visión misma, electrizaran al pueblo. Hoy viste uniforme azul, casi naval, con quepís bordado con hilo de oro y espejeantes botines que, igual que sus habituales botas a la federica, aumentaban unos centímetros su corta estatura. Más bien detrás que a la derecha de Piérola, un hombre de anchas espaldas irradia sombrío respeto. Es el coronel Iglesias, secretario de Guerra y sostén militar de la Dictadura. Con sus batallones de feroces reclutas cajamarquinos había impuesto la Dictadura de don Nicolás a titubeantes jefes del ejército de línea, para convertirse después en comandante general de los ejércitos solamente sometido a la voluntad del Jefe Supremo. Hoy prefiere Iglesias que vaya adelante el viejo marino Villar. El pueblo también rompió en vítores cuando apareció el capitán de navío Germán Astete, vuelto de Estados Unidos sin el acorazado que fue a comprar. Hasta donde la gente conoce, Astete aprobó la adquisición del blindado *Stevens Battery* y solicitó un giro

por un millón de dólares al ex-segundo Vice Presidente y comisionado especial de la República que se encontraba en París, pero el señor Canevaro contestó lacónicamente que no estaba autorizado para semejante desembolso. Astete se había encontrado con el General Prado en Nueva York y juntos visitaron el acorazado que nunca llegaría al Callao. Aunque ya depuesto por la Dictadura, enfermo de asombro, Prado aconsejó a Astete que al menos llevara ametralladoras en su viaje de regreso. Astete, que sublevó el *Huáscar* a favor de Piérola y contra el General Prado tres años atrás, acaba de desembarcar de un mercante inglés trayendo en su equipaje una docena de Gatling y Gardner modelo 1879.

Invitaron a los visitantes a abandonar la *Unión* para no estorbar a Su Excelencia. Bandas de músicos militares tocaban la Marcha 21 de Diciembre. La comisión de chorrillanos permaneció a bordo, aunque arrinconada mientras forma filas la guarnición y la marinería trepa por las jarcias. Villavicencio y la plana mayor aguardan al Jefe Supremo en la escala. Todavía retumban cañonazos que anuncian a Piérola en la bahía. Otra vez campaneaban los templos, sonaban sirenas de bomberos y de la dársena. Acosado por el fervor de esa festiva y creyente multitud, el Dictador llegó al embarcadero. Una falúa del Rímac lo transportó a la corbeta.

—Sus órdenes han sido cumplidas, Excelencia —se adelanta, saluda marcialmente el primer jefe de la *Unión*.

—Lo felicito sinceramente, comandante —Piérola tendió la diestra. Después Villavicencio se hizo a un lado, invitándolo a pasar a su buque, pero el Dictador permaneció inmóvil, contemplando los destrozos causados por la artillería chilena. No sólo han destruido la chimenea y aniquilado estribor. También abrieron un enorme agujero en cubierta desde donde podía verse la destrozada cocina de la *Unión*.

—¿Sólo tuvieron un muerto? —se sorprendió el Dictador.

—Y siete heridos graves, Excelencia. Los entregamos a la ambulancia de Arica.

El Jefe Supremo avanzó un paso.

—¡Viva Piérola! ¡Viva el Perú!

La tripulación lanzaba sus gorras al aire. Suavizada por los hurras, la mirada del Dictador paseó por sonrientes rostros de guardiamarinas y tenientes hasta encontrar el pabellón nacional. Llevó su diestra al quepís y con pisadas vivaces recorrió la chamuscada cubierta felicitando

uno por uno a los oficiales. Antes de que el Jefe Supremo los invitara a acercársele, los chorrillanos le oyeron decir con voz definitiva—: Señor Villavicencio, ha superado usted las proezas del *Huáscar*.

Batalla de los Angeles

Distantes campanas dominicales recuerdan al teniente Medardo Morante que Moquegua, su ciudad, está prisionera del enemigo. Cerca suyo, el montonero Huacullani sonríe socarronamente, así es la guerra teniente, unas veces se gana y otras se tiene que perder. El joven oficial se apoya en el áspero filo de una pirca a observar lentas evoluciones chilenas. Nada más tanteaban la empinada pampa de Tombolombo, sin ponerse a tiro de los peruanos atrincherados en el cerro de Los Angeles. Huacullani mascaba una brizna contemplando a su enemigo. Míralos, teniente, ya se sienten vencedores. Y dentro de un rato, vaya uno a saber si hoy o mañana, ellos van a perder. Algunos cañones y ametralladoras, cierta indispensable uniformidad de armamento, munición de reserva convertirían a estos bisoños batallones nacionales en fuerza invencible, no importa la superioridad material de los invasores. Llegaba el General Baquedano con dieciocho cañones, ochocientos jinetes y cuatro mil veteranos de infantería no tanto a ocupar la villa de Moquegua como a batir a los peruanos y conquistar Torata, encrucijada de importantes caminos serranos que van de Arequipa a Bolivia y a Tacna y Arica. La División *Cusco*, que se opone a los planes de Baquedano, no llega a mil hombres armados con toda clase de rifles: antiguos minié austriacos, chassepot franceses y peruanos, rémington españoles. Necesitan cartuchos de tres calibres distintos. Ya reforzados con el Batallón *Invencibles de Grau*, que absorbió a los montoneros de Huacullani, y por los gendarmes montados, la división al mando del anciano coronel Gamarra sumaba mil trescientos hombres. Pero la geografía está de nuestra parte. El teniente coronel José Jiménez, alias Huacullani, no pierde de vista a los invasores que se instalan en potreros a vivaquear y refrescar sus cabalgaduras. ¿Quisieras estar abajo, teniente? Claro que no, Huacullani. Y Medardo Morante lo decía satisfecho de la

superioridad de sus posiciones. Se conocían, como se dice, de toda la vida. El rostro que no ha afeitado en seis días, el pómulo derecho con una curva cicatriz, los ojos burlones, los dientes de oro de Huacullani no parecen haber cambiado desde que Morante tenía cuatro o cinco años y por primera vez se interesó en los explosivos personajes de la política moqueguana. Gendarmes o *Invencibles de Grau*, todos son lugareños, vecinos, viejos conocidos, pierolistas, veteranos montoneros. Pero el tormentoso Huacullani, que en diciembre pasado abandonó Pacocha para adueñarse de la Prefectura y proclamar a Piérola Jefe Supremo de la República cuando aún el General Prado no había viajado al extranjero, tuvo que ceder el mando de las tropas moqueguanas al influyente Julio César Chocano, amigo personal y soporte político del Dictador en esta región. La verdad, a Jiménez no le importa. Estábamos entre amigos, teniente. Y cada quien sabe cómo matarse las pulgas. Lanza un gargajo por el abismo, confiadamente se repite que a la hora de meter plomo, será Huacullani quien conduzca la batalla. No disputaban aguas de regadío, subprefecturas, herencias o injurias personales, así que no está del todo mal que Chocano, habilidoso político, dirija por ahora a los *Invencibles*. Otras veces han combatido desde esta insuperable fortaleza natural. Dos ríos se juntan frente a la villa de Moquegua, el Torata y el Tumulaca. Tres enormes montañas se interponen entre las aguas: Los Angeles, Quilinquilin y Baúl. Entre ellas hay que pasar si se quiere ir de Moquegua a Torata. Dos caminos atraviesan la sierra. Filudo y en escarpado zigzag, el más corto ha sido tallado en el abismo oriental de Los Angeles hasta rodear el cerro y salir a la pampa del Arrastrado y a espaldas del Quilinquilin. El otro sigue el curso del río Tumulaca y, pasada la población de Samegua, se desvía abruptamente por la quebrada de Quilinquilin, allí dominada por cornisas de roca viva a las que se conoce como Los Púlpitos. En Los Angeles existen fortificaciones construidas por el propio Huacullani y otros revolucionarios pierolistas en 1877, pircas y trincheras desde donde ahora el Batallón *Invencibles de Grau* domina la pampa y cruza sus punterís sobre el camino todavía desierto. Ultimo en llegar a estas posiciones, Huacullani no tiene muy buena opinión de la disciplina chilena. El coronel Gamarra lo puso al mando de los gendarmes montados enviándolo con su pequeña columna de cincuenta jinetes a vigilar al enemigo desde el alto del Conde. Avanzaba sobre Moquegua

la segunda división enemiga reforzada con tres escuadrones de *Cazadores* y *Granaderos*, dos baterías de montaña y una compañía aligerada del *Buín*. Tres veces atacado por avanzadas de Baquedano, el escurridizo Huacullani había vuelto obstinadamente a espiar a los chilenos que llegan en dos escalones. Acaso la sed los forzara a regresar. Avezado montonero, por Pacae consiguió descarrilar el tren enemigo que transportaba agua para la infantería. Al acecho desde las alturas, vio después desbandarse batallones y regimientos amotinados porque no les daban de beber. Los propios chilenos tuvieron que cañonearlos para que dos mil dispersos volvieran a la formación. Al fin abrevados, de nuevo aguerridos, los invasores se acercaron a la villa en columna por la línea del tren y desplegados en guerrillas por chacras y lomas. Huacullani retrocedía manteniéndose a menos de un kilómetro de las avanzadas chilenas. Cerca de la villa liquidó expertamente a un sargento y tres soldados del *Buín* distraídos en comer uvas. Al mismo tiempo la División *Cusco* marchaba a atrincherarse en las alturas, seguida por una multitud de voluntarios sin armas y de mujeres y niños temerosos de una devastación a la mollendina. Injuriados moqueguanos que rehúsan partir contemplan la salida de las últimas compañías. El Prefecto Laiseca, que no fue capaz de conseguir víveres, barricas de agua y medicinas para las tropas que ya se encuentran en las montañas, intentaba ahora impedir la destrucción del puente de madera sobre el río Moquegua. Huacullani trotó por la Calle del Medio seguido por sus gendarmes en la mañana del sábado. Rápidamente las fuerzas de Baquedano desbordaban las últimas posiciones nacionales. El teniente Morante tuvo que abandonar el desayuno servido sin probar bocado: los del *Buín* asomaban a cien metros. Se unió entonces a los gendarmes montados. También rió de la ornamentada apariencia de la ambulancia peruana que no se movió de la plaza de armas: cruz roja en el sombrero, en el tapacuello, en las solapas y cruz roja en una banderita blanca que agitan como una despedida. El viento agitaba pabellones italianos a toda prisa izados por comerciantes y bodegueros. Misteriosamente aparecían inscripciones en más pobres alojamientos de chinos. Huacullani señaló al teniente la difícil caligrafía de esos letreos: *casa asiático*. Y también: *casa asiectico*. Y, en fin, una inscripción que arrancó carcajadas a los gendarmes y después hizo reír a los propios chilenos: *caca asiatico*. Sin haber completado la destrucción del puente, sin tiempo de

fusilar al Prefecto traidor como era su deseo, Huacullani subió al trote por Tombolombo y al mediodía se instalaba en la primera fila de trincheras de Los Angeles. No podrán subir, resumió el montonero. Un sargento de los *Invencibles* puso cara de decir ojalá que así sea. No ha de durarles la munición mucho tiempo. Huacullani estiraba su índice como una carabina, apuntando y barriendo el camino de montaña. Aquí de nada sirve la caballería. Los rotos tendrán que atacar a pata pelada, teniente, y de a tres en fondo cuando entren al desfiladero. Huacullani mostró su reluciente sonrisa de metal. No teníamos como perder esta batalla.

Vestido con meditada elegancia militar, el coronel Chocano revistaba su fortaleza de pircas satisfecho de su privilegiado rango. Acaba de obtener la jefatura absoluta del ala derecha de los peruanos. Por ser hijos del lugar, el viejo Gamarra concedía a los *Invencibles* la total responsabilidad de defender Los Angeles y el inaccesible profundo desfiladero de Estuquiña, por donde baja ruidosamente el río Torata. Un escándalo descompuso el confiado semblante del jefe del Batallón.

—¡Mujeres y niños a la pampa del Arrastrado! ¡Saque a esa gente de las trincheras! —vociferaba el comandante Portugal.

Un grupo de enfurecidas moqueguas arrojó piedras al oficial.

—No quieren moverse, señor, dicen que están más seguras junto a nosotros —el teniente Mazuelos se daba por vencido. Detrás de pacientes parapetos de piedra, se apiñan refugiados que rehúsan seguir viaje a Yacango. Y después, ¿qué harán? ¿continuar a Torata? ¿Dirigirse a Arequipa? ¿O los querían vagando por la cordillera mientras sólo Dios sabe por dónde avanza el enemigo? Escapaban sin abandonar totalmente su ciudad. Váyase usted si lo prefiere, señor teniente, no es primera vez que mujeres y niños de Moquegua asisten a un combate en estas posiciones. El oficial explica que hay campamento en Mollisaja, que pronto serán atacados con disparos de artillería, que son órdenes superiores. ¡Vamos, fuera de aquí! ¡Sargento Postigo, cabo Menacho, sáquenme a estos obstinados de la línea de fuego! ¿Qué esperan carajo? Al revés de expertas rabonas cusqueñas, las señoras moqueguas no siguen a los soldados sino que embarazan sus movimientos. Se acerca la noche y todas sus emboscadas, rápido, los paisanos a Yacango. También por Quilinquilin las tropas del

Batallón *Canchis* y los *Granaderos del Cusco* apuran a los refugiados a seguir cuesta arriba. No se había puesto el sol y una columna chilena merodeaba Samegua. Pronto tendrán a los enemigos al frente.

—¿Qué ocurre, Portugal? —desmonta el coronel Chocano, sacude sus costosas botas a la federica que hoy estrena a imitación de Su Excelencia, sonríe con galanura a sus paisanas.

—No pueden quedarse aquí, mi coronel. Francamente es muy peligroso.

—Estoy seguro que tan distinguidas señoras saben el riesgo al que se exponen... —abarcó de una mirada a un centenar de mujeres y niños que ya cocinaban alimentos... pero puedo prometerles que aquí no llegarán chilenos. Yo creo que pueden quedarse...

Portugal titubeaba.

—...¿entendió, Portugal?

—Sí, mi coronel. Si usted lo dice.

Jinete del más espléndido moro jamás visto en tierras de Moquegua, el barbudo General Manuel Baquedano, jefe de la Caballería de Chile, no se molestó en conocer la villa. Siguió de largo, por la otra ribera, a observar a los peruanos y a conferenciar con sus comandantes. Los ciento cincuenta soldados del *Buin* atravesaron la ciudad, apenas registrando calles y azoteas en busca de francotiradores. Después llegó el jefe del Estado Mayor de la Segunda División enemiga, coronel Martínez, sólo seguido por un capitán de nombre Urcullu. Preguntaron quién gobierna la ciudad. El Prefecto Laiseca había desaparecido rumbo a los cerros. No hay más autoridad que la comisión de neutrales presidida por el italiano Lavarello. El jefe chileno convocó a una asamblea de comerciantes extranjeros.

—Muy bien, señores, seré claro y directo —habló ante un centenar de alborotados italianos—. Ustedes desean que nos vayamos pronto y nosotros queremos lo mismo. No hemos venido a establecernos con nuestras familias en este pueblo sino a dar una batalla y perseguir al enemigo, ¿comprendido?

—Io también será claro e directo, signoría —empezó su macarrónico discurso el bodeguero Malatesta. No ha olvidado que la noche del 31 de diciembre pasado le desfondaron cuatro barricadas del mejor *margaux* moqueguano y no le pagaron un peso a cambio de tan espléndida borrachera. Los súbditos del Rey de Italia sabían sus intereses amenazados por la sed proverbial de los soldados del sur.

¿O usted, señorita, cree que ignoramos cuánto les gusta el vino, ah? Un risueño murmullo animó a Malatesta a continuar su perorata. Querían garantías del buen trato que merecen como industriales neutrales, ni más ni menos que si fuesen italianos afincados en Chile. El secretario de la comisión, don Augusto Minuto, tenía algunas quejas concretas sobre la conducta de los invasores. Acaban de arruinar viñedos y huertas pertenecientes a italianos. No hablaba del año pasado sino de hace unos días.

El coronel Martínez ordenó a Urcullu que tomara nota de esas reclamaciones para proceder a sancionar a los culpables. Prometió que reprimiría ejemplarmente cualquier nuevo exceso. Después informó que debían atender una contribución de guerra consistente en harina y tabaco. ¿Acaso somos peruanos? —se amotinó Lavarello. Ni Italia jamás había declarado la guerra a Chile, ni ellos tenían por qué pagar la cuenta de este conflicto. Además en Moquegua no queda una libra de harina y mucho menos tabaco. Esos bandidos, y decía bandidos señalando con el índice las montañas donde se atrincheran los peruanos, se lo han llevado todo. Anocheció sin que se hubiesen puesto de acuerdo. Silenciosamente la retaguardia enemiga ocupaba la ciudad.

Si a este profundo desfiladero con lisas paredes de roca viva se le puede llamar camino, entonces hay una tercera ruta para cruzar las sierras. Pero nunca nadie ha conseguido flanquear el cerro de Los Angeles arañando los bordes de esta garganta horadada por el violento río Torata. El último resplandor malva del día que termina no alcanza a iluminar la profundidad de un abismo en el que los propios peruanos habían fracasado en 1877. Aquella vez el ejército prefirió mandar tropas desde Puno para sorprender la retaguardia pierolista a seguir perdiendo soldados en el inútil esfuerzo de escalar precipicios para subir a la pampa del Arrastrado. El cavernoso rumor de las aguas pareció hipnotizar al coronel Gamarra. Defendía Quilinquilin con los granaderos cusqueños y la mejor compañía del *Canchis* conservando el resto de esos batallones y al *Canas* como reserva. Debía decidir si mandaba tropas a vigilar este desfiladero. ¿Usted que dice, Chocano? Totalmente innecesario, mi coronel, la experiencia ha demostrado que es imposible subir por ahí. ¡Ni que fuesen moscas! En mi opinión, empezó a decir el coronel Mori-Ortiz. El viejo sacudió impacientemente su diestra. Cuando quiera conocer su opinión estoy seguro de poder pedir-

sela, interrumpió. Volvía grupas. No iba a perder tiempo y recursos cuidando un flanco que la propia naturaleza se encargaba de defender. Ignorando que los soldados chilenos ya han explorado riscos y vaguada y que, con pericia de mineros, lograron trepar en dos horas hasta este mismo paraje por el que ahora regresa el coronel Gamarra, dio por concluida la discusión. Decidirá Chocano si envía rifleros a defender Estuquiña. Urgencias como la proyectada sorpresa para dispersar la caballada enemiga demandan su atención esta noche.

Todos querían bajar con Huacullani a emboscar chilenos en la madrugada del lunes, así que el coronel Chocano sugirió a sus tenientes que se sortearan un sitio.

Ganó Medardo Morante.

Huacullani lo palmeó. Bien, vendrás conmigo. A medianoche abandonaban la montaña. Son cinco kilómetros de ida y cinco cuesta arriba de regreso. Morante había nacido y crecido en Moquegua. Infinitas veces ha recorrido de niño la pampa de Tombolombo. Puede moverse en cualquier dirección por campiña y cerros pisando estrechuras o saltando acequias de memoria. Huacullani ordenaba distribuir sesenta cartuchos por cabeza y doble ración de café y aguadiente. Después del rancho, los dos oficiales se recostaron en una pirca a mascar tabaco y a contemplar el tenebroso vacío frente a la montaña. ¿Y si por un golpe de suerte capturasen al mismísimo General Baquedano? ¿Qué te parece, Huacullani? No seas cojudo, sonrió el montonero, deben tenerlo bien protegido. Nada más atacarán alfalfares para espantar la caballada de los rotos. Sí, claro, todo es posible. Pero la buena suerte seguía de espaldas a la causa peruana. Nunca la casualidad favoreció a sus armas desde el fatídico cuatro de abril de 1879 en que la guerra fue declarada. Huacullani quería volver con sus hombres completos. Quince años de bien ganada reputación de montonero peligraban por la irrupción de chilenos en Ilo cada vez que se había ausentado con su gente.

Nadie parecía respirar en las cornisas de roca que dominan la quebrada de Quilinquilin. El subteniente Macutela llegaba con dos arrieros y cuatro mulas cargadas de munición. El soldado Narciso Arteaga los apuntó con su rifle. Después saludó. Habían llegado a Los Púlpitos con sólo cincuenta cartuchos por cabeza. Antes de que empiece la batalla, el coronel Alvarez, primer jefe del *Canchis*, les enviaba otros cien cartuchos para cada rémington. ¿Cómo

andan por el Arrastrado? De la tenebrura brotó el fornido capitán Tomás González de la Torre, a cuya primera compañía habían encomendado defender lo peor de Quilinquilin. Por allá todo tranquilo. Sólo se oye protestar a algunos refugiados que no quieren abandonar el campamento. Más alto y afuera, en un grueso balcón de roca que asoma sobre el Tumilaca, el teniente Caro y el sargento Tomás Arteaga acechaban el silencio apenas roto por familiares alazos y ululaciones, la caída de uno que otro pedrusco. Ahora, por fin, el oficial detectaba ruidos intrusos, un distante tintinear de cadenas de artillería, algún relincho. Los chilenos se acercan.

Soldado voluntario Brecasin, huérfano artesano a la orden mi coronel. Soldado Juan de Dios Calisaya, montonero pierolista afilando su bayoneta mi coronel. Cabo segundo Benjamín Menacho, chasseur cargado e incontenibles ganas de reventar un chileno mi coronel. Sargento segundo Ulises Postigo, brazos y piernas y completo organismo con rara habilidad para moverse nocturnamente sin un ruido mi coronel. Chocano concluyó de revistar a los veintidós voluntarios. Confiaba a plenitud en Huacullani así que se abrazaron como si sólo fuera hasta más tarde. Vayan ahora a acuchillar centinelas, capturen armamento, echen candela al forraje, dispersen la caballada, tomen prisioneros, vuelvan victoriosos antes del alba. Cubierto con un delgado poncho de vicuña, Huacullani observó el camino que baja a ninguna parte. De una trinchera a un campamento adversario, de un fusil a otro fusil, ha dejado de ser verdaderamente un camino. ¡Calisaya, Postigo! ¡por delante! La cuesta los empuja a saltos por la oscuridad deshabitada. Llegados a la pampa cambiaron de ruta para oblicuarse con pisadas de felpa hacia alfalfares vecinos al Alto de la Villa. Por ahí acaso duerme Baquedano. Morante avanza como si estuviese soñando, presente aunque sin cuerpo verdadero, ingravidamente. Aunque emisarios de Samegua avisarán pronto que se prepara ataque enemigo por Quilinquilin, Huacullani y su tropa avanzan confiados en su pericia lugareña, imaginando a chilenos que duermen arracimados junto a grandes fogatas en la campiña o acuartelados en la ciudad. Calisaya olfateó cierto olor a intimidad humana y a fresco estiércol de caballería. La columna se detuvo.

Con idéntico sigilo se movía fuera de Tombolombo el Batallón *Atacama*, elegido por Baquedano para escalar el desfiladero de Estuquiña y sorprender la retaguardia pe-

ruana. Sólo la caballería chilena permanece inactiva. Las primeras compañías de *padrecitos* llegaban a la encañada y comenzaban la peligrosa ascensión, cuando los hombres de Huacullani se infiltraron entre puestos avanzados y a gachas, casi sin tocar tierra, rodearon el campamento del escuadrón de *Cazadores*. Morante observa los avezados movimientos del teniente coronel Jiménez. Culebreaba entre pircas, veía antes que otros. Sin decir palabra señaló a un centinela que va y viene sin imaginar peligro. Causaya se le aventó encima. Un leve gemido anuncio que lo había degollado. Pero en algún lugar de la noche se oyeron inoportunos disparos y los *Cazadores*, se inquietaron, irrumpió un coronel ordenando ensillar. Las dos y cinco de la mañana. ¡Viva el Perú! ¡Muera Chile! Huacullani disparó su rifle tumbando a un sargento chileno. Una descarga cerrada derribó a otros cinco enemigos. Los nacionales fusilaban a los *Cazadores* entre pircas y bajo las patas de los caballos. En calzoncillos corren jinetes a tomar sus armas y a responder el tiroteo. El breve furibundo combate a sus espaldas desordenó a los infantes en la retaguardia del *Atacama*. Marchaban a sorprender a los peruanos y la sorpresa se producía en su propio campamento. Una compañía de *padrecitos* cargó por la oscuridad. Tampoco ahora encontraron a Huacullani. Diez bestias perneaban perforadas a tiros en el potrero cuando el teniente Morante emprendió el regreso a Los Angeles. Les habían matado a un moqueguano y Postigo tenía una herida de bala en el rostro. El teniente quiere recordar y no recuerda el combate. Nada más se repite en su cabeza la visión de sombras que brincan a parapetarse en pircas opuestas, el fuego graneado de ciento cincuenta carabinas chilenas sofocando a las cornetas que tocan ataque. Ahora Tombolombo transmitió una trepidación de pisadas numerosas. Imaginándose a punto de ser acorralado por fuerzas superiores, Huacullani apuraba el andar de los suyos. Ya en la cuesta, sonrió sintiéndose vencedor de tan minúscula batalla. No miró a su izquierda o habría podido descubrir a los últimos hombres del *Atacama* entrando al desfiladero de Estuquiña.

Después de usar su tiempo en auxiliar a los refugiados que suben a Yacango, el teniente coronel Martín Alvarez desmontó en el inhóspito campamento del Batallón *Canchis*. Se siente puesto de lado, objeto de suspicacias políticas y desconfianza profesional. No es pierolista, tampoco paisano de reciente uniforme con galones de mando. La arbi-

traría destitución del coronel Francisco Luna, su antiguo superior, simplemente por sospechársele más amigo del General Prado que partidario del Dictador, había confundido al jefe del *Canchis*. . . De protestar, había protestado aunque cuidándose de no hacerlo frente a oficiales subalternos. Luna había organizado, armado y pertrechado a la División *Cusco*, trayéndola a pie a través de la cordillera para ponerse a órdenes de Montero en Tacna. Y así le pagaban: más que menos echándolo de filas. No era pues de extrañar que el viejo Gamarra desconfiara de los lugartenientes cusqueños y, no importa la excelente foja de servicios militares de Alvarez, lo confinó a retaguardia sólo prestando oídos a los entusiastas consejos del coronel Chocano. En la última junta de jefes convocada por Gamarra antes de abandonar Moquegua, Alvarez soportó ásperos comentarios de su nuevo jefe y cuando pretendió sostener sus puntos de vista, el viejo lo hizo quedar como un charlatán, muy bien, hable usted todo lo que quiera, el coronel Gamarra prefería callar sin ganas de oír tontas opiniones. Ya en las montañas, lo mandaron a vivaquear en la pampa del Arrastrado. Corresponde a los *Granaderos del Cusco*, jinetes de infantería mientras no consigan caballos y monturas, defender Quilinquilin hasta mañana. Unas horas atrás, el jefe de día ordenó que el *Canchis* pusiera su mejor y más fuerte compañía a órdenes del coronel Simón Barrionuevo, jefe de Estado Mayor. No tardó Alvarez en averiguar que Barrionuevo también está relegado a la mitad de su mando verdadero, pues Chocano se entendía directamente con el viejo. En medio de esas intrigas, Alvarez no obtuvo permiso para enviar cincuenta hombres, hasta ahora ociosos, a vigilar el cercano desfiladero de Estuquiña. Nada más hubiesen tenido que caminar medio kilómetro. ¡Contráigase a cumplir sus órdenes! —fue la avinagrada respuesta del viejo. Si fuera necesario poner tropas en Estuquiña, ¿cree usted que no se habría ordenado oportunamente? La oscuridad se diluía despacio sobre las tropas que dormitan en la pampa. Las cuatro y cuarto de la mañana. Entonces retumbó la artillería enemiga.

El General Baquedano en persona dirigía el ataque frontal por la ruta de Los Angeles. Doce cañones Krupp emplazados en el Alto de la Villa y novecientos infantes del Batallón *Bulnes* y del Regimiento *Santiago* atacaban por ese lado. Pronto sus certeros cañonazos remecieron la montaña inexpugnable, triturando pircas y deshaciendo trincheras. Mientras llega el coronel Chocano, asumió el mando

el teniente coronel Martín de la Flor. Sucesivas guerrillas chilenas cargaban por Tombolombo aprovechando la momentánea confusión causada por las descargas de artillería. Huacullani se equilibra sobre las pircas animando a los suyos. ¡Afinen la puntería cabrones! ¡Fuego a discreción! También de la Flor trepó a las pircas, saajando la penumbra del amanecer con su espada. ¡Viva el Perú! ¡viva Moquegua carajo! La enfurecida crepitación de la rifletería peruana pudo más que el bombardeo enemigo. Arriba abajo y de mampuesto, los balazos nacionales clavaron en la pampa a los atacantes. Al crecer la pálida luz diurna, de la Flor entregó el mando a Chocano y corrió a reforzar a los tiradores que defienden el camino. Vio cuerpos en posición de muerte, chilenos que se esconden entre las peñas en fila de a uno, que ni siquiera disparan.

A Quilinquilin llegaban tarde. Sólo media hora después de iniciado el ataque por Los Angeles, la columna chilena del coronel Mauricio Muñoz pudo emprender la ofensiva. Atacaba con sus mejores fuerzas: el veterano 2º de Línea, nueve compañías del Regimiento *Santiago*, dos escuadrones de caballería y seis cañones franceses de montaña. Los dejaron entrar cien metros en la quebrada. Después retumbó la fusilería desde Los Púlpitos. Un espeso humo de pólvora llenó la hondonada. Aumentadas por el eco, las explosiones sacudían la mañana. El coronel Martín Álvarez picó espuelas cuando vio pasar a Gamarra rumbo a Quilinquilin. Pido permiso para atacar, mi coronel. No era necesario, señor Álvarez, véalo usted mismo: encabritadas bestias desmontan a los *Cazadores* enemigos antes de que puedan lanzarse a la carga. Rodaban malheridos chilenos hasta el torrente del Tumilaca. Si sopla el viento aclarando a trechos la turbia atmósfera de la quebrada, veían cadáveres y agonizantes, también tropas espantadas por el ventarrón inaguantable que sopla desde las montañas echándolos abajo. Los del 2º de Línea no podían desplegar compañías y combatir sin que certeras descargas los desangraran. En Los Púlpitos, el sargento Arteaga carga, apunta, dispara, metódicamente consume toda la munición. ¡Quedan veinte cartuchos, mi capitán! A saltos por las cornisas ahora fusiladas desde el Tumilaca por mil quinientos rifles de la retaguardia chilena, el subteniente Macutela emprendió el regreso a retaguardia. Ya los arrieros llegaban con parque de refresco. Los granaderos cusqueños llevaban la peor parte del combate. Ha muerto su jefe el mayor García. ¡Vamos ganando! Sonríe prema-

turamente el coronel Gamarra, se frota las manos: igual que en Tombolombo, aquí los adversarios no pueden avanzar ni escapar de la trampa.

El estruendo de la batalla por empinados desfiladeros distraía a las tropas estacionadas en el Arrastrado. Nadie imagina que seiscientos soldados del aguerrido *Atacama* casi terminan de trepar el abismo de Estuquiña. Morral y rifle a la espalda, destrozadas sus levitas negras a las que deben el eclesiástico mote de *padrecitos*, subían clavando bayonetas en hendiduras o equilibrándose, con pericia de antiguos mineros, por repisas de piedra que apenas alcanzan a sostener a un hombre por vez. Ascendían silenciosamente desde hace cinco horas, sin que ninguno hubiera resbalado a romperse contra las rocas del fondo, a la vez victoriosos y sorprendidos de que no haya peruanos vigilando la cresta. Veinte tiradores habrían bastado para despeñar y aniquilar a este batallón al que encomiendan las más duras tareas de la guerra. Atrás la noche, lo peor del abismo, los *padrecitos* se amontonan todavía invisibles en lo alto de Los Angeles. Ordena su coronel Juan Martínez que las últimas compañías en llegar ataquen a la reserva peruana en el Arrastrado, con cuatrocientos veteranos irrumpió en la batalla a retaguardia de los *Invenibles de Grau*.

—¡Viva Chile mieeerda!

El aullido a sus espaldas, la mortífera cerrada descarga de fusilería confundió el ala derecha de los defensores. Espantados paisanos empujaban a los soldados que intentan volverse a disparar, ahora desde inferiores posiciones que el *Atacama* domina cómodamente.

—¡Viva el Perú carajo! —respondió Huacullani saltando con su rifle pircas arriba.

Parecía volar cuesta arriba con su gran poncho flotando por la mañana. El teniente Morante ordenó a su compañía arriba y a la bayoneta. Cornetas peruanas y chilenas se mezclaban en lo alto de la montaña. Veinte treinta soldados siguieron a los dos oficiales. Una andanada de granadas chilenas deshacía pircas detrás suyo. Morante trepa más ligero que Huacullani, poseído de un salvaje furor se avienta contra la primera fila de chilenos. Aquella misma descarga que perforó cuatro veces el poncho de Huacullani sin tocar su cuerpo, deshizo al teniente. Rodó dando botes hasta la última trinchera. Huacullani miró en derredor suyo descubriéndose solo. Derribadas o en fuga, sus tropas habían desaparecido. Sabiéndose perdido,

Chocano ordena tocar retirada. Huacullani se peñaba expertamente mientras los peruanos resisten entre las pircas la carga a la bayoneta con que los *padrecitos* se adueñaron de Los Angeles.

—¡Chilenos, señor, vienen por arriba! —jadeó un arriero arequipeño acercándose al galope al coronel Gamarra.

—¡Póngase sobre las armas! —gritó el viejo al coronel Martín Alvarez.

La fusilería chilena arrasaba el flanco de los peruanos en la pampa del Arrastrado. Por la zigzagueante ruta de Los Angeles al fin libre, acometió a bayoneta calada el Batallón *Buñes* y trescientos soldados del *Santiago*. El viejo comprendió que sólo tiene unos minutos para salvar lo que queda de su división.

En las cornisas de Los Púlpitos sólo descubrieron que habían quedado solos en la batalla cuando la fusilería del *Buñes* y *Atacama* los acribilló de flanco. Malherido el capitán González de la Torre. Muerto el teniente Caro. Deshecho el vientre del soldado Narciso Arteaga. Las cornisas chorreaban sangre. El subteniente Macutela y el sargento Tomás Arteaga se arrastran entre destripados, boqueantes camaradas. Noventiocho quedaban muertos o se retuercen baleados por incesantes sañudas descargas chilenas. Arteaga contempló a su hermano Narciso sin vida. Silenciosamente recogió su rémington y con dos rifles a la espalda siguió al pálido subteniente que aprovecha el júbilo enemigo para deslizarse hasta el otro extremo de Los Púlpitos y correr, montar de un salto las mulas de también muertos arrieros y galopar hacia la Pampa del Arrastrado mientras nuevos disparos lo buscan infructuosamente. Vio rebaños de moqueguanos, también mujeres y niños acorralados por la tropa enemiga. Vio cadáveres amontonados en la ruta de Los Angeles. Vio la pampa copada por los chilenos. Siguió galopando hasta Yacango.

Desensillan caballos en el cuartel general del Primer Ejército del Sur en Tacna, agotados ordenanzas se tumban a descansar sobre el forraje, los centinelas más bien se apoyan en sus rifles de rato en rato mirando la tienda del General Montero. Se le escucha pasear en derredor de una mesa cubierta de mapas. A veces habla a solas, con un murmullo. A nadie verdaderamente importa que el General se desdoble en Lizardo y en Montero o en general de brigada y en contralmirante y que así alivie la extrema soledad de su alto rango. El rostro amarillento se anima

entonces con la memoria de las mejores momentos de su vida. Héroe antes de tiempo, parecía haber consumido su extraordinario vigor cuando ni siquiera sospechaba el tamaño de la hora más difícil. Como si descubriese que la idea que tiene de Montero es demasiado grande para ocuparla con su propia persona, exhaló un quejido. No expresó dolor ni pena. Tampoco miedo. Hubiese preferido mugir violentamente, atravesar chacras y viñedos con su voz más espantosa. Un definitivo cansancio opaca sus ojos, aploma sus movimientos. Bostezó una y otra vez, siempre más bostezo y menos vigilia, hasta que no pudo cerrar las mandíbulas y lágrimas de fatiga surcaron su rostro. No supo si se había dormido o si quedó hipnotizado por la titubeante luz del lamparín de kerosene. ¿Dónde estaba verdaderamente el poder? Porque ni él, con todos sus entorchados y medallas puede contradecir la marcha adversa de las cosas, ni hay nadie en el país que sea verdaderamente superior al general-almirante. Hasta Piérola, que es máximo caudillo y comandante supremo en la cúspide limeña, valía dos centavos visto desde aquí, desde el frente de guerra. Absorto en la luz que disminuye, su memoria intenta reconocer la esencia misma del poder. Poder en vano el suyo, que nada puede. Vencedor de montoneras políticas, jefe de crujientes baterías flotantes en el Callao, guerrero de pequeñas batallas y sin embargo benemérito, héroe nacional, ¿cuál es el poder que sostiene sus charreteras o que es posible reconocer en el tono de su voz? A solas con Montero, esta noche tampoco vale más de dos centavos. Había ordenado retener la *Unión* en Arica, que fondeara al abrigo de los fuertes y del viejo *Manco Cápac*. No creía a Villavicencio capaz de burlar a la escuadra enemiga. El coronel de la Torre ignoró órdenes transmitidas personalmente por un ayudante del General y dio permiso para que la corbeta zarpara. La verdad, habrían tenido que tomar preso a Villavicencio para impedirle arrancar a toda máquina. Ha de haber llegado al Callao, porque los enemigos no festejaron su captura o hundimiento. Aunque se había equivocado respecto de las habilidades de Villavicencio, el General fulminó a de la Torre destituyéndolo de la Jefatura del Estado Mayor. Tantos meses su hombre de confianza y para qué. ¿Para pasarse a la verdad contraria? En su lugar nombró al coronel Manuel Velarde, recién llegado del norte donde inapelables órdenes de la Dictadura lo privaron del mando de la División *Cusco* y de las fuerzas moqueguanas justo cuando desembarcaban chile-

nos en Pacocha. Varios caballos llegaban al trote. Montero siguió inmóvil, con la mirada puesta en la luz mortecina. ¡Mi General, malas noticias mi General! La voz del coronel Velarde tampoco lo despertó. Fue preciso que sus subalternos lo sacudieran suavemente. ¿Qué ocurre, Manuel? Baquedano tomó Los Angeles por asalto. Mascullando que es imposible, Montero recuperó su estatura.

—¿Los Angeles?

—Que pase el oficial —ordenó Velarde.

Con el uniforme deshecho, doblado por la fatiga, Macutela entró a la tienda del General.

—¿Usted viene de Moquegua?

—Subteniente Elías Macutela, primera compañía del Batallón *Canchis*, señor.

—¿Cómo así tomaron Los Angeles? —Montero se resistía a creer.

—El Batallón *Atacama* consiguió subir por el río Torata, mi General. Nos tomaron por la espalda.

—¿Nadie vigilaba?

—No, señor.

Montero intercambió una taciturna mirada con los jefes tacneños.

—¿Y usted, subteniente?

—Salvamos dos de mi compañía, señor. Fuímos rodeados en un sitio que se llama Los Púlpitos. Pude escapar por Candarave y Locumba, mi General —a pesar suyo, Macutela lloró de rabia. Todos sus camaradas muertos o prisioneros. Secó su rostro agrietado por el sol de los desiertos moqueguanos. Apenas podía sostenerse en su mula cuando llegó a las líneas peruanas en Sama—. Usted disculpe, señor.

—Está bien, subteniente, comprendo —se entibió la voz de Montero—. Manuel, que le den alojamiento y buena comida.

—Lo peor es que estábamos ganando la batalla, señor —gimió Macutela.

Montero prefirió callar.

Inolvidable banquete en Chorrillos

En menos de tres meses, la Dictadura cambiaba de moneda nacional por segunda vez. Mientras desanuda,

vuelve a anudar el blanco corbatín del frac, el señor Derteano calcula cómo se verán afectados sus importantes intereses financieros, menea la cabeza, resopla, habrá que defenderse con astucia y no abandonando el país y liquidando negocios como hasta ahora hicieron Ruden o los Meiggs, que ya tienden ferrocarriles en Costa Rica, o como parece que pronto hará la Casa Grace. La verdad, Piérola había fracasado al implantar la esterlina el 14 de enero. Ni libras de oro, ni relucientes chelines se pusieron en circulación gracias al decreto. Nada más se obligó a bancos y a particulares a efectuar negocios traduciendo soles en billetes a esterlinas ficticias y, cuando el papel moneda se desplomó a ocho peniques en algo más de treinta días, ese decreto sirvió para perseguir a quienes no acataban el cambio oficial de doce peniques. Ahora establecía la Dictadura una nueva moneda: el Inca. No de papel sino de oro acuñado con la inscripción *prosperidad y poder para la justicia*, el Inca debía dividirse en cinco pesetas, cada peseta en dos reales y cada real en dos medios, todos de plata. Habría además monedas de cobre de uno y dos centavos. Comparable en valor a la esterlina británica, por ahora el Inca existía sólo en la imaginación de Su Excelencia y del Secretario de Hacienda Barinaga. No importa que la Dictadura mandase acuñar Incas o pesetas, sabe el banquero Derteano que no hay oro y plata y ni siquiera cobre para cumplir orden semejante. Como el supremo gobierno no podía ignorar que sin metal no hay monedas, seguirán circulando viejos billetes de toda clase, fiscales y emitidos por bancos particulares y hasta por la Compañía de Obras Públicas y Fomento del difunto Henry Meiggs. Inspecciona su tiesa pchera cerrada por una espléndida perla rosagris de los Mares del Sur, se sienta en la poltrona estirando los pies que un silencioso sirviente viste con calcetines de seda negra y calza luego con espejeantes zapatos de charol. Todo anda de mal en peor, hubiese querido explicar bruscamente el señor Derteano a su inferior asalariado. La reciente invasión de Moquegua, la paralización de importantes exportaciones de guano y salitre, la bancarrota peruana en Europa, el pleito entre los acreedores de Londres contra París o, era lo mismo, entre partidarios de la *Peruvian Guano* y de *Dreyfus-Société Générale*, todo ese desastre político y económico hundía a los limeños en un aburrimiento nunca antes conocido. El Prefecto de Lima había tenido que multar severamente a una docena de usureros y las casas de préstamo, atiborradas de chafalonería, relojes, máquinas de

coser o minúsculas joyas, cerraban sus puertas porque resulta mal negocio prestar billetes que hoy valen diez y mañana nueve peniques. También los cambistas dejaban el país. El primero en abandonar Lima es *herr* Jacoby, opulento representante de los intereses de Rothschild, que se despidió hoy con un concurrido almuerzo luego de catorce años en el Perú.

El sirviente se había apartado a un rincón de la recámara por cuyas ventanas abiertas podía verse la bahía de Chorrillos apenas iluminada por un remoto y diminuto resplandor rojizo. Inmóvil en la butaca, Derteano repasaba el rostro del Dictador durante su última entrevista en el palacio. Seis banqueros fueron admitidos al despacho de Su Excelencia para exponer su contrariedad por el decreto que los forzaba a devolver al Estado y en plata contante el monto de sus emisiones de billetes. Porque el Banco Nacional era en gran parte propiedad de la Casa Dreyfus Frères y porque había apoyado siempre las ideas económicas de Piérola, los banqueros encomendaron a Derteano que sustentara su petición de derogar el decreto. Así que habló durante media hora, sin apartar sus ojos de la mirada de Su Excelencia, vivamente atraído por ese hombre a la vez pequeño y poderoso que se negaba a parpadear. Murmuran los limeños que Piérola se dibujaba sus propios uniformes. Desde que Derteano lo recuerda dedicado al negocio de productos de farmacia y tocador, el ahora Jefe Supremo fue siempre personaje de puntillosa elegancia. Aquel día, sin embargo, Su Excelencia llevaba puestas ropas civiles y sobrias. Reunió las puntas de los dedos cuando Derteano terminó su exposición y tras un corto y muy efectivo silencio, replicó que no podía reputarse dueño de la verdad, ofreciendo consagrarse al estudio de los argumentos expuestos a nombre de los bancos de Lima. Ahora miraba de uno en uno a los otros banqueros y Derteano podía observarlo con entera libertad. Dijo Piérola que nada más lo inspira un sentimiento de justicia y ofreció derogar el decreto o modificarlo si es que su Gobierno efectivamente había incurrido en error. Tras la amabilísima reunión con Su Excelencia, Derteano y Correa y Santiago fueron a visitar al Secretario Barinaga, obteniendo que en caso de sobrevivir el decreto, se le aplicara antes al Banco del Perú, propiedad de civilistas enemigos del Gobierno, y se dilatara la transacción con el Banco Nacional que recién empieza a reponerse de las crisis sufrida en 1879. También la Sociedad de Agricultura había llegado a un acuerdo

con la Dictadura. Dueño de la gran hacienda Puente e importante exportador de azúcar, Derteano dio todo su apoyo a Juan P. Gallagher para vender letras contra Londres al tipo de 12 peniques. Piérola y Barinaga aceptaron que los azucareros repartieran sus letras directamente entre los importadores, absteniéndose el Gobierno de asumir el control de transacciones privadas o de estancar el azúcar. Más importante aún, la Dictadura convino que los exportadores guardaran para sí hasta la mitad de sus letras contra Europa y suspendió el cobro del recargo extraordinario de ocho soles cincuenta centavos por quintal exportado de azúcar blanca.

Perfumó y polveó su rostro, permitió que lo enfundaran en la chaqueta del frac y sin olvidar que pese a las letras que de inmediato vendieron a 12 peniques, el cambio sólo mejoró a diez para caer pronto a nueve peniques, Derteano abandonó el vestidor, atravesó la alcoba y se detuvo brevemente junto a una ventana. Burbujeaba una festiva multitud que contempla el rancho decorado con guirnaldas, trofeos, laureles y banderas. Aún más brillante que de costumbre, adornan su fachada linternas con cristales rojos y ambarinos y nuevos grandes globos de gas. Patio, comedores y jardines estaban iluminados por un centenar de lámparas de la China. Había llegado por fin la noche del gran banquete chorrillano en honor del héroe Villavicencio. Rápidamente la prensa al servicio de la Dictadura elevaba al marino hasta colocar su hazaña por encima de la memoria de Angamos. Desde la cima del balneario, el banquero contempló no una multitud menesterosa sino a yentes y vinientes adineradas señoras no admitidas a una reunión exclusivamente de varones, veraneantes contagiados de una súbita felicidad, caballeros a quienes no ha invitado pero que igual se acercan como si se tratara de una alta celebración de estado. La rechoncha silueta silenciosa fue descubierta en la ventana y subió un aplauso. Quienes no participarán del banquete batían palmas y hasta vitoreaban al hombre más rico del país. Derteano agradeció saludando con la diestra a sus vecinos y a los curiosos llegados en tren desde Lima.

La señora Derteano inspeccionó por última vez altas copas de veneciano cristal de Salviati, liviana vajilla de Chantilly, candelabros de plata labrados por Henry Auguste, los exclusivos treintiséis cubiertos sobre un inmenso encaje de Bruselas. Un vaho de rosas que empiezan a abrir su pétalos colmaba el comedor, al que una adecuada ven-

tilación aislaba de olores casi a punto en la cocina. La poetisa Carolina Freire de Jaimes se extasió contemplando la gran mesa de cuatro cabeceras y antes de que llegaran los más puntuales invitados, insistió en mirar jardín y patio, a cuya opulenta verdura de helechos, rosales y palmeras enanas, el buen gusto del banquero había añadido inmensos arreglos florales traídos de la Hacienda Villa y de aún más lejos, desde huertas y conventos de Abajo el Puente. En el mismo tren expreso fletado por Derteano a las cuatro de la tarde para transportar flores recién cortadas, habían llegado veinte escogidos mayordomos uniformados con idénticas libreas. La poetisa, que ha escrito una semblanza del nuevo héroe para la primera plana de "La Patria" sin olvidar que el jefe de la *Unión* desciende del excelentísimo Felipe Villavicencio, Capitán General de la Escuadra de Su Majestad Católica que perseguía perniciosas ideas emancipadoras desde Panamá hasta el Estrecho hace cien años, saludó con leves gritos de admiración el magnífico arreglo de los salones. Después se evaporó a la casi invisible terraza próxima al mirador, donde las más íntimas amigas de la familia disfrutarán del banquete como en una holgada trastienda. No tan audaz y desprejuiciada como Mercedes Cabello a cuyas tertulias acuden liberales y más peligrosos socialistas, Carolina era escuchada por conservadoras matronas mientras resume el milagro que debe atribuirse a tan refinado merlín como el señor Derteano, porque la guerra había arruinado el desenvuelto y poderoso altivo espíritu chorrillano. Por fin una victoria, una fiesta. Suavemente la orquesta de cuarenta profesores dirigida por el propio maestro Rebagliati afinaba sus instrumentos. En plena guerra, en lo más hondo de una crisis que hoy parece artificial, Derteano ofrecía el más suntuoso banquete en la historia de la república, porque no podía compararse la multitudinaria comilona con que mister Meiggs inauguró el ferrocarril trasandino del sur a esta íntima cita de majestades. La fiesta, la esperada primera victoria de 1880, había devuelto su animación al balneario. No importa que dentro de una semana termine la temporada, de nuevo se abrieron ranchos, relucieron lámparas de gas como antes, como debe ser. Los treinticinco invitados de Derteano no sólo asistirán a un banquete, también dormirán esta noche en sus casas chorrillanas. Volvían a encontrarse los sobrevivientes de la república esplendorosa. Ya es tiempo de que se enteren los chilenos: aquí nadie va a rendirse.

A la manera de una bien sincronizada operación mili-

tar, los invitados de frac o uniforme de gala llegaron al rancho entre un cuarto y cinco para las siete de la noche. Ferozes adversarios periodísticos, Aramburú de "La Opinión Nacional" y Jaimes de "La Patria" coincidieron en la puerta y, como si se tratara de una reconciliación nacional, se apretaron diestras efusivamente. El plenipotenciario de Bolivia Zoilo Flores cuchicheaba del brazo con su antiguo aliado, el ex-canciller Irigoyen, informando que es verdad, que don Hilarión Daza partió del Perú con sesenta mil esterlinas y que su destino es París, que usted comprenda mi querido amigo que no podían meterlo preso y mucho menos devolverlo encadenado a Tacna para que Camacho lo hiciera fusilar. Don Pedro Correa y Santiago, en cuyo rancho se ha hospedado el coronel Isaac Recabarren, acompaña al héroe de Pisagua y Tarapacá. El amistoso ministro plenipotenciario del Uruguay escucha el relato de dos oficiales de la *Unión* que han sido invitados por deferencia al nuevo héroe. A cinco para las siete apareció el Secretario de Marina Manuel Villar, escoltado por el capitán de corbeta Pedro Gárezon, último jefe del *Huáscar* en Angamos y dos vocales de la Corte Suprema. Derteano contó a los presentes: treinticinco. Entonces despachó un emisario al ranchito de segunda fila donde acostumbra veranear el capitán de navío Manuel A. Villavicencio. Todos han llegado. Puede ya acudir Su Señoría.

A las siete en punto un largo aplauso estremeció el malecón. Con uniforme de gala, el héroe caminó con tiesa aunque amable disposición los cien metros que lo separaban del banquete. Agradece el homenaje callejero y el abrazo que ofrece Derteano en la entrada del palacete. Tan excesivo esplendor confundió fugazmente al señor Villavicencio. Por un instante padeció de algo así como un mareo de tierra. Saludó ceremoniosamente al anciano héroe Villar que a su vez lo abraza, repite que usted comandante ha cumplido una hazaña inigualable, no duda que pasará a la historia como el mejor marino que hemos tenido los peruanos, y así, flanqueado por el presidente del Banco Nacional y por el Secretario de Marina, entró al salón donde también creció el aplauso. Entonces, como si se hubiera descorrido un telón, invisibles sirvientes abrieron puertas y en aquella terraza interior por la que se desbordan raros helechos azules, la orquesta del Teatro Principal emprendió el Himno del Perú.

Todo ha de cumplirse puntualmente para que no se desinfe el *soufflé* de sesos. Hace tres días que *monsieur*

León abandonó el Hotel de Francia e Inglaterra para concentrarse en el banquete del siglo. Posiblemente nunca nadie en el Perú se haya siquiera aproximado a la sapiencia culinaria de este francés que rueda por el mundo desde hace treinta años y en cuya mirada se encharca a ratos una tristeza inconsolable. Marmitón parisino, había emigrado joven a Nueva York para doctorarse en guisos bajo la insignie conducción de Lorenzo Delmónico. Auxilió a cocinar el banquete servido a Abraham Lincoln la víspera de estallar la Guerra de Secesión y, ya ascendido a *chef*, secundó al propio Delmónico en la invención de la langosta a la Wenberg, así llamada en honor de un magnate naviero y después rebautizada como langosta a la Newburg cuando una mala borrachera empujó a mister Wenberg a un pugilato dentro del famoso restaurant de la Quinta Avenida. Como muchos de los cocineros formados en la escuela del suizo Delmónico, *monsieur* León viajó a California y en 1870 dirigió la importante cocina de la *Maison Dorée* en San Francisco. Pero el amor por una joven prostituta de Nueva Orleans arruinó la correcta existencia de León. Decían que cinco años vivió borracho en los muelles de San Francisco, que en una reyerta de vagos le hundieron un puñal en la espalda, que trabajó de cocinero en buques de mala reputación y en burdeles del Caribe. O se trataba de habladorías o había recuperado el pulso de cirujano y su formidable olfato de artista cuando llegó a Lima a encargarse del remodelado Gran Hotel de Francia e Inglaterra. Derteano expuso claramente sus deseos: quería lo mejor, nada debía empequeñecer el homenaje. Juntos visitaron los sótanos limeños donde el banquero atesora casi cinco mil botellas que no había alcanzado a beber durante treinta años de bien ganada fama de anfitrión. Amargado por la falta de seriedad de comerciantes que importaban al Perú vinos famosos pero de las peores cosechas, *monsieur* León sintió perdurable respeto hacia Derteano. Sin embargo descartó una provisión de *Château Lafite*, que debía su fama a la Pompadour que lo bebía a diario, y recorrió infinitas botellas de burdeos hasta reconocer entre sonrisas un menos célebre *Château Ausone* cosechado en el remoto formidable año de 1798, de los mismos viñedos sembrados quince siglos atrás en tiempos del Emperador Graciano. Veintidós preciosas botellas que el banquero recuerda haber comprado al rico español Sagastabeitia viajaron con mullida delicadeza al rancho chorrillano. *Monsieur* León sorprendió al anfitrión prefiriendo un blanco vino de Anjou, un *Saint-*

Aubin-de-Laigne 1834, a los más caros burdeos. Guardó su secreto el francés, a la espera de que tan delicado brebaje de Lyon, el mejor de cuantos ofreciera el planeta en los dos últimos siglos, tocara el paladar de los comensales. Tan pronto se escuchó el Himno, Leon ordenó descorchar la borgoña y sumergir la champaña en grandes bateas de hielo machacado con sal gruesa. Más temprano había decantado el anciano burdeos. Aprobó el áspic de ecuatorianas langostas viajadas en vida a bordo del último vapor inglés, olfateó la fresquísima fragancia de una ensalada de melón al kirsch y contó los minutos que faltaban para activar el *soufflé*.

Bebían punch con frutas tropicales, frío jerez, chispeantes dosis de *Pommery*. Tenía Chile mucho enemigo por delante, sonríe confiado don Zoilo y Derteano asiente, de reojo vigila la actividad de numerosos mayordomos. En efecto, con el General Campero pronto al mando de los aliados en el sur y con los esperados refuerzos que saldrán del Altiplano, ya verán ustedes señorías como esos rotos mordían el polvo. Salud, salud. Además, gracias a la valerosa hazaña del señor Villavicencio, han de haber llegado importantes armamentos y petrechos a Arica. Tose el Secretario Villar y su achacosa garganta distrajo al doctor García Calderón de elucubraciones estratégicas sobre la utilidad de nuevas ametralladoras para sostener nuestras líneas en Tacna.

Las puertas del comedor se abrieron a las siete y cuarto y con un murmullo los treintiséis comensales se acomodaron en la mesa. Admiraban la réplica de la *Unión* hecha en mazapán tal como la imaginara Derteano cuando decidió ofrecer este banquete. Las monjas de San Andrés habían agregado un almendrado Villavicencio en miniatura al pie del puente. El héroe rió complacido. Derteano, Villar, Gárezon y un vocal supremo ocuparon las cabeceras. Refrescados por la entrada de melón al kirsch, inauguró el banquete el áspic de langosta pronto seguido por una veraniega sopa fría de palta y leche agria que *monsieur* Leon estrenaba esa noche. El delicado vino de Anjou extasió al propio Derteano, arrancó voces de rotunda aprobación al experto ex-Canciller Irigoyen, un encendido homenaje de don Zoilo. La verdad, provocaba aplaudir mi querido señor Derteano, el periodista Aramburú vacía dos, tres copas de ese vino extraordinario, a la salud de nuestra gloriosa Marina de Guerra y a la memoria del Almirante Miguel Grau, nuestro héroe y llorado amigo. Villavicencio se in-

corporó y todos lo imitaron. Caballeros, por Miguel Grau. Como una sombra golpeó los candelabros. Peligraba el *soufflé* ya servido mientras los comensales guardan un minuto de silencio. *Monsieur* Leon se consoló haciendo buches con el vino de Anjou. Ah, perfecto. *Elégant, délicieux!* Evocó una cosecha 1811 del *Ancien domain du Dr. Bernard*, también de Anjou, que tuvo la buena fortuna de catar cuando administraba la *Maison Dorée* en California y, algo consternado porque inoportunos brindis propician el desinflamiento del *soufflé*, ordenó servir más robusto borgoña blanco a la vez que cambiar vajilla. Expertamente van y vienen mayordomos con fuentes ya decoradas por cuatro chefs y una docena de marmitones. Respira hondo García Calderón, hunde cubiertos hasta penetrar suavemente una intacta corvina al horno en verdad rellena de pulpa de cangrejo y camarones en los que se adivina una fragancia de jerez. Tras el pollo a la Maintenon y nuevos brindis por el *Huáscar* que debíamos recobrar tan pronto Chile estuviese de rodillas y a la salud de Gárezon y también del segundo jefe de la *Unión* que agradece con modestas palabras, luego de ingurgitar un pato con pasas de Corinto al que acompañan novedosos delicados buñuelos de camote impregnados de mandarina, mientras lavan sus paladares con el aterciopelado casi centenario *Château Ausone* personalmente decantado por *monsieur* Leon y el recuerdo de tantos y sorprendentes sabores esparce un bienestar pronto inflamado por esa cosecha más antigua que la república, comprendió Derteano que es verdad, hoy preside el más importante banquete jamás servido en el Perú. Franca-mente, Dionisio, el ex-Canciller Irigoyen no encuentra palabras, de todo corazón te felicito, y alza la copa, brinda, bebe y ya achispado por las emanaciones del anciano burdeos piensa que todo esto peligra, la admirable cultura de una ciudad que fue más importante que Sevilla o Toledo y desde luego superior a miserables presidios chilenos. Caballeros, a la salud de don Nicolás de Piérola. Salud, salud. Otra vez de pie, liquidaron esa cosecha irrepetible. Retirados los platos con tournedos al champagne a medio devorar, explica Oyague que es imposible ocultar el peligro inminente de un bloqueo chileno en el Callao, ya los propietarios extranjeros integraban una asociación para demandar respeto a sus negocios, nadie ignora que la guarnición de Lima está alerta, que hay divisiones listas para marchar en quince minutos. Servían *Romanée Conti* color rubí en las más altas copas venecianas. Año 1865, excep-

tionelle —susurró Derteano a Villavicencio que está a su derecha. La *Unión* no volverá a zarpar. Han de repararla y la escuadra enemiga seguramente se aproxime a la bahía, acaso estuviese merodeando por allí, a unas millas frente a estas ventanas. Pero no pueden llevarla a otro puerto nacional, sólo el Callao está fortificado y cuenta con dique y factorías y grandes depósitos de carbón. Villavicencio estuvo cerca de admitir que para su buque la guerra ha terminado. Frente a los blindados enemigos y sin refugio posible, no podrán apartarse de los castillos chalacos y esperar, nada más esperar. Daban las nueve. Entraron mayordomos con la creación final de *monsieur* Leon y Derteano parpadeó intentando reconocer esa sorpresa añadida al menú que él había aprobado. Dos días ablandó y perfumó el francés esos filetes de jabalí encargado a través de la *Pacific* a un proveedor de Guayaquil. Le decían sajino y a semejanza de un guiso que Alejandro Dumas aseguraba haber probado en Turquía, *monsieur* Leon combinó carne tan robusta con un suave puré de castañas. Refrescaba la noche de finales de marzo y golpes de viento disolvieron el momentáneo bochorno de abotagados comensales que ahora prefieren sorbos de digestiva Vichy al incesante fluir de la borgoña. Más bien apoltronado en la cabecera, Derteano recordó la comilona con que despidieron a Miguel Grau en 1879. Aquel remoto día de julio todavía esperaban vencer. Aunque los violinistas del Teatro Principal llenen de música el patio espesamente perfumado a jazmín y madreSelva y los comensales hayan agotado noventa botellas de vino, esto no era una fiesta. Acaso despedían una manera de vivir. Nunca más nada igual, nunca. Entonces se incorporó y golpeando su copa con una cucharita miró a los ojos uno por uno a sus amigos. ¿Esto es la Patria? También Dionisio Derteano emergía desde un pozo colmado de culpas. ¿No habían usado su Banco Nacional del Perú para girar fondos nada menos que a Valparaíso, a la orden del prestamista Barahona que abrió fuertes créditos a Su Excelencia mientras vivió en Chile hasta la víspera de la guerra? ¿Será verdad que Bogardus hizo efectiva una letra por cincuenta mil esterlinas para el pago en Londres de deudas contraídas por el largo destierro de los pierolistas y sus reiteradas aventuras revolucionarias? Derteano se encogió de hombros. Era un comerciante, no un profeta.

—Señores... nos hemos reunido aquí atraídos por un sentimiento patriótico y de justicia —sus dedos tambori-

learon sobre la mesa. Esto también era el Perú, qué carajo se han creído. País era lo que manda, lo que está encima, lo que piensa y distribuye a cada quien su porción y su esperanza. En este puñado de hombres vestidos de frac había más Perú que en todo el Chirimoyo lleno de negros zarrapastrosos— . . . Cuando con la pérdida de nuestro monitor *Huáscar* creímos casi imposible que se repitiesen aquellas expediciones audaces que han sido reconocidas y elogiadas en todo el mundo, el comandante de la *Unión* viene a demostrarnos que a las grandes máquinas de guerra puede suplir la pericia y a las corazas de acero el valor de los marinos. . . —mientras habla Derteano, el señor Villavicencio mira fijamente los destellos de una copa de cristal. Pronto lo llenarán de recompensas. En la dulcería Broggi prospera una colecta de ochocientos soles y otra pasa de los mil cien soles en el Hotel Americano. También la Municipalidad del Callao reunía dinero para hacer un regalo al jefe de la *Unión*. En cuanto a los tripulantes recibían un sueldo extraordinario por orden de la Dictadura— . . . la *Unión*, buque de madera con cañones de 70, ningún temor puede inspirar a las poderosas naves enemigas. Y sin embargo es este el buque que al mando del comandante Villavicencio acaba de forzar el bloqueo de Arica, que se ha batido siete horas con el acorazado *Cochrane*, con el *Huáscar* y otro buque, que en medio de las balas enemigas ha auxiliado la plaza con abundantes elementos bélicos y ha salido por en medio de los enemigos buques con el pabellón nacional al tope para venir a decir modestamente al Gobierno: “queda cumplida la comisión que se me ha confiado”. Y bien, señores, ningún marino en el mundo la habría cumplido mejor. El comandante Villavicencio merece la gratitud de sus conciudadanos y como el valor y la pericia, la grandeza y la modestia son cualidades que todo el mundo admira, propongo a los que aquí estamos reunidos un brindis por el señor comandante Manuel A. Villavicencio, el segundo Aljovín y su valiente oficialidad de la corbeta *Unión*, que han realizado uno de los hechos más singulares y gloriosos que registra la Historia de la Marina.

Después de cenar, paseantes y curiosos vuelven al malecón. Por ahora descansa la orquesta. Pegándose al rancho, desde la calle es posible oír los discursos, aquella salva de aplausos que premió a Derteano, la voz aturdida de Villavicencio diciendo que llena de gratitud el alma, que no sé, que francamente no encuentro palabras para expresar lo que siento, que no olvida a los marinos de Abtao, del 2

de Mayo, de Antofagasta y de Angamos, que cómo no seguir esa brillante estela que dejaron a su paso, que cómo no cumplir el sacrificio que la Patria exige de sus hijos. Nuevamente intervinieron los violines del Teatro Principal y tras prolongada confusión de música y aplausos y vítores, el gentío callejero que se empuja sin ver reconoció la cascajosa voz del marino Villar contestando a nombre de los héroes de Abtao y después voces enérgicas que declaman sonetos a Villavicencio y a la corbeta *Unión* y otra vez la orquesta atacando novedosos acordes de Strauss.

—Caballeros... —volvió a levantarse Derteano— ... ha llegado el momento de atacar el postre... —las miradas se concentran en esa escultura azucarada— ... Permítanme aclarar que es una corbeta de mazapán hecha por manos piadosas —rieron los comensales, alguien pregunta quién se comerá la figurita del héroe. Derteano pidió silencio con las manos—. Si en las tortas de bodas ponemos novios de azúcar, no veo por qué no habríamos de tener esta noche un buque de mazapán así que, con la venia del señor Secretario de Marina, propongo ocuparnos de este postre maravilloso antes de continuar la reunión en el salón.

—Por supuesto, adelante —el Secretario Villar se incorpora a medias, alza su copa de champaña— ... y pido un brindis por la amabilidad exquisita, la fina generosidad de nuestro querido anfitrión el señor Derteano.

Respondieron con hurras. Luego los treintiséis comensales se comieron la dulce corbeta y gran parte de ese océano con doce kilos de frutas confitadas. El comandante Villavicencio conservó la figurita de sí mismo, como un recuerdo de la velada.

El ejército sin fondos

A principios de abril el Primer Ejército del Sur quedó absolutamente sin fondos. Dos meses impagas, ahora las tropas peruanas también pasarán hambre. Ni ha girado dinero mientras se pudo el Gobierno de Lima, ni aprovechó el viaje de la *Unión* para enviar billetes fiscales. Se agota el crédito concedido desde hace seis meses por Puch

y Gómez, argentinos proveedores de ganado en pie y caballos, y los más adinerados comerciantes de Tacna alegan serios problemas financieros para no fiar más pertrechos a Montero. Poco aliviaron al Primer Ejército los fardos dejados por la *Unión* en Arica. Montero acaba de conseguir un crédito de la Casa Campbell para comprar toda la bayeta de Castilla disponible en sus almacenes. Más preocupa al General la falta de víveres. En Arica, los coroneles Bolognesi y Ugarte ofrecieron mil ochocientos sacos de arroz que tienen almacenados. Por amistad a Bolognesi, el alcalde Domingo Pescetto había prestado una importante suma de dinero que permitió pagar la soldada hasta marzo. Pero la generosidad del burgomaestre de Arica no basta para auxiliar también a los numerosos batallones nacionales que acampan entre Pocollay y Tacna.

Anocecía el viernes 2 de abril cuando el Prefecto del Solar entró a la tienda de Montero y mostró sus manos vacías. Por las buenas ya nadie quiere cooperar. Se sabe que de Arequipa despacharon una remesa de billetes y plata que parece haberse extraviado en el largo camino al sur.

—Lo menos que puedo decir del Gobierno es que le falta seriedad —Montero humeaba. Antes de que el Prefecto pudiese protestar, el General atacó—: Y no me vendas con tus discursos pierrolistas, Pedro, mis soldados no se alimentan con consignas ni se abrigan con partidos políticos. Suministrar fondos al ejército es tu responsabilidad.

—La caja fiscal está completamente vacía —replicó el Prefecto.

¡Vaya novedad! La caja fiscal no tenía un real desde hace dos meses. Montero intercambió una impaciente mirada con su jefe de Estado Mayor Manuel Velarde.

—Espero que los fondos de Arequipa no tarden tanto en llegar como el Segundo Ejército. A propósito Pedro... los espías chilenos también son tu responsabilidad y estamos llenos de ellos. ¡Todo al revés!

—He ordenado meter a todos los residentes chilenos en un campamento de reclusión —se sofocó el Prefecto.

Velarde contuvo una sonrisa. Al correcto doctor del Solar parece quedarle grande esta Prefectura en el frente de guerra. Aquí no bastan oficios bien redactados ni elocuentes discursos. A menudo se necesita mano dura y el exdirector de "La Patria" prefería mantener cordiales relaciones con sus gobernados.

—No podemos enemistarnos con la población —argumenta del Solar, hunde pulgares en el chaleco, reflexio-

na—. Claro, y tampoco podemos seguir así.

—Te corresponde imponer una contribución de guerra. Debemos reunir no menos de cien mil soles —Montero recoge varias hojas de papel y se las entrega al Prefecto.

—¡Cien mil soles!

—Y rapidito —el General tiene informes de que al fin los chilenos apuran su ofensiva. Liquidado el frente peruano en Moquegua, sin noticias de los esperados refuerzos, deben alistarse para librar batalla seguramente en mayo. La escuadra enemiga transportaba centenares de carretas y bueyes a Pacocha para que su ejército comience la larga marcha hacia el sur. Velarde comparte las preocupaciones del general-almirante. Parecía harto de pasar el sombrero en procura de limosnas. Si vencen los chilenos, toda esa próspera gente tacneña sufrirá más que aceptando una contribución de guerra impuesta por los propios peruanos.

—Hum —del Solar estudia la relación de contribuyentes que ha mandado confeccionar Montero. Por supuesto que sí, siete mil quinientos soles no van a quebrar a Campbell y compañía. Richter e Iriberry bien pueden contribuir con seis mil. No lo preocupan el Banco de Tacna o los todavía florecientes negocios de Zizold o los hermanos Cusicanqui. Son los medianos propietarios quienes van a amotinarse antes de abrir sus cofres y entregar ahorros para salvar al Primer Ejército. Las grandes casas de comercio sorteaban la crisis gracias precisamente a que satisfacen innumerables necesidades militares. Tendrían que entregar dinero que pronto volverá a sus tiendas a cambio de víveres, telas e indispensables herramientas. Del Solar miró a Montero como aprobando la contribución de guerra. En verdad calculaba si ya el General está informado de los últimos cambios castrenses ordenados por la Dictadura.

—¿Estás de acuerdo?

—No sé —dudó del Solar—. Esto de quitarle ciento cincuenta soles a la viuda de Rasselet me preocupa.

—Es una mujer adinerada —opinó Velarde.

—Pero además de viuda, es italiana —el Prefecto recorría nombres de reconocida opulencia: Vaccaro, Nosiglia, Raffo, Cavagnaro, Tavolara, Bonafanti. Casi todos son famosos avaros. Tendrán que exprimirles la contribución aunque protesten ante el cónsul de Italia.

—Si la Alianza no cae derrotada, es obvio que se les devolverá hasta el último centavo —dijo Montero.

—Podemos declararla deuda nacional y asignarle como fondo de amortización todos los derechos fiscales que se

cobren en la Aduana de Arica —del Solar empezó a borro-
near un proyecto de decreto.

—Y que paguen en el acto.

—Démosles un plazo de tres días —concilió el Prefecto.
Montero sólo parecía preocupado por la falta de dinero.

—¿Y si rehúsan pagar? —se interesó Velarde.

—Que la gendarmería los meta presos.

—No, no — de nuevo conciliaba el Prefecto—. Di-
gamos que la autoridad tomará las medidas de apremio que
juzgue convenientes. Esto nos deja la puerta abierta para
cualquier sanción. Bien, Lizardo, tengo algunas noticias...

—¿Llegan los refuerzos?

—Ahora me imagino que sí. Verás, el General Bein-
golea fue destituido.

Sus palabras causaron estupor.

—¿A estas alturas de la guerra? —Montero caminó por
su tienda a grandes pasos. Sin Beingolea el Segundo Ejér-
cito del Sur quedaba acéfalo—. ¿Y Leiva lo remplaza?

—En efecto.

—¡Pero Leiva renunció al Estado Mayor General en
Lima porque estaba enfermo!

—¿Y dónde se encuentra? —indagó Velarde.

—Me parece que en Pisco —titubeó del Solar.

—Pues los chilenos se pondrán en marcha en cualquier
momento. Hace quince días que debieran estar moviéndo-
se nuestros refuerzos. Te lo advierto, Pedro...

—Ya sé, ya sé. He podido saber que Isaac Recabarren
fue nombrado nuevo jefe de Estado Mayor del Segundo
Ejército. Creo que para ustedes es una garantía.

—Yo no necesito garantías sino batallones de refresco
y armas —creció la voz de Montero—. Vuelvo a hacerte
la misma pregunta: ¿por qué el *Talismán* llevó cañones
nuevos y ametralladoras, dos mil rifles y dos batallones a
Quilca? ¿Por qué no nos los enviaron a nosotros a bordo
de la *Unión*? ¡Claro que necesitamos zapatos! ¡pero aún
más necesito cañones y hombres entrenados!

Oficio del General Montero

Señor Secretario de Estado en el Despacho de Guerra.

Señor Secretario:

*Sólo el día de ayer ha llegado a mis manos el aprecia-
ble oficio de U.S. fecha 31 del próximo pasado mes; por el*

cual se sirve transcribirme la suprema resolución de la misma fecha, organizando el Primer Ejército del Sur cuyo mando se me ha confiado. Sin que sea mi ánimo negarme a cumplir las supremas disposiciones, a las que debo atribuir el más detenido y concienzudo estudio; voy, sin embargo, a manifestar a U.S. mi opinión sobre la naturaleza de la reforma que se intenta llevar a efecto, comprometiendo gravemente la estabilidad del Primer Ejército del Sur, y el porvenir de una situación tanto más excepcional, cuanto mayores han sido las vicisitudes porque viene pasando la república y los obstáculos casi insuperables que hemos tenido que vencer para construir este principal baluarte de la defensa nacional.

El decreto de organización que U.S. me transcribe es tan funestamente peligroso llevarlo hoy a cumplido efecto, que a la verdad agradecería a S.E. el Jefe Supremo que en atención a mi desprendimiento militar, al interés patriótico que me domina y a los servicios que vengo prestando con escasa resignación desde que se declaró la guerra, se me librase de una responsabilidad tan inmensa ante el país y la posteridad, que no serían bastantes las posteriores glorias y la vida inmaculada del hombre que las adquiriese para reparar los males que sobrevendrían a la República y a la Alianza si se reorganizase el ejército de vanguardia alterando su personal en momentos en que ya se encuentra al frente del enemigo.

Aún hay otra alta consideración que en conclusión haré valer ante el Supremo Gobierno para que reconsidere el decreto en referencia.

Muchos de los jefes que comandan cuerpos y divisiones, o que se hallan en otras colocaciones más o menos importantes, han adquirido legítima y denodadamente esos puestos, unos en los campos de batalla y otros en medio de los sinsabores y privaciones del servicio de campaña. ¿Sería justo premio para esos dignos servidores de la nación y noble ejemplo para el ejército que ahora se les relevase de los mandos?

¿Puede ser legítimamente admisible que batallones que han conquistado su nombre en gloriosas acciones de armas y ya como premio o ya como estímulo se ha perpetuado el recuerdo de la victoria, dándoles el nombre del lugar donde lo obtuvieron, para ser refundidos en cuerpos nuevamente creados y sin tradición? Pues bien, Señor Secretario, esto sucederá con el nuevo plan de reorganización, porque mu-

chos de los cuerpos existentes perderán su nombre en la refundición que se intenta efectuar.

Y si a este cúmulo de circunstancias a cuál más atendida y serio, se agrega la confusión que va a producir la variedad de armamentos que resultará con los nuevos cuerpos, al formar uno de dos o tres que tienen distintos sistema de rifle y su peculiar enseñanza, si a todo esto, por último, se agrega las consiguientes dificultades con que se tropezarán indudablemente para que el soldado conozca a sus nuevos jefes y estos a sus nuevos subordinados, o lo que es lo mismo, para armonizar las costumbres, los caracteres y los lazos de unión y respetuosa confianza que debe reinar entre unos y otros, entonces, Señor Secretario, el desquiciamiento general del ejército no podrá evitarlo poder ni influencia alguna, por más que las ventajas de la reorganización hayan halagado las esperanzas del Supremo Gobierno.

En guardia, pues, del porvenir, de la situación del ejército de vanguardia y de mi responsabilidad ante el país y el Supremo Gobierno, reitero a U.S. el convencimiento de cuanto dejo expuesto, esperando que en mis observaciones no se vea otra cosa que el justo pedido de la reconsideración de un decreto que entraña la más tremenda responsabilidad, así para quien lo dicta como para quien por desgracia llegara a ejecutarlo.

Lizardo Montero

Químper abandona la prisión

José María Químper agradeció a su mayordomo el traje recién planchado que le alcanzaba a través de los barrotes de la cárcel pública. Durante cuatro meses de encierro había recibido diversidad de maltratos. O no le permitían recibir alimentos guisados por su familia, forzándolo a ayunar o a alimentarse con la pestilente bazofia que sirven a los presos, o le negaban el uso de decentes servicios higiénicos de modo que en los primeros quince días de cárcel adquirió una hirsuta apariencia de bandolero. Las cosas empezaron a mejorar tan pronto comenzó el juicio. Actuaba como su propio abogado defensor. Adivina favorables resultados no sólo por el progreso del expediente judicial sino

por las atenciones de ubícuos relamidos funcionarios públicos temerosos de su posible resurrección política. En marzo lo elevaron de una aislada mazmorra a una enrejada habitación donde al menos puede dedicarse a la lectura o redactar confortablemente recursos y alegatos. Más preocupaba a Químper la situación de su familia. Soltero a pesar suyo, el exministro de hacienda tiene mujer e hijos pequeños a quienes la represalia de la Dictadura dejó sin sustento. En 1866 Químper se había enamorado de la esposa del coronel subprefecto del Callao. Entonces Secretario de Gobierno, organizaba la defensa del puerto frente a la escuadra española que lo atacó el 2 de mayo. La esposa del coronel-subprefecto se le rindió. No era breve amorío sino amor para toda la vida. Cuando la esposa del coronel abandonó su casa para instalarse con el señor ministro a tener una familia, jerarquías eclesiásticas y políticas crujieron desde los cimientos. Aquello fue el gran escándalo social de Lima en 1866. Catorce años después encarcelado, no ignora el doctor Químper que la confiscación de todos sus bienes y su consiguiente súbita miseria han encallecido la existencia de sus hijos verdaderos aunque no reconocidos por la ley. Se mueve Químper con creciente soltura en la cárcel pública, entreteniéndose horas libres en la defensa legal de desdichados a quienes la Justicia olvidaba en los sótanos de piedra. En cuanto a su propio proceso, el ex-ministro había dejado a sus acusadores sin argumentos. Admite el Fiscal que impedido el General La Puerta de usar su diestra para firmar decretos, el Vice Presidente encargado de la Presidencia acordó con sus ministros que una vez aprobadas las cuestiones urgentes, serían ejecutadas dejándose la rúbrica para cuando desapareciera el impedimento físico. No había pues delito de falsificación en las órdenes impartidas por Químper a los comisionados peruanos en Europa que suscribieron el contrato con el *Crédit Industriel*. El Vice Presidente lo había autorizado ante testigos, aunque sin estampar su firma simplemente porque un ataque de gota no le permitió hacerlo. Esta mañana Químper se vestía con elegante atuendo de ciudad, a la espera de una impostergable resolución de la Corte Suprema de Justicia. Ni siquiera siente muchas ganas de averiguar los secretos políticos de una nueva época con la que está en completo desacuerdo. Nada corregirá obstinados desaciertos del Dictador como no sea una lamentable derrota nacional a consecuencia de ellos. Los verdaderos poderosos ni siquiera están en el Perú. Ya

instalados en Nueva York, los hermanos Grace rehúsan garantizar operaciones vinculadas al país donde hicieron su fortuna. También los Meiggs viajaron al extranjero. Ausentes están Ruden, Candamo, Canevaro. A Riva Agüero lo acusan de haber financiado un supuesto complot para envenenar a Su Excelencia. Una nueva clase de letrados y comerciantes empujaba por ocupar sitios hasta entonces propiedad de la aristocracia del guano. Mientras tanto, las predicciones hacendarias de Químper se cumplían con terrible exactitud. Por ahora sólo desea abandonar este lugar triste, recobrar el uso de su domicilio que fuera confiscado, descansar la insoportable fatiga carcelaria que se le empoza en los huesos.

A las once de la mañana apareció el mayor Miguel Benavides, ayudante del subprefecto de Lima. Secamente informó que el doctor Químper es hombre libre. Lo habían acusado por una lamentable equivocación.

Chilenos en el Callao

Waldo Graña y Eloy P. Buxó presidían el comité de recepción en el foyer del Teatro Politeama. La función es un éxito. Organizada por la colonia española a beneficio de los damnificados por graves inundaciones en la Madre Patria, además inaugura la temporada teatral limeña. Aunque dicen que no hubo veraneantes, a principios de abril cerraron los baños de Chorrillos y Barranco, Miraflores y La Punta, volviendo a sus casas del centro limeño quienes sin mucho ruido se mudaron a los balnearios en enero. La primera semana de abril se cumplía sin verdaderas noticias del sur. Se agravaba la crisis económica. Pese al malestar público, influyentes españoles mucho tiempo afincados en el Perú colocaron entre sus amigos peruanos la totalidad de los asientos. Derteano no pudo negarse a la petición de su socio Gabino de Menchaca y pagó un buen palco para su familia. Los ricos hermanos Serdio vendieron casi cincuenta plateas sólo en la calle Mercaderes. Y Waldo Graña, cuya labor al frente de las ambulancias extranjeras le franqueaba puertas oficiales, comprometió la asistencia del Jefe Supremo. No es el Politeama el mejor teatro de la ciudad, pero allí acostumbra a reunirse

chapetones y zarzueleros y esta noche apenas fría de principios de otoño, vestíbulo y foyer brillan a todo gas, mientras se alínean coches a depositar personajes de frac y señoras de gran gala. No hace mucho que España y Perú suscribieron un tratado de amistad. Sólo cuando estalló la Guerra del Salitre, se apresuró la diplomacia peruana por formalizar una paz que existía de facto pese al conflicto de 1866, pues ni los españoles habían sido perseguidos ni tuvieron que abandonar sus negocios en el país ni jamás se les consideró como verdaderos enemigos. No hace cuatro meses que se ratificó el tratado. Un año atrás, mientras eran oficialmente enemigos, los españoles de Lima organizaron su casino. Nadie les reprochó que celebraran la fundación con una gran fiesta, justamente cuando los peruanos entraban en guerra. Al comenzar el segundo año de hostilidades, culminaban una fructífera colecta para auxiliar el Levante de España, devastado por lluvias e inundaciones.

Derteano recibió un efusivo saludo de la comisión. Disimulando su reciente malhumor, no demoró en instalarse en su palco. Saluda a conocidos con una leve venia, irremediablemente inquieto acomoda a su familia y sale al pasillo. Encontró a Menchaca y Gallagher con las caras largas. Mientras las señoras se quejan de la falta de sirvientes y del reciente reglamento con que la Prefectura pretende resolver la crisis del servicio doméstico, en el pasillo Gallagher cuenta su última entrevista con el Secretario de Hacienda. Desde luego Derteano conoce que concluyó mal. Otra vez los acusaban de especular en perjuicio de la moneda nacional. El Secretario Barinaga recriminó a Gallagher que azucareros y exportadores afiliados a la Sociedad de Agricultura no hubiesen ofrecido letras contra Londres al cambio oficial de doce peniques en cantidad suficiente para frenar la especulación. A su vez Gallagher dijo que la Dictadura podía darse por satisfecha con que el sol billete se cotizara a nueve peniques en el mercado no precisamente negro en que se realizan las más importantes transacciones. Si el cambio real está por los nueve, es debido a que ellos, exportadores de azúcar y chancaca, vendían parte de sus letras a doce peniques. Gallagher dice haber dicho que si aplican el impuesto extraordinario a las exportaciones, caerá el sol billete rápidamente a seis peniques. Cierta tono de amenaza irritó al habitualmente sumiso Barinaga que rompió todo trato con la Sociedad de Agricultura. Esa tarde, un comunicado del Gobierno acusaba a los

azucareros de burlar sus obligaciones. Gallagher quería replicar violentamente y Derteano chistó como explicando que no vale la pena. La única aduana a medias eficiente, sin contar Iquique que está en poder de los chilenos, es la del Callao y por ahí se embarca todo menos azúcar. Usaban puertos propios, enclavados en sus propias haciendas y si bien se oponían por sistema a todo nuevo impuesto, sabe Derteano que la cobranza fiscal será lenta e imperfecta. Que vayan pues a pesar cuantos quintales de azúcar refinada se embarcan por Eten o por el muelle privado que emplea la Hacienda Puente cerca de Chimbote. Tranquilizó a sus amigos recordándoles que pronto ha de llegar el Jefe Supremo al que deben saludar con inevitable cortesía.

A las siete no hay lugar para un espectador más. Derteano prefirió encerrarse en su palco cuando el rumor de la escolta a caballo anunció que se acerca Su Excelencia. Amainó entonces el grueso murmullo de la platea y cuatrocientas miradas se concentraron en el palco presidencial.

A esa hora el acorazado insignia chileno *Blanco Encalada* navega a media máquina frente al Callao.

Hasta quienes discrepan de la Dictadura aplaudieron cuando Piérola y familia ocuparon sus asientos. Su Excelencia sonríe y agradece. Más temprano descargó puñetazos sobre su mesa de trabajo, qué se han creído, insultaban los periódicos nada menos que a mister Christiancy, ex-senador de Estados Unidos y plenipotenciario de Washington ante el Perú, precisamente cuando acaban de reconocer al nuevo Gobierno de la Dictadura. A la carta que dirigiera Piérola al Presidente Rutherford Hayes comunicándole su exaltación a la jefatura suprema del Perú, había respondido el norteamericano sólo después de tres meses. El Dictador recibió la autógrafa de manos de Christiancy durante una ceremonia tan solemne que más bien parecía entrega de credenciales diplomáticas. Después estalló el escándalo: un despacho de prensa neoyorquino, reproducido por "La Estrella" de Panamá, informaba que la señora de Christiancy ha solicitado divorcio alegando crueldad y maltratos físicos. Tal noticia, difundida por imprudentes diarios limeños, abochornó vivamente a la Legación de Estados Unidos. Algunos gringos residentes en el Perú explicaron que mistress Christiancy estaba algo loca y que, vaya, la única forma como a veces su esposo la podía controlar era actuando rudamente. Otros se indignaron contra la prensa limeña aunque sin explicar la ausencia de la señora Christiancy que hizo maletas y se fue a su país hace

dos meses. Agobiado por graves preocupaciones de estado, Piérola debió recibir una discreta pero enérgica queja personal del plenipotenciario. La curiosidad pública perseguía descaradamente a este gringo de elevada estatura que le pega a su mujer. El Dictador en persona corrigió artículos peridísticos desmintiendo el divorcio. El rotundo aplauso de esta platea hizo que el incidente no molestara en su memoria. Después de los Himnos del Perú y España se alzó el telón. Don Pepe Serdio salió brevemente al escenario a agradecer la gentileza y generosidad de tan distinguida concurrencia.

La escuadra bloqueadora chilena se detuvo a tres millas del puerto. Como si hubiese reconocido su antigua casa, el *Huáscar* se encabritó asomando por el norte de San Lorenzo.

Una vez que la orquesta interpretó la obertura de "La hija del regimiento" bajo la conducción del maestro Rebagliati, el literato Ricardo Palma salió a las tablas a declamar su poesía "¡Viva el Perú! ¡Viva España!" Más bien encendidos los ánimos no sólo por nostalgias imperiales sino por el vino con que tantas gargantas se entretuvieron mientras esperaban la función, el público premió con una ovación a Palma y también a Acisclo Villarán y a Carlos Augusto Salaverry. Cayó, subió el telón. Don Eloy P. Buxó, director del periódico de los españoles de Lima y autor de la pieza "Los dos mataperros" que hoy se estrenaba, paseó por el escenario casi irreconocible bajo rojas barbas teatrales.

¿Qué hay de política?

El Jefe Supremo lo escucha declamar con una sonrisa de benevolencia.

Bien,

es poco lo que se sabe

pero lo que se hace es mucho:

ya no sucede como antes

que las cosas de Palacio

se lanzaban a las calles

cuando no estaban maduras

o no pasaban de planes.

¡Ahora el golpe y el sonido

son obra de un mismo instante!

Piérola se sumó a los aplausos aprobando con movimientos de cabeza como quien confirma que es verdad, que ahora estamos mejor que antes.

Esa noche de turno, los bomberos Pedro Bracho y Hermógenes Orellana disputaban carambolas en la nueva mesa de billar que don Faustino Piaggio donó a la Unión Chalaca N° 1. Un rato el pitonero Veya contempló a los jugadores alentados por una docena de bomberos que cruzan apuestas. Bracho completó su octava carambola de lujo. Pronto habrá campeonato porteño de billar y la Unión Chalaca confiaba liquidar fácilmente a los italianos de la Bomba Garibaldi, cuyo comandante Poggi ofrece este año un enorme trofeo y un premio de veinte soles plata al ganador. De pronto intranquilo, Veya salió a la calle apenas iluminada. Unos perros volcaban latas de basura. También los bomberos colaboran en distribuir bocado a miles de chuscos vagabundos. Pero los perros seguían llegando. Igual que esos gallinazos que abruman los techos del puerto, se alimentan de inmundicias y carroña. Los espantó a pedradas y fue a mirar el patio y la nueva máquina *Merry Weather* a vapor. A diferencia de la más moderna bomba italiana que Piaggio, cuya generosidad cívica parece sin fondo, obsequió a la Garibaldi y que es halada por caballos, deben empujar la suya a pie. Como si lo asaltara la misma adversa corazonada, el comandante Benito Trujillo inspecciona mangueras, calcula la fuerza del viento preguntándose si la lechosa helada neblina que cubre el puerto no oculta un grave siniestro a sus vigías.

—Hay como algo flotando por ahí, mi comandante —se abraza a sí mismo, controla tiritones el pitonero.

Trujillo asintió. Afilaba el oído. Nada. Otra noche de aparente paz mullía el sueño de los chalacos.

—Demos una vueltita —sonrió don Benito. Miró la casi invisible torre de madera—. ¡Vigía!

—No se ve ni mierda —oyeron quejarse al bombero Aquilino Grillo—. ¿Oiga, don Benito, a qué hora sube el relevo?

De pie, Su Excelencia aplaudía a los aficionados que agradecen... ¡bravo, bravo! Y a Eloy P. Buxo, dramaturgo y periodista y, no lo sabíamos hasta ahora, tan buen comediante. A su vez Buxó saluda a Su Excelencia y los actores aplauden al Dictador, de modo que Piérola debió dedicar una amable venia a la platea antes de esfumarse del palco mientras estallan gritos de viva Piérola, viva el Perú, viva España. Pronto reapareció Su Excelencia por el foyer, seguido por doña Jesús Itúrbide de Piérola y su hermano Exequiel uniformado de coronel de artillería. Qué bien, muy entretenido, todos debieran conocer esta mag-

nífica comedia que muestra la nueva realidad política de la Patria. Uno a uno, los más importantes españoles de la ciudad se acercan a saludar al Jefe Supremo. Una desaharrapada multitud se arremolina frente al teatro, a ratos embestida por la caballería de la escolta que les impide manosear la dorada calesa en que viaja el señor Piérola.

Subteniente de catorce años de edad, Pedro Rondón estornudó mientras paseaba el glacis del Fuerte Santa Rosa.

—Se va a enfriar, señor —masca tabaco, se abriga con una frazada, también contempla el neblinoso horizonte el sargento 2º Estupiñán. Habían organizado y modificado y fusionado y rebautizado tantos batallones que acabaron entregando despachos de oficiales a criaturas como Rondón. No está mal. El muchachito es valiente y cerca del fuerte vive su papá, don Manuel Rondón, infaltable voluntario artillero siempre que hay pleito en las baterías. Pero al sargento no le parece correcto que más viejos oficiales vayan a dormir confortablemente en sus casas y que a veces Rondón quede al mando de estos cañones y todos sus servidores.

—Hace rato que no escucho pasar a la lancha de vigilancia —con reciente voz de hombre se preocupa el subteniente. Señaló la líquida oscuridad—. ¿Qué se mueve por ahí?

Estupiñán entrecerró los parpados, más bien atento a sus orejas que mirando por la neblina.

—Pescadores, señor.

Enchompado hasta el cuello, el huachano Nicolás Espichán gobernaba su lancha seguido por media docena de botes. Otras vez los Torres remaban apurados por ganar lo mejor de la pesca detrás de San Lorenzo. Patriarca del gremio, Espichán gritó que no se separen carajo, malditos cojudos, la capitania ordena moverse en flotilla, no vayan a caer prisioneros del enemigo que va y viene cañoneando negocios guaneros y plataformas portuarias desde Mollendo a Paita. Pero los expertos ojos marrones del viejo Julián Torres conocían la profundidad de la noche y los ecos de la neblina. No hay buques más allá del fondeadero, lo podía jurar. Pronto su bote aventajó por dos cables al resto de pescadores. Oía jadear a su hijo Pablo y a su nieto Hilario hundiendo remos en el agua, el bronco ruido del oleaje royendo las islas. Ni siquiera se cruzaron con la ronda que hoy depende de las embarcaciones menores del *Rímac* y que andaban patrullando el sur del Callao. Adivinó la cercanía de dos falúas de guerra cuando ya era tarde para escapar.

—¡Chilenos, chilenos!

Nadie más que su prole y el enemigo escuchó los gritos de alarma. Hilario soltó un remo, blandiendo el otro como un garrote. Chilenos armados de corvos y rifles lo abor-daron. Quiso derribarlos. Desde atrás, un culatazo le ra-jó el craneo.

Nítidamente Espichán oyó el gemido llegando por un cortísimo silencio. Y luego: voces, voces chilenas. Calculó el vigor de su minúscula flota de balandras.

—¡Pronto! ¡se llevan a los Torres! —gritó— ¡Ene-migo al frente!

Se exhalaban en persecución de esas vagas sombras guerreras, decididos a rescatar a los suyos. A proa de su lancha, Espichán acecha la noche armado de un arpón. Algunos chalacos remaban con sus cuchillos ya apretados entre los dientes. Apenas a cuatro cables de la isla, re-tumbó una descarga de fusilería. Hirvió el mar en de-rredor de Espichán. A su izquierda crepitó una ametra-lladora. ¡Atrás, atrás! ¡Vuelvan todos! Se habían me-dido en medio de la escuadra enemiga.

En su factoría de la isla San Lorenzo el gringo Harris abrió los ojos. ¿Disparos? ¿a esta hora? Empujó fra-zadas y fue a mirar tiritando por la ventana. En noches de luna, también cuando iluminaban el puerto a todo gas y no a kerosene como ahora, podía ver tierra desde esta casucha de ladrillo y madera, más alta que la ranchería de sus peones y que la fundición con su pequeño dique. Vigiló la oscuridad, su propia playa hasta convencerse que había imaginado ruidos de combate. Un rato rascó sus axilas avinagradas sin decidirse a salir. Qué diablos, correspon-de a los peruanos cuidar de la bahía. Vaya uno a saber si son chalacos pescando con dinamita. Nadie más despertó en la minúscula colonia de la isla y Harris volvió a meterse entre todavía tibia cobijas.

Pronto transferirán al teniente 1º Larrea de la *Unión* al monitor *Atahualpa*, que después de concienzuda repara-ción consigue desplazarse a dos millas por hora siempre que sea sobre aguas tranquilas. Ni Villavicencio ni el se-gundo Aristides Aljovín se encuentran a bordo. El te-niente 2º Duffó soportaba el peso de esta guardia tan abu-rrida. Mientras se espesa una neblina que impide ver el muelle a veinte yardas de distancia, el joven oficial se in-clina por la borda a oír el suave chapoteo de la poza en-redándose contra perchas y cables dispuestas en derredor de la corbeta para protegerla de torpedos. Indiscretos

diarios de Valparaíso llegados con el último vapor del sur, celebran por anticipado el envío de la escuadra chilena al ataque del Callao. No ignoran los marinos de la *Unión* que continúan los descalabros de la Alianza en el frente del sur. Antes de viajar a Lima por unos días, el primer jefe Villavicencio insistió en que se mantuvieran alertas. Dormitan artilleros envueltos en frazadas junto a las ametralladoras de las cofas. Hay ocho centinelas con rifles en cubierta. En la cámara de oficiales, el tercer jefe de la *Unión* bebía una taza de café comprobando la veracidad del plano topográfico del ingeniero Chalons. Abarcaba la región de Lima, desde el San Cristóbal a La Punta y desde el Morro hasta Ancón. Como hecho a propósito para servir a ambos bandos en guerra, monsieur Chalons divulgaba con rigurosa exactitud el trazo de carreteras e incógnitos caminos de hacienda, curvas a nivel y profundidad de un ancho pedazo de mar. Vendían el plano en cinco soles billetes en todas las librerías y cigarrerías de la ciudad. El capitán de corbeta Benavides miró en derredor, buscando conversación. Le parece que la masiva publicación de planos es inoportuna y hasta indiscreta. Pero había quedado solo en el interior de la corbeta cuyas calderas están apagadas. Duermen los guardiamarinas. Se alzó frotando su espalda entumecida. Iba a echar mano de su capote cuando un burbujeante zumbido embistió su buque.

También Duffó se volvió por el puente buscando la causa de ese ruido. A seis metros de popa, el mar se abrió y una explosión infernal los sacudió desde la quilla. Puesto de pie, un chorro de mar se elevó veinticinco metros desintegrándose al caer sobre cubierta. Tan súbito trueno clausuró las orejas del teniente. Trastabilleó como encerrado en el silencio de una esfera hecha de plomo. Supo que gritaba. ¡Torpedos, torpedos enemigos! ¡Fuego a discreción! Desde la cofa donde dormía hace un instante, el artillero Canchaco descubrió a la torpedera enemiga. Vació sobre ella una furiosa descarga de Gatling. Ahora el comandante Benavides se pegaba a babor, disparando su revólver. La riflería de los centinelas se sumó al estruendo de la ametralladora. A todo vapor los chilenos desaparecieron por la bahía en tinieblas.

—¡Torpedo chileno, mi comandante! —Duffó temblaba de furia. El gigantesco proyectil submarino estalló al golpear las defensas. Sobre aguas todavía agitadas, la *Unión* seguía vibrando.

—¡Alto el fuego! ¡boten una falúa! —Benavides con-

templa a sus empapados subalternos. Ahora podríamos estar todos bien muertos, carajo teniente, ¿así nomás vamos a permitir que se acerquen los rotos de mierda? Respiró hondo, controlándose—. ¡Señor Duffóo, baje a inspeccionar el casco! ¡den la alarma a la capitania!...

En vano escudriñan la niebla apiñada en torno al buque.

—... ¡Cuarto de máquinas! —nadie contesta a sus gritos por la manguera. Aparecían guardiamarinas a medio vestir y el tercer jefe siguió tronando órdenes—. ¡Seminario, Luna! ¡que enciendan calderas! ¡Zafarrancho!

—¡Explosión por la Dársena! —grita Aquilino Grillo descolgándose de su puesto de vigía.

Ya el bombero Romualdo Valdivia soplabla la corneta. ¡Zafarrancho, enemigo cerca, todos a sus puestos!

Un redoble de tambores se desparramó por los fuertes.

El capitán Urbietta inspeccionaba el polvorín cuando llamaron a combate. Corrió escalera arriba hasta el glacis del Fuerte Santa Rosa donde Rondón ya comandaba a sus artilleros a preparar las piezas Blakeley.

—¡Creo que volaron la *Unión*, mi capitán!

—Tranquilo, muchacho —Urbietta es seis años mayor que el imberbe subteniente—. Escucha...

—Sí, mi capitán.

—Es la corneta de la *Unión*... sigue a flote —respira aliviado, aprueba la actividad del fuerte—. Bien, prepárense para dar combate. Y que avisen al coronel, pronto.

Wenceslao Gayangos dormía con el rostro hundido en un almohadón. El torpedo primero, ahora esas cornetas y los bomberos de la Unión Chalaca corriendo hacia los muelles, despierta cholo, tienes que averiguar. Sacudido por su mujer, el coronel Gayangos saltó de cama presa de violenta confusión. Qué, adónde, cuándo. Golpeaban a la puerta.

—¿Está mi coronel?

—¿Qué ocurre?

—¡Chilenos en el puerto, mi coronel!

—¡La puta que los parió a todos! —se indignaba el culto coronel Saavedra, Prefecto del Callao, embutiéndose las botas—. ¿Es que nadie tiene ojos de ver? —se huracana fuera de la Prefectura todavía a medio vestir, constatando que trabajosamente avanza la alarma por el puerto bajo su superior autoridad. Acaso ya desembarcan incógnitos batallones enemigos a sorprender el sueño peruano—. ¡Comuníqueme con Palacio!

—No está el telegrafista, señor —se asusta el secretario.

—Pues vaya a despertarlo so cojudo... ¡oficial de guardia! ¡Tome un pelotón e inspeccione Chucuito y la Mar Brava! ¡Hagan sonar las campanas! ¡Todo el mundo de pie!

Traqueteó una ametralladora en el fondeadero. Aunque la neblina desorientaba a Benavides, supo que uno de los blindados neutrales surtos en el Callao hacía disparos de advertencia. A tientas se mueve la lanchita del resguardo. Ni siquiera tienen santo y seña, con esta niebla ojalá no empiecen a matarse entre nacionales. Escuchó el informe de Duffóo, un milagro mi comandante, casco, timón, hélice, todo intacto. ¿Y ahora qué hacemos, señor? Esperar la luz del día, que se disuelva la neblina, levantar vapor, preparar la artillería, cocinar rancho temprano por si debemos combatir en la mañana. Ni siquiera han empezado a reparar las más graves averías que sufrió la corbeta en su excursión a Arica, ni han embarcado víveres o llenado carboneras. Todos los tripulantes disponibles se apiñaban en las bordas con hachas y rémington cargados.

No hay rastro del enemigo.

Fuertes golpes en la puerta sacaron a mister Harris de su sueño más profundo. No había despertado del todo cuando asomó friolento. A las cinco de la mañana descubrió la isla ocupada por tropas navales de Chile. Vigilada por fusiles, su peonada espera que explique mister Harris que aquí no fabrican torpedos, que nada más reparan embarcaciones de poco calado.

—¡Ríndase! —lo apuntó al rostro un oficial chileno.

—Soy ciudadano de Estados Unidos.

—Entonces no ofrezca resistencia o lo fusilo por espía —la voz no admitía más conversación. Harris pudo vestirse mientras entran con linternas a registrar su casa y factoría. El oficial disparaba preguntas: ¿dónde construyen los torpedos? ¿En qué parte fondea la *Unión*? ¿Cuántos soldados hay en Chorrillos? ¿Cuál es el estado del monitor *Atahualpa*? Harris contesta a medias, se siente algo peruano pero fundamentalmente yanqui y no tienen derecho a tratarlo como a un prisionero. Concluían de registrar. Mister Harris no ha mentido, San Lorenzo era un negocio. Ahora sonrío el oficial, enciende un tabaco. Vaya tontos los peruanos, con unos cuantos torpedos ingleses activados desde la isla, no había escuadra que pudiera cerrar el Callao. Bien, bien. Desde este momento considere usted mister Harris que todas sus instalaciones están bajo el dominio de las armas de Chile. Si alguien trata de pasarse al puerto

sin permiso del almirantazgo chileno, será ejecutado en el acto bajo sospecha de espionaje. Aclaraba cuando Harris siguió al oficial a la playa. A dos cables del atracadero se mecía el acorazado *Blanco Encalada*.

Cuarenta mil chalacos subían a azoteas o se acercaban a ofrecerse como combatientes en los fuertes. Ciento cuarenta mercantes neutrales se inquietan así colocados, entre baterías de tierra y buques de Chile. El tenue calor rosado de la mañana aligera la neblina y primero con anteojos, después a simple vista, la multitud pudo reconocer a sus adversarios: el *Blanco Encalada* detenido frente a la isla, el *Huáscar* que va de norte a sur y vuelve sobre sus aguas con un excesivo y bien visible pabellón chileno, la corbeta *O'Higgins* cerrando el norte de la bahía, el crucero *Angamos* con su temido cañón Armstrong de largo alcance que se acerca a reconocer Chorrillos, la familiar cañonera *Pilcomayo* que estudia rompientes frente a Magdalena, el *Matius Cousiño* que trasborda carbón al buque insignia, dos veloces torpederas que quisieron sorprender a la *Unión* esta madrugada y varias artilladas lanchas a vapor que husmean las islas o se aproximan a la desembocadura del río Rímac.

Expertamente afirma el coronel Castañón que los buques chilenos están fuera de alcance de su batería en La Punta. No hay telémetro para confirmar su cálculo. Hace muchos meses que solicitó por escrito o suplicó en entrevistas personales que pidieran a Europa instrumentos ópticos sin los cuales sus artilleros no pueden dar en el blanco como no sea por inspiración o casualidad. Hasta donde pudo averiguar, se ordenó la compra pero los instrumentos nunca llegaron al país. Ahora será difícil recibir más pertrechos para defenderse. Tan importante escuadra viene con seguridad a implantar bloqueo. Pronto Lima y su puerto quedarán aislados del resto del mundo. Habíamos perdido un año y una semana hasta que por fin se presentó el enemigo. La suya, octava marina de guerra del planeta, tiene unidades capaces de clausurar Arica y Callao, abastecer a un ejército expedicionario de catorce mil hombres en Moquegua, sostener la conquista del litoral boliviano y de Tarapacá. Amargamente Castañón se apoyó en su inútil gran cañón que no sirve para herir al acorazado detenido enfrente, cambia miradas de preocupación con el capitán Salazar. Parece que nos jodimos, mi coronel. No, todavía no. Castañón contó los buques. Han venido sin transportes de tropas. No atacarán por ahora. Nada más quieren sitiarlos por hambre.

Los bomberos tuvieron que regresar a su cuartel a las seis de la mañana. En la Garibaldi celebran asamblea general. Formados de prisa, milicianos del puerto corren a ocupar posiciones de las que pronto serán arrancados por órdenes contradictorias. Paisanos coléricos llenaban calles, obstruían playas, se quejan coroneles que así es imposible movilizar a sus batallones. El Prefecto Saavedra recorrió los fuertes. La mitad de los oficiales está en Lima y a la tropa le falta munición. Sólo la decrepita escuadra nacional se dispone ordenadamente para entrar en combate, pero ni el *Atahualpa* puede salir a mar abierto, ni la *Unión* de madera soportaría el embate de proyectiles chilenos. La anciana fragata *Apurímac* sirve sólo de pontón y escuela de grumetes. Al trote volvió Saavedra a la Prefectura. Al menos ya habrán llegado órdenes del Dictador.

—No contesta Lima, señoría —sudó el telegrafista. La estación central y el receptor de palacio siguen desconectados.

—¡Vaya ineptitud!

—Los telegrafistas trabajan a partir de las siete y media, mi coronel —intervino un ayudante.

—¿De veras?

—Somos empleados del Gobierno, señor —habló el telegrafista—. Y ese horario rige para nosotros.

El primer tren del Trasandino partía del Callao a las siete pero en medio de tanta confusión, el superintendente Backus anuncia que habrá media hora de retraso. En el Ferrocarril Inglés ni siquiera encendían hornillas de locomotoras. Saavedra aceptó lo irremediable. Esperarán a que se conecte el telégrafo en Lima.

—El presidente del gremio de pescadores, señoría —anunció el secretario.

—No lo puedo atender.

—Dice que los chilenos secuestraron a tres de sus agremiados, señoría.

—¿Y qué quiere que haga? —explotó el señor Prefecto—. ¿Qué vaya a pedir que los devuelvan?

Se amontonaban problemas encima suyo. Dicen playeros y lancheros que prefieren un rifle a trabajar descargando mercantes. El capitán de puerto pedía que limpiaran dársena y playa de todos esos fardos que esperan turno para la inspección de aduana. Hay junta de jefes neutrales en el blindado del almirante du Petit Thouars. Finalmente serenado, el coronel Saavedra dictó un largo mensaje para Su Excelencia. En sobre lacrado lo entregó

personalmente al Subsecretario de Marina que abordó el *Trasandino* de las siete a las siete y media.

A las 7 y 33 de la mañana de ese sábado 10 de abril, despertó el telégrafo central de Lima.

ESCUADRA

El *Huáscar* avanzaba a toda máquina metiéndose al puerto y casi a tiro de los fuertes cambió de rumbo para inspeccionar el dique flotante y salir nuevamente a mar abierto.

ESCUADRA CHILENA

La *O'Higgins* siguió las aguas del monitor hacia el sur. Se reunieron después con el *Blanco Encalada*. En el puerto, todavía sin suficiente presión para desplazarse con su propia hélice, la *Unión* fue remolcada por la lancha *Urcos* a nuevo fondeadero, cerca de tierra y de los fuertes.

ESCUADRA CHILENA AL FRENTE

Diez largos minutos tardó Lima en responder el escueto telegrama del Prefecto del Callao. Dice el Jefe Supremo que resistan a todo trance, que personalmente vendrá a ponerse al mando de los ejércitos.

Por noroeste se aproximaba el vapor inglés procedente de Panamá e intermedios. A su encuentro salió la *Pilcomayo*. Turnándose el largavistas, las autoridades peruanas del puerto observan a los buques poniéndose al habla.

En los castillos y sus importantes cañones, los soldados esperan. Esperan en buques agujereados e inservibles. Esperan en calamitosas trincheras. Y en azoteas y miradores esperan y esperan. La república con todas sus fanfarrias, su gran sello, sus elocuentes decretos, sus insignias, himnos y banderas, sus palacios oficiales y sus hermosos uniformes no puede echar intrusos de esas aguas a cuatro mil metros del puerto. Se elevó el sol por encima de la cordillera y no pudieron verlo, atrapados como están por un cielo entre opaco y lluvioso y estas playas grises. Restos de neblina ocultan a ratos al enemigo. Sin nada que hacer, la guarnición se sienta en parapetos o reclama su rancho, no es aconsejable combatir con el estómago vacío. Capitanes de mercantes trajinaban la bahía acercándose a la escuadra de las potencias neutrales a solicitar protección y a pedir intrusiones. Envejecía la mañana cuando por fin el *Pizarro*, vapor de la Pacific, se separó de los buques chilenos y entró a puerto.

Campaneaban a rebato en Lima. ¡Chilenos en el Callao, llegaron los chilenos! Cornetas tocando ataque anunciaban que las divisiones del Ejército del Centro se movilizan

hacia la costa. Su jefe, el General Vargas Machuca, partió con el Estado Mayor sobre un torbellino de cascos por la carretera al Callao. Imposible movilizar tropas por el camino de hierro, los cajamarquinos de Iglesias emprenden cantando la caminata de tres horas hasta el puerto. Cuatro mil doscientos boletos vendió el Trasandino hasta las nueve de la mañana. Y cuatro mil quinientos el más antiguo Ferrocarril Inglés. Después cerraron ventanillas a solicitud del Secretario de Gobierno Nemesio de Orbegoso. Había que reprimir de algún modo la insaciable curiosidad de esas muchedumbres que luchan por embarcar en La Micheo, Monserrate o Desamparados para mirar al enemigo. Rebaños de enlutadas beatas se apretujan cerca de los altares de la ciudad y el creciente rumor de letanías y oraciones se mezcla al plañidero quehacer de mendigos e inválidos en los atrios y al redoble que se propaga por los cuarteles y crece por estas calles por las que todos corren y piden armas o cierran sus negocios mientras la gendarmería montada patrulla en columna y un escándalo de cacharos y gritos, un verdadero motín desordena la Cárcel Pública de Guadalupe donde los presos exigen un puesto en el combate. Nueve capitanes de navío, once de fragata, sesenta entre capitanes de corbeta y tenientes, todos sin buque, forcejean en los trenes y se abren paso hasta los castillos a solicitar plaza como cabos de cañón o simples rasos. El veterano Aurelio García y García, compañero de Grau y ex-primer jefe de la *Unión*, se encargó de un Blakeley a órdenes del joven capitán Urbieta. Carlos Ferreyros, a cuyo mando se perdió la *Pilcomayo*, fue admitido como cabo de cañón en el Fuerte Ayacucho. También aparecían veteranos a pedir un fusil. Al capitán Manuel Noguera, reliquia del ejército patriota de la Independencia, le entregaron un chassepot y una compañía en la batería 21 de Diciembre. Cuarenta médicos ofrecían sus servicios al Cirujano Mayor del Callao Santiago Távara, cuyas heridas de Angamos recién concluyeron de cicatrizar y que temporalmente sin oficina, despacha en la botica del Dr. Arnaiz. Ahora agente de aduana, el director del clausurado diario "El Comercio" José Antonio Miró Quesada se despoja de su levita, en criticadas mangas de camisa da ejemplo a plateros indecisos y empuja bultos, con otros repentinos voluntarios empieza a limpiar la dársena de obstáculos. Toda esa carga y cuanto hay en mercantes sorprendidos por el bloqueo debe ser llevado a la aduana y después a Lima o a Bellavista, lejos de la artillería enemiga. El vociferante

convoy del Trasandino se atrasa una hora. Informan a la Prefectura que una locomotora despedazó al niño Miceno Jiménez, de doce años, que quería venirse de voluntario al Callao.

El *Pizarro* fondeó a las once de la mañana. En el vapor inglés devolvían a los pescadores capturados al amanecer. No hubo tiempo de interrogarlos. Una lancha del *Blanco Encalada* entraba a puerto con bandera de parlamento.

—¡Que esos miserables no pisen tierra! —se indignó Villavicencio que acaba de asumir el mando de la *Unión*—. ¡Señor Benavides, vaya a su encuentro!

A bordo de la *Urcos*, el tercer jefe de la corbeta gruñó un seco sí señor, en el acto señor. Habían estado cerca de desintegrarlo esa madrugada. Un sentimiento de humillación e impotencia para devolver el agravio, se le revolvía por el vientre. ¡A toda máquina! Tres guardiamarinas de la *Unión* empuñan rifles, dos artilleros van sobre la caseta a cargo de una ametralladora. Benavides avanzó a proa. Como atravesando una ciudad acuática, la *Urcos* cortaba la espesa hedionda nata portuaria esquivando vapores y grasientos veleros, a ratos sólo visible su grueso penacho de hollín, hasta salir por un extremo de la dársena enarbolando bandera de parlamento.

—Paren máquina —ordenó entredientes. A un cable de distancia, la lancha enemiga aminoró su velocidad. Contó doce marineros, tres guardiamarinas y un capitán de corbeta enemigos—. Avante un tercio.

Las embarcaciones se juntaron hasta casi tocarse. Marineros peruanos y chilenos se observan hoscamente a la vez que mantienen la distancia de sus lanchas con auxilio de pértigas. Los comandantes enemigos se clavaron miradas, más bien burlón el chileno de rostro afeitado, con agraviada cólera el peruano que no ha tenido tiempo ni de tomar desayuno. Acaso no vuelvan a encontrarse otra vez a esta distancia, como no sea para matarse ferozmente.

—¡Señor, el Almirante en jefe de la Escuadra de Chile me encomienda entregar este pliego al señor jefe político y militar de la plaza del Callao, señor! —ladró cortésmente el enemigo.

—¡Señor, el señor Prefecto del Callao me encarga recibir la comunicación de su Escuadra, señor! —replicó con idéntica voz de mando el marino peruano.

Los oficiales se acercaron. De una lancha a otra, el chileno entregó un gran sobre de papel de hilo cerrado con lacre y el escudo de la Marina de Chile.

—¡Señor, soy portador de un pliego del señor Almirante en jefe de mi Escuadra dirigido al honorable cuerpo consular establecido en la plaza del Callao, señor! —volvió a discursar el enemigo— ¡Deseo entregar a usted dicha comunicación, señor!

—¡Diga usted señor al señor Almirante en jefe de su Escuadra que los pliegos que remite serán entregados inmediatamente a su destino, señor!

El chileno saludó con la diestra en el quepís naval. Benavides devolvió la cortesía. No se movió la *Urcos* hasta que la lancha a vapor del *Blanco Encalada* no emprendió el regreso en busca de su escuadra.

República de Chile

Comandancia en jefe de la Escuadra

Rada del Callao, abril 10 de 1880

Señor:

Por orden del Supremo Gobierno de Chile vengo a establecer el bloqueo de este puerto y de las caletas próximas que de él dependen.

Lo notifico a U.S. haciéndole saber que tengo instrucciones para conceder ocho días de plazo a fin de que efectúen su carga o descarga las naves de comercio neutrales surtas en esta bahía y se alejen de ella. Pudiendo las operaciones de guerra hacer necesario romper fuego sobre las fortalezas, los edificios de estas poblaciones o sobre cualquier punto de ésta, creo de mi deber notificar a U.S. con el objeto de que estos habitantes y los buques neutrales se encuentren prevenidos anticipadamente.

Dios guarde a U.S.

Galvarino Riveros

No habrá batalla hasta dentro de ocho días o más. El General Vargas Machuca respiró aliviado. La verdad, ni los fuertes, ni los restos de escuadra nacional, ni el bisoño Ejército de Centro están listos para entrar en combate. Debían reorganizar la guarnición de los castillos, poniendo al mando de los cañones a expertos marinos ahora sin colocación. Y trabajar veinticuatro horas diarias cargando y descargando buques, limpiando almacenes y aduana y, en fin, evacuando a los civiles. Todo el puerto quedará convertido en campo de batalla.

Los cónsules extranjeros sesionaban presididos por su decano.

¿A qué hora llega Su Excelencia?

La multitud no se movió de playas y azoteas y miradores a la hora de almuerzo. Chilenos cojudos, ya verán. Al Callao no entraba nadie. Ni la poderosa escuadra de España pudo ofender la plaza hace catorce años. Se sucedían arengas. Tropas que cumplieron la guardia nocturna y que han permanecido en sus puestos toda la mañana, pedían rancho, un relevo para reposar sus huesos. Hoy no habrá combate, ¿por qué no vuelven a casa esos curiosos insoportables? Empiezan a llegar bandas de músicos. Agobiado por el déficit municipal de trescientos mil soles, el Alcalde del Callao José Fonseca declaró al Concejo en sesión permanente. Ordenan evacuación. ¿Cómo y adónde llevarán a los ocho mil menesterosos del puerto? ¿Y con qué fondos, si la municipalidad está quebrada? ¿La una, las dos. Un tren expreso chirrió deteniéndose por la línea del Trasandino.

¡Viva Piérola!

Con chaqueta borgoña de dorados botones, fajín supremo de seda, negrísimas botas a la federica, quepis y antejo de campaña, espada y damasquinado revólver, escoltado por los secretarios de estado en pleno y por el Estado Mayor General de los Ejércitos y, en fin, aliviados sus movimientos por fornidos lanceros de Torata que abren calle y apartan a los intrusos, Su Excelencia dejó el tren especial dedicando una furiosa mirada a los buques chilenos que cierran el puerto bajo una llovizna intermitente. Era uno de esos días opacos y tristes, que lejos de iluminar parecen oscurecer el Callao. Una numerosa comisión de jefes militares y navales y de autoridades políticas acompañó al Dictador hasta el edificio de la Prefectura.

—Estuvieron a punto de torpedear a la *Garibaldi*, Excelencia. La confundieron con la *Unión* —informa el coronel Saavedra.

—¡Incapaces! —se oyó al Jefe Supremo.

De inmediato celebraron junta. Es verdad, el coronel Iglesias conviene en que la guarnición de los fuertes no es de lo mejor, tenían una semana para ponerse a punto de combate. Pero es igualmente importante mover toda esa mercadería, ya los ministros extranjeros habían pedido al canciller Pedro José Calderón que aceleraran la descarga poniendo a salvo los intereses neutrales. Miles de toneladas de alimentos básicos o exóticos, barricadas de aceite comestible o de vino de burdeos, herramientas inglesas y fardos de dinamita están allí expuestos al fuego chileno. Parece a

Su Excelencia que han demostrado prontitud y celo en defender los intereses nacionales. Recomienda felicitar al comandante Benavides y a los tripulantes de la *Unión*. Cumplido el plazo de ocho días, seguramente la escuadra enemiga principiará el ataque. En el escenario donde Mariano Ignacio Prado había derrotado a los buques españoles, él, Nicolás de Piérola, jefe supremo y salvador de la Nación Peruana, obtendrá una victoria aún más importante. Dejó para después la aprobación de urgentes decretos y salió a visitar los fuertes y la *Unión*.

Gran rebaja de precios

Sacos vacíos. Hilo de cáñamo. Soda cáustica. Cabo manila. Ocre amarillo y colorado. Barricas de varias clases. Grasa alquitranada. Cola francesa. Aceite de linaza. Ladrillos de Bristol. Aguarras. Sebo americano. Azarcón. Melaza. Masilla. Tiza. Cimiento portland. Ladrillos a fuego. Baldes americanos. Bateas americanas. Baldes galvanizados. Balanzas surtidas. Algodón deshecho. Líneas para pescar. Mantequilla. Encurtidos. Conservas de langostas y ostiones. Mostaza inglesa. Pimienta molida. Coñac Hennessy y Martell. Cerveza Brass tapa verde. Cerveza negra marca Chancho. Cerveza noruega. Cerveza de Bavaria. Jerez fino y corriente. Vinos de Madeira. Lúpulo de la última cosecha. Cebada. Cebada superior para cerveceros.

Grace Brothers & Co.

Calle de la Constitución, Callao

Martes 13 en el Callao

Mister Flint se encogió de hombros. Así es la vida, joven. Grace Brothers & C^o liquida sus grandes almacenes de la calle Constitución, despedía a cuarenta empleados este martes 13 de abril. ¿Nada más que veinticuatro soles papel después de cinco años de leales servicios? No pueden hacerme esto, quiso decir y no dijo Crisóstomo Cha-

morro viendo alejarse a mister Flint trajeado de campaña, con polainas y sombrero australiano. Antes de salir de casa esa mañana, había dicho a su mujer y a su madre que no se preocupen, seguramente la Compañía los ayudará a salir del puerto antes del combate. Chamorro tiene ochenta soles guardados en el Banco del Callao. No había dormido en toda la noche cavilando medios para poner a su familia a salvo de la guerra. Decidió consultar el problema con el propio superintendente mister Ears, que alguna vez dijo, a manera de recompensa, oiga Chamorro, venga a mi oficina cuando me necesite. Pero en la Grace lo esperaba un sobre con veinticuatro soles de mierda que no alcanzan para nada y la palmada en la espalda con que mister Flint lo puso de patitas en la calle. Diez minutos después quiso colarse hasta el escritorio del superintendente. Ears ni siquiera levantó su ojos abrumados por pérdidas que ocasiona el bloqueo. ¡No moleste, fuera, fuera de aquí! Pero mister Ears, yo, por favor, escúcheme. Un gringo forzado le arrugó la chaqueta empujándolo al callejón donde soeces carreteros cargan mercadería que ya cambió de dueño.

Recogió los botones rotos de su levita de oficinista. Nadie parecía prestarle atención. Vagando por Constitución miró atontado el descomunal laberinto de carretas y tropas que llegan y de paisanos que se van. Faltan cuatro días para que se cumpla la evacuación total del puerto. ¿Y ahora? Ahora qué. No podía pagar seis camas de hotel en Lima, ni quedan habitaciones disponibles en pensiones decentes. Cobran cuatro y cinco veces la tarifa normal por una mudanza y los ferrocarriles ya subieron sus fletes. Y él estaba sin trabajo. ¡Qué tal, Chamorrito, que cara traes! Era el señor Rosales, camalero y comerciante de leña y manteca, su antiguo patrón. Fregado, señor Rosales, me botaron de la Grace y no tengo adonde ir. Como Chamorro han de quejarse mil ochocientos chalacos que perdieron su trabajo desde que empezó el bloqueo. El otro se escurrió rápidamente con una sonrisa de conmiseración, no te preocupes Chamorrito, ya se arreglará, no hay mal que dure cien años, ya lo sabes, si de veras me necesitas ven a buscarme.

Tardaba en calcular el tamaño de su desgracia. Cierran la Grace y la Compañía Inglesa de Vapores se muda a Ancón. Trasladan los archivos del consulado de Italia a la blindada fragata *Garibaldi*, monsieur Herouard embla mil seiscientos finos sombreros "Ferrocarril" antes de clausurar para siempre su sucursal del Callao, medio centenar de bomberos carga toda la dinamita Nóbél que queda

en los depósitos de C.M. Schröder, sombríos alemanes cuentan botellas en la Cervecería Internacional, se atracan carretones y azotan mulas en la calle Arsenal, cada media hora trepidan cuesta arriba trenes repletos de fardos y barricas. La verdad, nadie necesita los servicios del joven Chamorro. Pronto casi todos los chalacos se encontrarán en la misma deplorable condición. Frente a la Prefectura se agita una multitud de desempleados menesterosos exigiendo se suspenda la evacuación. Salvo los ricos que tienen casa en Lima o que se instalan en el Hotel de Francia e Inglaterra o en el Hotel Universo o que, en fin, disfrutan de la hospitalidad de parientes, la mayoría de los porteños tampoco tiene adonde ir. Don Pancho Jurado y el joven Mendieta también despedidos de la Grace esta mañana, pasaban la voz a Chamorro, vamos, el coronel Saavedra ha prometido ayudar. Pero no apareció el señor Prefecto sino columnas de gendarmes que de inmediato cargaron para despejar la plaza.

A cuatrocientos metros de distancia el General Ramón Vargas Machuca contempla a sus inexpertos batallones convocados para defender el puerto.

—¡Soldados del Ejército del Norte!. . . —eleva el mentón, echa un vistazo a la inmortalidad, casi grita su arenga— . . . ¡El enemigo está a nuestra puerta y pronto lo veremos humillado!. . .

Mister Kendall, capitán del vapor del sur, descubrió con disgusto la presencia de buques chilenos en el Callao. Ni le han notificado el establecimiento del bloqueo ni mister Kendall reconoce otra autoridad en los océanos que la de Su Majestad la Reina Victoria. Venía de Pisco e intermedios, con la cubierta llena de piojosos pasajeros de última clase, comerciantes de gallinas y mujeres con canastas de frutas o de tejas iqueñas y uvas pasas, inmundas criaturas a las que Kendall arrincona en proa de su pequeño pero bien aseado vapor. dispensándoles un trato no tan amable como el que le merecen vacas finas o caballos y perros de buena estirpe. El inglés no se propone perder tiempo paseando frente a la costa peruana en busca de un muelle donde desembarcar su carga y a esos miserables que ahora forcejean por un sitio en las bordas para ver mejor al enemigo. Su destino es el Callao y allí se proponía fondear aunque protesten los rotos. Así que emergió del Boquerón y a toda máquina pasó frente al *Blanco Encalada* ignorando señales que le ordenaban detenerse.

— . . . Dos hombres funestos para el país, Pardo y Pra-

do, han traído a la Patria al borde de su ruina, pero la Providencia en sus altos designios ha colocado al frente de ella al hombre que debe salvarla —prosigue su arenga en los fuertes el General Vargas Machuca—. En Su Excelencia, el Jefe Supremo, están cifradas las esperanzas de los verdaderos patriotas. ¡Tened confianza! ¡Con su valor, patriotismo e ilustración, él salvará la honra nacional!...

El vapor *Arequipa* no pasó del Camotal. Cortando la bahía a todo vapor, el *Huáscar* disparó un cañonazo de advertencia con su flamante batería Armstrong de 250 libras. A la fantástica velocidad de dieciseis nudos también navegaba a su encuentro la torpedera chilena *Guacolda*.

A diferencia de casi todos los porteños, Crisóstomo Chamorro no escuchó retumbar el cañonazo enemigo, ni conoce que mister Kendall se negó primero a soltar la escala y que, en fin derrotado, partió en un bote a quejarse ante el Almirante Sterling a bordo de un acorazado de Su Majestad. En ese momento lo cargaban con otros heridos a la Botica Central Italiana, donde providencialmente se encuentran el Cirujano Mayor del Callao Santiago Távara y los médicos Elmore y Mizpireta, de la batería de mil. Sólo Dios sabe que lesiones sufrió este infeliz cuando cayó aturcido por un planazo de sable y lo atropelló la caballería. Távara prestó atención a su palidez de agonía, lo examina primero. Hum, cabeza resistente, no se la habían roto. Es un corte en el cuero cabelludo lo que sangra tan profusamente. Alza un párpado, calcula el pulso. ¿Camilla? Todavía no. Limpia la herida, con veloces expertos movimientos lo cose en crudo. Chamorro se quejaba bajito, inconsciente.

—... ¡Un enemigo aleve que no tiene más principio que el robo y el pillaje se ha atrevido a hollar el suelo querido de la Patria, sin tener en cuenta que con el valor del soldado peruano sus crímenes tendrán pronto castigo... —apura su discurso, mira intranquilo la bahía el General Vargas Machuca— ...Mientras llega el momento solemne, ayudadme a decir: ¡Viva la República!...

Fricciones de ron reanimaban al desempleado Chamorro. Altas bestias arrancando a galopar, gendarmes que sajaban el aire, que lo buscan. Golpeó su cuerpo por el empedrado. ¿Dónde estoy? Quieto, muchacho, procura no moverte. ¿Qué me han hecho? Tienes que descansar por lo menos una hora. Los camilleros procuran sujetarlo pero consiguió rebuscar sus ropas. ¡Me han robado! —gimió— ¡Veinticuatro soles me han robado!

—...; Viva Su Excelencia el Jefe Supremo!

Mister Tiller, contador del *Arequipa*, contestó desafiadamente el saludo de chilenos que suben a bordo y se acercan a su oficina. Quieren cambiar billetes de banco de su país por peruanos. Replica mister Tiller que cómo no, que el cambio oficial es de doce peniques por sol billete, que cuántos soles desean comprar. ¡Doce peniques! ¡qué tal gringo vivo! A seis peniques por sol ya estaba bien servido, qué más quieres, si los pesos chilenos se cotizan a treintiséis sólidos peniques. El contador echó llave a su caja fuerte. Se siente muy gusto con los billetes peruanos, no necesita cambiarlos por el momento, caballeros. De otros buques bloqueadores llegan falúas con oficiales que van directamente a cubierta, a comprar cítricos, aves, legumbres, cualquier fresca delicia que rompa la monotonía de su dieta de alimentos secos. ¿A cuánto la gallinita? Cincuenta soles. ¿Me vende su marranito? Cuesta cien soles. ¿Tiene naranjitas? Veinte soles cada una. ¡Cholos de mierda! Ni uno solo quería vender.

No lejos de la finca de los Dartnell, en la calle Libertad, la viuda Chamorro hacía bultos con propiedades importantes: siete tazas y una tetera inglesas, ropa, la máquina de coser, una enciclopedia, cacharros de cocina. Por ahora dejaremos la pianola y los muebles, instruía a su nuera y a la vez miraba con pena su antiguo ropero de cedro con espejos biselados y la cómoda de alcanfor. Ya llenos sus tres baúles, el cesto y dos maletas, ponían ropa sobre sábanas cuyas puntas anudaban. Contagiados de cierto espíritu de aventura, los niños revuelven encajes amarillentos o se meten en la carbonera disputando la roñosa espada que acompañó al abuelo en las luchas por la Independencia. Un alarido infantil crispó a Encarnación y a su suegra. ¡Ratas, mamá! ¡Mordieron a Roberto! Corrió recogiendo esa espada herrumbrosa. Roberto sangraba de las piernas mientras comprime contra su cuerpo de siete años una mano a medias devorada. Enormes ratas rojizas que escapan de removidos almacenes portuarios, entraban hambrientas por la carbonera. Sin titubear la mujer atacó con repugnada ferocidad. No supo por dónde llegaron los bomberos Bracho y Arellana. Retrocedieron las ratas bajo una lluvia de piedras. Bracho sostuvo a la joven señora mientras Arellana cargaba al niño en busca de un doctor. A mitad de patio Encarnación descubrió a su esposo con la cabeza vendada y las ropas deshechas, apoyándose en una pared. Entonces sufrió una incontenible crisis de llanto.

El *Arequipa* zarpaba al fin del Callao con nuevo rumbo a Ancón. Pero la atención de los porteños se dirigió a las puertas de la Municipalidad, donde el señor secretario anuncia que habrá transporte gratis a Lima para todos los menesterosos. Sí, sí, podrán llevar sus enseres. El señor Alcalde Fonseca acaba de contratar con el Transandino y el Tren Inglés tres vagones en cada convoy para evacuar a la gente pobre. ¿Cuándo empieza? Tal vez mañana. Primero tenían que conseguir alojamiento para todos en la Capital. En el elegante salón del Concejo, José Fonseca escucha una silbatina de protesta. ¡Qué más querían carajo! Pero controló su cólera nuevamente prestando atención a los camaleros. Melitón Porras, Alcalde de Lima, bombardeaba Callao con telegramas urgiéndolo a frenar una incontinente especulación. Inmutables camaleros no pueden explicar cómo desapareció ganado del Matadero General. Hoy escaseó la carne en los mercados limeños, también en el puerto. Su precio se disparó a cinco soles el kilo cuando el tope oficial es de nueve reales. Paga la gente sin chistar doce reales por libra de frijol, ochenta soles por costal de azúcar, cien por uno de arroz superior y sesenta por saco de harina. A ocho reales la libra de pallares, a sol cincuenta la de manteca del país, a cinco y seis soles el quintal de leña, no se sabe como harán los pobres para alimentarse. Y no hay charqui, lentejas, kerosene, chalona y chancaca.

La viuda Chamorro inventariaba sus más importantes propiedades: un camafeo, dos dijes de oro, cuatro antiguas monedas de plata, tres cucharitas labradas y, por supuesto, la pianola, orgullo de la familia. La máquina de coser servirá para ganarse la vida si Crisóstomo no consigue empleo en Lima. Tenían parientes adinerados en Puno, al otro extremo de este planeta sin rumbo. Su hijo pregunta dónde están Encarnación y los pequeños. Han ido al doctor, dijo su madre, y tú debes descansar esa cabeza tan magullada. No te preocupes, hijo, decía la señora. Acabo de enterarme que habrá trenes gratis para los pobres. Venderé mis alhajitas y nos iremos a Lima ahorrando hasta el último centavo.

Sorpresa en Locumba

El largo estrecho valle de Locumba es ahora frontera peruana, vanguardia del aislado Primer Ejército frente a la invasión chilena que crece por Moquegua. Gregorio Albarracín, coronel-hacendado cuya antigua montonera se convirtió en el escuadrón *Flanqueadores de Tacna*, no necesita largavistas para conocer que todo está bien por este rumbo y en derredor del tambo de Sagoya, donde los suyos tomaban desayuno. Los ciento cincuenta jinetes tacneños son viejos amigos, de arriba y de abajo, de toda la vida. Antes de la guerra, Albarracín nada más picaba espuelas seguido por su hermano Francisco, los capataces Rejas y Sañudo y una docena de peones tan hábiles para cosechar vid como para lanzar estocadas y disparar el wíchester, y en unas horas se le habían unido doscientos revoltosos. Transformada en cuerpo regular de caballería, la legendaria montonera tacneña vistió uniforme y don Gregorio debió distribuir categorías militares entre amigos y partidarios. Reservó para sí el superior grado de coronel efectivo. El capataz Rejas ascendió a capitán y Filiberto Sañudo a teniente. Al acaudalado Felipe Cusicanqui le reconocieron rango de sargento mayor, lo mismo que a don Ricardo Santana. El asututo bachiller Barreto, que cierta vez las ofició de cura para falsificar una boda en Moquegua, se conformó con insignias de capitán. Pedro Pablo Taillacq, pariente de los caciques de Tacna, vestía atuendo de teniente debajo de un multicolor poncho cusqueño. Circularon botellas de vino ajerezado mientras los hombres de Albarracín escuchaban contar a unos arrieros como fué el saqueo de Moquegua después de la batalla de Los Angeles. La pasaremos mal si esos cabrones consiguen arrollar al Primer Ejército, decía Barreto a la vez pensando en gente tacneña y en despreocupados capitalinos que los han abandonado a su suerte. El escuadrón de Albarracín no sólo vigila Locumba, cien kilómetros al norte de Tacna, sino que explora constantemente la cordillera esperando refuerzos de Arequipa por difíciles caminos que siempre están vacíos. Minúsculas polvaredas llamaron la atención del coronel a las ocho de la mañana. No será un día como tantos otros, de aburrimiento y espera. Antes de que sus vigías dieran la alarma, ya Albarracín se enderezaba de un salto anunciando que vienen chilenos.

El hacendado MacLean llegó al galope. ¡Goyo, chilenos! Albarracín le dio unos sorbos de aguardiente. ¡Cálmate, hombre, cuenta tranquilamente lo que sabes! MacLean recuperó el resuello. Sesenta jinetes enemigos habían entrado temprano a la rica hacienda de Chironta y luego de saquear el fundo de Sologuren, siguieron rumbo al pueblo de Locumba llevándose al hacendado Vargas. Solo MacLean pudo esconderse y escapar. Buscó a los tacneños a revienta cinchas. Más caballería de Chile entraba por Sintoto. Parece que esta vez andamos parejos con los rotos, murmuró Albarracín. Supo que sus oficiales pensaban lo mismo: esperar al enemigo en Locumba.

Dos horas más tarde los capitanes Rejas y Barreto entraron al pueblo. Albarracín apostaba vigías en la hacienda Valdivia, a un kilómetro de distancia. Su plan no podía ser más sencillo. Mientras muchos verdaderos residentes abandonan el pueblo, tacneños y rabonas tomarían su lugar. La tropa de Albarracín andaba desuniformada por falta de recursos. Sólo tendrían que cambiar ropas los oficiales. Doscientos pobladores aceptaron quedarse a colaborar con el famoso guerrillero. La mitad del escuadrón se escondió con sus armas en casas principales o recuperó su antigua personalidad civil. El resto de la montonera se ocultó en la campiña, lista para rodear Locumba tan pronto entrara el enemigo. El bachiller Barreto había desnudado al reverendo Maldonado para asumir la personalidad de clérigo que tanto le divertía. Bajo la sotana, demasiado ancha para su cuerpo enjuto y tabacoso, cargaba un revólver.

Treinta cazadores chilenos aparecieron en la hacienda Valdivia a las once de la mañana. Venían al mando del teniente coronel Diego Dublé Almeida, jefe de estado mayor de la Tercera División enemiga. Partidas más numerosas de chilenos reconocían arriba abajo el valle, levantando mapas, anotando bebederos de agua verdaderamente dulce y comprobando el salobre azufrado sabor del caudaloso río Locumba. Ignorándose apuntados por pacientes carabinas peruanas, los cazadores descansaron a la sombra de una arboleda mientras tres o cuatro jinetes averiguaban si el pueblo está en paz o en pie de guerra.

Giuseppe Vaccaro, voluntario sargento ítalo-peruano salió a saludar al enemigo. Ajenas ropas de ciudad apretaban su vientre. El respetable aunque juvenil aspecto extranjero tranquilizó a los exploradores. Un grupo numeroso de mujeres y niñas conversa con el cura en la puer-

ta de la iglesia, nadie parecía sorprenderse por la aparición de los chilenos. Vaccaro dijo llamarse Vaccaro y ser cónsul de Italia en Locumba. Lentamente a pie lo llevaron hasta la hacienda. Oyó que los exploradores anuncian nada que temer, mi comandante, los cholos se corrieron. Dublé saludó amigablemente al falso cónsul. Afirma el oficial que nada más reconocían el valle, que no buscan pleito, que no harán daño a nadie pero que si los hostilizan, entonces no dejarán piedra sobre piedra. Vaccaro sonrió de acuerdo. Se dejó interrogar como si fuese un soplón obsecuente. ¿Albarracín? Hace tres días se fue en busca de pastos a Sagoya. Y los nacionales de Locumba se dispersaron tan pronto partió la caballería peruana. Quedaban en el pueblo trescientas personas señor comandante, gente honrada y de trabajo que no quiere mezclarse en esta guerra desdichada.

El capitán enemigo Ramón Rojas Almeida se dirigió a Locumba al mediodía con bandera de parlamento y un mensaje de Dublé para la autoridad civil o militar del pueblo. *El que suscribe, comandante de las fuerzas chilenas que han llegado a este valle, pone en conocimiento de Vuestra Señoría que debiendo pasar con ellas por el pueblo de Locumba, previene que cualquier trato hostil que los habitantes de este pueblo hagan a las fuerzas chilenas será tratado el lugar como tomado a viva fuerza. Si el procedimiento es contrario, se dará a los habitantes toda clase de garantías. Espera la contestación de V.S. para entrar al pueblo. Su atento servidor, Diego Dublé Almeida.*

Ni siquiera miraban a Rojas. Se detuvo frente a la iglesia.

—Buenos días, hijo, ¿qué se te ofrece? —se aproximó el falso cura Barreto.

—Buen día, padre, vengo a parlamentar. Soy oficial chileno.

—No había reconocido tu uniforme, hijo. Para Nuestro Señor no hay chilenos ni peruanos sino solamente hijos de Dios —el capitán Barreto elevó su mirada al cielo como disculpándose por anticipado. Atisbando desde una ventana, Rejas se retorció de risa. ¡Es capaz de casarlo al rotito y en perfecto latín! Barreto juntó angelicalmente las manos—. No hay nadie con quien puedas parlamentar en este pueblo, hijo.

—¿No hay gobernador?

—Nadie, hijo. Todos se fueron —ahora se aproximaban falsos paisanos con súbita curiosidad. El cura-capitán

los abarcó con un amplio gesto apostólico—. Sólo ellos quedan, mi rebaño.

Rojas leyó en alta voz la comunicación de su superior. El pueblo de Locumba aceptó los términos: que entraran tranquilos, serían bien recibidos.

Un picante olor a carnes asadas y a mondonguito recibió al sonriente jefe chileno. ¡Vaya que eran mansos los tacneños! Ordenó comprar galleta y latas de sardinas para su tropa y distribuyó centinelas a la entrada y salida de Locumba y en el campanario.

—Bienvenidos, caballeros —se oyó la voz dulzona de Barreto. Llamó la atención de Dublé la amplitud de su casposa sotana. Buen día, padre, le viene grande la ropa. Ah, hijo mío, si tuvieses que vivir en estos zancudales comprenderías que las apariencias engañan, hombre robusto fuí hasta quebrantárseme la salud. Todo sea por el Señor. Dublé convino que no es buen clima para nadie y se arrepiñó de haber sospechado de tan simpático sacerdote. Barreto señaló una casa bien refrescada entre el tambo y la parroquia—. Todos los hombres pertenecen al rebaño de Dios, sois mis hermanos en el Señor. . .

—Gracias, señor cura.

—... así que compartiré con vosotros mi humilde mesa. No puedo ofrecer almuerzo a todos los visitantes pero a los señores oficiales. . .

El capitán Rojas y el alférez Almarza se unieron a su comandante. Silenciosas mujeres de negro servían adobo y choclos, quesos tacneños, buenas aceitunas, agua fresca y pan en abundancia. Mientras los chilenos permanecían de pie, el cura desapareció unos minutos. Sollozaban en algún lugar de la casa. Barreto volvió con tres botellas de vino.

—De mi propia sacristía —sonrió antes de pronunciar una oración en latín y sentarse de espaldas a la cocina—. Acomódense, caballeros. Y dad gracias a Dios por su infinita misericordia.

No tragaban el segundo bocado cuando una vieja enlutada llamó al clérigo.

—¿Qué sucede, padre? —volvió a desconfiar Dublé.

—Nada que te concierna, hijo mío.

—Me concierna todo lo que sucede en Locumba, por ahora —cambió de voz el chileno.

—No, hijo. Lo que ha ocurrido concierna al reino de Dios —respiró pacientemente—. Uno de mis feligreses ha muerto y no tenemos con quien llevarlo a enterrar.

—Podrían ayudar nuestros soldados —propuso el alférez agradecido por merienda tan abundante.

—Un momento —Dublé se incorporó a echar una mirada en la cocina—. ¿Cuándo fue que murió?

—Mmm —titubeó el clérigo—. Un par de horas.

—Pues entíerrello mañana, señor cura. Ahora ocupémonos del vino —y el enemigo se sentó de nuevo sonriente.

Dos habitaciones más lejos, el coronel Albarracín dio por concluida su propia merienda. ¡Listos! Como unas palomas, susurró Barreto. Los chilenos vigilaban el pueblo afuera sin ver abrirse ventanas en derredor suyo. Ochenta y cuatro carabinas apuntaron a los cazadores que almuerzan sardina a la exigua sombra de paredes de adobe y minúsculos aleros. El coronel encargó el mando de los emboscados a Cusicanqui. Barreto dará la señal de abrir fuego. Recomendó Albarracín que tomaran vivos a los oficiales. Luego se evaporó por una huerta a ponerse al frente de sus jinetes.

Un plácido caluroso abejorreo adormece a Dublé mientras líquida su porción de grueso estofado de buey con papas. Acaso convenía quedarse aquí hasta mañana. Otros sesenta cazadores se acercan a Locumba por Chironta y el resto de su escuadrón llegaba por Sinto. El cura, que casi no ha probado alimentos, reapareció con dos botellas de jerez y se evaporó.

Un trapo rojo asomó por la puerta de la iglesia.

—¡Fuego! —tronó el mayor Cusicanqui.

Aquella unánime descarga estremeció Locumba derribando chilenos y caballos. Al mismo tiempo Albarracín irrumpió en las afueras del pueblo seguido por jinetes que acuchillaban el aire.

Dublé y sus oficiales salieron de la casa esquivando ajustadamente una descarga de fusilería. Enloquecían sus cabalgaduras, arrastran a los cazadores que intentan montar, ruedan malheridos centinelas. Dublé saltó sobre su caballo, con un golpe de espada cortó la rienda atada a un tronco, en medio de una espantosa confusión picó espuelas hacia la campiña. Sólo tres cazadores pudieron seguirlo.

—¡A los caballos! —gritó Albarracín cuando los chilenos embistieron el camino a la hacienda Valdivia.

La descarga de carabinas no los detuvo. Aunque herido en el anca, el caballo de Dublé siguió galopando. Una partida de veinte montoneros los persiguió hasta los cerros.

En las calles de Locumba, diecisiete chilenos se entregaban prisioneros. Cusicanqui contó nueve muertos.

Editorial de "The Bullonist" de Londres

Habiendo Chile, por el éxito de la guerra, tomado posesión de la costa de Bolivia y de la provincia toda de Tarapacá en el Perú, interesa evidentemente a sus habitantes y a todas las naciones civilizadas y progresistas que lo posea permanentemente y que su Gobierno administre aquellos territorios.

El territorio boliviano contiguo a Chile, prácticamente no forma parte de Bolivia; está habitado únicamente por súbditos chilenos y separado del Estado a que pertenece por una inaccesible cordillera de montañas.

Su puerto de Antofagasta no sirve para la importación ni para la exportación del extenso interior de Bolivia, siendo el puerto de Arica, en el Perú, por donde Bolivia tiene su entrada y salida al Pacífico.

No se disputará que Bolivia tiene derecho a un puerto en la costa del Pacífico y la conveniencia de las cosas demuestra que debería tenerlo donde la naturaleza se lo ha dado con tanta justicia.

Dando a Bolivia una pequeña faja de territorio en el Océano Pacífico, incluyendo el puerto de Arica, será un excelente medio entre las dos repúblicas hermanas y la colocarán en estado de aumentar sus grandes recursos interiores por un puerto pequeño, seguro o independiente en la costa del Pacífico.

Suponiendo tal modificación de frontera como uno de los resultados probables de la guerra, la provincia de Tarapacá será separada de la República Peruana.

En la costa y en la islas adyacentes se encuentran los grandes depósitos de guano, hipotecados especialmente a los tenedores europeos de bonos por un empréstito que asciende ahora en capital e intereses atrasados a más de £ 40.000.000.

En el interior de esta provincia están los grandes depósitos de nitrato, en los cuales principalmente los ingleses han invertido £ 4.000.000.

Hasta el presente, como decíamos la semana pasada, estas grandes riquezas naturales, a causa de la mala administración del Gobierno Peruano, han sido para el país una maldición en vez de una bendición.

Si en el tratado de paz que debe hacerse luego entre

Chile, Bolivia y Perú, el último cede irrevocablemente a los tenedores de bonos todos los depósitos de guano y nitrato existentes en la provincia de Tarapacá, recibiendo en cambio un finiquito de toda la deuda externa y certificados de nitrato, de manera que el Perú pueda comenzar una vida nueva, libre de toda dificultad financiera, habrían buenas esperanzas de la regeneración del país, porque el Gobierno y el pueblo aprenderían esta saludable lección: que una renta procedente de la industria honrada tiende más a la prosperidad permanente de una nación que todas las minas de oro y riquezas excepcionales.

La vecina república de Chile es un brillante ejemplo entre los estados sudamericanos de los benéficos efectos que provienen de la honradez, industria y probidad.

Bajo un Gobierno semejante, los tenedores de bonos peruanos tienen la mejor garantía de que sus derechos serán respetados y los depósitos de guano y de nitrato administrados de manera que den a sus propietarios reales un pago sustancial.

Creendo que este fin, que deseamos se llevará a cabo y que establecerá una paz permanente entre Chile, Perú y Bolivia, pedimos la anexión de Tarapacá a Chile, dando en cambio a Bolivia el puerto de Arica y al Perú el finiquito de su deuda externa.

Después del vergonzoso camino que el Perú ha seguido con sus acreedores, no puede esperar que se le trate como si hubiera sido siempre un Estado honrado.

No atraerá las simpatías del mundo civilizado por más que proteste; y Chile, el Estado vencedor, tiene ciertamente títulos para exigir la compensación por sus gastos y pérdidas.

Principia el éxodo

La comisión presidida por Gerardo Garland informó a la Municipalidad que hay suficiente trigo y harina para abastecer a los limeños durante los próximas semanas. Otra comisión encabezada por Gustavo Heudebert comunica que en Cerro de Pasco hay carne de primera a quince centavos la libra, es decir, veinte veces menos que el precio de mercado negro a que se cotizó esta mañana el lomito fino. Me-

litón Porras descargó manotazos sobre la mesa, qué se han creído, es un pecado y un delito especular con el hambre de los humildes. Al señor Alcalde de Lima se le hinchaba la mirada de cansancio. Cinco días cumple trabajando de siete de la mañana a medianoche. Había llamado a sus más íntimos amigos a que lo ayudaran con el problema de las subsistencias. Bartolomé Figari, Correa y Santiago, Waldo Graña, Rufino Torrico visitaron todos los almacenes del valle del Rímac, inventariando granos y ganado. Porras conversó con los panaderos de la ciudad y obtuvo promesa escrita de que no achicarán el pan o subirán los precios en los próximos días. Pero no sólo el alza de las subsistencias desvelaba al señor Alcalde. Hay que continuar las obras de fortificación de Lima y acudir con dominicales voluntarios a completar parapetos y caminos en el Callao. También debía avivar el patriotismo de su ciudad, pues al segundo domingo de colaboración cívica sólo acudieron ochocientos y al tercero apenas llegaron quinientos vecinos. En fin, hay que vigilar el éxodo de chalacos, cuarenta mil personas que empiezan a congestionar la Capital y a las que deben proporcionar techo y alimento, si es posible confinándolas en un solo distrito que la gendarmería mantenga bajo estricto control. Y no olvida enviar circulares a los hacendados, pidiendo su ayuda para aliviar la hambruna que comienza. Además es preciso reubicar peligrosas mercancías, cajas de dinamita y cilindros de kerosene llegadas apuradamente en tren y amontonadas en plena población.

El primer grupo de refugiados llegó por la línea del Trasandino a la gran estación de Monserrate.

Gracias a la intervención del Cirujano Mayor, la familia Chamorro pudo hacer gratis el viaje desde el Callao. Víctima de violentos mareos, Crisóstomo no tuvo ánimo de protestar cuando en vez de subirlos a un vagón para gente, la gendarmería los echó a un furgón de ganado. Mister Backus, superintendente del Trasandino, ordenó enganchar sólo dos vagones para el transporte de menesterosos. La suya es empresa comercial, no sociedad de filántropos. Nadie ignora que la Municipalidad del Callao está en quiebra. Al Alcalde Fonseca qué diablos le importa pedir cuatro o seis vagones para llevar gratis a la chusma, también puede alquilar seis trenes de primera cada día, igual no pagará la cuenta. Así que mister Backus cursó un oficio a la Secretaría de Fomento para que diese su garantía y, todavía desconfiando del crédito gubernamental, eligió para los pobres dos inmundos furgones. Cuatrocientos mendigos y de-

empleados aguardaban desde el amanecer con un loco equipaje de costalillos, cajas, colchones avinagrados, ollas, gallinitas, botellas, bolsas, gatos enjaulados, una que otra maleta, muchos perros. La digna aruinada viuda Chamorro mostró el salvoconducto municipal y vencido el cordón de gendarmes que manda el comisario Jibaja, se abrió paso a codazos por entre chinos que chasquean dados clandestinos, zambas gruñonas, gringos dilapidados y barbudos olorosos a cañazo, la canalla portuaria entreverada con honestos negros mutilados e indias de silenciosa ancianidad. ¡Oye, blanca, atrás, qué te has creído blanca! La viuda apartó de un enérgico sombrillazo a un chino remolón que no se apartaba de su camino. Tras ella avanzan cuatro bomberos con el mínimo equipaje de la familia, también su hijo Crisóstomo apoyándose en un bastón y vigilado por el bombero Bracho que carga a Robertito, a quien hubo que amputar dos dedos y, en fin, la pélida ausente señora Encarnación y sus otros dos hijos. Ya verán cómo se las arreglaban en Lima. Conocidos y distantes parientes no han contestado sus telegramas. Gracias, permiso, por favor ayúdeme con los bebés. Al filo del andén, la viuda acomodaba a sus nietos y establecía amistosas relaciones con los vecinos. Un negro de llorosa mirada y edad incalculable respondió el saludo con un ceremonioso sombrero, buen día señora, le presento a mi hija Asunción, oye Asunción, a ver si la señora puede sentarse. Todavía ayudaban los bomberos a aliviar la desgracia de la familia Chamorro. Pronto compadecidos, extendieron sus atención a paupérrimas viejas en peligro de fracturarse empujadas desde atrás por el gentío, mientras avanza la mañana y ningún tren se detiene a recogerlos. Así es, señor, los gendarmes dejaron inválido a mi pobre hijo y todo porque protestaba contra la evacuación. Antiguo esclavo de la familia Sancho-Dávila, el negro sufría de inflamación a la vista, estaba quedándose ciego, se llamaba Benjamín, Benjamín Sancho-Dávila, su esclavo de don José María. Ah, mucho gusto, Pues eso de la vista inflamada ya lo veremos, la viuda preparaba excelentes enjuagatorios con agua tibia y bórico, habrá que limpiar tres veces al día su costra de lagañas. Los bomberos se marcharon a las nueve. Dos horas más tarde chirrió un tren frente al muelle donde se amontonan los pobres. Sólo dos furgones para cuatrocientos y sus bultos y sus animales. Mister Backus en persona vigilaba la evacuación, secundado por la socarrona autoridad del comisario Jibaja. Si se apretujan bien, hay sitio de sobra. Backus

truenas sobre los menesterosos en difícil castellano. No se admiten animales, mucho menos perros. Sólo pueden llevar un bulto por persona. Acomódense como puedan. Tienen diez minutos para subir al convoy. Si no están de acuerdo con las condiciones de la Compañía, no están obligados a usar el Trasandino, también pueden caminar hasta Lima, muchos ya han partido del Callao a pie, llevando auestas cuantos enseres soportan sus espaldas. Jibaja enfrió la creciente protesta soplando un silbato que puso en acción a sus gendarmes. Chinos y pillastres abordan rápidamente los furgones. Pronto el miserable gentío forcejeó por subir. Tres o cuatro viejos resbalaron del andén, golpeándose contra balasto y embreados durmientes. Ya en un carro cuyo piso está cubierto de cagajones y una sustancia pastosa y amoniacal, la viuda Chamorro creyó asfixiarse, comprimida por cuerpos que no cesan de empujar mientras se pierden equipajes o los refugiados luchan por conservar gallinas y patos que según orden superior los policías les quitaban. Pronto encerrados en rodantes jaulas de madera, insultan a toda voz a mister Backus y a Jibaja, avientan cagajones contra la gendarmería y, en fin ríen, aprovechan para bolsiquear a sus vecinos, caen magullándose cuando el tren retrocede, avanza, golpea el aire con el rebote de sus poderosos pistones de acero inglés, sale lentamente por el patio de maniobras observado con pensativa amargura por peones del Trasandino y tropas que llegan, gringos hijos de puta, no es manera de tratar a la gente pobre.

Por la línea del Trasandino se atracaban convoyes. Nunca tan pesado el tráfico de mercaderías cuesta arriba, de armamento cuesta abajo, el tren donde viajan los refugiados pasó por Bellavista a las doce y entró a Monserrate a un cuarto para las dos. Monseñor Roca y Boloña no ha ido a recibir a quienes pagaron boleto pullman sino a auxiliar a pobres con sus ambulancias de la Cruz Roja. Amaratados ancianos, quejumbrosos tullidos, criaturas machucadas o extraviadas ocuparon su atención. Decidió quejarse enérgicamente ante Su Excelencia. ¡Es un abuso! Acaban de arrendar a los gringos el ferrocarril a Chicla por la ridícula suma de cinco mil esterlinas anuales, incluyendo todo el material rodante del Estado. Por estos furgones de ganado mister Backus pretendía cobrar tarifa de segunda clase, lo cual es francamente un robo. Todavía no repuesto de su asombroso hundimiento, Crisóstomo Chamorro se tambaleó hasta una de las diez carretas de la Baja Policía enviadas por el Alcalde Porras y acomodó a sus hijos, a su

madre y a su esposa en el grasiento hediondo vehículo al que por fin subió auxiliado por unos camilleros. Gendarmería montada escolta a los refugiados a través de la ciudad como si en verdad fuesen prisioneros. Salían a mirarlos desde balcones y principales. Chamorro contempla a ratos la mutilada mano de su primogénito envuelta en gasas sucias, el cielo gris de las cuatro de la tarde, la callada inútil piedad de los limeños, siente revivir por dentro una furia sin fondo que no llega a colmar su cabeza vacía. Aquí nadie ha probado alimento desde las cinco de la mañana, berrean criaturas, enfurecen sus madres con toda justicia. ¿Qué comerán si han sido saqueados por los propios gendarmes a la hora de embarcar? Por la ruta más escondida los llevan a la Plaza de Toros en Acho. ¡Vamos, adentro! ¿Aquí? No hay sitio mejor en todo Lima, qué más quieren cojudos, acaso querían camas en el Hotel Americano. Experto en manejar chusma, el coronel Antay saboreó una copa de novedoso Elixir Grau, encontrándolo parecido al buen Perfecto Amor que elaboran unos italianos de Magdalena, y abandonó su improvisado despacho en el palco oficial de la Plaza de Toros. Haciendo restallar la fusta contra sus botas de caballería, el coronel apuró a los refugiados con viñosa voz de mando. Hay letrinas separadas para hombres y mujeres en los corrales de Acho. Acampen donde quieran pero sin moverse del ruedo. Dormirán al aire libre hasta que improvisen carpas o sombrajos de cañas y esteras. Están prohibidos de abandonar Acho mientras no lleguen todos los evacuados y la Intendencia de Policía pueda empadronarlos. Si necesitan ayuda, diríganse al sargento de guardia. Sonrió burión. Damas y caballeros, el coronel está aquí para servirlos. Pues bien señor coronel, empezaremos a poner las cosas en su sitio. La autoritaria voz de la viuda Chamorro sorprendió a Antay. Mira a la vieja que blandía su sombrilla como si fuese un florete, su ajada ropa que conoció tardes de mejor sociedad, quiere ordenar y no ordena que regrese a su sitio entre chinos y harapientos mulatos. Eramos refugiados, señor coronel, obligados por el Gobierno a abandonar el puerto y esta lamentable situación sólo se debía a la incompetencia no diré de usted, señor coronel, pero sí de sus camaradas gendarmes del Callao y del mismísimo señor Prefecto Saavedra, así que la viuda de Chamorro apreciará un trato más respetuoso para quienes son pobres pero tan peruanos como usted y que no merecen indignantes humillaciones. Antay enrojeció, venga usted señora,

podemos arreglar de inmediato cualquier malentendido. Pero la vieja siguió hablando a la entrada del ruedo, pronto apoyada por el murmullo de los indigentes. Traídos en furgones de ganado y en carretas de basura, debiera darles vergüenza. ¿Y todo porque son pobres y no han podido pagar exhorbitantes prohibidas tarifas de carreteros consentidos por los propios gendarmes? ¡Ah, no! ¡de ninguna manera! Ni siquiera hay agua o leña, señor coronel. No menos de cincuenta criaturas hambrientas demandan atención. La vieja exigía médico, alimentos, sacerdote, lámparas y frazadas. Seguramente sus necesidades no serían tan graves si los gendarmes del Callao no los hubiesen despojado de sus equipajes. Y sépalo usted, la viuda Chamorro no piensa tolerar orden tan absurda como la prohibición de abandonar Acho vaya una a saber por cuánto tiempo. Irá a cumplir sus devociones a la iglesia más cercana aunque el señor coronel la tenga que fusilar y, no lo olvide, más valiera al señor coronel preocuparse de chilenos frente a nuestras playas que de esta pobre gente que abandonó sus casa porque íbamos perdiendo la guerra, lo cual era más responsabilidad del señor coronel que de la señora Chamorro o de estos chinos, mutilados, niños, viejos y enfermos que la acompañan en la Plaza de Toros.

AVISO

Para los muchachos que quieran ganarse 20 soles de gratificación.

Se ha perdido un perrito gordo, pericotero, color negro, dos pintitas carmelas encima de las cejas y obedece al nombre de Ponche. Se previene a la persona que lo haya encontrado que lo entregue en la calle de la Riva N° 138 donde se le dará 20 soles de gratificación. El perro no es callejero, por habersele traído del Callao hace poco tiempo.

El 20 de abril se cumplió el segundo plazo concedido por el almirante chileno Galvarino Riveros para que los buques neutrales abandonaran el Callao. Dicen que hoy habrá combate a muerte. Campaneaban sin pausa los templos limeños convocando a extraordinaria misa de seis de la mañana, como un vasto inútil conjuro se oía invocar los nombres de Santa Rosa de Lima, la Virgen de las Mercedes, el mulato Fray Martín, el Señor de los Milagros solicitando protección divina para las armas nacionales. Su Excelencia acaba de aprobar una andanada de nombramientos, ascensos y traslados castrenses: el capitán de navío Juan Ray-

gada a comandar el monitor *Atahualpa*, el capitán de corbeta Pedro Gáezon a servir como su segundo, el capitán de navío Lino de la Barrera al mando del *Rímac*, su camarada Hipólito Cáceres a jefaturar el *Chalaco*, el comandante Gregorio Miró Quesada a la inservible fragata *Apurímac*, el coronel Coloma al Torreón Independencia, el sargento mayor Demetrio Mantilla a la Torre Junín y después a los Rodman del norte, el conocido pierolista Wenceslao Gayan-gos a la batería Santa Rosa y el teniente coronel de la Barra a La Merced, colocándose después las Baterías del Sur a órdenes del capitán de navío Germán Astete y el resto bajo la jefatura del coronel Pedro La Fuente. Un alud de nuevos despachos cambió de colocación a capitanes y tenientes que sin conocer aún la orden del día, se equivocan de puesto o llegan tarde y descubren su sitio ocupado por otros oficiales.

*Al Excelentísimo Sr. Jefe Supremo
Excm. Señor:*

Hace ocho años que me encuentro sepultado vivo en esta horripilante mansión, pero no por esto puedo arrancar de mi alma el amor a nuestra querida Patria. Este es el motivo por el que he ofrecido mis débiles servicios en un recurso que presentó oportunamente una de mis hijas, el que sin duda no ha sido resuelto por V.E. por sus altas atenciones.

Como se acerca el momento del combate, con el mayor respeto suplico directamente a V.E. para que si no merece crédito el juramento que tengo hecho ante Dios y la Nación de volver a mi misma condición terminado el bombardeo que dicen harán los chilenos, no me privéis de la grande complacencia de asistir a este acto, por lo que ruego a V.E. que mandéis que se me amarre una cadena al cuello y del otro extremo a la cureña de uno de nuestros cañones, donde permaneceré hasta que termine la actual contienda y de donde también regresaré a ocupar mi misma celda en este panóptico.

Narciso M. Nájar

Nº 257

Penitenciaría de Lima, abrió de 1880.

Desde el amanecer del martes, Lima escuchó un desusado movimiento de trenes. Acompasadas tropas de infantería abandonaban sus cuarteles para estacionarse en Bellavista. Marchan al frente ambulancias, cuerpo de sa-

nidad militar, bomberos de La Salvadora y Cosmopolita. Preso en el cuartel San Francisco de Paula por abandonar Iquique cuando era Prefecto de Tarapacá, al General López de Lavalle se le permitió ir al Callao como voluntario. El periodista-teniente coronel Benito Neto, antiguo corresponsal de "La Patria" en Tarapacá, ocupa su nuevo puesto como redactor en jefe de la crónica del combate del Callao, teniendo de ayudante al mayor Celso Zuleta, antiguo edecán del General Prado. Telegrafistas, cirujanos, Prefecto de Lima, jefes de batallones, simples ciudadanos que sin cesar viajan al puerto para no perderse otra jornada histórica, todos parecen haber pasado la noche en vela. Después de oír Misa y comulgar en la capilla de su palacio, el Jefe Supremo Nicolás de Piérola recibió el saludo del General Vargas Machuca y del Estado Mayor de los Ejércitos. Acompañan al Dictador el coronel Iglesias y los secretarios de Gobierno, Nemesio de Orbegoso; de Justicia e Instrucción, Federico Panizo; y de Fomento, Manuel Mariano Echegaray. Y seis edecanes, el Regimiento Lanceros de Torata con su charanga, un telegrafista particular, cuatro sargentos de señales, diez inspectores de policía, doce ordenanzas, un mayordomo, el caballerizo presidencial. Con vistoso uniforme y habituales botas a la federica, el Dictador montó su bestia de batalla y seguido por un altivo séquito de jefes y lanceros, se dirigió al trote a la carretera del Callao.

Seguido por cuatro redoblantes, un pregonero paseaba Lima dando lectura a la proclama del Prefecto y Jefe de Armas Juan Martín Echenique.

¡Pueblo de Lima!

Hoy se cumple el plazo señalado por los enemigos de la Patria para romper sus hostilidades sobre la plaza del Callao.

Hoy un pueblo entusiasta se levanta con toda la altivez republicana para rechazar y confundir a esos hijos extraviados de América, cuya avaricia y deslealtad constituyen el oprobio de su raza y la vergüenza de su historia.

¡Felices los que hoy presenten sus pechos a las balas enemigas y más felices los que riegan con su sangre generosa el suelo de esta Patria querida!

Respetables matronas:

Nada temáis por vuestros hermanos, por vuestros hijos y esposos. Mantened vuestro espíritu tranquilo y levantado: no nos amenaza el arrojo español como el 2 de mayo 1866. Tenemos delante la alevosía chilena.

Sólo podemos temer en tan solemnes circunstancias que

los blindados enemigos no se coloquen jamás al alcance de nuestras baterías.

Más si escucháis el estruendo del cañón, preparad coronas y laureles para ceñir la frente de nuestros guerreros, porque ese estruendo, os lo juro, será el anuncio de una espléndida victoria.

Cinco mil curiosos se apiñan en el muelle del Gobierno y en la playa donde antes atracaban lanchas de la Compañía Inglesa. Cien mercantes neutrales desaparecieron durante la noche. Inmóviles grúas del muelle dársena, una rada vacía, un cielo gris cuya humedad toca y se condensa sobre los fuertes, cierta soledad sin remedio silenciaban al gentío. Sólo la escuadra de blindados neutrales jefaturada por el Almirante Bergasse du Petit Thouars permanece en su fondeadero, frente al Real Felipe. Pero también caldeaban esos buques, preparándose para levar anclas.

Tras un denso banco de neblina se mueve la invisible escuadra enemiga.

En Baquíjano, Monseñor Roca y Boloña aprobó el nuevo hospital de sangre de la Cruz Roja con una capacidad de cincuenta camas. Hay lugar para otros ciento cincuenta heridos en Bellavista y trenes especiales aguardan para conducir inminentes víctimas de la próxima batalla de artillería. Setecientos bomberos se han apostado en zonas estratégicas del puerto. A bordo de los seis decrepitos buques que quedan al Perú, adustos marinos nada más esperan el sonido del zafarrancho.

Las siete, las ocho. Ni Trasandino ni Tren Inglés han interrumpido su servicio regular. Terminó la evacuación del puerto y ahora los limeños se mueven hacia la costa, poseídos del mismo espíritu aventurero de aquel lejano 2 de mayo que resplandece en la memoria nacional. Membrudos lancheros, tatuados pescadores, callosos chalacos de siempre marchan en columnas desde la Plaza Matriz a los muelles. Aplican el cigarro a cortas mechas, todavía esperan. Luego avientan cartuchos de dinamita al aire, a que revienten sobre sus cabezas. Entonces la multitud corea: ¡Callao, Callao! Sacudían la niebla: ¡Callao! ¡atrévanse chilenos! Ordena el Prefecto Saavedra distribuir cañazo por los fuertes. Mordían balas hasta vaciar la pólvora en cantinas llenas de ron. ¡Callao! ¡Callao! Van y vienen redoblantes por las baterías, batallones enteros calaban bayoneta como si fuese posible correr al asalto sobre las aguas. Toda la ciudad enarbola banderas nacionales, un gigantesco pabellón ondea sobre la histórica Torre de La Merced. Ochocientos traba-

jadores voluntarios siguen construyendo barbacanas en La Punta. Prueban los telegrafistas la flamante línea que conecta castillos y puestos de observación. Como si nada extraordinario sucediera, el cónsul de Su Majestad Británica sigue despachando en sus amplias oficinas de la calle Libertad. Miradores y azoteas vuelven a repletarse de curiosos. Corresponsales y hombres de negocios desayunan animadamente en el Gran Hotel del Comercio, atendidos por Carlo Dasso en persona. Desde el alto minarete de su casa, Faustino Piaggio contempla este puerto ficticio, vacío por dentro, vuelto observatorio, frente de guerra, lugar estrictamente de paso. Prohibido pasear de noche por la ribera sin salvoconducto, prohibido dormir en sus fincas, prohibido moverse en bote por sus aguas después de las seis de la tarde, prohibido entrar o salir de la rada. Prohibido vivir. Aquí sólo están autorizados a reventar por la Patria cinco batallones y por su cuenta y riesgo tantos estúpidos mirones. Don Faustino, a quien este bloqueo hundía en la inevitable liquidación de importantes negocios, no alcanza a comprender la ingenuidad peruana. A las doce acaba el plazo dado por Galvarinos Riveros a los neutrales para que salgan del puerto. Nada más era una deferencia hacia la numerosa colonia extranjera, no un anticipado aviso de que su escuadra atacará este mediodía. Pero Dictadura, batallones y pueblo han decidido que hoy se repetirá el 2 de Mayo de 1866. Ni siquiera han reflexionado que la moderna artillería naval de Chile puede castigar el puerto sin ponerse a tiro de los castillos. A diferencia de la escuadra española, la chilena es superior a las fuerzas de tierra firme. Y esos buques han venido a paralizar económicamente la Capital del Perú, cuya normal existencia depende de manufacturas británicas, francesas, alemanas y norteamericanas que no volverán a llegar por aquí hasta que la guerra haya concluido. ¡Ancón! Los vapores ingleses recogerán pasajeros y descargarán mercaderías en esa caleta de pescadores al norte de Lima. Jamás imaginado como primer puerto de la república, Ancón no tiene muelle, donkey a vapor, depósitos de carbón o almacenes de aduana. De pronto exigido por los agentes de aduana que ya abandonaron Callao, su estrecho perezoso ferrocarril no puede transportar una montaña de fardos que buques ingleses depositan y abandonan en playas anconeras, donde quedan por cuenta de los consignatarios. Don Faustino meneaba la cabeza a la vista de tantos vociferantes patriotas. Elevado en la vida a fuerza de imaginación no había cumplido aún cuarenta años. De

corazonadas y fantasía creadora además de estudio y voluntad de trabajo y, por supuesto, de orden, orden en la cabeza, orden en las cuentas y de un implacable realismo para asumir decisiones extremas y hasta para violar la ley de Dios, de todo eso estaba hecha la supervivencia del hombre. Y Piaggio se preocupa por la evidente falta de imaginación de estos peruanos que hoy creen, con fanática certidumbre, que la historia se calca a sí misma, que acaso han retrocedido catorce años, que nada más cambiaron Piérola por Prado para repetir una victoria memorable.

La alegre charanga de los Lanceros de Torata anunció que se acerca el Dictador. Otra vez retumbaron dinamitazos al viento. ¡Callao! Y el nuevo grito unánime: ¡Viva Piérola! El Prefecto Saavedra y una comitiva de cien jinetes salían a recibir a Su Excelencia en las afueras del puerto. Rompieron a tocar bandas de músicos y un guerrero vocerío se elevó por plazas y calles chalacas saludando al Jefe Supremo de todos los ejércitos, al elegante y altivo e intrépido salvador de la Patria. Sobre su caracoleante bestia de batalla, Piérola concentra su mirada que electriza, aprobando la resolución a muerte de enardecidos defensores. Rodeado de ministros y generales y jefes a los que ha sometido por completo a su poderosa voluntad, el pequeño gran caudillo que por casi veinte años había conspirado y combatido con sus monotoneras para engrandecer al Perú a su manera, llega hoy solemnemente a la cita con el enemigo. ¡Viva Piérola! ¡Callao, Callao! Por esta ribera se mueve el atrevido fantasma de Mariano Ignacio Prado, en 1866 también Dictador y Jefe Supremo y salvador de la República, al trote seguido por Quimper y Pardo y Tejeda que tampoco usaron título de ministros sino, como los de hoy, de secretarios de estado, y, en una torre próxima a quedar pulverizada, se eleva otro fantasma que Su Excelencia no consigue olvidar, el eficiente Secretario de Guerra y héroe nacional José Gálvez, dando órdenes y moviéndose en primera línea mientras españoles y peruanos intercambian cañonazos. El entonces sanitario Nicolás de Piérola repite la magnífica mañana del 2 de mayo este 20 de abril de 1880, mientras espolea su caballo blanco y llega a la playa y parece que quisiera meterse al mar y seguido y aclamado por la enorme multitud recorre la ribera y alzando el mentón y su pulcra barba agrisada por problemas de estado, busca al enemigo acaso inmóvil detrás de la niebla, acaso aproximándose en formación de batalla.

Las once de la mañana.

Con bandera de parlamento, una lancha del *Blanco Encalada* se acercó despacio al humeante blindado francés *Victorieuse*. Oficiales chilenos lo abordaron para entrevistarse con el almirante Petit Thouars. Diez minutos permanecieron a bordo.

¡Callao, Callao!

¡Viva Piérola!

Han de escuchar dinamitazos y gritos en el fondeadero de neutrales próximo a tierra firme. Por fin se disolvía la neblina. Desde los castillos observan a la quieta escuadra enemiga, agrupada cerca de San Lorenzo, fuera del alcance de los cañones peruanos.

El *Victorieuse* levó anclas.

Exactamente a las once y media de la mañana, arrancó a media fuerza el blindado de Petit Thouars, seguido por las sólidas cañoneras alemanas *Hansa* y *Freya*, el acorazado británico *Shanon*, la cañonera francesa *Degrés*, la moderna fragata blindada italiana *Garibaldi* y el blindado norteamericano *Alaska*. Cinco minutos antes de las doce, la flota neutral fondeó al norte de la bahía, un buen sitio para presenciar el combate.

¡Callao, Callao!

¡Viva Piérola!

De cara al enemigo, Su Excelencia ni pestañeaba.

Un vasto silencio se hizo en el puerto cuando el reloj de la Plaza Matriz dio doce campanadas. El plazo se había cumplido.

La escuadra chilena no se movió. Sólo la *O'Higgins* y la *Pilcomayo* cruzan de norte a sur, como distantes aburridos centinelas. Tampoco la multitud de peruanos se movió de la ribera. Durante un rato, el desconcertado Jefe Supremo permaneció inmóvil, observando un horizonte que no le es posible modificar. Se le acercó el influyente coronel Iglesias. Con un cuchicheo conferenciaron los jefes. A las doce y veinte, Piérola volvió grupas y al frente de su séquito se dirigió al Arsenal. Emisarios del Prefecto coronel Saavedra ordenaban servir almuerzo para Su Excelencia y acompañantes. Hoy no será la gran batalla.

El coronel Recabarren preso en Arequipa

A su regreso de Torata, adonde marchó con una escogida fuerza de jinetes y soldados de infantería, el coronel Isaac Recabarren fue encargado transitoriamente del mando del Segundo Ejército del Sur. Héroe de Pisagua y vencedor de Tarapacá, era el militar de más prestigio en toda la guarnición sureña. Iglesias acababa de destinarlo como jefe de Estado Mayor General en Arequipa. Irrumpió en Torata tarde para sorprender al enemigo que, concluido el saqueo de la región, volvía a la costa arreando ganado y carretas atiborradas de víveres. Hombre de rápidas decisiones definitivas, el recién ascendido coronel Recabarren comprendió que el viejo era responsable de la derrota de Los Angeles. ¿Por qué no hizo usted vigilar el desfiladero de Estuquiña? ¿acaso no disponía de treinta, cincuenta soldados para vigilar su propia retaguardia? Andrés Gamarra simplemente se encogió de hombros. Huacullani había desaparecido por las montañas con sus gendarmes. Recabarren prefirió no enemistarse con el influyente coronel Chocano. Dio de baja a Gamarra, recogió todo el armamento diseminado por el desbande de algunas compañías, reunió a los vencidos y regresó a marchas forzadas a Arequipa. El Segundo Ejército había quedado acéfalo durante su breve ausencia. Tan pronto se enteró que lo remplazaban en la jefatura, el General Beingolea hizo maletas y desapareció sin despedirse de sus subalternos. Su sucesor, el viejo coronel Leiva, no llegará de Lima antes de tres semanas. Así fue como el oscuro Jefe de Estado Mayor General, coronel Manuel Martín López, encargó el mando de las fuerzas expedicionarias a Recabarren.

Las noticias de Moquegua no podían ser peores. Todo el ejército chileno parece haber desembarcado en Pacocha. Recabarren puede calcular entre catorce y quince mil chilenos invadiendo territorio nacional. La gente se negaba a creer que el inexpugnable cerro de Los Angeles hubiese caído por asalto y un cierto pernicioso temor tomaba cuerpo en la población, atribuyendo a los chilenos no sólo su reconocida superioridad material sino otra aún más terrible, de índole racial y humana. Con desenfadada voz se comenta que qué quiere usted, si los rotos son raza blanca y nuestros indios y cholos resultan seres humanos inferiores, bastaba

verlos, tan cortos de estatura, tan arqueadas sus piernas, tan feos sus rostros, tan inexpresivo su semblante. Recabarren, que ha combatido cara a cara con los *padrecitos* del *Atacama* y con zapadores, zuavos y el 2º de *Línea*, sabe que no sólo son iguales que los peruanos sino menos disciplinados y si no quieren creer las afirmaciones del coronel, que recuerden al teniente Serrano acuchillado por sus tropas borrachas en Mollendo hace unas semanas. O el amotinamiento de los propios *padrecitos* y zapadores en Pisagua, cuando dos veces rechazados desde la playa tuvieron que devolverlos al tercer y victorioso ataque a golpes de remo y a planazos de sable desde los buques de la escuadra enemiga.

Pese a que de estos batallones estacionados en Arequipa depende una decisiva sorpresa que incline a favor de la Alianza el resultado de la inminente gran batalla que se librará en el sur, nada se ha hecho para ponerlos en pie de guerra. Vetustos minié y chassepot franceses aún no han sido remplazados por nuevos martini-peabody que el *Talismán* desembarcó en Quilca y que siguen encajonados en los almacenes del ferrocarril. Seis flamantes Krupp y las ametralladoras enviadas de Lima ya están en servicio aunque no se realizan indispensables prácticas de tiro porque las autoridades conservan toda la munición bajo llave. Como un temor a revuelta política, como una desconfianza estorban el entrenamiento de los reclutas. Marchan y contramarchan como si la guerra fuese nada más que un desfile. Ni siquiera se ha organizado la plana mayor de batallones y divisiones.

El mismo día que se le encargó la jefatura del Segundo Ejército, Recabarren citó a todos sus coroneles en el cuartel general. El veterano Chamorro, que llegó a la cima de San Francisco en 1879, seguirá al mando del nuevo Regimiento *2 de Mayo*. Otro temido veterano, Marcelino Gutiérrez está al frente de la antigua Legión Peruana, ahora reforzada con los restos del Batallón *Granaderos del Cusco*. El respetado coronel Goyzueta jefatura el Batallón *Apurímac* que Recabarren fortalecía con compañías del *Canchis* y del *Canas* que sobrevivieron en Los Angeles. En fin, designaba jefe del nuevo Batallón *Huancané* a un antiguo militar, el coronel Antonio Rivero. Al vanidoso coronel Julio César Chocano se le mantuvo al frente de su acribillado batallón, rebautizado como *Columna Grau de Operaciones*, con lo que Recabarren se proponía mantenerlo en la periferia de sus divisiones. A la junta también

asistían el coronel Simón Barrionuevo, a quien nombró segundo jefe de la *Legión Peruana*, y los coroneles Ignacio Ruiz de Somocurcio y Germán Llosa, jefes de detall de las proyectadas primera y segunda división respectivamente.

—Señores, se declara abierta la reunión —cierta indiscutible autoridad adquirida en el campo de batalla aumenta la estatura de Recabarren. Su secretario llevaba apunte de todo lo conversado—. Resumiré rápidamente las fuerzas de que disponemos: cuatro mil hombres, todos de infantería, una brigada de artillería con seis cañones y seis ametralladoras. No es mucho para enfrentar a un enemigo que triplica nuestro poder ofensivo, pero es bastante para atacar a retaguardia facilitando la victoria al Primer Ejército del Sur. Desde hace tres meses nos esperan en Tacna... —sus nudillos golpeaban la mesa—... debemos partir hacia el frente sin dilación.

—Pienso que se puede llegar a Locumba por la cordillera —opina el coronel Chamorro—. Nos tomará treinta días.

—Por eso mismo sostengo que debemos emprender la marcha de inmediato —convino Recabarren.

—Imposible salir en el estado en que nos encontramos, imposible —se oyó carraspear a Marcelino Gutiérrez. Pensativamente frota su barbilla—. Mi tropa está desvestida y empiezan los fríos. Tampoco hay víveres suficientes en la Intendencia. No se paga a los soldados desde febrero.

—Parte de mi batallón está provisto de fusiles de chispa —agregó el jefe del Batallón *Huancané*. Desde hace diez días pedía nuevo armamento sin ser atendido.

—Hay dos mil rifles peabody en el ferrocarril y un millón de cartuchos. Mañana mismo podemos remplazar el armamento viejo —Recabarren quería salvar obstáculos, no darse por vencido sin disparar un tiro.

—Necesitamos por lo menos doscientas mulas y no creo que las haya —intervino Barrionuevo.

—Pues habrá que confiscarlas —nuevamente los nudillos de Recabarren golpeaban la mesa.

—¿Qué clase de operación propone usted, mi coronel? —Chamorro apoyaba al encargado de la jefatura.

—Pienso que nada podemos hacer desde Arequipa, a treinta días de marcha del teatro de operaciones. Primero tendremos que movilizarnos al sur, por la cordillera. Nada de entrar a los desiertos. Una vez en el frente, podremos atacar la retaguardia enemiga en Locumba, interrumpir

piendo sus líneas de abastecimiento con Pacocha y la escuela...

—Son muchos chilenos —razonó Marcelino Gutiérrez.

—...pero ahora están divididos, coronel. Marchan por escalones, no en masa. Y atravesar el desierto causa estragos en su organización. He podido enterarme en Torata que se han producido amotinamientos, reyertas, toda clase de desórdenes por la falta de agua.

—¿Hay alguna otra alternativa? —insistió Chamorro.

—El señor Presidente de Bolivia ya emprendió viaje a Tacna, para asumir las funciones de Director General de la Guerra en el Sur, conforme lo establece nuestro tratado. La otra alternativa consiste en establecer contacto con el ejército aliado y atacar de acuerdo a las supremas instrucciones del General Campero.

—Nos estamos olvidando del coronel Leiva, señores —otra vez carraspea, alza escépticas cejas el coronel Gutiérrez—. ¿No creen que el verdadero jefe de este Segundo Ejército es quien debe dar la orden de marcha?

—Señor Gutiérrez —enrojeció Recabarren—. . . el coronel Leiva, nuestro jefe recién designado por Su Excelencia, se encuentra en viaje desde Lima y no llegará a Arequipa antes de diez o doce días. Mientras tanto, yo soy el jefe de este Ejército, encargado del mando pero jefe suyo y de los demás señores presentes en esta reunión. ¿Comprendido?...

Marcelino Gutiérrez sostuvo la reluciente mirada de Recabarren.

—...Por lo demás es obvio que el señor coronel Leiva puede darnos alcance camino al sur. El jefe del ejército siempre se moverá más rápido que nuestros batallones de infantería.

—Me parece bien —opinó Chamorro—. No se le encarga el mando al coronel Recabarren para que permanezca inactivo. Hay que actuar. Rápido.

—¿Se ha consultado este plan de marcha con el coronel López? —indagó Gutiérrez.

—Todavía no. Primero deseaba conocer la opinión de los jefes de batallones. Evidentemente el Estado Mayor General debe aprobarlo. Y es preciso pedir todo el apoyo del Gobierno en la persona del señor prefecto del departamento.

Pero el Prefecto González Orbegoso recibió fríamente los planes del coronel Recabarren. Nadie ha autorizado que se gaste fondos de la república en vestir y alimentar a

estos cuatro mil soldados fuera de los límites del departamento. No importa que Recabarren haya hipotecado sus bienes personales, hasta la casa en que viven su esposa e hijos, para auxiliar la aflictiva y desmoralizante pobreza de sus batallones, el representante político de la Dictadura se negó rotundamente a soltar un real hasta no recibir expresas instrucciones de Lima o mientras el coronel Leiva no se haga cargo de la definitiva jefatura del Segundo Ejército. El jefe de Estado Mayor López lo acusó de excederse en sus atribuciones. Se había permitido aprobar cuadros de jefes y oficiales, expedir órdenes generales, destinar y dar de baja, todo lo cual era potestativo del coronel López y no de Recabarren. Al mismo tiempo los partidarios de la Dictadura esparcían el rumor de que Recabarren empieza a sublevarse, que desconoce las órdenes del Jefe Supremo, que se mostraba atrevidamente insolente con el señor prefecto, que no se puede confiar en los militares de carrera porque en el fondo eran pradistas y prefieren a Montero.

Amanecía el viernes 16 de abril sin que Recabarren cerrara sus ojos. Se suceden ruidos de cuartel, una monotonía de órdenes y cornetas como si no estuviésemos en guerra, invadido ya el Perú, aislados sus más antiguos batallones. Ni siquiera se había quitado el uniforme para echarse en el catre de lona y mirar más allá que este techo, llanuras que conoce y que quisiera por fin recorrer al ataque. ¡Tres meses perdidos mientras discuten estrategias y el enemigo desembarca y avanza! Si ha de esperarse la llegada de Leiva, no saldrán los refuerzos hasta fines de abril. Si encima de Recabarren se hubiesen puesto de acuerdo para desamparar a los defensores de Tacna y Arica, no lo estarían haciendo mejor estas infladas jerarquías provincianas. Harto de antesalas, oficios, consultas y titubeos, se levantó a mirar por la ventana mojados campamentos, reclutas como en tiempo de paz, como en otro país. Por su memoria rodó el trueno incesante de Pisagua, la inmensa humareda por la que se movían a gachas acribillados defensores, la última visión de heridos repasados a la bayoneta, la espantosa marcha por el Tamarugal, el desesperado contrataque de Tarapacá. ¿Para qué muertos, heridos gangrenados, jóvenes con las tripas abiertas? ¿para qué pueblos en llamas, mujeres ultrajadas a la luz del sol, voluntarios muertos de sed o insolación? ¿Para ahora cruzarse de brazos satisfechos de la insensata tranquilidad arequipeña? Privadamente ha dicho el señor prefecto que el Segundo Ejército existe para defender Arequipa. ¡Vaya estupidez!

Había que defender al Perú y el único modo que Recabarren conoce es liquidando al enemigo donde se encuentre. Recordó a sus camaradas en la larga victoriosa marcha desde Tarapacá a Arica. ¿Abandonar a Cáceres, al viejo Bolognesi, al amable señor Ugarte, al valeroso Víctor Fajardo, al procaz pero valiente Justo Pastor Dávila, a los pequeños cabitos, a los voluntarios de Iquique? Súbitamente sublevado se sentó a redactar un cuidadoso oficio al Jefe del Estado Mayor. Exijo la entrega de armas existentes en el parque de esta ciudad, señor. Rifles, ametralladoras, cañones, toda la munición disponible, señor. Debemos marchar inmediatamente a Torata y Candarave, señor. Se me ha informado que el enemigo ya marcha sobre Locumba y toda demora en movilizar refuerzos acampados en Arequipa constituye un verdadero acto de traición al Perú y a su ejército, señor. Sírvase usted ordenar al señor prefecto que a la brevedad posible y bajo buena custodia me entregue cien mil soles para atender a los gastos del Segundo Ejército en campaña, señor. Si no partimos antes del lunes llegaremos tarde para intervenir en la gran batalla, señor. Lo hago a usted responsable, coronel Manuel Martín López, de la puntualidad con que se reúnan ambos ejércitos para derrotar al enemigo, señor.

Había despachado el oficio cuando se presentó el coronel Chamorro a indagar cuándo nos ponemos en marcha. Todavía no han cambiado rifles los del Batallón Huancané, parece que nada hubiera ocurrido en el sur desde hace cuarenta años, francamente aquí estamos sobrando mi coronel.

Fue como si no hubiesen leído el oficio de Recabarren. El Jefe del Estado Mayor visitó esa tarde al prefecto. Apoyaban los batallones al defensor de Pisagua en su inútil pugna con el coronel López. Si hay rifles nuevos, que los repartan. Si se debe buscar al enemigo, que de una vez se emprenda la marcha. Chamorro y Goyzueta mantenían acuarteladas a sus tropas. Una tensión de guerra civil se expandió por la levantisca ciudad de Arequipa. Sólo el domingo llegó a Recabarren una sorpresiva respuesta del Estado Mayor. El coronel despachaba ahora desde el campamento del Regimiento *2 de Mayo*. Un temeroso ayudante de López le dejó un sobre lacrado. Chamorro lo observó palidecer mientras leía. *Por orden general del 12 de los corrientes, dispuso este Estado Mayor General que formándose dos divisiones de las fuerzas venidas de Torata y de las existentes en esta plaza, se encargase V.S. transitoriamente de su mando como sub-jefe de este Estado Mayor*

General para que a la mayor brevedad posible saliesen a operar sobre el enemigo. ¿Te das cuenta? Recabarren releyó el párrafo: a la vez le concedía la autoridad de jefe de las divisiones y le recordaba que sigue siendo sub-jefe a sus órdenes absolutas. V.S. relegando al olvido el carácter que invisto, en oficio de 16 del actual en términos imperativos pide ponga a su disposición las armas existentes en esta plaza sin haberme antes consultado, para ver si era o no de mi aprobación. Ahora Recabarren se mordió los labios. Tal proceder amengua en alto grado mi dignidad como Jefe de Estado Mayor General del 2º Ejército del Sur y por lo tanto prevengo a V.S. que en lo sucesivo me de cuenta diaria de lo que ocurra en esas dos divisiones, cuyo mando le he dado transitoriamente como lo dejo dicho; y que no dicte medida alguna sin que antes haya sido consultada con el que suscribe. Coronel López. Es un verdadero bellaco, comentó Recabarren. Metió el oficio en el sobre rasgado y se lo entregó a Chamorro. Ordena de mi parte que se lo devuelvan ahora mismo.

Al rato empezaron a llegar oficiales que describen el furor del jefe de Estado Mayor. Quería a la vez hundir militarmente a Recabarren y también desafiarlo a duelo, propósito del que fue persuadido porque el defensor de Pisagua es reconocido terrible espadachín. Chamorro y Goyzueta apoyaban a Recabarren. Y el coronel Rivero. Y el jefe de la Brigada de Artillería Manuel San Román. Esta vez Chocano prefería no comprar pleito. Sólo quedaba el coronel Marcelino Gutiérrez para enfrentar a los sublevados. Pero este había abandonado diez años de silencioso retiro para defender al Perú, no para dejarse arrastrar nuevamente en luchas intestinas. Antes de verse comprometido, Gutiérrez renunció a la jefatura de la Legión Peruana. López lo hizo comparecer a su despacho.

—Coronel Gutiérrez, no solamente no le acepto la renuncia sino que lo nombro comandante general del Segundo Ejército del Sur —anunció el jefe de Estado Mayor.

El viejo oficial parpadeó.

—Disculpe usted, mi coronel, pero me está ofreciendo un cargo para el que ya ha sido designado el coronel Leiva.

—Por supuesto lo nombro hasta que llegue a Arequipa el coronel Leiva, señor Gutiérrez.

—Pero es un nombramiento que no compete a usted, mi coronel, sino al señor secretario de estado en el Despacho de Guerra.

—El prefecto de Arequipa está de acuerdo —insistió López.

—No, de ninguna manera —se obstinó Marcelino Gutiérrez. Acaso recordaba a sus tres hermanos muertos por el populacho limeño luego del asesinato de Balta—. Lo siento mucho, no puedo prestarme a seguir su juego, mi coronel.

La orden general dada a conocer el lunes temprano destituía a Recabarren.

Art. 1º Teniendo en conocimiento este E.M.G. que el señor general en jefe del 2º Ejército del Sur se halla próximo a ingresar a esta ciudad y debiendo esperar sus órdenes para la movilidad de las fuerzas de este ejército, se ordena que el subjefe de este E.M.G. encargado del mando de ellas, vuelva a su anterior condición y que los cuerpos que componen las dos divisiones se entiendan en lo sucesivo directamente con este E.M.G. —el coronel jefe, LOPEZ.

—¿A quién quieren engañar? —se oyó al mayor Belaochaga, segundo jefe del Regimiento 2 de Mayo.

Los oficiales que se dirigen a la casa de Recabarren están de acuerdo. Saben bien que Leiva no entrará a Arequipa antes del 30 de abril. Acaso no sólo se pierdan dos semanas sino también la república que han jurado defender.

—Soy de la opinión de tomar las armas que se encuentran en el Trasandino y marchar inmediatamente al sur —dijo Chamorro.

—Ganas no me faltan —admitió Recabarren en la puerta de su casa, ante medio centenar de oficiales que le expresa su apoyo incondicional. Sin embargo se corre peligro de desatar una batalla entre peruanos. La pierolista *Legión Peruana*, los mollendinos de Bedoya, los sobrevivientes Invencibles de Grau preparan armas a favor del coronel López. Se había presentado a Recabarren como inmiscuído en ajetres políticos adversos a la Dictadura. Chamorro propuso que su fogueado regimiento se encargara de la *Legión Peruana*. El coronel Marcelino Gutiérrez había abandonado el campamento, rehusando participar en otra contienda fratricida. Recabarren meneó la cabeza—. Primero hablaremos con él. Después decidiremos qué hacer.

—Ya es tarde, mi coronel —se oyó al coronel Rivero, jefe del *Apurímac*.

Se volvieron llenos de estupor: dos compañías de la *Legión Peruana* clausuraban las bocacalles, echaban rodilla a tierra y apuntaban a los oficiales con sus fusiles.

—¡Dése usted preso, mi coronel! —vociferó el capitán Federico Corrales.

—¿Por orden de quién, capitán? —salió al frente Recabarren. Sus amigos pretendían rodearlo, defenderlo a tiros pero los hizo enérgicamente a un lado.

—¡Por orden del Jefe del Estado Mayor General, mi coronel!

—¡Yo doy las órdenes en el Segundo Ejército, capitán! —quiso imponerse el defensor de Pisagua—. ¡Vuelva inmediatamente a su cuartel y guarde sus balas para usarlas contra el enemigo!

—¡Ríndase o disparo, señor!

—Ese Corrales es una bestia, capaz de acribillarnos —se oscureció Chamorro.

A punta de bayoneta capturaron a Recabarren. Esa misma noche lo comunicaron con centinelas a la vista en el cuartel de la *Legión Peruana*.

Parte policial

Señor Teniente Coronel Subprefecto e Intendente de Policía:

Con el fin de llevar a feliz término la obra de moralidad y orden que me he propuesto establecer en el distrito de mi mando, persiguiendo y debelando el vicio e inmoralidad en todas sus faces, me propuse anoche en horas convenientes acometer los burdeles que fomentan los asiáticos con el mayor escándalo en las calles apartadas con grave ofensa de la sociedad y el vecindario, dando a pocas vueltas con las tiendas 158 y 160 de la calle de Hoyos, cuyos dueños son los asiáticos José Infanta y Aman, dentro de las cuales se encontraban varias mujeres de vida airada, entregadas a los más repugnantes desórdenes, en cuya virtud las hice conducir a esta comisaría, igualmente que a los frequentadores de aquellos receptáculos de inmoralidad y corrupción, a quienes les he impuesto la multa de 25 soles a cada uno por la primera vez; previniéndoles que en caso de reincidencia, la comisaría tomará medidas enérgicas para extirpar por completo esos focos de inmoralidad y corrupción.

Dios guarde a U.S.

*Ambrosio Negrón
Comisario*

Matanza en Buena Vista

Seiscientos jinetes chilenos persiguieron desde el 7 de abril al coronel Gregorio Albarracín. Dicen que se ha puesto precio a su cabeza. Mandaba la fuerza enemiga de cazadores y granaderos el influyente coronel chileno José Francisco Vergara. Divididos en tres grupos, los tacneños dejaban falsos rastros por toda la provincia, huellas aparentemente numerosas que se evaporaban en cualquier pedregal entre Locumba y el valle de Sama o cuesta arriba, hacia la cordillera. Durante una semana los chilenos galoparon en pos de espectros que los alejan del auténtico paradero de Albarracín. Llegados a Mirave, los defraudados vengadores saquearon y quemaron el pueblo. Aún más desviados, arrasaron Ilabaya y fusilaron a un hacendado y a varios peones. Por fin rencorosos asiáticos dieron una pista al exasperado jefe chileno: don Goyo Albarracín se encuentra en la placentera localidad de Buena Vista, en el valle de Sama.

A destiempo reunían reclutas, enviaban instructores a este cálido valle a 44 kilómetros de Tacna. Desde hace veinticinco días sobre la montura, acechando el lento desplazamiento de la infantería enemiga hacia el sur a la vez que buscado por cuatro escuadrones de línea, Albarracín descansa sin descansar del todo en este pueblo donde aún no se conocen el hambre ni las atrocidades de la guerra. Presume inevitable que once días después de iniciada su persecución, los chilenos acaben por encontrarlo. Tiene órdenes de permanecer en Sama pero de romper contacto con el enemigo y salvar a sus *Flanqueadores de Tacna* si la caballería de Vergara lo ataca en masa. No estaba allí para ganar la guerra sino para distraer y hostigar, comunicando diariamente el progreso de la gran columna enemiga que marcha sobre Locumba. Cusicanqui, Sañudo, Taillacq se han turnado en vigilar a la sedienta división invasora. Al mando del coronel Amengual, había partido de Pacocha el 8 de abril y nueve días después no terminaba de llegar a los zancudales de Locumba. Eligieron el camino de la costa, donde habían establecido depósitos de agua sin calcular bien cuantos sorbos necesitaba verdaderamente una división para atravesar el desierto. Por el camino se atollaron y perdieron carretones de agua y Amengual tuvo que racionarla. Los tacneños vieron alargarse y descomponerse

la columna en marcha. Abandonan capotes, morrales, hasta los rifles bajo un sol asesino, luchan a puñaladas por casi exhaustas cantinas, desafían a los oficiales que regresan a imponer orden.

El mismo día en que la primera división enemiga consiguió agruparse en Locumba, el coronel Albarracín paseó Buena Vista por última vez. Estaba en desacuerdo con las decisiones de sus superiores. Hubiese preferido atacar a los chilenos en lo peor de la caminata entre Pacocha y Locumba. O dar batalla aquí, sorpresivamente en Sama, mientras el enemigo estuviese todavía dividido en sedientos escalones. Pero cedíamos tiempo y territorio, vanamente en espera de refuerzos que no tienen cuando aparecer por la cordillera. Si no se va a combatir en Sama, ¿para qué entonces envían rifles antiguos y cofres de munición? La exigua fuerza de voluntarios que dos capitanes instructores hacen marchar por la plazuela del pueblo, no podrá resistir media hora el embate de unidades de línea enemigas. Mejor sería meter candela al valle, arruinar provisiones, dinamitar acequias y pozos, envenenar el río fusilando ganado en su cauce y abandonándolo a una rápida pudrición. Si no ha de servir a los peruanos, que tampoco sirva este valle a los invasores.

—¡Chilenos! ¡vienen los chilenos!

Albarracín sonrió de la puntualidad de sus presagios. Rápidamente sus flanqueadores ocupaban posiciones. Si la caballería enemiga ataca Buena Vista frontalmente, Albarracín presentará combate. Si pretenden envolverlo, emprenderá retirada a Tacna. Para ambas eventualidades se había preparado, abriendo troneras en el callejón de tapias por el que se entra al pueblo y fortificando los campanarios de la iglesia a la vez que manteniendo caballos y mulas de refresco a veinte kilómetros al sur. Preocupa al coronel la suerte que correrá el paisanaje de Sama. Muchos se armaban con cuchillos y hachas y garrotes. Otros piden rifles que no han aprendido a usar. El cholo Bobadilla, fornido lugareño, se ofrecía con otros cuatro voluntarios para llevar municiones a los tiradores que ya se emboscan en la quebrada.

A las nueve de la mañana se disolvió la gruesa polvareda que anunciaba al enemigo por la pampa. Imagina Albarracín que pasan rancho antes de atacar. No es propicia la quebrada para evoluciones de caballería. O entra el enemigo directamente al pueblo o tendrá que usar el paso de Poquera o acometer de a uno en fondo por el escabroso

sendero de Tomasire. Sabiéndose buscado por un poco táctico aunque explicable espíritu de venganza, Albarracín se colocó en el lugar más visible del pueblo, rodeado por la mitad de su escuadrón.

Esforzadamente intentaba flanquearlos una avanzada de veinte cazadores. Nada respira, nada parece vivir en el estrecho paso de Poquera. Mientras nuevamente avanza el grueso de la caballería chilena en columna por la pampa, aquí discurre un río pedregoso entre sauces lacios y cañas como flautas. Por delante aparecieron un sargento y dos rasos enemigos. Luego, un cauto alférez. En fin, dieciseis de los sanguinarios cazadores de Barahona, el mismo que pasó a cuchillo a los *Húsares de Junín* heridos o prisioneros en la salitrera de Negreiros. Déjenlos cruzar, murmuró el capitán Rejas. Tintinean arreos, desconfiadamente tantean el vado. Acaso sienten sobre sus cuerpos el peso de ojos emboscados. Sus bestias se encabritaban, presintiendo la matanza. Los primeros atraviesan la corriente, pican espuelas para trepar quince metros de filuda ribera. Que todos elijan a su presa, que nadie yerre. ¡Fuego! La voz de Rejas fue aplastada por la descarga de cuarenta rifles. A media bajada se desploman deshechos cazadores, desmontan chilenos a salvar sus vidas, arrojan sus armas los que fueron sorprendidos a mitad del río. Nueve se entregaron prisioneros, otros parecen agonizar de bruces sobre el agua. El resto de la avanzada huía con su alférez. ¡Alto el fuego!

Albarracín contó más de quinientos enemigos. ¡Santana! ¡Cusicanqui! Ordene usted, mi coronel. Retírase a Tacna. El jefe de los Flanqueadores permanecerá en Buena Vista distraendo a los chilenos con un tercio del escuadrón. Los demás deben partir de inmediato y sin ser vistos por la pampa y al sur. Si no lo hacen ahora, la superior caballada enemiga les dará alcance y nadie salvará de una carnicería. Albarracín se propone no sólo ganar tiempo para que los suyos escapen, sino también obligarlos a fatigar caballos con prudentes aunque innecesarias evoluciones. Ocupados en flanquear Buena Vista por Tomasire y vanamente fusilando las ahora vacías malezas de Poquera, los chilenos no advirtieron que por la hondonada parten al trote ochenta jinetes tacneños.

Hasta las dos de la tarde combinaron movimientos para envolver al coronel Albarracín, despectivamente visible por el pueblo y desde el río. Cortos tiroteos mantienen alejado al enemigo de la ruta principal. Cuando lo creyeron

acorrallado y las cornetas tocaron ataque, cazadores y granaderos de Vergara descubrieron que el montonero escapaba por la pampa.

Disparos de rifle remecieron el estrecho callejón de Buena Vista. Un puñado de nacionales ofrecía desesperada resistencia. El paisanaje armado de cualquier cosa se apiñaba en potreros o corría a refugiarse entre las cañas del río. No tardaron en cercarlos. A golpes de sable empezó entonces su metódico exterminio.

A toda rienda, Albarracín cubrió la inacabable arenosa cuesta a espaldas de Sama. Lo acompañan treinta flaqueadores. Persiguiéndolo reventaban caballos de Chile. Hervía la pampa a las tres y media de la tarde. Una partida de granaderos intentó estrecharlo, acortando distancias desde el río. Cabalga Albarracín una hermosa mula argentina. Ni apura a su bestia, ni le importa rezagarse con sus más fieles montoneros. Parecía incitar al enemigo a desbocar sus bestias para de inmediato picar espuelas y ponerse fuera de tiro. Dos o tres veces se detuvo en seco, a contar cuántos chilenos quedan en carrera. Sólo once de setenta cazadores y granaderos se obstinaban en darle alcance. También han reventado numerosas cabalgaduras peruanas y sus despeados combatientes fueron pasados a cuchillo en plena pampa. A veinticinco kilómetros de Sama, Albarracín y sus hombres echaron pie a tierra. Junto a una choza había bestias de refresco. El fuego de sus carabinas contuvo a exhaustos chilenos que vieron impotentes como el tacneño desensillaba su mula y echaba arreos sobre un robusto alazán. Más allá de esas colinas, a quince kilómetros acampa el grueso del ejército aliado. Gregorio Albarracín bebió agua con vino de su cantimplora y encendió un tabaco. Después montó con elegantes movimientos. Antes de galopar hacia Tacna, hizo un burlón ademán de despedida.

A Bobadilla lo llevaban con las manos en alto, picado por la espalda por varias bayonetas. Buena Vista ardía por sus cuatro costados. De trescientos varones entre cultivadores de algodón y miembros de la guardia cívica, sólo treinta y cinco salvaron de la cuchillería chilena. Calles, atrio, huertas, todo está regado de peruanos decapitados y estoqueados, sajados, todo encharcado de sangre, salpicado de vísceras calientes y grises. Se ponía el sol mientras la tropa descansa sus sables rojos y celebra la victoria con doble ración de pisco. Aquí, allá se escucha chillar a las mujeres, llorar a los niños. Un oficial con insignias de co-

ronel paseó frente a los cautivos. La manta enrollada a la cintura de Bobadilla llamó su atención. ¿Qué tienes ahí cholo de mierda? El peruano guardó silencio. Con la punta de un sable despegaron la manta de su cuerpo. Una docena de cartuchos cayó al suelo. El coronel Vergara señaló una pared de adobe. ¿Qué quieren de mí? —gritó ahora el voluntario, aventado al último espacio mientras ebrios enemigos levantaban sus carabinas. ¡Es un prisionero! —se oyó protestar a un oficial llegado ayer de Tacna. Nueve disparos deshicieron el tronco de Bobadilla.

Importante liquidación de stock

Teodoro Kant, importación directa, venta al por mayor y menor, Lima, Calle de Villalta N° 75 y 77, ofrece:

Cerveza de Viena, de Noruega, de Baviera, de cruz colorada, de Cincinatti, danesa, inglesa, negra de Guinness, marca Gato, en cajones, en botellas y medias botellas.

Vinos de Burdeos, St. Julien, St. Emilion, Château Kirwan, Listrac, Grand vin Richelieu, Château Pontet, Château du Cavalier, Léoville, Branc Mouton.

Vinos blancos, Sauternes, Château Filhot, Latour Blanche.

Vinos de Borgoña, Beaume, Pommard, Volnay, Hermitage, Nuits, Chambertin, Chablis.

Champaña, Mumm extra dry, Mumm Carte Blanche, Roederer, Möet & Chandon, Crémant d'Ay blanc & rosé, Möet & Chandon Silléry, Grand vin Cazanove, Gratien Carte Blanche.

Oporto claro y oscuro, jerez.

Licores, Anisette, Angostura, Alkermes, Cacao, Curaçao, Coñac de Godard, Marraschino, Noyaux, Cordial Médoc, Ginebra en botellas de barro.

Conservas, gran surtido de las mejores fábricas de Alemania, Estados Unidos, Francia e Inglaterra, caviar de Rusia, jamones en latas, salchichones, sardinas, lenguas, pasteles trufados, legumbres, aves de diferentes clases, frutas en almíbar y en aguardiente, ciruelas, sopas, carne americana, jamones sin hueso, aceite, vinagre, mostaza inglesa y francesa, currie, pimienta, salmón, langostas, ostiones, encurtidos, pescados salados y ahumados de varias clases, aceitunas de Sevilla.

Combate en el Callao

Desde el glacis del fuerte Santa Rosa, el imberbe subteniente Rondón jugaba con un pequeño telescopio prestado por el Colegio de Ciencias. Descubrió que a 9,000 metros de distancia el *Blanco Encalada* izaba inteligencias. ¡Señor! ¿Qué ocurre, hijo? Véalo usted mismo, señor. Wenceslao Gayangos, primer jefe del fuerte, observa que el crucero *Angamos* responde a las señales. Navegaba a sotavento y cambió de curso, aproando hacia la desembocadura del río Rímac aunque siempre lejos de los cañones Rodman emplazados al otro extremo del Callao. También la *Pilcomayo* modificó su rumbo hasta seguir las aguas del *Angamos*. Murmuró Gayangos que esto no me gusta y dirigió el telescopio hacia la caleta de pescadores de San Lorenzo, de donde arrancaba el *Huáscar* despidiendo espeso humo negro. Pasó a estribor del *Blanco Encalada* para ponerse en línea con los otros buques.

—¡Telegrafista!

Salían oficiales a contemplar al enemigo desde el glacis.

—¡A la orden, señor!

—Informe al jefe de las Baterías del Sur que el enemigo adopta probable formación de batalla.

Faltaban cinco minutos para la una de la tarde del jueves 22 de abril. Amodorradas por el rancho reciente, las tropas del Callao no prestan mucha atención al rutinario bloqueo. Antier Su Excelencia esperó en vano que hubiera combate. A medianoche Piérola tuvo que regresar a su palacio limeño y los periódicos dijeron que la escuadra de Chile no se atrevió a disparar sus cañones.

El capitán de navío Germán Astete, de cuyo mando dependen dos Dalgreen de mil en La Punta, dos Armstrong de 300 en la blindada Torre de la Merced y dos Blakeley en el fuerte Santa Rosa, salió de inmediato al mirador de la Capitanía a confirmar las maniobras enemigas. El crucero *Loa* y el blindado insignia de Chile se sumaban ahora a la fila de buques que lentamente navegan de sur a norte.

—¡General! —gritó el marino—. ¡Comunique a Su Excelencia que pronto habrá batalla!

A diferencia de otros lluviosos encapotados días de abril, hoy brillaba un sol de otoño sobre el puerto. Al calorcito de la tarde una aburrida guarnición se distraía ju-

gando a la baraja o dormitando en trincheras y barbacas. Chillonas cornetas sacudieron a los chalacos.

Cuatro minutos después de sonar las cornetas, las guarniciones del centro ocupaban sus puestos. En el Torreón Manco Cápac, el coronel Mariano Bolognesi revisó sus tres piezas Vavasseur de 300 que mantenía listas para disparar las veinticuatro horas del día. Instructor de la Escuela Militar, ha escrito un tratado de balística y fortificaciones que se publicó hace dos años y que hoy sirve de texto para entrenar a los novatos. Para muchos es mejor artillero que su hermano Francisco. Este Bolognesi más joven y no tan aventurero como el actual jefe de la guarnición de Arica, comanda las baterías del centro: tres Vavasseur en el Torreón Manco Cápac y dos Blakeley de 500 en el Torreón Independencia. A sus órdenes también se encuentran ocho antiguos Armstrong de 32 libras y ánima lisa, emplazados al descubierto entre los fuertes. Diez días de constantes simulacros han dado cierto aire veterano a sus subalternos. Estiró el antejo prusiano que le obsequió su hermano Francisco en 1866 y enfocó a la humeante almiranta enemiga. Izaba nuevas inteligencias ordenando pasar al ataque. No todos los chalacos habían abandonado la ciudad. Partieron mujeres y niños, también extranjeros, menesterosos y chinos. El consulado británico no se movió del puerto. Lo mismo que antier, un curioso gentío se agolpa en la Plaza Matriz y se atreve hasta la cascajosa ribera o sube a techos y miradores. En lo más alto de su casa, Piaggio y distinguidos italianos del Callao se turnan un largavistas para estudiar movimientos chilenos. Calculando que Galvarino Riveros nada más pretende tantear las defensas, el influyente genovés deplora que los peruanos se propongan responder cada uno de sus cañonazos. ¿Y qué remedio queda? Sonrió a Carlo Dasso sintiendo crecer por su cuerpo la sangre de inmemoriales navegantes y corsarios de los que está hecha su familia. Dejarlos entrar, por supuesto. Usar en todo caso los cañones más pequeños. Si no se tenía la fuerza, debía emplearse la astucia. Acaso Galvarino Riveros llegara a creer que silenciosos fuertes están desguarnecidos y entonces entrara con su escuadra hasta la Dársena. Y entonces, paf. Veinte bien calculados cañonazos en una sola andanada y listo. Dasso dijo que ya es tarde. Los chilenos tienen espías por estas calles portuarias, han de haber tomado frescos diarios limeños de los buques que partieron el martes y por ellos sabrán nombres y apellidos de todos los oficiales en cada

batería. Además en tierra firme a nadie se le ocurrió ocultar cañones con redes de camuflaje. Piaggio aceptó la réplica con una mueca desalentada. Sí, claro. Aquí faltaba imaginación.

A caballo de una a otra batería a su mando, el capitán de navío Astete reconoció a su camarada Aurelio García y García.

—¡Por Dios, Germán, déjame pelear!

Otros treinta altos oficiales de la Marina de Guerra se ofrecen para combatir de rasos si es preciso. Astete señaló el fuerte Santa Rosa.

—Dile a Gayangos que vas de mi parte. ¡Y apunta bien, Aurelio!

Tres días atrás, los bomberos de la Lima N° 4 se habían mudado al puerto con todo su equipo matafuegos. Con hachas, baldes de agua y de arena, humeante bomba a vapor, escaleras de mano y rollos de mangueras, los voluntarios limeños se movían ahora más rápido que los bien equipados italianos de la Garibaldi. ¡A la pampa de Arequipa! Novecientos bomberos se concentraron allí en menos de veinte minutos. Pronto darán las dos de la tarde. Desde este polvoriento lugar que todos conocen como una pampa pero que la nomenclatura oficial designa suntuosamente como Plaza Arequipa, no podían ver la posición de los buques enemigos, así que el comandante Poggi ordenó a la Unión Chalaca y a los refuerzos de la Salvadora Lima que avanzaran hacia la calle del Acueducto, cerca de los importantes almacenes de la Grace todavía a medio vaciar.

En el edificio de la Prefectura, el coronel Saavedra sonrió satisfecho por el rápido desplazamiento de las tropas en su plaza. El Batallón *Mirave*, que ha costeado con sus propios recursos y que el señor Prefecto manda en persona, ya se encuentra en La Punta, protegiendo de cualquier asalto a los cañones de mil. Los batallones *Libertad*, *Jauja* y *Tarma* se escalonan entre Callao y Bellavista donde el regimiento *Artillería de Campaña* emplaza veinticuatro piezas nacionales fabricadas por White. También el Batallón de *Artillería Naval*, formado con veteranos rifleros de la disuelta *Columna Constitución*, ocupa posiciones de combate en derredor de las baterías. Saavedra no se aparta del telégrafo que lo une al palacio presidencial, esperando noticias de Su Excelencia. Tres recientes casos de fiebre amarilla no hacen una epidemia, más preocupaba al Prefecto el atrevimiento de famélicas ratas que hace unos días de-

voraron a un recién nacido y que muerden a los soldados en las trincheras próximas a la aduana. Habría que exterminarlas lo mismo que a vagabundas jaurías abandonadas por sus dueños a la hora de emprender éxodo a Lima. Saavedra olvidó todas sus preocupaciones de salud pública cuando *Angamos*, *Huáscar* y *Pilcomayo* se desprendieron de la formación chilena y avanzaron rumbo al puerto. ¡Ahora sí, por fin los chalacos estrenarán sus armas!

¡Atacan los chilenos! Gruesas campanas removían el atardecer limeño. En coches y carretas y a caballo o en burro marchan al puerto millares de vecinos. Había prohibido el Gobierno que en caso de combate usaran los trenes quienes no pertenecen al ejército, a los cuerpos de ambulancias o a las compañías de bomberos. Sólo uniformados abordan el Trasandino y el Tren Inglés. Aunque en industrioso jueves, cuando más que nunca se necesita vender y empeñar, especular y comprar, las tiendas de la calle Mercaderes cierran hasta nuevo aviso, toda actividad queda suspendida a la espera de los resultados de la batalla. El poderoso rumor de una columna de caballería se esparció por la barrosa Plaza de Armas a la que llega un ácido hedor de excesiva basura insepulta, simplemente arrojada al río o a la esquinas, a la espera de que se solucione la nueva tarifa de Baja Policía y reaparezcan carretas del muladar. ¡Atención! Formados en escuadrón, los *Lanceros de Torata* clavan sus ojos en la puerta del palacio. ¡Presenten armas! Doscientos sables relampaguearon bajo el pálido sol. Flanqueado por el General Pedro Silva, Jefe de Estado Mayor General de los Ejércitos, y por su Secretario de Guerra Iglesias, el Dictador respondió el saludo de las tropas y sin tiempo disponible para otras cortesías, picó espuelas y al trote vivo se dirigió a la carretera del Callao.

—¡Cinco mil ochocientos metros! —cantó el capitán de navío Carlos Ferreyros manejando expertamente el telémetro desde el Fuerte Santa Rosa.

Cincomilochocientos, cincomilochocientos, cantaron los artilleros.

—Imposible darles —masculla Aurelio García y García convertido en cabo de cañón.

—¡Ha llegado el momento carajo! —con hablar piurano el condestable José del Carmen Hernández arengaba a la guarnición. Al antiguo jefe de la Segunda División Naval se le anudó la respiración. García y García conoce al condestable desde que entró a la Escuela de Grumetes.

Salvó al encallar la *Independencia*. Grau se lo llevó al *Huáscar* y salió malherido del combate de Angamos. Después lo canjearon por un chileno. Hernández señaló al monitor que no detiene su avance hacia los fuertes—. ¡Venganza a Grau!

—¡Venganza! —replicó la guarnición

—¡Viva el Perú!

—Elevación trece grados, pólvora al máximo —ordena el capitán Escuzza, jefe de la primera pieza. Se dirigió al comodoro García y García—. ¡Al *Huáscar*, don Aurelio!

Impávidamente el marino colmaba el Blakeley de pólvora inglesa. También rasos voluntarios por ahora, los comandantes Carreño y Cavenecia cambiaron miradas de preocupación. ¡Doble carga de explosivo! Sabe García y García que es posible. Como los hermanos Bolognesi, había sido amigo del riguroso capitán Blakeley, desde antes que sus cañones ensancharan el Imperio Británico. Ahora, con el enemigo a casi seis kilómetros, esta antigua pieza debe casi duplicar su poderío habitual.

¡Cincomilsetecientos, cincmilsetecientos!

—Elevación dieciocho grados —ordena Mariano Bolognesi.

—Fuera de nuestro alcance —calcula el agregado capitán de navío Nicolás del Portal.

Exactamente a las dos de la tarde los buques chilenos cañonearon por primera vez el Callao. Retumbó primero el potente Armstrong del crucero *Angamos*. Después se escuchó a los nuevos rápidos pesados cañones del *Huáscar* que navega por delante.

—¡Viva el Perú! —gritó desde el glacis de La Merced el subteniente Lewis mientras sobre su cabeza rasaba el proyectil del *Angamos*. Estalló tierra adentro, desapareciendo y hundiendo la Escuela Municipal. ¡Seis kilómetros!

—¿Ordeno contestar, señor? —el jefe del Torreón La Merced, teniente coronel de la Barra más bien parecía pedir ayuda que órdenes al comandante Astete.

Entonces cañonearon las baterías de Bolognesi. Sus proyectiles ni siquiera rasguñaron las aguas que navega el monitor.

—Cuatro mil ochocientos! —canta la distancia el comandante Ferreyros.

Los disparos del *Huáscar* remecían el muro oeste de la Dársena, forzando a retroceder a una compañía de rifles. Contemplan desmoronarse la cresta y luego bambolearse la torre del reloj y de nuevo sacudidos muros y muelles y a

golpes descarrilada una grúa a vapor, toda la Dársena quedó cubierta por una espesa polvareda. Mientras el monitor demolía el rompeolas en busca de la escuadra nacional, granadas del *Angamos* estallan en el Castillo del Sol, pulverizan los almacenes de Bryce, abren cráteres en la importante calle Constitución.

—Su Excelencia pasó por Bellavista —informa el taquígrafo en las oficinas del diario de la guerra.

—¡Celso, comunícate con Astete! ¡Llega don Nicolás! —con uniforme de teniente coronel recién entregado por la sastrería, Benito Neto observaba el combate con ayuda de un telescopio desde el Arsenal. Había trabado íntima amistad con el mayor Zuleta en Arica. El ex-ayudante del General Prado recoge su quepís, la espada, llega a la puerta, decide bajar peldaños de tres en tres, una formidable explosión lo avienta de espaldas. La caliente bocanada ensució el espantado rostro de Neto, revolviendo y agujereando aquella oficina por la que zumban escombros, hilos de telégrafo, trozos de telescopio. Cuando al fin pudo incorporarse, Neto corrió en busca de su ayudante—. ¡Celso, contesta!

—Aquí estoy —el mayor trataba de levantarse. Aceptó la diestra que le tendían para enderezarse con un quejido—. ¡Nos dieron?

Ya Neto resbalaba por entre removidos peldaños hacia el patio del Arsenal. Un proyectil del *Angamos* había abierto un cráter a diez metros de su oficina. Contempla su propio caballo despanzurrado, también en pedazos el tordillo de Zuleta, tripas estampadas contra la pared de piedra, respira el olor a fresca carnicería, se apoya en un sargento, vomita de asco el teniente coronel-periodista.

Su Excelencia trotaba al fin por el puerto bombardeado. Como si no llovieran granadas enemigas, como si se tratara de un amable simulacro avanza el Dictador con rostro despojado de expresión. Cierta voz superior aconseja sus movimientos y repite en sus orejas que es invulnerable, que las balas no han de tocarlo. Cuando una granada de 250 libras reventó las paredes del Almacén Paffari en la calle Aromito, se encabritó su cabalgadura y Piérola azotó a la bestia forzándola a meterse en el espeso humo de la explosión. Corcoveaba el caballo del General Vargas Machuca, se desordena el séquito supremo. Despedido de su montura, un capitán ayudante se fracturó la rodilla contra el empedrado. ¡Ambulancia! ¡camilleros! El Jefe Supremo iba directamente al Fuerte Santa Rosa cuyos Blakeley por fin

tronaron, hinchándose como si la insoportable carga de pólvora dispuesta por los marinos fuese a despedazarlos.

—¡Tres mil ochocientas yardas! —se alegró el capitán Escua. Habían ganado casi medio kilómetro con la sobrecarga de explosivo. Uno de los proyectiles cayó cerca del *Huáscar*.

Las cornetas del Callao tocaban diana.

Cambió rumbo el monitor seguido por la *Pilcomayo*. Al apartarse de las Baterías del Sur y de los activos cañones de Bolognesi, pareció ponerse a tiro de los Rodman del norte.

Militares sin tropa, marinos sin buques, ingenieros civiles, inválidos de viejas guerras, paisanos de toda condición maniobran la batería. ¡Fuego! Altos surtidores salados se alzaron en derredor del monitor a cuatro mil yardas de la playa.

De nuevo se alejaban los chilenos, aunque siempre descargando su artillería. Crucero *Loa*, corbeta *O'Higgins* y la almiranta chilena se mantienen apartados de un combate que indaga el poder de los defensores.

—¡Preseenten armas! —grita el capitán Rolando a sus rifleros del batallón *Artillería de Marina* formados en la puerta del Santa Rosa.

Desmonta Su Excelencia mientras un grueso proyectil se eleva desde el *Angamos* combando el aire en busca del Jefe Supremo que no retrocede, pasa revista a la guarnición sin siquiera mirar el cielo por el que crece la granada con un largo lamento hasta declinar, clavarse en el terraplén a veinte pasos del Dictador que tampoco ahora le presta atención y, satisfecho de la impávida tiesura de los suicidas a su mando, pronuncia un enérgico viva el Perú. Astete, el coronel Gayangos, el General Silva, el coronel Iglesias contemplan el inmóvil proyectil que acaso estalle en uno o dos segundos no sólo desintegrando al Jefe Supremo sino a todo el comando militar de la república. ¡Nada! Ordena Iglesias que le arranquen la espoleta y lo lleven al Arsenal. Le hará grabar fecha y hora y el nombre de Su Excelencia para conservarlo como el más importante trofeo de la jornada. Subió Piérola al glacis. Avanza ahora la línea enemiga al Sur y una torpedera va con órdenes del *Blanco Encalada* al *Huáscar*. Casi todos los fuertes y torreones han disparado sus piezas sin siquiera rasguñar al enemigo.

Tres o cuatro mil curiosos que presencian el combate desde la ribera y entre los castillos o en la Plaza Matriz

rieron nerviosamente cuando puesto el *Huáscar* al sur de la formación enemiga se reanudó el cañoneo. Avanzan esta vez los chilenos a demoler buques y pontones de la deshecha Marina de Guerra nacional.

—¡Fuera de aquí! ¡Atrás, atrás todo el mundo! —vocifera el Cirujano Mayor Santiago Távara a los imbéciles que pululan por las calles del puerto. Hace un rato perdió sus piernas el ciudadano Medina, volteado por una explosión en la Plaza de la Victoria. Veintitantos contusos han sido recogidos por los camilleros de la Cruz Roja. Ahora tiraban los chilenos con creciente exactitud por encima del muro de la Dársena. ¡Blanco en el pontón *Tumbes*! ¡Blanco en la *Unión*! Pica espuelas Távara empujando al genitío por la Plaza Matriz. Doscientas cincuenta libras de pólvora y espejeantes esquirlas de acero enfriado deflagraron entre jóvenes palmeras y macizos de flores y el propio Távara se sintió arrancado de la montura y revolcado por un tibio cascajo que hizo trizas su uniforme naval. Aulló el ciudadano Juan Loyola sancochado y amputado por el bombazo. Con mudo espanto don Vicente Murrieta trata de contener el chorro de sangre que brota a pulsaciones de su diestra cercenada por un cascote. Un segundo cañonazo averió el vecino Hotel Roma, triturando cristales y vajilla y desplomando barandales. La estampida de curiosos arrolló a las ambulancias.

—¡Muerto el artillero John Gant, señor! —informa Benavides a Villavicencio en el puente de la *Unión*. Con baldes de mar la tripulación apagaba un incendio a bordo. Daños de poca consideración, señor. No hay más víctimas, señor.

Los cañonazos de la *Pilcomayo* también zarandeaban el fondeadero de las lanchas nacionales *Urcos* y *Arno*. Avanza, retrocede el transporte *Limeña* a descargar su liviana artillería y a cubrirse de inmediatas andanadas chilenas. El capitán de navío Ezequiel Otoya, antiguo segundo de Grau en el *Huáscar*, quisiera atreverse hasta el filo de la Dársena, pero a bordo de su vapor se encuentran el Secretario y el Subsecretario de Marina, el decorativo comandante general de la escuadra, el segundo jefe de arsenales, hombres llenos de galones dorados y de importancia cuyas vidas no conviene arriesgar. Su primer condestable William Wallace resopla con furia, se vuelve a quejarse ante el segundo jefe Freyre, francamente inútil mi comandante, nunca se ponen los chilenos a menos de cuatro kilómetros, ellos son el gato y nosotros el ratón mi comandante.

Encima del capitán de corbeta Pedro Gárezon resonó la última escotilla de fierro clausurando el monitor *Atahualpa*. Silbaron sus descosidas calderas, chirrió esforzadamente la hélice empujando lentamente este oxidado cajón en busca de enemigos diez veces más rápidos. A toda máquina, pidió el capitán de navío Raygada. ¿Dos millas? ¿una milla por hora? Tardarán cuarenta minutos en llegar a la boca de la Dársena. Por la torre de combate adivina Gárezon las evoluciones del *Huáscar*, su antiguo buque. Acaso pudieran repetir la hazaña del *Manco Cápac* en Arica. Pero cedían calderas, a ratos se detiene el monitor peruano, parece enredarse en fangosos desperdicios que su hélice de bronce bate sin verdadera fuerza para navegar.

—¡Fuego el uno! —el coronel Gayangos quiere alcanzar al *Huáscar* que esta vez presenta estribor a las Baterías del Sur. La furibunda sobrecarga de pólvora hizo trastabillar a Aurelio García y García y a los artilleros que lo acompañan. Y pareció arrancar al Blakeley de sus rieles. ¡Cuatro mil cien metros! El capitán Escuza vio que fallaban por veinte metros. Su proyectil estalló en el mar, a proa del monitor, empapándole cubierta y puente y torre de combate. ¡Viva el Perú! Gayangos vociferaba—: ¡Fuego el dos!

Los Rodman de la Batería Pacocha ampollaban las manos de sus servidores cuando el teniente coronel La Torre dio por concluido su combate con la *Pilcomayo* que se quiso colar por el norte a bombardear pontones y estas piezas instaladas junto al Camal y que ahora retrocedía a reunirse con el silencioso *Blanco Encalada* en demanda de órdenes. Hubo de transcurrir un buen rato de silencio en el fuerte, antes de que su guarnición escuchara el loco mugir de doscientas vacas que embisten corrales hasta ensangrentarse hocicos y derribar barandas y, en fin, huir espantadas por las calles del puerto hacia los campos de Bellavista. Por el largavistas La Torre comprobó que los chilenos no van a forzar la entrada al Callao. Sólo el *Angamos* seguía bombardeándolos cómodamente situado a cinco kilómetros de la ribera.

Se mueven los bomberos de un derrumbe en Aromito a la estación del Trasandino dos veces remecida por granadas chilenas y a los pulverizados almacenes de Ríos, aquí y allá rescatando paisanos machucados, sangrantes pillastres. Pero el desmoronamiento de adobes secaba el fuego de las explosiones. Ni un solo verdadero incendio ha tizado a los voluntarios de la Unión Chalaca estacionados

en la calle Constitución con el sargento Pablet al frente. Cada ocho, nueve minutos sajava el cielo un proyectil del *Angamos* para desplomarse en derredor de estos voluntarios que no abandonan el centro del Callao. Pablet anunció que vuelven *Huáscar* y *Pilcomayo* a castigar la Dársena de cerca y, por sobre el rompeolas, a los pequeños sofocados buques peruanos. Los bomberos Castillo y Ramírez no escucharon sus instrucciones. Ruido y humo e insoportable velocidad ensordecieron la calle Constitución cuando picó sobre sus cabezas una granada de ciento cincuenta kilos de acero y explosivo. Trepidió el suelo al incrustarse la bomba a veinte metros de distancia, justamente en la puerta del almacén de Grace Brothers & Co. Pablet nunca supo qué lo movió a correr con dos baldes de agua a empapar el proyectil. Arrancada la espoleta, los bomberos forcejearon hasta desenterrar su trofeo, subiéndolo a una carretilla para conducirlo a su cuartel.

Disparó la *Unión* 78 cañonazos sin herir una sola vez a los atacantes. Había avanzado el *Atahualpa* mil cien metros en una hora para descargar sus dos piezas de a 500 a ningún lado y emprender una trabajosa retirada a favor de la marea. El *Huáscar* ocupa nueva posición en el cabezo de la isla, según calcula Castañón a 4,791 metros de sus grandes Dalgreen. Catorce segundos de distancia. Hace un rato lo tuvo casi a su alcance, más o menos a cuatro kilómetros. Pero el coronel no pudo hacer fuego sin orden expresa de Su Excelencia. Casi a las cinco de la tarde, Piérola pidió que probara suerte. Con máxima elevación y poco prudente sobrecarga de pólvora, al fin retumbaron los cañones de La Punta. Sus proyectiles se hundieron en el mar, a un kilómetro del enemigo.

Baquiáno, la calle Manco Cápac, el mercado, la calle Paíta, de nuevo el Arsenal, la torre con el reloj de la Dársena que se derrumbó en pedazos, otra vez la Plaza Matriz soportaron el puntual metódico cañoneo del crucero *Angamos* que se mantiene a 6,000 metros del puerto. A las cinco y media izó inteligencias el *Blanco Encalada* y los chilenos suspendieron sus fuegos. En tierra, desencantados artilleros observan la ilesa retirada. Un fragor de cornetas tocando diana festeja la conclusión del combate. Los enemigos se agrupan en su habitual fondeadero en San Lorenzo. Arengan los jefes a la guarnición chalaca que quiere creer y cree que sólo ha sido un simulacro de combate, que los buques chilenos no se pusieron a tiro por miedo.

Piaggio acompañó a Dasso a inspeccionar leves daños

sufridos por el Gran Hotel Central. Jefes militares destinados al Callao ocupan a veces habitaciones en la planta alta, pero el negocio está en verdad vacío, vigilado por unos cuantos paisanos con garrotes a los que Dasso pagá con cama y tres comidas diarias. Recorrió salones, billar, la terraza donde se han desplomado maceteros y tras inventariar catorce rajaduras y seis ventanas deshechas, preguntó a su amigo Piaggio si prefiere una ración de *Hennessy* o una copa de chianti. Ni lo uno ni lo otro. Don Faustino elige una botella de soda-limón, con experto pulgar empuja la bolita que cierra el frasco de vidrio, vierte el espumoso refresco en un vaso lleno de nieve. Ah, dijo aliviado. Desde el bar en silencio podían ver un trozo de cielo amarotándose de prisa. Al otro lado de la barra, Dasso se embotica media copa de coñac y gruñe, con grueso índice persigue mínimas asperezas en la madera, al fin propone: —Eh, Faustino, ¿y si volviéramos a Italia? Piaggio reflexiona un rato que a Dasso le pareció interminable. Sí, seguro. Ambos tenían fortuna suficiente para volver a Génova y no trabajar más en sus vidas. Pero Faustino es padre de cinco niños que son peruanos. Imposible, Carlo, ellos esperan que nos quedemos. Dasso asintió. Don Faustino manda. Debía aconsejar y ya aconsejó. Hace un año ofrecían una fortuna por este espléndido hotel del puerto que ahora no vale nada. Piaggio le dedicó una afectuosa palmada antes de recoger su bastón y su sombrero y dejarlo bebiendo coñac en el salón a oscuras. Tarde encendían faros de kerosene que apenas iluminan confusas callejuelas portuarias. Camino de su casa, el industrial italiano averiguó que Piérola permanece en el Arsenal, que sólo hubo un muerto y media docena de heridos graves. Tuvieron suerte. Galvarino Riveros no empleó la poderosa artillería de su acorazado y para otro combate reservó los fuegos de la *O'Higgins* y el *Loa*. Decidió marchar mañana temprano a reunirse con su familia en Lima. Cenó frugalmente a solas en el penumbroso comedor de su mansión porteña. A las diez dormía. Un nuevo combate lo sacó de cama al amanecer. A medio vestir salió a la calle. Crece un estrépito de ametralladoras y rifletería, dos o tres explosiones. Reconoció a unos bomberos de la Garibaldi. ¿Qué sucede? Volvieron los chilenos, don Faustino. Esta vez se metieron al fondeadero. Las torpederas *Guacolda* y *Janequeo* quisieron hundir al *Atahualpa*. Y la *Pilcomayo* atacó a la lancha nacional *Urcos*, malhiriéndole a un teniente, un alférez y seis tripulantes. Había tenido que intervenir la *Unión* para rechazar la sorpresa.

Nuevo Jefe Supremo en Tacna

Tres días atrás había llegado la famosa División Invisible. Un año demoró en presentarse en el teatro de la guerra. Primero acampó en la cordillera, amenazando a los chilenos que invadieron Atacama. Con apenas doce cartuchos por soldado, su jefe Campero no pudo intentar una batalla. La contramarcha del presidente boliviano Daza en Camarones, que precipitó el desastre de los aliados en el cerro San Francisco, motivó que su propio ejército lo desconociera en Tacna. Por unanimidad aclamado nuevo Presidente Provisorio de Bolivia, demoró Campero en trasladar su Quinta División a La Paz, a restablecer la calma interior de la república y a perseguir desbandadas tropas que volvían del litoral peruano pillando y arrasando pueblos en su propio país. Por fin, pese a varias intentonas revolucionarias para volcar el prudente mandato de Campero, su Quinta División se presentaba en Pocollay. Catorce bandas de músicos la saludaban con cornetas de diana y ataque y el incesante furioso redoble de doscientos tambores de guerra. ¡Qué distinta la vida hace un año cuando las primeras cuatro divisiones bolivianas llegaron por este mismo camino! La mirada del coronel Eleodoro Camacho, ahora jefe de las tropas aliadas, parecía recordarse a sí mismo, al trote y gallardamente en olor de victoria, siguiendo la tormentosa huella de don Hilarión Daza. ¡Un año apenas y tanto que memoriar! Ni siquiera los *Colorados* conservan su antiguo nombre como batallón protegido y predilecto del prófugo Don Hilarión. Ahora llamado Alianza N° 1, estaciona avergonzadamente en segunda fila mientras la Invisible se detiene a tomar resuello en Pocollay. Como en las fuerzas peruanas, casi no quedan generales en los mandos bolivianos. Han desaparecido Buendía y López de Lavalle. Y el General Bustamante. Fugazmente jefe de estado mayor en Iquique y después Ministro de Guerra, La Cotera continúa hundido en la desgracia política. También se evaporaron de la Historia los generales bolivianos Villamil y Villegas, gravemente herido en San Francisco. Camacho, que tuvo el valor definitivo de acusar al terrible Daza de traición a su Patria y a la Alianza, de desarmar a los *Colorados* y proclamar a Campero nuevo presidente de Bolivia, es ahora jefe de los suyos. A sus órdenes sólo sirve el anciano General Juan José Pérez. La División

Invisible y estos batallones del Altiplano que la reciben y presentan armas, no han tenido aún bautizo de fuego. Ni estuvieron en Pisagua, ni vencieron en Tarapacá salvo la pequeña columna *Loa*, ni se han movido en un año de sus campamentos tacneños. Ejercicios de línea dos veces por semana, eso es todo. La guerra se precipita rápidamente sobre ellos. ¡Viva la Alianza! ¡Viva Bolivia! ¡Viva el Perú! Antes un solo poderoso país, ahora dos desgraciadas repúblicas. Por un rato olvida Camacho sus diferencias de opinión con Montero y cambian sonrisas, de nuevo enhiesto el general-almirante de los peruanos, curado de amarillentas tercianas que lo postraron en Arica. Ojotas que han pisoteado el mismo áspero camino por el que llegó Camacho, golpean ahora marcialmente el camino de Pocollay a Tacna. Los jefes aliados saludan con sus espadas el paso de tafetanes bolivianos, se colocan detrás de la Quinta División escoltándola a la ciudad. El distante fervor que en 1879 campaneaba saludando anticipadamente inolvidables victorias, revivía ahora en la capital del departamento. No hay arcos triunfales hechos de olivo y cartón, pero la pequeña multitud, quienes todavía se resisten a emigrar, arrojan flores a los recién llegados batallones. Tras los comandantes en jefe avanzan los encargados del Estado Mayor, el General Pérez y el coronel peruano Manuel Velarde. Detrás siguen el Prefecto del Solar, el alcalde MacLean, edecanes, vecinos a caballo. Luego marcha el Ejército Boliviano, por delante el orgulloso Regimiento *Murillo*, los *Libres del Sur* y la *Vanguardia* de Cochabamba los *Colorados* y la valiente pequeña columna *Loa*. Y los batallones *Aroma*, *Sucre*, *Viedma* y *Padilla*. El coronel Justo Pastor Dávila abre la marcha del Ejército Peruano, seguido por el batallón de veteranos cabitos. Después el coronel Cáceres, como de costumbre al frente de la Segunda División y del esforzado batallón *Zepita*. En primera fila del *Arequipa* N° 17, ahora integrado a la Quinta División del coronel Herrera, el guardia civil Mariano de los Santos muestra el pabellón capturado al 2° de Línea chileno en Tarapacá. El coronel Manuel Antonio Prado comanda a los veteranos del *Ayacucho* N° 1. Cierran el desfile nuevos refundidos batallones nacionales, artillería y dos ametralladoras, los coraceros de Bolivia, los *Húsares de Junín* y los maltrechos jinetes de Albarraçín. La División Invisible se detuvo ante los balcones de la Prefectura. Montero subió a saludarla. ¡Soldados de la Alianza! ¡Representáis a dos pueblos hermanos cuya honra y común destino vais a defender con las

armas invencibles que la justicia ha puesto en vuestras manos! El General descifraba en los recién llegados la idea de la victoria y la reparación. *¡Os doy esta consigna para el campo de batalla: vencer, vencer y vencer!* También el Prefecto del Solar les dio su bienvenida. *¡El Perú y Bolivia tienen el sagrado deber de escarmentar a Chile! ¡Es necesario vencerlo o es indispensable morir!* Después el coronel Camacho llevó a sus tropas al nuevo campamento en Tacna. *¿Cuándo llegará el General Campero?* —se interesó el Prefecto del Solar. El coronel Acosta, jefe de la Invisible, replicó con un enigmático ademán. *¡Nadie sabe!*

A la una de la mañana de este martes 20 de abril, diez jinetes abrigados con ponchos entraron lentamente al paso a la ciudad de Tacna.

—¿Quién vive? —desconfió la ronda cerca del edificio de la Prefectura.

—¡Su Excelencia el Presidente de Bolivia!

Ya Narciso Campero echaba pie a tierra, reconociendo en la penumbra calles y plazuelas por las que ha pasado muchas veces rumbo a su país. Sólo acompañado por el plenipotenciario peruano Bustamante y Salazar y ocho oficiales de su confianza, había viajado cinco días sin pausa para asumir cuanto antes la suprema dirección de la guerra. Dos amargas cartas del coronel Camacho y la presión del gobierno peruano apuraron su viaje. Temía Campero que en su ausencia quisieran frustrar la instalación de la Convención Nacional que había convocado para el próximo 25 de mayo a fin de elegir otro presidente y regularizar la existencia de su república. Pero una última carta de Camacho, quejándose de que Montero planea batalla sin otra retirada posible que al Morro de Arica para allí resistir hasta el exterminio, lo decidió a emprender viaje. En la puerta de la Prefectura apareció el joven Grimaldo del Solar, hijo y secretario del señor prefecto. El tostado sereno semblante del General irradiaba una rara simpatía. Sin dar señales de fatiga, Su Excelencia entró a salones en los que habitan el poder y hombres apenas de paso, capaces de modificar sólo la disposición de muebles públicos, tapiados según normas de decoro oficial y con opulencia de presupuesto fiscal. Como el poder supremo, estas habitaciones parecen ahora roídas por la crisis, en inminente riesgo de violento desalojo. Llamó su atención una pared deslucida, en la que un rectángulo de papel decolorido delata que han descolgado recientemente un cuadro de gran tamaño. Por la importancia del paño, imaginó Su Excelen-

cia que ha de haberlo ocupado un retrato de Mariano Ignacio Prado. Eso nomás éramos: fugaces dignidades que concluyen entre trastos inservibles, comidos por la polilla. O héroes incorrectamente efigiados en bronce, de preferencia a caballo y sobre pedestales de granito, que sirven de referencia a caminantes y carteros.

Amanecía cuando el cansado plenipotenciario Bustamante se hizo escoltar por dos oficiales a la tienda de Montero.

—Bienvenido a Tacna —penetra el general-almirante en la mirada de Bustamante, indaga la posibilidad de un complot—. ¿Qué tal viaje?

—Comprenderá usted que estoy agotado —enemigo de los civilistas, el plenipotenciario desconfía de Montero y de los jefes a quienes ha elegido para mandar en el Primer Ejército del Sur. Tenía instrucciones de Lima de vigilar especialmente a Velarde y a Cáceres, a quienes oficiosos soplones tacneños señalan como metidos a conspirar contra el Dictador—. Pero el deber es primero y juzgo imperativo conversar con usted sobre el inmediato futuro de nuestras operaciones.

A solas en la tienda, el general-almirante ofreció una taza de café.

—Voy a serle franco: estoy asombrado por el modo como ha llegado el señor General Campero a esta ciudad. Caracho, han debido anunciarse por lo menos —se sienta el almirante, muerde un damasco, crece su voz aunque sin peder su cordialidad—. Diríase que no pensaba ser bien recibido... imagino que usted puede ofrecerme una explicación.

—Pues sí, a eso vengo...

—Lo escucho.

Dice Bustamante que Camacho se ha disgustado con los peruanos, que tampoco el General Juan José Pérez está de acuerdo con el plan de batalla impuesto por Montero, que han consultado si de veras se hallan sometidos a la plena autoridad castrense del jefe peruano al extremo de dejarse arrastrar a un posible desastre, que tal desacuerdo podía ser causa de que se perdiera la batalla y, aún peor, de que se hiciera añicos la Alianza, que consultado por Campero le aconsejó y suplicó vivamente que lo acompañara a Tacna a fin de solucionar cualquier diferencia, que eso es todo y que por favor no le busquemos cinco pies al gato.

—Espero que apruebe usted mis gestiones —añadió Bustamante y Salazar—. Desde luego y de acuerdo con el

tratado entre ambas repúblicas, el señor Presidente de Bolivia asume la suprema dirección de la guerra. Tendrá usted que ponerse a sus órdenes incondicionales.

El almirante paseó su tienda con largas trancadas.

—Me sastiface su franqueza, señor Bustamante...

—Gracias.

—...respecto de mis diferencias de opinión con el coronel Camacho, ni son tan profundas que pudieran poner en peligro la alianza con Bolivia, ni pueden arbitrarse como no sea por la elección definitiva de un plan de batalla. Camacho quiere pelear en Sama y yo tengo categóricas instrucciones de Su Excelencia don Nicolás de Piérola de no apartarme de Tacna...

—Lo ignoraba.

—...en cuanto al mando supremo del ejército aliado, ya usted sabe que no acepté al General Daza como Director de la Guerra cuando el señor Prado regresó a Lima. Sin embargo, estoy resuelto a reconocer al General Campero.

Bustamante pareció aliviado. Entraba un ordenanza con bizcocho recién horneado. De nuevo a solas, bebieron una segunda taza de café.

—Ustedes —y el almirante decía ustedes abarcando a pierolistas y nuevos gobernantes— nos creen dedicados a conspirar en Tacna —rió Montero con súbito buen humor—. Y voy a ser muy franco, señor Bustamante: aquí estamos más preocupados por salvar honor y pellejo. Da risa cuando uno se entera de las últimas intrigas nacionales. ¡Conspirar! ¡ridículo! ¿Es qué nos creen capaces de abandonar el frente para derrocar al señor Piérola? Señor Bustamante: los chilenos no tienen intenciones de sentarse a negociar la paz a menos que les apliquemos una severa derrota y pongamos en peligro el desarrollo actual de la guerra que los favorece ampliamente. Estamos siendo conquistados por los ejércitos de don Aníbal Pinto. Y nosotros —y ahora decía nosotros incluyéndose a sí mismo y a todos los civilistas y pierolistas— nosotros no hemos tomado las cosas con suficiente seriedad. No basta el heroísmo, señor Bustamante. Estamos verdaderamente abandonados. Desde diciembre pasado no hemos recibido un rifle, un cartucho, un soldado de refresco como no sean los recién llegados batallones de Bolivia que carecen de experiencia. Eche usted una mirada a nuestros campamentos y pregúntese después si en este lugar y en este momento, Lima puede tener alguna importancia...

—Es la Capital de la República y la sede del gobierno

—Bustamante y Salazar empleó su voz más solemne.

—...así que aclaremos cualquier duda: yo estoy aquí para servir a mi país, no para darme buena vida, satisfacer placeres o ambiciones personales o para hacer política interna, que no es la oportunidad.

—¿Qué piensa ahora del señor Piérola? —a boca de jarro el plenipotenciario soltó le pregunta. Montero lo había combatido encarnizadamente en el pasado.

Otra vez rió el almirante.

—¿Quiere usted arrancarme un elogio fácil pero oportuno? —sacudió la cabeza—. Soy un soldado y sé cuando debo obedecer. Entiendo que el Jefe Supremo trabaja arduamente por la victoria del Perú. Hace muchos meses que he aceptado hacer las cosas a su manera. Cuenta con mi desinterés y mi obediencia. Ahora, mi mayor gusto sería...

—Diga usted, almirante.

—...sería verlo aquí, al frente de nuestro ejército. Para consolidar su gobierno pienso que necesita un triunfo en el campo de batalla, ¿no cree usted lo mismo?

ORDEN DEL DIA PARA LOS EJERCITOS ALIADOS

Habiendo ingresado el día de ayer a este cuartel general S.E. el Jefe Supremo de la República de Bolivia, el infrascrito, haciéndose intérprete fiel de los sentimientos que animan a los ejércitos que se hallan bajo sus inmediatas órdenes, tiene el honor de saludar en el ilustre mandatario de la hermana y aliada de la nación peruana, al Supremo Director de la Guerra que las fuerzas unidas del sur sostienen con la República de Chile.

Al incorporarse hoy al teatro de la guerra el excelentísimo señor general don Narciso Campero, asegurado a mis subordinados que viene lleno de fe en aquel entusiasmo, moralidad y disciplina militar que forman el carácter distintivo de los soldados de la Alianza, a participar de las fatigas y de las glorias de la ruda campaña, en cuyo desenlace va a tomar también la parte integrante que su acrisolado patriotismo le impone.

Reciba, pues S.E. el Jefe Supremo de Bolivia, las cordiales felicitaciones de los ejércitos de su mando puestos a cumplir sus altas disposiciones.

Cuartel General de Tacna, 21 de abril de 1880.

Lizardo Montero

Misteriosamente se han agotado víveres y artículos de ferretería, hasta frazadas y zapatos en los almacenes tacneños. Hay quienes afirman que los comerciantes extranjeros optaron por enterrar mercancías antes de cambiarlas por depreciados billetes peruanos cuyo valor la Prefectura pretendía mantener al cambio oficial limeño de doce peniques. No sólo habían protestado los cónsules por la contribución de guerra que aplicó del Solar, sino que la mayoría de contribuyentes se negó rotundamente a cumplir el decreto. Los verdaderos tacneños, quienes además nacieron peruanos, acusaban de traición y deslealtad a esos afuerinos a quienes se abrió las puertas del país con generosidad que no retribuían. Nocturnos pasquines denuncian dónde entierran fardos estos desagradecidos británicos o italianos y ponen nombre y apellido a repentinos simpatizantes de la causa chilena. Tal creciente desorden doméstico avinagraba la salud del prefecto del Solar, que además reparte su tiempo entre la organización de una columna de voluntarios y prolongadas reuniones en el nuevo alto mando aliado.

Otra vez charqui, protesta el cabito Porturas, todo un año comiendo carne seca y arroz. En vez de felicitaciones debieran repartir churrasco y estofado, fruta fresca. Acampaban entre veteranos del antiguo Batallón *Puno*, cerca de la cuesta de Intiorco, a la vista de suculentos viñedos que protegen perros bravos y el favor de las autoridades. El sargento Chimbolo comandó hace un mes el saqueo de una huerta y los castigaron con cinco kilómetros al trote bajo el sol. Casi la mitad de los cabitos había perecido de insolación, hambre o batallas desde que empezó la guerra y los mandaron al frente. Descansaban desde diciembre. Habían reforzado el Batallón *Lima* N° 11 con deshechas tropas puneñas, llenando así los huecos que dejó la matanza en San Francisco. Pese a que entonces conquistaron la cima y varias veces desalojaron a los chilenos a punta de bayonetas, los seguían tratando como a niños que necesitan tutoría. Porturas, también Jumpa que ya cumplió catorce, el fornido aunque pequeño Cherres que desde marzo tiene dieciseis, son todavía subalternos cabitos puestos a órdenes de adultos sargentos y de nuevos tenientes agregados al batallón en Tacna. Hace quince días repartieron nuevos uniformes de bayeta blanca y trasladaron a Porturas a la primera compañía, que seguramente hará los trabajos más duros como guerrilla del batallón. Varios años en la Escuela de Cabos y dos batallas lo han convertido en un tipo duro. No concluye de cambiar la voz adolescente y ya dio

cuenta de cinco enemigos, uno de ellos a bayoneta. Mientras tragaba el rancho con resignadas masticaciones, vio acercarse al capitán Lizárraga y al teniente Chariarse con ese apurado andar de los oficiales cuando traen órdenes, no importa que lentas de cumplir o vagamente urgentes. Se acerca el pleito, vaticinó Porturas y Cherres, el cabito Alarico asintieron. Hace dos meses que los chilenos desembarcaron en Moquegua mientras ellos continúan acampados como si no fueran ejército en campaña. La antevíspera hubo revista general y todas las divisiones formaron en línea. Este batallón mitad de niños, mitad de hoscos aimaras, llamó la atención del General Campero que se le acercó en su caballo, a contemplar detenida y silenciosamente a los casi vencedores de San Francisco. ¡Orden de marcha! La voz electrizó el austero campamento de los muchachos. ¡Ya escucharon carajitos, orden de marcha! ¿Adónde? El precoz subteniente Cané, que a los diecinueve años parece tan adolescente como muchos de sus subalternos, se encogió de hombros. Porturas lo respetaba. Yo no pregunto adónde vamos, gritó el oficial, tampoco tú preguntes. Sí, señor. Porturas mostró los dientes. Después Cané informó: salimos mañana, al norte.

La orden tomaba por sorpresa al campamento aliado. En la Segunda División sesionaban los jefes. Confidencialmente explica el coronel Cáceres que gracias a la aparición de Campero se impidió a Camacho marchar a Sama sólo con sus batallones bolivianos, lo que habría sido naturalmente un desastre. Tanto insisten los jefes bolivianos en presentar batalla 44 kilómetros al norte de Tacna, que el flamante Supremo Director decidió movilizar sus ejércitos. Cáceres parecía anunciar una equivocación. Cree que no debe combatirse a ras de los desiertos, ni en Sama o Tacna ni en ninguna parte de la escueta costa sedienta, una geografía que favorece al mayor número de chilenos y su superior artillería. Sólo apoyado por el boliviano coronel Castro Pinto, ha propuesto reiteradas veces presentar combate en la inmediata cordillera. No hay otro escenario más propicio y cercano a los aliados que Quebrada del Diablo. Hombres venidos por las montañas, sin embargo el resto de bolivianos prefiere arenosas llanuras. Montero y el Supremo Director habían sesionado a solas y después con sus respectivos jefes de estado mayor y, en fin, con sus jefes de divisiones. No andaban mal informados de los movimientos enemigos. Velarde, jefe de Estado Mayor General peruano, infiltra falsos arrieros y agricultores cuyos

despachos vuelven a caballo por tortuosos senderos serranos. Tres divisiones chilenas terminan de concentrarse en Locumba. Artillería y cuarta división enemiga viajan en vapor a Ite, por donde rápidamente subirán a Sama que ya está ocupado por la caballería de Baquedano. Y más batallones y regimientos expedicionarios siguen llegando a Ilo procedentes de Antogafasta. Calcula Velarde que unos doce mil enemigos emprenden la ofensiva contra el Primer Ejército del Sur. ¿Y qué hay de Leiva? Pues Leiva aún no aparece en Arequipa, Recabarren sigue en prisión y ni un soldado nacional de refuerzo ha emprendido la ruta de Torata. Nuevo primer jefe del *Zepita*, el coronel Carlos Llosa opina que es imposible marchar a Sama este domingo, como ordena el Supremo Director. Durante dos meses discutiendo si se pelea en Tacna o al norte, nadie se ha preparado para una u otra alternativa. No hay odres y barricas de agua, no hay carretas, no hay bestias, no hay brújulas. El coronel Velarde organizaba un cuerpo de baqueanos para marchas nocturnas, reunía setecientas mulas de las que doscientas son para batallones bolivianos cuyos jefes y oficiales están desmontados. Y se espera la llegada de quinientos caballos argentinos adquiridos por medio de Puch & Gómez, proveedores del ejército aliado, a quienes ya se conoce por su falta de puntualidad. Mientras tanto, la mitad de los *Húsares de Junín* debía combatir a pie. No se ha vuelto a hablar del plan de batalla de Cáceres. En un encuentro frontal de ambos ejércitos, los aliados llevan las de perder pero no hay más opción que la obediencia al superior así que andando, inspección de armamento, cien cartuchos por cabeza y todos preparados para pasar revista de comisario y levantar tiendas.

Vamos, Lazúrtegui. El coronel Cáceres por fin estrenaba botas hechas a su tamaño por un zapatero de Tacna. Algo rojizo el cuero, desafinaba con la ordenanza pero sirven para caminar el infinito áspero territorio en guerra. Seguido por su ayudante Lazúrtegui, salió de la zurcida tienda de campaña que Ugarte le consiguió en los almacenes de Arica. El coronel se dirigió primero al vivac del *Zepita*, su propio batallón. Aunque sólo la mitad de sus cusqueños sobrevivió a la campaña de Tarapacá, ahora el *Zepita* tiene 578 veteranos en sus filas. A todos los conocía por sus nombres, igual que a las rabonas. Ordenada desde Lima la reorganización de este ejército, Cáceres consiguió que transfiriesen a su antiguo batallón a los soldados del *Dos de Mayo* que también lo acompañaron en la carga cuesta

arriba de Tarapacá, única victoria de los peruanos en 1879. Ambos batallones combatieron codo a codo ese 27 de noviembre y caminaron sin agua ni víveres hasta Arica y ahora, fusionados, son la fuerza más respetada en todo el campamento de la Alianza. Muchos aquí conservan las botas que arrancaron a enemigos muertos y también sus cantinas, quepís chilenos con tapacuellos. Costó trabajo quitarles rifles comblain tomados a los zapadores del sur para uniformar su armamento con familiares chassépot modelo peruano. Ahora se apiñaban a su encuentro. ¿Vamos a pelear, taita? ¿Adónde están los chilenos, papá? Cáceres les habla en quechua de dulce acento ayacuchano. Reconoce a Durazno, que guió a todo el ejército a través del Tamarugal. Y a Huallpacusi, que estoqueó a tres chilenos en la quebrada de Tarapacá. Y al cabo Coyla, que caminó cuatrocientos kilómetros con un herido auestas. Y al tuerto Yupanqui, veinte años soldado de línea. Cómo estás papá, taita. Besaban naturalmente sus manos. No tan efusivos, soldados del antiguo *Dos de Mayo* rodean respetuosamente a los cusqueños que se turnan por saludar a su jefe. Nos pondremos en marcha el domingo, así lo ordena el general supremo. Un alegre griterío se elevó del vivac. Impacientes por combatir, los cusqueños reían, bailaban en círculos mientras Cáceres sonríe con distante amargura. ¿Cuántos volverán a sus pueblos cuando esta guerra de mierda haya concluído? Alla, en Cusco, les prometió la victoria y victoria les dio, sólo una, apenas suficiente para que estos hombres no perdieran la fe en su coronel. Bien, Lazúrtegui, que repartan un poco de aguardiente para celebrar.

Sólo quedan sesenta flanqueadores al coronel Albarracín, de modo que mandaban fusionar su montonera con la fuerza que organiza el Prefecto del Solar. Disponía de cuarentitres gendarmes de Tarapacá y doscientos policías tacneños. Esa tarde, el capitán Alcázar, encargado de dar rápido entrenamiento militar a cuatro compañías de paisanos, se quejaba con explicable malhumor. Autoproclamados coroneles y tenientes coroneles le disputan el mando y con suficiencia de novatos azuzaban a la nueva tropa a no obedecer sus órdenes. Usted disculpe señor Prefecto, pero se trata de conocidos pierolistas de este pueblo, será mejor que intervenga. Del Solar suspiró. Un poco a la fuerza se habían adueñado de los rifles sobrantes y pretenden entrometerse en la vanguardia de los aliados pretextando que nadie mejor que ellos conoce la región. Albarracín y sus

jinetes se mantenían lejos del desordenado cuartel de estos conceptuosos voluntarios. También protestan los gendarmes porque ficticios coroneles y tenientes coroneles impartían órdenes que ellos no tienen por qué obedecer. Alcázar pidió que lo relevasen de su misión. No, capitán. Imposible. Son cuatrocientos hombres y los necesitamos a todos. Así que Alcázar pidió que lo dejaran solamente al mando de la columna de agricultores y que otro oficial se hiciera cargo de la revoltosa columna de artesanos. ¿Y a quién quieren de jefe? Al señor Prada, replicó el capitán. Del Solar asintió. No vamos a perder nuestro tiempo con esa gente por ahora, señor Alcázar. Hasta que llegue el día de la batalla, el Prefecto iba a darles gusto. *Excelentísimo señor don Nicolás de Piérola*, escribía en esos momentos el señor Prada, *he tenido la satisfacción de recibir una carta de V.E. contestación a las mías de enero, febrero y marzo.* El propio del Solar se dirigió al cuartel para comunicar el nombramiento e imponer inmediatas tareas que mantuviesen ocupados a sus tacneños. *Cumpliré estrictamente las indicaciones de V.E. y me dedicaré siempre al servicio del Supremo Gobierno con la tenacidad y rectitud de que soy capaz.* La patria, aunque siempre coronada de laurel y olivo, le crecía como un tumor por el pecho rabioso. Por qué otros, siempre, habían de ser sus dueños. Y no pensaba en oscuros remotos chilenos moviéndose grasientamente bajo sus uniformes de paño, sancochados por un sol que nada más es sol, ni oro ni color alguno, solamente brasa al todo vivo, incandescente, a la vez pálido y brillante. Piensa odiando en hombres como él, peruanos organismos de cuarenta años que trajeron de regreso harapientos y desangrados batallones, a pie y de a dos en fondo por las traviesas del ferrocarril a Tacna. ¡Malditos civilistas! *La venida de S.E. el General Campero ha desarmado a los revolucionarios y mata las ambiciones y sueños presidenciales del General en Jefe del Sur.* ¡Tantas miradas inundadas de fatiga y desastre, muerte que no tenía fin! *Dios quiera que la permanencia del Presidente de Bolivia en Tacna sea larga, para que no tengamos que avergonzarnos de una traición. Los hombres más inútiles y despreciables ocupan los primeros puestos y esto no puede significar otra cosa que una ostentación de desobediencia al Gobierno y un propósito de levantarse con los caídos y descontentos.* El doctor Solar ha llegado, señor Prada. Se apresura el ficticio coronel sin uniforme, encuentra al Prefecto conversando con un grupo de pierolistas tacneños. No es posible,

dicen que cómo se permite que la guerra sea conducida por los enemigos de don Nicolás, se impone la voz del doctor que es pierolista de alto rango. Señor Prada, encárguese de esta columna de artesanos, servirá usted directamente bajo mis órdenes. ¡Viva Piérola! ¡Viva el doctor del Solar! Después, cuando acabó el festejo, atontado porque insignias de mando verdadero caerán pronto sobre sus hombros, Prada volvió a mojar la pluma en tinta. *El pueblo es nuestro completamente y luchará en contra de las pretensiones del General Montero. Otra vez me ha elegido por su jefe.* Cerró y selló el sobre con la carta. Esta tarde hay tren para Arica. Con buena suerte, pronto viajará su misiva a bordo de un buque neutral.

El coronel de la Torre, a quien Bolognesi había devuelto parte de su destituida importancia nombrándolo jefe de Estado Mayor de la plaza de Arica, cepilló su bigote gris disponiéndose a dormitar en el viaje de regreso. Llegado a Tacna para informar que no se tiene noticias del ganado argentino que Puch & Gómez debieran entregar a principios de mayo, volvía con instrucciones de Montero para Bolognesi. Se afirma que todo está listo para que batallones acuartelados en Arequipa emprendan su marcha al sur. En caso de que esos refuerzos no llegaran a la hora de la batalla y que la fortuna fuese adversa a las armas aliadas, el Primer Ejército se reagrupará en la cordillera para unirse a las tropas de Arequipa y atacar al enemigo que seguramente asediará Arica. Bolognesi y sus soldados deben resistir hasta el último hombre y el último cartucho. No será abandonado. La suerte del Perú, en caso de una derrota en Tacna, estaba en sus manos. El antiguo jefe de Estado Mayor General pretendió disuadir al almirante. En vez de esperar refuerzos del norte, ¿por qué no lanzaba a la gran batalla a los dos mil combatientes de Arica? Si es verdad que Chile envía sus reservas a Moquegua para jugarse la guerra a todo o nada antes de un mes, no habrá chilenos que puedan intentar un desembarco. Cree de la Torre que todos, hasta la guarnición de rifleros del monitor Manco Cápac, deben unirse al Primer Ejército. Hay dos pequeñas pero aguerridas divisiones en Arica, varios centenares de expertos oficiales. Montero quedó en silencio. La decisión ahora dependía del Supremo Director de la Guerra que está por entero empeñado en marchar a Sama.

A las 6 y 30 de la mañana del domingo, el coronel Bolognesi picó espuelas para inspeccionar los trabajos de fortificación en Cerro Gordo. Todavía no disuelta la caman-

chaca, el jefe militar de Arica y sus ayudantes llegaban espectralmente al paso, como si caminaran por la vispera, como antes de la salitrosa neblina. Por esa mañana vacante que aún no ha sido, se desdobló el teniente Pedro Ureta. ¡Buenos días, mi coronel! Del otro lado del vapor hediondo que parece brotar del mismo pellejo del Morro, el rostro anciano se permitió una sonrisa. Ureta había sido su ayudante hasta que, a principios de abril, consiguió traslado para instalar confidenciales minas de dinamita. *Vuele usted en pedazos con el enemigo si es preciso.* Aquí nadie conoce la completa ubicación de esas trampas que debían activar con cables eléctricos fabricados por el ingeniero Elmore con pacientemente destejido alambre de jarca, después aislado con papel y engrudo. También el joven Teodoro Elmore se incorporaba a saludar al jefe del Morro. A golpes de barreta taladraban Cerro Gordo para incrustar cartuchos de dinamita.

—Hay que apurarse —se oyó a Bolognesi. Miraba impaciente a trescientos soldados del Batallón *Iquique* turnándose en el uso de toda clase de herramientas para extender reductos a medio construir en las faldas de Cerro Gordo. Ni siquiera hay lampas y picos para todos los brazos disponibles en Arica.

—Espero concluir el viernes —habló Elmore.

—¿Cuántas?

—Una, la primera —el ingeniero había comprado barretas con sus propios recursos.

Bolognesi desmontó, llevando aparte al ingeniero y a Ureta.

—Se nos ordena resistir, ganar tiempo pase lo que pase —el viejo coronel imagina un equilibrio, cierta igualdad de hombres y explosivos acercándose por las montañas. Hay que alargar los días para que Leiva y sus batallones lleguen desde la cordillera. ¡Una sola mina y dentro de cinco días! Respiró profundamente—. Campero ha ordenado que el Ejército marche hoy mismo a Sama.

Elmore y Ureta cambiaron miradas. Acaso haya combate dentro de una semana.

—Usted conoce las dificultades, mi coronel —a Elmore le sobra dinamita y le falta alambre eléctrico. Aunque consiguieran perforar infinitas veces la montaña, no hay como hacerla estallar.

—¿Ya puede usted construir minas sin ayuda del señor Elmore? —se dirigió Bolognesi a su antiguo ayudante.

—Creo que sí, mi coronel.

—Empezará hoy mismo —el viejo sorprendió un gesto de disgusto en el rostro del ingeniero—. Preséntese en mi cuartel general a las diez.

—Necesito gente, señor —protestó Elmore. Indispensable secreto obliga a trabajar sólo con subalternos de absoluta confianza. Los torpedistas de la escuadra instalan minas al norte de Arica. Y ahora le quitaban a Ureta. Además debía supervisar la construcción de parapetos y nuevos fuertes foseados hasta encerrar población y morro. Ya Bolognesi había contrariado proyectos de Elmore disponiendo emplear un alambre en vez de dos para cada mina. El ingeniero cree que fracasarán algunas explosiones y el coronel confía en que habrá el doble de cartuchos enterrados en Arica cuando se presente el enemigo, si es que llega a presentarse.

—Le enviaré un remplazo de inmediato, señor Elmore —el coronel montaba, se despedía con un índice en el quepís—. No lo olvide, quiero cuatro minas concluidas dentro de una semana.

Dos mil combatientes no bastan para defender ciudad, caminos, pampa y peñón de un asalto masivo del enemigo. Allí donde se encuentran los extremos de la séptima y octava división, ahora conferencian los coroneles Inclán y Ugarte. Con casi toda la artillería orientada al mar, sin ángulo posible para batir tierra en dirección de Condorillo o Buena Vista, tendrán que resistir a los chilenos con fusilería y a pie firme. A la octava división de Ugarte le corresponde el norte de Arica y las fortificaciones que se extienden hasta el cementerio cuyas paredes de piedra refuerzan con sacos de arena. La séptima división de Inclán debe cubrir la inmensidad que se extiende desde el cementerio a las lomas que suben hacia los fuertes Ciudadela y del Este, debajo de Cerro Gordo. A las siete y media se les reunió Bolognesi. Acaba de confirmar que las trincheras no quedarán concluidas antes de julio. Hace veintidós días nombrado jefe militar de la plaza con suficiente autoridad para completar la fortificación sin necesidad de permisos superiores, ya no alcanzan días ni bastan herramientas para excavar arenosas ondulaciones de ocho kilómetros de longitud. *Resista hasta que lleguen refuerzos o vuela en pedazos con el enemigo.* Ni siquiera se puede rajar el peñón, reventarlo con dinamita.

—Leiva no ha llegado a Arequipa —a desalentada media voz el jefe de Arica conversa con los jefes de división mientras se dirigen al trote a la ciudad—. Mejor hubiera

sido encargar el mando del Segundo Ejército a cualquiera de los jefes de Tacna.

—Desde un punto de vista estrictamente militar, desde luego —no ignora Ugarte que desconfían de ellos, incluyéndolo a usted, mi coronel.

Antes de bajar hacia el puerto, Bolognesi echó una mirada al norte. Los aliados han de haber levantado campamento. Cuidate Enrique de chilenos y peruanos.

—¿Quién tiene el telescopio que empleó Saldías para estudiar el cometa?

—Está a bordo del Manco Cápac, mi coronel —Inclán también pensaba establecer permanente observación del horizonte.

—Hágalo instalar en los techos, en casa de los MacLean —pidió el viejo—. ¿Conoce al teniente Dávila? ¿qué le parece?

El coronel Inclán asintió. Nacido en Arica, el joven teniente Dávila está al mando de la torpedera *Alianza*.

—Es un valiente, mi coronel.

—¿Lo cree capaz de burlar el bloqueo?

—Por supuesto que sí, mi coronel. Su lancha es muy veloz.

Lentamente Arica se vaciaba. No quedan más de cuatrocientos obstinados residentes. Muchas familias han buscado refugio primero en Tacna y luego en Bolivia o en Puno. Otras se hospedaban en haciendas de neutrales en el valle de Azapa. Día y noche patrullan la ciudad, no sólo fuertes y trincheras. Preocupa a Bolognesi el borrachoso atrevimiento de un centenar de vagabundos sin patria, sospechosos de fracturar cerrojos y desvalijar casas clausuradas hasta que termine la guerra. Antier sorprendieron a dos ingleses forzando la puerta posterior del almacén de Pescetto. Los despellejaron con treinta latigazos antes de expulsarlos a la pampa. Los centinelas tienen orden de abrir fuego sobre ellos si intentan regresar.

Por la calle del Telégrafo les dio alcance el capitán Iturbe. ¡Telegrama de Tacna, mi coronel! Bolognesi leyó enarcando las cejas. ¿Qué les parece? —murmuró entre dientes—. El Primer Ejército no podrá salir hasta dentro de una semana.

Catástrofe en Ancón

José Antonio Miró Quesada liquidó su última copa de burdeos más bien aburrido por la inútil discusión con el capitán de puerto Valderrama. Los playeros exigen nuevas tarifas antes de mover fardos y cajones al ferrocarril de Chancay cuyo arrendatario, Adriano Bielich, se niega a cumplir servicios extraordinarios y prefiere devolver cuanto antes la línea al Gobierno. Daban todos por hecho que, bloqueado el Callao, los chilenos dejarán abierto Ancón, a menos de una hora y media de navegación al norte. Mister Backus, superintendente del Trasandino, estuvo hoy de visita para inspeccionar andenes, patio y material rodante que espera le sean adjudicados antes de acabar abril. Por cierto se acumula mercadería en la playa simplemente porque faltan vagones y es imposible usar máquinas y carros del Trasandino en esta ruta de trocha angosta. Mientras se resuelve el problema de los trenes extraordinarios, piden los playeros chalacos contrato mensual y más dinero en plata sonante. A la fuerza convertido en agente de aduana, Miró Quesada vive en el Gran Hotel y despacha en una improvisada oficina de madera y calamina. A diferencia de otros aduaneros, cree inminente la aparición del enemigo y ha viajado a Chancay, a extender su flamante negocio. La verdad, gana más ahora que antes como director y copropietario del diario "El Comercio", clausurado a perpetuidad por la Dictadura. Escucha a sus colegas protestando por la falta de energía con que el comandante Valderrama trata a los playeros. Santiago Marrou los acusa de estar virtualmente en huelga, lo cual constituye un delito. Gregorio Escardó explica que hay dificultades con algunos consignatarios, que prefieren abandonar mercadería a pagar más por su despacho y transporte. Felipe Noriega advierte que se perderán valiosos embarques de alimentos si no se apura la solución de este conflicto laboral. Enrique Higginson opina como Miró Quesada: cualquier día llegarán buques chilenos y entonces, hasta luego Ancón y sus codiciosos lancheros. No pueden pagar en plata porque no hay. Pero acaso conviniera pagar algo más en billetes rápidamente devaluados mientras avanza el enemigo con prudente lentitud a cercar Lima. Dieron las ocho. Aunque se estaba bien allí, en el comedor tibio, oloroso a tortilla española y a fricasé de gallina, decidió Miró Quesada estirar las piernas

rumbo a la estación. Habían discutido desde las cinco y también durante la cena. Valderrama parte a la capitania. Doña Gertrude, que gobierna el Gran Hotel con la eficiente hospitalidad de una buena pensión prusiana, protesta porque la guerra ha interrumpido su lectura favorita: "La hija maldita", de Emile de Richebourg, publicada en folle-tín junto con "La elegancia parisién" por el conocido *Correo de Ultramar* que mensualmente llegaba hasta marzo en el vapor del norte. Prometió Miró Quesada encargar a sus amigos de la Compañía Inglesa frescos ejemplares para doña Gertrude. A las ocho y cuatro minutos salió del hotel y contempló una noche estrellada y tibia. Pensó visitar al inventor Pedro Ruiz Gallo. Hace una semana despachó varias trampas explosivas con destino al Callao. Lo urgían a concluir artefactos de demolición que el gobierno quiere emplear de inmediato contra la escuadra bloqueadora. Temprano pasó Miró Quesada por el taller de Ruiz. Alistaban un modelo nacional de torpedo Lay con doscientas libras de explosivo. Preocupó al periodista la enorme cantidad de dinamita depositada en la factoría. Se encogió de hombros. La verdad, prefería inspeccionar sus bultos amontonados en la estación.

El marinero Pancorvo se cruzó con Miró Quesada a las ocho y nueve minutos. Murmuró un buenas noches con la boca llena de pan. Había tenido que andar hasta el almacén de la Marina en busca de gutapercha y aprovechó para remolonear por el pueblo, comiendo unos bocados de jamón huachano y una buena hogaza que obsequió doña Gertrude en la puerta trasera de su negocio. Trabajarán seguramente toda la noche. Ahora teniente-coronel, el inventor Ruiz ha prometido concluir su mejor torpedo antes de una semana. Ni el teniente 1º Cárdenas, ni el argentino Martínez, ni los catorce operarios que secundan al relojero parecen dispuestos a acostarse hasta el nuevo día.

Un golpazo de aire y estruendo, chato y sólido como una pared, derribó por la espalda a Miró Quesada cerca de la iglesia. Se bamboleó el Gran Hotel desde los cimientos. ¡Terremoto! La hermosa lámpara veneciana que iluminaba el vestíbulo se desplomó a los pies de doña Gertrude. Como tras un corcoveo terrestre rodaban los aduaneros por el comedor. Vio Marrou combarse las ventanas hasta que reventaron sus cristales. Antes de que un soplo poderoso apagara el alumbrado a gas, todo el pueblo de Ancón sufrió un sacudimiento descomunal que rajó paredes. Una montaña de dinamita estallaba en el taller de Pedro Ruiz.

Durante una eternidad permaneció de bruces Miró Quesada, sintiendo caer sobre su cuerpo un diluvio de polvo y desperdicios. Doña Gertrude rodaba por los peldaños del Gran Hotel a tiempo de ver apagarse una bola de fuego de treinta metros de diámetro. El comandante Valderrama cayó con la segunda planta de la Capitanía y sin saber cómo, ganó la calle mientras sonaban espontáneamente las campanas de la iglesia. Abanicó la oscuridad en busca de aire limpio a la vez que reconocía la característica pestilencia de explosivos. A tientas avanza hacia la estación y el templo, rueda tropezando con Miró Quesada, cede a pocos su sordera, escucha gritos, toda la tiniebla quejándose, a los centinelas que han visto reventar el barrio donde fabricaban torpedos.

—¡Santos Dios, qué sucede! —salen a gachas, se cortan sobre vidrios trizados, gimen los aduaneros. ¡Tranquilos! No importa qué haya sucedido, parece que ya terminó. Los sobrevivientes se encontraban en la calle principal. Linternas sordas se atascan en la densa humareda que llena Ancón. Aplican amoníaco a doña Gertrude, un limpio viento norte llegaba a auxiliarlos. Cuando aclaró esa niebla hedionda, pudieron ver brazos y cabezas y trozos humanos diseminados a lo ancho del pueblo. Miró Quesada controló un grito de espanto. La bonachona doña Gertrude volvió a desmayarse. Marrou gemía contemplando sus manos sangrantes. ¡Carajo, ni siquiera hay cirujano en Ancón! Y no funciona el telégrafo. Nada podían hacer hasta que no apareciera el lento tren de Chancay.

El marinero Pancorvo parecía muerto. La explosión lo aventó casi veinte metros de espaldas. Su diestra afeerraba un pedazo de pan chamuscado. Miró Quesada se inclinó a escuchar su pecho. Latía.

—Tal vez pueda explicarnos qué ocurrió —se endereza, sacde sus ropas el periodista sin periódico—. Trabajaba con Ruiz.

En grupo avanzaron por la calle deshecha. Cien metros de ranchos han desaparecido por completo. Contemplan los arrasados palacetes de Dionisio Derteano y de Tenaud y Larrañaga y, del otro lado, el cráter de dimensiones todavía incalculables, donde hace un rato existían nueve casas y un almacén con veinte mil pies de madera y el taller de los torpedos.

—No toquen nada —con ronca voz el capitán de puerto se dirige a los soldados que escarban restos humanos o recogen restos de metal caliente.

—¡Desintegrados! —se admira el aduanero Escardó.

—Todas las ventanas rotas, mi comandante. Hay como cien heridos. Pura cabeza cortada.

—Gracias, sargento.

Mientras buscan al ingeniero municipal para restablecer el telégrafo y el alcalde Larraín organiza los primeros axilios, la tropa siguió rastreando la oscuridad. Hasta los cerros están tapizados de cadáveres. Un torso voló ochenta metros, rompió la cornisa del rancho de Jerónimo Sánchez y rebotó hasta un techo vecino. Un brazo quemado se incrustó entre helechos y sillas de mimbre en el vestíbulo del Gran Hotel. Miró Quesada fue a sentarse en la playa. Ahora presta atención a perros ladrando en la amplitud del horizonte. Como un viento silba por su cabeza. Entonces se aovilló en sí mismo hasta casi tocar una pena sin fondo y buscó a Dios sólo para encontrar desolación y más abajo miedo y más profundo miedo al miedo, las oscuras reverberaciones de la muerte que visita y se establece en cada uno de los habitantes de esta época en prematura pudrición. Piensa en sus hijos separados del padre y luego en su propia inabarcable soledad. Padre de sí mismo, no hay a quien pedir ayuda, ningún sitio adonde ir. Todavía aquí, ojos, boca, cabeza todavía: sollozaba bajito, sepultando el rostro tiznado entre manos que se le agrietan, sus manos todavía. Volvió al pueblo casi al amanecer. Restablecida la comunicación telegráfica, aseguran que pronto llegará el Prefecto Echenique con un tren de la Cruz Roja. A doña Gertrude la pusieron a dormir gracias a una fuerte dosis de valeriana. En el pulverizado comedor del Gran Hotel ya barrieron escombros. Daban de beber café al marinero Pancorvo. Sus extraviadas pupilas ni siquiera recuerdan quién es, adónde iba cuando sucedió la catástrofe.

—No quiere hablar, el muy desgraciado —se cansó el comandante Valderrama.

—No creo que pueda —Miró Quesada arrastra un intacto sillón de mimbre chileno para descansar en el comedor. Se turnaban las tres tazas que no se han roto para compartir el café. Sí, claro, tal vez una chispa, seguramente un descuido, por supuesto una imprudencia guardar tanta dinamita dentro de un pueblo. ¡Pobre señor Ruiz y sus relojes cantores, sus cajitas de sorpresas musicales que encantaban a los niños, sus dioramas y carrillones, su himno nacional tocado con campanas!

El ejército del sur en marcha

La amplitud del desierto asordina el incansante tamboreo que animaba la marcha de los aliados. Atrás, Tacna campaneaba a la vez despidiéndolos y celebrando otro aniversario del triunfo sobre España en 1866. Ciento cincuenta *Húsares de Junín* y los jinetes de Albarracín van por delante. El Supremo Director, los generales Montero y Juan José Flores, cincuenta oficiales entre edecanes y escolta encabezan la marcha del grueso de los aliados. Elegantes rifleros del *Murillo* y veteranos del *Zepita* mantienen idéntico andar en la vanguardia, a ratos mirándose de una columna a otra como si calcularan su fatiga. Desde hace una hora avanzan los batallones de vanguardia y es como si no hubiesen partido, conserva el horizonte su tamaño y su humosa distancia. No ha de ser difícil llegar a Quebrada Honda, a once kilómetros de Intiorco. Un tercio de este ejército caminó hasta sesenta kilómetros en una sola jornada sin pan ni agua cuando se retiraban de Tarapacá. Ahora marchan con frazadas rellenas de cartuchos, con repletos morrales y en filas cuya puntualidad vigilan oficiales montados. No encontrarán un rectángulo de sombra hasta que caiga la noche. Aunque partieron al alba, pronto la mañana acometió como un horno que secó las gargantas de la tropa. A las ocho y media, mientras la vanguardia se encuentra a tres kilómetros de Intiorco, aún no se mueven brigadas con municiones y sigue quieta la artillería de los aliados. Algunos centenares de tacneñas y niños despedían a los batallones desde el filo de huertas y arboledas. Adios, adios. Vamos a morir. Se hará un gran silencio en la ciudad vaciada de combatientes. Y nadie ha de cerrar los ojos esperando que el rebumbo de estos cañones anuncie el principio de la batalla y acaso el retorno de la paz. A ratos Enrique mira en dirección de Arica, recordando al viejo que queda en el peñón con su obstinado enorme pabellón peruano. *Querido hijo: pronto saldrás al encuentro del enemigo. Ojalá estas líneas no sean una despedida. No hay que asustarse. Si se dirigen bien las cosas, les daremos un caído como en Tarapacá.* El teniente Bolognesi sonríe orgullosamente mientras dobla y desdobla la misiva que ayer recibió de Arica. Considera indispensable deber en su vida parecerse al coronel. Aquí, mirando la polvareda que asciende por el Alto y que tarda en disolverse sobre

la pampa, en verdad veía el sofá de terciopelo y los helechos en su casa de la calle de la Medalla y allí, con pantuflas chinas y el gorro azul con una borla de seda, como un personaje recién llegado de Oriente, a su padre leyendo o, en sabatinas veladas, escuchando el violín de su amigo Rebagliati. *Creo que seré el pato de la boda por ocupar este puesto que es el ensueño del enemigo. Ya estoy fastidiado, deseo que llegue el momento de un ataque para descansar del modo que quieras entenderlo. Yo no duermo, no me dejan ni comer, en la calle y por donde vaya tengo que hacer con todo el que me busca.* Hay para rato, anunció el capitán del Castillo. Ahora sale de Tacna el grueso de la retaguardia peruana. Bolognesi tiene a su cargo un liviano Blakeley de campaña comprado por su padre en 1861. Recuerda bien al fornido y famoso capitán británico que un día de verano tocó a la puerta de casa para saludar a su amigo Francisco Bolognesi Cervantes. Se habían conocido en Europa, ocho años atrás. Mister Blakeley llegó al Perú a quedarse. Enamorado de una baronesa, contrarió estrictos códigos victorianos abandonando a esposa e hijos para unirse adúlteramente a su pálida rubia amante. Fugaban de Inglaterra y del Imperio. En París, Blakeley recordó a su remoto amigo Bolognesi. ¡El Perú! ¿qué mejor sitio para desaparecer con la baronesa hasta ser olvidado como si hubiese muerto? Recordaba las divertidas historias de Bolognesi acerca de la tierra sudamericana, sus opulentos milagros. Con nombres ficticios, Blakeley y su amante desembarcaron en el Callao. Instalados en el Hotel Maury, lo primero que hizo el más famoso fabricante de cañones de la época fue saludar al coronel. Contó su fuga, el largo viaje de incógnito en un vapor alemán, sus planes de establecerse en Lima a tener una familia. Sus inventos artilleros lo habían enriquecido, deseaba comprar casa, invertir en negocios agrícolas. El coronel llamó a Enrique, que ya quería ser soldado, y le dijo: este es mi amigo el capitán Blakeley, el hombre que sabe más de cañones en el Imperio Británico. Enmudeció de admiración y asombro ante el constructor de la artillería de campaña comprada por Castilla en 1861 y de las poderosas pesadas baterías que defendían Callao desde 1865. Con cierto cómplice espíritu aventurero, el coronel Bolognesi mostró a Blakeley la ciudad, recomendó algunas propiedades en venta, lo presentó a sus amigos más importantes. Cuatro semanas duró la felicidad limeña del capitán y la baronesa. Visitaron Chorrillos, se amaron en una ventilada alcoba azul del Hotel Therry, pasearon Mercaderes de-

teniéndose a golosinear adonde Broggi, rieron en funciones de La Comedia, decidieron adquirir una hacienda en el valle de Lurín. Un mes después de haber llegado a Lima se declaró la terrible epidemia de fiebre amarilla de 1868. Blakeley y su baronesa fueron las primeras víctimas. Y el coronel, su hijo Enrique, el cónsul británico y dos o tres nuevos amigos fueron los únicos que acompañaron el entierro en Bellavista. Ahora Enrique ha de jugarse la vida con este antiguo Blakeley de campaña sobre el que se apoya mientras del Castillo calcula que su escalón se pondrá en movimiento quizás a las once de la mañana.

¡En marcha! Al trote subía Intiorco el capitán Leoncio Prado, agregado al Batallón *Ayacucho* que manda su tío Manuel Antonio. En derredor suyo hierven intrigas pueblerinas, se señala a los Prado como activos conspiradores con influencia en los altos mandos nacionales. Desagrada especialmente a Lima la estrecha amistad entre el jefe del *Ayacucho* y el coronel Velarde. Muchos años instructor en la Academia Militar, Manuel Antonio Prado consolidó el respeto de los aliados cargando a la bayoneta con su batallón por la cuesta de San Francisco. Después del cambio de gobierno, Montero lo sostuvo en el mando del *Ayacucho*. Ahora Leoncio marchaba al frente de la quinta división cuyo jefe, el coronel Herrera, le encomienda misiones de exploración y enlace.

—Mensaje del señor jefe de la sexta división, mi coronel —el teniente Fidel Fajardo alcanza a Herrera el papel garrapateado por su padre, el coronel Víctor Fajardo.

—Gracias, muchacho —el coronel Herrera leyó con asombro: revise sus cofres de munición. A la sexta división se la ha provisto de cartuchos de rémigton en vez de chassepot. Se volvió indignado en busca de sus ayudantes—. ¡Capitán Prado, teniente Belando! ¡Revisen los cofres!

A ocho kilómetros de Tacna, el coronel Cáceres vio regresar al galope a los exploradores del regimiento *Húsares de Junín*. Traían en ancas a cuatro exhaustos espías enviados por Velarde a vigilar el valle de Sama desde el veinticinco de abril. En un par de horas estos batallones que abren marcha podrán descansar en Quebrada Honda. Intuyó malas noticias y se adelantó hacia el numeroso grupo de jinetes que acompaña al Supremo Director. También Justo Pastor Dávila, jefe de la primera división, y el boliviano Camacho picaban espuelas en busca de novedades.

—¡Cartuchos de chassepot, mi coronel! —informó

Leoncio Prado frenando su cabalgadura junto a Herrera. La quinta división estaba armada con rifles rémington.

El Supremo Director escuchaba con imperturbable expresión. ¡Diez mil chilenos ocupan Sama, Excelencia! Las divisiones de Amengual y Amunátegui se habían establecido entre Buena Vista y Las Yaras hace tres días. A una jornada de Sama se encuentra la división Muñoz que luchó en Los Angeles. La división del coronel Barbosa entró hoy mismo al valle procedente de Ite. Calculan los espías que hay unos diez mil infantes y mil quinientos jinetes pululando por Sama, con bien dispuestas avanzadas para impedir sorpresas. ¡Pero si hace unos días estaban despernados en Locumba! El Supremo Director miró gravemente a Camacho. Creo, coronel que debemos abandonar definitivamente su plan de batalla. Los jefes bolivianos asentían en silencio. Habrá que pelear como quiere el almirante Montero, sin apartarse de Tacna.

—Bien —el Supremo Director de la Guerra toma unos sorbos de agua, demora en impartir nuevas órdenes—. Regresamos de inmediato.

—¡Alto la marcha! —tronaba el coronel Justo Pastor Dávila regresando a su columna—. ¡Diez minutos de descanso! —y bajó la voz—: Después, a Tacna.

—¿Regresamos? —se asombra el cabito Porturas. Ya, no jodas. El imberbe sargento Chimbolo imponía orden. ¿Quién se equivocó, mi teniente? También Chariarse le mandó cerrar el pico. ¿Así nomás los devolvían? ¿y estos ocho kilómetros bajo el sol? Porturas dedicó bajito una mentada de madre a quienquiera que sea el responsable y los cabitos aprobaron su queja con un rencoroso murmullo.

Cierran los bancos de Lima

Celebraron el 2 de Mayo con salvas de veintiún cañonazos, Himno Nacional y un banquete de doscientos cubiertos en el Hotel Central del Callao. El señor alcalde Fonseca elogia al señor Prefecto Saavedra, éste al señor jefe de las baterías, unos a otros se alaban comandantes, se felicitan los bomberos, se abrazan los amigos del gobierno y todos saludan a Su Excelencia el Jefe Supremo, cuyas facultades

omnímodas van quedando cada vez más encerradas en Lima. Un día o dos, ese gentío sin rumbo que merodea festejos o combates, fue a curiosear el cuartel de San Francisco de Paula, donde está preso el General Buendía luego de un penoso viaje de Arica a Puno y a la Capital, adonde llegó definitivamente anciano, con la cabellera despintada y la derrota encorvando su presuntuosa tiesura de setenta años. Ahora los chilenos cañoneaban neblinosas noches chalacas, sólo con el propósito de tensar a sus defensores. Tuvo el Gobierno que exigir salvoconducto especial a quienes pretenden embarcar a cualquier precio en Ancón. Y es que hay peruanos que prefieren mudarse en vapor inglés a Valparaíso y otros que, comprando pasaje a Pimentel o Paita, en verdad siguen a Panamá, con equipajes repletos de monedas o plata sin acuñar. Se murmuran nombres de traidores, se busca espías, se expide diplomas de patriótica conducta y mientras tanto no ignora Faustino Piaggio que hasta los bancos se hunden. Prefirió excusarse cuando lo invitaron al banquete del 2 de Mayo. Ahora vivía con su familia en Lima, viajaba al puerto dos o tres veces por semana a visitar su antigua casa y a inspeccionar paralizados negocios que es imposible mudar a la Capital. Si llega al puerto, se detiene a intercambiar información con sus paisanos de la bomba Garibaldi. Hasta su respetable fortuna personal se tambaleaba en mayo de 1880. Pero aún más lo preocupa cierta inmoralidad sin remedio que empeoraba la crisis en las ciudades bloqueadas. Ni se castiga ejemplarmente a especuladores de alimentos, ni se encarcela a usureros de barrio, ni se impide que desaparezcan prestamistas con todo lo pignorado por una miseria, ni se persigue a cada vez más audaces falsificadores de moneda. Resulta peligroso salir de casa después de las siete de la noche. Hay que clausurar principales y patios que la honrada tradición limeña acostumbra a mantener abiertos hasta el anochecer. Merodean los bandoleros por la hacienda Villa y asaltan a los caminantes en la hacienda Monterrico. Ya no sabe Piaggio dónde guardar documentos vinculados a sus negocios, como no sea en la caja de caudales del Ministro de Italia en el Perú o a bordo de la fragata blindada Garibaldi. Esa mañana comentó con su esposa Ulrica las multas impuestas por el inspector de carruajes, mira tú quiénes no habían pagado la contribución semestral de rodaje, tuvieron que apresar los coches de José de la Riva Agüero y de Oscar Heeren, Derteano ni siquiera había inscrito su nuevo coche inglés de ocho asientos, también multaban a Felipe Barrera, al opulento

Elías Malpartida que es flamante prefecto de Puno, al señor Olavegoya, y a Gustavo Heudebert, vaya vergüenza evadir un impuesto municipal. Ulrica sonríe, elude mencionar sus propios numerosos problemas. Las autoridades fijan precios no por oficiales menos ficticios. Como el cambio de doce peniques que en verdad anda por la mitad, habría podido contestar su esposo. Lo cierto es que desaparecieron alimentos, combustible, jabón. Los Piaggio están bien surtidos de su propio kerosene de Zorritos pero Ulrica ha de conseguir diariamente carne fresca a cinco o seis veces el precio municipal. No les falta dinero para ello. Sin embargo carne y otros artículos no se consiguen en mercados sino en camales clandestinos, en escondrijos que funcionan con la complicidad de la Intendencia. Se rumorea que el coronel Antay está involucrado en el negociado de la leña y que el comisario Jibaja es el artífice del mercado negro de churrascos. Los más desvergonzados especuladores simplemente echaban candado a sus almacenes y repartían a domicilio de ricos los artículos de primera necesidad. Largas colas se forman para comprar pan y conseguir un poco de azúcar. Uno que otro comiso sirve para aliviar la hambruna de quienes continúan encerrados en Acho.

—Habría que ayudar a esa pobre gente —dijo Ulrica por encima del desayuno.

—¿A quién? —Faustino regresó bruscamente de sombrías reflexiones.

Llamaban a la puerta. ¿El señor Piaggio? Sí, aquí es. Mensaje urgente de don Bartolomé Figari. El sobre lacrado viajó hasta las manos de don Faustino.

—¡Lo hicieron! —exclamó el italiano. La Dictadura no atendió el reclamo de los bancos y cobraba 682,630 esterlinas en metálico al Nacional y 297,456 libras al Banco del Perú. Silbó suavemente imaginando las consecuencias del decreto que le anuncia su amigo Figari. Ni uno ni otro tienen oro para cancelar esa supuesta deuda al Estado. A menos que la Secretaría de Hacienda se apropie de valores en caja y en cartera e inyecte, en cambio, sus propios billetes, hoy mismo quiebran los dos más grandes bancos del Perú y mañana no habrá comerciante o propietario que salve de la bancarrota. Besó rápidamente a Ulrica y salió hacia el Banco de la Providencia.

Poderoso accionista y auspiciador del Banco del Callao que ahora atiende en provisionales oficinas de Lima, Piaggio fue admitido de inmediato al salón de la presidencia. Gabino de Menchaca le dispensó un caluroso saludo. Tampoco

están contentos en el Banco de la Providencia. Explica Figari que el Estado devolverá diez mil y no quince mil esterlinas de las que se creen acreedores y que dicha cobranza en prometido metálico queda supeditada a que otros bancos entreguen al Gobierno casi un millón de libras contantes y sonantes.

—La verdad de las cosas es que la Casa Dreyfus no le ha prestado ni un gordo a Piérola —se malhumora Waldo Graña, desde temprano refugiado en el despacho de su amigo Menchaca.

—Así es, así es —convino Figari. Sucesivos laudos del Dictador rebajaban la supuesta deuda del Perú de veintiun a cerca de doce millones. Mientras tanto Dreyfus seguía despachando guano y adueñándose de enormes existencias consignadas en Europa a la Peruvian Guano. Cuatro meses se cumplían de la firma del último contrato y Dreyfus ganaba tiempo y a la vez una nueva fortuna, aparte de liquidar favorablemente todas sus cuestiones pendientes con el Perú.

—Nos hicieron cholitos.

—¿A nosotros? ¡A Piérola! —se indignó Graña.

—Y a nosotros también, Waldo —sonrió Piaggio. Claro que sí. ¿O ha olvidado el señor Graña los elogios que dedicó a la Dictadura?

—Como Dreyfus no nos presta el millón prometido, Piérola tiene que sacárselo a los peruanos. . . ¿y quién se queda gratis con el guano?

—He escuchado que Toribio Sanz no tiene fondos para nada en París.

—¿Y las remesas de Químper?

—¡Vaya uno a saber quién las tiene!

—Pues al Banco del Perú no le pueden extraer trescientas mil esterlinas porque ni se las debe al Gobierno ni tampoco las tiene —habló Graña. Simplemente esa mañana no abrieron sus puertas y suspendieron todas sus operaciones.

—¿Y qué dice el señor Derteano? —Piaggio ocupa una butaca frente al español.

—No lo sé.

—El Banco Nacional tampoco puede pagar —informó Figari. ¡Casi setecientas mil esterlinas! Acaso pretendían presionar a la Casa Dreyfus, aún accionista del Banco Nacional. Pero los prestamistas de París bien pueden abandonar a la peor de las suertes a sus socios peruanos. El guano ya es suyo y sus más importantes diferencias con la república han quedado resueltas. Mientras tanto se des-

plomaba velozmente la cotización real del sol a cinco peniques en letras sobre Londres. Pagan hasta 180 soles papel por águilas de Estados Unidos, hasta 85 por un cóndor chileno, hasta 50 por libra esterlina y hasta siete con cincuenta por un sol de plata. Los únicos valores que se mantienen firmes son las acciones del Agua de Lima, a 124 por ciento. Ya hoy empiezan a declinar codiciadas acciones de la Sudamericana de Seguros, estrechamente vinculada a los intereses del Banco del Perú. Desde esta mañana la oferta de bonos supera a la crítica demanda de hace unos días. Con el comercio paralizado por el bloqueo de casi toda la costa, despojados de ricas guaneras del sur y también del salitre, arruinando el crédito en Europa por la candorosa alianza con Dreyfus Frères y, en fin, evidentemente traicionados por esos traficantes de guano y empedernidos depredadores del Tesoro Peruano, el virtual cierre de los bancos nada más confirmaba el principio del desastre.

—Pronto los billetes no valdrán ni dos peniques —vaticina Figari. Como casi todos los decretos con que a diario organiza Piérola su república imaginaria, tampoco el que ordenaba acuñar incas de oro y pesetas de plata se ha cumplido. Don Bartolomé podía imaginar al sumiso Barinaga explicando encogido que no hay oro, Excelencia, ni plata o siquiera cobré para acuñar gordos, usted dirá que hacíamos ahora.

Menchaca sonreía ácidamente, te diré Waldo, igualito que los frailes siempre arrojando la causa de sus debilidades al diablo, será que el hábito de seminarista sigue adherido al pellejo de Su Excelencia. Estábamos fregados con un Dictador oficialmente infalible y omnipotente, para cuyos errores todo el aparato estatal encuentra rápidamente responsables. Aquí nadie ignora que por Palacio se dice que Miguel Grau era una nulidad, inflado a la gloria por el Partido Civil del que fue dirigente nacional. ¿Se le terminaron los sesenta millones de emisión fiscal al desbocado Jefe Supremo que recluta cien batallones cuando no hay rifles ni siquiera para quince? Que vaya Químper a la cárcel. ¿Se derrumba el sol porque hay noventa millones en papel circulante y ninguna reserva metálica en las arcas fiscales? Los bancos tienen la culpa y deben indemnizar al Estado. Piaggio prefirió ignorar que Menchaca y Graña son reos de adulación pública al Dictador. Pero es verdad: diversos y muy oportunos diablos son presentados periódicamente ante la opinión popular como los causantes de derrotas y del hambre, a la vez que una vociferante prensa oficialista anun-

cia inminentes triunfos en Lima y Callao y más que menos ignora las operaciones del Primer Ejército del Sur. En vez de reforzarlo y pertrecharlo para que esas tropas veteranas del Perú y Bolivia libren la gran batalla decisiva, marchan y contramarchan y se unifoman, ascienden y felicitan bisoños nuevos cuerpos encerrados en Lima, a los que Su Excelencia conducirá personalmente a la victoria. Nadie puede imaginar hoy en el país que el repudiado señor Rosas será plenipotenciario de la república con credenciales expedidas por don Nicolás. Y don Faustino tampoco sospecha que algún día será designado Alcalde del Callao por el mismo Piérola. Ahora se permitía el más frío análisis de los desaciertos económicos de la Dictadura. El contrato con Dreyfus del 7 de enero se considera una arbitrariedad entre importantes acreedores franceses a quienes se quitó el guano como garantía, cambiándose por inconclusos y deficitarios ferrocarriles y por decisión unilateral de la Dictadura. En cuanto a los acreedores ingleses, no estaban de acuerdo ni con el contrato Dreyfus ni con el arreglo con el *Crédit Industriel*, simplemente porque el Conde Russel está a favor de Chile con cuyo gobierno prefiere entenderse. Agotadas las islas de Chincha, los más grandes depósitos de guano se encuentran en el perdido departamento de Tarapacá y en Punta Angamos, en litoral boliviano. Como el Perú insistía en tratar exclusivamente con Dreyfus y su Gobierno califica de conspiración civilista y pradista toda reclamación del Comité Internacional de Tenedores de Bonos Peruanos, hasta franceses y belgas y flamencos que apoyaron el contrato del *Crédit Industriel* volvían sus ojos a Chile. Y el gobierno de Santiago abrió de inmediato la posibilidad de un acuerdo. Así fue como en febrero los tenedores de bonos ingleses solicitaron autorización para cargar guano de Tarapacá a fin de irse cobrando la deuda de los peruanos. El Presidente Pinto accedió con amabilísima prontitud. Claro que se les permite cargar aunque primero a Valparaíso, a cuya aduana abonarán un derecho de treinta chelines por tonelada a exportarse, en letras sobre Londres a favor del la República de Chile. Los conocimientos de los buques despachados debían extenderse a favor del plenipotenciario chileno en Francia y de Sir Charles Russell y todo producto líquido de la venta del guano, ya deducidos los gastos, ha de repartirse entre los tenedores de bonos del Perú que tuviesen constituída hipoteca a su favor sobre los depósitos de fertilizante. ¡Treinta chelines netos por tonelada para el enemigo! Bajo la protección de las armas chi-

lenas, se reactiva la explotación de las guaneras. Posiblemente este año produzca un extraordinario ingreso al adversario de trescientas cincuenta mil esterlinas. El 5 de marzo, Chile vendía en subasta pública 100,000 quintales de salitre ya elaborado en Tarapacá y que sus tropas capturaron ensacados y en almacenes, listos para exportación. En abril, el ejército chileno establecía juzgados de letras en el perdido territorio nacional, tomaba posesión de los ferrocarriles y establecía sus propias aduanas y un eficiente servicio postal. Piérola replicó con inútiles decretos confiscando todo el guano y salitre en verdad inconfiscable así, con la república sin buques y con sus ejércitos bloqueados o semidesnudos. Pero Piérola y su canciller Pedro José Calderón, que, como perpetuo aspirante a un sillón de la Academia de la Lengua, era autor de floridas y poco jurídicas circulares a las cancillerías amigas, llegaron más lejos: los mismos decretos del pasado 15 de marzo establecen que *los tenedores de bonos que hubiesen en efecto solicitado permiso . . . para extraer guano en pago de sus acreencias, han perdido, ipso-facto, su derecho a hacerlo valer ante el Perú, en ningún tiempo ni bajo ninguna forma.* Esto alineó definitivamente a influyentes prestamistas y banqueros europeos, a ahorristas y comerciantes de Londres, París, Armsterdan o Berlín en el bando enemigo. Si Perú gana, ellos pierden millones de esterlinas. Pero Chile respeta y protege sus derechos y a Chile apoyan recíprocamente, de modo que ahora son las repúblicas agredidas a las que acerbamente critican diarios de Europa y resultan antipáticas a políticos e inversionistas. Se nos acusaba abiertamente de bárbaros e ignorantes en cuestiones jurídicas, irrespetuosos de la palabra nacional, país que incumple sus pactos y es indigno de civilizada confianza. Dueño a plenitud del territorio de Tarapacá, prosiguió Chile organizando allí su propia administración política y el 8 de abril subastó otros 107,000 quintales de salitre. Gracias a la comunicación entre cónsules italianos, Piaggio sabe que aumenta Chile su exportación de guano y que la mayoría de las oficinas salitreras de Tarapacá producen al máximo bajo la experta supervisión del técnico británico mister Harvey, tan bien vinculado a la banca de Valparaíso, y que el invasor se propone subastar no menos de trescientos mil quintales en lo que queda de 1880. Sumado todo esto a la considerable exportación de guanos y nitratos de Bolivia y a la habitual cosecha de productos agrícolas chilenos, no es raro que los pesos del enemigo sostengan su sólida cotización a 36 peniques,

que crezca su influencia ante cortes y estados europeos, que pese a la recesión económica mundial y a la hambruna en Irlanda y en extensas zonas del viejo continente, haya quienes le ofrezcan enormes créditos a bajo interés y que el Presidente Pinto agradezca pero rehuse esas ofertas porque le sobran recursos para extender pronto la guerra a todo el Perú. No importa su entrañable afecto a este país, afirma Piaggio que sólo nos podía salvar un milagro. Hemos quedado solos en el mundo. La simpatía panameña, la afectuosa sonrisa argentina que a última hora no suscribió el tratado de defensa mutua, el distante y poco útil apoyo diplomático venezolano, la cautelosa neutralidad italiana que desea el triunfo peruano pero sin atreverse a proporcionar buques, nada basta para romper el implacable aislamiento de la república en desastre. Mientras cruceros chilenos impunemente desembarcan tropas en puertos ecuatorianos para capturar armas destinadas al Perú, los tres ejércitos nacionales deben moverse penosamente a pie, por unas de las geografías más adversas del planeta. Entretanto, la Casa Dreyfus, escogida por Piérola como único amigo de la Nación en peligro, no suelta un penique para que el país que le entregó sus riquezas naturales pueda adquirir pertrechos. Pronunciados los laudos de Su Excelencia, a tambor batiente se anuncia que hemos rebajado nuestra deuda con Dreyfus en 1.424.238 esterlinas y que gracias a la rectitud del Dictador sólo hemos de pagarle 2.583.764 libras. Definitivamente Su Excelencia ha olvidado contabilizar 650,000 toneladas de guano que Dreyfus exportó en exceso y sin informar al gobierno del Perú. Dicho de otro modo, los protegidos de Su Excelencia consumaban un robo denunciado por los comisionados fiscales de la república. Tampoco se ha recuperado la mitad del sobreprecio obtenido por Dreyfus mediante la manipulación Olhendorf cuya patente le pertenece y que debía compartir y no compartió con el Perú. Pasando por alto la verdad demostrada de que somos acreedores y no deudores de la Casa Dreyfus, se liquidaba oficialmente toda diferencia obsequiando a los prestamistas parisinos dos millones y medio de esterlinas que ellos rápidamente cobran adueñándose de todo el guano que queda a salvo de la escuadra chilena. Bloqueado el Callao, se sabe que Piérola insistió ante el representante de Dreyfus, monsieur Dubois, para que hiciera efectivo el gran préstamo prometido. Nada consiguió. Pues bien caballeros, resulta que ahora querrán extraernos a nosotros el millón. Calló Piaggio cuando los desencajados caballeros del

Banco Nacional del Perú entraron al salón. Tiemblan los labios de Derteano, se derrumba en una poltrona don Pedro Correa y Santiago. ¿Se dan cuenta? ¡quieren ahorita las seiscientas ochenta mil esterlinas y en oro bien sonante!

—¿Conversaron con Barinaga? —dijo Figari.

—¡Oh, sí! —Derteano seca su frente con golpecitos de pañuelo—. Dice que es definitivo. No hay apelación posible. A lo sumo puede darnos un plazo para reunir el dinero. Si el Banco no puede cumplir, los accionistas tendremos que responder con nuestros bienes particulares.

—Y lo mismo rige para el Banco del Perú —aclaró Correa y Santiago—. Hace un rato nuestras oficinas fueron intervenidas. No podemos girar ni un cheque. Francamente nos jodieron.

Carta de mister Petrie

Ancón, mayo 8 de 1880

*Excmo. señor don Nicolás de Piérola, Jefe Supremo.
Lima.*

Excmo. señor:

Con profundo sentimiento tengo que anunciar a V.E. que no me ha sido posible traer absolutamente nada conmigo en esta ocasión, a consecuencia de la hostilidad por parte del señor Paredes, agente de la Compañía de Vapores en Panamá.

Había sido arreglado para que, entrada la noche, todo se embarcara en una lancha y atracara al costado a eso de las 11 de la noche.

Fue cargada y dejó el muelle del ferrocarril, pero inmediatamente fue seguida por el señor Paredes, acompañado por un sujeto muy parecido al Cónsul chileno, en la lancha a vapor de la Compañía, habiendo tenido conocimiento ellos de su carguío por espías apostados por el señor Paredes para acecharla. Atracaron al costado del buque a las 11 p.m. y permanecieron allí hasta las 5 de la mañana siguiente, no queriendo irse hasta que presenciaron mi salida, poco después de esa hora.

El señor Bust, agente de la Compañía del Ferrocarril, estuvo a bordo conmigo todo el tiempo, aguardando una oportunidad para remolcarla al costado, pero

todo fue en vano. Le supliqué que remolcara la lancha a la isla de Taboga, pero contestó que eso sería más de lo que su posición valía, de manera que tuvimos que abandonarla.

Yo escribí al coronel Larrañaga avisándole del mal éxito de la empresa, proponiéndole lo conveniente que sería fletar una nave pequeña y aún dos que dejaran el fondeadero antes de nuestro próximo arribo, y que después de dos o tres días se reunieran en la isla de Bona, donde yo puedo pasar embarcarlos y cargar con todo sin que nadie se aperciba. Si hace esto, estoy seguro de traer todo para acá.

Nuestro mal éxito ha sido muy desagradable para mí, porque había repartido entre las diversas personas 3,000 pesos y estaban preparadas para hacer todo lo que yo les exigiera. Pero para la próxima vez servirá. Espero, con el debido respeto, que V.E. se servirá ordenar que esa suma me sea reembolsada.

El Cónsul General no tenía fondos, pero me dio una letra contra el Gobierno y como yo no he alcanzado a ganar tanto, tengo el honor de entregarla a las manos de V.E. para que haga lo que estime conveniente.

El jueves próximo zarparemos nuevamente para Panamá y creo que V.E. podrá contar conmigo para traerle la carga y entregarla sin novedad en sus puertos. Tengo el honor de suscribirme de V.E. su humilde servidor.

P. H. Petrie

Chilenos a la vista

Por esta tierra caliente, desmenuzada entre sus dedos como un talco gris, por estos pedruscos que el cabito Cheres utiliza para despanzurrar lagartijas, por estos yerbajos chamuscados hasta que lleguen las nieblas de julio, por este horizonte y la distante vacía cordillera íbamos a morir. Intiorco, cerro del sol. También final del mundo. El tiente Chariarse liquidó su tabaco absorto en la pampa elegida como campo de batalla. De espaldas contra colinas que intentaron agujerear para atrincherarse, la primera di-

visión ocupa posiciones de combate en el ala derecha, protegiendo el camino que desciende a Tacna. Todavía este sábado 22 de mayo se turnan cabitos y puneños para abrir fosos que después cubren con sus mantas, convirtiéndolos en minúsculas viviendas subterráneas. El terreno no servía para cavar trincheras. Hunde sus manos en los bolsillos, con el quepís caído sobre la nariz el joven teniente imagina esta visión anunciada en los periódicos de Lima. Varios meses sin cartas de su familia ni añorados paquetes de casa, ignora Chariarse que empezaron a olvidarlos. Colina abajo, el cabito Porturas se refresca con unos sorbos de agua tibia. ¿Qué día es, a qué número de año estamos? Había perdido la cuenta. Todos los días son la misma mierda para la tropa en esta pampa. La miraba como un abismo horizontal, el término de sus pisadas. A ratos un terror incontrolable le revienta por las costillas y quiere gritar, galopar sobre sus botines de muerto desvalijado, evaporarse en estas grietas. Cuando irrumpe la palpitación del miedo, Porturas quisiera vociferar que ya tuvo guerra suficiente, que muchas veces casi muerto a los quince años ya no puede soportar otra víspera de batalla. Porque antes de la primera explosión, cuando la muerte era un espanto tan posible, tan familiar, sufríamos una seca agonía, algo nos acuchillaba invisiblemente por debajo de la camisa. ¡Porturas, carajo! ¡Así es mi teniente, un verdadero haragán! Tu turno, muchacho. Clava el azadón, escarba la continuación de la letrina. Hombre en ausencia, mi teniente. Vida que todavía, mi capitán. Porturas escupía desde atrás del paladar. Junto a un parapeto de medio metro de arena que ya fue inspeccionado, descansa el cabo Coyla atento a su respiración crujiente. No está hecho para desiertos que de día calcinan y de noche congelan, ni para moverse siempre con pisadas planas sino para subir, bajar a saltos sobre empinadas piedras que parecen fuera de equilibrio. El fúnebre rumor de azadones y picos rascando el Alto de la Alianza malhumoraba a los quietos soldados del *Zepita*. En el ala izquierda de las posiciones aliadas, Coyla parpadeó como si lo estuviesen engañando. ¡Polvareda, chilenos! También el cabito Porturas quedó inmóvil acechando una actividad a muchos kilómetros de distancia. Mi teniente, dijo con voz tranquila, se acerca el enemigo.

Todavía insatisfecho porque el Fuerte Ciudadela le parece vulnerable, incapaz de contener un asalto por la amplitud del flanco oriental, el coronel Bolognesi se volvió a mirar a los jefes navales que subían apuradamente a caballo.

—Traen cara de haber ganado la guerra —sonrió Ugarte saliendo a su encuentro.

—¡Ha muerto Sotomayor! —se oyó al excitado capitán de puerto Raygada.

—¿El ministro de guerra? —arrugó su frente Bolognesi.

—Hay consternación en Chile —el comandante Carrillo desmonta, calcula la confusión de los mandos invasores. A Rafael Sotomayor, ministro de guerra en campaña, lo fulminó un ataque de apoplejía. ¿Cuándo? Hace dos o tres días. Temprano fondeó en Arica la corbeta británica *The-tis* y Sánchez Lagomarsino la abordó para saludar y obtener noticias del resto del mundo. Los ingleses venían de Antofagasta, adonde los primeros telegramas sacudían el campamento chileno. Aficionado a opulentos almuerzos, el violento calor tacneño liquidó al todopoderoso Sotomayor en su nuevo campamento de Las Yaras. El cirujano Allende le había picado la vena sin poderlo salvar. Representante político del gobierno de Chile con autoridad para nombrar y destituir generales en el mismo frente de guerra, su repentina muerte a 44 kilómetros de las tropas aliadas acaso desconcertara la iniciativa del enemigo.

—Baquedano asumirá el mando —Bolognesi no participa del optimismo de los marinos. Cierto, puede imaginar inmediatas intrigas de parte de los coroneles de infantería, impacientes por preparar ahora que la autoridad del General Baquedano, jefe de la Caballería de Chile, perdió bruscamente su apoyo en las inapelables resoluciones de Sotomayor—. Hay que avisar inmediatamente a Tacna —concedió al fin—. Ojalá puedan sacarle partido a la situación.

Después de inspeccionar dos kilómetros de débiles parapetos y de ordenar la destrucción de un reducto que entusiastas tacneños construyeron contra elementales principios de ingeniería militar, luego de la merienda y de escribir una carta a su más que menos reciente esposa Lindaura, el General Campero recorta su largo espeso bigote negro, cepilla su calva de sesenticuatro años, observa dubitativamente el rostro anguloso y tostado como si el reflejo de sí mismo en ese pequeño espejo rectangular pudiera descifrar la buena o mala fortuna de días que se aproximan. Nacido en la cálida región oriental de Tarija, había sido abogado antes de conocer, por iniciativa del General Santa Cruz, la aulas de Saint Cyr. Pocos jefes en este campamento han tenido tan cuidadoso entrenamiento militar como el Presidente de Bolivia. Con uniforme francés hizo la

campaña en Argelia. Combatió en la terrible batalla de Ingavi. Quisieron fusilarlo en Potosí cuando la revolución de Belzu y a Belzu derrocó combatiendo al lado del carnicero Melgarejo. Ha matado muchas veces y no han podido darle muerte, ni siquiera a traición. Cazurro y veloz, tiene fama de muy valiente. Ha vivido desterrado en Tacna y en Europa, escrito libros que entretienen, sido diputado, ministro y tranquilo hombre de negocios. Y ahora es jefe supremo de los ejércitos de dos repúblicas y no puede hacer otra cosa que esperar y esperar.

—Con su permiso, Excelencia —el coronel Castro Pinto ayudó a derrocar a don Hilarión y a encumbrar a Campero. Hoy es jefe de línea de los aliados—. Avanzadas chilenas a la vista.

—Llegó la hora —murmuró el Supremo Director. ¿Dónde están el coronel Leiva y los famosos refuerzos de Arequipa? Como quien ha imaginado muchas veces este momento, el general boliviano se movió de memoria recogiendo sus arreos de combate. Su equipaje está día y noche listo para viajar. El ayudante Guzmán aguarda con la espada de Su Excelencia. A la entrada de la tienda, Castro Pinto observaba a su comandante en jefe con respetuoso silencio. Antes de salir, Campero se limitó a preguntar—: ¿Caballería?

El capitán Alcázar trepó al galope el arenoso camino que conduce a la tienda del Supremo Director. Rifleros del *Murillo* le cerraron el paso. ¡Telegrama urgente para Su Excelencia! Entonces lo vio montar el caballo de batalla y prestó atención a numerosas cornetas que anuncian enemigo al frente. Exhalados edecanes cruzan el Alto de la Alianza llevando órdenes a las divisiones acampadas. Dio alcance al séquito del señor Presidente en el pequeño terraplén construido en el centro de la línea, donde han instalado un moderno Krupp y dos ametralladoras. ¡Telegrama para Su Excelencia! Absorto en calcular el número de sus enemigos, Campero demoró en despegar el largavistas de su rostro. Hay mil chilenos desparramados por la pampa a cinco kilómetros de distancia. Castro Pinto pedía permiso para tomar una pequeña división y salir inmediatamente a su encuentro. Si han venido a tantear el poder de la Alianza, prefiere impedir sus observaciones del terreno. Cuando el Supremo Director se volvió a denegar permiso, vio al anhelante capitán Alcázar con el telegrama en la diestra. Para usted, Excelencia. Lo recibió distraído y demoró en leer. *Oficiales ingleses del Thetis informan*

que ministro Sotomayor murió de apoplejía el 20 en su campamento de Yarás. Baquedano al mando. Bolognesi.

Seis meses después de haberlos derrotado en Tarapacá, los coroneles peruanos se reunían junto a los cañones de campaña a mirar a los chilenos. Herrera confirmó el cómputo de Cáceres: son setecientos jinetes y trescientos infantes traídos en ancas. Hay doscientos oficiales y la tropa pertenece a los regimientos de cazadores y granaderos. Fajardo estuvo de acuerdo: venían a estudiar el terreno porque mañana lanzarán su ataque. Dos cañones chilenos apuntaban a cinco kilómetros de distancia.

—¡Murió Sotomayor en Las Yarás! —el coronel Belisario Suárez llegaba con noticias del cuartel general de Montero. Aunque sometido a juicio por el desastre de San Francisco, el almirante le había entregado el mando de la tercera división. Puestos a órdenes superiores del boliviano Camacho, compartía con la división de Cáceres el ala izquierda del frente aliado. Ahora las cornetas mandaban ponerse sobre las armas. ¿Y quién es el jefe de los chilenos? ¡Baquedano! Mejor, gruñó Cáceres, no es de infantería. Como si ahora mismo fuera a librarse la batalla, sus tropas preparaban rifles y desplegaban guerrillas en las faldas de la colina. Los coroneles se despidieron con un apretón de manos.

Cáceres y su ayudante Lazúrtegui bajaron a la pampa donde se afincan la primera compañía del Zepita. Al trote se le unieron el coronel Llosa y el mayor de la Haza.

—Cuando llegue el día, atacarán por este lado —adivina el jefe de la división. El ala derecha podía replegarse combatiendo por las alturas de Intiorco cerrando siempre la ruta a Tacna. Por aquí se achata la colina y, a la izquierda de la izquierda, la pampa es propicia para un movimiento de flanco. Cáceres instruía a Llosa, que lo sucedió en el mando del *Zepita*—. Habrá que enviar otras dos compañías a reforzar la guerrilla y cortarles el paso.

—¿Cuántos cree que vengan?

—Muchos, señor Llosa. Desgraciadamente muchos.

En el otro confín de la línea aliada irrumpían los cívicos del Prefecto del Solar cantando el Himno Nacional del Perú. A medias enterrados en las más bajas ondulaciones del Alto, los cabitos se volvieron a observar a entusiastas principiantes. Dos ametralladoras y seis cañones Krupp sostienen las adelantadas posiciones de la primera división. Al trote por la pampa el coronel Fajardo cruzaba por delante de sus tropas en línea de batalla. Entonces retumbó el primer cañonazo chileno. Su proyectil se ente-

rró a quinientos metros de distancia. Fajardo agitó su quepis mientras picaba espuelas. ¡Viva el Perú carajo! ¡Viva la Alianza! Un salvaje griterío se elevó por el ala derecha. Querían pelear hoy mismo. ¡Quietos en sus puestos malditos pajeros! —tronó Dávila conteniendo a cabitos que empiezan a salir de sus agujeros, a bajar la colina, a apuntar a inalcanzables enemigos. En lo alto, Montero y Velarde sonreían satisfechos.

Un gran unánime silencio se hizo en Arica cuando la artillería aliada contestó con una andanada a la provocación del enemigo. No concluían de transmitir el telegrama comunicando la muerte de Sotomayor cuando llegó un urgente mensaje para Bolognesi. ¡Avanzadas chilenas frente al Alto de la Alianza! Después la línea enmudeció. Habían transcurrido tres horas. ¿Es que no pueden acordarse de nosotros? El jefe de Arica rabiaba en la azotea de la casa MacLean, en vano escudriñando el norte con el telescopio del *Manco Cápac*.

—¡Barbachán! —Ugarte paseaba como quien va apurado y en línea recta—. Vete al telégrafo y pregunta si principió el combate.

—Hoy mismo pondremos nuestros propios vigías en el camino a Tacna —resolvió Bolognesi.

—Sugiero despachar un par de oficiales a que nos tengan informados desde el telégrafo en Tacna, mi coronel —propuso Inclán—. Comprendo que allá estén muy ocupados.

Frente a la bahía van y vienen el *Cochrane* y la *Covadonga*. Sobre los techos de Arica y en el Morro se apina la guarnición atenta a lejanas explosiones.

—No es la batalla, todavía —se alivió el fatigado rostro de Bolognesi.

—¿Qué sabe usted del coronel Leiva? —el Supremo Director interroga al Prefecto del Solar.

—Entiendo que ya salió de Arequipa, Excelencia —del Solar sabe que el Segundo Ejército aún no ha llegado a Torata. Chilenos y aliados se escaramuzaban de lejos, más bien midiendo el máximo alcance de sus armas que tratando de matarse.

—Esos cañones son superiores a los nuestros —admitió con amargura el coronel Cáceres.

Una hora después de haber aparecido en la pampa, los chilenos se reagruparon. Tiradas por mulas desaparecían sus piezas de artillería. Los rifleros del *Buín* montaron en ancas y toda la caballería emprendió la retirada al trote.

Torpedos contra la escuadra enemiga

Por suerte esta noche teníamos neblina. El capitán de navío Leopoldo Sánchez, jefe de la brigada de torpedistas, revistó por última vez las minas *McEvoy* que habían ensamblado en el Arsenal del Callao, usando piezas que el comerciante mister Flint consiguió introducir en el Perú pese al intenso patrullaje chileno. Daban las diez y no parece que la *Pilcomayo* o las torpederas ataquen el fondeadero antes del amanecer. Por datos recogidos de huachanos que fueron capturados y estuvieron a bordo de la almiranta enemiga, se sabe que al espesar la oscuridad Galvarino Riveros lleva su escuadra mar afuera, dejando sólo un buque para cruzar de norte a sur y otra vez al norte y ni siquiera cerca del puerto. El Secretario de Marina Villar despidió a los torpedistas con un apretón de manos. También el coronel Castañón les deseó buena suerte. Los dieciseis mejores remeros de la Marina de Guerra intervienen en esta operación. Con exagerada cautela, casi cargan en vilo dos falúas de la *Unión* para depositarlas suavemente en aguas punteñas. Cada falúa lleva una mina cargada con 150 kilos de explosivo. Las activarán en alta mar. El ingeniero Cuadros abordó la embarcación que comanda el alférez de fragata Carlos Bondy. En la otra viajan el primer jefe Sánchez y los alfereces Oyague y Gil. Habían envuelto trapos en la palas de los remos. Sin un chapoteo, las dos falúas se evaporaron por la noche rumbo a las islas.

Tres horas remaron invisibles en medio de la húmeda niebla. Nadie habla ni necesitan gritar para comunicarse de una embarcación a la otra. Avanzan paralelos, unidos por un largo cordel de pescar que Oyague y Bondy mantienen a cuarenta pies de tensión. A la una y cuarto el crujiente oleaje y el estruendo de las rompientes anunciaron que se acercan al Boquerón. Un mes llevaba estudiando las corrientes del Callao el comandante Sánchez. Auxiliado por el comodoro García y García, experto nacional en hidrografía y mareas, había calculado la ruta que seguirán estas minas a la deriva. A falta de un cielo estrellado, Sánchez calculó el punto de partida por instinto. Veinte años navegante, conocía el Boquerón de oído y por el encontrado movimiento de sus aguas. Sí, aquí es. A cinco o seis kilómetros al norte, un buque enemigo efectúa su rutinario patrullaje.

Tres tirones de cordel hicieron que Bondy maniobrara al encuentro de la otra falúa. Las minas apenas sobresalen cincuenta centímetros sobre las aguas. Si tan minuciosos cálculos no están equivocados, mañana temprano han de chocar contra el *Blanco Encalada* cerca de San Lorenzo. Con acolchados movimientos el ingeniero Cuadros activó una mina mientras Sánchez hacía lo propio con la otra. Después las dejaron ir empujadas por la corriente de sur a norte y emprendieron el regreso a La Punta.

Castañón mantenía cargados sus cañones Dalgreen desde que amaneció. Auxiliados por un telescopio, a la confusa luz de las cinco y media los torpedistas observaron reaparecer los buques chilenos. El *Blanco Encalada* echó anclas en el sitio de costumbre. A su lado, el *Matías Cossío*. Con fondos limpios, nuevas calderas y artillado con un nuevo formidable Armstrong de 152 m/m de largo alcance, el crucero *Amazonas* había remplazado al *Loa* que marchó a reforzar el bloqueo de Arica. También reparada, la veterana corbeta *O'Higgins* refuerza a la escuadra bloqueadora.

A las siete de la mañana, un vigía del *Amazonas* dio la alarma. Una de las minas flotaba al encuentro de la almiranta. La otra, sólo Dios sabe por qué misterioso impulso desviada de su objetivo, derivaba a un cable delante del crucero enemigo.

—¡Las descubrieron! —rabió pegado al telescopio el alférez Bondy.

Traqueteó una distante ametralladora y el primer torpedo reventó con violencia que hizo sacudir los cristales de La Punta.

Los Dalgreen cañonearon para distraer a los chilenos pero la otra mina también había sido descubierta. Arriaron un bote del *Amazonas* y se le aproximaron a inspeccionarla.

—La están remolcando hacia la isla —informó Bondy desde el telescopio. Querrán conocer su procedencia, calcular su fuerza.

—Bien, a empezar de nuevo —rehusa desalentarse el capitán de navío Sánchez.

Sin embargo los chilenos no consiguieron llevar la mina a tierra. Casi en la playa tocó fondo y estalló levantando una cortina de mar y cascajo a veinte metros de altura. Por lo menos habían liquidado una lancha del enemigo.

Artilleros y guarnición no perdían de vista el *Blanco Encalada*. Opina Castañón que el ataque con torpedos mo-

tivará hoy mismo represalias chilenas. El jefe de la batería de mil, merendó al aire libre con su amigo Carlos Richardson. El antiguo gerente de la Compañía Salitrera y primer jefe de la Columna Naval de Iquique, que con el grado de coronel de la extinguida Guardia Nacional fue el primero en reconocer blindados chilenos cuando estalló la guerra en 1879, pedía consejo a Castañón: quiere combatir. Quédate aquí de voluntario, sonrió el jefe artillero antes de morder un trozo de gallina asada que Richardson trajo acompañada por una botella de burdeos. Pero el corpulento Richardson, llegado al Callao antes de la pérdida de Tarapacá, quiere un puesto de veras efectivo. Renunciará a su viejo y elevado rango, también a los honores ganados como voluntario vencedor del Dos de Mayo, y entrará de recluta a uno de los nuevos batallones del Ejército del Centro.

—¡Se mueve la *O'Higgins* al sur, mi coronel! —gritó desde la pieza de barlovento el teniente Telémaco Morante—. ¡*Blanco Encalada* al norte, señor!

Con entrecortado lenguaje, el telégrafo propagó la alarma a los fuertes y a la Comandancia General de Armas. El amanuense Saavedra transcribe el mensaje que entrega al secretario Saavedra que a su vez lo eleva al alférez ayudante Saavedra que al fin anuncia movimientos chilenos a su tío el coronel Prefecto Saavedra. Corrió a su observatorio en los castillos a comprobar que los chilenos presentan lentamente línea de batalla a 5,500 metros de las baterías de tierra, escalonándose de sur a norte *Blanco Encalada*, *Pilcomayo*, *Amazonas*, *Angamos* y *Huáscar*. Despacha a su ayudante inspector Acisclo Boderó a poner sobre aviso al Intendente y bomberos y corre al telégrafo directo con el palacio presidencial a informar a Su Excelencia que hay combate a la vista. Ahora el señor Prefecto vociferaba órdenes que descienden aceitosamente activando defensas. Al Jefe de Estado Mayor de las Baterías Federico Alzamora que concurra a la Comandancia. Al coronel Eléspuru que mueva su segunda división a proteger los fuertes. Al coronel Llaque que envíe inmediatamente refuerzos del Batallón *Artillería de Marina*. Al Cirujano Mayor Santiago Távara que distribuya sus ambulancias de acuerdo a órdenes. Desconfiando de endeblés líneas telegráficas, envía a siete bien montados oficiales de su Estado Mayor a servir de enlace con las baterías. No ignora el Prefecto que temprano fracasó el ataque de torpedos y que Galvarino Riveros despliega su escuadra para castigar violentamente el Callao.

A toda máquina emergió la *O'Higgins* entre el Frontón y la Horadada. Comprende Castañón que hoy su batería soportará lo peor del combate. Por el flanco de la Mar Brava la corbeta, por sotavento *Blanco Encalada* y *Pilcomayo*, se proponen atezar entre dos fuegos a sus lentísimos cañones de avancarga, que arrojan sólidos proyectiles esféricos de quinientos kilos de peso cada uno.

La una y 34 de la tarde. Rompió fuegos el *Huáscar* que avanza resueltamente hacia la Dársena. Su primer cañonazo trituró parte del muro oeste. El segundo rugió por encima de los buques peruanos que tocan zafarrancho y cayó demoliendo la esquina de La Pileta.

Castañón no se dejó distraer por los disparos que retumban al norte de la bahía. Ahora el *Blanco Encalada* se sitúa frente a la Caleta de Presos, se aparta la *Pilcomayo* a sotavento del puerto y flanquea La Punta el crucero *Amazonas* con su nuevo cañón, listo para pulverizar a los defensores.

—¡Pieza de barlovento, quince grados! ¡Señor Carrasco, directo a la almiranta!

Desde la Mar Brava, la *O'Higgins* descargó su experta colisa de proa. Con la notable exactitud que ha hecho famosos a los artilleros de esa corbeta en el asalto a Pisagua, su primer tiro reventó a doce metros del parapeto de la batería. Cuatro defensores se desplomaron alcanzados por la espantosa conmoción.

—¡Fuego el uno! —rabia la voz de Castañón.

La 1 y 40 de la tarde.

¿Dónde mierda están los cirujanos?

Aunque seriamente enfermo, el médico Enrique Basadre galopaba del Callao a La Punta mientras las dos riberas saltan en pedazos y zumban pedruscos a su alrededor. Toda la artillería del *Blanco Encalada* y del *Amazonas* sacudió la celeste amplitud de la bahía, removiendo La Punta cuyos cañones a barbata deben recargar bajo una constante lluvia de guijarros y esquivarlas. ¡Los tenemos a distancia, apurarse carajo! Castañón se mueve entre sofocantes explosiones que minuto a minuto se aproximan al centro de su batería. Tal como se han colocado los enemigos, ninguna otra batería terrestre puede ayudarlo. Ataca la corbeta por la espalda del Callao. Bajo tierra, Richardson forcejeaba entre sudorosos artilleros que a pulso empujan engranajes haciendo girar el cañón en busca de la *O'Higgins*. Un nuevo disparo chileno reventó a cuatro metros de la santabárbara tumbando al teniente Morante. ¡Cirujano!

¡Aquí estoy! A gachas, a ratos revolcado por rojos torbellinos y sin embargo ileso, el cirujano Basadre llega a la batería. Acezaba con casi cuarenta de fiebre, se nubla su vista, con un supremo esfuerzo por controlar el temblor de sus manos examina las heridas de Morante, la cabeza abierta del soldado Miguel Torres, a otros que sólo han sufrido contusiones.

¿Pero qué diablos sucede con las ambulancias?

El flamante cirujano Canales, que se doctoró en medicina a bordo del *Huáscar* y que practicó once afortunadas amputaciones mientras demolían al monitor en Angamos, corre tras su maestro el Cirujano Mayor Távara hacia la central telegráfica en los castillos. La víspera dijo el coronel Saavedra que la línea que va desde La Punta al Camal también puede servir para dirigir ambulancias adonde sean más necesarias. Pero el Jefe de Estado Mayor Alzamora no tiene tiempo que perder en cojudeces, señor doctor, esto es un telégrafo de combate y no una cursal de la Beneficencia. Távara estuvo a punto de descargarle un puñetazo en el rostro. Canales arrastró a su jefe hacia el observatorio donde se encuentra el señor Prefecto.

—¡Me han echado del telégrafo, coronel! —enrojecía Távara. ¡Malditos engreídos cabrones! Clavó un índice en el condecorado pecho del coronel—. ¡Usted me prometió!

—¿Y qué quiere que haga? ¡No tengo tiempo, doctor!

Las ambulancias de la Salvadora Lima han de encontrarse ya en la batería de La Punta. Távara decidió atender a posibles heridos en los fuertes del Norte que intercambian cañonazos con el *Huáscar*, *Angamos* y *Pilcomayo*. Otra vez corrió entre edificios que se tambalean. Ni siquiera le han proporcionado caballos. Quemaban los pulmones del cirujano y su asistente cuando al fin encontraron a la Primera Ambulancia de Lima. Távara le encarga asistir las baterías del norte, la calle América, la plaza de la Beneficencia y el camal viejo. Allí dejó a Canales y de nuevo forzó esas piernas que le quisieron amputar cirujanos chilenos y que hoy sirven para galopar, galopar a lo ancho del puerto en busca del capitán Filgueira y su Primera Ambulancia del Callao.

Una esfera incandescente fulguró dentro del restaurant "Chalaquito" en la calle Constitución. Ondas de sonido y paredes de adobe se abrieron hacia afuera, arqueando aire y luz y a la vez succionando todo aliento al bom-

bero Julio Delavean que, arrancado de su urgente andar, asciende y se retuerce y se estrella contra la puerta de una cigarrería. Medio Liceo Inglés se derrumbó en el pasaje Lima. Otra extraviada granada del *Angamos* demolió la casa del comisario Zevallos. Por esta calle Constitución salpicada de escombros y abierta en azufrosos cráteres humeantes, jadeaba el Cirujano Mayor ahora seguido por el practicante Miranda.

—¡Doctor, aquí! ¡cuidado!

El bombardeo deshacía una fachada. Trozos de adobe golpearon la espalda del cirujano. Encogido mientras otro proyectil se curva para estallar en la cercana esquina de Aromito, Távara vio al capitán Filgueira y a sus camilleros acercándose por la densa polvareda. Resulta imposible descifrar quien cañonea, en qué lugar los impactos. Una sola trepidación, un continuado trueno despedazan ventanas, inflan el puerto, atontan a rebaños de curiosos de pronto perseguidos por el azar del bombardeo. A gritos explica Filgueira que dejó el grueso de su ambulancia en Bellavista. ¡Muy bien! A Távara se le tensan las venas del cuello, eligió la sección del teniente Grisolle. ¡Que avancen a la calle Lima!. ¡Miranda, vaya con ellos!

Confusamente informan a los buques nacionales que ha llegado el Jefe Supremo en un expreso del Trasandino con su habitual séquito de secretarios de estado y altos jefes militares. Acometido por *Huáscar* y *Pilcomayo*, el jefe de la corbeta *Unión* no dispone de tiempo para rendir honores a Su Excelencia. Por los fuertes cantan el Himno, sueñan bandas de músicos, vivan al Perú. Hace cinco minutos un proyectil pasó a unas pulgadas del alférez Rodríguez, se llevó el tornillo de elevación del cañoncito de proa que todos llaman "El malcriado". Un minuto atrás, otra granada del *Huáscar* entró por la toldilla de estribor, fundió metales en la sala de armas, derribó mamparos y concluyó de reventar en el camarote de Villavicencio destruyendo toda su ropa y hasta el cuaderno de bitácora. La *Unión* crujió desde la quilla, encabritándose como si fuese a abrirse por fin en dos su cansado casco de madera. Sin embargo continuó a flote. Recorre cubierta Villavicencio espada en mano, fuego, fuego y viva el Perú, muera Chile. Un saquete de pólvora se inflamó entre las expertas manos del artillero Hiller. A diez pasos del primer jefe, aquella explosión casual desparramó cuerpos que se enroscan y gimen, golpeó el rostro de Villavicencio quemándole cejas y mostachos. Tres artilleros aullaban a la vista de sus propias carnes

arrancadas y sin embargo Hiller sólo sufrió quemaduras en la diestra. No hay cirujano a bordo. ¡Ambulancia! ¡Vivo, vivo!

Los camilleros de la Cosmopolita llegan a bordo de la corbeta de nuevo cañoneada, sobre planchas cimbreadas regresan a tierra, depositan sus heridos en el castillo donde los cirujanos examinan a Hiller, el sancocado informe rostro del artillero Mendral, las astillas de hueso que afloran como cuchillos por las piernas del marinero Ferré, el guñapo de brazo que cuelga de un pellejo en el espantado cuerpo del artillero Vargas. ¡Cloral, pronto! Enjuagan bisturíes, de prisa cauterizan arterias. No empezaban a operar cuando el Jefe de Estado Mayor ordena a toda la Ambulancia partir de inmediato hacia La Punta. Protesta el cirujano Dianderas, cómo abandonábamos mi coronel a estos heridos graves. Ordenes son órdenes, carajo. Que los lleven al hospital de sangre en Bellavista. Sin sospechar que Alzamora atropella disposiciones del Cirujano Mayor, los médicos cedieron.

Por las baterías del Centro, que hoy nada más presenciaban el combate, disparan festivos cohetes de arranque burlándose del enemigo. En el Torreón Independencia Piérola arenga a una fervorosa guarnición. También la infantería ansiaba cargar a la bayoneta. ¡Vengan de una vez, chilenos de mierda! El deshecho artillero Manuel Vargas soporta el trote de los voluntarios de la Cruz Roja, oyendo al gentío de curiosos gritarle viva el Perú y viendo casi sin ver a extraños que de pronto corren a su lado y lo animan, bravo marinero, qué valiente carajo, viva la *Unión*, viva el Perú. Vargas quiere preguntar, no pregunta por qué mierda lo llevan tan lejos mientras se desangra, arriba abajo sacudido sobre la camilla de cuero mientras se desmoronan cornisas y una polvareda de terremoto enturbia el otoño. ¿Adónde me llevan? ¡Que alguien responda!

—Lo tengo, mi comandante —el capitán Pedro Pablo Flores, del Batallón *Artillería Naval*, había dejado a sus rifles bien parapetados en La Punta para afinar puntería como cabo de cañón en la pieza de barlovento. Mientras veloces colisas de la *O'Higgins* y cuatro de los seis gruesos cañones del *Blanco Encalada* castigan la batería de mil sin conseguir atascarla o herir su polvorín, el jefe de la pieza Bernabé Carrasco gritó viva el Perú, fuego, maldita sea. El duelo de artillería en el puerto se encuchaba nítidamente en Ancón, cuarenta kilómetros al norte, y como una furiosa tempestad serrana en el puerto de Chancay, a cien-

to veinte kilómetros de distancia. Cada vez que se inflama, truena, retrocede humeante una pieza de mil, el estampido sacudía ventanas limeñas, se agrieta el estucado de vacías residencias porteñas. No exageraba el capitán Flores. A 3,900 desprevénidos metros, la almiranta chilena ajusta disparos que desparedan refugios, trincheras, rompen parapetos, sacuden siempre más cerca las plataformas de los Dalgreen. Ese cañonazo de la pieza de barlovento alcanzó sus aguas a las 3.06 de la tarde. Rebotó el enorme proyectil de fierro dulce en el lomo de una ola para raspar la bien protegida popa del acorazado. ¡Viva el Perú! Escobillan, llenan de pólvora, taquean, vuelven a echar explosivo, izan otro proyectil recargando el Dalgreen con prisa para esta vez herir al *Blanco Encalada* entre chimenea y puente. Al capitán Flores todavía le parece oír el chirrido que estremeció al blindado enemigo. Pero Galvarino Riveros ordena no exponer más su irremplazable buque. Hasta que llegue la nueva poderosa *Esmeralda* que no tan neutrales británicos construyen en Londres y hasta que acaben las operaciones en Arica, cuyo bloqueo sostiene principalmente el *Cochrane*, su acorazado debe continuar ileso. ¡Atrás, atrás! A todo vapor se retira al cabezo de la isla enarbolando señales para que la *Pilcomayo* ocupe su lugar en el ataque.

Media docena de jinetes desmontaba a cien metros de la batería. El primer impacto conseguido por la antigua cañonera peruana, tumbó a un oficial y a seis soldados del batallón *Artillería Naval*. Otra granada de la *O'Higgins* deshizo el campamento de rabonas del Batallón *Mirave* donde ya guisaban rancho a espaldas de ese infierno. Sin prestar atención a los recién llegados jinetes, el exhausto cirujano Basadre apenas mira a las difuntas Patricia Vallejos y Victoria Palomina, a quienes el bombazo convirtió en mutilada pulpa y, ensangrentado hasta los codos, se dedicó a cerrar una arteria y a arrancar astillas de rótula al soldado Mariano Suárez, a quien embutieron un trapo entre los dientes para que no se los triturara mientras lo operan en crudo. Cuarenta de fiebre, el cirujano necesitaba reposo, se le clausuran los bronquios mientras la brisa punteña enfriaba su cuerpo empapado en sudor. Veterano de la *Independencia* y de los combates en la Inquisición cuando Piérola se lanzó a la captura del poder, ahora acosado por moscas, a ratos escupiéndolo todo este aire turbio, absorto en el dolor del soldado no reconoció al Dictador que se detiene a preguntar si está usted bien, doctor Basadre,

se le veía tan pálido como al destrozado riflero que deben sujetar a viva fuerza mientras el bisturí consuma la amputación sin anestesia. La diestra de Su Excelencia acarició compasivamente la cabeza hirviente del cirujano. Como a un hijo lo tocaban y se volvió sorprendido hasta tropezar con los desorbitados ojos del Dictador. Buenas tardes, señor. Siga usted su trabajo, doctor. Sólo acompañado por Miguel Iglesias y por Germán Astete que ha cambiado su rango de capitán de navío por un correspondiente coronelato, Piérola caminó cincuenta metros al descubierto. Había dejado a sus dos edecanes y al corneta cuidando de los caballos. Malherido el teniente Telémaco Morante, vuelto infalible cabo de cañón el capitán Flores. La primera compañía del Batallón *Artillería Naval* está ahora al mando del imberbe subteniente Pejovés. Setenta y seis veces reventados por la *O'Higgins*, barridos por once andanadas del *Blanco Encalada*, veintitrés veces cañoneados por el *Amazonas*, el oficial de quince años apreta sudorosamente la empuñadura de su espada, como un jabón se le escurre la culata del revólver inútil contra este enemigo que asesina de lejos y sobre seguro. El mando no se interrumpe señor subteniente, ahora de su voz dependen noventa rifleros de guarnición en la batería. Recorre trincheras, a ratos sube a la explanada a gritar vivas al Perú, recoge heridos, tropezando de pronto con el Jefe Supremo. ¡Atención! No te distraigas, hijo. Sí, Excelencia. ¿El oficial de guardia? Otra granada de la corbeta enemiga falló por unos metros el túnel de la santabárbara. Si algún día lo encuentra por fin una bala, el cajamarquino Iglesias morirá sin perder esta pétreo expresión. El sacudimiento de la batería alcanzada por el cañonazo chileno, los aullidos del soldado Silvestre Zavala a quien cargan sus compañeros del batallón, nada conmovió al Secretario de Guerra. Pejovés miró la columna de humo negro, la inminente lluvia de pedruscos que se levanta sobre sus cabezas, tragó saliva: yo, señor. Muy bien, subteniente, siga cumpliendo con su deber.

—¡Ahora! —grita, crispera sus puños el coronel Castañón como si una impalpable energía interior pudiese empujar más lejos, más violentamente ese proyectil que con estruendo insoportable catapultaba la pieza de barlovento.

—¡Le dimos, carajo le dimos! —brinca alegremente el comandante Carrasco, abraza al capitán Flores, reparte palmatos a sus tiznados artilleros. Gritos de júbilo saludan esa montaña de espuma blanca que se levanta al pie de la *O'Higgins* hasta cubrirla por completo.

Con anudadas gargantas rompían a cantar el Himno Nacional. Violentamente escorada, la *O'Higgins* abandona el combate franqueándose entre la playa y la Horadada para irse a reunir con el resto de su escuadra por detrás de San Lorenzo.

—¡Su Excelencia el Jefe Supremo! —se cuadró el capitán Pedro Pablo Flores.

Piérola avanza al descampado, felicitando uno por uno a los servidores de este victorioso cañón de barlovento. Son apenas las 3 y 15 de la tarde. De norte a sur acomete la *Pilcomayo* a reiniciar el bombardeo de La Punta. Gracias, Su Excelencia, no necesitan refuerzos por ahora, las explosiones dañaron el telégrafo, el telescopio de Castañón voló en pedazos, si pudieran conseguirnos un largavistas, nada más que un largavistas, Excelencia.

Al galope hacia La Punta, sobre un caballo que simplemente tomó prestado en la Comandancia, el Cirujano Mayor Távara enfurecía descubriendo el desorden en que el Jefe de Estado Mayor de las Baterías ha hundido a sus ambulancias. El muy cojudo de Alzamora, gruñó. Envió la Cosmopolita a La Punta, de donde hizo retroceder a La Salvadora cuando estaba por llegar a la batería. Hace cuarenta minutos que los Dalgreen soportan lo peor del ataque y allí están sin camilleros. Sabía Távara que Basadre guarda cama con una severa afección pulmonar y tal vez ni siquiera haya médico cuidando a los heridos. Deshechas las meditadas disposiciones del Cirujano Mayor por contraórdenes de un coronel que se mantiene a salvo de las balas, acaban las ambulancias por disputarse a los heridos. Decide La Salvadora instalarse cerca de la Dársena, amontonar los cuerpos en el hospital de sangre de Bellavista en vez de llevarlos al hospital de Baquíjano donde cirujanos ociosos se preguntan si no hay cañoneados que operar. Hasta los voluntarios de la Cruz Roja se le amotinan al cirujano Canales en el puerto.

Exhausto, Basadre señaló a sus numerosos heridos con el bisturí cuando el Cirujano Mayor saltó a tierra. En cinco minutos llegarán carretas y camillas. Tocó Távara la frente de su amigo. También habrá que evacuarlo. Ya vienen el bonachón doctor Mizpireta y tres practicantes. Salía Su Excelencia. Toda la contenida furia del Cirujano Mayor se derramó a su encuentro.

—¡Señor, debo protestar señor!

Piérola se volvió sorprendido.

—Buenas tardes, doctor, ¿qué sucede?

—El señor jefe de Estado Mayor de las Baterías ha cambiado de posición a mis ambulancias, Excelencia. ¡Esta batería ha estado abandonada por su exclusiva irresponsabilidad e incompetencia, señor! ¡Me han negado el uso del telégrafo para apresurar los primeros auxilios, señor!

—¡Cálmese usted, Cirujano Mayor! —siseó Iglesias—. ¿Se refiere usted al coronel Alzamora?

—¡Murió! —arroja desalentado su bisturí el doctor Basadre.

Távara contempla el cadáver de ese soldado del Batallón *Mirave*.

—¡No puedo calmarme, mi coronel... Mi deber es salvar vidas aún antes que obedecerlo a usted! —se dirigió ahora a Piérola—. Excelencia, si los cirujanos no merecemos el debido respeto de los nuevos jefes del Ejército, ruego a usted que acepte mi renuncia al cargo de Cirujano Mayor del Callao y se me permita trabajar en cualquiera de los hospitales de sangre y cerca del enemigo.

—Tomo nota de su protesta, doctor —respira hondo Piérola, ignora el estrépito de la batería a sus espaldas alcanzada por nuevas granadas de la *Pilcomayo*—. Se rechaza su renuncia, doctor, los cirujanos merecen el mayor de los respetos. ¿Comprendido, señor Iglesias?

Todo un callejón de vacías paupérrimas viviendas se desintegró a las cuatro de la tarde. Se derrumban fachadas, desaparecen una pulpería y dos almacenes en la calle del Ovalo, se incendia el Jardín Larrañaga con su popular cancha de bochas, humea la estación del Trasandino. Ahora el enemigo concentraba sus tiros en el fondeadero y en las baterías del norte. Intrépidamente la lancha *Urcos* remolca al monitor *Atahualpa* al encuentro de los chilenos. Desde el puente del vapor *Limeña*, el capitán de navío Otoya ordena avante, pegándose a la Dársena se aparta un cable de los castillos, descarga sus cuatro cañoncitos. ¡Atrás a todo vapor! El segundo Freyre en la sala de máquinas, ausente de comisión en la Comandancia General el tercer jefe Cavero, a cargo de las piezas los alferoces Mifflin y de la Haza, estaba Otoya solo en el puente, junto a los timoneles de combate. Dársena afuera vuelve a acometer el *Huáscar* que ya ha disparado más de cien cañonazos. Arrasa ahora las jarcias de la inmóvil anciana *Apurímac*, incendia el pontón *Meteoro*, yerra al *Oroya* por quince metros, da exactamente en el centro del *Saucy Jack*, presa que Grau enviara al Callao durante una de sus incursiones por la costa chilena. La granada perforó la cu-

bierta del velero antes de estallar en sus bodegas y deshacer fondos. Se iba a pique rápidamente.

—¡ Señor Arbulú! —Otoya juzga posible salvar la presa, el *Limeña* se encuentra más cerca de ella que ningún otro buque nacional—. ¡ Vaya de inmediato al *Saucy Jack*!

—¡ Falúa! —traga saliva, contempla el velero hundiéndose en medio de un hervor de desviados cañonazos, elige a cuatro marineros el guardiamarina José Arbulú.

A poco de irse al fondo de la bahía, el *Saucy Jack* está deshecho por dentro. Desde los fuertes del norte saludaban con vítores a los ocupantes de la falúa. Parecía que el velero absorbiese agua por toda su madera, inflándose baos y tablones a medida que se sumerge. El marinero huachano José María Carrillo siguió al oficial de dieciseis años a la esponjosa cubierta. Mejor nos vamos, señor, no falta ni una cuarta para que el mar entre de golpe por las escotillas señor. Arbulú pidió cable, con experto nudo sujetó una boya a diez brazas de cuerda bien sujeta al naufragio. Volvieron al bote con pisadas que pueden terminar de hundir al *Saucy Jack*. Detrás, adelante, también por encima de sus cabezas, en derredor suyo enfurecen explosiones y esquirlas. La falúa se alejó mientras el velero se inclinaba de popa, más bien resbalando a la profundidad de la bahía. Su remolino succionó primero desperdicios, todo lo roto y podrido que sobreaguaba en el fondeadero y tironeó después de la falúa, demorando su regreso. En ese instante cayó sobre ella un proyectil disparado por el *Huáscar* que aplastó y esparció y trituró al marinero Carrillo, deflagrando sus 250 libras de pólvora justamente a mitad del amasijo de huesos y vísceras.

Otoya se contrajo con una mueca de espanto desde el puente del *Limeña*. No termina de subir, bajar el informe montón de agua y sangre y escombros y ya el alférez Mifflin se zambullía a la poza desde lo más alto del vapor, de inmediato seguido por una docena de marineros y por el contra maestre Panay.

—¡ Guardián Copello! ¡ otra falúa! —ha visto el veterano Otoya volar cuerpos intactos al hacer blanco la granada. Estiró su anteojo naval. Caprichosamente ese disparo capaz de partir su propio buque, sólo dio muerte al marinero Carrillo. Los demás se agitan, tan distantes unos de otros que resulta difícil creer que estuvieron en el mismo bote hace unos segundos. Usó la bocina para orientar a los nadadores.

—¡ Aquí, pronto! —el contra maestre Juan Panay sos-

tiene al ensangrentado guardiamarina por la mandíbula. Las aguas saladas e inmundas achicharran sus llagas. Mifflin se sumergió tras el marinero Videla de pronto desvanecido cuando estaba a dos o tres brazadas de alcanzarlo. Una turbia luz no consigue penetrar del todo estas aguas verdes. Algas como trapos deshilachados tocaron al alférez que pateaba, escarba su camino mar abajo para coger a Videla de los cabellos antes de que lo atrape el denso fango del fondo. Gimió violentamente al regresar a la superficie. Izados al bote por el guardián Copello, masajearon al marinero hasta que arrojó una baba gris de sus bronquios amoratados. Mifflin vomitaba apoyado en la borda. Sus piernas sajudas por esquiras, un brazo cocinado por la explosión, a Videla lo mataba una violenta hemorragia. Los cuatro heridos a bordo, Mifflin ordenó a Copello que se dirigiera a la playa donde aguardan ambulancias.

Con sanguinaria fruición, el *Huáscar* orientaba sus tiros a la falúa repleta de heridos y empapados salvadores. Acaso una emoción de cacería distrajo a su primer jefe Condell, a quien tanto parece gustar el asesinato de náufragos. Buscando posición favorable para acertar un nuevo disparo, el monitor avanzó a toda máquina colocándose a 3,300 metros de la Batería Pacocha.

—Ahora sí se jodieron —masca con rencor sus palabras el teniente coronel Elías La Torre.

—Es nuestro, señor —apura la orden el capitán de fragata Gregorio M. Pérez.

—¡Fuego todas las piezas!

La andanada de esos Rodman siempre fuera de alcance, sacudió esta vez al *Huáscar* desprevenido. Dos proyectiles peruanos rebotaron contra su blindaje. Otro arrasó obenques y raspó su torre de combate. El cuarto penetró bajo la línea de flotación, abriendo una vía de agua en lo más débil de su casco y yendo a incrustarse en la sala de máquinas. Suelta blanco vapor a chorros por su chimenea, apuradamente cambia de rumbo, escapa.

Las cornetas del Fuerte Pacocha tocaron jubilosos ataques.

La Torre apretaba furiosamente sus puños. Si estuviesen equipados con modernos proyectiles de penetración, no importa el modesto calibre y alcance de los Rodman, ahora el *Huáscar* estaría hundiéndose con Condell y todos sus chilenos delante de los castillos. Pero apenas averiado, siempre soltando vapor para aliviar calderas, el *Huáscar* se alejaba del Callao hacia la isla San Lorenzo. Había hecho 145 cañonazos contra su antigua casa.

También la *Pilcomayo* dio por concluído el combate.

—No pasa de ser otro simulacro de combate —opinó Su Excelencia satisfecho de los resultados, ahora en los castillos adonde se le reunían séquito y secretarios de estado y autoridades y jefes militares de su confianza. Como hace catorce años contra los españoles, había demostrado el Callao un admirable espíritu de lucha y excelente puntería. Aunque sus cañones resulten materialmente inferiores, hicieron correr al *Blanco Encalada*, a la *O'Higgins* y al *Huáscar*. Podíamos dormir tranquilos, caballeros, el enemigo no ha de entrar por playas chalacas.

El Cirujano Mayor hubiese querido meter a puntapiés a un calabozo de las temidas Casas-Matas a estos necios camilleros que aglomeran heridos en Bellavista, donde no están preparados para operar, en vez de llevarlos al hospital de Baquíjano donde aguardan seis equipos de cirujanos. Hasta que al fin llegó acompañado por Canales, sólo el doctor Pablo Casanova ha dispensado primeros auxilios en Bellavista, secundado por cuatro barchilones. La noche se les venía encima y no hay alumbrado a gas. Recordó que en la pampa cercana está formado el Regimiento *Artilería de Campaña* y envió a Canales a pedir linternas, voluntarios para asistirlo en el quirófano. De casualidad pasaban por Bellavista los doctores Francisco e Ismael Vélez. ¡Dios los bendiga, ya éramos cinco!

Canales regresó con fray Francisco Oquendo, capellán del regimiento. Acampado cerca del pueblo, el Tercer Batallón movilizaba sus botiquines. Los capitanes Torrejón y Delhorme, respectivamente jefes de la primera y segunda compañía, encabezan un nutrido grupo de subtenientes, sargentos y cabos que traen lamparines a kerosene, linternas sordas, dos cofres de medicina y vendas, también alimentos, una cocinilla de campaña, bolsas de café, caramayolas llenas de agua fresca. Iluminaron las cuadras. Mientras Canales dispone botellas de cloral y bisturíes, pinzas y compresas, sierras y cauterizadores y sondas y, sobre tres mesas extienden mantillas de caucho y enhebran fuerte hilo inglés para coser esos cuerpos, Távara concluía de examinar a los heridos. Después, a trabajar. Mientras se turban oficiales del Tercer Batallón para iluminar lo peor de las heridas, los cinco cirujanos amputaron cuatro piernas, dos manos y tres brazos, aliviaron múltiples magulladuras, extirparon un ojo derecho, cosieron mejillas, removieron dentaduras y, en fin, suturaron varios intestinos. A las diez de la noche, Távara aceptó un vaso de coñac ofrecido

por el coronel Pedro La Fuente, primer jefe del vecino regimiento que llegó hace un rato con su propio cirujano y tres practicantes. Durante un rato observó al doctor Canales, a quien había llegado a querer como a un hijo mientras sirvieron en el *Huáscar* a órdenes de Grau, y que hoy ha demostrado ser mejor cirujano que el propio Santiago Távara. Nadie hablaba en estas habitaciones todavía ensangrentadas. En una batea de fierro se amontonan miembros amputados, trozos de pellejo, coágulos y supuraciones. En la amplia cuadra donde han dispuesto a los recién operados, fray Oquendo rezaba con un tenaz murmullo. El Cirujano Mayor del Callao ordenó aliviar con opiáceos al malherido artillero Herculles, a quien una granada deshizo el tórax sin consumir una muerte que ahora es inevitable. Después salió al descampado, pateando rabiosamente un cacharro que encontró en su camino.

Vispera en Tacna

El capitán sacudía al coronel Cáceres a las tres de la madrugada del martes 25 de mayo. ¿Qué ocurre, Chacón? La enorme robusta diestra del coronel sujetó la chaqueta de su ayudante. Se lo envía el almirante Montero, es muy urgente. Cáceres desdobló el mensaje y leyó mientras el capitán acercaba su linterna. *Venga inmediatamente. Cuestión de vida o muerte.* ¡Mi caballo, Chacón! Desde que empezó la campaña, el coronel dormía casi con el calzado puesto. ¿Cuestión de vida o muerte? Se echó encima los arreos de combate, se enfundó en las botas y salió de su pequeña tienda protegida por una reducto de artillería calculando que faltan dos horas para el amanecer. No habían vuelto los chilenos desde el reconocimiento que practicaron el sábado pero cierto instinto, como un distante olor hostil acercándosele por el desierto, anunciaban al coronel que pronto tendremos batalla. El propio Chacón ensilló los caballos. Ni diez minutos después de haber despertado, el coronel partía al trote seguido por su ayudante. Trepando a lo más elevado de la colina casi chocaron en la oscuridad con el coronel Herrera, cuya Quinta División forma la reserva del ala izquierda. ¿También te llamó Montero? El otro asintió. *Cuestión de vida o muerte.* Avanzaron por

retaguardia, de trecho en trecho contestando el santo y seña a nerviosos centinelas peruanos y bolivianos. A Cáceres lo sorprendió ver iluminada la tienda del Supremo Director y un nervioso ir y venir de ayudantes entre su tienda y el campamento del coronel Camacho. Tampoco parecía más tranquilo el vivac de Montero.

—¡El General aguarda! —un capitán corrió a su encuentro para hacerse cargo de los caballos.

Cáceres y Herrera cambiaron miradas. Sólo falta que se haya desplomado la Alianza o que bolivianos y peruanos se agarren a tiros mientras el enemigo se aproxima. Oían gritar a Justo Pastor Dávila más alto que otras voces.

—Buenos días, mi General —irrumpió Cáceres—. Señores, todo el campamento puede escuchar lo que dicen.

—¡Lea usted, coronel! —Dávila puso en sus manos arrugados telegramas que acaban de llegar.

—Entérese usted mismo —autorizó Montero.

El rabioso lívido semblante del coronel Manuel Velarde recibía de lleno la luz de un lamparín. Cáceres observó su desencajada expresión antes de echar una mirada al mensaje. Nicolás de Piérola, Jefe Supremo de la República, considerando, primero, que es constante el mal comportamiento de algunos oficiales en el encuentro de San Francisco con las fuerzas chilenas en noviembre del último año; segundo, que aquel se ha señalado por notoriedad en los coroneles Manuel Velarde, Manuel Antonio Prado y Manuel E. Mori Ortiz hasta hacer inútil toda investigación, decreto: quedan separados perpetuamente del ejército nacional y borrados del escalafón militar como indignos de pertenecer a él, por cobardes. Cáceres parpadeó leyendo por segunda vez. El Primer Ejército del Sur pierde a su jefe de estado mayor y el Batallón *Ayacucho* a su primer jefe y acaso mañana sea la batalla. Observó a los jefes reunidos uno por uno: furioso el coronel Dávila, consternado Fajardo y también Herrera mientras lee los telegramas, fatigado Suárez, silencioso Morales Bermúdez, injuriado Velarde, cansado Montero, todavía incrédulo Ruiz de Somocurcio.

—¿Y el coronel Prado?

—Se fue —a Montero se le apagaba la voz—. Hay un decreto más, señor Cáceres. Acaban de privar del título y los derechos de ciudadano del Perú al General Prado y lo condenan a sufrir degradación militar pública tan pronto sea habido.

—También castigaron a los capitanes de fragata de la

Guerra y Pimentel —se oyó a Dávila—. Y según sea el humor de la Dictadura, nos irán jodiendo a todos.

A ochocientos pasos de distancia, el General Narciso Campero estampaba su firma en un oficio dirigido al almirante peruano. Habiéndose instalado la Convención Nacional en La Paz, cesaba en sus funciones de Presidente Provisorio y, por lo mismo, deja de ser Supremo Director de la Guerra así que agradece la colaboración recibida y se pone a órdenes del señor Montero, de nuevo General en Jefe del Primer Ejército del Sur, pidiéndole un puesto en el combate que se avecina.

Veinte mil chilenos emprendían la marcha final hacia Tacna.

—Bien, caballeros, no estamos reunidos en junta pero me resulta indispensable conocer sus opiniones —el almirante bebía a sorbos una taza de café tinto—. El señor Manuel Antonio Prado me ha dicho que después de este decreto le es absolutamente imposible permanecer una hora más en nuestro campamento. Siento mucho perder a un jefe tan antiguo como distinguido pero entiendo que puede ser remplazado por el señor Ruiz de Somocurcio...

El jefe de la quinta división asintió con un sombrío movimiento de cabeza. El *Ayacucho* estaba bajo sus órdenes inmediatas.

—...Lo que resulta difícil improvisar es a un nuevo jefe de Estado Mayor General cuando suponemos que el enemigo se nos acerca, así que he pedido al coronel Velarde que siga en su puesto.

—¿Va usted a ignorar las órdenes de Lima? —se preocupa el coronel Ruiz de Somocurcio.

—Exactamente es lo que me propongo —Montero medía el ánimo de sus subalternos—. Pero antes debo saber si seré obedecido.

—¿Se ha enterado del Solar?

—¿Y qué cree usted, comandante? —casi rió el coronel Dávila—. Mañana todos seremos acusados de conspiración...

—En lo que a mí concierne, usted sigue siendo mi General en jefe —habló Cáceres con voz pausada—. Creo que lo más prudente es dejar las decisiones políticas en sus manos.

—Hasta después de la batalla solamente —despegó sus labios el coronel Velarde.

—Con permiso, mi General —entraba un ayudante con un gran sobre lacrado—. Lo envía Su Excelencia.

Los coroneles de línea guardaron silencio mientras el almirante se sentaba a leer y releer el oficio de Campero. Después se reclinó en su silla de lona y se frotó el rostro con ambas manos.

—No me van a creer... esto es demasiado.

Nadie habló.

Dieciocho mil enemigos de infantería, mil seiscientos soldados de caballería, treinta cañones y ametralladoras atraviesan los desiertos entre Sama y el Alto de la Alianza.

—¿Qué ocurre, mi General? —Cáceres se acercó al demacrado Montero.

—Su Excelencia informa que ha cesado como Presidente Provisorio de Bolivia... se pone a mis órdenes.

El coronel Andrés Apolinario Salcedo, jefe de los *Húsares de Junín*, reforzó la víspera sus avanzadas en Quebrada Honda. Reducido el regimiento a apenas un escuadrón, esta noche y mañana montan guardia veinticinco jinetes al mando del teniente Peña. Once kilómetros al norte de las líneas aliadas, el soldado Silvestre Macavilca desayunaba cecina y galleta observando clarear el cielo sobre las montañas. Había llegado a Arica en abril de 1879. Y, por fin, la guerra tenía que acabar.

—¿Nada?

El teniente calentaba sus manos acercándoselas a la boca. Desde estos riscos pronto podrán ver neblinosas ondulaciones que se expanden en dirección de Sama. Sin embargo, hasta que el sol no evapore esa humedad que hace germinar los arenales, cubriéndolos de musgo y de pequeñas flores blancas y amarillas, será imposible detectar la aproximación de tropas enemigas a más de cinco o seis kilómetros de distancia. Peña bebió unos tragos de agua y continuó su ronda por senderos que ha aprendido a pisar de memoria.

Dos kilómetros quebrada arriba, el sargento Ortecho se paró en los estribos acechando lejanos sonidos. ¡Callarse carajo! Detrás suyo cuatro húsares desmontan. Por aquí acaba la abrupta inútil quebrada, roída por remotos turbiones. Tal vez hace millones de años esto fue un bosque parecido al Tamarugal, por el que discurrían caudales pantanosos entre árboles monumentales. Desde estas alturas se tensa la pampa como un pardo pellejo. El cabo Terrazas pegó una oreja a la tierra. Parecía que la rasguñaran desde abajo. ¿Qué se oye, Bigberto? El cabo frunció los labios. Me parece que ahí vienen, sargento. Como un gas inflamado se propagó el día gris y húmedo, y después lechoso y frío y, en fin, rojizo, apenas tibio. Bajo esa ne-

blina de cinco metros de espesor se movían divisiones enemigas. Ortecho y sus hombres se adherían a la pampa, percibiendo cada vez más claramente el trote de tropas a caballo. ¡Llontop, avísale al teniente! Los peruanos se enderezaban, intranquilos. Cuando volvieron a escuchar tierra, todo sonido de caballería había cesado.

ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJERCITO

Campo de la Alianza, Mayo 25 de 1880

El Excmo. Narciso Campero, General en Jefe y Supremo Director de la Guerra en el Sur del Perú, defensor de la alianza de Bolivia que me encomendaron transitoriamente el Gobierno de la República y por los términos de su decreto y consiguiente proclama de aceptación.

Hoy de hecho deben cesar mis funciones de Presidente de Bolivia.

Por una consecuencia necesaria, debe cesar también mi investidura del mando en jefe del ejército unido. No importa: mi espada continúa aquí al servicio de la alianza.

Camaradas:

Aunque pasajeramente he merecido la alta honra y la dicha de mandar en jefe este unido y denodado ejército, quiero ahora tener la satisfacción de enseñar prácticamente a nuestros jóvenes guerreros, que más que todo es obedecer especialmente cuando se trata de salvar a la patria.

¡Viva la alianza!

Y, por cuanto al descender de la silla presidencial debo entregar el mando en jefe del ejército unido, cúmpleme dar la siguiente:

ORDEN GENERAL

Con sujeción al artículo 1º del Protocolo celebrado en Lima el 5 de mayo de 1879 y aplicado por analogía a los que hoy comandan el ejército de Bolivia y del Perú, lo establecido por dicho artículo por los respectivos presidentes:

1º Desde esta fecha queda encargado del mando en jefe de ambos ejércitos el señor contralmirante don Lizardo Montero.

2º En caso de muerte o imposibilidad de S.S. el General Contralmirante lo remplazará como es natural S.S. el comandante en jefe de Bolivia, coronel Eleodoro

Camacho, mientras S.E. el Presidente del Perú resuelva lo conveniente.

3º El infrascrito queda, desde esta fecha, sujeto a las órdenes del General y en su caso, del comandante en jefe del ejército y listo para ocupar el puesto que se le designase.

Hágase saber oficialmente a S.S. el General en Jefe del Ejército del Perú y a S.S. el comandante en jefe del de Bolivia, para que cada cual comunique el contenido de la presente a su respectivo ejército en la correspondiente orden general del día.

Dado en este campamento de la Alianza, a 25 de mayo de 1880.

Atrás, Tacna y el campamento de la Alianza despertaban en confusión, divididos los peruanos por la expulsión de filas del jefe de Estado Mayor y del jefe del *Ayacucho*, y consternados los bolivianos porque Campero ha dejado de ser jefe supremo. En el pueblo se rumorea que insurrecto Montero, a la vez asume el mando de los aliados y desconoce los decretos de Nicolás de Piérola. Las tropas de línea desconfían de revoltosos artesanos pierolistas todavía acuartelados a retaguardia. Cívicos con rifles se entrometían en la oficina del telégrafo a revisar mensajes de Arica. Temprano pregunta Bolognesi si hay enemigo a la vista o frescas instrucciones. Atascados por un tenso ambiente de contienda civil, los telegramas se amontonaban sin que los despacharan al Alto de la Alianza o se transmitieran con las últimas noticias al puerto. Harto de discutir con petulantes ficticios capitanes, el subteniente-amanuense Chamorro, desde ayer enviado por el coronel Inclán para apresurar comunicaciones de Tacna, decidió quejarse ante el Prefecto del Solar. Debíó caminar varios kilómetros antes de subir a un carretón de víveres. La crisis parecía resuelta cuando el joven oficial de espejuelos llegó a la tienda donde almirante y prefecto discutían desde temprano. En cuanto al jefe de los peruanos concierne, el General Narciso Campero sigue siendo Supremo Director de la Guerra, máxima autoridad sobre este territorio. La Convención que hoy se instala en La Paz tenía que revocar primero el mandato de Campero y comunicarlo oficialmente a la República del Perú. Mientras tanto conviene a todos que siga al mando. A su vez Campero y el almirante mantenían en su puesto al coronel Velarde. Para liquidar toda discusión, se ordenó a del Solar que se incorporara hoy mis-

mo al campamento. Hasta que termine la batalla, el señor Prefecto y sus cívicos quedaban sujetos a disciplina militar. Como del Solar se negara a recibir órdenes de Velarde, el almirante accedió a situar su fuerza como reserva en su propio campamento. Dependía directamente de Montero.

Ya el sol calentaba la quebrada y se había disuelto la neblina. Achatándose entre las rocas, los húsares Macavilca y Palomares distinguían la avanzada enemiga aproximándose confiadamente. Seis arrieros con ropas de paisano aunque armados de carabinas, conducen sesenta mulas con barricas de agua. Doce carabineros los escoltan. Tres kilómetros atrás avanza en columna un escuadrón de jinetes chilenos. Más allá, el ejército enemigo parecía ocupar en masa toda la llanura. ¡Ortecho, Nolasco! El teniente llamaba a sus sargentos. Vamos a quitarles esas mulas así que los dejamos entrar a la quebrada. ¿Cuántos cree que vienen, mi teniente? Peña volvió a mirar la pampa. En Tacna creen que el enemigo no pasa de diez mil soldados y francamente parece haber el doble.

Mientras el practicante Adolfo Chacaltana aguarda que el señor Alcalde se despida de la comisión de damas tacneñas, volvió a escuchar el canto de los pájaros por primera vez en un año. Acechando molles, vilcas y sauces en busca de diminutos cantores, terminó por humedecerse la mirada. Hasta pronto y muchas gracias. Don Guillermo MacLean salió de casa de la familia Vargas y sorprendió al practicante de medicina con el rostro mojado. ¿Qué ocurre, Adolfo? Escuche, don Guillermo. Ausente el ruido de campamentos militares, disuelto el rumor civil y cotidiano, ahora se oye en toda su amplitud al viento y a contraviento el follaje que se sostiene entre cimbrado y vertical y en todas partes los gorriones, tibios acróbatas piando en busca de siempre más raras migajas, dulcísimos checollos y chihuancos amontonados en la glorieta por la que se derrama una espléndida buganvilia herida por el sol. Sonrió el alcalde: aún sigue en pie la esencia de su ciudad, a pesar de la guerra florecían virtuosos nardos, gruesos alhelies, escuetas azucenas, macizos de geranios y árboles de magnolia. Recuperó un distante olor a retama y estiércol, y el sonido de aguas llegadas desde el Barroso por el urbano caudal del Caplina y de cuchis hociqueando su merienda de zapallo en corrales próximos a la recoba. Montaron sus mulas y lentamente atravesaron la ciudad entre personas como hechas de vidrio, que los contemplan quietas detrás

de las ventanas. Más alto sobre la montura, el joven doctor Chacaltana retrata al pasar esos rostros chatos, el pequeño salón pompadour, el niño que se sueña capitán, la vieja dama y su mantilla de encaje español, la larga mano blanca detenida en ademán de adios, la todavía rosada calavera del anciano de ojos acuosos. Cierta espíritu triunfal de hace unos días empezaba a desconfiar. ¡Nunca se sabe!

El médico Bertonelli contempla catres de madera aliñados, colchones vacíos, el suelo todavía limpio de salpicaduras bajo las carpas blancas cuya visible cruz roja filtraba un resplandor que cae exactamente sobre la mesa de cirugía. Ni huele a pus o cloroformo, ni han llegado las moscas, ni se entreveran lamentos. Pero cierta consternada experiencia, su reconocido oficio en aliviar desastres hacían que el recién nombrado Cirujano Mayor de Tacna se encorvara de fatiga en la inmediata retaguardia de los aliados. Ayer había concluído de clavar sus carpas a apenas cuatrocientos metros de donde se afirma que será la batalla. Cofres con medicinas, rollos de venda, camillas, sieras para cortar huesos inútiles, tijeras y cuchillos, todo está dispuesto en orden riguroso, esperando a próximos despedazados y agujereados gimientes seres que por ahora se alimentan atendidos por felices vivanderas. ¿Cómo se siente, doctor? Bertonelli salió al encuentro del Alcalde. ¿Consiguieron hilos? Y también dinero, sonrió MacLean. El Cirujano Mayor respiró aliviado. Ayer mismo solicitó al General Pérez que el Estado Mayor General enviara víveres y barricadas de agua. Ni siquiera respondieron su oficio. Tendrá la Cruz Roja que arreglárselas por su cuenta. Ocupado en organizar sus brigadas de camilleros, pidió ayuda al vecindario por intermedio del Alcalde. La comisión de señoras presidida por Carmen Osorio de Vargas alivió el problema. Rápidamente convertían camisas de batista en compresas y vendajes que harán falta y una colecta solucionaba la adquisición de víveres para los heridos. Pese al caluroso vaho de las once de la mañana, MacLean sintió frío en esa carpa blanca y se despidió con una sonrisa. Decidió visitar a su amigo Montero. No importa su alto rango, tuvo que detenerse cada cien, doscientos metros a mostrar salvoconducto antes de llegar a la tienda del almirante. Lo encontró reunido con el General Juan José Pérez, Jefe del Estado Mayor General de los aliados. Perseguían rutas sobre un mapa desplegado que también observan el coronel Velarde y un polvorientado ajado capitán

a quien el alcalde nunca había visto. Discretamente asistió a la discusión. ¡Leiva en Torata! Sus avanzadas partieron de Arequipa el 14 de mayo. Este capitán llegó ayer al galope, trayendo un mensaje para el Supremo Director. Contrastaba la pesimista expresión del almirante con la confiada afabilidad del viejo militar boliviano. Cree el General Pérez que en dos días Leiva puede ocupar Locumba y desplegar guerrillas para acosar la retaguardia chilena. Montero sabe que tan lerdos batallones no harán el viaje en menos de una semana. Leiva anuncia que seguirá la ruta de la costa hacia la cuesta del Bronce, mientras que el almirante prefería la ruta de la cordillera para bajar a Locumba por Candarave. Prefirió no contrariar el entusiasmo del anciano General. Si vencíamos en Tacna, Leiva ya no era necesario. En caso de un desastre, sus divisiones se unirán a los restos de este ejército para dar la última batalla en combinación con las fuerzas de Arica. El almirante tomó a MacLean de un brazo y lo llevó consigo a estirar las piernas. ¿Cómo están las cosas allá abajo, Guillermo? El alcalde contestó con un vago ademán. Mal y bien, que quiere que le diga Lizardo, la poca gente que queda a la vez confía en la victoria y sepulta sus valores por si hay saqueo chileno. Montero rió. Así también ocurrió en Iquique, Guillermo, no se preocupe, es natural. Desde el glacis ocupado por el Primer Ejército contemplaron la pampa a lo lejos interrumpida por la áspera Quebrada Honda. Una remota turbiedad rojiza llamó la atención del almirante.

¡Se acercan los chilenos!

Diez minutos después del mediodía, el sargento de húsares Pompilio Nolasco derribó de un carabinazo a un joven oficial enemigo. La sorpresiva descarga de tiradores emboscados arrasó a la escolta y enloquecidas mulas emprendieron el galope despeñándose algunas por Quebrada Honda. Palomares descendía remolineando el sable desnudo, pulido pacientemente durante meses de espera. La hoja apenas curva navajeó de costado a un carabinero que escapaba y que aún se prendió de las crines, chorreando sangre. Llegado desde atrás, el húsar Macavilca lo liquidó de un mandoble. Los arrieros chilenos desenfundaban carabinas. Un corto tiroteo al fondo de la quebrada disuadió su resistencia. Chisporrotean herrajes y aceros entre estas rocas peladas. Ortecho arrincona rabiosamente a un puñado de enemigos. Cinco escaparon de regreso a la pampa, a grandes voces pidiendo auxilio al grueso de su

caballería. Galopó un escuadrón de carabineros hacia la quebrada, también el Batallón *Valparaíso* avanzó a paso de carga. El teniente Peña ordena arrear las mulas hacia el Alto de la Alianza. Mejor dejar sin agua a varios regimientos que perder tiempo persiguiendo a una docena de infelices. Entregó cuatro prisioneros a Macavilca y Palomares, ordenó retirada. Todavía Ortecho acosaba a un jinete enemigo. Tendrá dieciseis o diecisiete años. Y Ortecho había cumplido veintidós. El cabo Terrazas regresó a auxiliar a su sargento. Se echaban encima las cabalgaduras, saajándose a pedazos. Uno a otro se salpican con sus sangres y acometen. Ortecho siente el rostro partido en dos, calurosamente derramado. Por fin su filo halló la piel más propicia y cortó ferozmente al chileno por la axila y el hombro. Después lo degolló. ¡Arranca, carajo! La violenta voz del cabo Terrazas y el insoportable ardor de sus heridas, el griterío de tropas chilenas entrando a la carga por la quebrada aturdieron momentáneamente a Ortecho. Durante cinco interminables minutos sólo había existido con su enemigo a caballo, contenidos ambos en un espacio entre sólido y rojizo, cierta substancia que absorbía sombras y sonidos. Se cogió de las crines, encorvándose al galope mientras encima suyo tronaba la primera descarga chilena.

El teniente Peña despedazaba sogas a golpes de espada, liberando a las mulas de barricas de agua. Pronto galoparon por la pampa en cuyo más distante extremo se alzan casi chatas colinas: el campamento aliado. Medio kilómetro adelante, Silvestre Macavilca se pega al prisionero cabo de carabineros Pezoa, a ratos picando su espalda con el sable para disuadirlo de todo intento de fuga. ¡Faltan diez kilómetros! Quemaba el viento en el acuchillado pellejo del sargento que sin soltar las crines, contempla la nublada llanura inmediata a los herrajes de su caballo. Ciento cincuenta carabineros de Yungay galopaban tras los veinticinco húsares.

—¡Solicito permiso para ir en su auxilio! —en medio del animoso griterío de los aliados que contemplan regresar a su avanzada, el coronel Salcedo aguarda anhelante la respuesta del Supremo Director.

Ochocientos, setecientos metros separan a Ortecho y a Terrazas de las armas chilenas. Con desesperante lentitud para no perder tan valiosas mulas, Peña calculaba la audacia de sus perseguidores a la vez reconociendo montículos de arena que señalan cinco kilómetros de distancia de sus propias líneas.

—¡Primera compañía del *Zepita*, adelante! —decidió el coronel Cáceres.

—¡Guerrilla! —el coronel Llosa asumía personalmente el mando de los cien hombres que corren a la pampa.

En el reducto de la izquierda, el coronel Panizo ordenó preparar su artillería.

—¡Piezas de doce, listas! —se escuchó al capitán del Castillo.

Empapado por su propia sangre, Ortecho se sostenía débilmente del pescuezo de su caballo. ¡Agárrese bien, mi sargento! —gritó Terrazas antes de azotar ancas fatigadas. Tenían a los chilenos a trescientos metros y a ratos abejorreaban balazos en su búsqueda. Ocho o nueve mulas se perdieron en el desesperado galope hacia el Alto de la Alianza.

—¡Segunda y tercera compañía, a la carga! —ordenó Cáceres.

El *Zepita* se desparramaba por la pampa, acortando distancias para fusilar de flanco a los carabineros que no cesan su persecución.

—¡Alto! —Llosa desmontó con la espada desenvainada. Los últimos húsares pasaban a derecha de su línea de tiro—. ¡Fuego!

La descarga malhirió la llanura, levantando una polvareda al pie de los carabineros.

¡Viva el Perú!

¡Vuelven grupas, mi sargento! Terrazas frenaba ahora la espumosa cabalgadura de Ortecho. Sólo entonces descubrió el rostro cortado en dos y un tajo por el que asomaban varias costillas.

Media hora interrogó el coronel Camacho a los cuatro prisioneros chilenos. Cuando se reunieron los jefes aliados en la tienda del Supremo Director, el jefe boliviano traía mala cara. El General Baquedano se acerca con cinco fuertes divisiones aparte de una respetable fuerza de caballería. La primera división, al mando del coronel Amengual, está integrada por el nuevo regimiento *Esmeralda* y los batallones *Valparaíso*, *Naval* y *Chillán*. La segunda, cuyo jefe es el teniente coronel Barceló, tiene en sus filas a las más fogueadas unidades chilenas: el 2° de Línea, el regimiento *Santiago* y el *Atacama*, ahora elevado a regimiento con un nuevo batallón que llegó al frente por Ite. El coronel Amunátegui manda la tercera división con el regimiento *Artillería de Marina* y los batallones *Chacabuco* y *Coquimbo*. El coronel Orozimbo Barboza, jefe de la ex-

pedición que devastó Mollendo, viene al frente de la cuarta división en cuyas filas alinean el regimiento *Lautaro*, los veteranos *Zapadores* y el nuevo batallón *Cazadores del Desierto*. La reserva de los chilenos está en su poderosa quinta división que manda el coronel Muñoz y que integran el regimiento *Buín* 1º de Línea, el 3º de Línea, el 4º de Línea y el batallón *Búlnes*. También avanzan sobre Tacna tres regimientos de caballería: *Cazadores*, *Granaderos* y *Carabineros*. Y el segundo regimiento de Artillería con treinta cañones Krupp y ametralladoras de montaña. Los prisioneros han informado que esta noche el ejército invasor dormirá en Quebrada Honda. Atacará mañana.

El Supremo Director hundió su cabeza sobre el pecho, al parecer absorto en un plano del Alto de la Alianza. Aunque no hubo tiempo ni elementos para fortificarse, hasta conocer el tamaño del enemigo estas posiciones le parecían militarmente satisfactorias. Cambiaba de opinión. Tiene al frente a veintidós mil soldados bien pertrechados y entrenados mientras que los suyos no llegan a 9,300 entre bolivianos y peruanos. Desde el extremo izquierdo de su línea, que debe defender el batallón *Zepita*, hasta Intiorco y los contrafuertes de la cordillera, hay tres kilómetros de campo de batalla y pocos batallones de reserva. Ya es tarde para adoptar el plan hace tiempo propuesto por los coroneles Cáceres y Castro Pinto. Nueve mil trescientas vidas y el futuro de dos repúblicas dependían de su decisión. Narciso Campero se retiró a su tienda a cavilar a solas. Con nadie en el mundo podía compartir su terrible responsabilidad.

Atardecía sobre la pampa. Cáceres subió en busca del coronel Herrera. Al filo del glacis donde acampa el *Ayacucho*, reconoció la fornida silueta de un oficial en cuclillas, absorto en la contemplación del horizonte malva. El capitán Grocio Prado se incorporó bruscamente al escuchar pisadas a sus espaldas. Buenas tardes, mi coronel, no lo oí llegar. ¿Dónde está Pradito? No lo sé, señor. Leoncio había desaparecido desde la madrugada. ¿Y el coronel Prado? Se fue. Por la ruta de Pachía se marchó a la cordillera sin explicar cuál era su destino. ¿Y su puesto, capitán? Primera compañía, mi coronel. Cáceres sonrió infundiéndole confianza. Entonces mañana nos veremos en el campo de batalla.

Junto a las ambulancias comulgan las tropas. Reparían munición: cien cartuchos por rifle. En la jefatura de la división Cáceres encontró a Herrera conversando con

Belisario Suárez, el Cirujano Mayor Bertonelli y Ruiz de Somocurcio. Llegas a tiempo, sonrió Suárez mostrando una botella de coñac. Guarden algo para mañana, dijo Cáceres acomodando su fatiga sobre un cofre de munición. El General Pérez ha reservado unas barricas de buen aguardiente tacneño para antes de abrir fuego, pero nadie imagina cómo será la batalla. Los cuatro militares estaban de acuerdo: si esperan al enemigo en el Alto de la Alianza, desborden sus flancos sin que sea materialmente posible impedirlo. Bertonelli preguntó si no es preferible retirarse esta misma noche a la cordillera y salvar al ejército de línea.

—Una posibilidad interesante —admitió el coronel Cáceres. Hay que dar batallas para ganarlas solamente. Pero tampoco están preparados para una ordenada marcha montañas arriba, acaso se dispersarían los menos disciplinados batallones y, después, en Lima los acusarían a todos de traidores y cobardes—. Además hay que pensar en las fuerzas de Arica...

—No tendrían tiempo de unirse a nosotros —concedió Belisario Suárez.

—...la otra posibilidad es atacar esta misma noche en Quebrada Honda, son once kilómetros...

Un capitán con un paquete bajo el brazo preguntaba por el teniente Bolognesi en el ala izquierda. Del Castillo señaló al oficial que dormía apoyado en la cureña de su liviana pieza de montaña.

—Enrique, despierta —el capitán Ugarte tocó varias veces el hombro y después el rostro del joven Bolognesi. Se incorporó con un sobresalto. A la casi imperceptible luz de las siete, reconoció al oficial—. Te manda tu padre.

—Gracias, señor Ugarte —Bolognesi tomó el envoltorio en sus manos, al tacto reconociendo un par de zapatos. Sonrió alegremente y mostró a Ugarte sus suelas deshechas y el cuero roto por el que asomaban calcetines muchas veces remendados—. Francamente no daban un día más.

—Ojalá sean de tu tamaño —el capitán sonrió con maldisimulado afecto. Admiraba y quería al viejo—. Esta carta es para tí. Y diez soles en billetes.

—Vaya que algunos tienen suerte —se acerca del Castillo admirando los zapatos que salieron del paquete.

A Enrique se le anudó la garganta. Son los que usaba su padre con el uniforme de parada.

—Están como nuevos —sonrió confundido—. Elegantes, ¿verdad?

—Hum.

—Pertenece a mi padre.

—Lo siento —se mordió los labios del Castillo. Estaba nervioso, acosado por adversas premoniciones.

—¿Por qué? —Enrique retrocedía por la vida pasada al encuentro del coronel. Pobre viejo, pensó, había estado tan enfermo después de Tarapacá que francamente merecía descansar. Sonrió a su amigo del Castillo—. Calzamos lo mismo, es una suerte.

Cambió arruinados botines por estos elegantes zapatos negros comprados hace seis años en el céntrico almacén limeño de Bonino. Después retrocedió en busca de un hilo de luz junto a la carpa del coronel Panizo. *Arica, mayo 21 de 1880.* La letra de su padre se achicaba en esa hoja de papel corriente. *Querido Enrique* Podía imaginarlo escribiendo estas líneas, con su familiar gorro de terciopelo azul con borla de seda.

He recibido la tuya y ayer mismo me fuí donde el señor Coloma para pedirle víveres para tí; me ha contestado que no te manda, que él mismo te hará dar. El teniente sonrió. *Así es que manda donde él para que te auxilie. Te remito diez soles con el mayor Luna y otros diez soles y un par de zapatos con el capitán Ugarte.* Aquí se había borroneado la carta. *Estoy bien de salud, esperando sólo que venga el enemigo para recibirlo sin que me importe su número. Consérvate bien y manda en la voluntad de tu padre que te quiere mucho. Bolognesi.* Nos volveremos a ver, prometió para sí el teniente. Otra vez nos hemos de encontrar reunidos en la apacible mesa limeña, entre helechos y retratos de familia, y entonces recordaremos al fin sonrientes estos días amargos. Por primera vez desde la infancia, Enrique Bolognesi sentía una incontrolable gana de llorar.

Casi a tientas el cabo Coyla adivina los confines de la zanja excavada a retaguardia. Un rumor a tripas hinchidas apuró sus movimientos. Desabrocha fornituras, baja el pantalón de bayeta, se dobla hasta quedar en equilibrio al filo de la multitudinaria letrina. Prefiere pensar en nada o, era lo mismo, perseguir sólo el rastro de una cálida defecación abandonando su cuerpo. ¡Coyla caraju! Justo ahora se les ocurría buscarlo. Silenciosamente esperó que la defecación continuara pero cierto súbito movimiento en el vivac aflojó sus músculos. Recogió un puñado de tierra para frotarse el culo y después limpió sus manos en otro poco de arena. ¡A ver esos cagones, todo el mundo en sus puestos! Voz anónima de oficial en la noche, se ha-

cían obedecer así que al trote, Coyla. Terminó de componer su atuendo mientras descendía hasta encontrar a sus camaradas de la primera compañía. ¿Qué ocurre? Orden de marcha, ahorita. Despacio arma su bola de coca, ya ensalivándola se alinea entre los soldados Quintana y Padilla. Con sus frazadas conteniendo cien cartuchos, ya anudadas al modo de una canana, las tropas del *Zepita* se apretujan por compañías frente a la pampa negra. Ni luna ni estrellas acompañarán su caminata. Coyla sintió que titaba.

A las diez y media, el General Campero había anunciado su decisión: sorprender esta misma noche el campamento enemigo en Quebrada Honda. Al mando del ala izquierda, el coronel Camacho reunió a los jefes de división. Partíamos exactamente a las doce de la noche, señores. ¿Y por qué no ahora? Cáceres prefiere atravesar los once kilómetros antes de que espese la niebla que habitualmente enturbia los amaneceres de Tacna. Partiendo en diez o quince minutos, a las dos tendrán al enemigo a tiro de rifle y de inmediato podían acribillarlo y desbandarlo, capturándole artillería, caballos, armas, alimentos. Dice el Estado Mayor General que cuenta con quince buenos baqueanos, que no hay cómo perderse en esta pampa familiar, que mejor atacaban con la primera luz, no fuesen a fusilarse entre aliados debido a la oscuridad. También teníamos baqueanos en Tarapacá y nos perdimos muchas veces, recordó el jefe de la segunda división peruana.

Media hora después de medianoche, los batallones recibieron orden de bajar a la pampa en completo silencio.

—Avanzaremos en tres columnas a distancia de despliegue para atacar con idéntica formación a la asignada a cada uno de nosotros en el Alto —resumía Montero sus instrucciones a los jefes del ala derecha—. Así que abre la marcha el *Lima N° 11*... —se dirigió a Morales Bermúdez— ...recomiende absoluto silencio a sus cabitos.

Evolucionaron expertamente los batallones hasta eslabonarse en la oscuridad. Detrás de cabitos y puneños se impacienta el Batallón *Cusco N° 19*, y atrás los batallones *Murillo* y *Aroma*, y después los *Cazadores del Rímac* con el coronel Fajardo al frente, y luego el batallón *Canevaro* y los *Colorados*, la columna del Prefecto del Solar, los *Húsares de Junín*, el *Escuadrón Guías* y los diezmados flanqueadores de Albarracín. ¡Cierren el hocico, cabrones! —adivina un murmullo de cabitos el mayor Vizcarra, tercer jefe del batallón que recorre la columna inspeccionando su

disciplina. Kilómetro y medio hacia el oeste, a órdenes del coronel Camacho se escalonaban el *Zepita* y los *Cazadores del Misti*, dos batallones bolivianos, la tercera división de Belisario Suárez y la quinta del coronel Herrera. El grueso de los batallones aliados formaba en la columna del centro que encabeza el Supremo Director de la Guerra.

La helada brisa de la una y diez de la mañana tonifica al coronel Llosa. ¡En marcha! Temprano se condensa la neblina por la llanura. Dentro de doce mil pasos tendrán que filtrarse entre avanzadas enemigas o acuchillarlas sin que se oiga un gemido. Nadie durmió desde la diana aurora de la víspera y desde más temprano están activos los jefes de división. Habitado a dormitar sobre la montura, el coronel Cáceres aprovechó la primera media hora de marcha para descansar la cabeza. Su caballo de batalla, al que ha entrenado durante cuatro meses, lo ayuda a mantenerse en equilibrio. Casi a retaguardia de la misma columna, cabalgan juntos los coroneles Suárez y Herrera. Esta jornada que empezó con los graves telegramas despachados por la Dictadura y que siguió con la dimisión de Campero y con tensas reuniones de jefes y, en fin, con la captura de cuatro chilenos y este nuevo plan de batalla que arrancó a todos de posiciones a las que estaban acostumbrados, parecía ocupar cuanto espacio disponible existe en la memoria de Alejandro Herrera. Detrás suyo avanza el silencioso apagado capitán Leoncio Prado. Simplemente regresó al campamento al caer la noche y nadie se atrevió a preguntarle dónde estuvo metido desde temprano. Conoce el coronel que la jornada, aunque parezca haber empezado lejos en la vida, ha de durar aún toda la batalla, acaso varios días de combate y agonía y marchas y contramarchas y que de ella, sólo una parte regresará con la piel intacta.

En primera fila de la compañía de guerrilla, el cabo Coyla avanza con musculosas pisadas sobre la delgada salitrosa costra de la pampa virgen que se quiebra bajo sus parchados botines chilenos. A diez centímetros de profundidad, la tierra parecía conservar vestigios de calor, algo del día que se fue. Siguió espesando la neblina y Coyla debía esforzarse por seguir la sombra del subteniente Acevedo y éste en no perder de vista al capitán Chacón y Chacón al coronel Llosa y Llosa al comandante de la división a quien rodean tres ayudantes que a ratos extravían al coronel Camacho y a su estado mayor. La columna avanza siempre más despacio, a tientas, unos a otros buscándose

sin pausa. ¡Psst, Coyla! No hagan bulla, se agrió el sargento Solís. Pero Coyla reconoció a Durazno exigiendo atención, nos estábamos cargando demasiado a la derecha, hace rato que un implacable instinto de orientación anuncia a Durazno que equivocaban rumbo. Once kilómetros nada más y en línea recta. Y sin embargo la caminata empieza a fracasar. Como después de San Francisco, acabarán describiendo círculos hasta quedar vaya uno a saber en que ridículas posiciones frente al enemigo que ahora duerme a pierna suelta. ¿Estás seguro, Durazno? Te lo juro, Coyla. La tropa se inquietó.

También Cáceres presentía que se están perdiendo. Volvió grupas en busca de Durazno.

—Juran que vamos mal, mi coronel —habló Chacón.

—¿Quiénes?

—Toda la primera compañía.

—No lo entiendo —se agrió la voz del coronel Llosa—.

¿Qué pasa con los guías?

—En esta niebla se pierde el más pintado —replicó Cáceres—. Debimos partir temprano.

Se acercó a la columna.

—¿Durazno!

—A la orden, mi coronel.

—¿Vamos bien?

—No, mi coronel. Estamos desviándonos hacia los cerros.

En la columna opuesta, el coronel Dávila escuchó dudas sobre la orientación de la marcha. Opinan sus oficiales que se desviaban a la izquierda. Ahora rodeado por una niebla que casi puede recogerse con las manos, Montero ordenó que toda la columna se detuviera mientras despachaba un oficial a pedir instrucciones al Supremo Director.

Hace un cuarto de hora que la tercera y quinta divisiones perdieron contacto visual con batallones bolivianos que bruscamente apuraron el paso y se disolvieron por la camanchaca. Herrera preguntó a Pradito si podía guiarlos. Obstinado en formar una columna de guerrilleros de vanguardia, el capitán Leoncio Prado había escogido a veinte veteranos del *Ayacucho*, ejercitándolos en rápidas marchas nocturnas por esta misma pampa. No hay una sola brújula en toda la columna y tampoco pueden orientarse por las estrellas. Pero una certera intuición guiaba a Prado por estas tinieblas. Le pareció que estaban algo desviados a la derecha. Como quien ordena quince grados a babor, modificó de inmediato el rumbo y, vuelto guía, encabezó la

marcha directamente hacia el campamento enemigo. A las tres de la mañana las silenciosas divisiones de Suárez y Herrera pasaron a cuatrocientos metros de la inmóvil columna de Camacho a cuya retaguardia pertenecían. El Supremo Director rehusaba creer que se han perdido en su propia casa. Reunido con los jefes, Montero y Castro Pinto quieren corregir rumbo hacia la derecha y Camacho señala en dirección contraria. Disputaban entre sí los guías, echándose mutuamente la culpa. A solo tres o cuatro kilómetros de Quebrada Honda, el amanecer se les venía encima. Con preocupada voz informó el General Pérez que se propaga la confusión entre batallones de retaguardia. El Supremo Director comprimió los labios. Ni siquiera podía ver los rostros de estas sombras que se apiñan en derredor suyo.

—Regresamos —dijo al fin. Su orden cavernosa confirma el fracaso de la sorpresa. Ahora había que impedir un desastre, no destruir al enemigo. Que apuren el paso todos los batallones, que galopen los húsares a encender fogatas en el Alto de la Alianza, que los coraceros bolivianos busquen a extraviadas compañías, que el rancho aguarde listo a estos nueve mil fatigados caminantes, que los chilenos no nos sorprendan a mitad de la contramarcha.

Mientras el grueso de los aliados regresaba al Alto, las tropas de Suárez y Herrera pasaban entre las avanzadas enemigas y llegaban a tiro de rifle de poderosas dormidas divisiones. El *Ayacucho* primero, el *Arequipa* después se abrieron en formación de batalla. A ciegas todavía, la tercera división se amontonó detrás de esos veteranos mientras corre la orden con voz casi imperceptible: ¡bayonetas, bayonetas! De mano en mano circulan cantinas repletas de aguardiente. Nada se escucha en la amplitud de la pampa.

—Creo que nadie más llegó a la quebrada, mi coronel —cuchicheó Ruiz de Somocurcio.

A la derecha del *Arequipa* se oyeron pisadas.

—¿Quién vive?

Sonrió el coronel Martín Rimache. Al unísono sus hombres contestaron: ¡Perú!

Traqueteó la riflería chilena. Ni siquiera es posible ver de donde parten los disparos, la camanchaca oscurecía fogonazos de comblain. Un confuso asustado griterío se elevó de Quebrada Honda. ¡Peruanos! ¡Nos toman por sorpresa! Herrera escuchó el escándalo de aturdidos clarines, relinchos, descargas a cualquier parte. Veinte mil

enemigos despertaban a empuñar sus armas mientras la luz del 26 de mayo embestía por la cordillera.

—¡Coronel Suárez! —vociferó el jefe de la quinta división—. ¡Asuma usted el mando! ¡volvemos a Tacna!

Combate de lanchas en el Callao

De la oblícua raya a la derecha de una frente amplia y bombeada, peina un pulcro mechón de cabellos finos y negros, oscuramente castaños. Su mirada, a ratos triste y abolsonada por el insomnio, vigila rutinarios preparativos a bordo de la lancha a vapor cuyo mando asumirá a las once de la noche, exactamente dentro de seis minutos. Abrigado con grueso capote naval de invierno, bufanda escocesa, guantes de cuero y, sobre la ropa armado de cinturón con balas y un revólver Colt, Pepe Gálvez pisaba fuerte el pavimento de la Dársena, entrando en calor. Y es que a los tibios pálidos días de mayo, suceden noches a punto de helada, más fríos navegando por la bahía que entre amables cobijas limeñas. ¿Dónde se ha metido Ugarte? El hijo del héroe José Gálvez es teniente 2º de la deshecha Armada Peruana y hoy le corresponde patrullar el puerto que amenazan sorpresas chilenas. En especial preocupa a la Comandancia de Marina un nuevo ataque de torpederas contra el fondeadero nacional. La enemiga *Janequeo* había sido comprada por el Perú, pero llegó a Panamá con su máquina arruinada. Los chilenos la capturaron desarmada, en Ballenitas. Aunque de imperfecto sistema Herreschof, medía 21 metros de eslora y rinde ahora una velocidad de hasta 18 millas por hora. La otra torpedera enemiga que acecha nocturnamente el Callao es la *Guacolda*, de británico sistema Yarrow, más grande y aún más veloz: andaba a 22 nudos. A la macilenta luz de lámparas de kerosene que alumbran el muelle, Gálvez reconoció la activa silueta del practicante de medicina Ugarte. ¡Vivo, vivo Mañuco! ¡Se hace tarde! Habían intimado en el tétrico interior del *Atahualpa*, a cuya dotación pertenecían. Más chacarero que cirujano, pues tuvo que abandonar la Facultad en penúltimo año para dedicarse al cultivo de panllevar en un fundito arequipeño, con la guerra Manuel Ugarte hizo valer sus certificados de estudios y se en-

roló como practicante en la Marina de Guerra. Naufragó con el blindado *Independencia* en Punta Gruesa y las ametralladoras del chileno Condell lo derribaron cuando ganaba la playa con un bote lleno de heridos. Luego sirvió en la *Unión*, visitó el Estrecho de Magallanes y rompió el bloqueo de Arica. Ahora se aburría en el puerto. Siempre que a su amigo Gálvez le toca cumplir comisiones de peligro fuera del monitor, el aventurero Ugarte consigue permiso para acompañarlo. Lleva un pequeño estuche con instrumentos quirúrgicos y un revólver en su levita de espeso paño inglés. Sonrió disculpándose y el teniente Gálvez murmuró que está bien, ahora vuela cumpita, debían zarpar a las once y ya son las once y cinco. Saltaron al chinchorro. ¡Todos a bordo! Contempla Ugarte la tosca silueta de esta otra *Independencia*, ni blindada o veloz, ni otra cosa que lancha portuaria a vapor, convertida en buquecito de guerra gracias a un pequeño cañón y a una ametralladora Gatling puestos en lo más alto y al descubierto.

—Bienvenido a bordo, señor —saluda en la penumbra el guardiamarina San Martín. Esperaban a Gálvez listos para surcar el fondeadero y atreverse si es preciso hasta La Punta. Dotación completa, mi teniente: dos maquinistas, fogonero, timonel y doce marineros con rifles peabody. A proa llevan además un cilindro de cobre relleno con cien libras de pólvora y una mecha de cinco minutos, que la Comandancia de Marina llama pomposamente torpedo de mano.

—Hágase cargo del timón, señor San Martín. Empezaremos por el fondeadero de neutrales.

—*Aye aye!*

Gálvez y Ugarte se abrigaron del viento que acuchilla por proa tan pronto la lancha comenzó su cautelosa ronda. Navegan sin luces, con seis vigías atentos no sólo al enemigo sino a flotantes escombros o a la posibilidad de minas a la deriva. Presionaba el almirante chileno el cerco marítimo de la Capital. Anteanoche uno de sus buques persiguió a cañonazos al tren que partía de Ancón. Durante seis horas de oscuridad bombardeó después fondeadero y playa y ferrocarril, felizmente sin destruir la línea o paralizar el transporte de carga.

—¿Dónde te agarró el temblor? —sonríe Gálvez golpeando sus manos entumecidas a pesar de los guantes. No había visto a Ugarte desde temprano en la mañana. Al mediodía, la tierra onduló y sacudió Lima y Callao durante cuarenta inacabables segundos. Sabe el teniente que a su

amigo, tan valeroso en misiones de combate, se le paralizaba la sangre con sólo conversar de terremotos.

—Ni me lo recuerdes —replica bizqueando Mañuco Ugarte. Acababa de obtener permiso de la Comandancia para participar de esta ronda y, de regreso al mohoso monitor *Atahualpa*, se detuvo a beber una cerveza con el señor Dasso, cuyo hotel se ha convertido en una mezcla de cuartel y club de jefes militares. Atendía al italiano de un doloroso forúnculo, al que más expertos cirujanos de la Escuadra echan continuas miradas de supervisión. Francamente hipocondríaco, a Dasso lo aquejan sospechas fulminantes por aquí —acaso el hígado endureciéndose, la tan temida cirrosis— y también aquí —creo que úlceras estomacales, doctor— aparte de jaquecas y vinagreras y ahora el forúnculo de mierda, lo cual no impide que este genovés de antepasados nunca muertos antes de cumplir ochenta, disfrute de buen apetito y beba explosivos cordiales desde temprano. Liquidaba Ugarte una deliciosa gratuita *Bass* helada, cuando osciló todo el edificio y un bronco estruendo subterráneo confirmó que algo peor que cañonazos chilenos remecía el puerto. Varias veces borrado del planeta por terremotos y maretazos, no era el Callao el sitio más adecuado para quedarse en casa en semejante circunstancia. De debajo de sus techos de madera y torta salían exhalados porteños a quienes un supremo y bien ejercitado instinto de conservación les permite reconocer temblor simple de gran cataclismo sólo por oído. Y el largo sacudimiento de este mediodía sonaba a lo peor. Cuatro o cinco segundos bastaron al practicante para llegar por delante a la calle y, sin nada que amenazara caer sobre su cabeza como no fuese el opaco cielo de finales de mayo, contempló cornisas y balcones meciéndose y paredes de adobes que se agrietaban, mientras unos gritan como buscando a Dios más allá del espeso gris colchón de nubes, aplaca, aplaca Señor tu ira, y Ugarte regurgitaba hasta casi vomitar medio litro de cerveza. Pero ni el puerto se desplomó, ni un maremoto salvador de la Patria irrumpió por entre las islas a despedazar la escuadra enemiga.

Sin aflojar su penetrante vigilancia de las sombras portuarias, Gálvez sonreía del relato de su amigo. ¿Y tú? A esa hora el teniente dormía en el hediondo interior del *Atahualpa*. Huérfano hace catorce años, sólo recuerda un Perú en crisis perpetua, en el que su miserable sueldo de teniente segundo no permite siquiera pagar una cama de pensión o un mullido descanso en el Gran Hotel Central

de Carlo Dasso. Hubo tiempos en los que se cobraba tarde y nunca los salarios del Gobierno. Hasta olvidaban pagar a su familia la pensión vitalicia con que la República compensa el sacrificio de su padre, tribuno y liberal y coronel despedazado el 2 de Mayo de 1866 mientras defendía el Callao como Secretario de Guerra. La *Independencia* se acercaba a los fortines del Norte.

—¡Evitemos! —grita un centinela desde la batería rodman.

—¡Engaños! —contesta el santo y seña el guardiamarina San Martín.

—¡Enemigos! —confirma la voz de tierra. Y luego—: ¡Viva el Perú!

—¡Viva! —respondió la tripulación—. ¡Venganza a Grau!

—Por fin jodieron a Prado —se decidió a comentar la noticia el practicante de medicina. Aovillado en la caseta de mando, observaba rostros de maquinistas y marineros tocados por el rojizo resplandor de la caldera.

—Hum —rehusa hablar Gálvez. Había acompañado al General Mariano Ignacio Prado a Nueva York en calidad de ayudante naval. Acorralados por Arica y Callao, no ignora que el Presidente derrocado, cuyo mandato expira recién el próximo 28 de julio, enviaba cartas desde el extranjero pidiendo puesto en el combate, ya no como Jefe Supremo sino de raso si así lo decidiera la Dictadura. Amigos suyos aseguraban en Lima que el General se presentará en casa en cualquier momento. Discretas voces de la Marina de Guerra afirman que ha de llegar por el Sur, a reunirse con Campero y las fuerzas de la Alianza que se dice le son leales todavía. Pero antier el Gobierno privó a Prado del título y derechos de ciudadano del Perú y lo condenó a degradación militar pública, acusándolo de vergonzosa deserción y fuga ante el enemigo. Seis meses después del viaje a Nueva York, Gálvez se sintió tocado por tan graves cargos y buscó al mayor Celso Zuleta, otro de los ayudantes del General que lo acompañaron al extranjero y que, vuelto fervoroso pierolista, desempeña ahora una importante comisión en el puerto. Zuleta recomendó al teniente que no causara problemas, mejor se quedaban quietos. Era pleito de políticos, no tenían por qué intervenir, nadie ha dicho que ellos también fuesen desertores. Ahora, mientras recorren la Dársena y husmean por el fondeadero de neutrales, Gálvez mencionó al fin la inspección de acorazados en Brooklyn y de armas que la Grace Brothers & C^o estaba

lista para despachar a Panamá. Iba a decir que no es justo, Mañuco, como vas a quedarte callado si todos sabían en Lima que él acompañó a Prado en tal fuga y deserción, pero en tierra sonaron las cornetas de la Unión Chalaca N^o 1 y sus ciento cincuenta bomberos al mando del capitán Peralta corrieron hacia Chucuito, donde un rápido incendio consumía la casa y almacén del señor Dartnell. Pronto acudieron en su auxilio bomberos de la Garibaldi y de Bellavista. Llamadas de siete y ocho metros alumbraban parte de la ciudad, mientras el propio Intendente de Policía Relayza encabeza la cacería de un misterioso chino visto por la ronda de gendarmes en esos techos, media hora antes de declararse el siniestro.

—¡Todo a babor! —grita Gálvez— ¡Fuego en Chucuito!

Terminaban su recorrido al Sur del dique. La *Independencia* abandona la Dársena y corre paralela a esa estrecha lengua de tierra que quisiera tocar San Lorenzo y se hunde a seis kilómetros de las islas. Gálvez humedece sus labios rasgados por el frío. Ni explosiones, ni generala, ni cañonazos de los fuertes o sonido de campanas. A simple vista el marinero Pablo Villanueva reconoció la finca de los Dartnell ardiendo por todas sus esquinas.

—¡Todo a estribor! ¡Rumbo ciento ochenta! ¡Más presión carajo! —Gálvez dispara órdenes como si hubiese visto lo invisible. En vano sus subalternos y Ugarte acechan la oscuridad de la bahía. ¡Nada! Pero el teniente obedecía una corazonada que no admite titubeos—. ¡A sus puestos de combate! ¡Ugarte a proa!

—¡Lancha a la vista! —vocifera Villanueva.

—¿Dónde?

—¡Del cabezo de la isla al fondeadero neutral! —también San Martín la había descubierto—. ¡Es la *Janequeo*, mi teniente!

—¡Gobierne sobre ella, señor San Martín! —no se había equivocado. El teniente pateó cubierta como espoleanda a su cachazuda *Independencia*. Trepó a la caseta, a encargarse personalmente del cañón.

Ugarte preparó su rifle en proa. Se alejaban temerariamente de la Dársena y los fuertes. *Janequeo* y *Guacolda* casi duplican la velocidad y poder de fuego de esta vieja embarcación aduanera. En tierra han de estar distraídos con el incendio. Algo superior a Gálvez parecía conducirlos a este combate. Ugarte jadeó. El miedo le retorció las tripas.

—¡Malditos cojudos, la grandísima puta que los parió!
—rabia Villanueva: los cohetes de señales están húmedos, no hay como avisar que se acerca el enemigo.

—¡Presión, quince libras!

—¡Dos revoluciones más! —pide Gálvez.

—Imposible, mi teniente —escupe el maquinista, su gargajo cruza por encima de la hornilla a estrellarse en carbón bueno para mover locomotoras. ¡Y pensar que hace un mes la Comandancia de Marina vendió en remate público todo su mejor carbón de Cardiff!

Van los chilenos a media máquina a confundirse entre blindados y mercantes neutrales. Seguramente después se escurrirán dentro del puerto a torpedear la coberta *Unión*. Nunca antes habían llegado tan lejos las lanchas peruanas.

¡Mil metros!

Gálvez disparó su cañoncito. Falla por veinte brazas escobillan, recargan, corrige punterías. ¡Fuego! Al frente suyo bramó la *Janequeo* escapando hacia las islas a quince, diecisiete, dieciocho millas por hora. ¡He dicho fuego! Ahora contempla el cañón volcado. Volaron los cáncamos, señor. La pieza quedó desamarrada. Se acabó la artillería.

—¡Ciento ochenta a babor! —rara vez enfurece Gálvez y sin embargo un disgusto terrible deformaba su rostro. ¿Nunca ensayaron el cañón? ¿cómo pueden reventar argollas y cadenas al cuarto disparo consecutivo? Salta caseta abajo, se reúne a Ugarte en proa. Volverán pronto, *Janequeo* y también *Guacolda* a impedirles el regreso a la Dársena. Su pesada lancha con una ametralladora Gatling y doce rifles tendrá que enfrentarse a cuatro torpedos traídos de Inglaterra, dos cañones, cuatro ametralladoras y sabe Dios cuántos poderosos rifles krospatchek de alta precisión. Ni pueden pedir auxilio ni del Callao asoman buques nacionales, las más grandes lanchas *Arno* y *Urcos* también de guardia esta noche. A veintidós, veintitrés millas por hora rugía la *Guacolda* acercándose pegada al dique por el sur. Decidió arrimarse al norte, metiéndose entre buques neutrales para que no le echen torpedos—. ¡Todo a babor!

—¡Viene otra lancha, señor!

Era la *Janequeo* interceptándolos por el norte.

—¡Quédate a mi lado! —ordena a Ugarte en proa—.

¡Fuego a discreción!

Traqueteó la Gatling peruana. Se atasca después de diez disparos. Sólo rifles retumbaban de este lado, aguje-

reando a la liviana *Janequeo* hecha de pino. Pero los chilenos no se detuvieron. Fracasa su primer torpedo y siguen a toda máquina, trizándolos con su moderno cañón-ametralladora Hotchkiss. A Ugarte lo sorprendía la velocidad del combate. Hace tres minutos divisaban a la *Guacolda*. Hace dos cambiaban rumbo y los embestia la *Janequeo*. Hace un instante empezaban a disparar y el practicante no ha descargado dos veces su rifle y ya los chilenos se les vienen al abordaje.

—Muy bien —Gálvez apreta dientes, enciende la mecha del torpedo, mira a su amigo. Así peleamos los desertores, pareció decir—. ¡Volaremos juntos, ayúdame!

Ugarte movió afirmativamente la cabeza. Veintiocho años eran poca edad y a la vez suficiente amargura. El penetrante olor de la mecha ardiendo cosquilleó por su nariz. Así huele la muerte de Mañuco Ugarte y la del enemigo que se acerca y no sabe, dispara y cree seguir viendo.

Estaban solos allí, ahora sosteniendo con cuatro brazos el cilindro relleno de cincuenta kilos de pólvora. Lentamente siseaba la chispa: ¿cinco minutos para la explosión? ¿No hay otra manera de salir de este aprieto? Qué mierda, reventaremos todos. El jefe y el practicante quedaron ahora entre dos fuegos, a popa sus propios tiradores, adelante chilenos que vacían sus armas de asalto. Gálvez comprendió la mirada de Ugarte, sí pues, qué mierda, si hay que morir que se muera, mejor muertos que avergonzados. Y que quede bien entendido, José Gálvez no se rinde. A Villanueva le pareció que los amigos se abrazaban, sosteniéndose mientras se derrumba el timón, perforan la casetta, se chorrean baleados sus compañeros. Tan larga mecha desalentaba a Ugarte, la apagarán tan pronto arrojen su torpedo de tiempo a la cubierta enemiga.

Faltaba un metro, menos de un segundo.

Con las lanchas pegadas, empujaron el cilindro por encima de la borda. Rodó por proa de la *Janequeo*. Gálvez no prestó atención a chilenos de pronto paralizados de espanto. No les dio tiempo de impedir la explosión. Casi montándose en la torpedera chilena, vació su revólver apuntando al fulminante donde acaba la mecha.

Desde la escuadra neutral vieron crecer una gran bola de fuego anaranjado, a la *Janequeo* partida en dos y casi en el aire, diminutos combatientes que flotan sobre esa luz que se expande y se apaga.

En la Dársena del Callao oyeron nítidamente un trueno a ras del océano.

¡Torpedo!

No recuerda el oficial cómo llegó al fondo de su lancha. Reventó su proyectil a tres pasos de distancia. Supo el teniente que Ugarte se quejaba cerca suyo. Nada más lo supo. Gálvez está ciego y sordo, con el rostro quemado, pecho y manos desollados. Ardiente agua de mar crecía dentro de la *Independencia*. Hace rato que la torpedera chilena se fue a pique y que su tripulación ha muerto o chapotea hacia la cercana chata *Callao*. Ahora la *Guacolda* acribilla con sus ametralladoras a la *Independencia* que se hunde sin remedio, abierta por el mismo torpedo. Gálvez forcejeó por arrancarse capote y botas y salir de allí.

El marinero Villanueva calculaba el mejor momento de zambullirse en la noche y bucear hasta chatas abandonadas junto al fondeadero neutral. Miró detrás suyo averiguando cuántos peruanos quedan con vida. Cosido a balazos de Gatling murió el guardiamarina San Martín. Fuera de balance, un maquinista se achicharró en su propio horno. ¿Qué se hizo de Gálvez? Irreconocibles cuerpos malheridos se retuercen en los inundados fondos de la *Independencia*. Al resplandor de los disparos que astillan cuanto queda de la lancha nacional, Villanueva creyó ver a José Gálvez. Lo conocía desde que entró de aspirante a la escuadra. Se arrastra, descuelga, con el agua a la cintura más bien sube de proa a popa por lo más hondo de ese naufragio que cae de nariz.

¡Señor Gálvez!...

Ni oye, ni ve, ni piensa en otra cosa que desembarazarse de este cinturón con balas y de este capote empapado que no lo deja flotar a la superficie.

—... ¡déjeme ayudarlo, mi teniente! ¡Carajo, qué le hicieron, señor! —Villanueva observa de reojo al desfigurado practicante Ugarte que se retrepaba en sí mismo, huyendo del agua que le sube velozmente por el pescuezo. Llamadas que brotan de la sala de máquinas afeaban aún más el rostro sin dientes ni mandíbula. Crujió la *Independencia*. Libera al teniente de sus ornamentos de batalla, con un tirón arranca dorados botones navales y de cualquier modo despedaza el capote, se desnuda golpeándose contra baos astillados. Todavía los tiroteaban cuando la lancha peruana cayó quince metros bajo el océano en tinieblas. Ni una burbuja de aire quedó atrapada con los náufragos. Agua siempre más negra y más pesada apreta sus tímpanos y ojos, empuja por entre dientes y taponea sus narices. Desquijarado por la explosión, no pudo evitar

Ugarte que todo el mar se derramara dentro de su cuerpo. Ahora sí flota Gálvez, chocando contra el barco como mosca contra una ventana. El marinero Villanueva cogió puñados de agua hasta encontrar a su teniente. Lo guió hacia arriba. Salieron de esa trampa saltando un alarido que crispó a los chilenos de la *Guacolda*. Dos minutos se cumplían de consumado el hundimiento. Ofrecieron un garfío y Villanueva aseguró primero al oficial inerte. Otra vez pensó huír bajo la superficie pero cuatro rifles apuntaron a su cabeza. Con resignada mansedumbre permitió que lo izaran prisionero a bordo.

Así que ustedes son el enemigo. Villanueva observa las dos chimeneas, jadeando descubre otros heridos sobre cubierta, no sabe si peruanos o chilenos. La Gatling de popa disparaba contra la *Arno* que al fin asoma por el puerto. Un mojado teniente de Chile se acerca a Villanueva. ¿Cómo se llama tu lancha? *Independencia*, señor teniente. ¿Y su jefe? Teniente segundo José Gálvez, señor teniente. ¿José Gálvez? Sí, señor teniente. ¿Y tú lo sacaste de abajo? Sí, señor teniente. ¿Cuál es tu nombre, marinero? Pablo Villanueva, señor teniente. ¿Y con qué me disparó? Villanueva miró recto a los ojos del teniente 1º Manuel Señoret. ¿Usted, señor teniente? Yo estaba al mando, ¿con qué me hundió? Con un torpedo de mano, señor teniente. Pusieron una manta sobre los hombros del chileno. Más allá de las islas, la *Guacolda* intercambia señales luminosas con su escuadra. El *Blanco Encalada* encendió reflectores eléctricos y su diurno resplandor asustó al marinero chalaco. Después pudo reconocer a unos naufragos de la *Janequeo*, casi todos heridos por la explosión. Junto a la escotilla había un chileno muerto de un balazo en la garganta.

Para los tripulantes de la goleta española *Amistad* y del vapor *Mayro*, el combate de lanchas sólo fue una rápida sucesión de fogonazos a tres cables de distancia, mientras la noche se poblaba de balas perdidas. Descansan mercantes arracimados en derredor de la escuadra neutral. A lo lejos reverbera un obstinado incendio portuario. Apagadas las detonaciones, vieron retirarse de la bahía a la *Guacolda* cuyas dos chimeneas esparcen una urgente estela de chispas y humo. Por el dique llegaban otras lanchas peruanas que no pueden alcanzar al enemigo. A las 3 y 25 de la mañana, un solitario nadador arañó el casco de la goleta y con agotada voz demandó auxilio. ¿Quién vive? Marinero Felipe Castillo, del Perú. Los españoles arrojaron una

boya y arriaron un bote. Había nadado una hora para avisar que hay otros náufragos de la *Independencia* sobre una chata y aferrados a escombros del combate. Descansó al fin envuelto en una frazada, mientras dos vascos le fricionaban el pecho con ron. Cinco minutos demoró en controlar su voz. Ya los neutrales recogían a dos peruanos heridos de la chata. Un chinchorro del *Mayro* salvó a tres más, boyando a la deriva. Pronto los avistó la artillada lancha *Arno*. Su primer jefe Leandro Mariátegui largó un cable para remolcar esos botes a tierra.

Los cirujanos atendieron al teniente 2º José Gálvez tan pronto llegó al *Blanco Encalada*. No morirá de estas heridas pero es poco lo que pueden hacer para aliviar tan graves quemaduras. Ha de recobrar vista y oído. La verdad, mejor estaría al cuidado de su familia. A Gálvez ya nada le importa. Había vencido a su adversario y se hundió con su buque. Y del naufragio emergió aullando, en carne viva. A ratos ausente, luego exasperado por un dolor insoportable, permite que los chilenos laven su piel, le cambien ropas, lo abriguen como si fuera de ellos. Su padre José Gálvez pertenecía a la historia de Chile. El remoto héroe de la torre La Merced murió aliado de los chilenos y su nombre ahora repetido sobre esta rota piel y estos magullados huesos, mereció una visita del Almirante Galvarino Riveros que el prisionero no recuerda, y otra de su enemigo Señoret, que sí penetró a su memoria. ¿Me oye, señor Gálvez? Asintió afirmativamente. A Señoret le vendaban un brazo. Echó usted a pique mi lancha, señor Gálvez. Otra vez asintió el peruano. Salvamos a siete hombres de su tripulación, señor Gálvez, todos marineros. José Gálvez clausuró sus párpados inútiles. Aquella voz llegaba al fondo de un prolongado estruendo, como un túnel con paredes de ruido. Entonces se durmió como quedándose muerto.

La gran batalla

Coyla, hijo del arriero Coyla que fue guía del General Castilla antes de la batalla de La Palma, nieto del borrado Coyla, dicen que natural de Zurite y soldado de infantería muerto en Ingavi, alista su chassepot y cala bayoneta to-

davía sin furia, sin verdadera prisa por matar. A dos pasos de distancia, Curimanya elige un cartucho, el más certero, por primera vez de acuerdo con la estirpe de Coyla, pues su padre Vicentino murió degollado justamente en la batalla de La Palma y a su abuelo Erasmo Chuquihuara, varios años sargento en la escolta del General Santa Cruz, lo mató un proyectil chileno en la batalla de Yungay. El arriero Coyla nunca conoció al desangrado cabo Curimanya pese a que nacieron el mismo año y en vecinas poblaciones. Ambos visitaron alguna vez el verde país de Chaullay y en distintas épocas tomaron respectivamente por esposas a María y Edelmira Curay, siervas de don Pascual Dorado, principal productor de aguardiente en la elevada selva cusqueña, de las que una parió dos niños muertos y finalmente a este corpulento Coyla ahora de cucullas en el desierto, y la otra al silencioso Mateo Curimanya que, huérfano de padre, creció en la milicia junto a la madre rabona, despedazada por un cañonazo cuando el General Prado intentaba tomar Arequipa por asalto hace trece años. Así, descendientes de enemigos, acabaron alistándose en el mismo batallón *Zepita* un poco porque nacieron trotamundos y milicianos, y también porque el primo Erasmo Yaya andaba arrejuntado con la rabona Nicolasa Huacacolqui, natural de la Hacienda Ibias y por lo mismo paisana y ahijada del coronel Andrés Avelino Cáceres. Los musculosos setenta kilos de Coyla tienen hambre desde ayer. ¿A qué hora pasamos rancho, señor? Como quien camina por el filo de nada, el teniente Torres Paz se equilibra entre el *Zepita* y sólo pampa a su izquierda. No escuchó o no quiso contestar la pregunta. Aquí concluye el ejército aliado. El joven bachiller hace un año enviado al frente con el estandarte del Convictorio de San Carlos, se ha transformado en verdadero militar luego de su bautizo a bala en Tarapacá. ¡Pero qué distinta la guerra a cuanto imaginó escuchando fogosas proclamas limeñas! Ni siquiera tuvo tiempo de escribir unas cartas antes de la batalla que adivina creciendo polvorientemente por la pampa. ¡Torres! ¿Sí, mi capitán? Sudaba bajo el uniforme viendo acercarse a tambor batiente a la masa de enemigos. ¡El trago, teniente! ¡y que reparan charqui y galleta! Los cusqueños miraron agradecidos al capitán Chacón, ayudante del primer jefe Llosa. Dos barrilitos de aguardiente rodaron cuesta abajo y, mientras Torres Paz vigila el reparto, los soldados muerden cartuchos hasta arrancarles la pólvora que tragan mezclada con pisco. Jijunitas, gruñía el tuerto Yupanqui contemplando

a todavía minúsculos chilenos, vengan de una vez jijunitas.

A las ocho de la mañana, la primera división de Amengual elegía el ala izquierda de los aliados y se detenía a cuatro mil metros de las colinas. El enemigo empujaba sus cañones prusianos emplazándolos en un amplio semicírculo que encierra a los aliados. ¡Al fin frente a frente! Hace una hora, *Zepita* y *Cazadores del Misti* volvieron a sus posiciones de la víspera, seguidos por un adversario que retomó la ofensiva tan pronto compuso sus propias líneas alteradas por la nocturna aproximación de peruanos y bolivianos. De un codazo Curimanya llamó la atención de Coyla. Detrás suyo aparecían los coroneles. Comprende Cáceres que primero habrá duelo de artillería y ordenaba retroceder y resguardarse del shrapnell chileno, abrirse en guerrillas.

Podían ver a la sexta división de Fajardo todavía regresando por la pampa, pegada a los cerros del ala derecha. También el *Ayacucho* acaba de volver al campamento, luego de desandar diez kilómetros hostigado sin pausa por la caballería enemiga. Tras dos noches de insomnio forzoso, se pregunta el coronel Herrera si no debieron cargar a muerte en el campamento chileno en confusión y, no importa que al precio del exterminio de sus propios batallones, haber deshecho esta ofensiva que se les viene encima. Por antigüedad militar al mando de los extraviados, el coronel Belisario Suárez pasa revista a los pequeños batallones *Pisagua* y *Arica* que integran su tercera división. ¿Qué pasó, mi coronel? Cáceres no disimula su disgusto. Hubiese querido decir con toda franqueza que éramos unos cojudos mi coronel, incapaces de caminar en línea recta en nuestro propio corral. Ustedes llegaron mientras nosotros regresábamos. ¿Quién los guió? Pradito, señor Cáceres. ¿Y por qué no atacaron? Suárez lo miró harto de reproches. ¿Con ésto, señor Cáceres? ¿con novecientos voluntarios que nunca antes combatieron? Y con el *Ayacucho*, el batallón *Arequipa*, con la división de Fajardo y Canevaro, pudo agregar el coronel. No quiso agriar ánimos. También los novatos están aquí para pelear y ahora tendrán que hacerlo sin la sorpresa de su parte. Después entrecerró la mirada estudiando al enemigo que se apura hacia el Alto de la Alianza. Al frente tienen a Amengual. El resto de las divisiones enemigas se encuentra entre cinco y nueve kilómetros de distancia. Atacar primero, demoler sus escalones, no darles tiempo a desplegar su evidente superioridad numérica y material, órdenes de cargar ahora

mismo chisporrotean por la cabeza de Andrés Avelino Cáceres.

Desde el mirador de la casa de los MacLean en Arica, el coronel Bolognesi acechaba en vano el horizonte azul. A las ocho de la noche de ayer recibió telegrama del Prefecto del Solar anunciando avanzadas chilenas a la vista. Y después, nada. El telégrafo quedó yerto, útil su línea sólo para centenares de gorriones posados entre sus rústicos postes como hambrientos equilibristas. Desconfiando de la puntualidad de corresponsales tacneños, el jefe de la plaza envió al ingeniero Elmore y a un telegrafista que observan el norte desde la estación de Hospicio. Tampoco ellos comunican noticias. La torpedera *Alianza*, que burló a los bloqueadores durante la noche para aproximarse por la costa al escenario de la batalla, no regresará hasta que nuevamente oscurezca en la bahía.

¿Dónde cuernos están el coronel Leiva y el esperado Segundo Ejército del Sur?

—Atacarán por aquí —murmuró el coronel Arnaldo Panizo en su casi solitario campamento con nueve cañones. Ni está de acuerdo con este emplazamiento, del que será difícil retroceder si los envuelve el enemigo, ni se siente a gusto sin ametralladoras. Habiendo seis Gatling, cuatro sostienen el centro de la línea aliada y dos están en el ala derecha, con la batería boliviana. Sólo el *Zepita* defiende las inmediaciones. Al frente suyo, la brigada chilena del mayor Salvo emplaza diez poderosos Krupp de montaña y dos ametralladoras. Cáceres se aproximó preocupado al campamento de Panizo. Tras la artillería chilena, el regimiento *Esmeralda* y el batallón *Naval* están en condiciones de cargar hacia el flanco. El jefe de los artilleros peruanos señaló a chilenos amontonándose a la izquierda de la izquierda, por ahora abierta. Cáceres comprimió sus labios. Lejos de sostener a los batallones a su mando, pronto la reserva aliada tendrá que extender la primera línea de fuego. Si nos abren una brecha, dijo Panizo. . . ;suish! Y se degolló con un índice.

Trepado en una ceja de terreno amenazado, Enrique Bolognesi usa un antejo para acercarse a los artilleros adversarios. Tienen seis Krupp de campaña y cuatro de montaña, unos modelo 1878 y otros 1879. Protegen sus flancos con ametralladoras. Sin prisa disponen bota-fuegos, punzones, cacerinas de estopines, quitan cadenas a sus cofres, alínean cubos de agua y escobillones, dan vuelta a tornillos de elevación, eligen como campo de tiro el emplaza-

miento de la segunda división peruana y de los batallones bolivianos que, más alto, forman escuálida reserva. Más allá de la batería ya se despliegan guerrillas. Aún más lejos, treinta mil botas enemigas remueven el polvo de la pampa en busca de posiciones de ataque. ¿Nervioso, compañero? Una rara sonrisa persiste en el rostro del capitán del Castillo. ¿Qué lejos la noche en que jugaban a las prendas con Isabelita Zavala en su placentera finca de Iquique! ¿Y si no fuera verdad? ¿si nada más se tratara de un minucioso simulacro del infierno? ¿O del infierno mismo, diabólicamente dispuesto para que nadie quisiese abandonarlo? Por el espacio en blanco parecía reconocer formas y sustancias reveladas exclusivamente a del Castillo, mientras que para Bolognesi la moneda tiene sello y sello, y no hay más que objetos duros y sólidos enemigos de carne sin afeitar ocupando la amplitud y el reverso de la pampa. Cierta conocimiento de lo invisible daba a del Castillo una taciturna expresión de tahir, dispuesto a entrar a esta partida con naipes marcados. Ni siquiera podía hacer trampa, sólomente averiguar cómo se reparte la baza sin necesidad de voltear la baraja. Alguien dice en sus orejas que no saldrá ni vivo o muerto de esta jornada y que al anochecer la vida misma habrá dejado de ser cuanto él conocía como lo único real, lo sólido ilusorio, la gran mentira amada. Silbando entredientes, absorbidos sus ojos por esa artillería prusiana que lo apunta, contenía recuerdos apiñados contra su frente de cera, su gomosa sangre a punto de derrame. Padre y madre y hermanos en Lima, vaya uno a saber dónde están ahora las señoritas Zavala y si acaso recuerdan al apuesto capitán de artillería que imitaba a doña Cunegundis la enferma en la víspera de partir al Tamarugal. También se acordó de antiguos amores escolares, la nunca promulgada felicidad que creyó posible en su breve adolescencia de cadete militar, las ensoñadas victorias.

¿Alguien tiene noticias del coronel Segundo Leiva?

El coronel Eleodoro Camacho desmontó en el campamento de Panizo. Corto de estatura y ancho, con ojos de gavián, ceceaba el jefe boliviano ordenando vencer con voz que no acepta réplica. Matar, matar a todos los que se pueda, achicharrarlos, reventarlos, acuchillarlos, estrangularlos, machacarlos a culatazos. De este 26 de mayo de 1880 depende la vida y la culpa y la prosperidad de dos repúblicas holgazanas y confiadas. Rápidamente comprobó que por aquí cañoneará el más experto de los jefes artille-

ros chilenos. No importa que sean más numerosos, si tutean la victoria será nuestra. Al galope llegaba un edecan de Su Excelencia. Traía órdenes para Panizo. ¡Señor coronel, de parte del Supremo Director, avance usted y rompa fuegos!

—Llegó la hora —del Castillo se despidió de Bolognesi con una afectuosa palmada—. ¡Ojalá nos veamos esta noche!

—¡Comandante Barboza, que avance la segunda batería! —vociferaba Panizo—. ¡Mayor Ordóñez, tome el mando de esos cañones!

Bolognesi corrió a encargarse de su liviano Blakeley. Empujaban cuatro piezas de la segunda batería hasta la ceja delantera del campamento.

La sección con más pesados Blakeley de 12 avanzaba por la derecha. Emplazan y ceban y cargan y aguardan. El artillero Chunga no tiene tiempo de observar otras brigadas enemigas disponiéndose a cañonear a los aliados en toda la amplitud del Alto. Clava sus ojos en cercanos Krupp a cuatro mil metros de distancia y observa al mayor Ugarteche que parece escarbarse presagios en la palma de una mano.

—¡Preparada y lista la segunda batería, mi coronel!

—¡Preparada y lista la sección de 12, mi coronel!

—¡Fuego!

A las 9 y 11 de la mañana empezaba la batalla.

¿A qué hora llegará Leiva con el Segundo Ejército del Sur?

En la estación de Hospicio, el ingeniero Elmore no escuchó retumbar la primera andanada de cañones peruanos. Sopla fuerte viento de sur a norte, arrastrando el humo de las descargas fuera de su vista. Mire usted, dijo Elmore entregando el largavista al telegrafista Juan Ramírez. Un rato observaron el intenso movimiento de tropas aliadas a retaguardia del Alto. Desde la pequeña loma donde se han situado, era imposible contemplar directamente el campo de batalla.

Cuatro de los Krupp de la Brigada Salvo bombardeaban el arenoso reducto de los cañones peruanos. Otros seis dirigían metódicamente sus tiros contra colinas donde ahora se agazapa la segunda división. No saben usar shrapnells, mi coronel, los emplean como granadas de percusión —sonrió el capitán Cabello. El coronel Llosa asintió sin despejar los labios. Todavía desajustadas las punterías chilenas, sus proyectiles erraban al *Zepita*. Por el ala derecha

todavía regresan a sus puestos los últimos hombres de la división de Fajardo y Canevaro. Mil quinientos soldados de caballería enemiga se estacionan en columnas mientras otras dos brigadas apuntan al centro o se pegan al camino de Tacna y al pedregoso costado de Intiorco. Por ahora sólo se combatía en la izquierda.

Una granada se enterró cinco pasos detrás del teniente Bolognesi y soltó un chorro de humo sin estallar. Estos livianos Blakeley quedan cortos para herir a las tropas desplegadas en batalla detrás de la artillería enemiga. Los cañonazos de Salvo sacudían aire y fofas pendientes y espacio parecían concentrarse sobre los hombres del *Zepita* y de los *Cazadores del Misti*. Veinte minutos después de iniciado el duelo a cañonazos, un tiro de del Castillo pareció desmoronar a un Krupp enemigo. Todas las piezas chilenas se volvieron contra el reducto. ¡Separen las piezas! El coronel Panizo se mueve a saltos por el campamento castigado por andanadas de diez proyectiles que empiezan a rajar el subsuelo de lajas y a despanzurrar mulas y deshacer tiendas. ¡Primera batería al frente, mayor Carrera!

AL CORONEL BOLOGNESI
HOSPICIO 9.40 A.M.
ACABO DE VER CAMPAMENTO
LLENO DE GENTE
PARECE QUE TODO
EL EJERCITO ESTA ALLI
RAMIREZ

No era el ruido de este inoportuno ventarrón golpeando por los tejados de Arica, solamente. Es la batalla que comienza. No importa que anciano, el experto oído del coronel Bolognesi reconoce el corto rápido trueno de esos Blakeley que él había instruido a manejar en el ejército peruano y que ahora parecen aplastados por el más bronco estruendo de la artillería prusiana que usa el enemigo. Si cañonean los Blakeley significa que a su hijo le ha tocado el honor de principiar el combate. Arracimados en techos ariqueños, apiñados junto al abismo norte del Morro, la pequeña guarnición intenta descifrar el silencio apenas perturbado por la distante artillería ligera que combate, a ratos maldiciendo el escándalo de gaviotas y el más fuerte estruendo del oleaje derramándose contra las rocas del Morro. El propio coronel Ugarte va y viene del telégrafo

al mirador de los MacLean. ¿Nada? Ni una palabra, mi coronel. Llameaban los ojos de Bolognesi. ¿Por quién nos toman, carajo? Nuevamente olvidaban en Tacna informar cómo va la batalla.

Salvo los más pesados Blakeley, el resto de los cañones peruanos pareció silenciado mientras sus servidores hacían sitio para que se emplace la batería de reserva. Incesantes descargas chilenas removieron entonces la colina cubriendo de polvo a agachadas tropas del coronel Cáceres. Caían proyectiles a tres, cuatro pasos de esos veteranos sin dejar tras de sí más que una sordera, cierto aturdimiento. Tan arenosa superficie chupaba toda la fuerza demoledora de granadas que no fueron fabricadas para bombardear dunas o desiertos. Dos veces Coyla se levantó a mirarse intacto después de quedar envuelto por una explosión. Un inconfundible espíritu de invulnerabilidad crecía dentro de los veteranos de Tarapacá. ¡No pueden matarnos, caraju! ¡Viva el Perú! Por fin un cañonazo volteó al capitán Vera, de los *Cazadores del Misti*. ¡Ambulancia! El oficial se desangraba con las piernas deshechas. A través del bombardeo trotaron los practicantes Chacaltana y Muñiz con el sanitario Medina. Con sus blancos uniformes adornados por una visible cruz roja, atravesaron diagonalmente el todavía pequeño campo de batalla. Ya reforzado con la primera batería, el pequeño reducto de Panizo volvió a cañonear con nueve piezas. Los chilenos adelantaban sus Krupp presionando el ataque. Atrás, el regimiento *Esmeralda* calaba bayonetas.

Golpeado por el bombardeo, el practicante Chacaltana contempló el deshecho organismo: se nos muere el capitán. No estaba preparado para operar en el mismo campo de batalla, ni siquiera trajo cloroformo. Bertonelli se corporizó a su lado. Aulló sobre sus cabezas una granada y el Cirujano Mayor cubrió con su propio cuerpo al herido que debe salvar. Apagado el estruendo, Bertonelli abrió el botiquín. Mientras Medina y Muñiz sujetan al desdichado, el cirujano le hizo beber unos tragos de aguardiente. Allí mismo le amputó una pierna. Desde la segunda línea del *Zepita*, el tuerto Yupanqui observaba tasajear y aserrar al oficial antes de que se lo llevaran a la primera ambulancia peruana.

—Seguramente del Solar está en el Alto —murmuró desesperado el coronel Bolognesi antes de dictar un nuevo telegrama para Tacna—. Al secretario González Carrera, Prefectura... ¡Comunique lo que hay!

Ahora toda la artillería chilena atacaba las posiciones aliadas. Frontalmente cañonean a las divisiones bolivianas del coronel Castro Pinto. Por derecha atacaban a Montero con diez Krupp y dos ametralladoras. De ese lado contestan fuego seis cañones servidos por bolivianos. Pasadas las diez de la mañana, el Supremo Director contempla la masa enemiga ocupando definitivas posiciones de batalla. Contra el centro, defendido por los batallones bolivianos *Loa, Grau, Chorolque y Padilla* y por dos cañones La Hite y cuatro ametralladoras, ya avanza la división de Barceló desplegando a sus regimientos *Atacama, Santiago y 2º de Línea*. Por derecha se retrasaba la división de Orozimbo Barbosa con el regimiento *Lautaro*, los zapadores y los *Cazadores del Desierto*. Las tres divisiones que avanzan contra el Alto, bastan para fijar a los aliados en un combate frontal. Otras dos divisiones enemigas crecían por la pampa.

Sólo ahora el General Campero ordenó que las cornetas tocaran generala.

¿Dónde ha sido visto por última vez el coronel Segundo Leiva?

¡A las armas! El General Narciso Campero recorría el Alto arengando a sus batallones bolivianos. ¡Subordinación y constancia y haréis pagar caro a los invasores las efímeras ventajas de que están orgullosos! ¡Bravos del ejército unido, al campo del honor! ¡A la gloria! ¡Viva la Alianza! Patria dulce, sanguinaria. País-llaga, mañana-pus, gusano. Amaratada gloria muerta al galope con sus bellos intestinos al viento. Esta mañana, mientras en Lima y Valparaíso el simpático Jack North compra barato certificados de antiguas salitreras peruanas y mientras en Londres mejora la cotización del difícil guano de Angamos y se reúnen capitales británicos para entrar al negocio de los estratégicos nitratos, casi treinta mil miserables cantan canciones que nada significan para Auguste Dreyfus o para el conde Russel y tantean sus respectivas ofensivas que harán subir o bajar de precio la defecación de pájaros sudamericanos almacenada en Europa. ¡Al campo del honor! ¡A la gloria!

Entonces callaron los cañones enemigos y el cabo Coyla escuchó nítidamente el grito que se elevaba por la pampa.

¡Viva Chile!

¡Corneta, ataque! Cáceres bajaba la colina con su espada en alto. ¡Recuerden Tarapacá! Arrancaban hacia las colinas guerrillas del *Valparaíso* y del regimiento *Es-*

meralda. El batallón *Chillán* se estrelló contra el reducto de la artillería nacional. Las guerrillas de los *Navales* pretendían desbordar el flanco izquierdo. ¡Coronel Llosa, primera guerrilla a cuarenta metros! ¡Otra dos compañías a veinte metros! También los *Cazadores del Misti* disputaban esas faldas arenosas con el enemigo. Un espantoso alarido salió de todos los pechos. Ahora el capitán Chacón veía algo más que bultos al asalto, descifraba narices, ojos, robustas manos. ¡Fuego a pie firme! A doscientos, a cien metros se fusilaron las tropas.

El Supremo Director no disimuló su disgusto. Mientras a su derecha continúa el cañoneo chileno, un fuego de rifle ría se propagaba antes de tiempo a toda su línea.

Bertonelli, sus practicantes y camilleros trotaban paralelos al *Zepita*. Se tumbaron a tierra cuando un balazo deshizo al sanitario Medina.

A veinte metros de los chilenos, Coyla tiró del gatillo y vio reventar costillas y pulmones de un sargento del *Esmeralda*. ¡Bayonetas! —tronó el coronel Llosa picando espuelas adelante. La mitad de la guerrilla del *Zepita* derribada por descargas enemigas, los cusqueños arremetieron sin preguntarse cuántos volverán. Coyla conoce bien el silencioso quehacer de los cuchillos. Orejas aturcidas por recientes explosiones parecen flotar en algo semejante a la nada, mientras unos a otros se persiguen y degüellan, eligiéndose a la primera rápida mirada. Aquí sólo se escucha chirriar aceros, herradas culatas que martillan huesos, botas a saltos por un aire denso, navajeado en muchas direcciones. Pronto cusqueños y arequipeños desalojaron a las avanzadas enemigas de las faldas del cerro, persiguiéndolos media cuadra por la pampa. Sus descargas de fusilería contuvieron otro intento de asalto. Luego toda la división chilena pareció moverse en guerrilla, envolviendo el flanco izquierdo.

—¡Todos de pie! —no acaba de desmoronarse de vuelta al campamento y ya los tenientes arreaban a esa tropa a formar en compañías. ¿No oyen tocar generala, cabrones? En cinco minutos pasaban rancho, mi teniente. Los hombres de Fajardo y Canevaro protestaron. La guerra no espera, cojudos. ¡A las armas!

—¡Apurarse, carajo! —rabió el mayor Nieves. Ya los cabitos abren sus guerrillas.

¡Enemigo al frente, todos a las armas!

Más alto que las cornetas de órdenes y que los tambores de guerra que parecen empujarlos a la carga, más nítido

que los proyectiles de veinte cañones chilenos que ahora dirigen sus fuegos contra estas colinas no tan arenosas como las del ala izquierda, se escucha a las bandas de músicos que luego de repetir los Himnos Nacionales del Perú y de Bolivia, ofrecían una alegre retreta con marineras y trozos de zarzuelas. El teniente Fidel Fajardo vio a su padre dirigirse al trote a las breñas por las que esforzadamente avanza la primera división cañoneada sin reposo y siguió distribuyendo doble ración de aguardiente entre sus tropas. ¡Mierda, parecía una fiesta! Hace media hora estos mismos soldados se desplomaban luego de haber caminado veinte kilómetros sin rumbo toda la noche. De regreso acosados por varios escuadrones de caballería chilena, todo lo que pedían era un tazón de rancho y un ratito de sueño. Y de nuevo se erguían, con estómagos vacíos y ojos insomnes, viva la Alianza, vamos al combate, todos a las armas.

—¡Es una vergüenza! —no acaba de calmarse el General Montero. Eramos el hazmerreír mundial en marchas nocturnas. Gritó al coronel Velarde—: ¿No dijiste que tus baqueanos conocían?

—¡Conocen, carajo, claro que conocen!

—¿Y por qué se extravió todo el ejército?

—¡No se puede atravesar nada en medio de la camanchaca, mi General, usted lo sabe! —enrojecía el jefe del Estado Mayor peruano—. ¿Por qué no ordenaron partir temprano? ¡Había que sorprender a medianoche, no al amanecer!

—¡Pradito llegó!

—¡Llegaron tres divisiones! —Velarde se distrajo oyendo proyectiles que despedazan cerros y quebradas cerca de las agotadas tropas del coronel Dávila.

—Permiso, mi General —interrumpió la discusión un ayudante—. De Arica piden noticias.

—¡Pues déselas! —Montero se huracanó fuera de su tienda. A trescientos metros estallaban granadas chilenas. Cinco horas atrás Panizo había cañoneado Quebrada Honda. ¡Y todo para regresar al Alto!

Los jefes peruanos subían a una ceja rojiza. Casi las once de la mañana. ¿Y Leiva? Veintisiete días han pasado desde que asumió el mando del Segundo Ejército y no se necesita más de dos semanas para llegar por Candarave.

—Parece que la división de Amunátegui se ha detenido —el coronel Dávila llegaba al trote.

—No los entiendo —masculló Montero.

—Estamos perdiendo tiempo —opinó Velarde. La re-

serva enemiga tardará tres horas en auxiliar a las divisiones de vanguardia si los aliados pasaban al ataque.

—¡Enemigo a ochocientos metros! —calculó el coronel Luna.

También por el centro progresaba la división del coronel Barceló.

—¡Nadie dispare, déjenlos venir! —gritaba el coronel Eleodoro Camacho galopando por encima de sus batallones.

Parece fácil estarse en estos zapatos y sin embargo el rizado cabello y el delgado bigote y el apuesto rostro del teniente Bolognesi, todo se desdibuja en una mueca mientras persigue con su cañón a cada vez más cercanos enemigos. Estarse fácilmente en estos zapatos y sobre todo quietos, cada cual eligiendo una forma a la carga, anticipándose a cada pisada desde la mira del fusil, no importa que también se aproximen granadas por elevación y que cada veinte o treinta pasos, los chilenos se tumben a descargar cinco o seis mil rifles contra los aliados. Inquietos jefes de la segunda división buscaban con la mirada al impasible coronel Cáceres.

¿Qué espera Camacho?

Un súbito griterío subió por la pampa a las once y cuarto de la mañana. Acaso enardecidos por la quietud de los aliados, ansiosos por desquitarse de la derrota que sufrieron en Tarapacá, los zuavos del 2º de Línea cargaron en masa, arrastrando al *Atacama* y al regimiento *Santiago*.

Camacho sonrió.

—Se jodieron... ¡Corneta, fuego a discreción!

La contenida riflería del centro también trizó esta atmósfera entre azul y opaca. A ras de la superficie, los hombres combaten polvorientamente mientras arriba resplandece una mañana sin fondo aparente. Cuatro ametralladoras y mil setecientos rifles bolivianos del coronel Castro Pinto detuvieron primero y aniquilaron después el desordenado asalto chileno. Caen arrasados oficiales que intentan subir a posiciones aliadas, a cuarenta, treinta metros del *Grau* se desploman los más atrevidos. Frente al ala izquierda, la primera división de Chile cargó también, pero intentando envolver el flanco aliado.

—¡A la carga! —tronó Andrés Avelino Cáceres. Picaba espuelas a ponerse en primera fila.

Nuevamente embistieron el *Zepita* y los *Cazadores del Misti*. Cortaban la evolución de las tropas de Amengual. Sus primeras descargas hirieron el costado chileno fozándolo a detenerse.

Va y viene con sus camilleros el cirujano Bertonelli. Con su blanco mandil y su gorra adornada por una cruz roja, se mueve en un territorio en constante transformación, abierto en cráteres, súbitamente cubierto de cuerpos que se retuercen o ya inanimados, con ojos de vidrio que parecen conservar como un retrato del asesino, seres todavía a punto de emitir un último y espantoso gemido de despedida. El coronel Camacho conduce a sus batallones de reserva a prolongar el ala izquierda. A cien metros de las faldas del Alto, tres tiros de ametralladora liquidaron al caballo del coronel Cáceres. Lazúrtegui echó pie a tierra, para entregar al jefe su propia cabalgadura. ¡Fuego a pie firme! ¡no se separen de nuestras líneas! Coyla quería continuar adelante pero la voz del capitán Cabello advierte que su embestida, suficiente para demorar a los chilenos y dar oportunidad a que los bolivianos formen un martillo en el flanco izquierdo, no es parte de un contraataque en toda la línea. Se volvió entonces Cabello a mirar a su enemigo y una dureza de insecto, silenciosa trepanación de una bala exacta, detuvo sus pensamientos a mitad de la frente. Se movió su cráneo como fuera de lugar, como a quien hubieran golpeado ferozmente con un puño, y el joven capitán se desmoronó de la montura. Coyla atrapó a la bestia para entregársela a Lazúrtegui. A gachas con una camilla se acercaron sanitarios de la segunda ambulancia. El practicante Chacaltana echó un vistazo a la deshecha faz del oficial y se limitó a menear la cabeza.

—¡Retroceda con su artillería, coronel! —Camacho usaba ahora su plena autoridad como jefe del Ejército Boliviano, sólo sometido a las órdenes del cada vez más remoto Supremo Director. Los batallones *Sucre* y *Tarija* se desparramaban en guerrillas delante de los cañones peruanos. También el batallón *Viedma* corre a reforzar el ala izquierda. Con su propia infantería de espaldas a las piezas, los Blakeley no sirven para nada. Antes de galopar en busca de la quinta división peruana, Camacho señaló a Panizo una lomada en retaguardia. Desde ahí deben seguir disparando.

Bolognesi forcejeó hasta enganchar el armón de su pieza y azotar a las mulas. ¡Rápido, rápido! Siempre más cerca, las ametralladoras de la Brigada Salvo intentaban paralizar a los artilleros. Chasquearon proyectiles contra el Blakeley que se interpone entre el joven teniente y el fuego chileno. Se miró el pecho intacto antes de persignarse y otra vez golpear a las bestias, arre carajo, empujen

todos, hay que salvar los cañones. Seis mulas se desplomaron baleadas desparramando pesados cofres. Bolognesi estaba mojado en sudor cuando llegó a una hondonada a salvo del tiroteo. ¿Y el capitán del Aguila? Creo que le dieron, mi teniente. Contó a sus artilleros: faltaban siete. Con su propia cabalgadura ayudó a subir el Blakeley al nuevo emplazamiento. Después regresó al reducto. Los cañones de la segunda batería estaban a buen recaudo pero habían perdido a la mitad de sus servidores. Ajustadamente los refuerzos bolivianos contienen el asalto de *Navales* y del *Esmeralda*, intercambiando disparos a menos de cincuenta metros mientras Ugarteche y los suyos se esfuerzan por sacar de allí los pesados Blakeley de 12. Alcanzó a ver al capitán del Castillo cosido a balazos de ametralladora, cargado por camilleros de la segunda ambulancia. Más alta y expuesta a los fuegos enemigos, la primera batería pareció deshecha. Ruedan agujereados artilleros, un capitán de cuyo cuerpo sale un surtidor de sangre. Estos gruesos Blakeley se atascan en suelo blando. Habrá que sacarlos a fuerza de brazos. Cuarenta mulas reventadas a tiros, no quedan bestias en todo el campamento. Arreció la balacera. ¡Al suelo! —gritó Ugarteche.

La piel actual, los instantáneos ojos marrones de las once de la mañana poco importan al capitán Grocio Prado. Ni quiere morir ni tampoco le importa mucho vivir, pertenecer a este país a menos de modificarlo violentamente, devolviendo la verdad a su sitio para llamar traidor al traidor y reparar la injuria definitivamente hundida como una estocada en el valeroso pecho del coronel Prado. Como Leoncio, había crecido al cuidado del viejo militar mientras su propio padre ascendía a las alturas políticas de la república. Manuel Antonio Prado ni siquiera se despidió de los muchachos. Leoncio salió a buscarlo, ocho horas persiguió sus huellas. Si hoy se permitía combatir con su mismo alto rango al coronel Velarde, también expulsado de filas bajo la terrible acusación de cobardía ante el enemigo, por qué no habrían de dejar a Prado conducir a su viejo batallón al encuentro de los chilenos. Ni uno solo de los oficiales del *Ayacucho* parecía de acuerdo con la terrible degradación. Ellos, que conocen la verdad, treparon parte del cerro San Francisco siguiendo al coronel bajo una lluvia de balas. Pero se evaporó por la cordillera. Nadie queda ahora de la familia sino Grocio y Leoncio en este campo de batalla. Dos horas como inactiva reserva del centro, al fin el coronel Camacho los mandaba a ocupar

el espacio que abandona la fuerza del coronel Panizo. ¡Primera compañía, en marcha! Debían bajar a media ladera carcomida por la fusilería enemiga. Ruiz de Somocurcio y sus ayudantes entraron al trote en el deshecho campamento de los artilleros. Contempla Grocio el pardo terroso declive por el que revientan balas verdaderas, el recio tiroteo aliado que ha terminado por clavar en la pampa a todos los atacantes, una guerrilla chilena tanteando la brecha abierta por los cañones que pasan a otra línea de fuego, regados cuerpos de artilleros, intrépidos sanitarios asistiendo heridos bajo un vendaval de explosivos y uno a uno miró a los inmediatos hombres a su mando, al lívido teniente Carreñito, a los subtenientes Gutiérrez y Delpino, al sargento Cueto once años a órdenes incondicionales de su tío Manuel Antonio, al cabo Telmo Canales que fue su ordenanza desde que empezó la campaña de Tarapacá, al sargento Falconí con quien estuvo casi en la cumbre del San Francisco y sin poderse contener gritó viva el Perú, ahora vamos a demostrar a esos puñeteros pierolistas de Lima como combaten los supuestos cobardes del glorioso batallón *Ayacucho*, nadie vuelve carajo sino muerto o vencedor, esta tierra es nuestra tierra desde el Tumbes al Loa y nadie va a quitárnosla así que, primera compañía, a jurar por Dios y la salvación eterna que combatiremos hasta el último hombre. ¡Sí juro! —rugió la compañía. ¡Venganza a Grau! ¡Venganza! Sus noventiséis hombres bajaron haciendo fuego a cada veinte pasos. El mayor Arauco, tercer jefe del batallón, los mandó abrirse en guerrilla a izquierda de las avanzadas del *Zepita*. Mientras se abren camino a tiros, Grocio pudo ver al coronel Cáceres apeado por el fuego de ametralladoras chilenas que por segunda vez le destrozaba su caballo.

No encuentra al coronel Camacho, tampoco al Supremo Director que pasó en busca de refuerzos al ala derecha, vuelve esquivando a camilleros y a exhalados edecanes, desmonta en su campamento el coronel Jacinto Mendoza, jefe de la cuarta división peruana. Sus batallones *Huáscar* y *Victoria* forman en el orden de una batalla vieja, como lejana solitaria reserva que a juicio del coronel debe aproximarse a la línea de fuego. Ha visto pasar al frente a la quinta división peruana. Los tres batallones bolivianos que lo acompañaban en retaguardia, ahora combaten a su izquierda. El coronel José Godines, jefe del *Victoria*, se le acercó con preocupada expresión. Sus hombres permanecen de pie, con el arma al hombro, mientras por su flanco ascienden trabajosamente los cañones de Panizo. La fu-

silería chilena ya había derribado a siete de sus soldados que mantienen impasibles su inactiva formación. También el coronel Barriga, jefe del *Huáscar*, quería atacar. Mendoza replicó bruscamente que de ningún modo, nadie se mueve de estas posiciones, éramos carajo la única reserva en toda el ala izquierda, toda iniciativa aguarda para acometer a los chilenos si es que consiguen romper parte de la línea aliada.

Una vez que confirmó Campero que la tercera división chilena se encamina directamente contra su ala izquierda, pidió al general-almirante que le enviara los batallones de reserva del ala derecha. Personalmente condujo a los temidos *Colorados* y al batallón *Aroma* el otro extremo de su línea. La antigua orgullosa fuerza que había sostenido a don Hilarión Daza en el poder y a la que también se culpaba de traición por la contramarcha de Camarones, apisonaba reciamente la cresta del Alto. A Camacho se le infló la respiración a la vista de esos fornidos veteranos.

—¡Voy a atacar, mi General!

El Supremo Director confiaba a plenitud en el jefe del Ejército de Bolivia.

—¡Ataque usted, señor Camacho!

Las cornetas aliadas tocaron a la carga, a degüello. Su electrizante pregón arrancó un bramido de los batallones atrincherados. A real, moléculas heroicas. A medio, hígados dispersos, lo más privado de líquidas entrañas batido en esta furiosa carrera cuesta abajo. Alegres, inolvidables clarines ordenan poner pecho a las balas, vomitar con sangre este peruano polvo que no tiene otro precio que el de los peruanos inmemoriales muertos que contiene. ¡Venganza a Grau! ¡A la victoria o a la muerte! Las viejas consignas se apagaron cuando retumbó la unánime agraviada fusilería de los aliados. Desde atrás acometió el coronel Camacho seguido por setecientos *Colorados* que embisten a la bayoneta. Ahora jinete de una mula cedida por otro de sus oficiales, Cáceres señaló el norte con su espada.

Al centro del *Zepita*, entre tambores que redoblan y fusileros que se arrodillan y disparan y vuelven a avanzar, el coronel Llosa colma el pecho con las últimas respiraciones de su vida. Aún se enraizaban a la pampa los enemigos del regimiento *Esmeralda*. A cincuenta metros el trote de los peruanos se convirtió en asalto incontenible. Arrolladas las guerrillas chilenas, el resto del regimiento retrocedió tan confusamente como intentaron tomar a fuego las posiciones aliadas.

Ignora Coyla donde quedan norte o sur. Combatiendo cuerpo a cuerpo sólo es posible reconocerse por el distinto color de los uniformes. A tres metros dispara contra un vientre azul, a todavía menos su herrada culata desvía un golpe de espada y, medio resbalando, medio hurtándose de un pistoletazo a quemarropa, su bayoneta se hunde desde abajo por unos azules pantalones de oficial.

En el encontronazo con que los fieros *Colorados* deshicieron al 2º de *Línea* chileno, una granada reventó malhiriendo al coronel Camacho.

Ni el boliviano Castro Pinto, ni Belisario Suárez o los coroneles Cáceres y Herrera saben que el jefe del Ejército Boliviano yace boca arriba en la pampa, incapaz de ordenar alto, ya despedazamos a la división chilena, sin reservas que sostengan la profundidad de este contraataque es indispensable regresar. Visto desde aquí, en la vanguardia donde el cabo Coyla se siente acorazado, inmune a las punterías enemigas, íbamos ganando la batalla.

AL CORONEL BOLOGNESI, ARICA
TACNA, MAYO 26
11.55 A.M.
GONZALES CARRERA OCUPADO
BATALLA COMENZO 10.30
AHORA ESTAN EN LO MAS CRUDO
RIOS

Trescientos soldados del regimiento *Santiago* quedaron tendidos en la pampa cuando acabó la carga de los *Colorados*. El *Esmeralda* retrocedía en rebaño con la quinta parte de sus hombres fuera de combate. Mil bajas derriban a la primera división chilena. Casi a un kilómetro de sus líneas, los victoriosos peruanos y bolivianos fueron acribillados por ametralladoras chilenas.

—¡Fuego a pie firme! —gritaba el coronel Herrera. La tercera división chilena se les venía encima.

Mira en derredor Cáceres sin encontrar en el horizonte la aguerrida silueta de su jefe Eleodoro Camacho. Comprendió que sin refuerzos a la vista, quedaban aislados en medio de la pampa. También las divisiones del centro habían secundado el atrevido contraataque de Camacho.

—¡Mi coronel, caballería mi coronel!

Atacaban los granaderos sureños y los aliados formaron en cuadros. Sus descargas espantaron a esos jinetes.

¿Dónde mierda está el famoso coronel don Segundo Leiva?

—¡Muerto el coronel Llosa, mi coronel! —Lazúrtegui traía el caballo del jefe del *Zepita*—. Móntelo usted, mi coronel.

Castro Pinto ordenaba replegarse. Que regresen la segunda y tercera división peruana. *Colorados* y *Aroma* y las más frescas tropas del coronel Herrera protegerán la retirada.

Un balazo había perforado el pulmón derecho del soldado Curimanya a media cuadra de la ladera. Aquí los del *Zepita* yacen mezclados con sus enemigos del regimiento *Esmeralda*. A ratos, cuando no tensa el cuello chupando un sucio aire que parece reventar su otro y ahora único pulmón, cuando el excesivo dolor de esa herida concluye por adomecerle el pecho y la casi dulce anestesia de la muerte por hemorragia se le expande más allá de trizadas costillas, el cusqueño escuchaba inmediatos lamentos, inconfundibles voces chilenas quejándose o rezando y veía altos, infinitos buitres aproximándose a esta espléndida fresca carroña. Mientras en alguna parte retumba la batalla, oye pisadas y aquella voz que lo elegía, carguen a éste y éste era justamente Mateo Curimanya, cuyos ojos apenas y cuya garganta derribada y cuya sangre también apenas sangre se derrama sobre el desierto. Permitió que bruscamente manipularan su costado abierto por el balazo mientras alguien, presumiblemente el cirujano Durán decía que puede salvarse, llévenlo a la ambulancia. Galopan los camilleros recogiendo a los graves, a quienes como el soldado Huaita o el sargento Solís no puede arrastrarse de regreso a sus líneas hacia atiborrados hospitales de sangre. No importa la esperanzadora voz del cirujano, Mateo Curimanya sabe que ya no volverá a su provincia. En la cuarta ambulancia peruana no hay lugar para más heridos. Reconoció el soldado uniformes bolivianos, también al coronel Luna, primer jefe de los *Cazadores del Misti*. Después cerró los ojos como durmiendo.

Siete mil chilenos reanudaban el ataque contra el ala izquierda que retrocede a sus antiguas posiciones. Aquí combaten en adversa proporción de tres a uno. El teniente Carreñito dio una cabriola a diez pasos del capitán Prado. ¡Resistan carajo! ¡Fuego, fuego a pie firme! El capitán Belando se avillaba con un balazo en las tripas. ¡Muerto el subteniente Paz Soldán! ¡Cayó el comandante Vila! ¡Derribado el mayor Arauco! Pero el *Ayacucho* seguía aferrado a la pampa, dando tiempo a que se reorganizara la retaguardia. Nuevamente tronaron las ametralladoras chi-

lenas por el flanco izquierdo. Tres tenientes, seis subtenientes y cuarenta y cuatro soldados rodaron aniquilados. Al frente de la sexta compañía que ya se repliega ordenadamente al Alto, la mirada de Pradito buscó a su hermano. Por última vez lo vio en primera línea, cerrando cada vez más raleadas filas frente al regimiento Artillería de Marina. También Grocio pensó en su hermano, preguntándose cuál es ahora su puesto en este infierno. Ha visto caer al segundo y tercer jefe de su batallón, a seis capitanes, once tenientes y ciento ochenta de tropa. Detrás suyo el sargento Falconí se dobló con un gruñido. El ordenanza Cueto recargaba el rifle a su costado. Ya hemos hecho suficiente, mi capitán, vámonos de aquí. Cuando se volvió a carajearlo, Prado lo descubrió muerto, con los brazos en cruz desparramado en el plover. Ni veinte hombres quedan en pie de su compañía. Infló el pecho para vivir al Perú. Un espantoso sonido salió de su garganta cuando lo destrozaron a tiros de ametralladora.

El batallón *Zepita* volvía a cargar furiosamente, ahora despedazando a las guerrillas del batallón *Coquimbo* que viene al frente de la tercera división de Amunátegui. Cáceres vio tambalearse el estandarte de su batallón. Aunque baleado en el abdomen, el teniente Eufemio Padilla mantenía en alto esa bandera peruana agujereada por las balas. A capturarla cargaron cincuenta chilenos. Mientras el jefe de la malherida segunda división a su vez atacaba a defender el estandarte, una docena de cusqueños se apretó en torno al lívido teniente que con la diestra sostiene los colores del Perú y con la otra mano intenta cerrar la herida y el tumulto de intestinos que se derraman. Primero a bala, después a cuchillo, los del *Zepita* contuvieron al *Coquimbo*.

—¡Teniente Castellanos, tome el estandarte! —tronó Cáceres.

Padilla se derrumbaba sobre los cadáveres del tuerto Yupanqui y del soldado Huaita y de otros siete subalternos.

Cabitos y puneños habían soportado lo peor del bombardeo sin más bajas que el soldado Huacoto, que murió desangrado por ambas piernas antes de que llegaran las ambulancias. Desde el ala derecha, Porturas conocía cómo va la batalla sólo por noticias que se transmiten los oficiales. Parece que vamos ganando. El ala izquierda soportó primero y dispersó después el ataque chileno. Al rato cambió el tono de esas voces: agotadas las reservas, el contraataque de Camacho tuvo que frenar y, en fin, transformarse en retirada. Dispersos de las rotas divisiones enemigas se

agrupaban con la fuerza de Amunátegui que ataca frontalmente, siempre por el ala izquierda. En el otro extremo de la batalla, por fin atacaba la lenta división del coronel Orozimbo Barbosa. Cabitos y puneños vaciaron sus rifles contra las guerrillas del regimiento *Lautaro* que se lanzaban al asalto. La quinta descarga pareció detenerlos.

—¡Pido permiso para atacar, mi General! —humeaba Justo Pastor Dávila. Por su derecha veía escurrirse a los *Cazadores del Desierto*. Si los dejan pasar, pronto quedará cortada la ruta a Tacna.

—Permiso denegado, coronel —Montero picaba espuelas a inspeccionar sus batallones.

—¿Puedo saber por qué, señor? —desafió el jefe de la primera división.

—Pues suba a mirar la retaguardia, señor Dávila... estamos sin reserva.

—¿Qué hay de los *Colorados*?

—Pasaron a la izquierda.

—¡Deme entonces a la gente de Fajardo!

—Desfilan a proteger el centro, señor Dávila... contráigase usted a detener al enemigo.

Montero recorrió la cordillera con su ojerosa mirada. Leiva ya no vendrá. Habían entrado a la batalla con 8,413 hombres, contados jefes, oficiales, tropa y hasta los enfermos. Adivinaba el definitivo fracaso de la Alianza.

Las ametralladoras bolivianas al extremo derecho trizaron a los *Cazadores del Desierto*, demorándolos hasta que gendarmes y cívicos del flamante coronel Pedro Alejandrino del Solar pasaron al ataque.

—¡Vea usted retroceder a los rotos, mi General! —se indignó Dávila. Los gendarmes de Tacna y Tarapacá desalojaban a las guerrillas enemigas.

De nuevo avanzó el numeroso enemigo, ahora lanzándose en masa contra la debilitada línea de peruanos. Antes de matar con un balazo en el pecho a su sexto chileno, el cabito Porturas se persignó. Por primera vez en la vida, sentía verdaderas ganas de creer en Dios.

—Está bien, coronel, ataque usted.

El subteniente Molina se había arrastrado ochenta metros hacia el Alto, entre muertos y heridos de su propio batallón *Ayacucho*. Con un quejido se volvió a mirar al grueso del *Coquimbo* que avanzaba por la pampa. Los vio desnudar y profanar el todavía tibio cadáver del capitán Grocio Prado, acuchillar al cabo Huanani y a otros heridos. ¡Oficial peruano! —gritó como un vano conjuro. Le apoya-

ron un fusil contra el pecho y tiraron del gatillo.

—¡Lleven a esta gente a la ambulancia boliviana! — gritó el cirujano Garrido a sus camilleros y sanitarios. Cuarta y sexta división peruanas entraban al combate por el ala izquierda, en el último desesperado esfuerzo por contener el asalto chileno. Han caído la mitad del *Zepita*, la tercera parte de los *Cazadores del Misti*. Menos de trescientos *Colorados*, muchos de ellos heridos, trepaban en desorden al Alto de la Alianza. Con casi todos sus oficiales muertos o heridos, el *Ayacucho* se dispersaba, conseguía reunir cuarenta hombres el capitán Leoncio Prado para sumarse a la fuerza de Fajardo. Hace un rato el cirujano Garrido vio pasar moribundo al General Juan José Pérez, jefe del Estado Mayor General Aliado, a quien llevaban a Tacna en una camilla. Nada pudieron hacer los cirujanos por el comandante Julio MacLean, primer jefe del batallón *Arica*, un tercio de cuyos efectivos están fuera de combate. Sanguinolentas compañías del batallón *Pisagua* se tambalean hacia retaguardia. Un balazo había atravesado una pierna del coronel Suárez, matándole el caballo. Sus ayudantes quisieron arrancar su bota pero el jefe de la tercera división golpeó tierra con la pierna perforada, supo que el hueso está intacto y pidió otra cabalgadura para seguir combatiendo. Ahora los proyectiles chilenos agujereaban carpas de la segunda ambulancia y el cirujano en jefe evacuaba a sus pacientes hacia más seguras tiendas bolivianas.

—¡Abandonen las piezas de 12! —admitió al fin su derrota el coronel Panizo. Sin mulas de tiro y bajo incesante fuego de ametralladoras, el mayor Ugarteche y los restos de la brigada sólo pudieron arrastrar cincuenta metros a retaguardia esos Blakeley que ahora dejaban a merced del enemigo.

SEÑOR CORONEL BOLOGNESI

Ni Elmore y sus vigías, ni las autoridades tacneñas informan a los peruanos de Arica cómo avanza la batalla. El viejo coronel no se ha movido del mirador desde que rompió el día. A la vez piensa en Enrique y en estos dos mil combatientes que lo acompañan en Arica y a quienes debe comandar una desesperada resistencia si es que la primera gran batalla no ha destruido al poderoso enemigo.

—¡Por fin mensaje de Tacna! Ugarte se pegó al receptor, intentando descifrar por su cuenta esa tensa en-

trecortada sucesión de sonidos que el telegrafista traducía en desalentadoras palabras.

PRINCIPIAN A LLEGAR BOLIVIANOS EN FUGA CHILENOS AMAGAN LA IZQUIERDA PARA PASARSE A ARICA

Muy bien, forzaron el paso. Adivina Bolognesi que su enemigo Baquedano tiene prisa por entrar a este puerto para abastecer a su ejército. De otro modo, tendrán que viajar sus provisiones y pertrechos desde Moquegua o Ite. Cada día, cada minuto que los suyos demoren el encuentro con los expedicionarios chilenos y su escuadra, será más fácil para los aliados unidos a Leiva destruir a los chilenos por retaguardia. Detectó la consternación de los jefes que lo rodeaban e hizo un esfuerzo por sonreír.

—Cambien de cara, caballeros. Aún no se ha perdido la guerra...

Ugarte devolvió la sonrisa sintiendo un creciente cariño por el viejo. Adivinó que agregaría su frase predilecta:

—...y en el peor de los casos, aquí muere Sansón con todos los filisteos.

Ahora los batallones *Huáscar* y *Victoria* soportaban lo peor de la embestida chilena. A los cinco minutos de entrar en acción, una bala despedazó la garganta del coronel Mendoza, jefe de la división. Así que lo sustituyó el coronel José Godines que a su vez entregó el mando del *Victoria* al comandante Pantaleón Falconí. Veinte minutos después, toda la cuarta división se tambaleaba. Muertos el primero y segundo y tercer jefes del *Huáscar*, caídos diecinueve oficiales y doscientos hombres de su tropa, también maltrecho el *Victoria* tres de cuyas compañías fueron arrolladas por la dispersión de bolivianos en el ala izquierda, era un milagro que a la una de la tarde todavía cerraran el paso a la ahora victoriosa división de Amunátegui.

A la una y diez de esa tarde, el coronel Víctor Fajardo se desplomó de su caballo. Agonizaba. Herido en el brazo, su hijo el teniente Fidel Fajardo bajó a saltos hacia las faldas centrales a rescatarlo. Una descarga volvió a sacudir el cuerpo del coronel. El joven Fajardo cayó de rodillas, contemplando incrédulamente esa pulpa, todo cuanto queda de su padre. Varios *Cazadores del Rímac* lo arrastraron a la fuerza de regreso a sus líneas.

—Están repasando a nuestros heridos —se endurecía el rostro del coronel Cáceres. Tan cerca de la victoria y ahora casi nada queda de su valerosa división.

—Mataron al capitán don Grocio, mi capitán —informó al pasar un sargento del *Ayacucho*.

—De veras lo siento, Pradito —dijo al rato el coronel Herrera—. Lo mataron como a un valiente.

—¡Váyase Bertonelli... no respetan nada! —el coronel Velarde intentaba organizar la retirada. Mientras Montero resista en la derecha, el resto del ejército podrá llegar a Tacna y reconcentrarse en Pachía.

—No voy a abandonar a mis heridos, coronel.

Sólo Bertonelli y Durán quedaran en la cuarta ambulancia.

Nada más que la primera división de Dávila, la columna *Murillo* y los aniquilados hombres del Prefecto del Solar continuaban en combate en el ala derecha. Baja a primera línea de combate, vuelve el coronel Velarde a explicar con rabiosa voz que hay cien cabitos muertos o heridos pero que no ceden una pulgada de terreno y que Dávila, con su habitual violenta manera de pedir las cosas, exigía refuerzos o subirá a meterle un tiro personalmente al general-almirante.

—¡El Supremo Director! —gritó un edecán.

El demacrado Presidente de Bolivia acaba de enterarse de la muerte de su camarada y amigo el General Pérez. Pero esta era su batalla e insistía en ganarla o en ser exterminado.

—Hemos restablecido el combate en el ala izquierda, General —intenta aminorar a los peruanos el Supremo Director.

—Con todo respeto, Excelencia... está usted en un error —se fatigó Montero. Rehusa dejarse arrastrar por irreales huestes a irreales imposibles victorias. Ha visto pasar dispersos peruanos y bolivianos. Hace un rato el coronel Canevaro anunció que mataron a Fajardo y que no podrá resistir mucho tiempo la presión del enemigo—. Es duro admitirlo, Excelencia, francamente desconsolador —el almirante ofreció su largavistas—. Véalo usted. Crece la dispersión.

Al *Victoria* se le acabaron los cartuchos.

—¡Bayonetas! —gritó Pantaleón Falconí.

Desde nuevos y más altos emplazamientos, las ametralladoras chilenas traquetearon despedazando al valeroso batallón.

El Supremo Director devolvió el antejo.

—Tiene usted razón, General —el Presidente de Bolivia envejecía sobre el sudoroso caballo de batalla. Las poderosas reservas de Baquedano se acercan a tres kilómetros del Alto. La cuarta parte de los aliados ha caído en esas colinas y en la pampa. Todavía demoró en pronunciar su última orden—: Nos retiramos, señor Montero.

—Resistiré aquí para darles tiempo de pasar a Tacna. Excelencia.

—De acuerdo, General.

—¡Velarde!

—¡Diga usted, mi General!

—¡Tome a los *Húsares* y al *Escuadrón Guías* y llévelos a reforzar la izquierda —Montero sentía que el peso de las horas finales pesaba íntegramente sobre sus hombros—. ¡Y usted vuelva de inmediato!

Sólo una de las dos ametralladoras bolivianas de la derecha hacía fuego. Después se le agotó la munición. A bayoneta calada, Dávila rechazó un nuevo asalto chileno.

SEÑOR CORONEL BOLOGNESI
UN FUEGO NUTRIDO SIGUE
PERO TODOS LOS BOLIVIANOS CORREN
CREO QUE YA PERDIMOS LA BATALLA
GONZALEZ

¿Dentro de cuántos días la próxima batalla? ¿Qué se ha hecho del coronel Leiva?

Bolognesi paseaba el mirador construido para placenteras visiones y refrescadas tertulias. Acaso como los prusianos en Waterloo, ataque Leiva al atardecer. Luego sonrió de su propia ingenuidad. Estábamos en el Perú y aquí nunca nada sucede oportunamente. Si hace una semana Leiva se anunciaba en Torata, tardará hasta los primeros días de junio en llegar por la cordillera a reunirse con las fuerzas sobrevivientes que ya adivina retirándose del Alto de Tacna.

Murió Chimbolo. Y el pequeño Llontop, con el cráneo reventado. Y el cabito Alarico yace desangrado, tenazmente cubierto de moscas que burbujan sobre sus heridas. Y Artemio Taranco, que a los doce años entró a la Escuela de Cabos en 1876. Agoniza el esforzado Cherres. Adonde mire el cabito Porturas no hay sino siempre más rígidos camaradas, en posición de asombro, entre pedregosas ondulaciones continuamente rociadas a balazos. Una sombra

corpulenta acechó su espalda y Perico Porturas se volvió con la bayoneta lista para matar. Tranquilo, muchacho. El coronel Morales Bermúdez contempla el rastro de cadáveres dejado por la furiosa resistencia de su batallón. En un corto contraataque de cuatrocientos metros y de espaldas a lo más escarpado, el batallón Lima ha perdido trece oficiales y a doscientos cincuenta de tropa, entre cabitos y puneños. Porturas quería largarse. Los chilenos ganaban alturas perpendiculares a Intiorco y ellos no toman prisioneros, mi coronel, además se agotan los cartuchos. Hace rato que los cabitos se defienden con munición que toman de los camaradas muertos.

—Casi la tercera parte del ejército sucumbió —informaba Velarde de regreso al campamento de Montero—. Por allá hubo una carnicería.

—También esos mierdas recibieron lo suyo —miró rencorosamente Montero a los regimientos chilenos que siguen llegando al campo de batalla. Han de haberlos atacado entre catorce y quince mil invasores. Tal vez si Leiva y además las tropas de Arica y acaso si no se hubiesen extenuado esa noche... sacudió la cabeza. Ya perdimos, para qué atormentarse. Y sin embargo no puede olvidar la nueva artillería prusiana y las seis ametralladoras que acompañan a Leiva y que podrían haber inclinado todo a su favor. Ni llegó a tiempo el Segundo Ejército, ni aparecieron los quinientos caballos comprados en Argentina para este día. No queda tiempo ni siquiera para recoger el equipaje de su tienda de campaña. Húsares y Guías cubrirán su retirada—. Bien... —miró cansadamente a Velarde—... nos vamos a Tacna.

Al soldado Curimanya lo sacudió el vocerío chileno. Nada más le habían detenido la hemorragia. Algún brebaje anestésico parecía alejarlo de su enorme llaga pulmonar y de esta carpa donde yacen otros veinte heridos peruanos. Parpadeó buscando a médicos y sanitarios. Afuera el doctor Bertonelli recordaba los artículos de la Convención de Ginebra que declaran la neutralidad de las ambulancias. Un capitán pugnaba por abandonar su catre ensangrentado. El coronel Luna respiraba con un ronquido. Curimanya reconoció a Jesús María Huarhua, de su misma compañía, arrastrándose debajo de los catres con ambas piernas rasgadas por la metralla. Afuera, tropas enemigas disputan las banderitas peruanas que adornan las carpas de la Cruz Roja. El doctor Bertonelli se interpuso entre los saqueadores y su baleado hospital de campaña. Un roto

le disparó su rifle. Con una contorsión, el Cirujano Mayor de Tacna salvó la vida. Vengativos zuavos del 2º de Línea demolían a culatazos cofres de medicinas, pateaban paquetes de vendas, disparaban a quemarropa contra las carpas.

—¡Está lleno de cholos! —se oyó a un enemigo asomando por la entrada de esta carpa.

—¡Nos protege la Convención de Ginebra! —se esforzó la voz del capitán herido.

Cuatro, cinco chilenos lo remataron a balazos. Luego dispararon contra el coronel Luna y le clavaron bayonetas. Desde su mínimo escondrijo, Huarhua oyó reventar organismos que ya no pueden combatir. Aquí también despedazaban frascos clínicos, instrumentos quirúrgicos. Pasaron a cuchillo a todos los heridos antes de seguir su triunfante marcha hacia Tacna. Los que venían detrás, siguieron quemando cartuchos contra la destruída ambulancia.

Por el camino de la ciudad, Montero volvió a encontrar al Supremo Director. Avanzan entre heridos y contusos que usan el fusil para mantenerse en equilibrio, también empujados por hombres que corren con ojos locos arrojando fornituras y rifles, renunciando a la guerra para siempre. Van y vienen oficiales que pronuncian órdenes que ya nadie parece entender. Esa multitud en desastre se vuelve a mirar a los silenciosos generales que hace unas horas anunciaban victoria con hermosas proclamas. Antes de entrar a Tacna, el Supremo Director señaló la ruta de la cordillera.

—No, Excelencia, yo debo entrar a la ciudad —replicó Montero—. Nos veremos en Pachía.

Encontró el telégrafo descompuesto y la línea de Arica interrumpida. Ya la caballería chilena cortaba el valle del Caplina. Si han de marchar mensajeros en busca de Bolognesi, tendrán que usar un escabroso rodeo por las montañas hasta el valle de Azapa. Ni siquiera sabe bien qué ordenar a la pequeña guarnición del Morro. ¡Leiva! ¿Dónde estará hoy el Segundo Ejército del Sur? ¿Cuántos hombres de sus propias divisiones habrán salvado de esta batalla que definitivamente concluyó a las dos de la tarde? Dentro de veinte, treinta minutos entrará el enemigo a la ciudad. Extenuados cabitos y puneños vigilan desde huertas y bocacalles la retaguardia tacneña. En el Alto de la Alianza, los vencedores recobran resuello y se repartían doble ración de aguardiente. Pidió a Velarde que salvara todo el parque disponible y lo llevara a Pachía. Después, a

pie, conduciendo del cabestro a su caballo, visitó el hospital.

Del violento sol a la ácida penumbra, al tumulto de mutilados que ocupan pisos y sombrajos y cuyas lamentaciones llegan amortiguadas a las orejas del almirante, mezclándose a la memoria de los mismos estampidos que deshicieron a estas tropas y oficiales, Montero contempló a lo mejor de los ejércitos que tuvo a su mando, revistados altivos oficiales que prometieron morir y que morían por una patria que no les presta atención.

—Bienvenido, mi General —ensangrentado mandil, rojos brazos, rostro con orgánicas salpicaduras que no tiene tiempo de lavar, el cirujano se acercó a saludarlo.

—No interrumpa su trabajo, doctor... ¿Y Bertonelli?

—Se quedó allá, con su ambulancia.

—¿Cómo está el coronel Camacho? —un tufo a cloroforno y alcohol repletaba los robustos pulmones del almirante—. ¿Se salvará?

—Espero que sí.

—¿Puedo verlo?

El cirujano mostró el camino y volvió a su quirófano.

Espantaba moscas de su rostro acercándose a la habitación donde yacen los oficiales. Cómo se siente, comandante Vizcarra. El tercer jefe de los cabitos sonrió penosamente. Espero volver a filas, mi General. Reconoció a los mayores Igarza y Arauco, a varios oficiales del *Zepita*, a moribundos capitanes del batallón *Pisagua*. En una cuadra vecina encontró a cincuenta llagados y amputados oficiales bolivianos. No tanto como a sus propios subalternos, sin embargo conocía a estos combatientes. Al mayor Isaac López tendrán que cortarles ambas piernas. Y sólo la izquierda al jefe de los *Libres de La Paz*. Y un brazo al teniente coronel Pando, del *Regimiento de Artillería*. Al fin encontró a Eleodoro Camacho. Estaba herido por cascacos de granada en ingle y estómago. El jefe boliviano entreabrió los párpados. ¿Ganamos, mi General? Montero pasó una mano por sus labios resecos. Perdimos, señor Camacho, eran demasiados. Un rato el coronel se hundió en su propio dolor. Mi General, hay que reconcentrarse en Pachía —se le oyó con debilidad—. No debemos darnos por vencidos, nunca, mi General, nunca. Montero asintió. No me siento derrotado, Eleodoro, seguiremos peleando. El jefe boliviano quiso alzar la voz pero lo contrajo su espantosa llaga interna, el incesante tajo que lo surca en el medio de su organismo. Lamento no poder seguir a su lado, mi General... ¿y el señor Campero? Rumbo a Pachía. Intervino un médico.

el coronel debe guardar silencio, ya contuvieron la hemorragia interna pero su pronóstico es reservado. Hasta pronto, señor Camacho. El otro respondió con voz apenas perceptible: viva la Alianza, mi General.

A S.E. DON ANIBAL PINTO
¡VIVA CHILE!
¡TACNA TOMADA!

El ayudante Cayo jadeaba al encuentro de Montero cuando el general-almirante salió del hospital. ¡Están llegando a los suburbios, señor! Las opacas pupilas del jefe de los peruanos registraron por última y honda vez la visión de esta ciudad que había sido su hogar durante más de un año. Está bien, Cayo, lo menos que podemos hacer es salir con dignidad. Sí, mi General. Pausadamente Montero montó su caballo. Las últimas tropas aliadas salían de Tacna. Como el capitán que abandona último su triste naufragio, así partió al paso el almirante.

LA RESISTENCIA TENAZ OPUESTA
POR LOS ALIADOS HA SIDO INUTIL
CONTRA NUESTROS BRAVOS SOLDADOS

Diez cañonazos sacudieron las afueras de Tacna. Fuego de ametralladoras agujereaba la estación del ferrocarril. Carabineros a caballo y batallón *Valparaíso* entraron a la ciudad. Frente a la catedral a medio construir, el coronel Amengual encontró a los cónsules extranjeros. No quedan tropas aliadas en Tacna como no sean moribundos y heridos en el hospital.

ENEMIGOS FUGITIVOS EN TODAS
DIRECCIONES. NUESTRAS BAJAS
AUNQUE CONSIDERABLES, SON INFERIORES
A LAS DEL ENEMIGO.

Cuatro kilómetros cuesta arriba, el teniente Bolognesi seguía arrastrando su cañón hacia las montañas.

—Hola, Pradito —a Montero lo sorprendió encontrar a Leoncio a mitad de camino. Parecía resuelto a no moverse de allí. Lo acompañaban cuarenta sobrevivientes del *Ayacucho* y algunos voluntarios de Albarracín.

—Mi General, pido acceda usted a mi petición.

—¿Qué cosa, hijo?

—Autorice usted la columna de *Guerrilleros de Vanguardia*, señor. . . —los ojos de Prado quemaban— . . . estos son mis hombres.

—¿Dónde está Grocio?

—Murió, mi General, con toda su compañía.

Montero absorbió un pesado aire caliente.

—Muy bien, Pradito, quedas al mando. Reúne dispersos y procura recoger armas y municiones. Comunicaré oficialmente la formación de esta columna.

EL CAMINO DE ARICA QUEDO ABIERTO
A NUESTRO EJERCITO EN MARCHA
¡GLORIA A NUESTROS VALIENTES!

LYNCH

Al cirujano Garrido y a sus ocho sanitarios los querían fusilar. ¿O no son peruanos, ñor? Un teniente de la Brigada Salvo, al que había atendido en la batalla de San Francisco, rescató al médico. La Convención de Ginebra establece la neutralidad de las ambulancias y Chile es una de las naciones signatarias, explicó en alta voz el oficial, además el doctor me salvó la vida allá en Dolores. Bajaron los rifles. Si es así, mi teniente, que siga su camino. Garrido, a quien sorprende la poca autoridad de los oficiales enemigos sobre su tropa, respiró luego de un largo minuto de contener su aliento. Ahora el oficial chileno ofreció la diestra. Debiera usted ir a la pampa, doctor. Hay muchos heridos que necesitan atención. Garrido mostró sus manos vacías. La soldadesca vencedora había saqueado su segunda ambulancia. Catres, mesas de cirujía y palos de carpas servían para fogatas en las que cocinan su rancho. Robaron todas sus medicinas, vendas, lámparas, frazadas y víveres. Sólo se salvó el material quirúrgico que llevó consigo al evacuar la ambulancia en lo peor del combate. Le daré dos soldados para que lo acompañen y protejan, dijo el teniente, haga usted lo que pueda.

—¿Y que es eso de la conversación de Ginebra, doctorcito? —parloteaba uno de los chilenos con el comblain a la espalda mientras empezaban a descender la colina.

—Convención, se dice convención —rectificó el cirujano—. Es un tratado, un convenio humanitario al que se llegó luego de una asamblea de naciones civilizadas en Suiza. Su propósito es proteger y dar humanitario tratamiento a heridos y civiles en medio de las guerras.

—Pues nosotros acostumbramos dejar bien muertos a los muertos —rió el soldado. Tendría diecinueve o veinte años.

Rumbo a la pampa, se cruzaron con tropas de refresco.
—¿Dónde están los heridos peruanos?

Los chilenos sonreían.

—Ya no tienen pues heridos —replicó un sargento.

El cirujano Cárdenas no tuvo tanta buena fortuna. A punta de bayoneta lo echaron de su propia ambulancia. Tuvo que caminar a Tacna en busca del coronel Amengual. Ya ebrios victoriosos saqueaban suburbios, desfondando a culatazos toneles de bien afamado vino tacneño. Se oía tiros a cualquier parte, jubilosos gritos de quienes empiezan el saqueo. No oye, no ve, no le importa nada al capitán que detuvo al cirujano en la puerta de la casa ocupada por Amengual. Asqueado por el pillaje que principia, Cárdenas se alejó hacia una bocacalle. Súbitamente tropezó con una borrachosa patrulla del *Coquimbo*. ¡Maten a ese cholo! Un soldado lo encañonó. El cirujano corrió de regreso al cuartel de Amengual mientras erraban beodos balazos.

En la pampa, a seiscientos metros del Alto, tropas enemigas rapiñaban cadáveres de peruanos. Desnudaron y arrancaron sus pequeñas últimas propiedades al difunto subteniente Plasencia: reloj, cartera con cartas y una medalla de oro con la efigie de Santa Rosa, un pañuelo de seda anudado al cuello. Su saqueador ya partía cuando el sol de las tres arrancó un destello azulado de la diestra del muerto. El chileno silbó entredientes. Había un anillo con un brillante en el hinchado meñique del peruano. De un golpe de corvo lo cortó, todavía forcejeando hasta quedarse con la joya y botar el dedo a la pampa.

Doscientas cincuenta leguas al norte, en Lima gritó la poetisa Manuela Villarán de Plasencia. Se tomaba la diestra como si la hubiesen acuchillado. Después aulló: ¡Mataron a mi hijo, mataron a mi hijo!

Pero en Pachía el General Montero no encontró al Supremo Director de la Guerra, ni a las tropas bolivianas, ni a los batallones peruanos, ni al señor Prefecto del Solar.

Justo Pastor Dávila roía un trozo de cecina junto a una fogata. Racimos de cabitos y puneños duermen bajo el frío. Ni siquiera han colocado centinelas.

—¡Venga, almirante, puedo invitarle un poco de aguardiente! —Dávila prescindía de todo ceremonioso tratamiento.

—¿Y la gente, coronel? —se enfrió la voz de Montero.

—Todos siguieron de largo, los cabrones... ¡Tiene

gracia! Se acabó el ejército de línea, almirante, lo mismo que su escuadra...

—Olvida usted mi rango —Montero desmontaba al encuentro del coronel.

—Voy a explicarme —Dávila se calentó con unos sorbos de aguardiente —... estuve en Iquique, fui de los pocos que subieron a San Francisco, participé en Tarapacá, acabo de salir de Tacna. Quedan sesenta y tres individuos de mi división y casi todos son unos niños. ¿Me comprende usted, carajo? Ya no soy coronel, no soy nada... —alzó la botella— ... nos han dejado botados en Pachía y usted y todos los reglamentos pueden irse ahora mismo al infierno. Tal vez mañana cambie de opinión pero ahora sólo quiero emborracharme y dormir. ¡Y es una orden!

La cólera de Montero se transformó lentamente en risa. Y reía pensando que no tiene derecho de hacerlo, que estábamos dementes. Calló al rato, mirando de cerca a Justo Pastor Dávila, díscolo y violento y valeroso. Se sentó a su lado.

—Acepto un trago.

—Herrera anda por ahí, buscando dispersos... lo que se llama un buen militar. En cambio yo... usted también carajo...

—¿Qué cosa?

—... ¡Estamos aquí, disfrutando del cielo y del silencio! Salud, salud por la patria, pobrecita.

—¿Y el Supremo Director?

—El señor del Solar y el señor Campero se despidieron ahí arriba. Muy emocionante. Inclinaron banderas, cantaron los himnos, se dieron de abrazos. Ahora, los bolivianos a Bolivia y don Pedro Alejandrino a Tarata, dicen que a cocinar buen rancho para nosotros... No, no, usted no vaya. Quédese conmigo. No lo vayan a envenenar por civilista —descargó un beodo palmetazo en la espalda de Montero que sonreía agriamente y se arrancó a cantar...

*Dame tus manitas
dame, vidaday
deja entre las mías
las quiero estrechar...*

Una tristeza sin fondo se espesaba por el campamento en derrota mientras la voz ebria de Dávila desentonaba la canción que se había hecho tan popular antes de la batalla de Tacna.

*Que manos tan lindas
tienes, chunquity
parecen de seda
por su suavidad...*

A la luz de la fogata, Montero descubrió que por el rostro de Dávila surcado de cicatrices rodaban lágrimas.

...contemplábamos una horrorosa realidad, escribe su parte oficial el cirujano Plácido Garrido Mendivil, jefe de la segunda ambulancia de la Cruz Roja, ni un herido nuestro, sólo cadáveres, muchos de ellos, en particular jefes y oficiales, con los rostros desfigurados, partidos unos por la boca y otros por la frente; algunos con balazos en los ojos que habían salido de sus órbitas, desnudos de su uniforme y varios hasta de la ropa interior. En cuanto a los soldados, sus bolsillos sacados afuera indicaban que habían pasado los traperos de la muerte. Hay que notar que las heridas se hallaban denegridas por los balazos que recibieron los heridos a boca de jarro. Respira profundamente el cirujano, como incapaz de soportar el plomo de su memoria. Tocamos con la línea del ejército chileno, encontrándonos entre los cadáveres y heridos del Batallón Coquimbo. Debo hacer constar, para gloria del Batallón Zepita y de la Nación, que sus soldados estaban mezclados, una cuadro adentro del terreno ocupado por el Coquimbo, con los heridos y muertos de éste. A la cabeza de los suyos, el comandante Llosa y junto a él, su ayudante, el capitán Chacón.

—¿Esta ambulancia es peruana? —indaga un vinoso vozarrón. Eran las ocho de la noche en la cuarta ambulancia recién trasladada a Tacna. El médico Durán necesita urgentes medicamentos que estúpidamente la tropa chilena había deshecho a culatazos. En la sala de cirujía se amontonan cuarenta piernas y treinta brazos amputados, trozos de intestinos, baldes de sangre negruzca. Tres mil heridos reclaman atención en ambos bandos. Por orden del jefe chileno, los sanitarios nacionales enterraban a los muertos del enemigo, dejando a peruanos y bolivianos a una lenta pudrición picoteada por gallinazos. El cirujano Durán ignoró al principio los gritos procaces que crecían por el patio.

—¡Hoy no queda un cholo vivo!

Ahora Durán corrió fuera de la sala. Un borracho carabintero pisoteaba con su caballo a recién intervenidos combatientes que repletan el patio. Pesados herrajes revientan vientres acabados de coser, amputaciones, cabezas.

¡Alto ahí! ¡fuera de mi ambulancia maldito animal! Remolineando el sable acometió el carabinero contra médicos y sanitarios. Durán sintió el acero rebanando aire al ras de su cabeza. Se escondió en el zaguán mientras pedía a sus sanitarios que fuesen en busca de un oficial enemigo.

—¡Ni un peruano vivo, hijos de puta!

Caballo y carabinero atropellaron salas de reposo. El malherido capitán del Castillo esquivó los cascots pero un tajo cruzó su espalda. ¡Hijo del infierno! —bramó el artillero— ¡si tuviera un sable no serías tan valiente, roto de mierda! Con un clamor los heridos pugnaban por alzarse. Se encabritó el caballo y el carabinero recorrió las salas repartiendo mandobles. Su sable atravesó a dos recién operados.

Durán corría a la plaza de armas.

—¡Oficial chileno, oficial chileno! —nadie parecía prestar atención a sus gritos. Por los suburbios se encendía la juerga de los vencedores—. ¡Están matando a mis heridos! ¡Oficial chileno!

Detrás suyo reapareció el carabinero. Cargaba a martarlo. Durán esquivó la primera embestida y corrió en dirección contraria de su ambulancia para alejar al carnicero. Por segunda vez oyó los herrajes chisporroteando a su espalda.

Retumbaron dos balazos al aire.

—¡Quieto o te mato carajo! —aquella voz no admitía réplica.

El beodo carabinero se volvió a mirar quién es el valiente que lo desafía. Era el coronel Orozimbo Barbosa con un revólver en la diestra.

—¡Vuelve a tu campamento inmediatamente! —tronó el jefe chileno.

—Ni un cholo vivo, mi coronel, el General lo ha ordenado.

Esta vez Barboza disparó casi al bulto.

—¡Largo de aquí o te hago dar doscientos azotes por faltarme el respeto!

El carabinero agachó la cabeza y murmurando un está bien mi coronel, ni un cholo vivo carajo, desapareció por las calles tacneñas iluminadas a todo gas.

—¡Atacó a heridos que acabamos de operar, no ha hecho otra cosa que violar la Convención de Ginebra! —temblaba iracunda la voz del cirujano.

—Vuelva a su ambulancia, doctor —el coronel enfundó el arma.

—¡Exijo una explicación!

—Yo peleo con soldados, no con monaguillos —Orozimbo Barbosa daba por concluída la discusión—. Así es la guerra, señor cirujano.

El banquete de los cien

—¡Cojones! —el escritor Juan de Arona contempla la primera plana de los diarios, los deja caer sin creer cuanto ha leído—: ¡Cojones!

Diez minutos después su amigo Narciso Alayza convino en que se perpetraba una infamia. Piérola ni siquiera se molesta en disimular su rencorosa antipatía por la memoria del Almirante Grau y rebajaba al jefe del *Huáscar* a héroe de segunda clase. ¿Se da cuenta, Narciso? ¡De segunda! No necesita nadie ser muy perspicaz para descubrir los vericuetos por los que el actual Jefe Supremo de la República y Protector de la Raza Indígena acaba glorificándose a sí mismo. Resulta transparente, Narciso, este Nicolás se coloca por encima de todos, vivos o muertos.

Sin embargo, nadie protestó.

Ese viernes 28 de mayo, mientras lentos telegramas anuncian desde Arequipa que hace cinco días apareció la vanguardia chilena frente a Tacna y que la batalla definitiva está por librarse, la Dictadura creaba la Legión del Mérito y abría el Gran Libro de la República, ordenando que en su primera página se escribiera, como efemérides inaugural de nuestra historia, el combate de Pacocha del que el propio Piérola era principal protagonista. Se hacían acreedores a la Cruz de Acero de primera clase de la Legión, quienes se hubiesen hecho notar por acciones eminentes de valor o pericia militares, en mar o en tierra. La de segunda clase se otorgaba al mérito distinguido individual. Y, la de tercera, al mérito distinguido obrado colectivamente. Acompaña a la cruz de primera clase una pensión mensual vitalicia de quinientos incas, que el gobierno todavía no ha conseguido acuñar porque no hay oro ni plata en toda la república. Sólo cinco peruanos podían compartir en vida el raro privilegio de esa máxima condecoración. El decreto de Piérola admitía hasta cincuenta héroes simultáneos y vivientes de segunda clase, asignándoles una pensión

mensual de doscientos ficticios incas de oro y no limitaba el número de condecoraciones de tercera clase, a los que premiaba con más modesta aunque siempre vitalicia pensión de cincuenta incas al mes. En cuanto al Gran Libro de la República, quedaba encargado al Gran Consejo de la Legión al Mérito y en sus hojas debían anotarse los hechos heroicos y notables y los nombres de sus protagonistas. Cada 28 de julio, aniversario de la Patria, debía ser leído en todas las plazas del país. También ordena el Dictador que los escolares peruanos lo aprendan de memoria. Por el combate de Pacocha otorga Piérola la cruz de acero de tercera clase a todos quienes lo acompañaron en la sublevación del *Huáscar* y en el combate contra buques ingleses, excluyéndose desde luego a sí mismo, elevándose a supremo árbitro del valor de los peruanos. Por el combate de Angamos acuerda Su Excelencia cruz de primera clase al capitán de corbeta Elías Aguirre y al teniente segundo Enrique Palacios; cruz de segunda al Almirante Miguel Grau y cruz de tercera al jefe de estado mayor Melitón Carvajal, atribuyendo a Palacios el mando del *Huáscar* después de muertos Grau y Aguirre, afirmación que causó estupor entre marinos y entendidos, pues entonces había asumido la jefatura el teniente 1º Diego Ferré y después el teniente 1º José M. Rodríguez y luego el teniente 1º Pedro Gáezon, ninguno de los cuales era mencionado en el solemne decreto de la Dictadura. Otros condecorados son el coronel Isaac Recabarren, con cruz de tercera por la defensa de Pisagua y con la misma distinción el comandante Villavicencio y todos los oficiales y tripulantes de la corbeta *Unión* que burlaron el bloqueo de Arica, y, en fin, se otorgaba cruz de segunda al teniente 2º José Gálvez y cruz de tercera al practicante Ugarte, cuyo cadáver acaba de varar el mar en una playa chalaca.

Al día siguiente, sin que nadie pareciera preocuparse por la posible batalla en el Sur, el diario pierolista "La Patria" apareció con su primera plana adornada por un medallón de Su Excelencia de perfil, con uniforme de gran mariscal y banda de Presidente de la República cruzando su pecho. Otro medallón reproducía el rostro más pequeño del capitán de navío Germán Astete, que condujo el *Huáscar* durante la fracasada revolución de 1877 con don Nicolás a bordo, hasta su encuentro con buques británicos y su posterior capitulación ante el resto de la escuadra peruana leal al Presidente Mariano Ignacio Prado. Se cumplían tres años de los cañonazos frente a Pacocha y Piérola

los celebraba jubilosamente con feriado nacional, ascensos militares a sus más distinguidos partidarios, mitin político en la Plaza de Armas y retreta en los barrios populares.

Suntuosas esquelas redactadas por el calígrafo de Palacio convocan a noventa y nueve personalidades a cenar esta noche con Su Excelencia en el Hotel de Francia e Inglaterra.

La Prefectura del Callao pagó el convoy del Trasandino que trajo al mediodía a mil doscientos pierolistas del puerto. Ya desfilaban tropas de franco y populacho desde la plazuela del teatro, San Pedro y Santa Ana, La Recoleta y San Lázaro a vivir al Jefe Supremo. Once bandas de músicos recorren Lima alentando la fiesta. Arcos de flores y guirnaldas adornan Mercaderes y las bocacalles de la Plaza de Armas. Cohetes de arranque sacudían el cielo. Campaneó la Catedral. Viva Piérola. Y Piérola salió al mismo balcón donde hace catorce meses la trágica figura del General Prado anunció que la guerra había comenzado. Aceptó sonriente aplauso y griterío, por fin su nombre a plenitud y él, aquí, más alto que nadie, más héroe que ninguno, flanqueado por limeños semidioses con reciente uniforme de buena sastrería.

Homenaje, discursos, cívica ebriedad, todo pareció concluir a las cuatro de la tarde cuando Su Excelencia se retiró a la intimidad de su palacio. Pero la multitud no se movió de la Plaza. Nada más cambia el pueblo de vereda, arrimándose de la casa de gobierno al hotel donde pronto se servirá el gran banquete. Ni siquiera una llovizna inoportuna pudo dispersarlo. Al calor de braseros y llameantes anticuchos, abrigado con fervoroso pisquito que manda repartir el señor Intendente de Policía, ese pueblo de dril o diablofuerte se obstinó en festejar Pacocha como si ya hubiésemos ganado la guerra con Chile. Para no disminuir tan lustrosos festejos, se postergaba hasta mañana el solemne funeral del héroe Ugarte. Ya el teniente Gálvez fue enviado a un hospital de tierra por el jefe de la escuadra enemiga. Los ejércitos aliados del sur han de haber corrido a los chilenos de regreso a sus buques y si perdieron no importa, aquí está la formidable espada de don Nicolás para vencer la gran batalla de Lima. Escogidas tropas formaron a lo ancho de la plaza, acordonando el breve camino que debe seguir Su Excelencia. A las seis en punto apareció el primer carruaje oficial. Taconea un corpulento capitán de lanceros, saluda la guardia, aplaude sin saber a quien la multitud. Con frac y fajín ministe-

rial, collar de gran maestro de la vieja Orden del Sol y Gran Cruz del Cóndor de Bolivia, el canciller Pedro José Calderón sonrío afablemente al populacho, entra al vestíbulo que reluce, dedica satisfechos chasquidos de lengua a arreglos florales rojiblancos que elevan un gran óleo del Jefe Supremo, pasea espejeantes vacíos salones escoltado por el Vice Canciller Larrabure, pasa revista a los ochenta mayordomos de imperfectas libreas alineados detrás de monsieur León, contempla el enorme pabellón izado por el *Huáscar* hace tres años y que han puesto al fondo del comedor, inspecciona la vajilla de porcelana con el escudo de la república grabado en oro y de oro blanco los labrados cubiertos traídos del palacio, busca y no halla defecto a la opulenta mesa en forma de herradura y a los asientos cuya distribución ha desvelado desde ayer a los expertos de la Sección Protocolo.

Ahora se apuraban coches para depositar a los noventa y nueve elegidos en el Hotel de Francia e Inglaterra. Una y otra vez empuja la gendarmería montada a la muchedumbre que pugna por aproximarse a los príncipes de la ciudad. A ellos sueñan parecerse, los imitan con grasienta irrisoria pobreza: cocheros de alquiler con tarro de unto, negros artesanos de astrosas levitas, medicastros sin título pero con capa y escarpines. Los verdaderos, es decir, quienes son imitados, visten hoy toda su grandeza, uniforme de gran gala o perfecto frac londinense, perla o zafiro en la pechera y, en cada pecho, condecoraciones incomparables, cruces y collares y grandes cruces, la Orden de los Omeyas, la sobria codiciada Legión de Honor, la venerable Gran Cruz de Isabel La Católica y la Gran Cruz de Mayo, una que otra águila prusiana, la orden romana de San Gregorio Magno y la aún más rara de San Hermenegildo, la común Orden del Sol y la de Malta y la portuguesa del Infante don Enrique, escarapelas reservadas a beneméritos de la Patria y a sus defensores y fundadores, medallas a quienes vencieron alguna vez, distintivos de oro auténtico y del otro, que sólo reluce, y también de acero esmaltado o de plata, salpicados de brillantitos, recamados de esmeraldas, al cuello o en solapas o en briscadas pecheras o pendientes de bandas de seda de ricos colores. Por ahora dueño del banquete cuya organización le fue confiada, Pedro José Calderón reserva una palmadita al más bien desnudo frac del divertido Ricardo Palma, a cuyo lado espera ocupar pronto un sillón de la Academia de la Lengua, y afectuosamente abraza a su aliado don Zoilo Flores, ministro de Bolivia, a

quien hoy acompaña don Melchor Terrazas, nuevo y amplísimo plenipotenciario con quien discute la posibilidad de reunir Bajo y Alto Perú en un solo estado federal. Acaba el día y aún campanean iglesias de barrio que no interrumpen cotidianas devociones. Nadie ha de llegar después de las siete, hora última reservada a Su Excelencia el Jefe Supremo. ¿Vendrá de uniforme? ¿acaso de frac? Esperándolo a secas, en pulcros racimos que conversan a media voz, cuchichea Gabino de Menchaca que ni a cuatro y medio peniques es posible cambiar soles de papel. Ayer se celebraron operaciones a cuatro y el Secretario Barinaga se obstina en mantener su cambio oficial en doce peniques. Imposible conseguir letras contra Londres, se interrumpen exportaciones de azúcar, ni siquiera la Casa Dreyfus parece interesada en embarcar más guano de islas que buques chilenos cañonean o visitan con frecuencia. Carraspea Derteano que no incineran todos los billetes canjeados por la emisión fiscal, trampa del Secretario Barinaga que le proporciona excelente defensa contra la virtual expropiación de su Banco Nacional. Con imperceptible voz reservada, explica que no importa los balances publicados en "El Peruano", hay más circulante y casi ningún valor que respalde tal montaña de papel moneda. Al Banco del Perú no le interesa continuar operaciones, liquidaba a la vez que ofrecía zanjar diferencias con la Dictadura entregándole cincuenta mil esterlinas y ni un penique más. Tómenlo o déjenlo. El Secretario Barinaga, que primero la consideró una propuesta inaceptable, indagaba ahora cuándo y dónde pueden poner esa suma a disposición del gobierno. Más cautos, Derteano y los accionistas del Banco Nacional ni siquiera insinúan una transacción. Permiten que los interventores de la Dictadura manejen el negocio mientras se siguen poniendo a salvo, cada cual a su manera. Pronto acabará de arruinarse el comercio limeño a consecuencia del bloqueo. Antiguos y bien reputados almacenes se proponen cerrar para siempre. Compran valores quienes aún confían, venden a cualquier precio los que pronostican una inminente ruina nacional. Aunque sirve para intercambiar urgentes datos financieros, no es una reunión de negocios. Los recién elevados héroes de Pacocha permanecen cerca de la entrada, con secretarios de Estado y altas jefarquías militares. Hasta hace cinco meses se decía que estos pierolistas robaron el *Huáscar* y que tras recoger a don Nicolás, como en todas sus revoluciones auxiliado por la sospechosa indiferencia chilena cuyos puertos le servían

de plataforma de partida, pasearon nuestro litoral en busca de apoyo popular evidentemente sin contagiar su espíritu sublevado. Sólo cuando Prado los declaró piratas y solicitó auxilio a todas las escuadras del mundo para capturar al escurridizo monitor y al fin perseguidos por buques británicos, lejos de rendirse atacaron intrépidamente a la escuadra de Su Majestad Victoria, despertó Piérola fervor popular, el mismo que acabó por auparlo en la jefatura de la Nación. De réprobos en héroes a la altura del sacrificio de Angamos o de la simplemente ignorada batalla de Tarapacá y del combate a lanza en las pampas de Junín, este puñado de piérolistas rompe en anticipado aplauso mientras la calesa presidencial transporta de una a otra orilla de la Plaza de Armas a don Nicolás. Viste el Protector de la Raza Indígena uniforme negro con brandemburgos y entorchados de oro, sombrero vagamente de mariscal con penacho, solitaria banda suprema sobre el pecho desprovisto de medallas. Se propagó la ovación por la multitud de zambos a su modo también vestidos de serio y a los atestados balcones del Hotel Cardinal o a las ventanas de la Maison Dorée, donde hoy se sirve patriótico menú especial en homenaje a Pacocha. Saludan cornetas, rompen las bandas de músicos a tocar la marcha 21 de Diciembre, taconeán los batallones rindiendo honores, no cesa el griterío callejero y los cultos pero también extensos aplausos en los salones inmediatos al banquete.

Eran cien, ni uno más. Parece gozar Su Excelencia de buena salud y espléndido buen humor. ¿Habrà llegado al fin la noticia de la victoria en el sur? ¿anunciará a los postres que ya ganamos la guerra? El pétreo inmutable semblante del coronel Iglesias no participa de tan improbable secreto. Como una majestad avanza don Nicolás entre sus convidados, saludando y conversando con altísima sonrisa, sin ofrecer la diestra a nadie, a lo más asintiendo con la cabeza. Y a don Nicolás ofrecen reverencias, puestas en dos filas, esas noventa y nueve dignidades. No perderán el tiempo con aperitivos. Mientras la misma orquesta que acompaña andaluzas evoluciones de la pareja de baile Expert-Vadillo en el Teatro Principal, interpreta ahora dulces amortiguadas notas vienesas o italianas, se abren las puertas y, ya instruídos los asistentes del lugar que les corresponde, evolucionan en busca de sus cubiertos mientras Su Excelencia se dirige a la cabecera, aguarda sonriente uno o dos minutos a que todos estén en posición, los invita a sentarse con un gracioso ademán y a su vez ocupa el sillón

con el escudo de la república tras el cual permanecen en atención encordonados edecanes y tenso mayordomos. A su derecha, el capitán de navío Germán Astete no disimula su emoción. Luego, el canciller Calderón que cuchichea sabrosas picantes historias limeñas al Ilustrísimo Mario Mocermi, delegado apostólico de Su Santidad y Arzobispo de Heliópolis. Después el buenmozo coronel Guillermo Billinghamurst, vecino al doctor Ribeyro en quien se corporiza la doble dignidad de Presidente de la Corte Suprema y Rector de la Universidad Mayor de San Marcos. Del otro lado conversan el ministro de Bolivia y el coronel Iglesias y más allá el joven héroe Juan Martín Echenique, y el Alcalde Melitón Porras, y el anciano Villar y el Secretario Panizo, y el héroe Duffóo, y el General Jefe del Estado Mayor General de los Ejércitos Pedro Silva, y el señor Arzobispo y el Presidente de la Beneficencia José Antonio García y García, y el Vice Presidente del Consejo de Estado Arenas, y el General Fermín del Castillo cuyo hijo se encuentra en el sur, y don José Casimiro Ulloa, y el Padre García que es capellán de Palacio y Vicario General Castrense, y el Alcalde de Chorrillos Jorge Elster a quien el Zar acaba de designar cónsul general de Rusia en el Perú, y Monseñor Roca y Boloña, y Derteano, Pasapera, Gallagher, Lecca y el juez Chacaltana, el coronel Prefecto del Callao Saavedra, y Guillermo Scheel con el nuevo hombre de Dreyfus en el Perú que se apellida Dubois, y Gerardo Garland, y el héroe Villavicencio, y el héroe Gárezon, y el influyente Rufino Torrico, también Menchaca, Correa y Santiago, Figari, Heudebert y hasta cien bocas que aprueban el perfectamente frío *Pavillon blanc du Château Margaux* y degluten la puntual *mousse* de salmón, el cristalino consomé, numerosos tiernos individuales *omelettes* rellenos de una dedicada crema de camarones mientras un más vigoroso y perfumado *Corton Charlemagne* llega a tiempo de acompañar filetes de lenguado cubiertos por una cálida liviana salsa muselina. Con las mejillas encendidas explica Calderón al Nuncio cómo el almirante inglés D'Horsey disparó dos torpedos Whitehead que aquí, nuestro gran amigo el comandante Astete esquivó con soberbias maniobras y parece al rollizo delegado apostólico que Pedro José Calderón hubiese sido uno de los aventureros de Pacocha, salud señoría, y ambos ingurgitan fraternalmente el rosado cabernet de *Dampierre-sur-Loire* y, ya emboticado el pavo relleno con castañas, lubrican con *Mouton-Rothschild* la ambrosía de corderos, antesala de gruesos *tournedós* al champaña y de borbotones de *Roma-*

née Conti 1873 que hicieron detonar jubilosos gritos de viva el Perú, viva Piérola. Alabados por unanimidad los *crepes* rellenos de almendras al chartreuse y servida la champaña, el Canciller Calderón seca sus gruesos labios, puesto de pie dedica una reverencia al Jefe Supremo, Su Excelencia, señoría, eminencias, dilectos amigos, estábamos en presencia, para decirlo con pocas palabras, del Salvador de la Patria, del mesías cívico, del político predestinado para tomar entre sus manos limpias el timón de la república en sus horas más tenebrosas y, caballeros, hemos de rogar a Su Excelencia una benevolente disculpa ya que a su humildad ejemplar disgustaba el elogio, pero lo cierto es, señorías, que resulta imposible recordar el memorable combate de Pacocha sin decir con toda justicia que don Nicolás de Piérola había sido el formidable espíritu y la altiva conducción de esa epopeya. Ah, si el gobierno caduco, fatuo y traidor de Prado y de los civilistas que lo manipulaban, no hubiese mancillado el honor nacional implorando a una escuadra extranjera que capturase o hundiera a nuestro glorioso monitor, estaba demás decir señorías que la obra de regeneración nacional de Su Excelencia el Jefe Supremo habría empezado no en diciembre de 1879 sino en mayo de 1877 y que otro habría sido el destino de la guerra desde sus principios. Señorías, don Pedro José Calderón se preciaba modestamente de ser amigo personal y antiguo partidario de don Nicolás, y sabe que su formidable voluntad, su clarividencia como estadista, su energía verdaderamente portentosa y, sobre todo, su infinito amor al Perú, ejemplo si se quiere del más puro amor filial, eran capaces de mover montañas y las moverían para arrojarlas sobre el invasor y sepultarlo en la ignominia. Aún a riesgo de importunar a Su Excelencia, debía decir Pedro José Calderón que está en desacuerdo con las recompensas otorgadas a los gloriosos vencedores de Pacocha, porque, señorías, excluían al Excelentísimo Señor Jefe Supremo, inspirador y conductor de tan imperecedera acción naval, y lo excluían, digo, porque su valor y su amor a la Patria francamente escapaban a las medidas humanas y habría, entonces, que crear por unánime consenso de los ciudadanos de la república, una distinción única, un galardón incomparable para colocarlo sobre su pecho generoso. No quería el Canciller olvidar en esas breves palabras de salutación y recuerdo a los bravos jefes, ciudadanos y soldados que acompañaron a Su Excelencia en aquella jornada, decididos a morir hasta el último hombre antes que arriar el pabellón nacional, este

mismo pabellón que hoy nos acompaña, antes que arriarlo, decía, ante cañones extranjeros y frente a la sacrosanta tierra que nos legaron nuestros antepasados. Por esos hombres singulares, a su extraordinario conductor, a las victorias que han de ofrecernos en el futuro próximo derrotando al invasor y castigando sus delitos, a la era de paz y progreso que Su Excelencia ha de construir en beneficio de generaciones venideras, a Piérola, al monitor *Huáscar* que será recuperado, al combate de Pacocha, a la victoria proponía su señoría el Canciller un brindis.

CAMANA A AREQUIPA

28 DE MAYO

HORA: 5.40 A.M.

Hablaron Zoilo Flores y el plenipotenciario Terrazas a nombre de la hermana y aliada república de Bolivia, cuyo honor e integridad territorial defendían los peruanos con su sangre generosa y en cuyo futuro, hoy más que nunca vinculado al del Perú, no sólo era previsible sino inevitable la victoria final sobre el común enemigo chileno.

SIRVASE COMUNICAR A S.E.

EL JEFE SUPREMO LO SIGUIENTE:

Hasta las once de la noche discursaron el comandante Astete, el canónigo Tovar, José Casimiro Ulloa, los comandantes Villavicencio y Carrasco, el señor Duffóo, el coronel Eléspuru, el infaltable don Julio Jaimes, Benito Neto, el General Vargas Machuca, el coronel Alvízuri. A esa hora Su Excelencia dio por concluido el banquete e invitó a los presentes a beberse una última copa en su palacio.

PREFECTO SOLAR COMUNICA
QUE COMBATE EMPEZO EL 25
HOY 26 CONTINUA

A las once y cuarto, noventa de los convidados cruzaron la plaza a pie y su achispada jubilosa conversación fue respetuosamente escoltada por la gendarmería de Echenique que encabeza a los notables. Doña Jesús Itúrbide de Piérola y Su Excelencia les dieron la bienvenida en la residencia presidencial. Dulcecitos de convento, frutas almibaradas, bombones y delicados confites de Broggi, helada champaña, licores de naranja y cacao, añejo coñac esperan a estos viejos amigos de la primera familia de la república. Apoltornado en su butaca predilecta, don Nicolás se entregó al re-

cuerdo de sus revoluciones y Billinghamurst se permitió algunas bromas de antiguo camarada. Sí, ya lo creo. A pesar de tantos sinsabores, se habían divertido mucho con la vida de campaña, conduciendo arriesgadas montoneras. A las tres de la mañana su conversación se deslizó al más serio asunto de la defensa de Lima.

Clareaba cuando un vaporcito chileno se puso al habla con el *Blanco Encalada* frente al Callao, cinco millas al oeste de San Lorenzo. Un oficial con uniforme de parada trasbordó en una falúa al acorazado insignia. Galvarino Riveros salió a recibirlo mientras abrochaba su capote de Almirante. El oficial le entregó un sobre lacrado, con la escritura del señor Lynch y el sello de la Escuadra.

Leyó:

¡Viva Chile!

¡Tacna tomada!

Los buques enemigos saludaron la aparición del sol con salvas de veintiún cañonazos.

Arica no se rinde

—¿Quién vive?

—¡Perú!

Al amanecer del 29 de mayo desconfió la voz del sargento Vicentelo trepado en un parapeto de sacos de arena debajo del Fuerte Ciudadela.

—Dile que se identifique por nombre y grado —sopló el soldado Trillo a la vez que montaba el gatillo de su rémington y ponía la mira sobre una confusa silueta a caballo. ¡Maldita camanchaca, era como pelear entre humos de locomotoras!

—¡Nombre, grado y unidad a la que pertenece! ¡vivo o disparo!

—¡Comandante Roque Sáenz Peña, muchachos... batallón *Iquique* N° 33!

Todavía Vicentelo desconfiaba.

—¿Viene solo, mi comandante? —gritó sin descansar el rifle.

—Me acompañan el subteniente Loayza y dos baqueanos.

El sargento ordenó a su tropa que no dejara de apuntar.
—¡Entre despacio, mi comandante!

El argentino Sáenz Peña llegaba de comisión luego de explorar el norte y las sierras. Salido al mismo anochecer del 26 de mayo, ignoraba el santo y seña aprobado anoche por el Estado Mayor. Merodeó Chacalluta, donde acaban de pasar avanzadas de caballería chilena. Por las montañas se le dijo que Montero hostiliza al enemigo. Sin saber que se trata de los Guerrilleros de Vanguardia, cuyo jefe Leoncio Prado descargaba inmediatos contragolpes emboscando patrullas, incendiando forrajes, dinamitando caminos de herradura y tiroteando dormidos campamentos, el voluntario argentino suponía que hay activos batallones aliados a dos o tres jornadas de Arica. Ya Montero y apenas quinientos sobrevivientes del Alto de la Alianza continúan su retirada hacia Puno, el Primer Ejército del Sur ha dejado de existir, también los bolivianos se fueron a casa y doce mensajeros despachados por el almirante, entre oficiales y propios, no llegarán nunca a Arica con las últimas intrucciones superiores para el coronel Bolognesi: salve usted inmediatamente a su ejército, reúname con Leiva en la cordillera. Como los mensajeros de Montero, los chasquis que envió del Solar han sido capturados por el intenso patrullaje de la caballería chilena o, evitándola, todavía caminan por lo más alto de las montañas. El joven abogado Sáenz Peña, que fue diputado en su patria argentina y ya famoso periodista antes de venir de voluntario al Perú, acaba de cumplir 29 años. Hace poco, su influyente familia envió un emisario desde Buenos Aires a pedirle que volviera, ya había hecho suficiente por los hermanos de la Alianza. Sáenz Peña, por su valor ascendido a jefe de batallón en el campo de Tarapacá, se negó rotundamente. Bolognesi y Ugarte, con quienes había establecido entrañable amistad, lo instaron a viajar. Después de todo, no era su pleito. Mala edad para morir los 29 años y en el Morro nadie tiene mucha esperanza de salir indemne. Aquí nadie lo creerá traidor si después de un año de sacrificios y valerosa actuación, regresa al lado de sus padres. El apuesto argentino sonreía. Toda injusta agresión en América era su causa. Argentina debió intervenir impidiendo esta guerra chilena de conquista. Había sido su patria la que originó y condujo la definitiva acción libertadora americana a principios de siglo y ahora, cuando peligraban ideales de justicia y autodeterminación de pueblos que había ayudado a emanciparse, sus dirigentes se lavaban las

manos. Al menos Sáenz Peña combatirá hasta el final. Aquí se quedaba y aquí se encuentra, mientras clarea el 29 de mayo de 1880 y entra al paso en el Fuerte Ciudadela.

Lizardo Pedraja, subteniente de quince años, salió al encuentro de la fatigada patrulla nacional. Mañana abandonará este foseado rectángulo con muros hechos de costales de tierra y endebles cuadras interiores carpinteadas con madera de embalaje, para ocupar su nuevo puesto como ayudante del primer jefe en la más débil batería del Este. El uniforme gastado por varios meses de campaña resultaba algo grande para su cuerpo enflaquecido por la dieta de arroz y charqui y a veces carne y sólo a veces alegrada por golosinas que llegan de Tacna.

—¿Alguna noticia de la ciudad, mi comandante? —supone a sus padres y hermanas a salvo en el interior, pero algunos soldados dispersos que llegaron al atardecer del 26 a Hospicio y que Elmore envió a Arica bajo escolta, narraban el bombardeo de Tacna y atrocidades cometidas por los vencedores contra la población civil.

—¿Tacneño, subteniente? —el comandante no había dejado la montura en las últimas veinte horas.

—Sí, señor.

Sáenz Peña suspiró. Casi todos aquí son de Tacna o Tarapacá o del propio puerto de Arica. Al menos él no tenía que preocuparse por la seguridad de sus parientes.

—De Tacna, nada... sólo rumores.

Por la nebulosa atmósfera de las seis menos diez de la mañana, apareció el mayor Fermín Nacarino, jefe del Fuerte. A falta de capote se envolvía con una frazada. Detrás suyo emergían oficiales y soldados ávidos de noticias.

—Invíteme desayuno —rogó Sáenz Peña. Sus cabalgaduras se desmoronan de cansancio y pidió mulas prestadas para después bajar a Arica. No tenían otra cosa que hojas de coca para infusión y viejas galletas en el fuerte. Sáenz Peña sonrió como quien anuncia un maravilloso obsequio de Navidad. Cuchicheó—: Conseguí café y azúcar... le puedo obsequiar hasta media libra.

En el cuartel general de su séptima división, desde ayer establecido en lo alto del Morro, el coronel José Joaquín Inclán tijereteó su larga barba negra, acicalándose a la luz de un lamparín de kerosene mientras crece un resplandor diurno, entre lácteo y humoso, filtrándose ajustadamente por una ventana sucia. Cuidaba de su apariencia personal mientras fuese posible. Personalmente creyó que los chilenos atacarían Arica de inmediato. Crecía su es-

cuadra bloqueadora pero los batallones que tomaron el Alto y después Tacna, parecen haberse tomado vacaciones. ¡Mejor! Así los nuestros tendrán tiempo de reconcentrarse y, unidos con Leiva, atacar combinados con la guarnición de Arica. Aunque el teniente coronel Medardo Cornejo es jefe de las baterías del Este y Juan Guillermo More de los cañones del Morro, mientras no se decida el definitivo plan de batalla, Inclán vigilaba personalmente el horizonte ahora desocupado por sur y oriente. A la edad de 55 años puede considerársele un militar de carrera, pese a esporádicos retiros a cuidar de su pequeña hacienda tacneña "Piedra Blanca", próxima al Caplina. Hace veintidós años fue diputado nacional y hace diecisiete, alcalde de Moquegua. Amigo del General Prado y del asesinado Manuel Pardo, su rango de coronel efectivo sólo cede en antigüedad al de Bolognesi en Arica. Una vez que vistió el uniforme, puntualmente a las seis salió a inspeccionar a los *Artisanos de Tacna* cuyo jefe, el coronel Marcelino Varela, pierolista hasta los huesos, seguía siendo su amigo de toda la vida. Porque también Varela era tacneño, hijo de un español que administraba el servicio postal en la provincia, y de Nicolasa Barrios, lejana parienta del coronel Inclán. Estos cuatrocientos soldados armados con rifles peabody, han sido entrenados por los veteranos sargentos Vildoso, cuyo ascenso a oficiales acaba de proponer Inclán a la comandancia general. En lo alto del Morro, los coroneles revistaron a la tropa y contemplaron luego la estancada camachaca entre Cerro Gordo y las sierras de Condorillo. Hoy tampoco atacarán los chilenos. Acaso todavía tengan que enfrentarse a los ejércitos aliados del sur.

—Mi coronel, volvió el señor Sáenz Peña, mi coronel —informó el ayudante-subteniente Noé Picoaga.

—¿Dónde está?

—Paso por el Ciudadela, señor... —sonrió el muchacho— ... ¡Ha traído café, mi coronel! ¡Ah, señor! ... Lo envía la Comandancia General.

Entregó un sobre lacrado.

—Junta de jefes a las diez, Marcelino —dijo Inclán después de leer—. Estás citado.

Amarilleaban los helechos en el salón de la comandancia general y el ayudante capitán Iturbe volvía a examinarlos, preguntándose qué extraña enfermedad, qué suerte de ictericia vegetal los estaba asesinando. En sus activos movimientos por la casa de Francisco Bolognesi, la Calderona explicó que plantas y gentes se parecen, señor capitán, con

lo que insinuaba que en Arica todos empezábamos a morir de lo mismo.

Cinco minutos más tarde, el coronel tomó asiento frente al magro desayuno: una taza de té chino, galleta y restos de confitura de naranja adheridos a un frasco de vidrio que, colmado hasta el borde, enviaron hace un mes desde una hacienda de Azapa. Había pasado casi toda la noche en vela. Sólo un rato, acaso media hora, lo venció el cansancio y entonces se soñó con Enrique navegando en alta mar, en una época que no existe porque no se conocía la guerra que el coronel intentó explicar en vano, sin que sus palabras pudiesen penetrar coherentemente al sueño. *La guerra no se hace por amor a Dios.* Entonces, ¿para qué sirve la guerra? Existe, Enrique, lo malo es que existe y teníamos que pelear. Ahora contempla con desgano la galleta que al fin muerde, preguntándose si es que sólo prevalece la estirpe de Caín a la vez que se sabe incapaz de conceder perdón a nadie, mucho menos al enemigo. Su estricta y longeva manera de ser estaba llena de secretas clemencias que en esta última edad de la sabiduría resulta imposible repetir. Ni se da ni se recibe cuartel, ni se debe confiar en nada, ni ya se puede perdonar. Sólo por una inquebrantable rectitud total podría Arica sobrevivir al terrible asedio y asalto que se avecinan.

—Se le va a enfriar el té, don Panchito —la confianzuda afectuosa voz de la Calderona tocó las orejas del coronel.

—¿Por qué no te vas a Azapa? —Bolognesi despertaba—. Hay muchas haciendas y podrías conseguir trabajo. Yo puedo pedir a los amigos que te den refugio.

—¿Y quién va a cuidar de usted, don Panchito? —con los brazos en jarras, la rabona se disgustó—. No soy menos que usted, tocayito, también puedo disparar un rifle...

—Pronto nadie tendrá que cuidarme, Pancha, es mejor que te vayas ahora.

—¿Usted no me cree? —la Calderona espantó moscas que se aproximan al desayuno—. Entrégueme un fusil y le demostraré lo que valgo. A que disparo mejor que usted... además, mi coronel...

—¿Qué cosa, hija?

—...yo estoy aquí por usted...

—¿Y si no fuera por mí?

—...pues andaría por los fuertes como manda la situación. ¡Habrase visto! ¡irme a esconder en Azapa! Oiga, mi tocayito, ¿cierto que las rabonas chilenas usan uniformes elegantes?

Ugarte había escuchado rutinarias cornetas sin moverse de su camastro en el Fuerte San José. El coronel Zavala podía entendedérselas con el manejo de la octava división hasta las nueve de la mañana. Semanas de acecho, nocturnas exploraciones hasta Hospicio o Condorillo, la apresurada fortificación de las faldas de Cerro Gordo y del cementerio, el incesante estudio de todas las combinaciones posibles para destruir al enemigo si ataca Arica, la tensión causada por el silencio de Leiva y Montero postraban al coronel Ugarte. Hoy no puede más con la vida. Iquique, su ciudad, aparecía por la memoria como un lugar antiguo y deshabitado, una intacta ruina de pronto descubierta en el sorpresivo confín de un desierto. Después del presumible desastre de Tacna, también Arica se vaciaba. Mujeres y niños se marchan a fincas azapeñas o aún más alto, a pueblos serranos desde los que es posible seguir viaje a Puno o al seguro interior de Bolivia. Pesadamente se desploman sus párpados, rehusa su cuerpo ponerse en pie. ¡Ah, si sólo pudiera dormir hasta mañana! A ras de ojos lo secuestró un sueño entrecortado, francamente inútil. Cuando el teniente Barbachán entró a sacudirlo, ahora sí despierte mi coronel, dentro de un rato empieza la junta de jefes, Alfonso Ugarte se sintió agotado como si no hubiese añadido un par de horas de descanso a sus huesos. Se echó encima un traje civil y partió por la ribera, mirando varadas malaguas y el océano casi rojizo, casi marrón, eso que los playeros llaman una mar enferma y que a Ugarte siempre le pareció de pésimo agüero.

Camino de Arica se le unió el subprefecto Sosa, con quien el jefe de la octava división compartió la dirección del espionaje peruano desde mediados de mayo.

—Regresó Sáenz Peña —dijo la autoridad—. Cree que Montero se mantiene firme cerca de Pachía.

—Hum.

—Quisiera salir rumbo a Chaca —Sosa calcula que el enemigo no los cercará antes de cuatro o cinco días—. Hay que conseguir aguardiente, pisco, vino, cualquier cosa.

—¿Qué ocurre?

—¿Alguna vez has visto pelear una batalla sin trago? . . . Y no hay más que dos barrilitos en toda la ciudad.

—No quisiera que te capturen —el fresco aunque maloliente aire de mar alertaba a Ugarte—. Sabes demasiado.

—¿Me crees capaz de hablar?

—No.

—Y no creo que puedan encontrarme— sonrió el sub-

prefecto. Se preciaba de conocer la región mejor que nadie.

„Eran los últimos en llegar a la cita en el cuartel del Estado Mayor General en la Aduana. Ugarte guiñó un ojo saludando a su amigo Sáenz Peña. Al extremo de esa mesa donde antes había presidido consejos el Almirante Montero y todavía antes el General Prado, el rosado semblante del coronel Bolognesi se concentraba en la lectura de varios documentos. Miró a Ugarte y sonrió. Faltan dos minutos para las siete. El viejo le reservaba asiento a su izquierda. Se inclinó a cuchichear una buena noticia—: Alfonso, vieron a Enrique arrastrando un cañón por Pachía. ¿Se da cuenta? ¡Está vivo!

Señores, se inicia la junta.

Veintiocho jefes y oficiales de alta graduación asintieron.

Bolognesi echó una larga mirada a su jefe de estado mayor de la Torre, a Inclán, a Arias y Aragüez, a More que es nuevo jefe de las baterías del Morro en remplazo de Camilo N. Carrillo ya en viaje a Lima, al trujillano O'Donovan, al empeñoso ingeniero Elmore, a los Cornejo, rostros barbudos, casi jóvenes, ojos en los que perdura la memoria de esposas e hijos y madres, casi todos lugareños, gente de aquí mismo, de Tacna, de Iquique o Tarapacá hombres a los que una guerra adversa arrasaba hogar y heredades. Caballeros, el señor Bolognesi los ha reunido para tratar en consejo de guerra inminentes y definitivas operaciones militares.

—Es evidente que soy un hombre viejo —sonrió. Había nacido 63 años atrás, el 4 de noviembre de 1816 en Arequipa—. Y no diré que me sea fácil morir por esa razón. No lo creo. Pero ustedes. . . —y sus ojos se detenían afectuosamente en Sosa, en Ugarte, en Francisco Chocano, en Elmore, en el coronel Ramón Zavala, en todos los que no han cumplido treinta años— . . . ustedes no han siquiera empezado a vivir. Así que no me parece justo ordenar batalla a muerte sin antes haberlos escuchado. No quiero que nadie atribuya a egoísmo de mi parte el propósito inquebrantable que me anima de morir al frente de mis pequeñas legiones antes de entregar Arica al ejército invasor. ¿Comprendido? . . .

Un murmullo asintió.

— . . . coronel de la Torre, lea usted el último telegrama que enviamos al General en Jefe.

—Con gusto, mi coronel. . . —el Jefe del Estado Ma-

yor de Arica rebuscó sus bolsillos y acomodó sus espejuelos de lectura—. *Señor General Montero, Pachía. Dice el coronel Bolognesi que aquí sucumbiremos todos antes de entregar Arica. Háganos propios, comuníquenos órdenes y noticias del ejército y de los auxilios de Moquegua.* Yo mismo transmití el telegrama a las ocho de la noche del 26 de mayo.

—Y no hemos tenido respuesta —se fatigó Bolognesi—. Nada. Ni una palabra. Sin embargo se dice que Montero está entre San Francisco y Tarata con 3,000 soldados de los nuestros y Leiva debe hallarse a punto de reunírsele con tres a cuatro mil tropas frescas del Segundo Ejército. Coronel Ugarte, ¿quiere usted revelar el resultado de nuestras pequeñas actividades de espionaje?

—Creemos que casi nueve mil aliados entraron a combate —resumió Ugarte—, la mitad de ellos bolivianos. Las bajas del Perú se estiman en mil quinientos hombres, de los que hay seiscientos heridos en las ambulancias de Tacna. Novecientos, pues, murieron en acción o fueron repasados a cuchillo después de la batalla. La diferencia, tres mil soldados y oficiales, debe haberse agrupado con el General Montero en las montañas. En cuanto a las tropas bolivianas, hay novecientos heridos en Tacna y los sobrevivientes han regresado con Su Excelencia a La Paz... —Ugarte miró al jefe de la plaza como preguntándole si debía continuar— ...Nuestras pérdidas materiales han sido tremendas. El enemigo nos capturó cuatro cañones Krupp de montaña y seis Blakeley, aparte de seis ametralladoras que tanta falta hacen en Arica. Nos han tomado también cuatro mil rifles rémington y chassepot, algunos peabody, granadas, espoletas, pólvora, estopines, cureñas y unas quinientas cajas de munición. Una división chilena sube por la sierra buscando al General Montero. El resto vivaquea en Tacna. Debo mencionar que los comerciantes extranjeros han abierto sus almacenes y que a cambio de moneda chilena abastecen a nuestros enemigos. Sin embargo es posible que pronto se agoten las provisiones disponibles.

—Mi coronel —intervino Arias y Aragüez—. ¿Puedo preguntar cuáles fueron las últimas órdenes del alto mando aliado?

—Resistir, resistir hasta que no quede nadie vivo.

—¿Se trata de cumplir con un acto heroico solamente?

—Todo a su turno, coronel —Bolognesi echó mano a unos papeles que le alcanzaba de la Torre—. Si consideramos que nuestra fuerza efectiva asciende a 1,858 hombres

entre jefes, oficiales y tropa, y que hay 229 enfermos, comisionados o con licencia, resulta que nuestra fuerza disponible llega a apenas 1,628 combatientes... poca cosa para resistir un masivo ataque chileno que tiene de quince a dieciseis mil soldados acampados en Tacna y su escuadra frente al Morro. Así que, caballeros, cuando hablo de morir en Arica no estoy fabricando una metáfora...

Bolognesi permitió que sus jefes reflexionaran durante unos minutos.

—¿Y cuáles son los objetivos militares de la resistencia que se nos ordena, mi coronel? —se oyó al coronel Carlos A. Belaúnde—. ¿O es que el señor Montero nos quiere sacrificar para alivio de su derrota en Tacna?

—Seré preciso en mi respuesta —un ligero disgusto trascendió en la voz de Bolognesi. Antes que peruano o miliciano, el novato jefe de los *Cazadores de Piérola* era pierolista y había intrigado activamente contra la autoridad de jefes de línea a quienes en esta hora suprema imaginaba civilistas o pradistas antes que peruanos—. Primero, debemos ganar tiempo para que se reúnan las fuerzas de Leiva y Montero y puedan atacar desde la cordillera. Segundo, el General Baquedano necesita urgentemente ocupar Arica para avituallar su ejército que ahora depende de extensas líneas por el desierto. Y tercero, y acaso lo más importante: la guerra no ha terminado y nos corresponde dar el ejemplo. El Perú no se rinde, caballeros, tampoco nosotros podemos capitular o abandonar el Morro. Aquí lucharemos hasta quemar el último cartucho. Esa es mi decisión pero la someto a la aprobación de ustedes, exigiéndoles solamente que fundamenten sus votos en alta voz.

—Con su permiso, señor —Ugarte rompió al fin un largo silencio—. Hay momentos en que no se lucha solamente en razón de ventajas militares. Así quedásemos completamente solos en Arica, soy de la opinión que no nos podemos rendir. Han profanado nuestro país, violado a nuestras mujeres, repasado a nuestros heridos, traicionado nuestra confianza, robado nuestras riquezas, pillado nuestros hogares, señor, yo me niego rotundamente a entregar mi espada a ningún oficial chileno en ninguna época ni lugar. Para serle franco, mi coronel, si usted ordena rendirse, creo que por primera vez desobedeceré sus órdenes. Con todo respeto, mi coronel, a menos que una combinación ordenada por el alto mando nos condujera a una batalla contra Chile en las montañas, creo que usted sólo puede ordenar pelea aquí, hasta que no quede un sobreviviente.

Uno a uno se pronunciaron los jefes.

El coronel Inclán explicó que tan reducida fuerza sólo tiene valor estratégico reteniendo las facilidades portuarias de Arica y que es una obligación defenderlas hasta ser exterminados o vencer. Arias y Aragüez afirmó que si la pequeña guarnición ariqueña entretiene a los chilenos, es posible que el Segundo Ejército ataque por sorpresa y entonces, señorías, todo habrá cambiado, así que a combatir hasta el último hombre. Juan Guillermo More dijo sombríamente que no se moverá de sus baterías aunque el Juicio Final caiga encima suyo y que no acepta rendición alguna ni siquiera con honores. El jefe del Estado Mayor de la Torre fundamentó su voto coincidiendo con las razones militares ofrecidas por el coronel Inclán. Los marinos Raygada, Rómulo G. Tizón y Sánchez Lagomarsino recordaron el sacrificio de Miguel Grau: convertirán el monitor *Manco Cápac* en un gigantesco torpedo para lanzarlo contra el acorazado *Cochrane*. El coronel Varela, también el joven Zavala hablaron de sus pueblos arrasados y conquistados, afirmando que sólo con la resistencia a muerte pueden oponerse por ahora los peruanos al invasor. El coronel Belaúnde dijo que no es un deshonor capitular y mencionó el arrojó de Su Excelencia, el Jefe Supremo, que sin embargo sabía retirarse de un adverso campo de batalla para después vencer cuando las condiciones eran propicias. Elmore dijo que ojalá sea aún posible dinamitarlo todo: pueblo, muelle, cañones, aduana, caminos, de modo que si se ha de morir, murieran los peruanos con su propia tierra. El teniente coronel Medardo Cornejo votó a favor de resistir hasta el fin, sin olvidar que es preciso mandar propios en busca de órdenes del General en Jefe y de despachar mensajes usando el cable submarino todavía intacto hasta Mollendo.

A mediodía, los veintiocho jefes de Arica se habían pronunciado. Apoyaban la desesperada defensa que ordena Bolognesi.

—No esperaba otra cosa de ustedes —dijo el coronel controlando su emoción. Se volvió a de la Torre que actuaba de secretario—: Escriba usted: Arica no se rinde.

Carta de Belaúnde a Piérola

Arica, mayo 30 de 1880

Señor don Nicolás de Piérola — Lima.

Muy respetado compadre:

Con el corazón enlutado tomo la pluma para, en cortas palabras, manifestarle los acontecimientos del funesto día 26. El 25, a las 5 p.m. nuestro ejército en Tacna le tomó al enemigo 60 mulas cargadas de agua y tres prisioneros, los mismos que confesaron que más atrás venían algunas carretas cargadas también con más agua y algunos víveres, y por el interés, nuestro General, de tomar al enemigo esos elementos, destacó del campamento, según aseguran algunos dispersos, cinco batallones con el objeto de darles caza a los enemigos que vinieran conduciendo dichos elementos; lo que no se verificó, por no haber encontrado a nadie y, por el contrario, en esa perseguida perdió nuestra fuerza toda la noche en vano, y haciendo andar en esas pampas a la gente, hasta el día siguiente a las 6 a.m., hora en que el enemigo se presentaba a nuestro ejército a la vista. A las 10 a.m. se trabó el combate y a las 12 m. se dejó flanquear nuestro ejército por el ala izquierda, entrando el enemigo a Tacna y Montero huyendo a Pachía, según dicen con 3,000 hombres; otros dicen que está en Palca, pero lo cierto, compadre, es que esos cobardes civilistas se han corrido como unos miserables, dejando nuestro país en manos del enemigo, y sin ninguna probabilidad nosotros de poder rescatar Tacna, pues el coronel Leiva, en quien teníamos esperanzas, sólo ha llegado a Torata el día 26 de éste, es decir, el mismo día que los chilenos tomaban Tacna; así que el coronel Leiva no podrá llegar ni el día 4 de junio, que aún sería tiempo de dar a los chilenos otra segunda batalla, pues dicen que no tienen sino 7,000 hombres y como quiera que Leiva dicen que trae cuatro y tres que tiene Montero, podrían pues muy fácilmente vencer a los enemigos en Tacna. Yo estoy defendiendo Arica con mi batallón, que tiene 380 hombres de inmejorable gente tacneña y todos pierolistas de corazón y resueltos a morir todos antes que dejar tomar al chileno este puerto. Si nos llegasen a vencer por el número los chilenos, inutilizaríamos antes todo en Arica

y si quedamos vivos algunos, nos retiraremos a juntarnos con Leiva si éste demorase por alguna circunstancia.

Esta es la verdad de los acontecimientos, querido compadre, pero en fin, aquí nos consuela la idea de que Ud. ha de castigar a los cobardes chilenos, pues así confiamos todos los amigos de Ud.

En cuanto a mí, compadre, ya sabe Ud. que cuenta conmigo y con mi batallón y que si aquí perdemos y quedo vivo y puedo escapar, marcharé a formar otro batallón a otra parte, a fin de defender siempre a Ud. y su gobierno, pues esa sola es mi única consigna.

No teniendo otra cosa por ahora que comunicar a Ud., le deseo buena salud y le repito que cuente Ud. con el brazo de su verdadero compadre y seguro servidor.

Carlos A. Belaúnde

Cable submarino, urgente

A S.S. EL PREFECTO DE AREQUIPA
ARICA MAYO 30 DE 1880
ESFUERZO INUTIL, TACNA OCUPADA POR EL
ENEMIGO. NADA OFICIAL RECIBIDO
ARICA SE SOSTENDRA MUCHOS DIAS
Y SE SALVARA, PERDIENDO EL ENEMIGO
SI LEIVA JAQUEA APROXIMANDOSE
SAMA Y SE UNE A NOSOTROS.

BOLOGNESI

Traición de Belaúnde

Al amanecer del 1º de junio, el coronel Ramón Zavala escuchó sombríamente el informe del mayor Gerónimo Salamanca, tercer Jefe del batallón *Tarapacá*: Carlos Agustín Belaúnde andaba sublevando campamentos. No sólo azu-

zaba a su propia tropa tacneña sino que propone a ciertos oficiales de la octava división salvar el pellejo desobedeciendo las órdenes de ese anciano obstinado que se encuentra al mando de la plaza. Antiguo partidario del Mariscal Castilla y respetuoso amigo del General Prado que acabó entregándole una división en el sur, el señor Bolognesi está al servicio del caduco mando militar civilista. Visto desde fanáticos ojos pierolistas de provincia, era preferible desobedecer sus órdenes y capitular mañana mismo ante el enemigo. Ya Belaúnde lo había insinuado en la junta de jefes y lo escucharon como a un traidor. Ahora propaga la voz de que Leiva no llegará en auxilio de la plaza y mucho menos el miserable de Montero, que rendirse no es acción de cobardes teniendo al frente un enemigo tan numeroso, que a sabiendas se iba a sacrificar a la flor y nata de la juventud tacneña, que Bolognesi nos lleva al matadero, que ha llegado la hora de salvarse adonde podamos ser de veras útiles al gobierno de don Nicolás. Afortunadamente nadie parece de acuerdo, mi coronel. Zavala vestía abrigadas ropas. Por su campamento a mitad de camino entre la explanada del Chinchorro y el viejo cementerio, helaba una densa camanchaca. ¿Y dónde está Belaúnde? Informa el subteniente Henke que regresó a su colecticio batallón *Cazadores de Piérola*, en cuyo vivac brillan luces de kerosene, acaso señal de que continúa la conspiración.

Clareaba cuando los coroneles Ugarte, Zavala y Sáenz Peña subieron a los fuertes del Morro, a conferenciar con Inclán, jefe directo de los *Cazadores de Piérola* que integran la séptima división. Pero Carlos Agustín Belaúnde no es todo el batallón ni es el único Belaúnde enrolado entre los defensores de Arica. En vísperas del combate no se puede desarmar a esos trescientos pierolistas tacneños, a quienes se ha asignado la estratégica cobertura del cerro Amiani, al sur del Morro. Decidieron exponer la crisis a la máxima y experta autoridad del coronel Bolognesi.

—¿Qué ocurre, coronel? —nunca antes el jefe de Arica había visto tan rabiosamente lívido el veterano semblante del coronel Inclán.

—Venimos a comunicar graves ocurrencias, señor —dirigió una mirada a los ayudantes del jefe de la plaza— ...en privado, mi coronel.

Por los fuertes se relevaban centinelas, tocaban las cornetas diana aurora.

—¿De qué se trata?

—Insubordinación de un jefe de batallón, mi coronel.

Bolognesi no pareció sorprendido. La verdad, esperaba actos de corbardía y hasta deserciones aunque no tan pronto. Ni siquiera tienen enemigos a la vista. Un estricto elemental sentido del deber manda pelear, no importa que el viejo coronel compadezca la juventud de muchos hombres a sus órdenes. Despachó a su ayudante Iturbe en busca del Jefe del Estado Mayor de Arica y preguntó al friolento comandante O'Donovan si sus provisiones del Morro alcanzan para beberse una taza de café.

Ahora Bolognesi pasaba más tiempo en el cuartel del Morro que en su antigua casa y comandancia general en la ciudad. Devuelto a la existencia de campaña, sus únicas posesiones aquí son un catre de lona, dos sábanas de tocuyo y una frazada militar. La estrecha penumbra de estos aposentos se llenó de un lácteo resplandor: el sol llegando a través de puntuales neblinas. Aparecieron More y Arias de Aragüez, que también trae frescas quejas de las actividades subversivas de Belaúnde. Anoche mismo explicaba sus ideas de capitular a un grupo de oficiales de los *Granaderos de Tacna*. El mayor Felipe Antonio de Zela, influyente abogado y segundo jefe del batallón, tuvo que invitarlo a abandonar el fuerte.

—¿Quiénes lo secundan?

—Poca gente y de su propio batallón —dijo Arias y Aragüez.

—Podemos confiar plenamente en el comandante Francisco Cornejo —se refirió Inclán al segundo jefe del batallón de Belaúnde.

—¿Y la tropa?

—Son tacneños, mi coronel —casi protestó el jefe de la séptima división—. Yo respondo por ellos.

—¡Ah, señor Inclán! Asirios, cartagineses, turcos, hunos y hasta prusianos han desertado en vísperas de una batalla —sonrió Bolognesi—. El miedo es un fenómeno universal. A ratos yo también quisiera largarme y estoy seguro de que ustedes también...

Los jefes rieron, asintiendo. ¡Vaya que tenía razón el jefe de la plaza! Nadie en Arica está a salvo de instantes de íntimo terror.

—...pero francamente la actitud del coronel Belaúnde me resulta intolerable... —se dirigió a Inclán— ...encárguese de él. Ordene inmediatamente su prisión. Que lo encierren en el *Manco Cápac* mientras se le somete a su mario juicio militar.

—¿De qué lo acuso, mi coronel?

—Insubordinación, por ahora... —llegaban tazas de café— ...y hable privadamente con el comandante Cornejo, es preciso devolver su entusiasmo a los *Cazadores de Piérola*.

Esa mañana, el condestable Arias, más conocido como Campo Hermoso, descubrió a su joven sobrino Alfredo Maldonado con los ojos puestos en el distante valle de Azapa, sentado en lo alto del parapeto de sacos de arena. Sintió lástima por el muchacho. No ha cumplido dieciseis años y hace una semana que su madre, Micaela Aricas, partió de Arica, a refugiarse en una hacienda azapeña, sin que el joven cabo, de comisión en el norte, hubiese podido despedirse de ella. Por ahora no lo necesitan en el Fuerte Ciudadela y Campo Hermoso fue en busca de Arias y Aragón que volvía de la junta de jefes, a solicitar permiso para que el imberbe cabo de cañón subiera a Azapa a despedirse de los suyos. Casualmente Bolognesi oyó la petición. Observó con compasivos ojos al adolescente. Tiene quince pero aparenta trece años. Desde abril lo había visto trabajar infatigablemente, apilando pesados costales de tierra para extender la segunda fila de parapetos en Cerro Gordo o participando en constantes simulacros ordenados por el teniente coronel Medardo Cornejo para mantener sus baterías del Este a punto de combate día y noche. Arias y Aragón titubeaba. Si empiezan a conceder permisos, pronto no quedarán mil combatientes en el Morro. Igual dar permiso a Belaúnde a que se fuera a Lima, a pedir nueva plaza a su compadre don Nicolás. Bolognesi recordó que hoy parte una pequeña expedición con el joven subprefecto Sosa a conseguir aguardiente y medicinas en las haciendas de Azapa y, más allá, en el valle de Chaca, y sugirió que agregaran a Maldonado a la partida. Si probablemente va a morir a los quince años, lo menos que que se le puede reconocer es el derecho a recibir la bendición de su madre.

Federico Sosa escribía impresiones de la víspera en el cuidadoso diario de campaña que redacta desde fines de 1879. Todo está aquí, nombres, horas de pasados ataques, el relato de juntas de guerra, su propia vida de campaña. Aunque es mayor de la antigua Guardia Nacional y el mismo rango efectivo lo reviste en esta campaña, Federico Sosa prefería ropas civiles, menos comunes en estos últimos días de guerra en el sur. Tocaban a su puerta.

—¡Adelante! ...hola, Alfonso —cierra su cuaderno, sonríe, ofrece una silla. En un confortable rincón de la

Aduana diseñada por Eiffel, Sosa disfruta de tranquilo alojamiento. A cincuenta pasos, en el mismo edificio, queda su despacho de máxima autoridad política de la provincia. Pronto cumplirá treinta años—. ¿Cómo te va con el mariscal Belaúnde?

Ugarte sonrió con desagrado. No le gustan dobles conductas, ni los valientes absolutos sólo cuando se trata de pronunciar arengas, ni los enfermos políticos. Hay quienes le han sugerido al oído que después de la guerra habrá pocos civiles con más probabilidades que Ugarte para llegar a la Presidencia de la República: cultura europea, familia rica, categoría de héroe conquistada en las más adversas campañas y en la victoriosa jornada de Tarapacá, indiscutible capacidad de mando y mucha simpatía. Ya era tan famoso como los coroneles Cáceres o Bolognesi. Pero Alfonso Ugarte rechazaba de plano tales insinuaciones. Una podrida esencia brotada de los poros del gobierno, indica que el ejercicio del poder es necesariamente una sucia actividad. Ni tiene ambición, ni se siente capaz de soportar intrigas limeñas. En fin, y lo decía con una franca sonrisa, era muy feo. Ahora, su rostro de achatada nariz de pugilista, refleja malestar.

—Van a llevarlo preso al monitor, al menos ahí no seguirá jodiendo... ¡francamente!...

—¿Qué cosa? —el suprefecto consultaba la hora. Se pondrá en marcha al atardecer. No sólo quería conseguir aguardiente. También pretende explorar Condorillo y cerciorarse de que no hay traidores entendiéndose con Baquedano.

—...pues podría pedir traslado a la intendencia, a cualquier puesto lejos de los fuertes...

Sosa se encogió de hombros.

—...oye, Fico, quiero pedirte un favor...

—Cuenta conmigo.

—...Hemos vivido juntos desde diciembre en Arica. En mi caso, conozco a toda la octava división desde la infancia. Zavala es como mi hermano. Yo hice el batallón *Iquique* mientras él organizaba el *Tarapacá*. Eramos cuatrocientos paisanos marchando arriba abajo por la ciudad con escobas al hombro... —Sosa sonrió— ...y ahora, ahora vamos a tener nuestra última batalla. Salvo que ese cabrón de Leiva aparezca por Condorillo, en unos días vamos a estar todos bajo tierra...

—Así es, Alfonso. Tienes toda la razón.

—...pues en la séptima división pasa algo parecido,

¿no? Todos tacneños, de Tacna o de aquí. Tu padre fue amigo de Inclán...

—Me prestaba caballos en su hacienda y nos mandaba canastas de melocotones y de uva a casa una vez al año.

—...has estudiado con Zela, con Chocano, hasta Fernández Dávila y los muchachos de la torpedera son de casa, ¿sabes, Fico? No podemos ir así nomás a la batalla.

Sosa no pareció comprender.

—¿Y cómo quieres que salgamos a pelear? —rió de pronto—. ¿Como un retrato de familia? No hay que ponerse sentimental.

—No seas cojudo, Fico, hablo de reunirnos. Para eso necesito tu auxilio. La séptima división desea ofrecer una comida a todos los jefes y oficiales de la octava división, de las baterías y del monitor... si es que los chilenos nos dan tiempo.

—Realmente increíble —volvió a reír el subprefecto.

—Si vas a traer aguardiente podrías cargar con algo bueno de comer.

—Estoy desfondado, Alfonso, voy a pedir ayuda a los hacendados o a confiscar lo que necesita la tropa... no estaría bien expropiar además gallinitas para una cuchipanda de oficiales. No puedo hacerlo.

Ugarte extrajo una flaca talega de su uniforme.

—Sáenz Peña colabora con toda su fortuna —derramó sobre el escritorio once libras de oro—. Opina que el viejo se merece un pequeño homenaje. En cuanto a mí, me queda esta letra de cien pesos chilenos contra Valparaíso. No quise usarla porque es un maldito dinero enemigo. Tiene la firma de Hilliger. Cualquier extranjero de la campaña te la aceptará encantado. ¿Qué dices?

—Alfonso, si los rotos ocupan Condorillo, no sé si podré pasar de vuelta. Me pueden matar y también puedo perder todas mis mulas.

—Entonces festejaremos con charqui, compañero. ¿Cuándo regresas?

—No sé. Pasado mañana si es posible.

Pasaron hasta el muelle. El alcalde Pescetto se reunía con familias neutrales para establecer pequeños hospitales de sangre protegidos por pabellones extranjeros. Se ignora cómo fue verdaderamente la batalla de Tacna, pero han llegado noticias del repaso de heridos en las propias ambulancias de la Cruz Roja. Pescetto quería evitar otra barbarie en su ciudad. Al mismo tiempo gestionaba asilo para mujeres y niños en los buques de guerra neutrales fondeados al norte de la bahía.

—¿Te acuerdas cómo era? —Sosa bocadeaba aire marino. Lentamente el océano recobra su característico azul turquí.

—Hum —Ugarte no olvida el muelle por el que movían fardos, a la vez atestado de vendedoras de pescado y paseantes y extranjeros de paso. Todo ha ido desapareciendo o está clausurado: el club de la Unión, el divertido bar “El monitor”, hasta la fonda de Chifú dejaron de existir. No puede evitar acordarse de su amada ciudad de Iquique, que rápidamente se transforma en ciudad chilena llena de aventureros ingleses. A los peruanos sospechosos de actividades vinculadas a la cada vez más débil resistencia, los confinaban en nuevos calabozos de la hedionda isla de Cuadros. Juan Gildemeister, a quien casi eligen alcalde de Lima a principios de año, establecía un enorme almacén iquiqueño que vende acero, manómetros, lampas, tuercas, gatos, ladrillos, cadenas, azufre, todo cuanto se necesita para activar las salitreras. Cambia de nombre la topografía y la ciudad: ahora hay una plaza Prat, una calle Esmeralda, una avenida Aníbal Pinto y pronto, Ugarte está seguro, habrá una calle Baquedano y otra plazuela Sotomayor y una alameda Valparaíso, hasta borrar toda memoria de su auténtica nacionalidad. Ingenieros y abogados se instalan a organizar el reparto de minas, propiedades urbanas, concesiones, negocios, y, pronto, de salitreras: todo un país que compran barato chilenos y británicos a nacionales más que menos forzados a vender. Miles de rotos llegan a trabajar en calicheras o a raspar guano y el viejo almacén “La Democracia” los abastece de porotos, diablofuerte, coca, petates y calzado cochabambino. Por la calle Esmeralda se desparraman provisiones, desde ostras a tapioca y sagú, de pasteles trufados a chuño y callampas, de *chartreuse* o *cassis* a chicha de Aconcagua. Con el mismo gerente y casi todos sus mismos accionistas, el Banco Mercantil del Perú se transforma en *The Mercantile International Bank*. Siempre bien acogido por los peruanos, John Thomas North se empieza a adueñar del negocio del salitre con la complicidad de mister Harvey y del influyente Edwards y su banco de Valparaíso, y, con sus socios Humphrey y Dickinson, establecía la gigantesca fundición Tarapacá, representada por Harvey en La Noria, no importa que este inglés sea asesor del gobierno de La Moneda en asuntos salitreros. También ha comprado North casi todo el puerto de Pisagua y pronto conseguirá los ferrocarriles. ¿Comprendes, Fico? Eramos un botín, nada más. Lo mis-

mo sucederá aquí y en Tacna y en cada centímetro que resulte conquistado por los ejércitos de Chile. Contemplando Arica desde el extremo del muelle, Sosa rehusó imaginársela chilena, puesta a subasta a punta de bayoneta.

A las cuatro de la tarde el cabo Maldonado picó espuelas a su mula detrás del señor subprefecto. Nadie más que su secretario Portocarrero y el sargento Lanchipa acompañan a Federico Sosa en la atrevida excursión al interior. Irán primero al valle de Chaca, que desde hace meses se supone bajo control de patrullas chilenas y, de regreso, si queda tiempo, visitarán haciendas de Azapa. A dos kilómetros de Arica, el subprefecto consideró razonable los argumentos de Lanchipa: a Chaca nomás, señor, o si usted prefiere a Buena Vista y alrededores. Ahorita aparece Baquedano y no es momento para estarnos paseando a la vista del enemigo.

—¿Qué opinas, Julio?

Portocarrero asintió. Encontrarán todo lo que necesitan en Chaca. Mejor volvían pronto.

—Muy bien, directo a Chaca... —Sosa se acordó del cabo— . . . Maldonado, ¿conoces tu camino?

—Sí, señor.

—¿Puedes ir y regresar solo?

—Por supuesto, señor.

Sosa había conocido al padre del muchacho, don Santiago Maldonado, capataz de los lancheros de Arica.

—Pues arranca de una vez. Y dale mis respetos a tu señora madre.

—Muchas gracias, señor.

Un rato lo observó alejarse hacia las lomas detrás de Buena Vista.

—¿Quieren que les diga la verdad? —comentó a sus acompañantes— Espero que su madre no lo deje regresar. Es un niño, francamente un niño.

En los fuertes del Morro, el coronel Belaúnde escuchó con pálidas mejillas los cargos formales que en su contra pronunciaba el coronel Inclán.

—Considero que se comete un abuso con mi persona, señor —mira a Bolognesi qua a su vez clava ojos implacables en el jefe de los *Cazadores de Piérola*—. Considero un grave error militar el sacrificio de nuestros batallones. Por sostener con toda claridad mis ideas, resulto sospechoso de una traición y se me presume cobarde.

—A espaldas de sus inmediatos superiores ha dicho usted a sus propios oficiales y a los de otros cuerpos militares

que debemos capitular ante el enemigo y que mis órdenes, que expuse oportunamente en una junta de guerra en la que usted intervino, significan llevar a toda la guarnición al matadero... textualmente, al matadero —ahora la voz de Bolognesi helaba—. Imagino que al aceptar del gobierno el importante despacho de coronel, se habrá tomado usted la molestia de familiarizarse con la ordenanza militar. Ha incurrido en evidente insubordinación y por lo mismo se le someterá a juicio. Mientras tanto cumplirá arresto a bordo del *Manco Cápac*. Coronel Inclán, encárguese del cumplimiento de mis órdenes.

Atardecía. Ya en el monitor se encerraban para otra noche de posibles torpedos o abordaje enemigos.

No hay falúa y, además, el capitán de puerto Raygada solicita orden escrita de Bolognesi para mandar prisionero al coronel sublevado.

—Señor Belaúnde, ¿bajo su palabra de honor permanecerá prisionero?

Inclán apelaba al honor de oficial, respetado de palabra aún entre enemigos peruanos y chilenos.

—Desde luego, señor Inclán. ¿Por quién me toma usted?

—Pues diríjase al batallón *Iquique* y permanezca allí hasta mañana.

Belaúnde saludó militarmente y se dirigió al trote a los fuertes del norte.

Antes de regresar a su propio cuartel, el jefe de la séptima división despachó a un ayudante a prevenir al mayor Manuel Revollar, tercer jefe de los *Cazadores de Piérola*, que ese batallón no debía obedecer más a Belaúnde.

Volvían patrullas: por el río Azufre han visto jinetes chilenos, hubo una corta balacera en Hospicio. Esta misma noche partían el ingeniero Elnore y el teniente Ureta a minar el ferrocarril en Chacalluta.

Pero el coronel Belaúnde no se presentó jamás en el campamento del batallón *Iquique*. Ya de noche entró a pie a las tiendas de los *Cazadores de Piérola*.

—¿Qué ha ocurrido, mi coronel? —se preocupó el mayor Revollar.

—¡Baje la voz! ¿Dónde está Cornejo?

—Se fue a Arica —cuchicheó el tercer jefe de los *Cazadores*—. No volverá hasta mañana.

—Soy víctima de una conspiración civilista, tengo que salir de aquí.

Se les unía el capitán Pedro Hume.

—Nos van a acusar de cobardía y traición, ¿comprenden?

Hume murmuró que intentan difamar a los partidarios de don Nicolás echándoles encima idénticos cargos por los que se expulsó de filas a los Prado y a Velarde.

—¿Y qué hacemos, mi coronel?

—Usted, Hume, prepáreme un caballo y provisiones. Me iré esta misma noche y, Revollar, le aconsejo que haga lo mismo...

—Pero no puedo partir ahora, mi coronel.

—...entonces lárguese tan pronto le sea posible. Esto será una carnicería completamente inútil y don Nicolás nos necesita a todos en Lima.

—Comprendo, mi coronel.

Minas peruanas en Chacalluta

Con el chassepot puesto sobre las rodillas, el sargento Rendón mascaba su bola de coca a la vez atento a la sombra y rememorando días casi felices, porque a comparación de la continuada miseria de esta guerra, las más difíciles horas civiles se parecían bastante al paraíso terrenal. Mientras se acerca la hora de someterse al juicio de su propia conciencia, atribula al zambo Rendón ignorar el paradero y hasta la existencia y, en fin, el nombre con que fue bautizado el hijo que abandonó en el hinchado vientre de Benedicta Ubaqui, a quien Rendón, playero de veinte años, llamaba Beni mientras la amaba no lejos del embarcadero de Huacho allá por 1871. Cuando la chola salió con barriga, el zambo no se despidió. Nada más se fue a bordo de un vapor que zarpaba al Callao. No te ibas a amarrar con una familia y sucesivas criaturas desde tan temprano en la vida, sobre todo si el trabajo de playero y el ascenso a lancharo y a capataz obliga a moverse de puerto en puerto, en busca de mudable prosperidad. Más tarde un camarada informó que Beni había alumbrado a un zambito saludable y que durante un tiempo anduvo preguntando dónde encontrar al sinvergüenza que la había preñado sin nunca mandarles un billetito para ayudarla a vivir. Después desapareció con el niño. Cuando era sábado y Rendón quemaba sus ganancias bebiendo cervezas en lupanares por-

tuarios, lo acometía la curiosidad por ver, aunque sólo fuese una vez, a su único hijo. Barqueó algodón, guano, salitre. Trabajó en el Callao, en las Islas, en Iquique y en Pisagua. Allí lo transformaron en soldado y en sargento. Desde el 2 noviembre de 1879 no ha cesado de combatir y caminar desiertos, pensando que cualquier día, paf, un balazo invisible se lo llevará a la otra sin conocer a ese niño suyo que ha de haber cumplido ocho años. Descargó un verde escupitajo contra la creciente oscuridad de las ocho y media. Ahora presentía al enemigo.

En este herboso paraje donde acaba la pedregosa planicie que conduce a Tacna, se oye golpear el mar enredándose con las aguas del río Azufre, bajadas desde el macizo del Condorillo. Diez kilómetros al norte de Arica, Chacalluta es el final del valle. De aquí al sur hay gramadales, caminos de herradura, tapias, raquílicas huertas, zancudales. El teniente Ureta contempló un rato la noche casi fría, casi desprovista de estrellas. Había visitado a sus cuatro vigías que envejecen desde el amanecer escudriñando norte y oriente en espera de chilenos.

Ayer aparecieron enemigos en un carro de mano por la vía férrea. Su capitán Juan de Dios Dinator dejó a cuarenta *Carabineros de Yungay* a un kilómetro de la estación de Hospicio y con sólo un alférez y diez soldados se aproximó al puente de Chacalluta. Juan Ramírez, telegrafista peruano, descubrió de oído que algo rodaba por los rieles. Sólo acompañado por un subteniente y dos clases, echó mano de un rifle y recibió a tiros al atrevido Dinator. Al rato llegaron refuerzos nacionales: veinte jinetes al mando del rico hacendado Lorenzo González, que presta servicio de exploración, correo y espionaje directamente a órdenes del señor Bolognesi. Huyeron los chilenos y más tarde informó el hacendado que desde la playa cambiaron inteligencias con el blindado *Cochrane*, del que se arrojó a nado el marinero inglés John Lewis, que servía bajo la bandera de Chile, trayendo a tierra un pliego con instrucciones presumiblemente dirigidas al propio Baquedano. Los carabineros acamparon después seis cuadras al norte del río Azufre. No se movieron hasta el anochecer. En tan peligrosa vecindad, Elmore y Ureta minaron el pago de Chacalluta.

El teniente encontró al ingeniero en su escondite tras unos matorrales, contemplando alambres eléctricos conectados a la batería. Basta tirar del interruptor para que diez barriles de dinamita despedacen el puente ferrocarrilero sobre el Azufre y revienten un buen trecho del camino de

herradura. Se propone no sólo inutilizar la vía férrea sino, de ser posible, volar en pedazos al comando chileno cuando atravesase el lugar. Elmore no se dejaba arrastrar por la impaciencia. La batalla de Tacna fue el 26 y ya estábamos a 2 de junio sin que Baquedano mostrara realmente intenciones de atacar Arica. Además, de aquí no saldrán con vida. Para que la sorpresa sea completa, devolvieron sus mulas al Morro quedándose a pie, escondidos entre arbustos y chatos pajonales que el enemigo arraserá a sable y bayoneta tan pronto se consume la múltiple explosión. Otros candidatos para operar estas minas eléctricas pusieron como condición una numerosa escolta y los mejores caballos disponibles. Pero el tiroteo de ayer en Chacalluta hacía desconfiar al enemigo y tienen que simular el completo abandono de Hospicio y sus cercanías. Ingeniero y jefe de torpedistas se ofrecieron de voluntarios. Los acompañaron Rendón y tres rifleros del *Tarapacá*, dispuestos a acabar de una vez con la interminable espera por una batalla. Ureta sonrió a su amigo ingeniero: ni siquiera hoy viste uniforme sino el habitual atuendo de hilo de Bengala y casco de corcho. Si lo atrapan, en el acto será fusilado por espía y montonero.

—Ya sabes, Teodoro, nuestra única misión es destruir el ferrocarril —repetía el intranquilo teniente en voz baja—. Pero debemos dar la impresión de que el Morro y Arica están rellenos de dinamita...

—Todavía no nos han atrapado.

—...es que no me siento capaz de galopar más rápido que esos malditos caballos de Baquedano.

La verdad, las inconclusas minas de Arica harán algo de bulla pero no pueden contener al ejército chileno como no sea por el miedo.

—Está bien, está bien —se aburrió Elmore. Habían discutido varias veces qué decir si los toman prisioneros.

A gachas, como pisando no el suelo mismo sino un inmediato colchón de aire, Rendón resbaló a su encuentro.

—¡Ahí vienen, ingeniero!

—¡En tren?

—¡Caballería, ingeniero!

Todavía ignoran qué fuerzas atacarán el Morro. Hoy temprano partieron de Tacna y Pocolay el regimiento *Buín* y el 3º de *Línea*. Y mañana se pondrán en marcha el 4º de *Línea* y el batallón *Bulnes* con veintidós cañones y dos ametralladoras. Seiscientos jinetes, entre cazadores y carabineros, entraban a Chacalluta precediendo a las más anti-

guas y expertas tropas de Chile. Escucha Elmore el numeroso rumor de cuatro escuadrones enemigos. A Rendón se le secó la garganta. Estaban en proporción de uno contra cien y a dos leguas de los fuertes de Arica. Agachados entre malezas, cerca del puente, atisban numerosas siluetas más oscuras que las nueve de la noche.

—Están dándole de beber a la caballada —susurró Ureta.

Trescientos jinetes entraban al puente mientras el resto abreva a sus cabalgaduras en la orilla del río. Elmore contó hasta diez y tiró del interruptor. Una, dos, tres minas deshicieron la noche, esparciendo pedruscos y fuego a cien metros a la redonda. Espantados caballos derriban a la tropa enemiga, aquella estampida dejó a pie a doscientos carabineros.

—¡Fallaron siete minas! —masculló Elmore volviendo a tirar del interruptor. ¡Nada! Fracasaba su laborioso improvisado alambre eléctrico.

—¿Nos retiramos, señor? —a Rendón se le agotaba el aire.

Desde la otra orilla los descubrieron. Una descarga malhirió al teniente Ureta. Corría a gachas el sargento hacia salvadoras tapias y pantanos que apenas soportan su loca carrera. A cien metros, la oscuridad lo devoró. Cae en charcas de hasta metro y medio de profundidad, esconde sus huellas por breves ciénagas sale al fin a la playa dispuesto a meterse a nado en las rompientes con tal de no caer prisionero. Había perdido su rifle pero está vivo, parece que vivo para mucho tiempo. Atrás rodeaban a sus compañeros.

—¡Cuatro heridos, mi comandante!

El teniente coronel Rafael Vargas, jefe de la avanzada chilena, contempla los daños causados a la línea férrea. Necesitarán un día o dos para remplazar rieles retorcidos y reforzar la estructura del puente. Sus exploradores descubrieron minas de ocho kilos de dinamita que no llegaron a estallar.

Enrique Valdez, alférez de cazadores, traía a un prisionero. Informan que un teniente peruano se desangra al borde del Azufre. Contempló a Elmore. No viste uniforme.

—¿Usted disparó esas minas?

—En efecto —la voz del joven Elmore no tiembla ante tantos enemigos ansiosos de acuchillarlo.

—¡Pónganlo contra esa peña y fusílenlo! —sentenció Vargas.

A Elmore no se le ocurría pedir clemencia. Llegó pues la hora. Ni siquiera le preguntan su nombre.

El subteniente Valdez acercó una linterna al rostro del condenado. Lo registraban. Se le encontró una carta y un plano de Chacalluta que él mismo había dibujado con experto trazo profesional.

—El-mo-re —descifró la escritura el subteniente—. ¿Es usted?

—Sí, soy yo. Teodoro Elmore, ingeniero militar.

—¿Y por qué no viste uniforme?

—Porque no lo tengo, señor. Y tampoco voy a trabajar desnudo.

Tanta sangre fría llamó la atención del capitán Orrego y del propio Vargas. Al fin preguntaron de quién se trata. Vaya, teníamos aquí nada menos que al joven y ya famoso ingeniero Teodoro Elmore, a quien se atribuye la construcción de las más importantes defensas de Arica. El poder de esas minas impuntualmente detonadas impresionó vivamente al jefe chileno. El alto mando, hasta el propio Baquedano han prestado exagerada atención a los rumores de que todo el peñón y el puerto de Arica han sido dinamitados para desintegrar a peruanos y chilenos en lo peor del combate. Ordenó al pelotón de fusilamiento que bajara los rifles.

—Señor Elmore —intervino Vargas—. Le pido constituirse en mi prisionero bajo palabra de honor...

El peruano aspiró una fresca bocanada de noche.

—...¿acepta usted no intentar escaparse?

Elmore asintió.

Vargas reunía rápidamente una escolta.

—Que lo lleven a presencia del General Baquedano —tronó su voz para luego agregar con un murmullo al alférez que lo custodiaba—. Y cúidemelo bien, es un regalo del cielo.

Informe sobre un desertor

Al señor coronel Jefe de la Plaza.

Arica 1º de junio de 1880

Señor coronel:

Poco después que me separé de V.S. en compañía del

coronel Belaúnde, a quien no pude mandar oportunamente a cumplir el arresto decretado al monitor *Manco Cápac*, por habersele encontrado tarde y por necesitarse orden para el comandante de dicho monitor, como lo hice presente a V.S. me dirigí a mi alojamiento mandando a dicho jefe, bajo su palabra de honor, al batallón *Iquique*, en virtud de la orden recibida en el tránsito, reservándome prevenir después que se le retuviera en calidad de preso.

Entretanto, por vía de precaución, mandé al mayor Pozo fuese a las baterías del Norte, a prevenir al 3er. jefe del Batallón Piérola que no obedeciese ninguna orden que pudiera haberle dado el coronel Belaúnde.

En la mañana de hoy mandé a dicho mayor al batallón *Iquique* a prevenir al jefe de él que pusiera preso al coronel Belaúnde y me ha contestado que no se había presentado arrestado, cometiendo esta nueva falta de insubordinación, sobre la que motivó la orden de su prisión.

Por las investigaciones que he hecho practicar, resulta que había tenido una bestia lista y que se ha fugado, llevándose un soldado de guía, infamando con el delito de desertión la alta clase con que fue investido.

Como la falta de movilidad en el valle de Lluta, al que es seguro que se ha dirigido, puede retardar su fuga, sería conveniente que V.S. ordenase a las autoridades de ese valle que capturen al prófugo.

Sensible es, señor coronel, que en momentos tan solemnes para la patria, cuando todos sus hijos deben dar ejemplos de abnegación y sacrificio, haya hijos que la denigren por actos de pusilanimidad e insubordinación como los del individuo de que me ocupo.

Dios guarde a V.S.

José J. Inclán

Enemigos a la vista

Treinta metros delante de los rifles de una guerrilla del *Buín*, el ingeniero Teodoro Elmore desandaba el camino de Arica. Detrás suyo, seis mil invasores parecían pisar huevos. Sospechan que campiña y sierras, no sólo puerto y peñón están totalmente sembrados de minas, como las descubiertas en Chacalluta. Todo el martes tuvieron al

ingeniero en capilla, mientras lo acusan de montonero y le preguntan qué partes de Arica pueden reventar bajo el peso de sus tropas. A su vez Elmore los inducía a pensar que hay toneladas de dinamita enterradas en torno al Morro y se negaba a dar información alguna que traicionara al Perú. Cuando el General Baquedano llegó a Chacalluta ese miércoles a las diez de la mañana, sus nerviosos soldados se negaban a avanzar a menos que se averigüe la ubicación de las minas. Por quinta vez interrogaron a Elmore y se formó un pelotón de fusilamiento. Al fin decidieron ponerlo delante del ejército chileno. Si quiere salvar su joven existencia, evitará pasar sobre ocultos explosivos. Y si intenta escapar, hay orden de perforarlo a balazos. Hasta donde el ingeniero conoce, no hay trampas en toda la recta entre Chacalluta y Arica. Si acaso Smith y Charles y el resto de torpedistas ariqueños han preparado nuevas minas desde ayer, Elmore morirá lo mismo que los chilenos. Francamente ya no le importa. En sus idas y venidas entre el patíbulo y la casucha donde lo interrogaron se le habían gastado las ganas de vivir. Cinco veces ensayó mentalmente una enhiesta postura ante los rifles y el grito de viva el Perú, muera Chile con que estorbará la puntería de sus verdugos. Fuera de todo control inteligente, su organismo sudaba y se le retorcían las tripas y sin embargo no extravió su altiva compostura. Ahora, con la frente sancochada por el sol, sin el casco de corcho que perdió en la orilla del Azufre, Elmore memoriza datos enemigos, banales conversaciones entre oficiales, comprende que tardará el ataque chileno unos días más de lo que calculaba el coronel Bolognesi.

Nadie volvió de Chacalluta y en el cuartel general dieron por muertos en combate o fusilados a Elmore y Ureta. La desertión del coronel Belaúnde, cuya persecución distrajo a diez jinetes del hacendado Lorenzo González, malhumoraba a Bolognesi que insiste en despachar mensajes por el cable submarino y que, exasperado por la falta de respuestas, empleó la mañana del miércoles en inspeccionar municiones y armamento de su guarnición.

—¡Enemigo a la vista!

La voz de alerta se desparramaba desde el Morro a miradores y a puestos avanzados.

En lo más alto del fuerte San José, construido con champas de barro por las que se propagó el gramadal, Alfonso Ugarte protegía su mirada del resplandor de las olas para estudiar la cautelosa polvareda que se acerca. Esta

vez no viene caballería por delante, sino que abre marcha una apretada columna de infantería. Media hora se mantuvo Bolognesi pegado al telescopio. A ratos informa en alta voz que traen al *Buin*, ahora reconozco al 3º de Línea, hay como seiscientos jinetes, también veo al regimiento *Lautaro*, aquel es el 4º de Línea, ese otro es el batallón *Bulnes*. Mentalmente suma el coronel de la Torre entre seis y siete mil enemigos, todos de regimientos profesionales, provistos de las más modernas armas que Chile adquirió en Europa. ¿Qué tal artillería, mi coronel? Todos Krupp, cuatro baterías, seis cañones pesados y dieciocho livianos y creo que un par de ametralladoras. Al fin se enderezó. Ha de ser la numerosa división de reserva que no intervino en la feroz batalla de Tacna. Cedió el telescopio a su jefe de Estado Mayor para pasear agitadamente el mirador de los MacLean. ¿Se da cuenta, O'Donovan? Podemos vencer siempre y cuando aparezca Leiva por Condorillo. Hace treinta y dos días que el Segundo Ejército partió de Arequipa y nueve que se reportó en las sierras de Moquegua. No necesitan recordar que una vez Castilla llevó tropas de infantería de Tacna a Arequipa en trece días por el camino de las sierras y que Prado empleó exactamente dos semanas usando la misma ruta. A simple vista podían ver a los chilenos buscando precavido emplazamiento hasta ocupar una línea de un kilómetro de ancho al norte de la ciudad. ¿Qué le parece, señor de la Torre? Nos mandan a la cremita chilena, mi coronel. Y sin embargo se mueven asustados por el tamaño del Morro.

—Capitán Iturbe... —se animaba Bolognesi— ... transmita este mensaje por el cable: *Arica a Prefecto de Arequipa. Apure Leiva para unírseos. Resistiremos.*

—Mañana atacarán —murmuró el coronel Zavala a espaldas de Ugarte—. Y vendrán por nuestro lado.

—No vaya a ocurrírseles una sorpresa nocturna --replicó el jefe de la octava división.

Juan Guillermo More prefería vigilar el océano. Sólo cuatro buques enemigos navegan lentamente frente al Morro. Ha de estar el resto de la escuadra bloqueando Callao y también protegiendo retaguardia entre Ite y Pacocha. Todavía de negro traje civil, cubierto con un sombrero de paja, el derrotado jefe del blindado nacional *Independencia* contempla rencorosamente a la cañonera *Covadonga* cruzando aguas con la experta *Magallanes*. Más lejos, pegándose a Chacalluta, el blindado *Cochrane* y el crucero *Loa* intercambian señales con su ejército de tierra.

Un gentío se agolpaba contra la casa de Bolognesi. Cónsules extranjeros, residentes neutrales, familias que han demorado en partir, acreedores del ejército, todos padecen desesperada urgencia por entrevistarse con el jefe de la plaza. La ausencia del subprefecto complicaba al coronel de la Torre, mientras tanto encargado del gobierno de la provincia además del Estado Mayor. El capitán de puerto Raygada embarcó en una falúa con rifleros navales y siguió a la torpedera *Alianza* rumbo a la reventazón frente a Chacalluta, a observar movimientos chilenos e impedir que Baquedano siga cambiando mensajeros con la escuadra. También Sáenz Peña se acercó a Las Carpas. Fatigados carabineros y cazadores que acaban de acampar, no prestaron atención al solitario jinete que asomó por las lomas y cinco minutos después volvió grupas cuando le hicieron una descarga. Eligió la ruta de la playa para alejarse de un puñado de tiradores enemigos. De bruces en la orilla del gramadal descubrió a un zambo con uniforme peruano. Pudo creer que estaba muerto pero el soldado —¿o era un sargento?— lo reconoció por el rabillo del ojo y emitió un quejido.

—¿Qué tienes, hijo? —el jefe del *Iquique* tardó en reconocerlo.

—Dos días escapando de esos rotos, mi comandante, eso tengo —protestó Rendón. Toda una noche lo persiguieron por los zancudales. Y todo el día se arrastró hacia Arica, ocultándose de patrullas que rastrean minas. Cayó exhausto a seiscientos metros del Fuerte San José, ya sin fuerzas para gritar.

ARICA A PREFECTO AREQUIPA

Llegado en ancas a los fuertes del norte, camaradas del batallón *Iquique* lo abrazaron como a un resucitado. Bebió una cantimplora de agua fresca y se desplomó de espaldas a un parapeto. Tardó un rato en contestar a las preguntas de Ugarte. Creo que murió el teniente Ureta, mi coronel, sólo habían estallado tres de las minas y los carabineros, estaba seguro que fueron los malditos carabineros, los llenaron de plomo. El señor Ureta había ordenado sálvese quien pueda si los descubrían y eso mismo hizo Rendón. ¿El ingeniero Elmore? Pues al señor ingeniero lo habían capturado, mi coronel, Rendón no se equivoca. Y ahora con su permiso, señor Ugarte, ya que había nacido por segunda vez, el sargento pedía una comidita para celebrar.

ENEMIGOS TODAS ARMAS POR TRENES

El cabo Perleche contempló el rémington que acaban de entregarle como preguntando para qué sirve. Desde esta tarde, los servidores de las baterías de Arica tendrán un rifle cargado a la mano.

—Oiga, mi capitán, ¿a qué hora llegan los refuerzos? —se acercó al capitán Cleto Martínez.

—Para serte franco, cholo, no tengo la menor idea —el oficial vigilaba la repartición de cartuchos.

—Pero no pueden abandonarnos, ¿verdad, mi capitán? —insistió Perleche.

—No lo creo, claro que no —don Cleto es el único artillero del ejército que queda en las baterías del Morro. Salvo el capitán Adolfo King, que perteneció a la extinguida Guardia Nacional, el resto de oficiales pertenecen a la Marina de Guerra.

—Caballeros, las órdenes son las siguientes. . . —Juan Guillermo More habló a sus subalternos reunidos en la explanada— . . .si el enemigo nos toma por asalto del lado de tierra, hay que rellenar con dinamita los cañones y darles fuego, lo mismo que al polvorín.

ENEMIGOS TODAS ARMAS POR TRENES ACAMPADOS A DOS LEGUAS

¿Elmore prisionero? ¿Y Ureta? Posiblemente muerto, señor. El vocerío de quienes insisten en visitarlo, fastidió a Bolognesi. El primer héroe de Arica, señor Ugarte, un joven excelente. Con la cabeza gacha, el coronel recordó a su ayudante. Toda la vida ofreciéndose de voluntario. Por la cocina hipaba de tristeza la Calderona.

—Mi, coronel. . . —interrumpió de la Torre— . . .esta gente pide garantías, los neutrales por neutrales y los paisanos por paisanos. Hay un grupito diciendo que si nos rendimos, nadie será pasado a cuchillo.

—¡Vuelve el comandante Raygada, mi coronel! —anunció desde el mirador el capitán Iturbe—. ¡El *Cochrane* al sur!

ESPERO ATAQUE MAÑANA

—Hagan pasar al señor Alcalde —dijo Bolognesi. Durante muchas semanas ha dado audiencia o detenídose a conversar con todos quienes lo buscaban. Ahora es imposible. Tiene al enemigo a cinco kilómetros de sus batallones.

—Informa el mayor Nacarino que la ruta de Buena Vista sigue despejada —taconeando, habla el ayudante Cárdenas.

—Gracias por su visita, Domingo —el viejo coronel señaló el sofá a su amigo Pescetto.

—Comprendo que está muy ocupado, don Francisco, pero le ruego que entienda mi posición. Ausente el señor Sosa, no tengo más remedio que acudir a usted...

¡Sosa! El jefe de Arica había olvidado que el subprefecto viajó al interior.

—...el vecindario conoce terribles historias de lo sufrido por la población civil de Tacna, don Francisco, y sin inmiscuirme en sus elevadas decisiones militares, yo debo conocer si habrá batalla y qué clase de garantías podemos esperar de las partes combatientes.

—En cuanto a los peruanos concierne —Bolognesi sonríe afablemente—, tiene que haber batalla. Parece un sacrificio inútil pero tengo mis razones para no capitular. Yo sólo puedo ofrecer a los extranjeros y paisanos que no combatiremos en la ciudad misma sino en los suburbios y en el Morro. Y espero que esta vez no haya saqueo y que castigaremos ejemplarmente al invasor.

—Veintiséis de mayo más diez días, hum, significa que Recabarren llegará con tres mil hombres pasado mañana —calcula el subteniente Picoaga de rato en rato mirando tranquilas fogatas en el campamento enemigo.

—¿No dicen que Recabarren está preso? —desafinó el teniente Gensollén.

Discutían a media voz junto al Vavasseur del Fuerte Santa Rosa. El 26 de mayo pasado llegó por el cable submarino un misterioso telegrama dirigido al almirante Montero que quedó archivado en Arica porque ya se había perdido la batalla. Firmado por el coronel Coloma, sugería no comprometer un solo hombre en combate porque en diez días Recabarren llegará al sur con tres mil soldados de refuerzo.

—A lo mejor quería decir Leiva —quiso sonar positivo el subteniente Sologuren.

Con sus veinte avezados años de edad, el teniente Salcedo mandó callar al oficialito que acaba de cumplir quince.

—Hablan tonterías, cómo van a confundir a Leiva con Recabarren en un cablegrama al General en Jefe. Si quieren saber mi opinión...

Los subtenientes asintieron.

—...yo digo que ahorita aparecen ambos, uno por la costa y el otro por la sierra.

—¡Sí, eso es! —se entusiasmó Picoaga. Empezaron a organizar el Segundo Ejército hace cinco meses, reuniendo antiguos y nuevos batallones. Recabarren estaba listo para salir de Arequipa con dos divisiones a principios de abril y ya estamos en junio.

—No es tanto camino —siguió opinando Salcedo—. Buendía recorrió una distancia parecida en veintiún días, ¿no es cierto?

—Y ni siquiera tenía agua —se admiró Picoaga.

Arma al brazo, los peruanos no se movieron de sus puestos de combate cuando terminó de oscurecer. Duplicadas patrullas recorren la retaguardia del Morro. Trasladado al Fuerte Santa Rosa, el coronel Bolognesi dormirá unas horas al descampado, envuelto en la frazada escocesa que olvidó llevar consigo el almirante Montero cuando partió a Tacna en abril, acaso pensando que pronto volvería. Como si se hubiesen puesto de acuerdo, jefes y oficiales vienen planchados uniformes que guardaron intactos para el día de la batalla. La octava división defendía el norte y la séptima desplegaba sus batallones por el oriente del peñón. Allá, en el campamento chileno, se oía voces cantando canciones de amor. Sus fogatas no se apagaron hasta que la camanchaca cubrió a ambos ejércitos.

Informe de Leiva

Al señor Coronel Secretario de Estado en el Despacho de Guerra.

Señor coronel secretario:

En cumplimiento de mi deber paso a dar cuenta a V.S. de las operaciones del ejército a mi mando.

Como participé a V.S. en mi comunicación anterior, inmediatamente que llegué a Torata dirigí un propio a S.E. el General Campero, poniéndome a sus órdenes, en cumplimiento de las instrucciones que había recibido de V.S., pidiéndole las que tuviera por conveniente impartirme e indicándole el número y condición de la fuerza que traía, a fin de que él tuviera un perfecto conocimiento de todo y pudiera obrar según las circunstancias.

El 26 del pasado llegó a Torata la 3° división, compuesta de los batallones *Legión Peruana* y *Huancané*, con más la brigada de artillería, dos ametralladoras y el Escuadrón Volante. Y esta fuerza, unida a la 1° división y columnas de vanguardia, daba un total de 2,000 a 2,300 hombres.

Era necesario dar por lo menos un día de descanso a la 3° división, que había hecho marchas pesadas desde Arequipa, y tanto por esta razón, cuanto por esperar al propio que había remitido a Tacna y que debía traerme instrucciones del Director de la Guerra, acordé permanecer en Torata todo el día 27. Ese mismo día regresó el propio trayéndome las intrucciones que en copia adjunto a V.S. e indicándome verbalmente que bajara a Locumba por Moquegua, y que de Locumba amenazase Sama. Debe V.S. fijarse en que las intrucciones llevan fecha 24 de mayo y que el propio fue despachado el 25.

En cumplimiento de las instrucciones, el 28 descendí de Torata a Moquegua, donde, por indicación mía, se puso a mis órdenes el Escuadrón de Gendarmes que manda el coronel Jiménez, y el 29 acampé en la Rinconada; y como al día siguiente tenía que vencer la gran cuesta del Bronce, y atravesar una distancia de 12 leguas de desierto, se dio orden de marchar a las 3 p.m. a fin de cruzar la pampa de noche, evitando así la fatiga del soldado.

A las 11 a.m. de ese día recibí el siguiente telegrama del señor Bolognesi, transmitido por el Prefecto de Arequipa:

Esfuerzo inútil. Tacna ocupada por enemigo. Nada oficial recibido. Arica se sostendrá muchos días y se salvará, perdiendo enemigo, si Leiva jaquea, aproximándose Sama y se une con nosotros.

Y casi al mismo tiempo llegaron avisos particulares que aseguraban que la derrota de nuestras fuerzas había sido completa y que los dispersos trataban de reunirse en Tarata.

Colocado en tal difícil situación, no creí deber bajar a Locumba, pues el ejército de que debía disponer era escaso, mal disciplinado y con un cargamento que impediría la rapidez de nuestras marchas. Era, además, de presumirse que el enemigo destacara por la ruta de Locumba un cuerpo de ejército respetable, y sobre todo, era necesario, a mi juicio, reunirse a las tropas dispersas de Tarata, tanto más cuanto se me había señalado este lugar como punto de retirada. Todas estas consideraciones me obligaron a cam-

bíar el itinerario y en lugar de bajar a Locumba, emprendimos nuestra marcha a Sinti, al cual llegamos el 31 a las 3 p.m., después de haber andado toda la noche.

Las noticias que tomé en Sinti sobre el combate de Tacna no podían ser más tristes; la dispersión era incontable, y ni aún a mi llegada no se había transmitido orden alguna, ni siquiera se me había dado parte oficial de la derrota para que yo tomara mis medidas. Despaché un propio de Tarata a Tacna en busca del Director de la Guerra y el 1º nos movimos sobre este lugar, adonde llegamos a las 5 p.m.

En oficio especial daré cuenta a V.S. de los movimientos que me propongo emprender.

Dios guarde a V.S.S.C.S.

Mirave, junio 2 de 1880

Segundo Leiva

Chile pide la rendición

Para algunos la vida concluía a los veintisiete años. Y no estuvo nada mal. Por cierto, había dejado muchos asuntos para más tarde y, como es tan corriente en la víspera de morir, al teniente coronel Ramón Zavala lo irritaba no haber aprovechado mejor ciertas indolentes épocas de su existencia. Aunque todavía queda un poco de sol y respiraciones —¿un día? ¿unas horas?— el primer jefe del pequeño batallón *Tarapacá* rehusaba hacerse ilusiones mientras pasea con su amigo Garland por los parapetos del norte. Todo está aquí construido con deleznable elementos: de barro y a barbata los presuntuosos fuertes, de yute y arena estas inconclusas trincheras que zigzaguean desde desde la playa al ruinoso cementerio. Zavala tiene 28 oficiales y 216 soldados a sus órdenes y apenas 31 oficiales y 302 hombres de tropa integran el batallón *Iquique* que manda Sáenz Peña. Esta minúscula fuerza armada con antiguos chassepot es lo que se llama la octava división y debe resistir el asalto chileno en un frente de casi dos kilómetros. Seis mil quinientos enemigos formaban en batalla entre Chacalluta y Buena Vista mientras clarea el sábado 5 de junio. Zavala pasó la noche en vela. Tan rico como Ugar-

te, había estudiado en el exclusivo colegio Vallarino de Valparaíso y sus grandes negocios tarapaqueños estaban tan vinculados comercialmente a Chile como con Lima y Europa. Pero nació peruano y peruanos eran sus padres y abuelos y bisabuelos, gente que combatió en la pampa de Junín bajo la insignia de Bolívar y que aún antes apoyó a los precursores tacneños de la Independencia. Así que Zavala y su hermano Pedro, muerto en la batalla de Tarapacá, gastaron su fortuna en equipar un batallón integrado por sus paisanos y ni se arrepiente ni tiene deseos de capitular aunque viejos amigos chilenos le rindan honores militares. Está en guerra desde el 4 de abril de 1879 y, salvo el encarnizado desastre de Tacna, ha participado en todas las acciones militares del sur salvando hasta ahora la integridad de su pellejo. Pero Leiva debe llegar, pero los refuerzos de Montero, pero las contradictorias noticias sobre Recabarren, pero hay que ganar tiempo. Garland argumentaba más bien dándose valor que demostrando sus opciones de vencer al enemigo. Zavala abrazó afectuosamente a su amigo y mientras volvían a pie a las baterías del norte, dijo con combativa resignación—: Francamente, Juan, nos han dejado solos, no debemos esperar que nadie nos ayude.

El teniente coronel Ayllón observó a maldormidos artilleros del Fuerte San José. Sólo contaba con 72 hombres para manejar cuatro grandes cañones del norte y, con el enemigo a la vista, se tumbaban a descansar junto a las piezas, en pequeños rebaños ateridos que pegan párpados a ratos. Tampoco el jefe de las baterías del norte conseguía dormir más de una hora sin despertar mascullando confusas órdenes de ataque. Pasó gran parte de la noche moviéndose de un fuerte a otro, afilando el oído por temor a una sorpresa. Razonaba Ayllón que de estar en el otro bando, él preferiría capturar estos cañones nocturnamente y con silenciosos cuchillos. Sí, claro, hubo disparos de rifle por el lado del cementerio. Una compañía del *Iquique* creyó escuchar pasos enemigos. Ahora, mientras se evapora la camanchaca, Ayllón comprobó que el 4° de Línea chileno había pasado al amanecer de Chacalluta a las faldas del Condorillo. Sólo el regimiento *Lautaro* y el batallón *Bulnes* se mantienen frente a sus baterías.

Una corneta chilena sonó cerca del antiguo lazareto.

—¡Parlamentarios, mi comandante!

Trepando al Fuerte San José, pidió Zavala un largavistas y descubrió siete jinetes con bandera de parlamento. Reconoció al mayor Juan de la Cruz Salvo, jefe de una bri-

gada de artillería enemiga, acompañado por dos oficiales, un corneta y dos carabineros. Lo había tratado un par de veces en Valparaíso antes de la guerra y allá por 1877, durante una visita en Iquique.

Respondía una corneta peruana.

—Recíbalo usted, señor Zavala —el veterano comandante Ayllón, que es militar de carrera, instruyó rápidamente al jefe del *Tarapacá*—. Que sólo entre uno, el de más alto grado. Y no olvide vendarle los ojos.

—¡Señor Henke! —llamó Zavala—. ¡Adelántese a casa del señor Bolognesi e informe que vienen chilenos a parlamentar! —echó una mirada en derredor suyo eligiendo acompañantes—. Picoaga, una bandera blanca... y tú, Juan, que te siga un corneta.

—Dejen sus armas —recordó Ayllón.

A trescientos metros del Lazareto aguardaban los jinetes enemigos. Lentamente el grupo de peruanos salió a su encuentro. A una cuadra, Zavala ordenó el alto. Continuó a solas, otros cien metros. Entonces el mayor Salvo dejó atrás a los suyos y con precavida lentitud se aproximó al jefe peruano.

Se miran a los ojos, se saludan militarmente. Podrían darse un efusivo apretón de manos, hablar de comunes amigos de Iquique y Valparaíso, de ciertas damiselas portuarias, de los buenos tiempos de una mutua juventud que no termina, irse a beber cordiales frente al puerto o a desayunar en el club. Pero estaban ferozmente en guerra. El rostro macizo, los retorcidos bigotes rubios, el ensortijado mechón que asoma por debajo del quepís de Salvo expresan la misma tensión que el más delgado y moreno rostro de Zavala flanqueado por largas patillas.

—Por orden del jefe de mi ejército, vengo a solicitar una entrevista con el jefe de la plaza de Arica, señor comandante —Salvo elegía palabras pulcramente pronunciadas.

—Lo llevaré personalmente, mayor —asintió Zavala. Ofreció entonces un rojo pañuelo de seda—. Tendrá que vendarse los ojos, por supuesto.

—Por supuesto —dijo el chileno. Mientras doblaba el pañuelo y él mismo se lo anudaba por la nuca, carraspeó como dudando de lo que iba a decir—. Supe que Pedro murió en Tarapacá, señor Zavala. Créame que lo siento mucho.

—Aún más lo siento yo, señor Salvo. De todos modos agradezco su condolencia... —examinó la venda que

cubría por completo los agudos ojos azules de Salvo— . . .yo llevaré sus riendas.

Como casi todas las mañanas de su vida, el coronel Bolognesi se había levantado a las cinco. Prefería las camas duras, el agua fresca, el limpio aire del amanecer. Un rato rezó a su manera, observando una imagen de San Francisco de Asís y una estatuita de Santa Rosa de Lima mientras pensaba en sus padres muertos, en su hermano y hermana, en sus tres hijos, repasando después defectos de la víspera y preocupaciones del día que comienza. Salvo la puntual misa dominical y la comunión que recibía una vez al año, todos los cuatro de noviembre, el viejo coronel entendía la religión como el correcto cumplimiento de sus deberes cotidianos y prefería dirigirse a Dios contemplando una puesta de sol o respirando el perfume de una arboleda antes que encerrándose entre cerones y beatas a canturrear letanías. Uno de sus deberes era matar no matando, es decir, matar en estricta defensa de su país y de la civilización que creía expresada en la república peruana. La memoria de terribles batallas molestó fugazmente sus pensamientos mientras subía al Morro, no tanto a inspeccionar sorpresivamente a la guarnición como para escuchar frescas noticias del cansado victorioso subprefecto que regresó inadvertido por sus propios centinelas. Sosa se dormía pese a dos tazas de café servidas por Inclán. Quedaron en almorzar juntos en casa de Bolognesi que regresó luego de ordenar un enérgico sumario incluyendo a todos, tropa y oficiales, de guardia en el Morro entre medianoche y cuatro de la mañana. Ya convencido de que atacarán desde Azapa e inquieto porque Weguelin, buen conocedor de esta región y de los vericuetos del Morro, parece haberse pasado a los chilenos, regresó a su casa a diez minutos para las seis de la mañana.

El Jefe de Estado Mayor de la Torre lo esperaba con avinagrada expresión. Por el intacto cable submarino que los une a Mollendo, no llega un solo mensaje desde hace tres días.

—Esto se convierte en una falta de educación, mi coronel —protestaba de la Torre.

—No creo que en Arequipa sepan dónde se encuentran Leiva y Montero pero, es verdad, podrían contestar nuestros telegramas.

—¿Qué hacemos, mi coronel?

—Insistir. . . ¡señor Iturbe! —su ayudante atendía en la terraza a madrugadores quejosos vecinos del puerto—.

Lápiz y papel, señor Iturbe. ¿Pero qué quiere esa gente? ¿por qué no se fueron cuando se pidió la evacuación de civiles?

—¿Le sirvo su cafecito? —interrumpió la Calderona.

—Después, después... —Bolognesi se sentó en el sofá y dictó—: Al señor Prefecto de Arequipa: todavía es posible, es posible hacer mayor estrago en el enemigo victorioso...

—¿Victorioso? —se sorprendió de la Torre.

—¿Están ganando los chilenos, no es cierto? Pues que empiecen a comprender. Si se derrumba Arica, atacarán Lima o tal vez Arequipa... —volvió a dictar—: Apure Leiva. Arica no se rinde y resistirá hasta el sacrificio. Bolognesi.

—Ojalá contesten —masculló de la Torre.

—No, no... ojalá llegue Leiva. Capitán, que transmitan el mensaje ahora mismo. Bien, ahora sí podemos beber un café...

—Con su permiso, mi coronel —entró agitado el comandante O'Donovan—. Hay otros cinco buques chilenos en la bahía.

—¿De guerra? —Bolognesi saltó de su asiento.

—No, mi coronel. Parecen transportes.

Subían al mirador.

—Mucho temo que ataquen en cualquier momento —el jefe de la plaza movió su telescopio hasta enfocar al *Cochrane*. No hay señales de zafarrancho. Luego observó a los transportes. Han de haber llegado de Ite y Pacocha, señal que la batalla es inminente.

Aparecía el subteniente Henke al galope.

—Mi coronel... me envía el comandante Zavala, mi coronel...

El capitán ayudante Valdez hizo pasar al nervioso oficial. Bolognesi volvía al salón.

—...viene un parlamentario del enemigo, mi coronel. Lo acompaña el señor Zavala.

—Así que nos prefieren rendidos, ¿no? —sonrió el viejo coronel—. ¿Quieren emborrachar a la perdiz?...

Cortésmente ayudaron a desmontar al mayor Salvo. Lo guiaron peldaños arriba y hasta el salón. Veinte minutos demoró el viaje desde las baterías del norte, mientras la pequeña guarnición exageraba movimientos a fin de parecer más poderosa. Ahora el chileno sintió la sombra encima suyo. El propio Zavala desanudó la venda y el corpulento parlamentario parpadeó sorprendido de haitarse dos pasos al frente de Bolognesi.

—Buenos días, señor —Bolognesi señaló el antiguo gastado sofá. Sentándose primero, invitó a Salvo a ponerse cómodo. Zavala y los ayudantes se retiraban a la terraza. Por una rendija espía furiosamente la Calderona. El jefe de Arica vio como un intenso rubor se apagaba en las acaloradas mejillas del chileno. Entonces dijo—: Le oigo a usted, señor.

Salvo demoró en hablar mientras observaba con intensa curiosidad el rostro terso de este obstinado anciano cuyo uniforme de coronel está visiblemente arruinado por tan larga campaña. Ni condecoraciones o alhajas adornan al jefe de la plaza, ni hay alfombras, tapices y óleos en esta amplia habitación en la que se respira una meticulosa limpieza.

—Señor, el General en Jefe del ejército de Chile desea evitar un derramamiento inútil de sangre y después de haber vencido en Tacna al grueso del ejército aliado, me envía a pedir la rendición de esta plaza... —Salvo hizo un ademán como explicando que Arica caerá inevitablemente en sus manos y agregó—: ...Conocemos sus recursos en hombres, víveres y municiones, señor.

Bolognesi asentía con leves y corteses movimientos de cabeza. Estábamos hechos de nada, a fin de cuentas éramos la ilusión de ser, no el ser mismo. Sesenta y tres años de vida se le comprimen en un rápido instante de memoria. Entonces palpitó la antigua llaga peruana, la eternidad de humillaciones y todos los degollados y ahorcados, los silenciosos infantes, los reventados con pólvora, todos los huérfanos y los sedientos, quienes sienten miedo y quienes esperan cartas extraviadas en el desierto, todos los pobres y los desterrados y también los solitarios, las mujeres ultrajadas, los que perecieron y quienes han de morir mutilados y repasados, todos los incendios, todas las devastaciones, todas las estafas, todas las banderas rotas, todos los sueños, todas las infamias, toda la dignidad malherida, todo ese insoportable dolor sin compostura latió en su pecho anciano. ¿Dónde están Leiva, los cuarenta nuevos batallones a órdenes de Piérola, dónde las ametralladoras que trajo Astete y dónde la nueva prometida escuadra? Teme Baquedano secretas explosiones de dinamita, la aparición de refuerzos por la cordillera, la desesperada defensa peruana al amparo del Morro. Y le urge aprovisionarse a través de este puerto. Si Bolognesi capitula, conservará sus banderas y su espada, comprenderá la gente que mil seiscientos hombres aislados y exhaustos por catorce meses de

campana no podían resistir a este ejército que viene de vencer a los aliados en Tacna. Todas las ruinas, todas las traiciones, todos los llantos, todo el fracaso, todos los cementerios ascendieron al rápido actual instante de memoria y comprendió que sólo había vivido para ser hoy jefe de la plaza y para rechazar la tentación de la vida en vano para clavar su mirada gris en esa otra mirada azul que dentro de un rato no otorgará cuartel y decir diciendo no sólo su palabra sino la ulcerada y triste y vencida y poderosa voz de todo su pueblo—: Tengo sagrados deberes que cumplir y los cumpliré hasta quemar el último cartucho

—He cumplido mi misión, señor —Salvo se incorporó

—Es mi opinión personal —Bolognesi lo invitaba a sentarse de nuevo—. Creo que debo consultar su propuesta con los demás jefes de la plaza. A las dos de la tarde mandaré mi respuesta al cuartel del General Baquedano.

—Imposible, señor. No estoy autorizado por el General en Jefe para una demora que ya hemos previsto. En la situación en que respectivamente nos hallamos, una hora puede decidir la suerte de la plaza —Salvo seguía de pie— Me retiro, señor.

—Entonces haremos la consulta aquí mismo y en presencia de usted, señor —el viejo coronel llamó a sus ayudantes con un campanillazo—. Convoque inmediatamente a todos los jefes a consejo... —observó partir a exhalados capitanes antes de nuevamente ofrecer asiento a su enemigo— ...espero que pueda disponer de un cuarto de hora

—Desde luego, señor.

—Bien... —Bolognesi entrelazó sus manos— ...disfrutemos entonces de un rato de conversación. Es una oportunidad única, ¿no cree usted?

—En efecto, señor.

—¿Conocía Arica?

—He estado de visita... brevemente. Y usted, señor ¿conoce Chile?

—No he tenido la suerte, señor.

—Qué lástima, señor.

—Ya habrá usted comprobado que el clima de Arica es bastante insalubre —sonrió Bolognesi—. Especialmente en la zona donde han instalado su campamento, señor.

—Así es, señor. He podido notar que abundan los zancudos.

—Hum... —Bolognesi se estiró ligeramente— ...desearo que transmita usted al señor General Baquedano mi preocupación por la forma como se conduce la guerra con

los heridos y con la población civil. Ciertos actos de barbarie pueden ensuciar las armas de nuestros respectivos ejércitos, cubriéndolos de perpetuo deshonor. Es deber nuestro, de jefes y oficiales, proteger a quienes no son combatientes o a quienes han quedado impedidos de hacerlo. De lo contrario, señor, dejaremos de ser soldados y nos convertiremos en asesinos, en bandidos.

—Así se lo diré al señor General en Jefe de mi ejército, señor —durante un corto silencio, el chileno observó la habitación pobremente amoblada—. ¿Vive usted aquí, señor?

—Aquí vivo, por ahora —sonrió Bolognesi—. Mi casa está en Lima.

—Entiendo que un hijo suyo es capitán de artillería y que se encontraba en Tacna, señor.

—En efecto, señor. Enrique, capitán Enrique Bolognesi.

—Creo mi deber informar que no se cuenta ningún Bolognesi entre las bajas aliadas o entre los prisioneros, señor.

Pica espuelas desde el Morro con la diestra defendiendo del viento su sombrero de panamá, encuentra Juan Guillermo More al coronel Inclán que baja a la ciudad con los coroneles Varela y Arias y Aragüez. Sánchez Lagomarsino saltaba de una falúa al muelle. Desde las baterías del norte acudían los coroneles Ugarte y Bustamante. A través de los gramadales galopan los comandantes Sáenz Peña y Ayllón. Un centenar de curiosos estorbaba por la calle Ayacucho y el comandante Benigno Cornejo repartió codazos para subir a la terraza. Ahora de pie, pegados a la mesa que Bolognesi usa como escritorio, el gobernador de la plaza y el mayor Salvo recibían el saludo de los jefes que llegan. El coronel Ugarte, el mayor Salvo. El comandante Ayllón, el mayor Salvo. El coronel Inclán, el mayor Salvo. Mucho gusto, mucho gusto. He aquí al mayor Juan de la Cruz Salvo, corpulento enemigo de carne y hueso cuyos cañones prusianos bombardearán Arica tan pronto regrese a su campamento. A las siete estuvieron completos. Nadie hablaba. Sólo More viste obstinadas ropas civiles. Con un amplio ademán, Bolognesi invitó a todos a sentarse. Salvo observaba con idéntica ávida curiosidad a sus adversarios: el barbudo Ayllón de agudas cejas, tiene cincuenta años y aparenta más edad que el veterano José Joaquín Inclán. Ancha frente, grueso lacio mostacho se tensan en el rostro cuadrado y de larga nariz del coronel Marcelino Varela. Bigote y castaña pera de candado dan

a Arias y Aragüez cierto aire de parentesco con Bolognesi. El rollizo de la Torre estrecha la diestra del elegante comandante Medardo Cornejo y ambos ocupan sillas casi frente a Salvo. Los demás son jóvenes y sin embargo jefes y sin embargo veteranos de Tarapacá.

—Bien, caballeros, el mayor Salvo ha sido enviado por el General en Jefe del ejército chileno. . . —Bolognesi podía descifrar en sus hombres la determinación de combatir hasta el exterminio—. Señor. . . lo invito a dar personalmente cuenta de su misión.

Dice Salvo que como ya habrán podido observar, asedian Arica muchos regimientos de línea, que si es necesario traerán otras divisiones de Tacna, que ustedes no pasan de dos mil, que están en desventaja de uno contra seis, que están perdidos, que el señor General Baquedano desea evitar más derramamiento de sangre, que los invita a capitular.

—Mi General solicita la evacuación de la plaza y la entrega de todas las armas —dijo el parlamentario—. Las tropas peruanas desfilarán con honores militares, batiéndose marcha regular por el ejército chileno.

Añadió que debía llevar una respuesta a Baquedano antes de las ocho de la mañana.

Los jefes de Arica miraban a Bolognesi.

—Señores, estáis llamados a decidir con vuestro voto la suerte de esta plaza de guerra, cuya custodia nos confió la Nación —habló el coronel—. No quiero hacer presión sobre vuestras conciencias, porque nuestros sacrificios no serían idénticos. Yo he vivido sesentitrés años. . . ¿qué más puedo desear que la muerte por mi patria, salvando el honor militar y la dignidad del ejército comprometido en esta guerra? . . .

Salvo escuchaba sin parpadear.

— . . . Hay entre vosotros muchos hombres jóvenes, que pueden ser útiles al país y servirlo en el porvenir. No quiero arrastrar a nadie en el egoísmo de mi gloria, sin que la junta manifieste su voluntad decidida de defender la plaza y resistir el ataque —pausó Bolognesi humedeciendo sus labios—. El comandante en jefe espera pues que sus oficiales expresen libremente su opinión.

Todas las llagas, todos los fusilados, todas las madres, todas las humillaciones, todas las ruinas.

Aquí nadie traicionará a los huérfanos y desterrados de Tarapacá.

El trágico oscuro Juan Guillermo More abandonó su asiento.

—Camaradas de armas, creo que todos pensamos lo mismo—sus ojos chisporroteaban—. Propongo que se resuelva por aclamación la defensa de la plaza.

Como un solo hombre, los jefes de Arica se pusieron de pie.

—Mi coronel —a More se le anudaba la garganta—, ya conoce nuestra respuesta.

También Bolognesi y Salvo se levantaban.

—Señor, puede usted decir al General en Jefe de su ejército que me siento orgulloso de mis hombres y que defenderemos Arica hasta quemar el último cartucho.

—Así lo haré, señor. Ahora, con su permiso, señor —Salvo extendió la diestra— ... hasta luego, señor.

—Hasta luego, señor —respondió Bolognesi.

El parlamentario chileno estrechó la diestra de cada uno de los jefes peruanos.

—Hasta luego, señor. Hasta luego, señor.

En la terraza, el comandante Zavala volvió a venderle los ojos.

Orden del día

Arica, 6 Junio de 1880

Servicio para hoy, el nombrado; para mañana el Batallón Iquique; jefe de línea, el coronel don Justo Arias y Aragüez; jefe de día, el teniente coronel don Francisco Chocano, capitán de visita de hospital del cuerpo de servicio.

ORDEN DE LA PLAZA

Art. 1º Dispone el señor coronel que, con cargo de aprobación del Supremo Gobierno, sea destinado en la clase de sargento mayor de guardia nacional, como 3er. jefe de la brigada de Artillería del Este, don Ismael Meza.

Art. 2º Dispone igualmente que habiendo desertado cobarde y vergonzosamente el sargento mayor don Manuel Revollar, el capitán don Pedro Hume, los

subtenientes don Enrique F. Dávila y don Simón Que-lopana, y el sargento 2º Gavino Vargas, sean dados de baja, declarados cobardes e indignos de pertenecer al honroso puesto de los defensores de Arica y enjuiciados para la aplicación de la pena que les corresponde según el estatuto provisorio.

Dispone el coronel jefe de la plaza que las fuerzas de ella pasen revista de comisario por el presente mes el día 8, la que será intervenida por el señor capitán de puerto.

El Jefe, DE LA TORRE

Hasta quemar el último cartucho

El sacerdote impartía su bendición dominical a doscientos feligreses cuando una trepidación sacudió la iglesia como si empezara un terremoto. Reanudaban el intermitente bombardeo de la víspera, sólo que ahora Baquedano parecía emplear toda su artillería disponible. Por la viva roca del Morro, aquella primera andanada que los chilenos dirigieron contra el Ciudadela se expandió hasta el puerto e hizo temblar lámparas y cristales. El cura y su rebaño salieron a la plaza. A diferencia de ayer, la escuadra enemiga va a sumarse al cañoneo. El alcalde Pescetto se santiguó. Aunque tarde y en domingo, parece que comienza la definitiva demolición de Arica. Y luego, el asalto final.

Tan pronto se bambolearon las paredes del hospital, Rendón se despidió del sanitario Casavilca y un poco a traspiés, con el cogote ampollado por dos días de sol mientras escapaba de los carabineros, se dirigió a la aduana a pedir un rifle para reunirse a su batallón. Se cruzó con varios torpedistas que tendían alambre eléctrico por las calles luego de minar el puerto. ¿Van a destruirlo todo? Oye, Vildoso, se han vuelto locos. Sólo a tres pasos del veterano sargento de los *Artesanos de Tacna* descubrió una flamante insignia de oficial sobre su mismo antiguo uniforme de infantería. Hoy me ascendieron, sonrió, ¿y que haces tú por la ciudad? Los fuertes San José y Ciudadela intercambiaban cañonazos con el enemigo. Dice Vildoso que el regimiento *Lautaro* avanzó a tantear nuestras defensas al norte, que al batallón *Tarapacá* le espera lo peor

de la jornada. Rendón había perdido su chasseur en Chacalluta. Todavía no repuesto de la reciente insolación, se despidió de su amigo y llegó tambaleándose al macizo edificio de la aduana. Ni centinelas, ni carreteros, ni nadie más que un puñado de codiciosos vagabundos ocupaban la puerta. Se abrió paso. Los almacenes militares están vacíos. Tomó por la izquierda, entre puertas trancadas y por pasillos que a ratos vibran alcanzados por la trepidación de explosivos en la otra cara del Morro. Estado Mayor General, nadie. Y nadie en la capitanía del puerto, en los antiguos aposentos de la comandancia general o en el suntuoso despacho del administrador. Han de encontrarse todos en la línea de fuego. Sufrió un mareo y tuvo que apoyarse en una pared. Entonces oyó que se le acercaban por la espalda.

—¿Qué te ocurre, Rendón?

El subprefecto viste uniforme de mayor.

—Vengo del hospital, señor. Quiero un rifle.

—¿Y el tuyo?

—Se me quedó en el río Azufre, señor.

Aparecían el secretario Portocarrero y dos marineros cargando rumas de documentos: el archivo de la subprefectura.

—Ya encontraremos algo que valga la pena —ofreció Sosa—. A ver si me ayudas.

En lo alto del Morro se oía tocar a una banda de músicos.

Por los techos de Arica izaban banderas neutrales, en su mayoría italianas. ¡Cabrones, murmuró Sosa, ya no les conviene ser nacionales! Rendón los disculpaba. Si en vez de zambo oriundo de Chancay fuese comerciante genovés, francamente haría lo mismo. Aunque igualito dicen que los robaron en Tacna. A cinco kilómetros del puerto, el crucero *Loa* descargó su primer cañonazo: dio en el centro del peñón, esparciendo un diluvio de pedruscos sobre la entrada a las cavernas. ¡Rápido! En casa de los MacLean ya el coronel de la Torre enterraba archivos de la comandancia y del Estado Mayor. ¡Zambo, no has visto nada! Rendón asintió. No se preocupe, señor Sosa... si me capturan, iglesia me llamo. A dos metros de profundidad envuelven legajos en lona y depositan cofres con la íntima historia peruana de esta guerra. Cuatro oficiales, el subprefecto y Rendón se turnaron en rellenar el agujero. Sólo cuando acabaron, el sargento se acuclilló entendiendo que esto es el fin. No llegan refuerzos. Leiva jamás ven-

drá por las montañas, nos han jodido señor Sosa. Tarapacá primero, luego Tacna y Arica. Después, qué.

—¿Listo? —pero nadie oyó a de la Torre. Ahora *Cochrane*, *Magallanes* y *Covadonga* se agregaban al bombardeo. Sobre sus cabezas tronaron todos los cañones del Morro y Rendón abandonó a gachas la finca de los MacLean mientras el feroz sacudimiento de la batalla desconchaba casas y agrietaba veredas. Casi al ganar la calle, descubrió un rémington apoyado contra una pared y se lo echó a la espalda.

Apenas veinte minutos después de abandonar el puerto con la altiva respuesta de Bolognesi y los jefes de la guarnición, Salvo inició ayer el cañoneo de este último baluarte peruano en el sur. Nada más averiguaba si Arica puede defenderse por el lado de tierra. Varias veces tocado por gruesos proyectiles de los fuertes San José y Ciudadela, el enemigo cambió el emplazamiento de sus Krupp hacia las alturas de Condorillo. Después de ese ensayo, hoy Baquedano atacaba a fondo, concentrando sus disparos al norte y este de la plaza. El *Cochrane* ayudaba con peligrosos tiros por elevación, mientras el *Loa* apuntaba a la cresta del Morro y las cañoneras castigan los fuertes del norte. Bolognesi durmió esa noche en el cuartel del Morro. Al amanecer el coronel Inclán informó que se habían producido nuevas deserciones en el batallón *Cazadores de Piérola*. Ni siquiera sintió cólera. Mejor que los cobardes huyeran de una vez. Tranquilamente ordenó sepultar archivos y claves en lugar secreto, quemar otros documentos y conectar minas que sus torpedistas continuaron instalando desde la pérdida de Elmore y Ureta, principalmente en el muelle y en la entrada a la ciudad. Acompañado por Inclán y Medardo Cornejo, instruyó personalmente a los artilleros de los fuertes del Este y Ciudadela. Frente a tres regimientos enemigos formados en columna entre las faldas del Condorillo y Buena Vista, sólo puede oponer 426 *Artesanos de Tacna*, 223 desmoralizados *Cazadores de Piérola* y 248 *Granaderos de Tacna*. Al norte, entre el fuerte San José y el cementerio, están atrincherados 247 hombres del batallón *Tarapacá* y 337 del *Iquique*. Incluidos jefes, oficiales y tropa, 96 peruanos sirven en las baterías del norte, 117 en las del Este y 187 en las del Morro. Súmese al propio Bolognesi, sus ayudantes, el estado mayor y la intendencia, y la guarnición terrestre de Arica llega exactamente a 1,904 combatientes este domingo 6 de junio de 1880. Al estallar las primeras salvas chilenas removiendo las faldas del Ce-

rrero Gordo, pidió a Inclán que hiciera retroceder a las guerrillas tacneñas. Bastaba observar a la quieta alejada infantería de Baquedano para comprender que antes habrá un largo intenso duelo de artillería. Tamboreaban por el Ciudadela y el mayor Fermín Nacarino camina por lo alto del parapeto de cinco metros de sacos de arena, arengando a sus artilleros. Son sesenta y cuatro, ni uno más, a cargo de dos piezas Parrot de 100 y un Voruz de 70. Desde hace un año ardían por cañonear al enemigo y ahí lo tienen, puesto casi a su misma estatura en las lomas del Condorillo. Tiro directo, aconsejaba el teniente 2º Nemesio Bonhome. Lleva una hora convenciéndose de que con este ángulo de tiro y con toda esta pólvora, su proyectil de 100 libras caerá en medio de la primera batería enemiga, emplazada a trescientos metros de Buena Vista. Campo Hermoso asintió escupiéndose manos duras, palmas de herrero. También en el Ciudadela abundan oficiales de la Marina de Guerra a quienes el naufragio de la *Independencia* convirtió en cabos de cañón. A las 11 y 25 de la mañana, el Parrot número uno despidió un llameante sonido y pareció volar hacia atrás mientras su boca exhalaba un interminable espeso humo negro que flotó lentamente por encima del fuerte, oscureciendo a sus servidores. Ya Bonhome y Campo Hermoso saltaban al parapeto a observar los estragos de este disparo que afeitó a los chilenos y abrió un agujero en el Condorillo.

Al otro extremo de Arica, sonrió el comandante Ayllón bajando el largavistas. Los cañonazos del Ciudadela y su vecino fuerte del Este sacudían a los chilenos forzándolos a mover rápidamente sus piezas de montaña. Aquí sólo dos de sus cañones pueden batir tierra. Los grandes Vavasseur apuntan al océano desde los fuertes Dos de Mayo y Santa Rosa. Viraban los Parrot del San José para arrasar el camino de Chacalluta y los gramadales si las guerrillas del *Lautaro* no detienen su cautelosa incesante aproximación. Telegrafió al *Manco Cápac* pidiéndole pegarse a la orilla y reforzar con sus cañones de 500 el flanco oriental de las baterías. Entonces se desencadenó la ofensiva chilena usando la escuadra todas sus piezas y acercándose a ametrallar el terraplén ferrocarrilero donde se guarecía en columna el batallón *Iquique*. Desde el Condorillo bombardearon su otro flanco y apoyados por dos ametralladoras, mil doscientos chilenos del *Lautaro* emprendieron el ataque por el norte.

Unico insoportable estruendo esta batalla, enloqueci-

dos rebaños corren por la ciudad a refugiarse en la iglesia. Rajaban el peñón a cañonazos, a su vez replican las baterías del comandante More, pronto una humareda cubrió el derecho y el revés del peñón como si este viejo enorme fósil con perfil de ballena se hubiese inflamado y ardiera como un bosque.

—¡Tarros de metralla! —gritaba Ayllón. Cien granadas enemigas han agrietado sus baterías de antiguo barro sobre las que se propagó el gramadal. A la batalla de Tacna se llevaron los mejores artilleros y todos los livianos Blakeley de campaña y ametralladoras que ayudarían a trizar ahora a esas guerrillas que se acercan. Pero no vienen verdaderamente al asalto, vociferando espantosas canciones guerreras. ¡Bayonetas! —se escuchó a Ugarte. Después Ayllón tranquilizó al coronel. Se acerca el *Lautaro* con pensativo trote, desconfiando de este espeso gramadal que supone relleno de dinamita, a punto de estallar bajo sus pies. Cincuenta kilos de metralla cada vez, tarros que se rompen esparciendo a mil quinientos kilómetros por hora afiladas esquirlas y clavos, los gruesos Parrot se turnaron en dispersar guerrillas chilenas y, aún más lejos, en descomponer sus columnas de ataque.

—¡Adelante, cien metros! —el coronel Zavala abandonaba sus trincheras junto al cementerio.

—¡Cúbralos con dos compañías, Sáenz Peña! —palpitaba violentamente el rostro de Ugarte. Nada existe ahora sino el olor a muerte. No respira, olfateaba presas. Se hincha poderosamente su pecho mientras caracolea su último zaino argentino y espada en mano salta por sobre parapetos acompañando al batallón *Tarapacá*.

Cuatro consecutivos cañonazos del *Cochrane* removieron la batería Santa Rosa y el pedregoso cauce del río Azapa. Rendón se tumbó aovillándose bajo una lluvia de guijarros. Una vez que descargó su Vavasseur, de nuevo errando al blindado chileno, el mayor Soto vio al sargento dar vueltas borrachosamente a veinte metros de su fuerte. ¿Quién es ese cojudo? ¡Sáquenlo de ahí! Otra vez se acercaban proyectiles. Pero Rendón no oye, apenas ve en medio de esta horrible polvareda. Casi al tacto recuperó su rémington, miró sin comprender a un oficial que por señas le ordena apartarse y trepó a la orilla norte del Azapa.

—¡Fuego a pie firme!

Con su ordenada fusilería el *Tarapacá* trizó a los más obstinados hombres del *Lautaro*. Otros dos cañonazos del fuerte San José disolvieron la breve ofensiva chilena.

Dentro del Ciudadela, una granada de Krupp descuartizó al cabo Castillo.

—Quisieron entrar por el norte, mi coronel —informaba el capitán Iturbe desmontando en el Morro—. Ya los rechazaron.

Por allá se aplaca el bombardeo. Bolognesi pudo explicar que el enemigo sólo probaba nuestra determinación de resistir pero prefirió agradecer la felicitación de su ayudante. Muy bien, vamos ganando. Detrás suyo tembló la cresta del Morro cañoneado por toda la escuadra. Al galope subía por el rocoso camino de la ciudad el jefe de Estado Mayor. ¡Por fin cablegrama de Arequipa, mi coronel! El rostro de de la Torre no refleja otra cosa que disgusto. Ayer mismo enviaron varios mensajes. ¡Apure Leiva! ¡Nos intiman rendición! ¡Pelearnos hasta quemar el último cartucho! ¡Si Leiva ataca, el triunfo es seguro! ¿Dónde mierda se ha metido ese maldito cabrón? No era primera vez que el coronel Leiva se evaporaba en lo peor de una guerra. Hace catorce años, mientras el General Prado entraba a Lima a sangre y fuego, su adversario Leiva no movió sus batallones de Magdalena y desde entonces había odiado el nombre de Prado, como si fuese culpable de su propia pusilánime indecisión. Y a este mismo anciano intrigante había entregado el Dictador la salvadora sorpresa en el Sur. ¿Viene Leiva? De la Torre extendió silenciosamente el único mensaje llegado a Arica en siete días.

AREQUIPA AL CORONEL BOLOGNESI
FELICITO A USTED Y A LOS JEFES DE LA
PLAZA EN NOMBRE PUEBLO AREQUIPEÑO
POR SU NOBLE ACTITUD

AREQUIPA CONTESTA:

¡VIVA EL CORONEL BOLOGNESI!

GONZALEZ ORBEGOSO, PREFECTO

—¡Qué tales pendejos, Manuel! —el jefe de la plaza meneaba la cabeza entre colérico y con ganas de reír. Otra vez los proyectiles del *Cochrane* remecían el Morro, bajaban granadas navales dando botes entre los fuertes hasta deshacer pacientes parapetos en la falda del Cerro Gordo. ¡Viva el coronel Bolognesi! Devolvió el cablegrama—. Archívelo y conteste en mi nombre, agradeciendo la felicitación.

—Olvídemonos de Leiva, mi coronel. . .

—Señor de la Torre, eso es imposible —ahora subía del cuartel a las baterías—. Si el señor Leiva incumple sus

órdenes y por segunda vez en la vida no llega a tiempo a una batalla, que el ejército y el país le ajusten cuentas. . . --miró bruscamente a este abogado moqueguano elevado a jefe de Estado Mayor— . . . ¿No estará pensando capitular?

--Ni loco que estuviera, mi coronel. Cuente conmigo hasta el fin. Sólo que me parece prudente no contar con el señor Leiva para nada.

Con el terco raro atuendo de enlutado paisano al que ahora ha añadido blanca corbata naval, el señor More se movía como en una torre de combate. El tempestuoso combate devolvía al pobre comandante esa impávida dignidad con que otras veces se enfrentó a enemigos en alta mar, a la manera de Nelson siempre de cara a las balas y al descubierta. ¡Venganza a Grau! ¡Recuerden Punta Gruesa! ¡Nadie se agache! ¡Capitán Martínez, al *Cochrane*! ¡Voz tres y cuatro, a la maldita *Magallanes*! Daniel Nieto, trocado su rango naval de teniente 1º por el de capitán de artillería, observó por el catalejo como el *Manco Cápac* rompía amarras para atacar directamente al *Cochrane*. Más rápido, el blindado enemigo se acercaba al Morro a todo vapor. ¡Tres mil quinientos metros! Con el jipijapa en la mano se vuelve More a exigir distancia ahora mismo señor Otoya, corra usted a auxiliar el segundo Vavasseur señor Brito, tropieza con el jefe de la plaza de Arica, oyen ambos gritar *Cochrane* a dos mil quinientos metros, la aullante embestida de tres, cuatro enormes granadas navales que despedazan partes de abismo y de proyectiles Krupp disparados desde el cerro Saucache y que sobrevuelan el Morro para estallar en el Alacrán, a través de la niebla de explosivo y polvo estrecha el señor More la diestra de Bolognesi, lo felicito señor, aquí moríamos antes que rendir cañones o arriar la enorme y ya chamuscada bandera que ondea sobre sus cabezas.

—¡Lo tengo, don Cleto, ahora si lo tengo mi capitán! —el señor Martínez oyó al jubiloso Perleche antes de que el estampido del Vavasseur atiborrara sus cabezas con ruido. Como si hubiera adivinado el exacto lugar donde chocará la granada peruana, Perleche se acuclilló para contemplar su impacto por debajo de la humareda. Vio al *Cochrane* sacudido por una explosión, veintisiete cuerpos despedidos por encima de su formidable blindaje.

—¡Viva el Perú! ¡Muera Chile!

—¡Venganza a Grau!

A las 3 y 35 de la tarde, el acorazado *Cochrane* abandonó el combate.

—Ahora sí que lo han puesto como chupa de dómine
—rió alegremente Bolognesi.

O'Donovan llegaba de inspeccionar los daños en el puerto y la ciudad. No interrumpieron su trabajo los torpedistas. El bombardeo naval había descascarado Arica, sin llegar a desparejarla. Muchos vidrios rotos y treinta contusos, es todo mi coronel.

Dos proyectiles de los fuertes del norte acertaron a la *Covadonga* a flor de agua y la vieja cañonera escoró, alejándose bruscamente a todo vapor para achicar sus fondos.

La aturdida banda de músicos tocaba el Himno Nacional en la explanada del Morro. Sólo el *Loa* siguió cañoneándolos desde 6,000 metros de distancia.

—Desde el sesentiseis no veía un duelo de artillería semejante —opinaba el capitán de puerto Raygada subiendo por la calle del Telégrafo.

—La verdad es que hoy ganamos —convino Federico Sosa.

Atardecía por fin en silencio. Golondrinas y gaviotas han huído del peñón desde que ayer arreció el cañoneo. Iba a decir que con unas cuantas armas modernas podían correr a los rotos hasta el Estrecho de Magallanes pero cambió su alegre expresión y detuvo su caballo, señalando la violácea penumbra de las seis y veinte de la tarde como quien identifica a un espectro. ¡El ingeniero Elmore!

—¿Qué hace usted aquí, en el nombre de Dios?

También a Raygada se le apuró el corazón.

—¡Señor Elmore, lo dábamos por fusilado!

Un alférez chileno y seis cazadores habían dejado a Elmore a dos kilómetros de las líneas peruanas. El coronel Pedro Lagos, a quien Baquedano encargó la toma de Arica, devolvía al joven ingeniero con su última propuesta de capitulación. Bajo palabra de honor de regresar prisionero al mismo punto de Azapa donde lo aguardará otro piquete de caballería chilena, Elmore atravesó fácilmente las arenosas defensas nacionales. Después de seis horas de bombardeo, las tropas pasaban el último rancho de su vida. Nadie le había prestado atención.

También Bolognesi se sorprendió al ver a Elmore en la puerta de su casa. Había hecho su pequeño equipaje, destruido documentos secretos, paseado esos aposentos que nunca fueron realmente suyos. No necesitaba más mensajes chilenos para conocer que mañana darán batalla a fondo.

—¡Adelante, Elmore! ¿Y Ureta?

—Recibió un balazo en una pierna...

—¡Menos mal! ¡Los dábamos por muertos!

—El señor Elmore trae un mensaje del coronel Lagos —explicó Sosa.

—Pues entonces que vengan los jefes, todos deben escucharlo... Asiento, Teodoro, ¿cómo lo trataron?

—Primero quisieron fusilarme, mi coronel. Luego me trasladaron a Tacna y allí se convencieron de que soy ingeniero militar. Después, otra vez a Chacalluta. Tuve que andar delante de todo su ejército por si estallaban minas. Ahora me tienen alojado en casa de Weguelin. ¿Sabía usted que ese miserable es chileno de nacimiento y que ha sido espía en Arica desde que empezó la guerra?

—Algo sospechamos ahora, señor Elmore... imagínese usted, el constructor de nuestro telégrafo militar con Tarapacá... Entre las chilenitas de Iquique y ese falso francés invitando copas en el Club de la Unión, deben haberse enterado bien de todos nuestros movimientos.

En diez minutos llegaron Inclán y Varela desde el Morro, y al rato Medardo Cornejo y el fatigado More, y luego Ayllón que vino del norte, y Zavala y Ugarte que andaban por la ciudad, y, en fin, O'Donovan y Arias y Aragüez que inspeccionaban el estado de heridos, enfermos y contusos en el hospital.

—Antes que nada, mi coronel, quisiera del señor Elmore una explicación de su captura y de su presencia ocho días después en esta plaza —desconfió el coronel Varela.

Elmore recordó la noche en que sólo estallaron tres minas en Chacalluta, las veces que lo interrogaron, cómo salvó del paredón.

—Habíamos convenido con el teniente Ureta no darnos por enterados de ningún otro trabajo de minas que el de Chacalluta, pero a la vez insinuar que todas nuestras líneas están dinamitadas. Si no han atacado hasta ahora con su infantería, es por temor a que los volemos por las patas. Al mismo tiempo me encarga decir Lagos que si estallan minas, ni él ni sus oficiales podrán impedir que todos seamos pasados a cuchillo.

—Tenemos gargantas duras —Varela no se inmutó.

—Creo que nuestra respuesta al señor Lagos no ha cambiado desde ayer, mi coronel —habló Medardo Cornejo.

—Acepté la ingrata misión de traer un ultimátum del enemigo porque en ocho días he procurado oír y ver cuanto pudiese ser útil a la defensa de Arica —retomó su agobiado discurso el señor Elmore—. Hoy llegó a Chacalluta el batallón *Chacabuco*. Tres regimientos se han estacionado

entre las lomas del Condorillo y Buena Vista... *Buin*, tercero y cuarto. Y el *Lautaro* con el batallón *Bulnes* están al norte. En Tacna hay lista para marchar otra división con cinco mil hombres para reforzar un segundo asalto si mañana fracasan...

—¿Mañana? ¿está usted seguro?

—Posiblemente... —Elmore bajó la voz como si aún lo pudiesen oír sus enemigos— ...algo escuché en Buena Vista, subirán primero a atacar la batería del Este...

—Eso significa que antes pasarán a Quiane, completamente al sur —dudó Inclán—. ¿Dentro de unas horas? ¿de noche y con neblina? Es un camino difícil.

—Ni que Federico Sosa fuese a guiarlos —sonrió Zavala.

—No lo creo posible —Varela piensa que atacarán por el norte, antes barriendo rasas posiciones costeras que asaltando fuertes de montaña.

—Weguelin puede guiarlos tan bien o mejor que yo —sombriamente Sosa presta atención a la advertencia de Elmore.

—¿Weguelin?

—El mismo.

—¡Pero si es neutral! —protestó Varela.

—Es chileno —tiene que admitir el propio coronel Bolognesi. Hasta hace dos semanas, Weguelin circulaba libremente por Arica.

—Yo lo ví con Baquedano en Buena Vista —recordó el subprefecto.

—Parece que son amigos de la infancia —añadió Elmore. Un rato hundió su cabeza entre las manos, en desesperada actitud. Respiró hondo antes de seguir saciando la curiosidad de los sitiados—. Dicen que el propio Orozimbo Barbosa ha pedido el mando de un regimiento para intervenir en el asalto... He podido saber que subió a Tarata sin encontrar a Montero... —miró a Bolognesi que atendía a la conversación con ojos inexpresivos— ...no vienen refuerzos, mi coronel, lamento decirlo pero estoy convencido de ello...

—¿Ha pensado, señor Elmore, que pueden estarlo usando para hacernos llegar información falsa?

—Señor Varela, no soy tan estúpido para venir con simples rumores. El coronel Barbosa debía impedir el paso de nuestro Segundo Ejército en la cordillera. Si sus tropas han bajado a Tacna, dejando sólo pequeñas patrullas arriba de Tarata, y el mismo señor Barbosa cena esta noche

con Baquedano en Buena Vista, quiere decir que no debemos esperar milagrosos refuerzos bajando a la carga por el Condorillo. Por lo demás, los propios tacneños con quienes pude conversar, me informaron que Leiva regresó a Arequipa desde la cuesta del Bronce. Otros lo suponen cerca de Mirave. En cuanto al señor Montero, debe estar llegando a Puno con menos de quinientos soldados.

—¿Quién se lo contó?

—El señor Alcalde MacLean.

—¿Y cómo lo supo el Alcalde?

—Recibió a un propio de del Solar.

—¿Y por qué no han llegado emisarios de Montero o del Solar a esta plaza? —enfurecía Varela agarrándosela con Elmore— ¿Por qué no nos informan de nada por el cable submarino?

—¡Eso no lo puedo contestar yo, señor Varela! —gritó el ingeniero—. ¡Pregúnteselo al gobierno!

—Por favor, señores —intervino Bolognesi—. . . Aprecio su información, ingeniero Elmore. La tendré presente. Caballeros, mis órdenes no cambian. Arica no se rinde.

Ahora el jefe de Estado Mayor analizó la ubicación de las fuerzas enemigas descrita por Elmore. Nada más cómodo para los chilenos que atacar en tenaza por el norte de Arica, entrando frontalmente a la batería San José y por la retaguardia a los fuertes Santa Rosa y Dos de Mayo. Acaso convenía que alguna fuerza de la séptima división pasara esta noche a reforzar ese extremo de nuestras líneas. Varela ofreció una compañía.

—¡Por Dios, coronel! —interrumpió Elmore—. ¡Bajo mi responsabilidad no envíe usted tropas al norte! ¡Tenga usted un cuerpo en la primera batería del Este, dos en su segunda y el resto de la fuerza en Cerro Gordo!

Bolognesi dio por terminada la reunión.

—Ingeniero, entiendo que ha dado usted palabra de honor de regresar prisionero. . .

—Me han dado tres horas, señor. Sin embargo el coronel Lagos dijo que entendería mi conducta si me quedaba en Arica.

— . . . pero dio usted su palabra. . .

—Así es, señor Bolognesi.

— . . . pues vaya usted donde los jefes chilenos y de mi nombre dígales que resistiremos hasta el último extremo, aunque estamos penetrados de la esterilidad estratégica de este sacrificio.

A las diez de la noche, los coroneles Ugarte y Busta-

mante acompañaron a Elmore hasta el cementerio. Desde aquí contemplan brillar numerosas grandes fogatas enemigas. Tardaba en llegar la camanchaca. Nada parecía separarlos ya de la batalla.

—Teodoro, buena suerte y hasta pronto —Ugarte le tendió la diestra.

—Buena suerte, señor Ugarte.

Francisco Bolognesi Cervantes, cuya carrera militar se estancó en el rango de coronel efectivo hace veintidós años, sin que desde tal ascenso otorgado por Castilla se le haya mencionado siquiera como candidato a general, decidió descansar esta noche en lo alto del Morro. Contra la opinión de algunos de sus jefes, hizo trasladar a todo el batallón *Cazadores de Piérola* del norte al Fuerte del Este. Sin que se le repunte fracasado, pertenece a esa clase de hombres a quienes se cree que ya llegaron a su máxima estatura. Salvo una lejana polémica en los diarios limeños, a raíz de la primera demostración en Conchán de los Blakeley de campaña que compró en Europa por encargo del entonces Presidente Castilla, su nombre ha sido siempre más conocido en los cuarteles que en los salones políticos o de sociedad, y, acaso, es menos popular que su hermano Mariano, importante instructor en la Academia del Ejército. Sí, un buen hombre, estricto, siempre cumple con su palabra, a veces se excede en su terquedad. Valiente, también. Y bastante alocado en su juventud, metido a explorador en las selvas de Madre de Dios y a comerciante de cascarilla que se pegaba de balazos con bandidos de la selva boliviana y con tribus carniceras. Francamente impávido, Castilla le tenía especialísimo aprecio, como que era capaz de achicar los atrevimientos del caudillo en un campo de batalla. Y recuérdese, si se quiere, como se colocó a caballo entre los ejércitos de Vivanco y de Castilla para conocer de cerca el sonido de las balas y cerciorarse si de veras servía para la milicia. Sólo después, con el sombrero agujereado, aceptó empleo de militar transformándose de comerciante y aventurero en teniente-coronel a la mitad de la vida. Paseaba ahora este peñón tan familiar mientras lentamente se expande la neblina a sus pies. Recordó a Federico, el menor de sus hijos, el único que no quería ser militar. ¡Catorce meses sin verlo, sin estrecharlo en sus brazos! Y Augusto... ya subteniente. ¿Por qué rumbos irá Enrique, con su cañón a rastras? Nada es igual dos veces consecutivas, hubiera querido explicarles esta noche, ni siquiera la muerte se repetía a sí misma. Y sin embargo

esta perpetua mudanza se parecía tanto de una vida a las vidas que nos siguen, pues éramos muchos dentro de cada piel, opinando y tironeando en opuestas direcciones y sin embargo aquí comprimidos a fuerza de ser. O del deseo de ser. El coronel hundía friolentas manos en los bolsillos, atendía distraídamente el saludo de los centinelas. La nada y la duda empeñadas en existir, ocupando estos cuerpos como brotados de una linterna mágica, moviéndose borrosamente por trincheras siempre inconclusas. ¿Dónde lo real y dónde la ilusión? Eramos y no éramos y sin embargo toda esta nebulosa espera duele verdaderamente y a la vez resulta soportable, estábamos frente a la noche con todas sus bayonetas y también viajando por la memoria a la incomparable luz de horas que aparentaron felicidad. Junto a Bolognesi cruzieron las suelas de Alfonso Ugarte. Señor, quisiéramos reunirnos con usted, señor. La esfera dentro de otra esfera, lo invisible en su propio molde, esta difícil perpetua transformación de la sustancia en sustancia y de la nada en nada y de todo conteniéndose a sí mismo, la verdad entre paréntesis: ha de tener fin alguna vez, en alguna parte, no importa que hayamos olvidado el principio o quién nos empujó al movimiento de las cosas. Pobres grises pedruscos en quietud y sin embargo sobados y redondeados por un tiempo que nos arrastra hasta pulir y desintegrar amadas e inolvidables apariencias. ¿De qué se trata, Alfonso? Algo así como tomarse una copa de despedida, señor. Vayamos de una vez, cómo no. En esta noche todo existe no existiendo. Hoy se comprimen la distancia y la espera y lo que se creyó verdadero y la gran duda de Dios y la sospecha de que ni siquiera el polvo se ignora a sí mismo. Se amontonan oraciones, recuerdos. Se oye latir el miedo al miedo. Por estas cabezas en vela entran evocaciones, ideas, cachivaches de toda condición y de todos los tiempos, hasta que no hay sitio para más y se vuelve el pensamiento en diminuta ausencia, algo parecido al blanco más blanco, intransitable, perfectamente vacío pero visible, pero también real, pero también en explicable agonía.

Abrió la puerta y miró gravemente a esos cuarenta jefes y oficiales que han vestido sus grandes uniformes y que lo aguardan en tiesa postura de atención.

—Señor —se adelantó Inclán—. . . queremos brindar una copa con usted y expresarle nuestro aprecio y nuestra admiración, señor.

Bolognesi agradeció, conmovido.

—Mi coronel... —Sosa eligió la mejor de las copas y la llenó con vino de Chaca— ...yo mismo lo traje para esta ocasión, señor.

A un lado, tacneños y ariqueños, del otro tarapaqueños, se sirvieron vino en una ruinosa diversidad de vasos y cacharros.

—A nombre de la octava división, mi coronel, debo expresar que ha sido un honor servir a sus órdenes. La verdad, señor, esto es una despedida para la mayoría de nosotros. Porque mañana hemos de morir, señor, para honor y gloria de un país que amamos aún más ahora, hundido en la peor de las desgracias. Yo... —a Ugarte le fracasó la voz— ...yo ofrezco simplemente cumplir sus órdenes, mi coronel. A la vez, señor, quiero rendir homenaje a mis camaradas de Iquique y Tarapacá. Ellos, mi coronel, eran paisanos en su mayoría, hombres dedicados al trabajo honrado cuando se nos declaró esta guerra de conquista. Al señor Zavala y a mí, señor, nos cupo el honor de organizar dos batallones de los cuáles hoy me siento orgulloso, porque desde sus jefes hasta los niños que tocan los tambores han sido vencedores de Tarapacá, mi coronel. Y mañana, señor, serán vencedores o gloriosos muertos de Arica. A mis amigos y camaradas, a estos viejos conocidos de la infancia... —y nuevamente se le aflojaba la voz— ...a estos hombres valerosos les pido ahora brindar conmigo por nuestro jefe, nuestro compañero, nuestro consejero y nuestro amigo... señor —dirigió sus afectuosas pupilas marrones al viejo que sonreía tristemente—, a usted, mi coronel, al mejor de nosotros.

—Mi coronel, mi amigo... —se adelantó el coronel Inclán— ...nos conocemos muchos años, mi coronel, y quiero decir que es difícil servir a sus órdenes porque usted, señor demanda de nosotros un heroísmo que francamente no creíamos poder cumplir. Usted, mi coronel, ha convertido esta gran roca de Arica en el más importante símbolo de nuestra patria. Y ha hecho de nosotros soldados capaces de decir serenamente: Arica no se rinde y aquí moriremos todos, combatiendo hasta quemar el último cartucho. Y por Dios, mi coronel, cumpliremos nuestra palabra. A nombre de la séptima división, señor, me uno al brindis propuesto por el señor Ugarte... mi coronel y amigo: estamos orgullosos de servir a sus órdenes.

Para este momento nomás había vivido. Rostros jóvenes, facciones dibujadas por viejas experiencias, útiles cuerpos, antiguos camaradas: los miraba de uno en uno, sin ceder a la congoja.

—A nombre de la guarnición del Morro, señor, cuente usted con nuestras vidas —oscuro capitán de navío con lucuosas ropas de civil, ni siquiera esta noche More rompía su juramento de no vestir su elevado uniforme naval hasta no reparar la pérdida de la *Independencia*—. A quienes hayan de partir con honor, hasta siempre caballeros. ¡Viva el Perú!

—¡Viva el Perú! —roncaron cuarenta gargantas.

¡Pobre locos enfermos de amor por un pedazo de tierra, por la idea de un país!

Lentamente Bolognesi alzó su copa.

—Juro ante Dios defender mi bandera con la vida y brindo sólo por el Perú, por mis padres enterrados en su suelo, a quienes tomo por testigos de este juramento de honor y amor a mi país. Y por ustedes, caballeros, de quienes también me siento orgulloso y a quienes pido compartir este sagrado juramento.

—¡Juro! —replicó Ugarte con instantánea voz.

—¡Juro! —clamaron los jefes reunidos.

Vaciaron sus copas.

—Ahora, señores, todos a sus puestos. Señor Ugarte, usted permanecerá esta noche en el Morro pero quiero desearle buena suerte —el viejo abrazó al jefe de la octava división—. Señor Inclán, mi buen amigo, buena suerte...

Buena suerte. Buena suerte.

Se confundieron en abrazos de despedida. Buena suerte a todos.

A medianoche partieron a ponerse al frente de sus batallones y baterías.

Federico Sosa patrullaba una ciudad casi desierta. Morcenas rápidas luces revelan actividad en los consulados de Estados Unidos y del Imperio Alemán. El Alcalde Pescetto saludó desde una ventana. La iglesia permanecía entreabierta, suavemente alumbrada por velones mientras mujeres de negro se obstinan en rezar con un murmullo. ¿Te das cuenta, Barbachán?... como si hubiera pasado la peste. El teniente asintió. Concluido el bombardeo, sitiados paisanos se echaron a los botes y pidieron asilo en buques de guerra neutrales. Se detuvo el subprefecto al final de la calle del Colegio, donde acaba la ciudad y empieza la empinada ruta del Morro. Noche y roca parecían una misma lóbrega sustancia de la que brotó un nervioso marinero armado de un rémington. Tranquilo, muchacho. Subprefecto y teniente absolvieron el santo y seña y regresaron al puerto, esta vez a bordear la playa rumbo a la misma base del

enorme peñón de Arica. Por aquí, a saltos sobre rocas en punta, es posible llegar a la Caverna del Inca. Ateridos centinelas contemplan el comienzo del precipicio, hasta el mismo cielo cortado a pico. La braveza de mar que empeoró a las seis, retumba como un eco del reciente bombardeo. Un violento ventarrón flauteaba entre las peñas, arrancando bajos y agudos que calosfriaron a Barbachán. Más atrevido, Sosa alzaba el cuello de su capote militar y, a contraviento, visitaba los más alejados puestos de observación frente a la isla del Alacrán. Volvió con las orejas heladas, murmurando que hace falta un trago, teniente, qué le parece si echamos un vistazo a la despensa de la Calderona. Ratas, basura, papeles se les atravesaron por la calle Ayacucho. A su manera el viento limpiaba la ciudad clausurada, mudando desperdicios y polvo de lugar. Nadie contestó a sus golpes en la antigua Comandancia General.

Abrigado entre los muros del anciano cementerio de Arica, el comandante Zavala interrumpió la carta que escribía a la casi imperceptible luz de una linterna sorda. La corpulenta sombra del teniente Aduvire deletreaba lápidas al tacto con habilidad de tipógrafo. Aquí ya volvió el polvo al polvo, la mayoría no murió de vejez sino de peste o terremotos. Para el frío, mi comandante. Zavala aceptó unos sorbos de vino. Cuando Aduvire continuó su pensativa ronda, el jefe del batallón *Tarapacá*, por ahora al mando de la octava división, escribió: *Arica no se rinde, ni las banderas se desplegan para abandonar la plaza. Por el contrario, resistirá tenaz y vigorosamente y, cuando la naturaleza ceda, obedeciendo a leyes físicas, los invasores pondrán su planta en un suelo cubierto de cadáveres y regado por sangre peruana. Sus defensores prefieren la muerte a la deshonra, la gloria a una vida que les hubiera sido insorportable sino hubieran aprovechado del último resto de ella para escarmentar al enemigo y levantar más alto el pabellón nacional. ¿Quién vive?* Asomando por sobre sacos de arena con que han reforzado ruinosas pircas, al subteniente Rodó le pareció detectar pisadas. Nadie responde en esos gramadales peinados por el ventarrón. Otra vez gritó quién vive y un soldado nervioso descargó su rifle a cualquier parte de la noche. Zavala guardó la carta en su chaqueta y, de lo más opulento a lo más común del camposanto, de los nichos de ladrillo recubiertos con mármol italiano a las anónimas requemadas cruces plantadas en desorden, volvió a encontrar a Aduvire maldiciendo al nervioso vigía. Por el cauce del Azapa han de volver pa-

trullas nacionales, a ver carajo si no escuchan gritar quién vive por culpa del viento y los fusilábamos como a chilenos. ¡Vamos, tranquilidad muchachos! —pidió el coronel Zavala. A ratos peleaban entre antiguos camaradas. Señor Aduvire, reparta un poco de trago y póngame a dormir a todos los que no montan guardia.

Desde la explanada del Chinchorro, el comandante Sáenz Peña desconfiaba de las fogatas que esta noche no se apagan en las sierras del Condorillo. Demasiada lumbre para la víspera de una batalla, ¿no le parece Isidoro? El mayor Salazar, segundo jefe del *Iquique*, estuvo de acuerdo. Mañana no atacan o me temo mucho que nos están cojudeando, mi comandante. Temprano, en la nohecita, el subteniente Loayza se metió casi tres kilómetros por esos gramadales sin encontrar centinelas chilenos. El manco Quincho, que maneja perfectamente su rifle con la diestra apoyándolo en su reciente muñón, bostezó ruidosamente acurrucado en un parapeto vecino al fuerte San José. Cerca suyo el sargento Rendón tiritaba bajo el liviano uniforme de bayeta, los chilenos bien calientitos y nosotros a oscuras, como si el enemigo no supiera dónde queda el Morro de Arica. Callarse, gritó un oficial. A dormir todos excepto los centinelas. Hay que estar frescos para el amanecer. Ahora Rendón reconocía la amarga voz del capitán Cuéllar, el muy malgeniado. Ya estábamos frescos, señor, con este viento de mierda no hay como evitarlo —se asordino el sargento. Cuéllar se evaporó murmurando que mañana me encargo de los chistosos, van a aprender a reírse de mí so cojudos.

Mal tiempo para nosotros, rezongaba More cuando entró a la friolenta habitación de Bolognesi. También Ugarte esperó de pie. El jefe de la plaza terminaba de acicalarse: había afeitado sus mejillas, recortado su blanca pera de candado, recompuesto el rostro con agua casi helada. He aquí sus últimas posesiones: peine y escobilla de carey, una tijerita *solingen*, una pastilla de jabón corriente, un pañuelo de hilo, un sol de plata, una cartera de cuero que contiene su foja de servicios militares y dos cartas, un retrato de familia y, en fin, un casi agotado frasco de *atkinson* con que empapó sus manos para frotarse la cara, después ofreciéndolo a sus amigos. Aceptó Ugarte un chorro de agua perfumada, mientras comprende que esperarán juntos la hora del combate. Nunca una aspereza, involuntario agravio entre estos hombres reunidos. Aunque a Bolognesi le disgusta la enlutada apariencia del comandante More y pre-

feriría verlo ahora con uniforme de capitán de navío, respetaba el fúnebre perpetuo humor del hombre que se atribuye la desgracia original de la guerra por el naufragio de la *Independencia*. Vistió Bolognesi su chaqueta militar, por un instante atento a gastados bordes de ese paño irremplazable. Acaso comparó el estado de su atuendo con el aún más ruinoso uniforme del coronel Ugarte y el brillante sobado color negro de las ropas del marino. Después abrochó el cinturón. Prefería un revólver de reglamento y ni siquiera tiene consigo su propia espada, aquella que lo acompañó en la batalla de La Palma o las ricas armas obsequiadas por la Nación en premio a sus méritos militares, sino la sencilla pero durísima hoja de acero español que su amigo Gastelú le pidió llevara al frente de guerra, ya que él mismo no podía embarcarse a Tarapacá por definitivo límite de edad. Una mesa, tres sillas, una cama de campaña, un lamparín de kerosene, un pequeño espejo rectangular, tintero, pluma y secante, sello de la comandancia, hojas de papel, una frazada, nada más hay en este pedazo de caserna adosado contra la cresta del Morro, no lejos del polvorín y de los cañones de la batería alta. Igualmente desnuda, sitio de paso había sido la comandancia general instalada hasta antier en la calle Ayacucho.

—También tengo una sorpresa, pero pequeña —Bolognesi resplandeció colocando una botella de brandy de la frontera sobre la mesa. La había guardado para esta noche y para estos convidados solamente. Luego abrió una pequeña puerta lateral—: ¡Colchado. . . sírvenos café y tráenos vasos!

Afuera bramaba el viento.

Ugarte eligió una silla de lona. Nebulosamente recuerda a su propio padre, más bien reconstruyéndolo en pacífico caballo de hacendado por la quebrada de Aroma, más bien cariñoso y justo, más alto y musculoso de lo que en verdad fue. En momentos como este, le gustaba imaginárselo viejo a la manera de Bolognesi, tarareando una distante armonía de Donizetti mientras sirve el brandy y aprueba las tazas desportilladas pero llenas de buen café que distribuye el ordenanza. Ugarte prestaba más atención a los rugidos del viento por la explanada de la fortaleza. ¡Qué ganas de aceptar el miedo, qué fácil convertirse en cobarde! ¿Y después de mañana? Dios compendio, lo que es y no es, autor de la casualidad, ser sin historia apiádate de nosotros. Cierra los párpados y contempla el verdadero firmamento de Iquique, la infinita, hermosa, es-

trellada locura de Dios. Recordó al inglés que encontraron ahorcado en el hotel de Bertogliatti, allá en el sur. No olvida su sonrisa, sus bruscos silencios, su atenta distracción frente a la vida tabacosa y alegre vecina al billar, esa cierta dolido superioridad de quien ya eligió el día y la hora en vez de dejarlo todo al azar o a la fatalidad. Había bebido una copas con el inglés y al rato lo vio pendulando en una habitación. Ahora, a través de su piel, se descubrió la misma triste sonrisa del suicida.

—¡Vamos, Alfonso! —hace un rato que Bolognesi ofrecía en silencio un vaso de brandy—. ¿Pensando en casa?

—Ni siquiera en eso, señor —Ugarte sacudió la cabeza.

—Por los ausentes —y el viejo coronel alzó su ración para bebérsela con memoriosos sorbos.

¡Los ausentes! Todos ausentes excepto los sitiados de Arica. ¿En quién pensar? ¿La madre de Ugarte tocando el Blüthner de cola en la casa de Iquique, ahora transformada en dependencia militar chilena? ¿La esposa de More infatigablemente escribiendo cartas de rectificación a los diarios limeños que insinúan que este enlutado capitán de navío es un cobarde y un incapaz? Butacas de terciopelo, una orquesta afinando instrumentos, el rostro del señor Bolognesi repetido en los espejos de un atareado foyer en el que fuman caballeros de frac... ¿eso era la paz? La paz, por supuesto: el coronel y su familia en fila diecisiete, disfrutando de *Lucía de Lamermoor* o de la aún más amada música de Scarlatti o riendo con *El rey de rabió* y, más tarde, el último copetín, un helado de pistacho en el restaurant de la Exposición si es verano, un *chartreuse* o un *benedictine* en la *Maison Dorée* si llegaron los fríos. Ausentes, todos. La familia Bolognesi está totalmente en guerra, sus hijos otoñales habían crecido para compartir puntualmente este horror con el padre anciano.

—Casi puedo oírlos caminar —dijo de pronto el jefe de Arica.

—Yo también —admitió More. La verdad, nadie tiene mucha confianza en estas fortificaciones para resistir un masivo ataque por el lado de tierra.

—Si Weguelin llega a ponerseme cerca... —amenazó la voz de Ugarte. De regreso de Chaca, Sosa espío nocturnamente la casa de Buena Vista. Frente a la residencia del falso francés había espléndidos caballos, oficiales de estado mayor charlando en la terraza. Después el subprefecto vio a Weguelin junto al propio Baquedano, paseando del brazo como sólo pueden hacerlo viejos amigos.

—Sí... —ahora Bolognesi liquidó su brandy— ...se están acercando.

No importan niebla o borrascosas ráfagas, el supuesto francés conducía a seis mil quinientos chilenos a sus puestos de asalto, a un kilómetro de los fuertes del Este y Ciudadela.

—Un cuarto para las tres —murmuró el marino.

—Me sentiré mejor rondando los fuertes —el viejo coronel se alzó de la silla.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí, señor? —Ugarte taconeó por la habitación—. ¿Traídos por la necesidad?

Bolognesi observó paredes desnudas, esa mesa con cartas inconclusas, al silencioso More, en fin a Ugarte. Es verdad... ¿cómo hemos llegado a este amanecer sin retroceso, a la palabra definitivamente empeñada, a la carnicería a sabiendas?

—Sí, un poco por necesidad —admitió el jefe de Arica—. Y para alguna vez ser mejores que nuestros propios sueños.

No será un final agradable, como una siesta, envuelto en esa irrealidad de quienes dejan de vivir simplemente porque vivieron demasiado. Nada más distante de un buen final que la mañana que se acerca. Morir a la bruta, mi querido señor Ugarte, no habrá lloronas, ni gorigoris, ni doble ni otras pompas que nuestros propios balazos, hasta que se agote la munición. Crecía Bolognesi delante de su joven amigo: una bandera es sólo un trapo pero también el símbolo de todo lo nuestro. Mis hijos son la bandera. Y la señora Vernal. Bandera es Arica, el océano que perdimos, los hijos de More, y los abuelos de los abuelos y todos los árboles y montañas, ríos, cosechas, islas y toda la memoria de quienes alguna vez habitaron este país, todo eso es nuestra bandera y la íbamos a defender muchos días o acaso sólo unas horas, muriendo por ella para dejar testimonio de que verdaderamente nos importa el Perú. Aquí peleábamos por mucho más que marmorosas efigies de una patria con gorro frigio. Aquí luchábamos por lealtad a un pueblo de carne y hueso, por todo lo miserable y real resumido en esos tafetanes y en esas sedas de colores únicamente nuestros. Por el Perú hasta ahora y usted también por Iquique, y usted por la fragata *Independencia*, y todos por nuestras familias y por familias a las que nunca hemos conocido y que seguramente jamás oirán hablar de nosotros. Afirmado, fuerte anciano ya irremediablemente rectilíneo, fresco y señor de sí, Bolognesi palmeó a Ugarte. Si alguna gran acción inútil ha de servir de algo al Perú, será esta

batalla que se avecina y nuestra propia muerte. Matándonos, perdían los chilenos. Por eso ansiosamente quería capitular Baquedano. No importa si nos ganan, este Morro será siempre de quienes rehusaron la rendición. Ahora, señor Ugarte, acompáñeme a los fuertes. Usted, señor More, encárguese del cuartel.

La niebla se apelmazaba por debajo del Morro. Frente al reducto interior de esta última fortaleza, un zaino de gran alzada llamó la atención de Bolognesi. El ayudante Barbachán lo tenía de las bridas. Con tintineantes espuelas Ugarte se acercó a los caballos que aguardan. El zaino movió la cabeza, reconociéndolo. Acaricia el hocico aterciopelado, desliza unos terrones de azúcar en esa boca que personalmente ha entrenado, frota la frente y su lucero, la espesa crin castaña. Muerto su cabello africano en la batalla de Tarapacá, Ugarte compró hace cinco meses este potro argentino llamado *Cariñoso*. Toda la fealdad del coronel se transforma en apostura cuando monta el zaino con desenvuelta facilidad de caballista. ¡Bravo, Alfonso, lo felicito! Ugarte sonrió. Si usted lo quiere, mi coronel... lástima prepararse con *Cariñoso* a tan poco de la batalla. Y buena suerte, también. Porque después de cinco meses de entrenamiento, zaino y jinete se adivinan por una leve presión de las riendas o apenas por un roce de espuelas. Montado Ugarte, lo chalaneó en la penumbra artificial de la explanada. *Cariñoso* braceó para después amblar y corvetear y, en fin, detenerse piafando a dos pasos del jefe de la plaza. El viejo coronel palmoteó el pescuezo del zaino de batalla, montó su propia cabalgadura y seguido por tres capitanes ayudantes y un corneta, se despidió de More picando espuelas hacia el fuerte Ciudadela.

El artillero Maldonado secaba sus manos restregándolas contra el uniforme. Su tío Campo Hermoso preguntó qué tienes, hijo, no te vaya a dominar el miedo. Desde el rústico e imperfecto maticán de esta fortaleza, el muchacho miraba la lejana fulguración del campamento chileno, a la izquierda de Buena Vista, como si fosforesciera la niebla o estáticas luciérnagas confirmaran la ubicación del enemigo. Por ese camino viajó Maldonado a despedirse de su madre y por ahí mismo regresó entre avanzadas chilenas. Más vale un hijo muerto que desertor, había respondido a Mi-caela Arias cuando le pidió que no la abandonara. Ahora trotó por esos parapetos de cinco metros, hechos con sacos de arena, hasta el glacis donde están emplazados los cañones Parrot. Volvía la patrulla del capitán Ordoner Vargas

luego de tropezar en Cerro Gordo con el jefe de la plaza.

—¡El señor coronel Bolognesi! —se oyó gritar a un centinela en la poterna.

Cada diez minutos se turnan vigías para linear la cerrazón en las faldas de Cerro Gordo, detrás del Morro. Hay centinelas en los enfoscaderos que conectan el Ciudadela con el fuerte del Este. Han aterronado la cuesta, taladrándola en parte para después rodearla con muros de yute y arena, macizando en lo posible esta primitiva fortaleza sin fosos posibles, ni criques o caponeras o medios baluartes, ni otra defensa adicional que un reducto interior también construido con sacos de tierra y un palenque carpintado con restos de naufragios, bajo el cual existen una estrecha caserna y el polvorín.

—Pasen rancho temprano —instruía Bolognesi al jefe de los *Granaderos de Tacna* Justo Arias y Aragüez—. Ya es hora de distribuir aguardiente.

La verdad, tal como acababan las cosas, Bolognesi hubiese preferido concentrar todas sus fuerzas en la cumbre del Morro. Pero luego del desastre de Tacna, no alcanzó el tiempo para modificar fortines cuya construcción demoró hasta siete meses. Imposible remontar cañones de sitio por lo alto de Cerro Gordo y a través de la breve hondonada que lo separa del Morro aún más elevado. O mudar miles de sacos de arena y compactar toda esta tierra en otra parte, en la última fortaleza donde ha establecido su cuartel general. No hay más remedio que continuar así, un poco dispersos, desconectados por una pastosa tenebrura y por la camanchaca que se empoza abajo. Veinte años artillero entrenado en Francia, conoce Bolognesi las imperfecciones del fuerte Ciudadela, tan aparatoso y a la vez tan vulnerable. Aprobó recientes salchichones de pólvora con los que Campo Hermoso se propone despedazar enemigos si se ponen por debajo de la batería y revistó a *Granaderos* y a *Cazadores de Piérola* que esperan el amanecer.

Un palúdico liviano resplandor empujaba por detrás de la cordillera. Casi a las cuatro de la mañana, la luz del 7 de junio de 1880 empuja este cielo lóbrego que descarga sobre Arica rachas de viento helado. El veterano sesgado rostro de Arias y Aragüez no demuestra ansiedad alguna. No ha variado el plan de batalla por ahora, así que el señor Bolognesi no necesita perder tiempo en el fuerte Ciudadela. Se despidió de los jefes con un apretón de manos.

Y sin embargo la vida debía tener sentido. Y pen-

sando en la vida, Ugarte lo abarcaba todo, la gran esfera de agua y tierra que habitamos y lo que aparenta existir más allá, donde concluye nuestra percepción de la luz. Cierta opalina ingrátida intuición de lo que será su muerte se le ha acercado durante el sueño. Ugarte no creía en la fatalidad o en la adivinación. Sin embargo, esta jornada que continúa al trote por Cerro Gordo y luego bajando al fortín del Este, empieza a parecerse al reiterado sueño que su memoria está impedida de descifrar. He aquí, pues, la primera mañana de su muerte. A diferencia suya, Bolognesi no se distrae en asuntos ajenos al inmediato mando que ejerce. Ni ha empezado a morir, ni pensará en ello hasta que sea de veras inevitable. Contestó santo y seña y desmontó en el pequeño polígono interior. Sólo ahora el viejo coronel sintió los estragos del violento helado ventarrón. Dolían sus nudillos cuando se despojó de los guantes.

—Yo sé que están por ahí, mi coronel —coincidía Inclán—. No necesito verlos. Abajo los tenemos...

—¿Por qué no cañonear y ver que pasa? —sugirió Ugarte. Los tres cebados Voruz del fuerte apuntan a un kilómetro de distancia cuesta abajo.

—Creo que necesitan una taza de café —sonrió ahora el jefe de la séptima división.

—No se moleste, gracias.

—Entonces algo de coñac... ¡señor Blondel!

Protegido del ventarrón por un capote forrado en peltigris, el acaudalado mayor Armando Blondel, tercer jefe de los *Artesanos de Tacna*, abandonó el parapeto. Absorto en la lóbrega cuesta por la que se asienta una gomosa niebla blanca, no había visto llegar al jefe de Arica.

—Buenas noches, señor —saludó militarmente.

—¿Nos queda algo de esa reserva, señor Blondel?

Ugarte trepaba al parapeto. Cuando estalle el combate, por aquí cruzarán incalculables proyectiles. Basta atrasar el reloj para pasearlo tranquilamente. Nada se veía. Pero ahí están.

Con enérgicas pisadas el coronel Marcelino Varela cruza el fuerte bufando que no es posible, para todos los vigías y todas las patrullas es una madrugada sin novedad. Ordenaba salir a un subteniente, un sargento y cuatro reclutas a explorar cinco o seis cuadras debajo del fuerte. Ugarte aceptó un sorbo de coñac mirando la noche pavonada por uno de cuyos extremos asoma un resplandor entre moracho y ceniciento. Cuatro y media de la mañana. De parecido color recuerda la lengua del ahorcado. ¿Y por el

norte? Todo tranquilo hasta ahora, sonrió a Blondel. A ratos se esfuerza por aplomar sus movimientos. Es como si Taraapcá y todo el resto de la guerra no hubiesen bastado para convertirlo en veterano. Sin embargo lo miraban como a un vencedor, con maldisimulada admiración. Se comparó con el personudo coronel Inclán y con O'Donovan, su jefe de estado mayor. No van a buscar espantajos sino a chilenos asustados, gritaba instrucciones el coronel Varela a la última patrulla que abandonó el fuerte. Tampoco el jefe del batallón *Artisanos* parece superior a Ugarte. Ya calentado, Bolognesi subió al glacis y miró dos países, uno inferior y negro todavía, por el que se compactaba la niebla, y otro remotamente lila a ras de la más altas sombras, región de la visibilidad que permite descubrir ciertos reflejos brunos a lo ancho de sierras como entintadas con sombra de Venecia. Lo que disgustaba a Alejandro, sonrió el coronel, pelearemos de cara al sol.

—De cara a la neblina, mi coronel —se oyó a Inclán—. No creo que hoy despeje hasta pasado el mediodía.

Sin novedad, sin novedad, sin novedad.

—Gracias, señor Inclán. Eso suprime los malos augurios —Bolognesi se despedía—. Estaré en el Morro.

No amaina el viento pero cierto profundo olor marino disolvió la fatigada tensión de la noche que termina y, picando espuelas cuesta arriba, hasta ver la masa vagamente azul del océano y su estruendo tan inoportuno, el coronel Bolognesi sintió revivir en sí las ganas de luchar más allá de Arica. La guerra estuvo malditamente conducida, decía trotando hacia la batería alta, y todos somos responsables. Es como el mundo, ni usted ni yo lo hicimos pero estamos aquí y somos el resultado de nuestras propias equivocaciones y, claro, de algunos aciertos. Pero no se puede culpar al mundo de nuestra desgracia. Por la explanada montan guardia marinos de la *Independencia*. Responde el saludo de los centinelas y bajo la lenta claridad violácea de las cinco menos diez, se detiene el viejo coronel mientras Ugarte acaricia el pescuezo de *Cariñoso*.

—La vida me ha enseñado que la verdad es una sola, señor Ugarte, nada más hay distintas maneras de verla. Y creo en Dios. No sé si al Creador le interesan realmente nuestros conflictos bélicos, pero yo no declararé esta guerra ni el Perú la provocó o mató a los primeros muertos. Y carajo, no me rindo.

—Mi coronel —ahora sonrió Ugarte con afectuosa expresión— . . .usted lo ha ordenado y estamos de acuerdo:

resistir con toda seguridad de ser vencidos, sólo porque es preciso cumplir con el honor y el deber.

Un solitario estampido anunció que los chilenos atacaban.

El recluta Mundaca sólo atinó a descargar su rifle a cualquier parte cuando descubrió a mil doscientos enemigos escalando aquella ladera en columnas de asalto. Al amparo de la niebla llegaron inadvertidos a cuatro cuadras del fuerte del Este. Otro regimiento asaltaba silenciosamente el Fuerte Ciudadela. Retumbó la artillería peruana y una extensa crepitación de fusiles se desparramó por esas cuevas que acababan de reconocer. ¡Vamos! Bolognesi chicoteó su cabalgadura hacia Cerro Gordo. Hasta allí rumbaban balazos perdidos, chasqueando contra la roca viva. Desde trincheras todavía desocupadas, pudo contemplar la magnitud de la batalla que empieza bajo una luz pajiza y sin sombra. Ataca el 4º de Línea por su derecha, ya pegándose al fuerte del Este. El 3º de Línea cargaba contra el Ciudadela. Desbordando flancos, subía el *Buín* a encerrar a los defensores y a escalar el Morro desde atrás. Vio al coronel Arias y Aragüez paseándose impávidamente por la cresta del Ciudadela, espada en mano y sin quepis, mientras un negrito soplabá su corneta a tres pasos del jefe y granaderos y cazadores tacneños sacaban medio cuerpo fuera de los parapetos para acribillar al enemigo. Del otro lado, Inclán repechaba personalmente un flanco de su pequeño fuerte, para desalojar a la compañía del *Buín* que malhería desde arriba y de costado a los *Artisanos de Tacna*.

—¡Cárdenas! —llamó a su ayudante—. ¡Vuele al Morro y de mi parte diga al señor de la Torre que conecte todas las minas y al señor More que dispare salvas en auxilio del coronel Inclán!

Todo salía mal, sobrino. Campo Hermoso forcejeaba con su pesado cañón. Siete artilleros baleados, dos jefes y tres oficiales muertos tan pronto empezó el combate. Centímetro a centímetro empujan los engranajes de su cañón vuelto a cargar con metralla.

Abre cofres, reparte munición en el Ciudadela, se detiene sin respirar el sargento Lanchipa. Escuchaba a los chilenos roer parapetos. Lo que sus balas no podían talar, se desinflaba a tajos de corvo o bayoneta. Abiertos desde afuera los sacos de arena, pronto esa cortina del fuerte empezó a chorrear, a la vez achatándose y tambaleándose.

En desventaja de cuatro a uno bajo esta mañana entre gris y limón, Bolognesi vio a los suyos replegándose a los reductos interiores de los fuertes.

—¡Nada por el norte, mi coronel! —llegaba al galope Barbachán.

—¡Señor Ugarte, traiga su división! —miró en derredor: el viento batía violentamente la gran bandera peruana en la cima del peñón—. Diga usted a Ayllón que le ordeno volar sus baterías si atacan por Chacalluta... ¡Todos al Morro!

—Entendido, mi coronel.

—¡Y que su gente suba en medios batallones... columna izquierda a esta posición, columna derecha a la batería alta!

Vamos, *Cariñoso*. La rechinante crepitación de la batalla tensaba al zaino. Ugarte le soltó rienda y metió piernas. Su caballo se disparó hacia cascajosas estrechuras. Parece que rodaran calaveras, no pedruscos. Aquí difícil, tallado en escalones, allá abrupto, resbaloso como arena disuelta sobre una laja en declive, el camino soporta exhalados herrajes rumbo a la calle del Colegio. En la primera mañana de su muerte, el coronel no reconoce aún su sitio exacto, donde ha de quedar detenido para siempre, filtrándose por las porosidades de la tierra. ¿Abajo, en el Morro, solitario en los gramadales, a traición, de frente y con victorioso rostro de propaganda, tal vez desfigurado, inencontrable? Mientras el enemigo trepa serpentinamente a sus espaldas, aún debe ir al otro confín de esta batalla y volver. Volver, lo más difícil. Todo ha sido dispuesto para su muerte, no podía fracasar regresando fuera de hora para escuchar, como ante una boletería de ferrocarril, ya partió mi coronel, vuelva usted dentro de veinte años. Duras rachas salobres golpearon a Ugarte cuando entró a la ciudad. Todo aquí ha concluido: chamuscadas aleluyas, geranios como papel viejo, quebradizas y secas capuchinas que se desploman, exánimes floripondios sin olor, amarillentas saxífragas que no han bebido otra cosa que sol en varios meses, negras buganvillas apretujando sus osamentas contra techos que soportaron bombardeos, difuntas violetas africanas alineadas en la terraza del palacete MacLean sobre el que se acumula una costra de óxido y sal, hierbas, gaviotas, culantrillos, chuchos, hamacas, miradores, tardes de verano, el mar tan blanco y azul, todo ha terminado, lo clausuraron a golpes de martillo, le echaron candado, lo abandonaron y sin embargo todo aguarda tras un abom-

bamiento de visillos azafranados por el sol, espera que el tiempo que no ha de volver acaso vuelva. Ciudad sin mujeres, ciudad difunta. Alegres salones como antros llenos de insectos, emparedada oscuridad, todavía jóvenes recuerdos parecen asomarse a sí mismos mientras pasa el urgente muerto con uniforme de coronel. Sin dolor ha empezado su imperiosa agonía mientras del otro lado del Morro aumenta la trepidación de la batalla invisible, con todos sus tableteos, sus hurras, sus piltrafas, sus humanas menudencias. ¡Vamos, *Cariñoso!* A rienda suelta volaron bajo la cetrina luz de las cinco y cuarenta de la mañana. El subprefecto Sosa y varios marineros armados de rifles salieron al camino a pedir noticias. ¡Sí, la batalla, todos al Morro! Pero no detuvo su galope. Para cada hombre la muerte que necesita y que merece, sonora o repugnante, o lastimosa, o en olor a gloria, la que fue su habitante desde el principio de los actos y desde antes, la inmensa espiral de fracasados inmortales que a su turno perecieron de muertes banales y de variados cotidianos suplicios, y cuyo linaje acaba hoy, en cuanto concierne al coronel Ugarte. Este amanecer sin amistad se expande sobre gramadales azotados por el ventarrón mientras *Cariñoso* galopa a plenitud y parece al jefe de la octava división que nada hubiera de cierto a sus espaldas. Un millón de años sin nunca encontrar otra verdad que el último incompañable y confuso examen de conciencia, ni otra realidad universal que la muerte de muerte, indescifrable y vulgar. Torció bridas suavemente y el zaino se separó del camino de la playa. ¡A las armas, todos al Morro! Recorría su disperso campamento desde el antiguo cementerio al fuerte San José, viviendo al Perú mientras agitaba su quepís.

¡Al Morro, tomen sus armas, a morir por el Perú!

Muy bien, mascó palabras el sargento Rendón, a morir de una vez.

Cerca de las baterías se le unieron los jefes de los batallones.

—¡Tres regimientos atacan por el Este, rápido! ¡Formen en dos columnas!

—¿Cómo va la pelea? —el viento encrespaba las largas hirsutas patillas del coronel Zavala.

—Uno contra cuatro, ¿cómo quieres que vaya? —ahora sonrió a Sáenz Peña—. Y tú, Lord Byron, ¿insistes en morir por otra patria?

—Moriré por la justicia de su causa, mi coronel.

—¡Paso al trote y en medios batallones... tú, a Cerro

Gordo, a proteger la retaguardia de los fuertes...

Zavala asintió. Le tocaba lo peor del combate.

—... y tú, al Morro, a la batería alta. ¿Podrán llegar en veinte minutos?

Sáenz Peña calculó la distancia como si nunca antes hubiese recorrido los tres kilómetros que lo separan de la ciudad y escalado después el peñón.

—Ahí estaremos, mi coronel.

—En marcha de una vez... Zavala, toma el mando de la división en mi ausencia.

—¡Paso al trote! ¡paso al trote!

Setentiséis artilleros miraban preocupados en dirección de Chacalluta. A destiempo aparece un regimiento enemigo. Si la octava división parte al Morro, ellos y sus cañones quedaban al descubierto.

—¡Señor Ayllón, de parte del coronel Bolognesi resista usted lo que pueda y después vuele sus baterías!

Más alto que la crepitación de cinco mil rifles y que el aullido del viento atravesando fuertes desolados y remolineando por el cauce del Azapa, se oyó entonces una tremenda explosión que sacudió el Morro. Ugarte dio espuela al zaino y entre las columnas de su división galopó de regreso en busca de Bolognesi. ¿Un polvorín? ¿acaso ya la última fortaleza donde lo esperaba el jefe de Arica? Pero sólo un vaho, como si la camanchaca disuelta a ras de tierra se condensara en torno del peñón, coronaba los pardos farallones sobre los cuales ondeaba una terca enorme bandera del Perú.

ARICA A PREFECTO AREQUIPA
ENEMIGO ATACO HOY
CON FUERZAS CONSIDERABLES
Y TOMO BUENAS POSICIONES...

Mister Tauffield hizo chasquear la dentadura postiza leyendo el telegrama a medio transmitir. Encima suyo, detrás del Morro retumbaba una rápida batalla. Empezó a las cinco y a las siete se la oía avanzar arrollando posiciones peruanas. El gerente de la *West Coast* jugó con su bastón de Malaca, inventariando propiedades. Un retrato de Rutherford Hayes vigilaba presidencialmente estas remotas oficinas sudamericanas. Salió echando llave. Como si ya llovieran balazos sobre la población, mister Tauffield corrió precavidamente a gachas, esquivando al coronel Ugarte que volvía al Morro sobre un zaino tormentoso y, luego de juzgar insegura la oficina consular de Es-

tados Unidos encargada a un caballero de Arica, pidió refugio en el consulado de Su Majestad Británica, aquí atendido por auténticos ingleses.

Paró de tenazón a *Cariñoso* en plena cuesta, dejando pasar al malherido coronel Varela a quien cargan soldados rumbo al hospital San Juan de Dios. ¿Qué ocurrió, coronel? Pero el jefe de los *Artesanos de Tacna* devolvió una opaca silenciosa mirada. Un balazo le había deshecho hombro y pecho encima del corazón. Los soldados explicaron que al fin se derrumbó el fuerte, que ha muerto la mitad, que el resto se repliega a Cerro Gordo o al Morro, apúrese mi coronel. Batido de repelón se encabritó el zaino por el rocoso empinado camino. Un kilómetro atrás, medio batallón del *Iquique* sacaba casi doscientos metros de ventaja al *Tarapacá*. Sus hombres trotaban marcando el paso, con abrasados pulmones que aún deben soportar la violenta repechada hasta la más alta fortaleza. Bolognesi lividecía de ira. ¡Han cortado los alambres de las minas, Alfonso! ¿Dónde? El jefe de la plaza señaló la breve hondonada que los separa de Cerro Gordo. Entonces Ugarte descubrió al coronel Inclán y al comandante O'Donovan atrincherándose con doscientos sobrevivientes en delgados parapetos que no resistirán el asalto de tres mil enemigos que cargan a la bayoneta. Acuchillados desde el exterior y desde abajo, los muros de los fuertes acabaron por derrumbarse. Inclán se pudo retirar con ciento veinte *Artesanos*. Del fuerte Ciudadela primero se replegaron dos compañías de los *Cazadores de Piérola*. Después acorralados, combatiendo cuerpo a cuerpo en desventaja de uno contra ocho, los defensores se agruparon en derredor del coronel Arias y Aragüez aparentemente invulnerable en lo más alto del pequeño reducto interior, desde donde dirigía a los suyos espada en mano. Degolló al chileno que se atrevió a exigirle rendición y gritando que no me entrego carajo, viva el Perú, se desplomó deshecho por una total descarga de rifles enemigos. Muerto Zela, muerto Nacarino, muertos casi todos los jefes y oficiales, también muerto Campo Hermoso cuando intentaba escurrirse hacia el polvorín, había sido el joven artillero Maldonado quien echó candela a subterráneos explosivos. Esa terrible deflagración que agrietó el Ciudadela y desmembró a setenta victoriosos chilenos que celebraban la captura del fuerte, era la que se había escuchado en el campamento de la octava división como si todo el Morro se hubiese derrumbado. Respondieron a degüello las cornetas enemigas y el 3º de Línea

pasó a cuchillo a la agotada guarnición de granaderos y cazadores tacneños. Nunca saciados corvos y bayonetas decapitaron y hurgonearon heridos y siguieron clavándose en los muertos como si fuese posible matarlos muchas veces. Chapoteando sobre dos pulgadas de sangre y vísceras peruanas, el enemigo continuó su carga hacia los parapetos de Cerro Gordo.

Ayllón dinamitaba los fuertes del norte ahora atacados por el regimiento chileno *Lautaro* y un escuadrón de carabineros.

Tres kilómetros a la carrera y después cuatrocientos metros gateando por el flanco del abismo, Rendón sabe que será difícil afinar puntería mientras no se tranquilice su desesperada respiración. En lo alto de la fortaleza, la mirada del artillero Perleche busca a los refuerzos de la octava división. Un tamborcito de uniforme que le cae grande va y viene redoblando entre los cañones y Perleche hubiera preferido echarlo de aquí, lo mismo que a tambaleantes marineros enfermos de ictericia que abandonaron el hospital para unirse a More tan pronto empezó la lucha.

Cárdenos, casi oxidados, en calma a pesar de todo, los ojos del coronel Bolognesi no se apartan de la pequeña fuerza de Inclán y O'Donovan en esa cumbre desnuda a la que asciende el tostado bramido de la batalla. Doscientos contra cuatro mil. Al primer choque los deshicieron.

Llegaba Sáenz Peña por el despiadado camino que empieza en la calle de la Matriz. Detrás suyo emergió medio batallón *Iquique*. Alcanzó a ver como acuchillaban a sus camaradas en Cerro Gordo. Desde la batería alta, doscientos entre marineros de la *Independencia* y reagrupados *Artisanos* rompieron fuego contra la multitud chilena. Antes de alinear a sus tropas, Sáenz Peña sintió un ardiente chicotazo en el codo izquierdo, más bien corte que entrada de proyectil, y se desmoronó de su caballo también aflojado a tiros.

El zaino de Ugarte trotaba entre un hervor de balas que repiquetean por la explanada mientras el coronel observa el desastre de su propia división. Atacaba el *Tarapacá* ya sin jefes, sucesivamente muertos en el escalamiento de ese cerro que encontraban en poder del enemigo. Dos compañías del *Iquique* quedaron atrapadas en los riscos a mitad de la cuesta, sin poder defenderse de la fusilería enemiga ni retroceder a la ciudad. En diez minutos media octava división había perecido. Mientras sacan a Sáenz Peña de debajo del caballo muerto y vendan su brazo para que siga

combatiendo, Ugarte condujo los restos de su antiguo batallón al centro mismo de la fortaleza. De pronto cuánta vida bajo el quepís, cuánta negligencia en el subsuelo. Y deshechas limpias sonrisas fluviales en plena juventud, silencios que ya nunca serán interrumpidos. ¡Viva, viva el Perú! ¡Vivan hijos, huertas, tafetanes, amancaes, abismos, agotadas simientes, amados difuntos devueltos al polvo! Los tres regimientos enemigos se lanzaban desordenadamente al asalto final.

—¡Señor Ugarte! —el coronel Bolognesi tronaba por encima de este tumulto de adversas cornetas y estampidos, los gritos con que en uno y otro lado se entonan para liquidar la batalla—. ¡Señor Ugarte, el pabellón!

Señalaba el asta y la chamuscada bandera del Perú tironeada por el ventarrón en la cima del Morro. *Cariñoso* trepó a saltos por los terraplenes interiores del último fortín.

—¡Señor More, ayude al coronel Bolognesi! —Ugarte rugía. Reconoció a los capitanes King y Cleto Martínez, un puñado de artilleros. ¡Síguenme! A veinte pasos se les reunió el rostro desquiciado del mayor Blondel. Los dejó junto al asta—. ¡Qué no se arríe el pabellón mientras haya uno vivo!

Blondel quedaba al mando.

Pronto estarán de espaldas al precipicio. A todo lo ancho de la explanada peruanos y chilenos combatían cuerpo a cuerpo. Pero Arica no se rinde. Bolognesi vació su arma mientras detrás suyo Colchado se bate a la bayoneta, a la vez protegiendo la espalda de su jefe y admirando la agilidad y los feroces tajos y molinetes con que el viejo coronel se abría paso a través de la muchedumbre enemiga. Aquí muge y exhala su sudoriento azufrado hedor el mismo infierno. Como quien se lanza a un abordaje, More saltó de su batería seguido por Otoya y cuarenta marineros.

El primer balazo no derribó a Perleche. Sólo el segundo proyectil lo arrojó a tierra. Encima suyo cayó don Cleto Martínez, sacudido por convulsiones que maltratan al artillero. Al fin desligado de estas formas que se atacan y agonizan, Perleche pudo tocar el tiempo que ondulaba con ese ritmo suyo tan imperturbable, tan a salvo de los hombres. De haber sido por el cabo, se habrían atropellado las horas, acelerando intervalos de sombra y mediodía, de modo que el final sucediera rápidamente, acumulando ruidos en una sola estridencia y todo su creciente prolongado dolor en una llaga instantánea y única. Miraba ahora una

luz dura y gris, uno de esos cielos peruanos tan opacos que destruyen toda idea de infinitud. Como hecha de carboncillo la sombra y de carbón total el Morro, bajo el resplandor de un sol plano que existe por encima de las nubes, aquí todo se achata y lo oscuro se oscurece, vecinos muertos, hasta la enorme bandera que se obstina en volar cautiva de ese mástil. Por un rincón de su mirada moribunda, supo que sólo queda el ensangrentado mayor Blondel espada en mano guardando el pabellón. ¡Ríndase! Y Blondel meneó la cabeza. ¡Viva el Perú! Se desplomó agujereado. Después atravesaron con una bayoneta al capitán Adolfo King. El cabo decidió morir de prisa o salvar del repaso gracias a una quietud inconvencible. A quemantes pulsaciones se le vaciaba el vientre y sin embargo aún queda esperanza.

¡Aquí hay un cholo vivo!

Perleche comprimió el rostro esperando el tajo final.

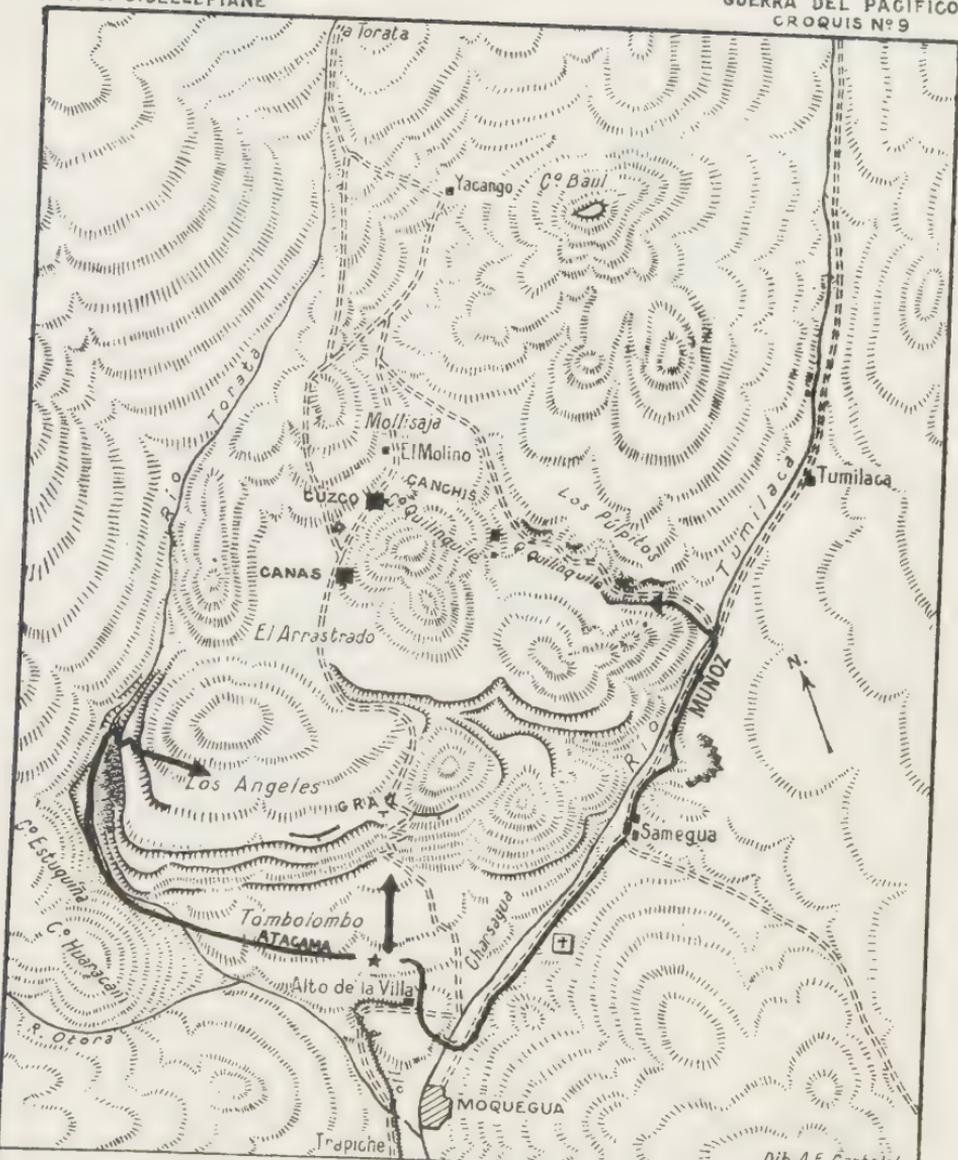
¡A las rocas!

Abrió ojos afiebrados cuando lo arrastraron. Aulló que no, que al abismo no me tiren, que por piedad un balazo. Lo balancearon una, dos veces. A la tercera lo aventaron al precipicio.

Todas las balas, todos los cuchillos lo persiguen como si muriendo Bolognesi hubiera de morir el Perú. A las ocho y treinta de la mañana partió el proyectil que al fin alcanzará su pecho. Queda la espada en su diestra, un cartucho en el revólver. ¿Cuánto tiempo para rasgar diez metros de nada y agujerear paño y camisa y después piel, hueso y lóbulo, bronquios y espalda, cuántas partículas de tiempo para acabar sesentitrés honrados años? Más alto que sus sueños, el anciano coronel rehusó quejarse y, al caer, volteándose, contempló fugazmente la inmensidad del sacrificio que había ordenado consumir, el cadáver de Juan Guillermo More con un tiro en el rostro, informes montones de cuerpos sangrantes o ya vacíos: lo que queda de su ejército. Tan íntima catástrofe, esa pulpa burbujeante que ascendió por su garganta hasta ahogarlo, colmando boca y nariz, no liquidó a Francisco Bolognesi. Retorciéndose logró alzar el tronco malherido, mientras el peñón parece latir bajo sus manos. Se convertía el Morro en una bestia que empieza a chuparlo y devorarlo. Golpeó la roca con un codo, soliviándose hasta alzar su revólver y matar a su último enemigo. Vivan mis hijos, viva el Perú. No consiguió pronunciar palabra. Desde atrás le reventaron el cráneo a culatazos.

Nadie más parece haber quedado vivo de nosotros, mi

coronel. Vieja patria, amada asesina, sólo por ella íbamos a morir tanto. Encima de *Cariñoso*, al que una bala había abierto un surco por la grupa, vio tambalearse a un puñado de sus hombres y, en medio de esos voluntarios que lo seguían desde el comienzo de la guerra, descubrió al subteniente abanderado Meléndez a punto de caer. Una larga bayoneta lo atravesaba por el hígado, a la vez matándolo y sosteniéndolo filudamente en pie. Paisano célebre, coronel de cívicos, jefe de división, mamífero furioso ahora perseguido por la turba inabarcable de chilenos vencedores, hundió espuelas al zaino y repartiendo mandobles se abatió sobre esos enemigos tan a punto de capturar el estandarte del batallón *Iquique*. Asentó la espada a fondo en quien aún forcejeaba por desclavar su bayoneta del cuerpo de Meléndez y antes de los balazos o de ser reconocido, más odiado porque pudo esquivar la guerra y aquí se encuentra, porque es un peruano total y voluntario, recogió con duro puño ese agujereado trapo rojiblanco y, soltando rienda, gobernando al zaino sólo con las piernas, sajando su camino a golpes de espada roja, volvió a desbocarse en difícil equilibrio como si en vez de una pobre bandera chamuscada llevara en la mano a un ser tibio y palpitante, algo que comienza. Mil cadáveres peruanos cubrían rocosas ondulaciones, rellenaban trincheras, colgaban de los parapetos. Ahora todo el Morro bermejeaba húmedo de sangre. Alfonso Ugarte reconoció con terrible exactitud la primera mañana de su muerte. Ya no disparaban. Lo querían prisionero con su estandarte. Galopó hacia el abismo. Hasta el viento rehusaba el sacrificio. El zaino no titubeó. Hasta siempre, amada asesina. Cuando no hubo más tierra por delante, cuando irrumpieron vertiginosas rocas golpeadas por la braveza marina, cuando alzaron vuelo gaviotas refugiadas en la espumosa superficie del Alacrán, cuando el océano se convirtió en cielo y el rumor del viento suprimió toda estridencia de combate, el coronel Ugarte y su bandera partieron en un interminable salto azul.

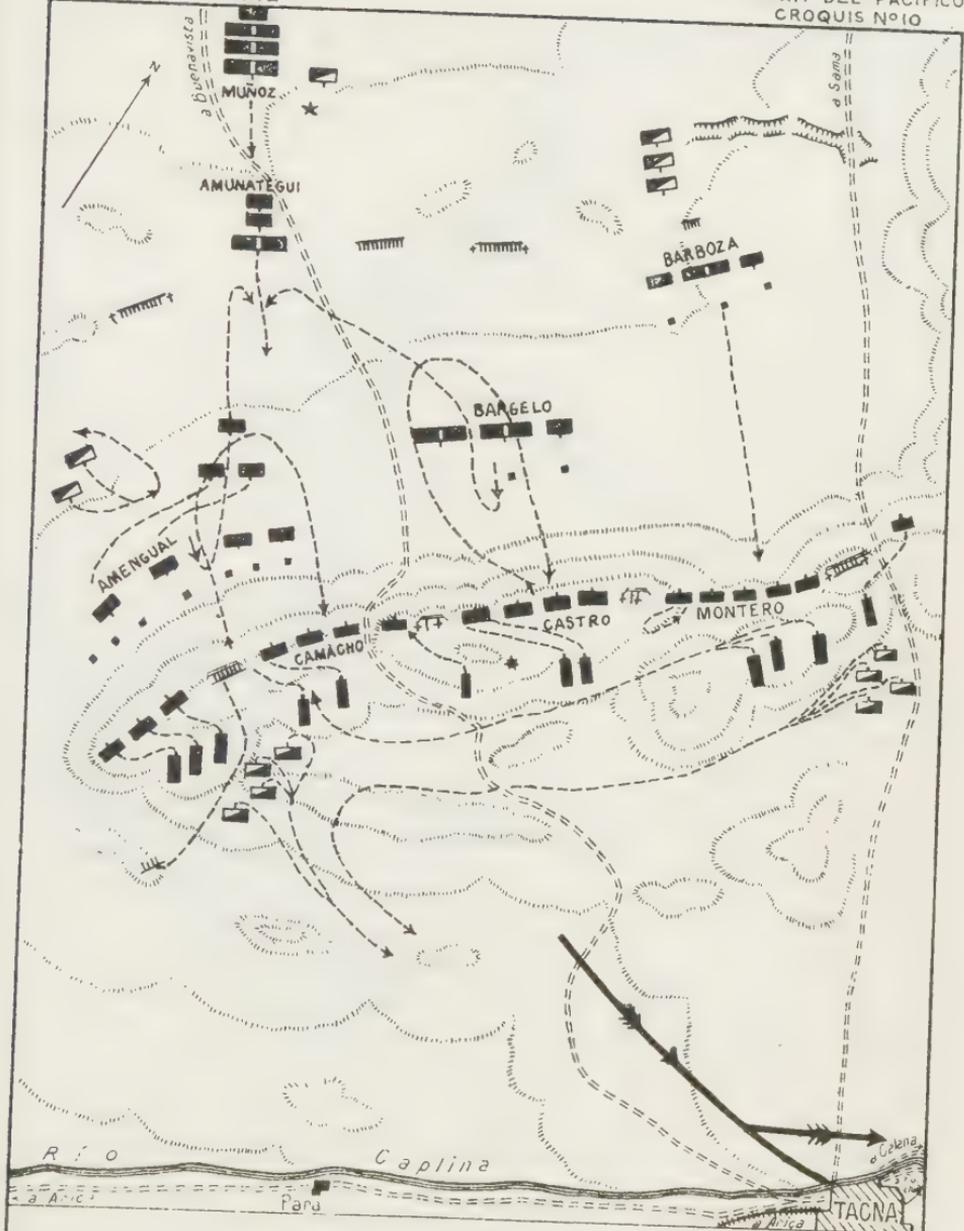


Dib. A.E. Garbajal

BATALLA DE LOS ANGELES

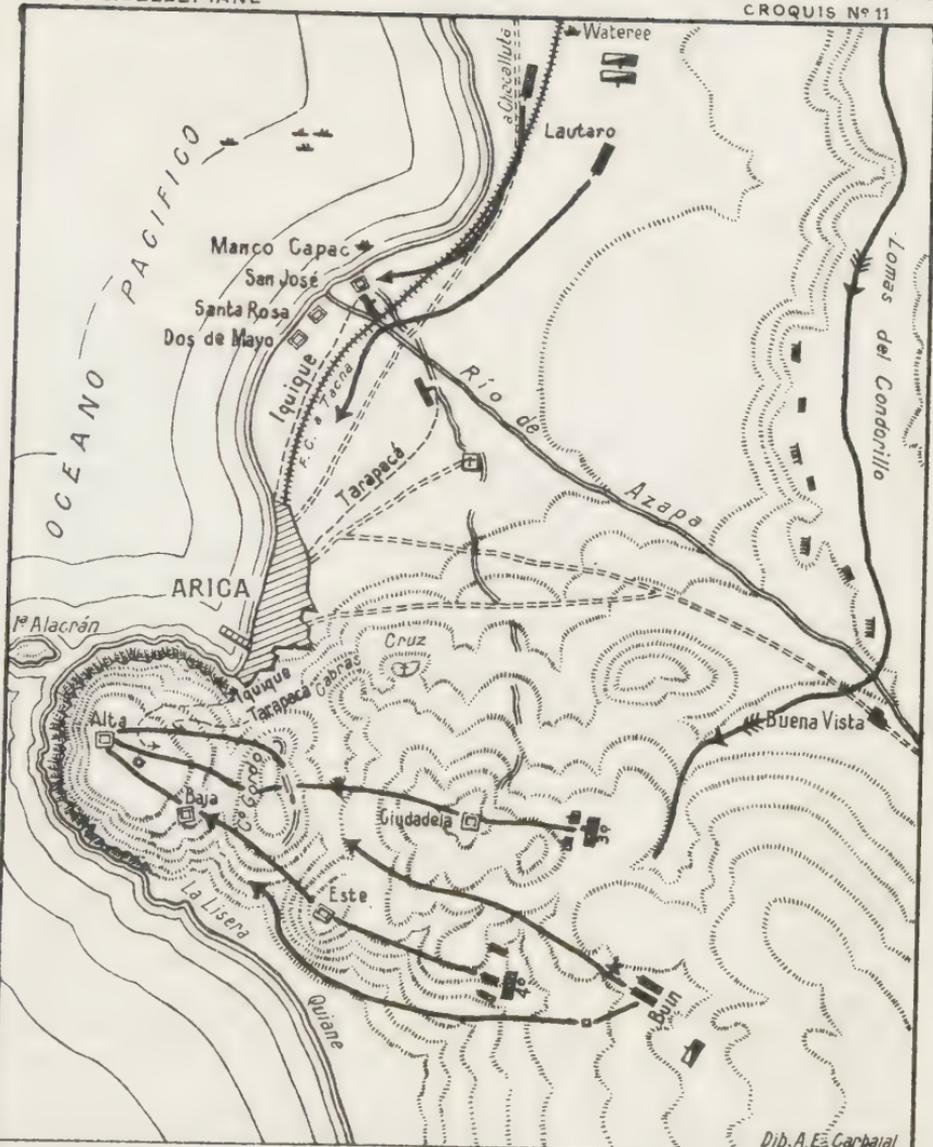
— 1880 —

ESCALA APROXIMADA 1:200.000



ALTO DE LA ALIANZA
— 1880 —

➔ Dirección general de retirada de los aliados



ASALTO DE ARICA

— 1880 —

-  Fuertes y parapetos de la Plaza
-  Desplazamiento delatacante

ESCALA APROXIMADA 1: 50.000

I N D I C E

	Pág.
La segunda invasión	9
Mister Petrie llega al Callao	23
Combate de Arica	37
Primera prueba de los cañones peruanos	51
Regresan los exploradores	57
Puerto en llamas	61
Crisis en las finanzas	70
Banquete en Arica	79
La fortificación de Lima	85
Desconcierto en Tacna	101
Exodo en Moquegua	106
"La Unión" en Arica	110
Regresa "La Unión"	121
Batalla de los Angeles	127
Inolvidable banquete en Chorrillos	141
El ejército sin fondos	152
Oficio del General Montero	155
Químper abandona la prisión	157
Chilenos en el Callao	159
Gran rebaja de precios	176
Martes 13 en el Callao	176
Sorpresa en Locumba	182
Editorial de "The Bullonist" de Londres	187
Principia el éxodo	188
El coronel Recabarren preso en Arequipa	200
Parte policial	208
Matanza en Buena Vista	209
Importante liquidación de stock	213
Combaté en el Callao	214

	Pág.
Nuevo Jefe Supremo en Tacna	225
Catástrofe en Ancón	240
El ejército del sur en marcha	244
Cierran los bancos de Lima	247
Chilenos a la vista	256
Torpedos contra la escuadra enemiga	262
Víspera en Tacna	276
Combate de lanchas en el Callao	294
La gran batalla	303
El banquete de los cien	336
Arica no se rinde	345
Carta de Belaúnde a Piérola	355
Cable submarino, urgente	356
Traición de Belaúnde	356
Minas peruanas en Chacalluta	365
Informe sobre un desertor	369
Enemigos a la vista	370
Informe de Leiva	376
Chile pide rendición	378
Orden del día	387
Hasta quemar el último cartucho	388
Mapa de la batalla de Los Angeles	423
Mapa del Alto de la Alianza	425
Mapa del asalto de Arica	427



3 9001 01677 5267

Este libro se terminó de imprimir
el día 15 de Noviembre de 1978
en los Talleres Gráficos de
EDITORIAL UNIVERSO S.A.
Av. Nicolás Arriola N° 2285
Apdo. 241 — Telf. 24-1639
La Victoria — Lima - Perú



